VICENTE BAQUERO VÁZQUEZ



BUCOLEÓN

Lectulandia

BUCOLEÓN, de Vicente Baquero Vázquez, es una novela en formato biográfico inspirada por un personaje real: Demetrio Cydonio, primer ministro de los dos últimos emperadores romanos así como traductor de la *Summa* de Santo Tomás de Aquino al griego, buen conocedor de los dos mundos cristianos del siglo XIV y ecumenista convencido.

El relato transmite al lector la tragedia percibida por los intelectuales de la época, quienes ven el declive irreversible del final de una era grandiosa sin poder hacer nada por evitar el destino aparentemente inamovible: la caída del Imperio Romano. A la vez, y en contraste con la decadencia de Bizancio, surgen nuevas gentes con ideas también nuevas tanto en Oriente como en Occidente, a las que sucumbe el orden anterior rindiendo sus creencias ante las nuevas generaciones.

Es una novela de reflexión y aventuras, buena mezcla de realidad y ficción, donde ésta supera la historia ortodoxa.

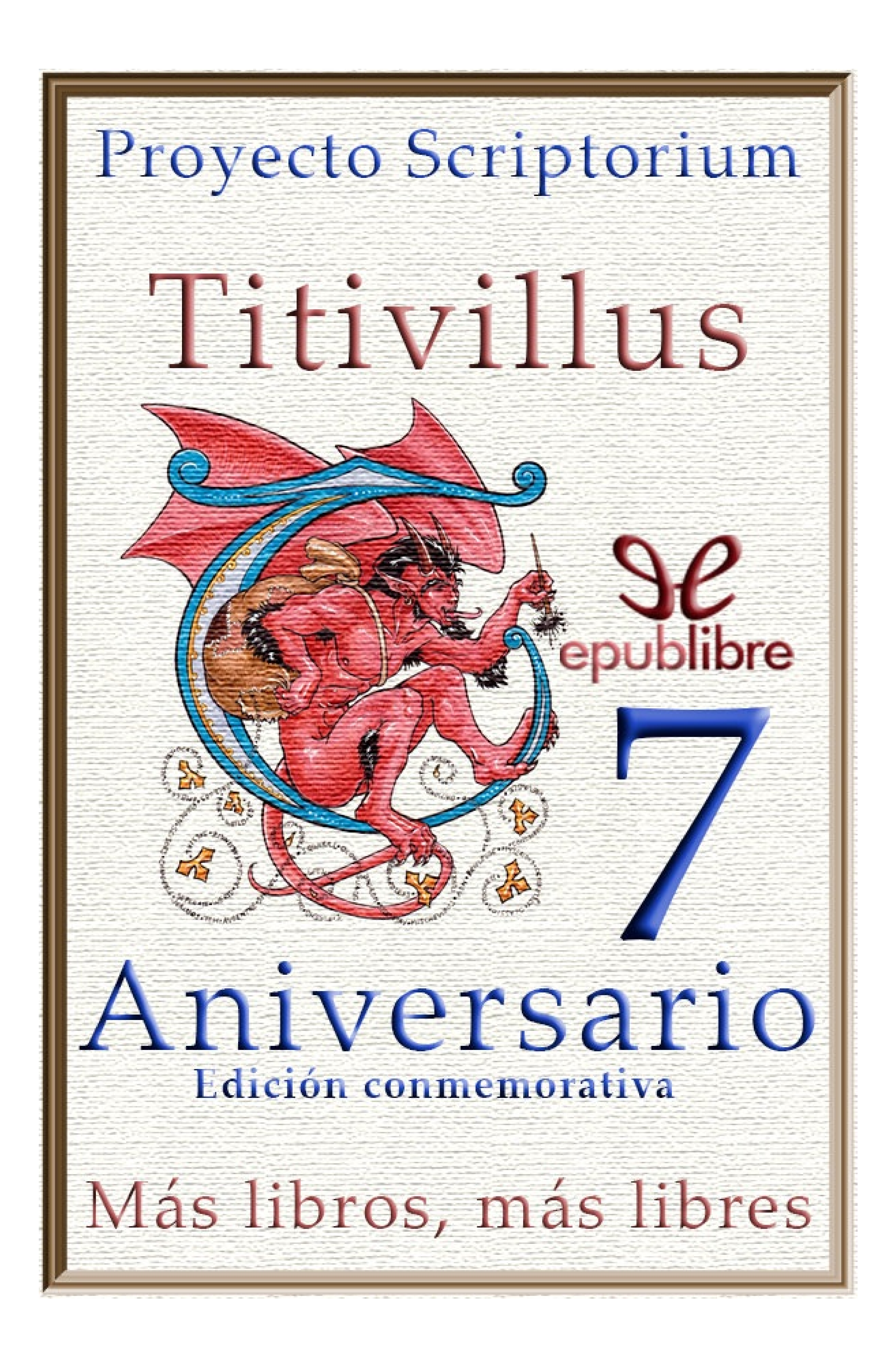
Vicente Baquero Vázquez

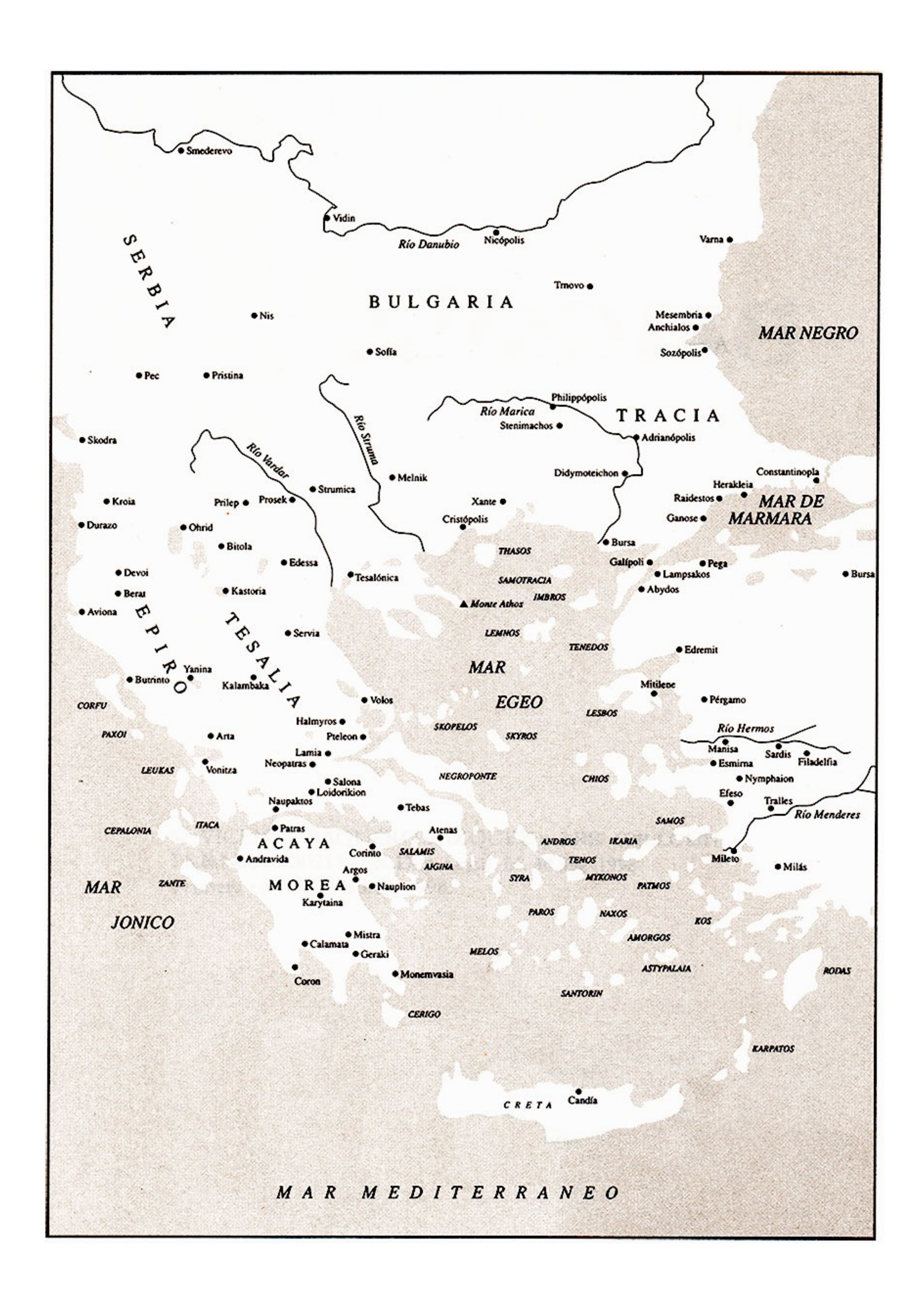
Bucoleón

ePub r1.0
Titivillus 24-04-2020

Título original: *Bucoleón*
Vicente Baquero Vázquez, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Proyecto Scriptorium
Titivillus
epublibre
7
Aniversario
Edición conmemorativa
Más libros, más libres


Smederevo
Vidin
Río Danubio
Nicópolis
Varna
SERBIA
BULGARIA
Trnovo
Nis
Mesembria
Anchialos
MAR NEGRO
Sofía
Sozópolis
Pec
Pristina
Philippópolis
Río Marica
TRACIA
Río Struma
Stenimachos
Skodra
Adrianópolis
Río Vardar
Melnik
Didymoteichon
Constantinopla
Strumica
Herakleia
Kroia
Prilep
Prosek
Xante
Raidestos
MAR DE MARMARA
Cristópolis
Ganose
Durazo
Ohrid
Bursa
Bitola
THASOS
Galípoli
Pega
Edessa
Devoi
Tesalónica
SAMOTRACIA
Lampsakos
Bursa
Berat
Kastoria
IMBROS
Abydos
Aviona
Monte Athos
EPIRO
TESALIA
Servia
LEMNOS
TENEDOS
Edremit
MAR
Yanina
Butrinto
Kalambaka
Mitilene
EGEO
Pérgamo
CORFU
Volos
LESBOS
Río Hermos
Halmyros
SKOPELOS
PAXOI
Arta
Pteleon
SKYROS
Manisa
Sardis
Lamia
Filadelfia
Esmirna
LEUKAS
Vonitza
Neopatras
NEGROPONTE
CHIOS
Nymphaion
Salona
Loidorikion
Efeso
Naupaktos
Tralles
Tebas
SAMOS
Río Menderes
ITACA
Patras
CEFALONIA
Atenas
ACAYA
ANDROS
IKARIA
Corinto
SALAMIS
Andravida
TENOS
Mileto
AIGINA
Argos
Milás
MAR
ZANTE
MOREA
Nauplion
SYRA
MYKONOS
PATMOS
Karytaina
JONICO
PAROS
NAXOS
KOS
Mistra
Calamata
AMORGOS
Geraki
MELOS
ASTYPALAIA
RODAS
Coron
Monemvasia
SANTORIN
CERIGO
KARPATOS
CRETA
Candía
MAR MEDITERRANEO

INTRODUCCIÓN

En los umbrales del siglo XIV Europa atravesaba un período de profunda transformación; las convulsiones sociales y políticas que se desarrollaron a lo largo de esta época configurarían en Occidente las bases del Renacimiento y la eclosión del estado moderno, mientras que en Oriente se producía la total desintegración del Estado Bizantino.

Constantinopla, bastión de la cultura greco-romana, en su última fase habría de transmitir ese testigo a la Italia de aquella época, y así abrir el camino para que el hombre occidental, recogiendo la sabiduría y experiencia de los clásicos, transformara la historia hasta nuestros días.

La cuarta cruzada fue funesta para Bizancio. Instigados por Venecia, Roma y su propia ambición, los cruzados ocuparon Constantinopla en el año 1204, creando el llamado Imperio Latino de Oriente. Este hecho se convertiría en uno de los escollos morales más profundos entre ambas cristiandades; el que tropas cristianas invadiesen la Ciudad Imperial de Constantino, destruyendo sus palacios y monumentos, saqueando sus templos y robando las reliquias más veneradas por toda la cristiandad para venderlas, luego, como botín de guerra o exhibirlas en sus propias catedrales, todavía no ha sido olvidado por la tradición ortodoxa, como tampoco lo ha sido que destruyesen a las máximas jerarquías del clero ortodoxo y las sustituyeran por obispos latinos, en su mayoría aventureros sin escrúpulos, que empuñaban las espadas para labrarse sus fortunas en lugar de atacar al infiel turco, que había reconquistado los Santos Lugares y amenazaba a la totalidad de la civilización cristiana.

Miguel VIII Paleólogo reconquistó Constantinopla en 1261, tras el breve período de recuperación moral y política que supuso el Imperio de Nicea. Con ello se inició el recorrido del último tramo de la decadencia bizantina. En esa etapa de decadencia política y militar, sin embargo, se apreció una recuperación intelectual y artística de primera magnitud, que habría de ser decisiva cuando, en su huida tras la conquista turca, todos aquellos sabios bizantinos se dirigieron a Italia.

En 1303, en Occidente, las pretensiones hegemónicas del Papa Bonifacio VIII se desintegraron al entrar en contacto con la realidad de la

fuerza que empezaban a cobrar las nuevas monarquías europeas, y su sucesor, Benedicto XI, se vio forzado al exilio, en Aviñón, en 1304, exilio del Papado que habría de durar hasta que Gregorio XI, en 1377, volvió a Roma. El año siguiente, en 1378, se produciría un nuevo gran cisma en Occidente.

Eduardo III de Inglaterra había derrotado en 1346 a Felipe VI de Francia en Crecy, dando así comienzo a una guerra que, en principio, fue dinástica, pero que cuando terminó, cien años después, en 1453 —el mismo año en que Constantinopla cayó bajo el poder de los turcos— había forjado dos nacionalidades.

En la Península Ibérica la realidad nacional castellana y portuguesa estaba madura tras siglos de conquista, y sólo quedaba el Reino islámico de Granada. Los aragoneses y catalanes se paseaban como conquistadores por el Mediterráneo. Pedro III de Aragón había conquistado Sicilia a los franceses de la casa de Anjou en 1282, con la colaboración y financiación de Miguel VIII Paleólogo. Los mercenarios catalanes recorrieron Asia Menor y Grecia arrasándolo todo a su paso, hasta que expulsaron a los francos y se asentaron como Duques de Atenas en 1311, donde permanecerían durante setenta años.

Europa central era un hervidero de candidatos al liderazgo del Sacro Imperio. Rusia se debatía bajo el yugo tártaro, aferrada a su tradición bizantina como seña de identidad frente a los hombres de Asia central. En 1329, Moscú se convirtió en Gran Ducado para acabar siendo la capital del único estado ortodoxo independiente, de ahí nació el mito de la «tercera Roma».

Por el este fue surgiendo una tribu de turcos descendientes de un jefe llamado Osmán, fundador de la dinastía otomana entre 1288 y 1326. Empezaron siendo un pequeño núcleo en Anatolia, pero a mediados del siglo XIV controlaban ya prácticamente toda la península; en 1389 estos turcos, tras la batalla de Kosovo, acabaron con la independencia de todos los eslavos meridionales: Búlgaros, Serbios y Bosnios, y en 1453 daban el golpe de muerte a Bizancio convirtiendo a Constantinopla en su capital. Conquistaron Grecia, todo Oriente Medio y vencieron a Hungría y a la flor y nata de Europa central en 1526, amenazaron Viena en tiempos de Carlos V, en 1529, y de nuevo en el siglo XVIII hasta 1918.

Italia no era más que un mosaico de pequeñas ciudades estado, opulentos y creativas, que se disputaban entre sí el control del Mare Nostrum y el comercio mediterráneo y europeo, a la vez que sentaban las bases del mundo moderno: Amalfi, Pisa, Génova y Venecia fueron sucesivamente potencias

marítimas que estaban en guerra permanente. Milán y Florencia alcanzaron un nivel de desarrollo económico y un esplendor sin precedentes, mientras que Roma, sin embargo, era una ciudad abandonada desde el exilio del Papa. Florecía la modernidad en las universidades de Bolonia y Padua, la fundación del «Studio» de Florencia tuvo lugar en el 1349 y el de Pavía en 1361.

El *Dolce Stil Nuovo* de Dante, Petrarca, Boccaccio… muertos en torno a 1374, suponía una revolución de la estética del sentimiento y la fuerza de las lenguas romances. El concepto de la pintura y del arte de los Cimbaue, Nicoló Pisano y Giotto, en un principio, y de hombres como Brunneleschi y Donatello, al final del siglo, condicionó la evolución del arte y, sobre todo, de la perspectiva del mundo.

Bizancio se estaba desintegrando, y en esa dispersión fecundó el Renacimiento y dio a luz, culturalmente, a los pueblos eslavos —sus únicos hijos— proporcionándoles una seña de identidad.

Pero en medio de esa decadencia hubo gigantes, hombres de una categoría humana y capacidad extraordinarias que han quedado en el olvido no por falta de méritos, sino porque perdieron la caja de resonancia en la que vivieron. Fueron admirados y considerados, incluso por sus enemigos, como los más capacitados. Hombres a los que les tocó en suerte vivir e intentar salvar a un pueblo y una cultura retirada con dos potencias florecientes a su alrededor.

Personas como Juan VI Cantacuceno, hombre de estado, historiador y teólogo; Gregóras, erudito y mártir por sus ideas; Paquimero, probablemente el hombre más culto y universal de su tiempo; Juan V Paleólogo, que todo lo sacrificó, hasta su honor, por la unión de las iglesias y fue traicionado por todos menos por su hijo Manuel… y otros muchos más que sería demasiado largo enumerar.

Entre esos hombres se encuentra, sin duda, Demetrio Cydonio, llamado así por haber vivido algunos años de su juventud en Cydonia, Creta; fue el primer ministro con dos emperadores de opiniones y criterios totalmente opuestos, enemigos políticos y amigos entrañables a la vez, y uno de los más fervientes partidarios de la reconciliación del Occidente y el Oriente cristiano. Al final de su vida se convirtió, como gran gesto y símbolo, al rito romano siguiendo a su señor, Juan V, y terminó sus días en Occidente, después de haberse recorrido la mayor parte de Europa y Asia Menor y haberse carteado con la mayoría de los hombres importantes de su tiempo.

PROLEGÓMENOS

Vixere fortes ante Agamennn multi
sed omnes illacrimabiles
Urgentur ignotique longa nocte
carent quia vate sacro

Muchos hombres valientes vivieron antes que Agamenón, pero no conocemos a ninguno y por ninguno lloramos, porque quedaron ocultos en la larga noche del olvido al faltarles su poeta sagrado.

HORACIO

«El mar, sereno y ruidoso, amigo de mi infancia, me envolvía con su cálido hechizo de aire húmedo y olor de algas. ¡Cómo temblaba de emoción al revivir mi juventud paseando por aquellos muelles, desde San Jorge hasta Santa María!

Vagar por los puertos me recordaba mi azarosa vida, cuando me detenía en las tabernas a escuchar las fantásticas historias de los navegantes y regateaba con los mercaderes en sus bodegas, o me sentaba, sin más, en el espigón para ver entrar los barcos. Desde San Gerasio hasta la ribera siempre hacía el mismo recorrido: por el palacio del Podestá hasta la lonja de pescado, aunque a veces me detenía a rezar en la capilla de San Francesco o en La Martorana, donde conservaban un icono de San Demetrio, mi santo patrón.

Pero aquel caluroso día de verano todo fue diferente, había recibido un mensaje de los fareros de Solunto en el que me decían que habían visto una galera bizantina que parecía venir hacia Palermo. Bajé tan deprisa como pude hasta Porto Salvo a esperar la llegada de aquella nave con la esperanza de que trajese alguna noticia de Constantinopla.

Aquel día, gracias a Dios, no me fallaron las fuerzas y conseguí llegar a tiempo de ver la entrada de aquellos patéticos argonautas que, esforzadamente, buscaban refugio en un puerto seguro. A pesar de estar consumidos por el cansancio, seguían espoleados por el último acicate que le

queda a un ser vivo: la supervivencia. Aquellos hombres eran el retrato palpitante de los postreros años de mi pueblo…

Fue entonces cuando, como una aparición luminosa, me acordé de Bucoleón: el lejano y ya casi olvidado embarcadero que, como un sueño a la orilla del mar, descansaba a la sombra del palacio de los Césares.

El destino y los siglos nos abatieron, pero fuimos nosotros mismos, por puro cansancio, los que nos hundimos y torturamos hasta casi disfrutar con nuestra propia destrucción. Fue una evasión suicida: elegimos la muerte antes que renunciar a los pasados sueños de gloria.

Pero ni las personas ni los pueblos desaparecen, el hombre eterno se mezcla, se diluye y transforma al ritmo del tiempo; aquellos que recorran nuestros mismos caminos, con distintos ropajes y nuevas ilusiones, sentirán en algún momento una curiosidad enfermiza por conocer y desentrañar los pecados de quienes les precedieron.

Estaba de pie sobre un muelle extranjero, con los puños contraídos por una ansiedad desesperante y casi cegado por la despiadada luz siciliana, porque quería ser testigo de la arribada de aquella nave que todavía enarbolaba, aunque hecha jirones, la enseña del águila bicéfala.

El sol, en lo alto, cubría con un velo brillante la nave, el mar y hasta el propio miedo que flotaba entre los hombres, transformando toda la escena en un único y reducido espacio deslumbrante y premonitorio. Los tripulantes habían abandonado la esperanza de salvar el barco; eran momentos de angustia, unos saltaban por la borda y otros intentaban arriar los botes cargados con la mercancía. ¡Qué espectáculo el de aquel pueblo haciendo gala de su tenacidad y egoísmo!

En medio de ese dramático desorden de marineros y fardos flotando, vi cómo una solitaria falúa que había conseguido separarse de la nave se iba acercando al embarcadero; se movía lentamente impulsada por cuatro remeros, con su pabellón de popa flotando levemente en medio de la calma.

En cuanto estuvo junto al muelle, a pesar de estar aturdido por la emoción, pude distinguir, acodado en la proa, a mi viejo amigo Alejandro Crysoberges, Drungario Imperial, y a uno de los más fieles amigos de Juan Cantacuceno. Al ver al viejo soldado, volvieron a asaltarme antiguas imágenes y el recuerdo de otras tardes, más dichosas, cuando paseábamos entre rododendros y acacias por los jardines de Bucoleón.

En cuanto pude leer sus rostros —no necesitaba pergaminos— comprendí que las noticias que traían iban a afectarme del mismo modo que el paso de

los años, y que, al igual que el transcurso del tiempo, nada podría hacer para evitarlo.

Alejandro se quedó a un paso y, apartando su capa, extrajo de una bolsa que llevaba en bandolera un pergamino con el sello de la casa de Cantacuceno; extendió su brazo y me lo entregó.

Se trataba de dos cartas: una procedía de Juan, de su puño y letra, y era el testamento de un hombre a quien durante muchos años tuve por mi Emperador y mi mejor amigo…; en la otra, escrita por una mano desconocida, se me comunicaba, de forma lacónica y escueta, que el monje Joasaf. Juan VI Cantacuceno para el mundo, había fallecido en la ciudad de Mystra el día 15 del mes de junio del año de Nuestro Señor de 1383…

"… Ha muerto en paz total con el mundo y con Dios, vestido con el hábito del cenobio de Brontoquion, como correspondía a su humildad… Fue deseo expreso del fallecido que su última voluntad acompañara esta comunicación y que fuera entregada a Demetrio Angel, también conocido por el sobrenombre de Cydonio…"

En aquel momento, viendo el afán de los hombres por sobrevivir y el sol crepuscular reflejándose en la mampostería de las viejas casas de los genoveses, decidí que había llegado la hora de reunir mis memorias y dejarlas por escrito para conocimiento de futuras generaciones.

Pero antes de comenzar —para que nadie pueda acusarme de alabar a quien debiera vituperar o criticar a quien tendría que ensalzar— me remito al gran Psellus, de quien humildemente me siento deudor: "Nadie en la tierra está libre de pecado, valoramos a cada hombre por lo que le distingue de los demás, entonces… ¿por qué habría de sentirme avergonzado al declarar abiertamente las indiscreciones o injusticias que haya podido cometer un hombre cuando las comparte con el resto de la humanidad?"

Muchos se asombran de la inconsistencia o veleidad de los emperadores, que mudan de parecer constantemente y realizan actos contradictorios cuando esto no debería sorprenderles… Un hombre corriente que lleva una vida normal quizá pueda, apoyándose en unos principios elementales, llevar una existencia intachable. Sin embargo, aquellos a quienes la Divinidad concedió recursos y poder, como a los emperadores, las circunstancias los envuelven, influyendo en sus vidas hasta en sus más íntimos detalles. No habéis observado cuán pocas veces está el mar en calma, y cómo cuando soplan el Bóreas y el Apartkias, se encrespa y las olas se elevan al cielo agitando todo lo que sobre él hay… pues así es la vida de un Emperador.

Si busca esparcimiento, inmediatamente provoca el disgusto de sus críticos, si se deja llevar por sentimientos humanitarios se le acusa de ignorancia y debilidad, si muestra interés por alguna cuestión le acusan de entrometido; si se defiende, reprende o toma represalias la gente le tilda de irascible y de tener mal carácter; si intentara hacer algo en secreto sería más fácil que todo el monte Athos desapareciera de la vista de los hombres, a que cualquiera de sus actos escapara a la atención de sus súbditos.

No es fácil que la vida de un monarca pueda estar libre de toda culpa.»

Palermo, 1383

LIBRO PRIMERO

Algunos pueblos se multiplican, otros se extinguen. En cuán poco tiempo unas generaciones suceden otras, como corredores de relevos pasándose la antorcha de la vida.

De Rerum Natura, LUCRECIO

I
CYDONIA

A los hombres poderosos les gusta adornar sus nacimientos presumiendo de vaticinios, signos en el cielo y prodigios de toda clase. Yo, por el contrario, ni bautizo solemne tuve, sólo el agua y la sal que habrían de marcarme a lo largo de mi vida. Vine al mundo en Tesalónica, el decimoctavo año del reinado de Andrónico II Paleólogo, mi padre, Alejo, era el Legado Imperial en Macedonia. Teodora, mi madre, era una mujer tierna y soñadora, vástago matriarcal de la legendaria estirpe de los Ducas. Atrás quedaban los amargos años de la ocupación latina, pero se avecinaban tormentas que pronto habrían de amenazar mi frágil existencia.

Vivíamos rodeados por la arrogancia de los señores y la miseria de los pueblos, el mundo se descomponía a nuestro alrededor, y entre nosotros y la anarquía sólo quedaban las bandas de mercenarios, contratadas como último remedio… Estos soldados de fortuna, sin raíces ni patria, eran brutales aves de rapiña, y confiarles el cuidado de los pueblos era igual que permitirle a los lobos guardar a las ovejas. La guerra y la política marcaron mi destino desde la misma cuna, hasta tal punto que el relato de nuestra primera huida de la ciudad forma parte de mis recuerdos familiares más vivos… Tuvimos que escapar abandonándolo todo, huyendo como cazadores furtivos en mitad de la noche, perseguidos por conspiradores y mercenarios, cortos de equipaje, casi conteniendo la respiración, en medio del sonido atronador de las chicharras camino del exilio.

Años después comprendí las palabras de mis padres cada vez que hablaban con temor de aquellos días, cuando yo mismo fui presa del miedo, que atenazaba mi garganta, y el más leve ruido me hacía saltar y lo único que quería era huir, huir hacia adelante, sin parar, sin echar la vista atrás…

Mis padres en su huida, buscando el amparo de Venecia y de la familia, se dirigieron a Cydonia. Mi abuelo Manuel tuvo tal influencia en aquella isla que llegó a controlar todo el comercio de Génova y Venecia con Bizancio. Aquel personaje, casi legendario para mí entonces, había sido mitad bizantino, un cuarto veneciano y un cuarto genovés, aunque, en verdad, creo que su única patria había sido el comercio.

En la Creta de entonces, cuyo recuerdo en días como hoy acaricio con nostalgia, cumplí esos maravillosos años en los que al hombre se le empiezan a abrir los ojos a las grandezas del mundo, en los que comienza a distinguir lo ajeno y lo propio, a descubrir el tiempo: la realidad del presente, el fantasma del pasado y la incertidumbre del futuro. Era un niño desgarbado y atrevido, alto para mi edad, con una curiosidad obsesiva por todo lo que ocurría a mi alrededor y unos deseos incontrolables de conocer el mundo en que vivía. Con bastante frecuencia fui reprendido por mi descaro y terquedad, carecía de paciencia en todas aquellas cuestiones que, por una u otra razón, me entusiasmaban. Era apasionado y, además, el primogénito mimado de una antigua y noble familia; me consideraba el pequeño rey de la creación, rodeado de vasallos y amigos que en todo solían plegarse a mi voluntad.

Cydonia era una ciudad activa y bulliciosa en la que se veían personas de todas las naciones, los venecianos inspiraban confianza y a nuestro alrededor se respiraba el negocio. Un castillo recién reparado dominaba la rada, separando las dos ensenadas, y en lo alto había una imponente fortaleza, residencia del Gobernador.

En la vieja ciudad se daban cita toda clase de comerciantes: griegos e italianos —de Pisa, Amalfi o Génova— además de los sirios y los egipcios. Los libaneses y armenios se reunían en pequeños grupos —segregados por sus ropajes multicolores— intercambiando mercancías como si estuvieran en un zoco del oriente. Aparte, mas no alejados, se hallaban los turcos de Ikonium, que por lo que se ve, a pesar de su condición híbrida de piratas y mercantes, gozaban del favor de «La Serenísima».

Los venecianos habían amurallado la mayor parte de la ciudadela. Los edificios públicos más importantes, como el palacio del gobernador, las principales iglesias y las mansiones de los ciudadanos, estaban bajo el amparo del castillo. El pueblo viejo, sin embargo, conservaba todavía el sabor bizantino, con sus casas blancas, ocres y azules, apiñadas entre callejuelas, en medio de colmados y almacenes, con sus tabernas al borde del agua y las lanchas ancladas junto a las rampas de los vendedores de pescado.

La «Casa de los Embajadores» era la residencia de la ilustre familia de mi madre en Cydonia: el palacio Dragas. Los Dragas eran personas en las que se podía confiar si se formaba parte de su familia o se tenía la fortuna de estar entre sus amigos. Los Cónsules, como popularmente se les llamaba, llevaban generaciones en la isla, perteneciendo a la aristocracia local aún después de la conquista veneciana. Formaban un clan a pesar de las notables diferencias entre ellos. Algunos eran descendientes de mi bisabuelo materno, y otros

provenían de los administradores que permanecieron al frente de los negocios en la isla cuando los dueños tuvieron que huir a causa de la cruzada. Los adoptivos protegieron sus propiedades con tal acierto que, cuando todo volvió a la normalidad, se les asimiló como a unos miembros más de la familia. Algunos, sobre todo después de la conquista veneciana, fijaron su residencia en Candía para poder así controlar de cerca los envíos de grano y aceite al continente y a Constantinopla. También el negocio cambiarlo se había desarrollado más en esa ciudad al haber fijado en ella su residencia el Duque. Siempre era más cómodo, y sobre todo más conveniente, tener cerca al Duque a la hora de dispensar o solicitar favores.

El jefe del clan en Creta, por aquel entonces, era Alejandro Sylaión, un hombre de casi ochenta años que, al igual que mi padre, estaba unido a los Dragas por vínculo matrimonial. Aunque no fuese un miembro sanguíneo de la familia, su prestigio entre todos era enorme. El Cónsul había estado al frente de los negocios, en representación de su mujer, durante más de cuarenta años, y, además, era pariente, aunque lejano, de los Comneno, lo que le daba entre la población griega una categoría de nobleza al margen de su fortuna.

El administrador general y apoderado se llamaba Constantino Lychudes, que junto con su mujer, Zoé Dragas, otra de las matriarcas del clan, era una de las personas más influyentes de la comunidad.

Mi madre solía referirse a esa época de su vida como una de las más felices. Fuimos a vivir a una propiedad que, hasta entonces, había administrado Constantino en nombre de las dos hijas de mi abuelo Manuel.

El fundo se hallaba sobre la nueva ruta que unía Cydonia con Candía, cerca del viejo pueblo y las ruinas de Aptera. Desde lo alto, se veía a vista de pájaro la bahía de Souda. Delante de la villa se extendía una fértil llanura que llegaba hasta la costa, donde se cultivaba el trigo y otros cereales. En las laderas más suaves estaban la viña y los frutales; las colinas más agrestes estaban cubiertas por infinidad de olivos plateados. En las barrancas había gran cantidad de colmenas que producían una miel muy apreciada en toda la isla. Hacia el sur, donde el terreno era más duro, vivían los pastores que cuidaban los rebaños de cabras y ovejas que pertenecían a la propiedad.

La casa grande era un palacete amurallado cuyos orígenes se remontaban al período del bajo Imperio. Viejas historias atribuían su construcción a un noble Comes en tiempos de Diocleciano. Era fácil ver que la vieja residencia había pasado por algunas épocas de esplendor y otras de miseria, su peor momento debió coincidir con la desaparición de Aptera, y su mejor quizá

fuera en tiempos del gran Justiniano. Algunos sostenían que el mismísimo Parakoimomeno Narsés había residido durante un breve tiempo en ella… pero yo, para ser sincero, nunca me lo llegué a creer, eran simples figuraciones y leyendas. Lo único que sabíamos con certeza era que en ella había residido un pariente revoltoso de Nicéforo Focas, al que desterraron a Cydonia por su propia conveniencia. Era una construcción rectangular, muy extensa, de una sola planta, con una torre en cada extremo. El exterior era totalmente liso, rematado por una pequeña barbacana y un tejadillo que se inclinaba hacia el patio interior. Por fuera parecía un pequeño fuerte, puesto que la pared era bastante alta y sólo disponía de dos puertas de acceso. La puerta principal daba a un primer gran patio, en el centro del cual había un estanque que era también el abrevadero.

Los establos y las cuadras se encontraban a un lado de la explanada, enfrente estaban los almacenes y los silos de grano. Alrededor del estanque había pinos, robles y cipreses que proporcionaban sombra y frescor a los hombres y a los animales que acudían a beber. Junto a las tapias y los pórticos estaban las higueras y los plátanos, debajo de los cuales buscaban refugio los criados tras las fatigas de un día de labor. Al fondo había dos puertas, una junto a las higueras que daba a un nuevo patio más pequeño donde estaba la zona de la servidumbre y los depósitos de aceite, y la otra, que era más importante, estaba flanqueada por dos columnas de granito y daba acceso al jardín principal.

Aquel jardín era maravilloso, las fuentes corrían gracias a un dispositivo que traía el agua desde los montes cercanos, en el centro había un pabellón circular sostenido por columnas corintias procedentes de algún antiguo templo, y el suelo era un mosaico que representaba al dios Poseidón acompañado por una corte de ondinas. Alrededor del templete había un huerto de almendros rodeado por arriates de mirto y parterres de rosas, asfódelos y jacintos.

Para un niño como yo entonces, las flores y la música de las fuentes, las columnas en el aire, el contraste entre el verdor de las plantas y la blancura del mármol y los cuadros de aquellos personajes mitológicos constituían un conjunto mágico. Con los años he conocido jardines maravillosos, pero ninguno tendría para mí el encanto de aquél en el que transcurrieron los primeros años de mi vida. Recuerdo la compañía de mi madre y mi hermana, sentadas en aquellos bancos a la sombra de los frutales en las tardes del estío. En el salón principal se recibía a los visitantes ilustres, era una gran zona abierta, muy formal, rodeada de asientos con cojines y pequeños escabeles

donde apoyar los pies. A los lados se colocaban mesas, no muy altas, que servían de escribanía, cuando era necesario, o de simple apoyo en otros casos. Delante de las mesas se extendían las alfombras de Persia, que eran un regalo para la vista y protegían de la fría piedra en los días de invierno.

En esa casa nacieron Codos mis hermanos y, salvo Ana que tenía sólo cuatro años cuando partimos, a todos, de una forma u otra, nos marcó la estancia en Cydonia.

Pasábamos los días jugando en los patios y jardines, descubriendo el mundo de la granja, aprendiendo a distinguir las estaciones y el rudimento de las letras. En ocasiones nos llevaban a la ciudad, donde era fascinante contemplar los barcos y sentir el ajetreo del muelle comercial. Otras veces íbamos hasta la orilla del mar, donde había una pequeña ermita en la que se guardaba un precioso icono de San Juan en Patmos, al que mi madre tenía una gran devoción. Llegaba y encendía las velas para luego quedarse rezando mientras mi hermana y yo, acompañados por los criados, jugábamos con las piedras de colores junto al agua.

Cuando cumplí cinco años me llevaron a ver la nieve a la Montaña Blanca, aquél fue el año en que nació mi hermano Teodoro y difícilmente podré olvidarlo, aunque fuera un niño… ya que fue la primera vez que vi a mi padre dominado por una tristeza profunda. Durante una semana apenas pudimos hablar con él del disgusto que le embargaba; luego, al cabo de los años, habría de enterarme de que aquel día había recibido la terrible noticia de que en Constantinopla volvía a correr la sangre por las calles.

Nuestra madre nos contaba historias fascinantes sobre Teodoro Lascaris y la bella Felipa de la pequeña Armenia. Eran seres casi míticos para nuestro pueblo, a los cuales yo tenía el privilegio de llamar antepasados. Era como magia, me sentía un semidiós arropándose en la leyenda. Nunca llegué a superar la fascinación que me producía imaginar el rostro de Felipa tan vivamente descrito por mi madre: aquellos ojos verdes, los largos y brillantes cabellos de azabache que enamoraron de tal modo a Teodoro que, cuando los contempló por primera vez tras una celosía, estuvo dispuesto a abandonar el sueño de Nicea y conquistar Armenia entera para casarse con ella. Felizmente no fue necesario… pero cada vez que mi madre llegaba a esa parte de la historia, me emocionaba de tal manera que temblaba de miedo con sólo pensar lo que hubiera sido de nosotros si la bella Felipa no hubiera cedido ante los encantos de Teodoro.

Acompañaba a los hombres al campo en otoño para recoger la uva, montado en una carreta tirada por bueyes con las barricas y los cavazos. Las

cabezas de los animales se adornaban con guirnaldas y se entonaban canciones rítmicas para ayudar a la tarea. Al final siempre había una gran fiesta, donde todo el mundo se divertía y alegraba con el joven mosto. Recuerdo también la recogida de la aceituna: hombres y mujeres golpeando con aquellas varas largas las ramas más altas, y las olivas, todavía verdes, cayendo en las redes que se colocaban en el suelo alrededor de los troncos.

Estaba fascinado y acostumbrado a esa vida rural, entre aparceros y pastores, cocineras y criados no podía imaginarme otra forma de existencia y era muy feliz.

* * *

León Atico Eugeniano, que tal era su nombre completo, fue el maravilloso, increíble y desconcertante pedagogo que mi padre consiguió convencer para que fuera a educarnos a aquel recóndito lugar del mundo que era Cydonia. Recuerdo, como si el tiempo se hubiera detenido, el día que lo conocimos…

Era primavera, el grano ya despuntaba verde tras las lluvias y el camino que bordeaba las colinas hasta el puerto de Cydonia estaba cuajado de margaritas, amapolas, lavanda y romero. La Montaña Blanca, cubierta de jara, parecía un espejismo intemporal, emulando las nieves del invierno. El aire templado que ascendía del mar anunciaba ya el cambio de estación.

Cuando llegamos el barco estaba atracado al muelle y León nos estaba aguardando. Se había ocupado de desembarcar todo su equipaje y se había sentado en una pequeña taberna al pie de la muralla. Estaba descansando debajo de la parra con una jarra de vino fresco delante. En cuanto nos vio, se levantó con parsimonia y vino a nuestro encuentro.

Físicamente era un hombre enjuto, alto para la media, con el pelo entrecano, unos ojos expresivos y algo burlones, y una gran nariz sobre una boca más bien pequeña. Tenía un mentón prominente que disimulaba bajo la barba. Era de constitución atlética, aunque se apreciaban ya los signos inequívocos del paso del tiempo y de un moderado gusto por los placeres. Vestía con sobriedad, como exige la conveniencia, una túnica larga de color azafrán, ceñida por un cinturón con hebilla de plata y piedras preciosas, que constituía el único lujo que había a la vista. Se cubría con una capa marrón claro, sujeta por un pasador en el hombro, elegantemente enrollada alrededor del brazo izquierdo. Las sandalias eran de cuero fino, pero con suelas gruesas, y se tapaba la cabeza con un birrete sencillo del mismo color que la capa. En su mano derecha llevaba un bastón largo con una pesada empuñadura de

bronce que debía servirle de apoyo y de defensa, puesto que no se le veía encima arma alguna.

Mi padre se acercó, y en un tono extremadamente familiar —lo que en él indicaba una enorme confianza— le dio la bienvenida:

—¡León! —le saludó, a la vez que se daban un abrazo.

—¡Alejo… Alejo! —respondió León con igual intimidad—. ¡Cuánto me alegra verte de nuevo…!

—¿Cómo estás…?

—¿Mi salud…?, no me quejo. La espalda, como por milagro, ha dejado de molestarme; quizá porque gracias a mi exilio intelectual no he tenido que pasarme horas enteras sentado discutiendo con los pedantes de la corte.

Ambos se rieron como cómplices de algún secreto y se dirigieron hacia nosotros. Primero saludó a los mayores, luego se acercaron a donde estábamos los niños: Simón, Miguel Geometres, Juan Zinziluces y yo.

León se volvió de nuevo hacia mi padre y le dijo:

—¡Alejo! ¿Son estos mis nuevos alumnos? Todos se echaron a reír, y mi madre, Teodora, a quien le encantaba adoptar la pose de la «Theotokos», nos fue presentando uno a uno.

Al llegar mi turno, después de pronunciar mi nombre, León se quedó mirándome fijamente, e interrumpiendo a mi madre me interpeló directamente:

—¡Demetrio!, tu padre y yo, desde hace muchos años, mantenemos una gran amistad, espero que no me consideres un simple pedagogo…

No supe qué contestarle; le agradecí el cumplido, y tras una leve inclinación de cabeza, tímidamente, me refugié detrás de mi madre. Cuando terminaron las presentaciones, mi padre y él continuaron conversando durante todo el camino de vuelta, mientras los demás les fuimos escoltando en respetuoso silencio.

León Atico Eugeniano tenía una cultura universal. Había estudiado en Constantinopla y en Occidente y conocía perfectamente a los autores clásicos. De todo parecía saber, pero lo que más destacaba en él era su amor por el conocimiento; aquélla era una pasión que comunicaba a todo el que se parara a escucharlo.

Todos acabamos contagiados por su entusiasmo y sus sueños, por su fortaleza y generosidad, por esa peculiar forma de ver el universo, tan clásica y a la vez tan novedosa…

II
ANA DE CANDÍA

Un día mi padre me llamó para anunciarme que había llegado el momento de presentarme a mis primos, los que vivían en la capital de la isla; le acompañaríamos en su próxima visita familiar y me alojaría en casa de los Morani. Aquél fue mi primer viaje, mi primera aventura y mi primer amor.

Yo había dejado de ser aquel niño malcriado e impertinente de la infancia —seguro de sí mismo hasta el peligro—, y con la madurez habían aparecido en mí rasgos de sensatez que hubieran sorprendido a mis primeros mentores. Había heredado la corpulencia de mi padre, Alejo, y la languidez de mirada de mi madre. Era, sin duda, un joven atractivo, aunque siempre dé cierto reparo proclamarlo, tan lleno de vida e ilusiones como en mis primeros años, pero que había aprendido a disimular sus impulsos más agresivos gracias a una voluntad de hierro y a la educación del bueno de León.

La calzada que va desde nuestra casa hasta Candía recorre la costa bordeando el mar. Atraviesa una serie de llanuras fértiles, rodeadas por pequeñas colinas, donde se cultiva grano en las zonas llanas, mientras que el olivo, los almendros, y los frutales cubren las laderas, y la vid y la huerta se intercalan en las zonas más montañosas. Junto al mar, a lo lejos, pueden verse, desperdigadas, aldeas de gentes sencillas que viven del campo y de la pesca.

El contraste del paisaje es mayor cuanto más nos alejamos de Cydonia: a un lado, llanuras feraces y hospitalarias entre suaves colinas y vaguadas refrescantes, mientras que al otro sólo se ven imponentes montañas entre nubes, como murallas agrestes, guardando el secreto de los orígenes de la tierra.

Lugares tan próximos en el espacio y, sin embargo, tan diferentes. No es extraño que los antiguos pensaran que había sido en la cueva de Dicté —en el monte Lyctos— donde Gaia escondiera a Zeus, futuro Rey del Olimpo, cuando se lo entregó Rhea, para no ser devorado por Cronos.

En el Ida, un lugar misterioso en la cresta de la cordillera, fue donde Adrasteia, ninfa de las ascuas y cenizas del volcán, y su hermana lo cuidaron

al dios, al que luego amamantó la ninfa cabra Amaltheia, inmortalizada en el firmamento.

Candía, a diferencia de Cydonia, nos sorprendió como una ciudad nueva, construida a la orilla del mar por los venecianos como cuartel general y residencia del Magistrado de «La Serenísima» en Creta. Era típicamente veneciana, había un amplio puerto, que ocupaba toda la dársena, protegido por un espigón y dos fortines, uno en tierra y otro en la misma entrada de la rada. En la ciudadela se encontraban arracimados los edificios públicos, las iglesias de rito romano y las casas de los oficiales. En lo alto, apoyada en la montaña y prácticamente inaccesible, estaba la fortaleza, donde tenía su residencia el Duque.

Junto a los muelles se extendía la ciudad comercial, con sus almacenes y atarazanas. En un extremo se alzaban el edificio de aduanas y la lonja, en el otro, junto al fortín, la jefatura naval y los atraques de las galeras de La República, y en medio las tabernas y las posadas para los marinos y los mercaderes de paso. Eran lugares de reunión donde se cerraban la mayor parte de los negocios que alimentaban a aquella población polifacética y abigarrada. Detrás, se hallaban los talleres y los oficios, que habían ido llegando a medida que la ciudad prosperaba.

Nuestros primos, los Dragas, que así se les seguía llamando —a pesar de que el apellido ya se había perdido en la generación de los abuelos—, tenían varias casas y palacios en Candía. Nosotros nos alojamos en la ciudadela, en el palazzo de Romano Morani, hijo de María Dragas y el veneciano Girolamo Morani. Romano era un hombre joven, casado con una italiana de noble familia de Verona, Beatriz Caetani. Era una persona muy respetada, el más brillante negociante de la familia, y ocupaba, entre otros, el cargo de supervisor del gremio de la lana, y por ello controlaba todo el tráfico que hacía escala en Candía. Por sus manos pasaban todas las maravillas del oriente en ruta a Venecia, y, de paso, se ocupaba de que no hubiera ni un barco vacío a la vuelta. Exportaba todo el estaño y cobre que podía conseguir, obteniendo con ello pingües beneficios gracias al sultán de Ikonium.

Los otros primos, los Lychudes, los banqueros, no residían en la ciudad, tenían una magnífica villa en las afueras, en la salida de Rethimion. Nicéforo, que era el mayor, tenía varios hijos a los que apenas llegué a conocer, aunque sí conocí a sus nietos y nietas…

Cuando llegamos al palazzo Morani salieron todos a recibirnos, aunque faltaban los Lychudes, que vendrían a la fiesta del día siguiente. Vestían con elegancia y en sus modales se notaba un aire familiar, pero a la vez extraño,

eran más italianos que griegos: en sus gestos, su forma de expresar el afecto, su manera de inclinar la cabeza en el saludo… No sé por qué había supuesto que, siendo Dragas, serían bizantinos, aunque lo cierto era que todos sus abuelos, menos una, eran italianos.

Estaba fascinado por la magnificencia de aquella casa, no había visto en mi vida una residencia tan suntuosa de espacios tan amplios y tan lujosamente decorados: llena de muebles, cortinas y fuentes interiores, no había nada parecido ni siquiera en la casa de «Los Embajadores», en Cydonia.

El patio interior, donde se serviría la cena, era un claustro de dos pisos, rodeado por arcadas y columnas de capiteles muy elaborados y floreados, cuyo estilo, por lo que me enteraría después, se llamaba gótico.

Unos grandes toldos rojiblancos, sujetos a un mecanismo de guías y roldanas, constituían el techo, que podía abrirse o cerrarse según los deseos de los comensales. Habían adornado los soportales con infinidad de guirnaldas que daban la vuelta a todo el recinto. Tres largas mesas rectangulares alrededor de una pequeña fuente ocupaban el centro del jardín.

La cabecera la ocupaban Romano y Beatriz; a su derecha se sentaba mi padre y a su izquierda León; a continuación, sus hijos Catalina y Eudocia, con sus cónyuges respectivos, y por último los más jóvenes… A mí me colocaron al lado de Girolamo.

Tampoco había visto ropas parecidas a las que esa noche exhibían nuestros parientes. Aunque siendo muy joven había oído hablar del lujo y boato veneciano, nunca me pude imaginar que iba a encontrar una muestra en la pequeña ciudad de Candía. Aquellas casacas de terciopelo con cuello de armiño que llevaban los hombres, el damasco, la esclavina y las camisas de seda con bordados de las mujeres, que arrastraban aquellos largos vestidos, con sus tocados —redecillas de oro y trenzas de perlas—…, todo era distinto y resultaba fascinante para mí.

León nos contaría más tarde que los venecianos habían heredado todo ese amor a las formas y al lujo de nosotros, los bizantinos. A lo largo de tantos años de convivencia se habían contagiado de nuestra veneración por la complicación del ritual y la moda, por la extravagancia y el derroche externo como manifestación de poder. Pero en aquel momento mi talante no se inclinaba hacia los discursos morales, sino que prefería disfrutar, simplemente, de una experiencia que me complacía en extremo.

Los manjares que fueron sacando los criados a lo largo de la noche estuvieron a la altura de la decoración y el hedonismo que se respiraba en el ambiente: cangrejos y moluscos, huevas de pescado, berenjenas y quesos,

codornices y jabalí, y todo condimentado con especias de las que nunca había oído ni hablar, pimientas exóticas, cayena, clavo, canela… Los postres fueron la culminación: frutas glaseadas de Arabia, pastas y hojaldres bañados en miel y nueces, dulces hechos con azúcar, que, al parecer, proviene de una caña de la India…

A lo largo de la cena los músicos tocaron temas festivos; la coquetería se respiraba en el ambiente, y yo, en medio de la confusión, para protegerme de tanta sensación desconocida, estuve todo el tiempo hablando con mi vecino Girolamo.

* * *

El puerto de Candía se parecía mucho al de Cydonia: soldados y marinos deambulaban por colmados y tabernas, y en el muelle de pescadores las mujeres remendaban pacientemente las redes, mientras los hombres trabajaban el sisal para las cordelerías. Me llevaron a visitar las atarazanas donde atracaban las galeras de guerra que estaban reparando. Me admiraba ver a los capataces dirigiendo a los carpinteros, calafateadores, cordeleros, forjadores, armeros… todos moviéndose como un solo hombre, aquélla era una eficaz máquina de trabajo bajo la atenta mirada de los oficiales. Enrico y Cario decidieron enseñarme luego las grandes «cocas», que eran el orgullo de la flota mercante veneciana.

Una de las que estaban atracadas, la «San Jorge», era una embarcación imponente de dos grandes palos y bauprés, con seis velas, cuyo castillo de popa parecía un fortín. Una nave así podría llevar mercancía suficiente para abastecer un mercado entero. Ni en Cydonia ni en Rethimion había visto nada igual.

Cuando nos cansamos de curiosear por los muelles, Cario nos llevó a los almacenes de la familia Morani-Dragas. Aquél era un universo de telas y alfombras de todas las partes del mundo, de países y lugares ni mencionados en mis libros. Las había de Oriente: Damasco, Bagdad, Isfahán, Bokhara, Samarcanda, Kashmir, Cathay… y también de occidente: Florencia, Milán, Yprés, Malinas… Parecía que el mundo en que se movían aquellos comerciantes no tuviera fronteras. Romano controlaba todo el negocio de la lana y también se beneficiaba, por lo que me contó Enrico, del transporte de la quincallería con Siria y Egipto…

Después de admirar aquella opulencia de nuestros primos, volvimos al palazzo; yo seguía fascinado por todo lo que había visto y oído a lo largo de

aquel día, pero nada me emocionaba más que el banquete y la fiesta de Romano. Todas aquellas sensaciones nuevas eran como un sueño al que estaba asistiendo y del que no quería despertar.

* * *

Era una cálida noche de junio y todo había sido engalanado para el banquete; en los patios se colocaron antorchas para iluminar el palacio y los jardines. Nicéforo y Teodosia Lychudes llegaron al frente de su legión familiar: cinco hijos con sus respectivas mujeres y una pléyade de nietos… A nosotros nos tocó compartir mesa con Girolamo y Enrico, a los que ya conocíamos, y con cinco primos Lychudes, entre los que se encontraban las gentiles Ana y Laura, de quien Enrico estaba perdidamente enamorado.

Ana me cautivó desde el primer momento; se movía con discreción y elegancia, y un aura de atractiva coquetería la rodeaba como si un velo cubriera su suave rostro. Hasta entonces, nunca había sentido un impulso tan extraño y desconocido como aquél, fui herido en lo más profundo por un amor repentino, raptado por unos ojos y un gesto amable que sonreía sin apartar su mirada de la mía, y que se esforzaba en escuchar mis torpes discursos con una atención que iba más allá del mérito que los inspiraba. Sentí cómo un hechizo nos paralizaba y nos atraía a la vez, creando una cortina entre nosotros y el resto del mundo. En aquel estado, a pesar de la magnificencia del banquete, no podría siquiera enumerar los platos, a cual más exquisito, con que nos sorprendieron.

Yo, que hasta entonces me había educado en la austeridad de los montes y valles de Cydonia, empezaba a descubrir que había otros mundos, en los cuales las personas se movían por razones diferentes a las que yo me había figurado. Sería la música, el vino o la euforia de los catorce años, pero el hecho fue que me sentí transportado a otra realidad. Todavía hoy me pregunto: ¿De dónde me salió entonces el atrevimiento para vencer mi natural timidez?… Alargué mi mano hasta la de Ana, mientras ella seguía escuchándome sin apartar la mirada, la tomé entre las mías y le susurré como un suspiro: ¡Qué hermosa eres, Ana…!

Ella continuó con la vista fija en mis labios, y sin apartar la mano se acercó, para que nadie nos oyera, y me dijo al oído:

—¡Demetrio… ven! El aliento de aquellas palabras en la sien acabó de trastornarme. A partir de aquel momento, la conversación del resto de los presentes no fue más que un rumor de fondo: sólo tuvo sentido aquel cuerpo

pequeño, suave y diminuto que me invitaba a descubrir sus secretos. Estaba embriagado por algo más fuerte que el vino.

La fiesta continuaba a nuestro alrededor, algunas parejas habían salido al jardín, ella, entonces, se volvió discretamente y me hizo una señal con los ojos en dirección a un grupo de magnolios que estaban alejados de las mesas de la terraza. A nadie le extrañaría que una joven pareja quisiera salir a bailar al patio. Nos levantamos y nos dirigimos hacia el grupo de danzantes, pero al pasar delante de la columnata Ana dio un pequeño quiebro y, cogiéndome de la mano, nos perdimos entre los árboles del jardín.

Estábamos temblando, la tomé suavemente por los hombros, me acerqué hasta que su rostro estuvo ante el mío y entonces sus brazos me rodearon y se apretó más fuerte contra mí. Era un ser tierno, inerme, que deseaba ser amado. Fui enredando mis dedos en su pelo negro mientras me iban pasando por la mente todas las historias de Felipa de Armenia y de Teodoro que me contaba mi madre, y entonces las comprendí… Vi sus profundos ojos claros, su boca suplicante abriéndose ante mis labios… no pude resistir la tentación y le di el primer beso, un beso eterno y profundo, en aquel jardín veneciano a la luz de una antorcha que se extinguía, con una luna en cuarto creciente, en una cálida noche de primavera…

Al final de la noche nos despedimos jurándonos amor eterno, no sabíamos cuándo nos podríamos ver de nuevo y ya estábamos soñando con el próximo encuentro.

* * *

Ana no era una quimera, sino una realidad gozosa; sentía su ausencia y temía perderla. Hasta entonces había vivido ignorante de la pasión, pero ahora he de confesar que su compañera inseparable es la angustia. Los Morani no deseaban ni conquistar ni reformar el mundo, sino aprovecharse de él con todo lo que encierra para disfrutarlo, y ese amor a la vida les proporcionaba esa energía que en Ana resultaba irresistible. El destino habría de traérmela de nuevo antes de lo que pensaba; mi padre, para corresponder con nuestros parientes y con el Duque, había decidido dar una gran cacería y celebrar una gran fiesta en Cydonia para estrechar la amistad entre griegos y latinos…

Hacía mucho tiempo que no se había visto en Cydonia una celebración como aquélla, todos los salones, terrazas y jardines fueron engalanados con flores y guirnaldas, la arboleda había sido podada y cada árbol decorado con cintas de colores, y en los claros del bosque se colocaron carretas cubiertas

por frutos entrelazados con ramas y flores silvestres, imitando grandes cornucopias. Los criados, vestidos de ninfas y faunos, atenderían a los que se sentasen en la arboleda, que se iluminaría con unas curiosas linternas de papel y pergamino de colores que Constantino había recibido de Cathay.

En el interior de la casa los centros de mesa no eran de oro ni plata al estilo veneciano, sino cráteras jónicas guardadas durante generaciones por la familia Dragas, figuras de delfines y sirenas, héroes clásicos y dioses mitológicos junto a bandejas policromadas de la Persia Sasánida.

Salvatore, el hijo del Duque Enrico —que desde que pasó por Naxos se había convertido en un fanático coleccionista de piezas de arte— no dejaba de mirar con codicia las grandes vasijas y jarrones que decoraban el jardín y los pasillos del peristilo.

En cuanto llegaron los invitados todo mi afán fue encontrar a Ana, así que en cuanto vi que Enrico había llegado ya de Candía me acerqué hasta él para preguntarle sobre Ana:

—¡Enrico!, ¿sabes si han venido…?

Me sonrió con un gesto de complicidad y me contesto:

—¡Seguro, Demetrio!, no te inquietes, llegaron anoche a la «Casa de los Embajadores». No las he visto en todo el día, han estado con las tías por la mañana y por la tarde estuvieron visitando a tu madre, Teodora.

Tranquilizado por las palabras de Enrico me lancé en su busca, y tal como supuse no tardé mucho en encontrarla. Lo primero que vi, para mi desdicha, es que estaba acompañada por una dama de mayor edad, y por lo que reflejaba su expresión no debía estar muy contenta en esa compañía. Me acerqué, sin embargo, sonriendo, y con la mayor corrección las invité a acompañarme. Laura, la enamorada de Enrico, estaba con ella…

Mientras nos dirigíamos a la mesa, Ana me hizo saber, con gran sigilo, que tuviera cuidado con Donna Catalina, que era su dama de compañía… Me suplicó que no pronunciase palabra alguna que pudiera delatar nuestro romance.

Lo último que yo podía desear en aquellos momentos era tener un problema con Mateo Faliero, su padre, así que adopté enseguida la actitud de un joven cortés y desinteresado… Aquello iba a ser un problema también para Enrico ¡A ver qué se nos ocurría! Lo primero, pensé, para intentar ver cómo respiraba la tal Donna Catalina era conocerla, así que hice que me la presentaran. Estuve todo lo encantador que puedo ser y, a continuación, incorporándola al grupo, le hice participar en la conversación para disimular mi interés por su protegida.

Entonces fue cuando se me ocurrió que Cario y Alfredo, los primos mayores de Candía, que se habían unido a nosotros, nos iban a hacer un gran servicio, aunque todavía no lo supieran…

El banquete fue a base de caza, a la usanza cretense con algunos toques orientales. Las perdices, codornices y los patos silvestres, con clavo y pimienta, fueron acompañados por ligeros vinos de Achaia y Mantinea, traídos especialmente del continente para las bodegas del Patriarca Alejandro. El jabalí, aliñado con ajo, tomillo, laurel, hierbabuena y menta fue regado con un pesado vino macedónico. El plato cumbre de la cena fueron los faisanes al jengibre con vino de Shiraz. Había pan de todas clases: con sésamo, almendras, nueces… Todas las bandejas iban decoradas con plumas, vegetales o frutas —según el manjar que acompañaban— para deleite de la vista además del paladar. Los dulces, de inspiración anatólica, traían recuerdos a los más ancianos, embriagados por el aroma del Malvasía y de los lejanos tiempos de Nicea…

León solía contarme que nuestro decadente pueblo romano había vivido tiempos de lujo y esplendor mientras los venecianos se limitaban a comer el pescado de sus charcas.

La profusión de los manjares —pero sobre todo el vino— fueron ablandando las defensas de Donna Catalina. Había llegado el momento de actuar: llamé a Alfredo y a Cario y le hice una señal a Enrico; había que salvar el escollo de aquella dama para poder disfrutar un rato a solas con Laura y Ana sin provocar un escándalo.

—¡Cario! —le supliqué—. Os tenemos que pedir un gran favor a ti y a Alfredo…

—¡Lo que queráis!, respondieron sonriendo…

—Ana y Laura están acompañadas por una dama que no las ha dejado solas desde que hemos llegado… Necesitaríamos que nos la sacarais de encima, distrayéndola, para poder retirarnos con las primas. Cario y Alfredo se miraron y sonrieron.

—¡No os preocupéis! —repuso Cario— sabremos distraerla…

—¡Yo me ocupo de su amiga! —añadió Alfredo—. En cuanto las hayamos sacado a bailar, Ana y Laura podrán irse con vosotros…

¡Al fin nos íbamos a quedar solos! Tal como planeamos, Cario y Alfredo se ocuparon de las damas y nosotros nos escamoteamos al jardín. Ana me cogía las manos con ansiedad, mientras no hacía más que repetirme cuánto me había echado de menos; juraba que necesitaba tenerme a su lado, que se le hacían odiosas las horas que faltaban para verme de nuevo… Aquélla era una

erupción de emoción contenida; yo la iba estrechando cada vez más entre mis brazos y, dominado por el irresistible atractivo de su boca entreabierta, la besé una vez más con todo el amor que fui capaz, mientras la sostenía en vilo, de puntillas sobre la hierba.

La noche era cálida, uno de esos finales de otoño que recuerdan el verano, y la luz de las antorchas iluminaba las cintas entre los árboles, proyectando sombras caprichosas en la oscuridad del jardín. Estábamos disfrutando del ensueño y la irrealidad, el momento se estiraba y prolongaba, jugando con nuestro propio deseo de que aquello no acabara nunca. Permanecimos abrazados largo rato. Ella empezó a juguetear con los botones de mi camisa, sus dedos se deslizaron hasta mi pecho desnudo y comenzaron a jugar, rozando una y otra vez mis costados; yo desabroché su corpiño, y ella los botones de su camisa de seda para apretar su pecho, suave e incipiente, contra el mío. Se deslizaron nuestras ropas y caímos de rodillas. Entre besos y caricias, estábamos poseídos, uno en brazos del otro, por una sensación de locura, pasión, ternura, ansiedad, miedo… todos los sentimientos se despertaron de forma espontánea y sin remordimiento.

Al igual que en Candía, al amanecer, el sonido de unas trompetas anunciando el fin de la fiesta nos devolvió a la realidad.

A Cario, Alfredo y sus acompañantes les volvimos a encontrar en la explanada, Donna Catalina actuaba como si nada hubiera pasado, paseándose, radiante de felicidad.

—Me da la impresión —le comenté a Ana— que Donna Catalina va a tener tanto interés como tú en que desaparezcan estas horas en la nebulosa del tiempo… Es más, creo que os entenderéis mucho mejor de ahora en adelante.

III
CONSTANTINOPLA

Me acuerdo todavía hoy, a los ochenta años, del día en que mi padre nos reunió a todos y nos habló de la llegada de una carta del Emperador: ¡Debíamos ir a Constantinopla…! A mi padre, Alejo, le llamaba el Emperador. ¡Qué terrible fue mi primera impresión! Intuía con amargura que aquella mudanza iba a poner una distancia insuperable entre mi amada Ana y yo… Pero luego me dominó la curiosidad por conocer la gran urbe y sus maravillas, tantas veces celebradas por León, y pensé para consolarme que siempre que Ana y yo mantuviéramos nuestra pasión volveríamos a reunirnos… ¡Quién puede asegurar nuestro destino!… Candía estaba cerca, pero Constantinopla era el centro del mundo, y no resultaba improbable que una invitación a tiempo de la familia llevara los pasos de Ana hasta la gran ciudad.

Embarcamos en una coca veneciana que hacía la ruta a Constantinopla. Los favorables vientos del otoño nos llevaron primero a Thera —Kalliste, la más bella, para los antiguos griegos—. La isla era una sobrecogedora media luna volcánica que se precipitaba en un mar azul profundo, con montes teñidos de colores rojos, verdes, grises, negros… y casas blancas y brillantes de pequeñas aldeas rodeando el puerto. ¡Realmente debió haber sido un magnífico regalo de Tritón a los Argonautas!

En Quios entré, por primera vez, en una basílica; hasta entonces, sólo había visto las pequeñas ermitas de Cydonia… Nea Moni me impresionó por la fascinación de la novedad y por la serenidad que irradiaba, nunca había podido imaginarme algo tan íntimo y grandioso a la vez, era místico y personal, tenía una magnífica cúpula de mosaicos con la imagen del Pantocrator, rodeada por escenas de la vida de Cristo que se sucedían en el brillo del techo: la Anunciación, el Nacimiento, el Bautismo, la Transfiguración… En el nártex estaban San Miguel y San Gabriel… Me sentí transportado a otra realidad, rodeado de mármol, embriagado por el olor del incienso, deslumbrado por los iconos dorados del altar, con las velas iluminando los marcos de oro y piedras preciosas, y el canto de los popes… No se me borrará aquella impresión mientras viva.

* * *

Navegar por el Helesponto con todas las velas desplegadas es igual que volar entre montañas. Desde lejos da b impresión de que se va a entrar en un valle, pero a medida que nos aproximamos vemos cómo la bahía se va estrechando y la costa se nos echa encima, hasta que, por fin, al frente sólo queda un camino de agua flanqueado por la tierra.

Intentaba imaginarme a los temibles argivos de la epopeya sorteando aquellas aguas, escapando de la vigilancia de Troya, o a los aqueos en su expedición para conquistarla y abrirse paso hasta el «Ponto Euxino»… Griegos, persas, romanos, godos, turcos… todos disputándose el control de aquellos estrechos que separaban Asia de Europa. Se podía sentir el peso de b leyenda y de la historia entre aquellas orillas. Al final se abría el mar de Mármara, con sus pequeñas islas, como si fuera la antesala marina de la «Gran Ciudad» que nos esperaba.

Al no poder conciliar el sueño subí a cubierta, unos marineros jugaban a los dados, mientras otros se ocupaban de mantener el rumbo y de trimar las velas. Navegamos toda b noche al resguardo de aquella costa familiar, aprovechando el viento bonancible que nos iba acercando a nuestro destino.

El amanecer me sorprendió en el puente, el sol había empezado a asomar, tímidamente, tras los montes de Bitinia cuando al frente, poco a poco, fue apareciendo en el horizonte el perfil de una inmensa ciudad: Constantinopla.

—¡Demetrio! —me llamó León—. Aquella cúpula que ves en lo alto, es Santa Sofía, a su lado puedes ver la acrópolis, el palacio y el convento de Mangana y justo delante veremos el puerto de Bucoleón. Al oeste está Condoscalio… ¡Mira!, más allá están el foro de Arcadio y el puerto de Teodosio, con el monasterio de Mireleo a su lado. En el extremo de la muralla puedes ver la cárcel y el monasterio de San Diomedes…

Yo jamás había visto nada semejante, contemplaba extasiado cómo alrededor de tantos monumentos se extendía una población con cientos de casas, edificios públicos, iglesias…

A medida que nos íbamos acercando a los muelles se cruzaban en nuestro camino todo tipo de lanchas y falúas, que se afanaban por entrar o salir del enjambre de embarcaderos que había a lo largo de la muralla.

—Demetrio —me llamó la atención León, señalando con su bastón un lugar casi en ruinas—. Ahí estaban los antiguos palacios que fueron la maravilla del mundo civilizado: el Chrisotriclinos, con sus salones dorados y sus puertas de plata maciza, al lado estaba el Lausiakos con sus pabellones —el Sigma y la Perla—, donde se celebraban ballets ecuestres entre estanques y

fuentes. Un poco más allá estaban las residencias privadas de Dafne, en cuyo salón púrpura daban a luz las Emperatrices. Desde aquí ya puedes ver mejor el hipódromo y Santa Sofía…

Al arribar al embarcadero de Bucoleón nos recibió el Protospatario, que, tras los acostumbrados saludos de protocolo, nos dijo que tenía orden de escoltamos hasta nuestra residencia en Cora. Era un gesto de consideración del Emperador disponer que a nuestra llegada nos acompañara su propia guardia personal hasta Branchaion, el palacio de los Angel en Constantinopla.

¡Así fue como entré por primera vez en la ciudad: a caballo y escoltado por la guardia imperial…! Subimos por San Sergio y San Baco a lo largo del antiguo muro hasta alcanzar La Mese. Los foros de Constantino y Teodosio estaban llenos de gente a esas horas de la mañana. Unos conducían carretas llenas de mercancía para los mercados, otros acudían a comprar; algunos pasaban llevando fardos a la espalda, mientras los demás, simplemente, paseaban. Sentados en los bancos se veían grupos de hombres y mujeres que discutían animadamente, mientras en mitad de la plaza se formaban corros en torno a un predicador, un político o cualquier artista vagabundo que hiciera piruetas. Bajo los soportales los tenderos regateaban sin parar, y los escribanos, inclinados sobre sus mesas, atendían largas colas de clientes.

Ante las tabernas y las iglesias se apostaban los ciegos y los tullidos, tocando sus instrumentos o mendigando; en mitad de las plazas los encantadores de serpientes y los tártaros, con sus osos bailarines, entretenían a los transeúntes. Todo era ruidoso y colorista, laborioso y festivo, era el corazón de la ciudad que latía al ritmo de sus gentes.

—¡Demetrio, fíjate! —me comentó León— en ninguna ciudad del mundo verás esta variedad de gentes. A tu izquierda un monumento que recuerda pasadas glorias: la columna de Marciano, y a tu derecha la basílica de los Santos Apóstoles… aquí es donde los Armenios vienen a venerar las reliquias de Pedro y Pablo…

Y a continuación añadió:

—¡Observa sus ropajes!, el colorido y las extrañas formas de sus atuendos, mezclándose con nuestros fieles ortodoxos, unidos por una misma fe en esta basílica milenaria que, probablemente, reposa sobre un templo pagano dedicado a los Dióscuros. Una calle más estrecha nos condujo hasta Cora, en donde se encontraba Branchaion.

El viejo palacio familiar era una edificación que impresionaba por su altura de tres pisos, con sus arcadas polícromas en la fachada, construido con ladrillos y piedras multicolores. Las columnas de la entrada eran todas de

mármol, las del primer y segundo piso eran de granito pulido. Un enorme atrio con tres fuentes ocupaba el centro del edificio. Los techos y las paredes estaban pintados con motivos alegóricos a la familia Angel; los pisos cosmatescos me asombraron por el contraste de colores y el entrelazado de las líneas geométricas, que ofrecían un diseño distinto en cada estancia. Era una construcción opulenta y caprichosa que reflejaba esa extraña influencia oriental que se sentía en toda la ciudad.

No tardé en integrarme en el pulso de la urbe, convirtiéndome en un ciudadano más entre los miles que a diario recorrían las calles de Constantinopla, y aunque jamás me abandonó la añoranza de Cydonia, aquel desorden, grandiosidad decadente y bullicio febril de pronto se habían convertido en mi mundo.

* * *

Las cigüeñas habían llegado, como todos los años por aquellas fechas, para ocupar sus aéreos nidos en torres y campanarios, volando desde la siniestra Anemas hasta la esbelta Mangana. Venían de las fértiles estepas de más allá del Ponto, sobrevolaban el Cuerno de Oro y se instalaban entre la tierra y el cielo, bendiciendo con su buena fortuna la frenética actividad de la gran ciudad. En nuestro palacio de Branchaion siempre se cobijaban en el torreón del oeste, mirando las pequeñas cúpulas brillantes de San Salvador. Eran las aladas mensajeras de la primavera… pero aquel día nadie tuvo tiempo para pensar en el cambio de estación.

Ninguno pudimos dormir aquella noche. Todo comenzó cuando mi padre, Alejo, sobresaltado por un gran ruido junto a su dormitorio salió al claustro dando voces, empuñando un candelabro y llamando a la guardia a voces. Fue grande el susto que se llevó al encontrarse que la ventana de su despacho había sido forzada y los cristales yacían esparcidos por el suelo. Un intruso había intentado llegar hasta la cámara principal, pero, gracias a Dios, vio frustrado su propósito, porque al avanzar precipitadamente en la oscuridad había tropezado con el bargueño del despacho, que, al desplomarse, produjo tal estrépito que sacó a mi padre de la cama y despertó a los pájaros exóticos de la habitación contigua… El escándalo que se formó, entre los gritos de mi padre y la algarabía de las aves, acabó por despertar a todo el barrio de Cora.

El que un extraño se introdujera mediante engaño en el almacén no hubiera merecido siquiera un triste comentario, ya que la gran ciudad estaba infestada de ladrones, y la cruda necesidad convertía a muchos miserables al

oficio. Lo inquietante fue que aquel intruso no debía ser un infeliz desesperado o un truhán vulgar, sino un sicario, que tuvo el arrojo y los cómplices para acercarse a la cámara de un Consejero del Emperador con la segura intención de asesinarle. En el patio, donde rondaba la guardia, hallaron el cuerpo sin vida de Teodoro. Era el secretario de mi padre, y no debió resultar fácil sorprenderle, ya que era un veterano que se había convertido durante los últimos años en el brazo derecho de la familia. En los tiempos que corrían, en los que de nadie te podías fiar, su muerte dejaba un enorme vacío, además de varias preguntas sin responder…

* * *

Por aquel entonces tenía yo pocos años, un espíritu animoso y la característica mezcla de timidez y arrogancia del que comienza a abrirse paso en la vida, a vestir túnica larga y a portar espada. De mi padre heredé la compostura y la corpulencia, una mirada penetrante —que con los años ganó en dulzura— y el verbo fácil, que habría de ser mi bendición y mi maldición. Mi madre me legó el amor a la tradición, el culto a la belleza y el respeto a la ternura. Era un joven irresponsable, atrevido y curioso, pero con el suficiente temor como para no perderle el respeto a mis mayores, además de una intuición profunda: ¡que la política era un juego peligroso!

No podía borrar de mi mente, por más que lo intentara, la imagen de aquel cuerpo tendido, sangrando sobre el piso veteado de pórfido y mármol blanco. No conseguía librarme de la sensación opresiva que había dejado la muerte inesperada y violenta de Teodoro. Daba vueltas alrededor del patio, salía a pasear por las calles del arrabal, volvía a la quietud del atrio, intentaba perderme en medio de un texto de Procopio… pero hiciera lo que hiciera me acompañaba la imagen cotidiana y familiar de Teodoro.

Mi padre, Alejo, habituado desde su más tierna infancia al acoso de odios ancestrales, ante el desafío político había adoptado la postura de colocarse una máscara de ecuanimidad trágica; siempre se le veía sereno, metódico e imperturbable. Para un hombre cuya vida había transcurrido en medio de agitaciones, asesinos a sueldo y venenos, la sangre de Teodoro —aunque le afectara hasta punzar sus propias entrañas— no le provocaría más que un comentario distante y aristocrático. El deber le llevaría a contárselo al Basileos como algo casi accidental, para luego, en el transcurso de las aclaraciones, deslizar en su mente la duda de que estaba rodeado por traidores

junto al mismo trono. Intentaría jugar esa baza para envenenar la voluntad de Andrónico II contra sus enemigos políticos.

En familia, mi padre se transformaba, mudaba de carácter, se enternecía, se humanizaba, relajaba la adustez de su rostro y sonreía con gran dulzura. Le gustaba pasarse horas enteras junto a León, en la biblioteca entre viejos manuscritos, leyendo, copiando y catalogando las joyas clásicas que constituían el más valioso legado de la familia Angel. Si alguna vez le hacía alguna pregunta sobre la familia, le encantaba relatarme historias de su juventud, de sus aventuras y de sus ilusiones. Pero a pesar de las apariencias, no era un político de corte ni tampoco un erudito de biblioteca, sus inquietudes le habían llevado a ocupar los puestos más arriesgados, desde la corte de Milutín de Serbia, hasta la embajada a Otmán en Anatolia.

* * *

Me levanté cuando ya despuntaba el sol por encima de las cúpulas de la Magdalena y la Pammakaristó. Llamé a Constantino y a Miguel, ordenándoles que prepararan los caballos; sabía que Juan estaría en el gimnasio aquella mañana. Si alguien podía descubrir el motivo del atentado, ese hombre era Cantacuceno…

En cuanto llegamos no tardé en verle, estaba acompañado por Sirgiano y rodeado por una pequeña corte de seguidores. Se encontraba junto a la fuente de mosaicos de Proserpina discutiendo con algunos senadores, todos ellos envueltos en sábanas inmaculadas; habían terminado sus ejercicios y estaban a punto de entrar en el tepidarium. Le envié una nota por medio de Constantino y le hice una seña con la mano para que aguardara. Necesitaba verle, pero no allí, en el gimnasio. Me miró con extrañeza, sorprendido por la premura y el secretismo del mensaje, pero me hizo un gesto afirmativo y le devolvió el billete a Constantino susurrándole algo al oído.

Juan Cantacuceno mostraba una extraña combinación de reserva y expresividad, era una persona temperamental, capaz de grandes explosiones de pasión y sentimiento y a la vez un tímido, que se refugiaba tras una apariencia de firmeza para protegerse de su propia indecisión. Lo más paradójico en él era su obsesión por la teología, difícil de compaginar con su vocación por la intriga política y su gusto por el poder. Su sufrimiento moral era inevitable, vivía bajo el yugo de una conciencia escrupulosa en el lupanar de Bizancio. Era un idealista, profundamente crédulo, que tenía la esperanza

de que a este pueblo nuestro se le podía sacar del letargo de siglos, desarraigar la corrupción y resucitar los grandes valores de Roma…

Deseaba verlo a solas, tenía que confiarle lo ocurrido antes de que las habladurías pudiesen desvirtuarlo. No quería que se enterara Sirgiano todavía…

Sirgiano, a diferencia de Juan, siempre me pareció peligroso: era un manipulador astuto, lleno de recovecos, con una falta total de escrúpulos, pero de una eficacia tal que resultaba imprescindible contar con él.

* * *

Enfrente del «Laúd», antes de llegar al muelle y al antiguo barrio genovés, donde habíamos quedado con Juan, había unas chabolas que parecían servir de albergue a las personas que deambulaban entre las ruinas de aquellos viejos edificios abandonados. No pudiendo contener mi curiosidad, mientras esperábamos, le pregunté a Constantino:

—¿Quiénes son esas gentes? ¿Qué hacen aquí, tan cerca del barrio genovés?

—¿Cuánto tiempo lleváis en la ciudad? —me preguntó Constantino.

—Apenas tres meses.

—¿De dónde venís? —interrumpió Miguel, mi otro escolta.

—De Cydonia, en Creta.

—Bien se ve que allí no deben llegar todas las noticias —comentó, y añadió—: Desde hace muchos años, miles de personas han venido a refugiarse tras los muros de esta ciudad. Veo que ignoráis que prácticamente toda Anatolia ha sido ocupada por los turcos. Sólo resisten algunas ciudades: Nicea, Filadelfia, Heraclea, Brusa… En fin, ¿para qué seguir? En el norte, Tracia está amenazada por los eslavos, y muchos de sus habitantes también han venido huyendo a Constantinopla. Toda esta gente que veis aquí, y mucha más que iréis viendo, son refugiados, hermanos nuestros que huyen para no tener que soportar el dominio musulmán o el de los búlgaros.

—Hay escasez de alimentos —se lamentó Constantino—. No llegan los barcos con el trigo desde que perdimos los puertos del Ponto. Genoveses y venecianos son los que hoy transportan nuestro grano. ¿Acaso no ve el Basileos cómo prosperan?, ante vos tenéis la fortaleza de Gálata controlando la entrada al Cuerno de Oro… y enfrente están los venecianos, en Perama.

—¿Qué ha sido de los destacamentos de Constantinopla y de las galeras de vigilancia de los estrechos…?

—¡Andrónico II los licenció cuando murió el viejo Emperador Miguel! —replicó indignado Constantino—. Se vio forzado a desmantelar el ejército y la armada al carecer de recursos con que mantenerlos…

La indignación de Constantino y de Miguel era parecida a la intensa amargura que manifestaban muchos en la universidad. A nadie sorprendía ya que las críticas públicas a Andrónico II, y sobre todo a Teodoro Metoquita, el Gran Logoteta, fueran tan sangrantes que bordearan la rebelión descarada…

Mientras así hablábamos, llegó Juan Cantacuceno. Vestía con sencillez y cubría por discreción su rostro con un pliegue de la capa; últimamente habíamos decidido ser más cautos y no llamar la atención. Se sentó con estudiada calma y, como era su costumbre, en cuanto se sirvió un vaso de vino paseó su mirada por todo el local buscando a sospechosos de querer enterarse de conversaciones ajenas. Se bebió de un trago la pequeña jarra, chasqueó la lengua y, tras renegar por milésima vez del vino barato de las tabernas, me miró directamente a los ojos y comenzó a regañarme:

—¡Demetrio, acabo de dejar a Sirgiano y a Synadeno en el tepidarium haciéndose preguntas sobre mi repentina desaparición! No me gusta tener que inventarme historias… ¿Tan urgente es lo que tienes que decirme que no podía esperar?

—Sí lo es —le repuse, poniendo fin a sus protestas—. Sólo te contaré los hechos, sin rodeos, y decídelo tú mismo. Ayer por la noche un sicario penetró en Branchaion y, tras ser descubierto por la guardia, en su huida asesinó a Teodoro, el lugarteniente de mi padre, Alejo. No se trataba de un vulgar ladrón, tuvo buen cuidado en evitar dejar rastros, fue derecho a las habitaciones privadas de mi padre y, además, las estocadas que tenía Teodoro eran las de un profesional: la primera bajo la axila y luego el remate con una daga en la nuca. ¿Qué piensas ahora, te parece un asunto serio o es una simple escaramuza de rateros…?

Juan se quedó callado, acariciándose la barba y jugando con la jarra de vino; no era fácil hallar una respuesta. Yo, que ya lo iba conociendo, me daba cuenta de su desconcierto por el nervioso oscilar de su pierna derecha, mientras arqueaba las cejas y arrugaba la frente. Entre los Cantacuceno era el más transparente en sus sentimientos, no era difícil adivinar lo que pensaba, bastaba con observarle detenidamente.

El hecho en sí no presentaba grandes interrogantes: un simple asesinato frustrado… un abortado golpe político para ser más exactos. Lo que lo convertía en algo alarmante era que, desde hacía muchísimo tiempo, nadie se

había atrevido a atentar contra la vida de un miembro del consejo privado del «Nobilisimus». Juan, tras posar la jarra, carraspeó y bajando la voz me dijo:

—No se me ocurre nadie que quiera ver al Hipersebastos Alejo muerto. Tu padre es, por sus relaciones personales y su cercanía a Andrónico II, quien mejor puede hacer de enlace entre la facción imperial y la aristocrática. Sus relaciones con Venecia le dan, además, una posición privilegiada. Lo que yo creo es que quien planeó ese atentado es alguien muy encumbrado, ya que la muerte de tu padre, por el motivo que sea, sólo puede tener consecuencias para alguien cercano a la púrpura.

—¿Quién puede tener interés en la muerte de mi padre? —insistí, cogiéndole de la mano y mirándole a los ojos—. ¡Llevo dos días haciéndome esa misma pregunta…!

—Si no fuera porque Alejo —continuó su razonamiento Juan— está al lado de Metoquita en el consejo, diría que la factura de la maniobra es típicamente suya… ¿Pero, por qué habría el Logoteta de eliminar a su aliado? ¿Sabes si tu padre tenía alguna misión especial, algo que pudiera perjudicar sus intereses de alguna forma…?

—Mi padre siempre ha servido a los intereses de Bizancio y al Emperador, no a los del Logoteta —le interrumpí— rechazando cualquier insinuación respecto a su integridad.

—Lo sé, no he querido acusar a Alejo de estar en connivencia con Metoquita. Tu padre es una persona que no se rebajaría a una acción servil. Lo que también es cierto es que no es una persona incómoda para el Logoteta, al menos no lo ha sido hasta ahora, porque tranquiliza al Emperador llevando con gran acierto las relaciones con Occidente, y eso, indirectamente, beneficia sus intereses.

—Lo que ahora te voy pedir —le dije, dando un giro a la conversación— es que te olvides de Teodoro Metoquita, te lo pido como amigo. Comprendo que es vuestro enemigo, pero debemos explorar otras posibilidades… ¿No sería más fácil pensar que podría tratarse de una maniobra del partido aristocrático?

—¡Nunca! —me respondió con firmeza— los conozco bien. Mi padre, Miguel, aunque ahora esté en Morea, sigue siendo la cabeza de esa facción, y no debes olvidar que le debe el gobierno del Peloponeso a Alejo; nunca atentaría contra su vida.

—¿Entonces quién? —le pregunté—. Si excluimos a los nobles y a la camarilla de Constantinopla sólo nos queda esperar a que alguien cometa una indiscreción o a que los traidores actúen de nuevo…

La llegada de unos hombres con aspecto de aventureros, y cuya presencia todos celebraron con gran alboroto, nos distrajo y puso fin a nuestras elucubraciones. Juan nunca dejaba de asombrarme por esa manera de transformarse y cambiar de humor. En un instante dejaba de ser un hombre implacable y conciso y se convertía en un soñador impenitente. Pasaba de estar preocupado por una peligrosa conspiración, a entusiasmarse como un niño con las baladas guerreras de aquellos tristes soldados. Me cogió la mano y estrujándomela me habló como a un compañero de clase: ¡Escucha, hoy aprenderás más sobre el espíritu de nuestro pueblo que en todas las clases del Magistro…!

Cuando empezaron a tañer sus laudes se produjo un gran silencio; acudieron los niños que jugaban en la calle, se acercaron algunas mujeres que venían de lavar ropa, junto a unos marineros que acudían al relevo, y todos se acomodaron en el umbral para escuchar a los bardos vagabundos.

Aquellos viejos akrites, expulsados de sus tierras de frontera, cantaron una oda tras otra, recordando las gestas de Diógenes y el valor de su pueblo; entonaron himnos a San Jorge, maldijeron al dragón y lloraron por sus ciudadelas y campos abandonados, para acabar conjurando a la muerte que a todos nos llega.

Camino de vuelta a Branchaion una fina lluvia envolvía la ciudad, un manto de húmeda discreción velaba las imágenes de los pocos transeúntes que se decidían a salir. Nos separamos en San Teodoro, junto al acueducto. Todos veíamos fantasmas entre nuestros adversarios y teníamos miedo. Lo que había ocurrido había sido un aviso que no debería extrañarnos, ya que no faltaban personas en la ciudad que hubieran deseado o vernos vestidos con el hábito o bajo un palmo de tierra.

En la soledad de mi habitación y en noches como aquélla, de incipiente y brumosa primavera, al abrigo de la lumbre familiar, añoraba ese mundo, distante y lejano, de mi infancia en Cydonia y recordaba mi llegada a esta sobrecogedora ciudad que se había convertido en mi segundo hogar.

* * *

Me despertó mi padre al entrar de repente en mi dormitorio. Estaba muy nervioso, tenía la mirada desencajada y las manos temblorosas.

—¡Demetrio! —me gritó—. León salió a última hora de ayer y todavía no ha vuelto. Recibió un mensaje, no me dijo de qué se trataba para no comprometerme, y partió enseguida. No quiso que le acompañara la escolta…

Temía que si acudían muchos los informadores no aparecerían ¡Tenía que haberle obligado a aceptar la protección…!

—¡Tranquilízate, perder la calma no resuelve nada! ¿Tienes alguna idea de por qué esa cita requería tanto secreto y urgencia?

—¿Te he comentado que ayer estábamos detrás de una pista para aclarar el asesinato de Teodoro que nos llevaba directamente hasta el palacio de Blaquerna…?

—No, no me has contado nada…

—Pues… cuando Aurelio y la guardia registraron el palacio ayer por la mañana encontraron un ceñidor y un trozo de tela rasgado que sin duda pertenecían al asaltante. Teodoro, al defenderse, debió herir al desconocido cerca de la cadera, desprendiéndole el cinturón y cortándole la túnica. Al intruso, con el revuelo que se organizó, no debió darle tiempo a recogerlo para encubrir su presencia.

—¿Por qué no me dijiste esto ayer? —le increpé, herido en mis sentimientos por aquella falta de confianza—. ¿Por qué no me has contado las sospechas que tenías…? Ahora que ha desaparecido León me lo dices y me pides que te ayude, que actúe de perro rastreador…

—¡No es verdad! —me respondió alterado—. Ni León ni yo hemos querido que te vieras envuelto en un tema tan peligroso… ¡Hijo, esto no es Creta, estás en el templo de la conjura y la intriga! Constantinopla no es Cydonia, los esbirros a sueldo hacen pocos distingos. Hasta no estar seguro de quién es tu enemigo es peligroso precipitarse. Las pruebas que dejó el sicario, unidas a un informe confidencial que nos hicieron llegar algunos amigos de La Secreta, nos llevan a la familia imperial… No podíamos permitir que se te escapara alguna indiscreción en la universidad, donde a tu lado están tanto Andrónico, el heredero, como Sirgiano Paleólogo, miembro, aunque mestizo, de la familia. Para ser del todo sincero contigo tampoco queríamos que hicieras confidencias con algunos de tus amigos…

—¿Te fías de mí o todavía guardas secretos…?

—Demetrio —replicó muy serio— estoy enterado —como con seguridad también nuestros enemigos lo están— de que mantienes una relación de amistad con Juan Cantacuceno. Debes saber que su padre, Miguel, es el principal enemigo que tiene el Logoteta Metoquita, y que, dada su influencia en el partido aristocrático, es quizá el mayor peligro para el trono de Andrónico II.

Si se enterara que algún miembro de la familia Paleólogo, de sangre o político, atentaba contra el trono —y atentar contra mí, como senador y

consejero de asuntos occidentales, es una provocación al Basileos— estoy seguro de que no dudaría en intervenir y aprovecharse de la situación para imponer la tutela del partido que encabeza desplazando al Logoteta…

—Te olvidas —le respondí un tanto provocativamente— que el propio Teodoro Metoquita, para mí, no estaría libre de sospechas…

—¡Mantén esa opinión para ti! —me dijo, visiblemente alterado por el comentario—. Ahora necesito que me ayudes a encontrar a León. La tela que encontramos tiene un diseño de pequeñas flores enmarcadas en dorado que, según Malik, sólo se le ha suministrado a la casa imperial, y la hebilla es de un oficial de la drusina. Sería una temeridad aventurar que se trate de una persona cercana al Nobilisimus, por eso pensamos que alguien quiere involucrar a Andrónico II.

León, al recibir el recado, se marchó de una manera tan precipitada —precisamente para no involucrarme por ser consejero del Emperador— que no pudo aclararme a dónde le llevaba aquel aviso…

—¿Estás seguro de que no llevó escolta?

—Sí, absolutamente seguro, bien sabe Dios que le insistí. Le rogué que por lo menos le acompañara Constantino, que por ser un veterano conoce todos los pliegues de esta ciudad… pero no hubo forma de convencerlo ¡Se negaba a aceptar protección de esta casa para no levantar sospechas! ¿Quién pudo haberle citado que le inspirase tal confianza como para cometer tales imprudencias?

—Lo primero que has de hacer es reforzar tu guardia personal, llama a Constantino y a Miguel, que interroguen a todos. Nadie podría haber entrado en Branchaion sin algún traidor en el interior. Luego —te lo ruego— aunque te resulte difícil, vas a tener que confiar en mis amigos, si no, poco o nada puedo, yo solo, en esta ciudad. Mandaré una nota a Juan Cantacuceno para que se reúna conmigo en los almacenes de los Dragas-Savelli del Puerto Teodosio. Desde ahí comenzaremos la búsqueda.

—¿Te fías de Cantacuceno? —me volvió a repetir con mirada incrédula, como suplicando que le eximiese de tal acto de confianza.

—Sí, totalmente.

—Me basta tu palabra… —respondió con resignación—. El Nomofylax Autoreiano nos ayudará también, acudiré a los eunucos de la oficina del Gran Doméstico, que tienen oídos en todas partes, les apretaré suavemente, ya que nos deben algunos favores.

* * *

Revolvimos los bajos fondos de la ciudad, y los lugares a los que no pudimos llegar nosotros fueron rastreados por Juan, Sirgiano y los eunucos de palacio ¡El mismo Parakoimomeno se preocupó de mandar sus espías a todos los prostíbulos de Constantinopla y Gálata! Todo era inútil, pasaba el tiempo y nadie había localizado a León, nadie sabía a dónde había ido. El puro nervio nos mantenía despiertos. León era un ser adorado en mi familia y nos parecía imposible que algo tan enraizado y profundo en nuestras vidas pudiera desaparecer de una manera tan absurda y repentina.

No había empezado a declinar el sol, cuando, como una exhalación, Juan Cantacuceno entró, sudando y jadeando, en la biblioteca. Estaba extenuado, había venido a matacaballo, bordeando todas las murallas desde Mármara. Lo primero que hizo fue sentarse, luego, ordenó que le trajeran agua y tras recuperar la respiración, me dijo:

—Hace hora y media vino a verme Sirgiano para decirme que le había mandado una nota Alejo Apocauco ¡Sé que fue arriesgado involucrarle en este asunto!, pero no había otro remedio si queríamos dar con León…

—¡Sigue! Lo que hayas hecho, por mí, bien está. ¡Yo recurriría al mismo diablo si fuera necesario…!

—Pues Sirgiano me dijo que «alguien» había informado «casualmente» a Apocauco que habían visto a León, a última hora de ayer, por los alrededores del Puerto de Sofía acompañado por dos personas y que se dirigían hacia el de Condoscalio.

—¡Esa zona está cerca del palacio de Mangana y de las dependencias del Gran Doméstico!… ¿Quiénes serían sus acompañantes, con quién estaría citado?

—Según el «informante» —continuó Juan— no parece que León fuese con ellos de buen grado… —Esa apostilla, viniendo la información de donde venía, me hacía pensar lo peor—. Sospecho, además, que Apocauco no le contó todo a Sirgiano, estoy seguro de que guarda información que prefiere no revelar. Debemos acudir cuanto antes a los muelles de Sofía e intentar localizarle. Antes de venir ya he mandado a Synadeno y a Mateo a rastrear los alrededores.

* * *

Habíamos quedado en la taberna de «San Sergio y San Baco», un lugar que solíamos frecuentar cuando íbamos con Andrónico de incógnito. Cuando llegamos, ya nos estaban esperando Synadeno y Mateo. Entré confiando en

tener mejores noticias, pero en cuanto vi el desconcierto reflejado en la cara de Synadeno perdí toda esperanza…

—¡Sentaos! —nos invitó Synadeno—. ¡Bebed un vaso de este buen vino chipriota y tened calma! Los amigos de Sirgiano han encontrado el cuerpo de un hombre, envuelto en redes, detrás de unas tinajas en un galpón del muelle de Condoscalio. Como nosotros no conocemos a León, os estábamos esperando…

Al llegar al puerto, ya los hombres de Synadeno habían liberado al cadáver de las redes y lo habían tendido encima de la lona de una vela. ¡Qué hermosa imagen en su último viaje! Lo reconocí en cuanto vi su mano, larga y huesuda, asomando entre los pliegues de la tela, con el anillo que le había regalado mi padre. Pero a pesar de la evidencia me resistía a aceptar que aquel cuerpo fuera el de León… Me repetía: ¡No es más que una pesadilla!, pronto despertará, y todo no habrá sido más que eso, un mal sueño. Era difícil hacerse a la idea de que alguien tan cercano, que formaba parte de la intimidad de nuestras vidas, pudiera desaparecer de aquella manera tan repentina, absurda y violenta.

Su rostro tenía una expresión serena, aunque había muerto con violencia no pudieron robarle la paz interior que siempre tuvo. Cruzamos sus brazos sobre el pecho, las palmas hacia dentro, su barba desordenada le daba un aspecto extraño, que resaltaba aún más la leve sonrisa que se adivinaba en sus labios, como postrer saludo a la vida.

—¡Ven! —me dijo Juan, y cogiéndome del brazo me apartó del cadáver —. Vamos a tu casa, tengo que hablarte; Synadeno se encargará de avisar a la guardia. Llevarán el cuerpo a Branchaion para el entierro. Grégoras se encargará del funeral en San Salvador.

Fuimos a Cora, atajando por el Foro del Buey para eludir encuentros desagradables, y mientras iba caminando, medio inconsciente, recuerdo que Juan, nervioso y alterado, no dejaba de hablarme:

—Creo que León estuvo muy cerca de descubrir al que atentó contra Alejo, tu padre, y por eso le mataron…

El tañido de las campanas del monasterio de Mireleo llamando a la oración interrumpía sus palabras que se perdían entre aquellas callejuelas…

—He enviado un mensaje a mi padre, Miguel, a Morea. Este segundo asesinato no hace más que confirmar la existencia de una conjura contra el Hipersebastos Alejo, y eso sólo puede significar una cosa: que su política en Occidente —que es la misma que la del Emperador— debe molestar

profundamente a alguien cercano al Basileos, a alguien que no se atreve a ir directamente contra el trono.

A cada paso se detenía y me sujetaba por el brazo para comprobar que le estaba escuchando… yo asentía con un gesto y continuaba caminando.

—¡Metoquita es increíblemente astuto y carece de escrúpulos! —me repetía una y otra vez—. No tengo la menor duda que conocía lo que se planeaba, aunque no lo haya ordenado él mismo. Me lo confirma el hecho de que Apocauco, su secretario, estuviera tan bien informado.

* * *

Desperté de mis ensoñaciones al escuchar el sonido familiar del portón de Branchaion. Tenía que decírselo a mis padres. Felipa, mi hermana mayor, me pidió que la dejara acompañarme, y yo no me atreví a contradecirla. Juntos subimos las escaleras, hasta sus cámaras privadas y les encontramos sentados en torno a la gran mesa del despacho, y por la expresión de sus caras parecían intuir lo ocurrido…

No queriendo prolongar más la ansiedad que flotaba en el ambiente les dije:

—¡Padres, León ha muerto! Lo han asesinado. Encontraron su cuerpo en el muelle de Condoscalio, lo traen a Branchaion para las exequias.

Ambos se quedaron inmóviles y mudos, pero enseguida se levantó mi padre y dijo:

—¡Vayamos a recibir a León! Teodora, ve tú delante. Yo quiero hablar con Demetrio… Mi madre y Felipa se retiraron, y él, volviéndose hacia mí, continuó:

—¡Demetrio! Llama a Juan Cantacuceno, tengo que hablar con él también.

Bajé de nuevo al atrio para llamar a Juan. Estaba deseando pasar, pero no se atrevía al no estar seguro de la reacción de mi padre. En cuanto estuvimos los tres solos mi padre cerró la puerta y nos invitó a sentarnos.

—Lo que ahora os voy a decir —comenzó a explicar— no lo debéis repetir a nadie porque no son más que conjeturas, bien fundadas, eso sí, pero sólo sospechas. Parece que estamos ante una conjura contra Andrónico II, no sabemos quién está detrás, ni lo que persigue… Creo que pretenden la abdicación del Emperador para luego nombrar un nuevo Coemperador o, simplemente, sabotear la sucesión.

Ignoramos si esta conspiración tiene su origen en Constantinopla únicamente, o tiene ramificaciones en Occidente y en Oriente… Mi posición como consejero, con estrechos vínculos con Venecia, no les conviene, por eso han intentado asesinarme; León debió aproximarse demasiado a la verdad, y por eso lo mataron. Detrás de este atentado podría haber un sinfín de móviles…

No me sorprendería que la Emperatriz, desde Tesalónica, estuviera intrigando apoyada por sus parientes latinos, para trocear y repartirse los restos del Imperio en Grecia. Tampoco a la jerarquía de Athos le resulta aceptable la aproximación a Occidente. Muchos en el senado se oponen a la voluntad del Emperador de nombrar Coemperador y heredero a su nieto Andrónico III…

No creo que el Logoteta Metoquita esté directamente involucrado, aunque sí sospecho que a través de sus espías esté perfectamente informado. Quienquiera que esté moviendo los hilos es un personaje de la corte lo suficientemente poderoso como para que Metoquita no lo detenga. Alguien con quien piensa llegar a un acuerdo cuando todo esto haya terminado.

Creo también que hay quienes corren tanto o más peligro que yo, por eso, Juan, quería que tú estuvieras aquí. Cualquiera que se interponga en su camino está en peligro, tu padre, Miguel, en Morea, también les estorba, estoy seguro… si viniera a Constantinopla ahora, su vida correría más peligro que la mía…

—Estoy de acuerdo, ya he mandado un correo a Mystra explicándole lo ocurrido —interrumpió Juan.

—Está bien —continuó mi padre—, pero me temo que el mensaje podría llegar demasiado tarde. Es necesario que tú y tu familia os protejáis aquí, en la ciudad, y reza para que a tu padre le inspire su ángel guardián.

—Así se hará —repuso Juan.

—Enviaré un mensaje —añadió Alejo— por algún barco de los Savelli para Isaac Zinziluces y Simón Geometres, nuestros fieles amigos de Cydonia. Quiero que sus hijos vengan a Constantinopla. En estas ocasiones ¡escuchadme bien! —os lo digo desgraciadamente por propia experiencia— hay muy pocas personas de las que os podáis fiar…

Andrónico II esta paralizado por el clero y totalmente en manos de Metoquita; Miguel IX, el Coemperador, su hijo —tú lo sabes, Demetrio, se lo oíste contar al mismo Emperador— está completamente trastornado. Tened cuidado con el nieto, Andrónico, es persona de vida muy irregular…

Ante ese último comentario no pudimos evitar —a pesar de la situación de duelo— esbozar una sonrisa.

—¡Padre sois muy benévolo —le corregí—. Andrónico es buen soldado, ciertamente, mas su vida privada es algo más que irregular!, es de una regularidad asombrosa…

—Se sonrió y continuó diciendo: está bien… no perderle de vista, seguidle el juego, procurad ser amigos suyos, sed fieles a un posible heredero, pero manteneos ligeramente apartados de algunas de sus hazañas… Hay personas en la corte que no le quieren bien.

Cuando bajamos ya habían colocado el féretro en mitad del patio principal, y los criados estaban preparando toda la parafernalia fúnebre. Habían llegado tres popes para oficiar, a los que seguía un grupo de monjes del monasterio de Mangana y otro del Pantocrator. El Patriarca Gliquis había prometido su asistencia tanto al velatorio, para la última bendición, como al funeral, en San Salvador, donde León sería enterrado.

Le habían tonsurado y vestido de monje, como era la costumbre, y le habían colocado en actitud orante. Resultaba extraño verle en aquel atrio, por el que tantas veces había paseado, con la cabeza rapada, rodeado de flores y vestido con aquel sayal ¡La que permanecía inalterable era su barba entrecana de la que se sentía tan orgulloso…!

Aquella noche no pude dormir, un temor extraño e inexplicable me amenazaba, era como un espectro, distante y cercano a la vez, abstracto y real. Me sentía como un ciego caminando al borde de un precipicio. Los hechos y las personas se fundían en la inconsciencia de la duermevela, creando una sensación de intemporalidad, hasta que por fin, en ese forcejeo entre la imagen y la realidad venció el cansancio, caí rendido en la profundidad de un sueño sin caras ni recuerdos, sólo oscuridad, negra y reparadora oscuridad.

IV
LA TERCERA VÍCTIMA

A los dos días del funeral de León nos encontramos con Metoquita en la universidad. Aquel hombre en la sombra, secretivo y huidizo, sólo aparecía en público para satisfacer su única gran debilidad: sus clases de astronomía.

El Gran Logoteta, Teodoro Metoquita, Tesorero del Imperio y Primer Consejero del Emperador era un hombre de edad avanzada, aunque no sabría calcularle los años, con unos ojos penetrantes, enmarcados por unas oscuras cejas, y una nariz recta y prominente. Presumía de una melena lustrosa y una larga barba rizada que siempre le asomaba por debajo de un descomunal turbante.

Teodoro sabía cómo impresionar al auditorio con aquella forma tan decidida, altiva y casi arrogante de detenerse en medio del hemiciclo antes de comenzar a hablar. Nunca en mi corta existencia había visto a un gran señor de aspecto tan extravagante. Llevaba una magnífica túnica de seda verde estampada, llena de mariposas y estrellas de colores, con ribetes dorados, y toda la pechera de pedrería. El olor de los perfumes te envolvía desde que estabas a dos pasos de distancia. Resultaba difícil de clasificar, y aunque era un personaje sorprendente de algo estaba seguro: imponía un enorme respeto. Cuanta más atención se le prestara, más desconcertante resultaba y mayor era la sensación de ridículo que producía aquella forma de vestir y de hablar; era una caja de sorpresas y una fuente que irradiaba poder, pero que, a la vez, inspiraba veneración y temor.

Al verlo aquel día en el aula, presentando con gran inteligencia y maestría sus teorías sobre el tiempo, no podía dejar de pensar que, tarde o temprano, tendríamos que enfrentarnos con él, aunque ése no fuera nuestro deseo. Las circunstancias y los hechos confluían en su persona, y nadie tenía la impresión de que fuera un actor al que se pudiera ignorar o despedir de escena.

Al finalizar su discurso desapareció evitando cualquier encuentro, como era su costumbre.

* * *

—¡Con veinte navíos de guerra, mil jinetes en Bitinia y dos mil en Europa no es posible defender las fronteras! —argumentaban acaloradamente Juan y Synadeno en la clase de estrategia, y con sus voces consiguieron despertarme de mis ensoñaciones.

—¡Sin dinero! —les respondía Glabas— no es posible mantener más tropas. Cuando licenciaron al gran ejército de Miguel, no quedaba ni un hyperpyron devaluado para pagar a la armada.

Juan Cantacuceno y el tenaz Synadeno volvían a la carga, una y otra vez, presionando al pobre Glabas.

—¡Es cuestión de meses el que desaparezca Constantinopla, engullida de nuevo! ¡En esta ocasión no por latinos, sino por los búlgaros o los turcos…!

—¡Vosotros no lo queréis entender! —replicaba Glabas…—. Desgraciadamente soy un anciano y tengo la experiencia que dan los años y las guerras. No hay tropas en Bizancio, las levas han sangrado al campesino y arruinado a las ciudades, si no me creéis… ¡Preguntadle al padre de Andrónico aquí presente! ¿Qué pasó en Magnesia, en Bafea, en Apra…?

Cuando el anciano Stratega Glabas recurría a testigos, era que iba a volver a exponernos su teoría sobre el fracaso de las últimas campañas…

—¿Acaso pensáis que nuestros hombres fueron cobardes? —continuó su discurso—, éramos pocos, es verdad, y los medios escaseaban. Los alanos eran tropas indisciplinadas, pero duras; eran las únicas que teníamos y las utilizamos lo mejor que pudimos…

Sabíamos que nuestras ciudades y familias estaban sitiadas y nuestros campos ocupados; luchábamos con el mar a nuestras espaldas, controlado por nuestros enemigos. ¿Qué creéis que podíamos hacer aparte de luchar desesperadamente?

—Los alanos nos traicionaron —dijo Andrónico— interviniendo directamente en la conversación por primera vez.

—Es cierto, pero… ¿No os habéis preguntado por qué? No fue una traición, se dieron a la fuga cuando vieron la clase de enemigo al que tenían que enfrentarse, les faltó valor en el último momento…

Os puedo jurar que me he enfrentado al turco y al serbio en multitud de ocasiones, pero nunca, ¡escuchadme!, nunca experimenté una sensación de pánico mayor que frente a los hijos de esta nueva tribu, hija del Gazzí Osmán.

—¿Qué tienen de particular estos turcos, distinto de los selyúcidas? —preguntó Andrónico.

—Antes de combatir —siguió contando el viejo Stratega—, siembran el terror en sus adversarios, hacen sonar cientos de tambores y trompetas desde todos los puntos del horizonte, siembran de cadáveres las rutas que han de seguir las tropas enemigas, atacan con una rapidez inaudita a los grupos dispersos, infringiéndoles grandes bajas desde sus caballos con esos pequeños arcos mongoles. Cuando se quiere reaccionar, ya se han ido.

Cuando atacan en masa hacen todo lo contrario, se agrupan en regimientos disciplinados que marchan al paso como la plaga de la langosta, en filas cerradas y compactas, como legiones de abejas. Sus tropas selectas —suicidas fieles a la causa— al frente y sus rápidos jinetes cubriéndoles los flancos…

Era inútil seguir discutiendo con Glabas cuando se llegaba a ese punto, lo mejor era ceder ante el tesón de un valiente veterano y retirarse.

* * *

Al llegar a Branchaion me encontré con una nota de Malik. El mensaje era breve, diferente a los que normalmente me mandaba, lo cual, conociéndole, indicaba que el asunto debía ser grave.

Malik era un comerciante de telas y alfombras, vendedor y socio de los Morani en Constantinopla. A través suyo me llegaban los mensajes de Ana desde Candía. Girolamo recogía las cartas y, con gran sigilo, las introducía en la saca de correo que su padre, Romano, enviaba periódicamente al bueno de Malik.

A pesar de su aspecto de chalán y buhonero oriental, era un hombre en el que se podía confiar. Llegué a apreciarle mucho durante aquellos años en que hizo para mí las veces de Cupido y Mercurio.

Era como un padre, me daba consejos de cómo debía portarme con las mujeres, y cuando no tenía dinero me prestaba a cuenta de lo que se imaginaba iba a ser mi futura gran fortuna. Confío que le sacaría lo suficiente a mi pariente Morani como para estar compensado por sus servicios. Era un hombre bajito y obeso, de origen medio turco, medio sirio, tenía unos ojillos vivos y unas grandes cejas muy pobladas de color distinto al pelo de la barba, lo que le confería un aspecto extraño. Poseía, además, una gran nariz —como todos los de su híbrida raza—, y la boca se escondía tras un tremendo bigote. Vestía con lujo llamativo, parecía un anuncio ambulante de su profesión: llevaba un tremendo turbante en la cabeza y siempre iba enjoyado, cargado de anillos, collares y pendientes. En cierta forma benévola, me recordaba a

Metoquita, pero sólo en cuanto a su apariencia, ya que detrás de toda aquella fachada había un hombre excepcionalmente cálido y, como habría de ir comprobando a lo largo de mi vida, de un valor que iba más allá de toda prueba.

Tenía su almacén junto al foro Teodosio, pegado al antiguo acueducto de Valente, y era, probablemente, el que gozaba de la mayor y mejor clientela de toda la ciudad. Acudían a su bazar toda clase de personas: desde los humildes, buscando una modesta camisa o una alfombra local, hasta los altos dignatarios de la corte, incluida la familia del propio Emperador y los eunucos de palacio, cuando querían una pieza de seda o terciopelo de la calidad más sublime.

Pasé directamente a la trastienda. Como sucede con todo buen comerciante, el aspecto exterior del local no indicaba, ni remotamente, las fortunas que contenía ni el dinero que allí cambiaba de manos. Cuando entré, lo encontré entretenido atendiendo a unos nuevos ricos genoveses. Me hizo un gesto discreto para que me retirara a su despacho; era evidente que no quería que nadie nos viese juntos aquel día.

Este secretismo, unido a lo ocurrido los últimos días, no hacía más que aumentar mi curiosidad y también mis temores. Gracias a Dios no se entretuvo mucho con la pareja de italianos, en cuanto comprobó que nadie nos veía, entró en la trastienda y cerro la puerta tras de sí.

—¡Demetrio, me alegro de que hayas venido con tanta prontitud!, intenté —en la medida de lo posible— que te dieras cuenta de la importancia del tema a través de la redacción de la nota, y veo con satisfacción que has sabido leer entre líneas. El asunto no tiene nada que ver con las cartas de Ana, como puedes suponer…

Esta mañana me dieron un mensaje confidencial de parte de tu primo Manfredo Lychudes para ti y para tu padre. No tuve más remedio que enterarme, pues no me han dejado ningún texto escrito, debo decírtelo de memoria.

—¡Pronto Malik, que no me estás vendiendo algo, vete directamente al grano…!

—Pues verás, a Manfredo se lo dijo el propio Romano, por indicación de los Savelli… Un barco que hacía el trayecto desde Corón a Naxos hizo escala en Candía. Como sabes, Corón está en Morea…

—¡Lo sé, sigue!

—Les llegó la noticia de que en Mystra habían envenenado a Miguel Cantacuceno… Me dijeron que se procuraba mantener en secreto para no

provocar una reacción de pánico entre los habitantes griegos del Peloponeso, pero que difícilmente podrían seguir ocultándolo.

Me quedé petrificado, sabía que la noticia tenía que ser cierta, ni Romano ni Manfredo se hubieran tomado el trabajo de mandarnos el aviso sin hacer antes las comprobaciones oportunas.

El hecho era de consecuencias imprevisibles, considerando la delicadísima situación de equilibrio que se vivía en Grecia. Tenía que hablar cuanto antes con Juan —de nuevo me veía haciendo el papel de emisario de la muerte—. ¡Dos veces en apenas una semana! Juan corría peligro en la misma Constantinopla. ¡Habría que decírselo también al propio Andrónico!

—¡Escucha Malik, lo que me has contado, júrame por lo más sagrado que no se lo dirás a nadie, tu vida depende de ello!

—¡Demetrio, te prometo por el Profeta, su nombre sea loado, que ya me he olvidado de lo que te conté!

—Pues bien… ¿Puedes conseguir que te traigan inmediatamente un caballo sin llamar la atención?

—Por supuesto.

—Me vas a prestar una túnica y una capa —de las que hay por aquí— para ocultarme a las miradas indiscretas. ¿Tu ayudante, Amal, es fiable?

—Como yo mismo, Demetrio, además dispongo de un eunuco, que me debe la vida, con el que también puedes contar.

—Perfecto, hay que actuar deprisa. Como yo no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo, iré disfrazado a ver a Juan, mientras, tú envía por medio de Amal, que le acompañe el eunuco por si acaso, una nota a mi padre para que venga a verte enseguida. Cuéntale lo que me has dicho e infórmale también de mi paradero.

—¡Demetrio, acabas de hacerme jurar que no diría esto a nadie más!, yo sigo tus instrucciones, pero debes saber que si trasciende la noticia me juego la vida.

—¡No seas tan escrupuloso Malik!, en mi padre puedes confiar. Sabrá mantener el secreto, no te inquietes.

—No lo digo porque no me fíe de él, pero tiene obligaciones de estado y a lo mejor le va con el cuento al Emperador o a sus consejeros, y de ésos no me fío.

—En eso tienes razón, dile de mi parte que le pido por su honor que no le diga esto a nadie hasta hablar de nuevo conmigo. Incluidos el Emperador y sus consejeros.

—Gracias, te lo agradezco.

—¡Vamos ya, que estamos perdiendo mucho tiempo!, quiero estar con Juan antes de la noche.

* * *

Todavía era de día cuando entré a galope tendido en medio del patio de los Cantacuceno. Como iba disfrazado, nadie me pudo reconocer a primera vista, y en cuanto desmonté tuve a tres guardias encima. Me desenfundé el turbante y el velo que me cubrían la cara y al punto me reconocieron.

—¡Llevadme ante Juan Cantacuceno! —ordené.

Se hicieron cargo del caballo dos mozos de cuadra, mientras los escoltas me acompañaron a las habitaciones de Juan. Con el alboroto que se había organizado, ya estaba él mismo saliendo por la puerta empuñando una espada, y al verme se quedó sorprendido.

—Podéis iros —le dijo a sus hombres—. ¡Dejadnos solos!, pero no os vayáis muy lejos. Pasa Demetrio.

Nos sentamos en una pequeña sala que tenía enfrente del jardín.

—¡Dime, qué ocurre! —me preguntó en cuanto estuvimos a solas.

Yo le di la noticia tal y como me la había transmitido Malik. En cuanto terminé de hablar, se llevó las manos a la cara, intentando contener el llanto y la ira que le iban invadiendo. Yo también estaba paralizado, no sabía cómo consolarle ni qué palabras decirle para aliviar el inmenso dolor que le estaba consumiendo; me puse a su lado y lo único que se me ocurrió fue darle un abrazo con toda la fuerza y el afecto de que fui capaz.

—¡Juan, intenta serenarte! —le supliqué—. Comprendo tu dolor, pero intenta sobreponerte, acuérdate de lo que nos dijo mi padre, tú mismo te estás jugando la vida. El Imperio no puede prescindir de ti. No vayas a hacer una locura…

—Demetrio, déjame desahogarme… Algo me decía que esto iba a ocurrir, pero no pensé que tan pronto. Necesito ordenar mis ideas, ahora sólo siento la rabia de la impotencia… ¡Hace tan sólo una semana que Alejo, tu padre, nos habló de sus temores respecto a mi padre en Morea! ¡Pensaba que corría peligro si venía a Constantinopla! ¡Cómo podía imaginarse que el largo brazo del traidor llegase hasta la misma Mystra!

—Es verdad —añadí— incluso enviaste un correo con los Savelli para evitar que se le ocurriera venir a la ciudad.

—Lo primero que haré —continuó Juan— es mandar un aviso a Sirgiano y a Synadeno, también a Apocauco, por si acaso… Es probable que lo sepa ya

y no quiero que piense que sospecho de él. Voy a necesitar a Andrónico para que utilice toda su influencia y apacigüe los ánimos en el senado cuando sepan que me voy a Tracia… Tenemos propiedades allí y muchos fieles entre la aristocracia local. Solicitaré humilde y respetuosamente al Emperador el mandato de gobernador en Adrianópolis. Le pagaré una importante suma por el cargo; no tengo intención, ni quiero que piensen siquiera, que pretendo sublevar a las provincias.

Cuando terminó de hablar, quiso sonreír tímidamente, pero sus labios sólo consiguieron esbozar una mueca, medio sarcástica medio irónica. Se bebió el vaso de vino que tenía ante sí de un solo trago y señalándome con el dedo la jarra que había encima de la mesa, me ordenó: ¡Otro…! y no pares de llenármelo hasta que yo te lo diga. Sírvete tú también… manda a los criados que traigan más. ¡Descuida… sé cuándo tengo que parar, ahora lo necesito! Tú no puedes volver hoy a la ciudad… ¡Tu padre! ¿Has avisado a tu padre?

—Sí —intenté serenarle— no te alteres, está avisado y también di órdenes para que vinieran hasta aquí Constantino y Miguel…

—¡Bien hecho! —me dijo, ya más tranquilo—. En fin, no le demos más vueltas, hazme compañía y quédate a dormir.

* * *

Sirgiano, enterado de la marcha de Juan a Tracia, decidió pedir también una legación en Dydimotheicos, más cerca de Macedonia. Gracias a Apocauco, que estaba en el tesoro, se pudo arreglar sin problemas. El Emperador nunca ponía objeciones a incrementar sus ingresos.

Metoquita estuvo discreto y amable en su carta de pésame a Juan: después de un panegírico sobre Miguel Cantacuceno y sus servicios al Imperio —valorando la decisiva influencia que tuvo en la recuperación de Morca para Bizancio— y tras un interminable rosario de loas, le confirmó que quien ocuparía el cargo que Miguel dejaba vacante sería el joven Andrónico Asen, el hijo del antiguo Zar Juan Asen III de Bulgaria y de Irene Paleólogo, la hermana de Andrónico II. Juan me enseñó la carta y me dijo:

—¡Demetrio!, ya tienen en Motea a un hombre de su total confianza, alguien que no causará problemas a la dinastía…

—¡No te precipites! —le rogué— no es momento de enfrentamientos, he oído decir que Asen es un negociador hábil, no tenemos motivos para luchar contra él. La decisión de ir a Tracia, de Sirgiano y tuya, es lo mejor que podéis hacer ahora. Te tengo que confesar que no entiendo ¡cómo pueden —si

de verdad piensan que sois sus enemigos— daros con tal facilidad el mando de una provincia!

—Querido Demetrio —me respondió condescendiente Juan— eso me demuestra que todavía eres muy inocente… La irresponsabilidad de Andrónico II sólo es comparable a su avaricia. El expolio al que han sometido a las arcas del estado es proporcional a la disminución de ingresos por cesiones de rentas a los monjes de Athos. ¡No soy un traidor!, ni tampoco lo era mi padre. Confío en que nuestro amigo Andrónico, el heredero «in pectore», siente la cabeza y podamos salvar a Bizancio de este descalabro.

Después de aquella conversación, no volvería a ver a Juan hasta muchos años más tarde. Nunca se me olvidaría la expresión de su rostro, triste, pero a la vez optimista, iba decidido a hacer de aquel gobierno en Tracia el comienzo de la regeneración del Imperio… ¡Cuántas ilusiones y cuántos desengaños…!

* * *

Al volver a Branchaion y entregarme Constantino una nueva nota de Malik se me contrajo el corazón y estuve a punto de gritar: ¡Basta! Pero también sabía que la curiosidad no me abandonaría hasta conocer el contenido de aquel nuevo mensaje… ¡Podría tratarse de alguna grata noticia de Cydonia! Ensillé yo mismo el caballo y antes que nadie notase mi ausencia, iba de camino al gran bazar.

Había dejado de llover, el sol de mediodía se filtraba entre las nubes bajas, reflejándose en las brillantes losas de La Mese; a lo lejos se veían correr sobre el Mármara las rachas de viento y agua camino del Bósforo, empujadas por el cálido viento del sur. En cuanto llegué vi a Malik desocupado en su cubil y a punto de almorzar.

—¡Malik! ¿Qué tenemos ahora? —le llamé desde la puerta—. ¡Por tu Alá, sé bueno conmigo!

—¡Ven Demetrio, hijo querido, tan joven y cuánta penuria!, ven y siéntate conmigo a tomar algo para aliviar tu sed, que el Profeta me perdone, su nombre sea loado, y calma ese apetito que se lee en tus jóvenes ojos.

Recurría, como era su costumbre, a esa cortesía oriental que en ocasiones me resultaba insoportable, pero que aquel día empecé a entenderla. No podría soportar que me diesen una sola mala noticia más. Le agradecía que disimulara y se extendiese, adornando su discurso cuanto quisiera, mezclado con halagos, alabanzas, viejos refranes y toda suerte de golosinas.

—¡Demetrio! —comenzó a sermonearme—, la verdad es que no todo en la vida sale como deseamos. La voluntad de Alá ¡El Grande, el Único, el Misericordioso!, es inescrutable, nunca sabemos si es para bien o para mal, lo que un día nos pareció una desgracia al año fue una bendición. —¡Prueba esos pestiños, me indicaba interrumpiendo su discurso, verás qué delicia!, endulzarán tu amargura, los mando traer de Damalis, donde viven unos reposteros cuya familia tuvo que huir de Bagdad cuando la arrasaron los hombres de la estepa—. No te pierdas el vino ¡Es de Capadocia!… La verdad es que… cuando viniste la última vez… había otra noticia… además de la que desgraciadamente ya conoces… ¡Perdóname si me he tomado la libertad de abrir tu correspondencia!, tenía que proteger tu cordura en aquellos momentos.

—Malik, por favor dímelo ya… No me molesta que hayas abierto mi correspondencia, es más, te lo agradezco, pero ahora cuéntamelo o dame la carta…

—Te lo contaré primero y luego te llevas la carta, para leerla con calma en la tranquilidad de tu aposento, y si necesitas compañía ya sabes que puedo proporcionarte las doncellas más virtuosas de los palacetes de Mangana…

—Gracias, de verdad, Malik, en otra ocasión; ahora dime lo que sabes…

—Hijo… a tu querida prima, la noble Ana Fallero Lychudes, la han comprometido en matrimonio con un caballero veneciano de la familia de los Moncénigo. Por lo que leído en la carta te sigue adorando, pero no puede ni insinuar la más mínima oposición a la voluntad de su padre, Mateo…

¿Qué se podía responder a una confesión tan sincera? Cogí la carta entre mis manos y la leí una y otra vez, no había lugar a dudas: me quiere, me adora, pero no puede aguardar a mi regreso…

¡Un matrimonio de conveniencia! Mateo no perdía el tiempo extendiendo sus redes en Venecia, no era posible oponerse a tales argumentos. ¿Qué podía hacer yo para impedirlo? Candía está lejos, muy lejos de Constantinopla en todos los sentidos…

Agradecí a Malik su paciencia, compartimos la jarra de vino y los dulces de Damalis, mandó traer una segunda y también desapareció, me abrí a aquel confesor como sólo lo puede hacer el que no tiene a nadie más a quien contarle sus penas ¡Era un buen hombre y un verdadero amigo! Cada día sentía más admiración por aquel pueblo de turcos, nuestros enemigos…

Cuando volví a Branchaion no quise hablar con nadie, me encerré en mi habitación y caí derrumbado en la jamuga. Tuve ganas de gritar, de huir, de volver a Creta, raptar a Ana, renunciar a mi herencia… Había sido muy feliz

con Ana, soñaba con el día en que viniera a Constantinopla para sellar el juramento que le hice en Candía, pero ahora, sin embargo, tenía que intentar olvidarme de aquel mi primer amor, borrar el recuerdo de mi primera aventura de Candía, del jardín de los Morani…

V
CONSPIRADORES

Mi padre nunca volvió a ser el mismo tras las muertes de Teodoro y León; vivía angustiado, recorría la casa a cualquier hora del día o de la noche —acompañado por Constantino y Miguel—, registrando todas las habitaciones en busca de espías. Se consumía entre escritos y legajos, buscando respuesta a sus dudas, repasaba toda la genealogía de los Angel, de los Lascaris, de los Paleólogos… Nada parecía tranquilizarle, excepto la presencia de Teodora, mi madre, Felipa, mi hermana, o la mía.

—¡Demetrio! —me dijo un día—. ¡Debes acompañarme a ver al «Nobilisimus»!, tenemos audiencia mañana…

No voy a negar que presentarme ante el Emperador no fuera un gran honor, pero ¿cómo podría escuchar, sin inmutarme, al viejo Andrónico, cuando no podía fiarme ni de él ni de su mano derecha, Metoquita…?

—No hables si no te dirige la palabra —me instruyó—. Al ir caminando hasta el trono, mantente detrás de mí ¡No te distraigas con los comentarios de los cortesanos! Debes comportarte como si ni oyeses ni vieses más que al «Nobilisimus», que es el trato que debes darle si te dirigiera la palabra.

Al llegar a palacio fuimos llevados directamente al salón del trono. Andrónico II estaba atendiendo ruegos y súplicas en la audiencia matutina. El Basileos se sentaba en el imponente trono imperial de pórfido con incrustaciones de turquesas, aguamarinas y malaquita, a su lado se colocaban sus consejeros: El Gran Logoteta Teodoro Metoquita y el Nomofylax Arsenio Autoreiano. Unos escalones más abajo estaba el Protospatario de la drusina, a la cabeza dé un grupo de guardias sajones, fuertemente armados, protegiendo el sitial de la púrpura. Por orden de rango los altos funcionarios y cortesanos se situaban en la primera fila, y detrás de ellos dos hileras de soldados separaban al resto de los presentes.

Nos detuvimos al pie de la escalinata, esperando autorización para aproximarnos. Andrónico II nos sonrió tímidamente, y levantándose despacio descendió hasta donde le esperábamos arrodillados, extendió la mano y mi padre, tomándola con gran respeto, se la besó.

—¡Alejo y Demetrio! —se dirigió a los dos— quiero hablar con vosotros luego, en privado. Esperad aquí, junto a mí, hasta que finalicen los informes públicos y las peticiones… y volviéndose hacia el Curopalata le ordenó que continuara la audiencia.

En cuanto terminó, nos hizo una seña con la mano y le seguimos a sus dependencias privadas. Nos acomodamos en unos divanes que se alineaban junto a una preciosa mesa de azabache, en un ángulo de la terraza. Yo me coloqué al lado de mi padre, cerca de la barandilla que daba al jardín.

—Alejo —comenzó dirigiéndose a mi padre—, te he llamado porque eres una de las pocas personas en las que puedo confiar. En Constantinopla hay demasiados problemas que requieren mi atención, algunos no puedo ni siquiera atenderlos, por eso te he pedido que vinieras. Conoces bien las costumbres de Occidente, y quizá puedas, mejor que yo, explicar a mi esposa nuestras leyes y costumbres. La ambición de la Emperatriz Irene es infinita tratándose de sus hijos: ¡Quiere que divida el poco Imperio que queda entre ellos como si fuera un feudo! No comprende que esa costumbre latina, en Constantinopla, es inadmisible, pero… tampoco puedo negarme abiertamente a sus deseos, al fin y al cabo es una Monferrato y necesito estar a bien con sus parientes. Quiero que hables con ella, si no puedes convencerla, al menos intenta ganar tiempo hasta que la cuestión de la sucesión esté resuelta.

Por otro lado, me asedian los clérigos ortodoxos, no están dispuestos a ceder ni un palmo a los latinos ¡Como si no tuviéramos suficientes enemigos con los turcos en las orillas del Bósforo!

A medida que Andrónico hablaba, la altivez de su expresión se iba ablandando, suavizando, la melancolía y el desánimo asomaban en sus ojos; poco a poco, iba apareciendo el hombre con sus problemas, sitiado entre los muros de aquel palacio de Blaquerna, rodeado por los fantasmas del pasado.

—¡A los Patriarcas no he hecho más que halagarlos! —exclamó airado—. ¡Bien sabe Dios, que yo no les provoqué como Miguel VIII! ¡Traicioné la voluntad de mi padre para conseguir su apoyo! Respeté a los arsenitas, les concedí la jurisdicción sobre Athos, a Nefón primero, luego a Gliquis —aunque se trate de una dádiva muy gravosa para las arcas maltrechas del Imperio—. ¡Pues a pesar de tales prebendas, siguen sembrando cizaña entre el pueblo y yo!

Jamás había escuchado yo tales confidencias de estado, y a pesar de la confianza que suponían me sentía incómodo; intuía, aunque mi experiencia fuera corta, que era peligroso conocer ciertos secretos de los poderosos.

—¿Qué piensa el Coemperador Miguel de las pretensiones de la Emperatriz?, supongo que las rechazará —preguntó tímidamente mi padre.

—¿Miguel…? ¡No me lo recuerdes! —contestó en tono desesperado el Nobilisimus—. Está destrozado moralmente, nunca ha podido recuperarse… Apenas repuesto de haber sido vencido en Anatolia, frente al Emir Gazzí Osman, vino la terrible derrota frente a los búlgaros, de la que tuvo que huir herido y vencido. Luego tuvo lugar la sangrienta venganza catalana. Se culpa a sí mismo de haber instigado la muerte de Roger de Flor —cosa probablemente cierta—, y cree que ése fue el origen de la masacre y rapiña que cayeron sobre Constantinopla. Tiene ataques de melancolía —hay días que no quiere ni salir de sus habitaciones—, se pasa horas rezando, castigándose el cuerpo con toda suerte de disciplinas; acoge a mendigos a su mesa y les hace increíbles obsequios; otros días se apodera de él una euforia malsana, entonces busca la compañía de rufianes de la peor especie —o gente de su propia guardia, que es una cuadrilla de alanos semisalvajes— y se dedica a organizar orgías que duran noches enteras.

—Conocía la enfermedad de Miguel —admitió mi padre—, vos mismo me la habéis mencionado en otras ocasiones, más no suponía que fuera tan grave su condición…

—En verdad lo saben muchos —continuó Andrónico—, pero su estado ha empeorado durante el último año, Miguel no está en condiciones de asumir ninguna responsabilidad… ¿Comprendes ahora por qué las noches sin dormir se acumulan en mi haber y por qué me da miedo hablar de ello, salvo con muy pocas personas?

—«Nobilisimus» —le confesó mi padre— si en alguna ocasión habéis dudado de mi fidelidad, os ruego que desechéis vuestros temores, siempre os he apoyado y seguiré haciéndolo…

El venerable Hipersebastos Alejo seguía respetando fielmente al trono, no podía concebir que el propio Andrónico II le engañase. Podía cuestionar los motivos que le guiaban, censurar su indecisión y cobardía al huir de los problemas, pero lo que jamás haría es oponerse abiertamente…

—¡Alejo! —continuó Andrónico— éste será un secreto entre nosotros: hablarás con Irene y le explicarás que no puedo repartir la sagrada tierra de Bizancio entre sus hijos. Si no lo entendiera, te ordeno que vayas a Roma y le hagas saber al Papa que estaríamos dispuestos a un nuevo concilio. Es necesario buscar una solución a esta separación eclesiástica que ya ha durado demasiado… cuéntales lo que te parezca, miente si es preciso, porque necesitamos su apoyo más que nunca.

¡Al fin empezaba a comprender el motivo de querer asesinar a mi padre y de la muerte de León…! ¿Pero quién conocía la intención de Andrónico de comisionar a mi padre para buscar una nueva aproximación a Roma?

Seguían existiendo demasiados interrogantes: ¿Dónde encajaba el envenenamiento de Miguel Cantacuceno en Mystra? Era un adalid de Bizancio frente a los occidentales, ortodoxo ferviente… ¿Qué mano se ocultaba tras intereses tan dispares…?

—Demetrio —me pidió volviendo su cansado rostro hacia mí—, procura influir en mi nieto para que sea más prudente, es el heredero, todavía no le he proclamado Coemperador pero no tardaré en hacerlo… Hay muchos que buscan su desgracia, y si alguna vez la encuentra, no quiero que nadie pueda culparme. Id con Dios, cumplid mi mandato… La audiencia ha terminado.

Cuando salimos, las palabras del Basileos seguían dando vueltas en mi cabeza: había escuchado de los labios del mismísimo Andrónico II la traición de la Emperatriz. ¡Al defensor a ultranza de la ortodoxia pedirle a mi padre que si no conseguía convencer a Irene, negociase con Roma la sumisión de Constantinopla! ¿Temía el Emperador que pudiera desatarse una guerra civil…?

La teocracia de Athos rechazaría cualquier intento de reconciliación con Roma, pero ¿a quién apoyarían en una lucha dinástica? Cualquiera de ellos podría tener interés en eliminar a mi padre… León lo descubrió y le costó la vida.

* * *

Siempre bajaba a las cocinas a desayunar, me gustaba el olor del pan fresco recién horneado y de los peroles de cuajada; me reconfortaba el calor de la lumbre en invierno tras despertar mis entumecidos miembros con el agua fría del pilón. Una mañana, mi madre, Teodora, se quedó mirándome y sonriéndome me dijo:

—Demetrio, de niño nunca conseguí saber bien a quién te parecías, ahora, sin embargo, nadie podría negar que eres hijo de Alejo…

El pensar que algún día mi rostro pudiera ser un reflejo del noble y cansado rostro de mi padre, con la barba recortada, la nariz aguileña y aquellos ojos oscuros saltones, debajo de unas pobladas cejas, no me resultaba grato; le admiraba, pero veía en aquella mirada lánguida de sus últimos años la huella de un fracaso. Aquellos hombres como León, Alejo, Andrónico II y, ¿por qué no?, el propio Metoquita, no habían conseguido llevar la nave de su

ilusión a puerto a pesar de sus esfuerzos. Todos mostraban la misma expresión enérgica, astuta, decidida… pero con un aura de tristeza y de ausencia. No deseaba ser como ellos, su mundo no era mi mundo, al menos es lo que entonces pensaba, mi vida tendría que ser diferente, les respetaba… pero me asustaba parecerme a ellos.

El relinchar de los caballos en el patio me hizo abandonar mis reflexiones, recordándome que aquel día no debía dejar de acudir a la lección de Metoquita; más que nunca me arrastraba la curiosidad por escuchar a aquel personaje, casi irreal, en cuyas manos estaban las riendas de Bizancio.

* * *

La verdadera pasión de Teodoro Metoquita era la astronomía, abandonaba cualquier explicación en cuanto tuviera oportunidad para abordar el misterio de las estrellas y del tiempo. Estaba obsesionado por la exactitud de las medidas, por la necesidad de encontrar una referencia igual para todos…

Al terminar su clase, cuando estaba a punto de irme, se acercó hasta mí Apocauco con una nota, me la entregó y me dijo que Teodoro quería hablar conmigo. La abrí, la leí en silencio y, tras un momento de duda, le contesté que conforme, nos veríamos en las dependencias del Gran Doméstico, en su gabinete privado. Me rogó que fuera discreto y no se lo comentara a nadie.

Cuando ya estaba a punto de marcharme, Grégoras —que había estado a mi lado durante toda la ponencia de Teodoro—, me tomó del brazo y, apartándome discretamente de los demás, me susurro al oído: He de hablar contigo Demetrio…

—He visto que Apocauco te ha dado una nota, ten cuidado…

Nicéforo Grégoras era un hombre bonancible y estudioso, un enamorado de la historia, que conocía, por su insaciable apetito de lectura y el hecho de ser uno de los secretarios de Metoquita, todas las interioridades del poder.

—No es Apocauco quien me preocupa ahora —le confesé, bajando el tono de voz hasta un simple murmullo—. La nota era del Logoteta… Quiere que me reúna con él. Pensé negarme, pero luego he decidido que no debo mostrar recelo; no acudir sería tanto como reconocer que tengo algo que ocultar o que le temo.

—Metoquita es un hombre de una inteligencia y una habilidad extraordinarias —insistió Grégoras, bajando la voz más todavía. ¡Que no te confunda!, cuanto más le conozcas, más te irás dando cuenta. ¡Jamás le subestimes!, te podría costar la vida y ni siquiera sospecharían que tuviera

algo que ver con ello. Es el genio de la diplomacia histórica de Bizancio, con el refinamiento y la crueldad de los Persas…

—De acuerdo —asentí—, pero la tentación de visitar al propio zorro en su guarida es demasiado fuerte para mí… No sé qué pretende, ahora bien, si me tiende la mano yo alargaré la mía, aunque sólo sea para intentar leerle las líneas de ese destino que tanto le fascina.

Dejé el caballo al cuidado de Constantino y me encaminé a las oficinas de la Secreta, que era donde el Logoteta tenía su residencia cuando estaba en la acrópolis.

* * *

El Logoteta no me hizo esperar mucho. Había varias personas deambulando por el peristilo del palacete, seguramente peticionarios que acudían al reclamo de su influencia para obtener algún favor. Era interesante observar la diversidad de tales individuos, los había rubios, de pelo fosco, que probablemente venían de Tracia, también morenos, de ojos brillantes y llamativos ropajes, provenientes de Siria o Anatolia, incluso había dos latinos, que, para mi sorpresa, ni se dirigieron la palabra durante todo el tiempo que estuve aguardando al secretario.

Teodoro estaba sentado parsimoniosamente al fondo de la sala tras una imponente mesa de mármol jaspeado. Al entrar observé que no tenía guardia, o la había despachado para poder hablar más confidencialmente o se había escondido tras las majestuosas cortinas de damasco que colgaban del artesonado que separaban la habitación de las terrazas. Me coloqué ante él, como manda el protocolo, y le saludé con toda la formalidad que requería el hombre más poderoso del Imperio. Él, manifiestamente satisfecho por mi rendición de pleitesía, me indicó con deferencia que tomara asiento, ya que: «… deseaba intercambiar opiniones delicadas conmigo».

—Veo Demetrio que has sabido adaptarte muy bien a las costumbres de la ciudad, a pesar de no llevar demasiado tiempo… Me han informado que habéis estado con el «Nobilisimus», ignoro lo que os habrá contado ¡ni deseo saberlo…!, aunque… «desgraciadamente» por mi oficio, lo puedo suponer. Únicamente deseaba, para aclarar tus ideas, que también conocieras mi punto de vista. Tu padre, Alejo, y yo hemos luchado juntos en muchos frentes, por lo que resulta difícil que no adivine lo que piensa…

Estaba indefenso entre sus garras, no se me ocurría cómo zafarme de sus sutiles redes oratorias, parecía sincero y, sin embargo…, había algo que no

me terminaba de convencer. Recordaba las palabras de mi padre, de Cantacuceno, de Grégoras… Todo el que con él había tenido trato me había aconsejado que tuviera cuidado. Mi única salida era hacerle yo las preguntas antes de que él dirigiese toda la conversación. Aunque también es probable que fuera precisamente eso lo que él había previsto.

—¿Qué se opina en la Secreta sobre la situación del Emperador? —le pregunté sin rodeos.

—Le afectó mucho que la Excelsa Irene le abandonara y se fuera a Tesalónica —repuso sin disimulo—. Su enfrentamiento por la herencia de los hijos es algo sabido desde hace tiempo, pero la ausencia de la Emperatriz añade agravio al desacuerdo.

—Muchos lo ignorábamos —dije, haciéndome el sorprendido.

Se sonrió, como el que ha entendido el mensaje y está obligado a seguir el juego.

—Andrónico II —continuó— tenía la sucesión asegurada de su primera mujer: El Coemperador Miguel IX y su hijo Andrónico…, «vuestro colega», —recalcó mucho esto último para que no cupiese duda que conocía la íntima relación conspiratoria que existía entre Andrónico, Juan, Sirgiano y yo— el problema surgió al tener más hijos con la Emperatriz Irene…

—¡Pero Irene —le interrumpí— ya lo sabía cuando se casó con él! ¿Cómo podía esperar que un hijo suyo pudiera tener prioridad?

—No es exactamente así —puntualizó—. Lo que busca es legarle un territorio a cada hijo para que lo gobiernen, como si fueran despotados hereditarios…

—¡Lo que convierte su exilio voluntario en una rebeldía! ¡Un peligro para la unidad del Imperio y una amenaza para los intereses de Andrónico III…!

—Sin mencionar —continuó Teodoro— que se entremezcla con la provocación de los latinos, al pretender que Catalina, casada con Felipe de Tarento, es la heredera legítima del desaparecido Imperio Latino de Oriente.

—¿Qué papel representa el Logoteta en toda esta trama? —le pregunté— como si no fuera el mismo.

Se rió buscando una postura más cómoda en su jamuga y continuó:

—No puedo contestar a esa pregunta con sinceridad, por mi propia condición estoy sujeto a la obligación de mantener los secretos de estado.

—¡No quiero delaciones ni confesiones! —insistí— sólo quiero conocer su opinión.

—No insistáis, mi opinión —como decís— entraña casi la presunción de una verdad oficial para ti. Debéis creerme, y esto sí te lo puedo decir: ¡No

sólo no tengo nada que ver sino que, además, ignoro quién ha podido estar tras el atentado de tu padre, Alejo…!

Tu padre es el hombre clave en Occidente, las relaciones de Andrónico II pasan por él y son muchos los intereses que hay en juego… A Venecia o a Génova tampoco les convendría que Irene triunfase en sus pretensiones, o que los Anjou reclamen Grecia o que Bizancio se fortalezca con un heredero decidido que cuestionase sus privilegios comerciales. Alejo, tu padre, se encuentra en medio de ese avispero…

—No podemos ignorar las muertes de León y Miguel Cantacuceno, ¿acaso opináis, también, que son casuales? ¡Alguien debe saber quién está detrás y por qué! Asen, el nuevo gobernador de Morea, es cuñado del Emperador y, sin duda, la muerte de Miguel le ha beneficiado…

Estaba dispuesto a ver hasta dónde me dejaba llegar. Era consciente de que el último comentario era claramente acusatorio, ya que la mujer de Asen era pariente de Metoquita…

—¡No insistáis! —me interrumpió enojado—, las cosas no son así. El nombramiento de Asen se ha hecho tomando en consideración su capacidad, su fidelidad y, además, ¡claro está!, es un contacto de valor inestimable en nuestras relaciones con Bulgaria. ¡Eso lo tiene que ver hasta Juan Cantacuceno!

Ahora le tocaba a él acusarnos de intrigar. Sabía que la nueva generación de aristócratas, con Juan al frente, estaba descaradamente en contra de su política de cesiones y retiradas. La corrupción y la compra de cargos se había convertido en costumbre, mientras oleada tras oleada de refugiados llegaban desde Anatolia; no era la tradicional rebeldía del viejo partido de los Lascaris, era un grito para sacar al Imperio de su pasividad.

—¡No puedo saber cuáles son las cosas que Juan acepta o rechaza! —protesté— intentando desviar la acusación de estar conspirando contra el Imperio. Tanto Juan —actualmente en Tracia— como yo, somos fieles servidores del Emperador. Lo único que sé es que han muerto seres queridos para nosotros y nadie parece saber nada. Podéis estar tranquilo, ni mi padre ni yo hemos hecho nada de espaldas al «Nobilisimus», y, sin embargo, nos hemos visto asediados y amenazados…

No quería decirle nada sobre la misión de mi padre, sino que, por el contrario, pretendía averiguar hasta dónde llegaban sus informaciones, era consciente de que no estaba siendo sincero con él, pero tampoco él me iba a contar todo lo que sabía…

—¡Demetrio!, no quería decíroslo —me contestó un poco airado—, pero hay cosas que ignoráis y que deberíais saber, Apocauco, mi asistente, es un protegido de los Cantacuceno, lo sé desde hace tiempo —aunque él no lo sabe — y me gusta jugar a pasar la información que me conviene. Alejo Apocauco les debe toda su carrera, y cuando digo deber también me refiero al dinero. Es su hombre de confianza. Apocauco informa a Juan Cantacuceno de todos mis movimientos…

Me cogió totalmente por sorpresa aquella afirmación, pero conociendo los trucos del Logoteta, no sabía si debía creérmela o rechazarla, necesitaba tiempo para reaccionar… Podría tratarse de un recurso para sonsacarme información sobre los planes de Juan o de mi padre.

—¿Quién podría aseguraros, Demetrio —continuó—, que estos atentados —que en realidad se dirigen contra Andrónico II— no sean una maniobra que encubra algún nuevo ardid de los Anjou?

También genoveses y venecianos se disputan los restos del Imperio como perros hambrientos… ¿Los turcos para ti no cuentan? Te recuerdo que los sultanes del sur tienen mucho que ganar con el colapso del poder de Constantinopla. Umur es ambicioso, Mentese también lo es y ¿qué me dices de Osmán, en el norte?

Aquellas consideraciones acabaron de confundirme, incluida la sorpresa de Apocauco. La política y el poder eran juegos mortales, no se trataba de un baile cortés sino de una prueba donde la capacidad de resistir señalaría a los supervivientes.

Aquello puso fin a nuestra conversación, Teodoro Metoquita era un hombre muy ocupado y detrás de mí todavía esperaba mucha gente que había que recibir antes de que terminara el día.

Aquella noche, en el acogedor silencio de mi alcoba, echado sobre la cama y mientras contemplaba los frescos alegóricos del techo, estuve meditando, sin poder conciliar el sueño acerca de todas las cosas que habían sucedido. El día que asesinaron a Teodoro se había destapado la caja de Pandora, desapareciendo la tranquilidad, y el drama de mi vida no había hecho más que comenzar.

* * *

De Bucoleón a Santa Bárbara hay un paseo por encima de las murallas desde el que se puede ver, a un lado, el mar de Mármara y, al otro, el Bósforo. Al amanecer, el sol que asoma por el este tras los montes de Bitinia nos ciega

con su resplandor, mientras que al atardecer la sombra de la gran ciudad cae sobre el horizonte y una luz sin brillo cubre con su manto, entre mágico e irreal, todos los palacios de Mangana y Santa Sofía. Es precisamente a esa hora cuando Constantinopla adquiere todo su encanto. Desde que se marcharon Juan y Sirgiano me gustaba pasear al finalizar el día por aquel lugar camino de "El Laúd".

Acudía a la taberna para escuchar a los juglares cantar las aventuras de los héroes y oírles recitar sus versos, a veces tristes y otras alegres.

Una de aquellas tardes, saliendo de Santa María Hodegetria, al llegar a la muralla sentí en el rostro una ráfaga de aire que venía del Bósforo y supe que el verano había llegado.

Cada hora del día en esta inmensa urbe tiene su ritmo, y cada barrio su rostro. Constantinopla es un comediante con mil caras, y cada una lleva dos máscaras para ocultar o mostrar la faz que más le convenga. Puede ser una monja devota o una ramera, un sabio o un mentecato, la opulencia y la miseria, era pagana y cristiana, occidente y oriente, griega, romana, persa, árabe, judía, eslava, turca, veneciana, genovesa y, para colmo, también una monstruosa mestiza, donde todos esos pueblos se fundían en una sola raza.

Santa Sofía era el más grandioso escenario de ese mosaico de personas que habitaban esta Babilonia rediviva, y no porque fuera diferente en la del Salvador, en la Pammakaristo o en la de los Apóstoles, sino, simplemente, porque era la mayor basílica de la cristiandad, la mayor que jamás se había concebido y llevado a cabo, la obra maestra de Artemio de Tralles, el sueño convertido en piedra del Gran Justiniano. Fue la despedida al antiguo mundo y el canto de júbilo a la nueva era cristiana ¡El Partenón cristiano y el altar de Pérgamo en una pieza!

En su interior se apiñaban toda clase de gentes, predicadores místicos, refugiados y visionarios. El culto era permanente, mientras oficiaban las ceremonias los Patriarcas venidos de todas las antiguas provincias del Imperio, Capadocia, Paflagonia. Trebisonda, Seleucia…, los monjes del Gran Lavra y Vatopedi se agrupaban en torno a sus directores espirituales entonando salmos.

En la plaza —ante el gran pórtico— se agolpaban los tipos más diversos que pudiera uno imaginarse: santos taumatúrgicos y predicadores carismáticos junto a curanderos vulgares, adivinos o vendedores ambulantes… y, al fondo, dos estilitas inmóviles despertaban la piedad de una muchedumbre ansiosa de excitación.

Los cánticos que acompañaban al culto eran tan variados como el origen de aquella multitud. Desde los púlpitos se intentaba imponer orden en aquella algarabía de voces, pero resultaba inútil, sólo cuando se producía un silencio se podía escuchar a los cantores profesionales. ¡Se podía oír un loor a la Hodegetria en árabe! ¡Un canto a la creación al ritmo de tamburas kurdas! ¡El Pantocrátor exaltado por una coral de armenios! y los interminables recitados de los sirios en arameo. Aquélla era música procedente de todos los rincones del oriente cristiano, la polifonía de aquel último resto del Imperio.

Era milagroso ver cómo sobrevivían las creencias después de trescientos años de vivir rodeados por un mar musulmán, conservando, a pesar de las mutaciones, invariable su razón de ser y sus jerarquías.

Algunos eran pueblos viejos, como Antioquía, Efeso, Cesárea o Jerusalén… pero también había jóvenes apasionados que venían de Bulgaria, Serbia y hasta de las lejanas Vladimir y Moscú. Mientras los Césares perdían su autoridad, aquellos humildes misioneros sembraban un poder que no parecía necesitar ejércitos para defenderse.

Habían transcurrido tres años desde mi llegada, entre aquellas murallas ese tiempo parecía una eternidad y, a la vez, un instante. Constantinopla absorbía de tal manera a los que en ella vivían, que se tenía la impresión de que lo ocurrido fuera de ella carecía de todo significado.

* * *

Simón, Miguel y Juan llegaron de Cydonia justo a tiempo para asistir al gran acontecimiento del año. No había transcurrido ni un mes desde su incorporación a la academia cuando, en mitad de un discurso de Magistro, entró corriendo un mensajero de palacio con un recado para Andrónico. El joven, como se le llamaba, debía acudir inmediatamente a presencia del Emperador y de su padre, el Coemperador Miguel, que estaban en el Senado con todos los altos dignatarios de la corte. Por fin iba a ser designado Coemperador y heredero del trono de Constantino…

Andrónico III Paleólogo era un hombre inteligente, frío y calculador al que le convenía esconder su verdadero carácter tras una máscara de frivolidad. Para sobrevivir entre tantos enemigos era preferible que pensaran que era un inútil juerguista y no un astuto rival en la lucha por el poder. No era fácil, sin embargo, acomodarse a sus repentinos cambios de humor; creo que pocas personas le conocieron tan bien como yo, aparte de Juan. El gran punto débil que heredaba de su padre y de su bisabuelo era su pasión

desenfrenada cuando perdía el control o estaba bajo la influencia de algún capricho. El poder todavía le seguía vedado bajo el férreo control de Metoquita, en nombre de su abuelo, pero nadie se engañaba en cuanto a cuáles eran sus aspiraciones. El día que la púrpura reposara sobre sus hombros, grandes cambios habría en la política del Imperio… No era un hombre fácil de doblegar, tenía un carácter fuerte y apasionado, era un buen estratega y no le repugnaba el uso de las armas, como a su padre. No le asustaba tampoco oponerse al Patriarca ni al poder de Athos; ciertamente se avecinaban tiempos difíciles, con una Emperatriz reclamando sus derechos y los latinos al acecho de cualquier debilidad. Pero, tanto Juan como yo, sabíamos que su obsesión impenitente era Anatolia. Ésa era su corona de espinas…

* * *

En el «Laúd» nos acomodamos en una de las mesas a la sombra, bajo la parra. En aquella época del año, aún a esas horas de la tarde, el sol todavía molestaba.

—Anteayer —interrumpí a los Migueles y a Constantino en sus chanzas con las camareras— me envió Andrónico una nota que me dejó preocupado.

—¿Sobre qué? —preguntó Simón.

—Pues… Hace unos días, le sustrajeron, sólo durante unas horas, su cofre de la correspondencia.

—¿Está seguro de que no fue un descuido o una distracción suya? —comentó Constantino— y los dos Migueles asintieron…

—No hay confusión posible —les dije—, a nadie se le escapa algo tan importante como el correo confidencial. Además, en uno de los cajetines interiores guarda su sello, y, por el lacre, comprobó que había sido utilizado.

—¿Para qué querría alguien el sello de Andrónico? —preguntó Simón.

—Lo que más le preocupa es que alguien quiera utilizarlo en algún documento comprometedor con el que se le podría hacer chantaje ante su abuelo.

—Pero, Demetrio —intervino Juan Zinziluces—, no sería difícil verificar su autenticidad…

—Es verdad, Juan —le respondí— pero quien falsifique una orden queriendo dar a entender algo que le conviene, quizá, sólo busque crear una confusión temporal. Es probable, por no decir seguro, que le baste ese lapso de tiempo para llevar a cabo sus propósitos.

—Han ocurrido demasiadas cosas como para creer que pueda tratarse de una casualidad —dijo Constantino.

—Alguien desea el poder por encima de la voluntad del Emperador y de las leyes —añadió Simón.

—Pero ¿quién, Simón, quién?

—No lo sé —interrumpió Constantino— pero es alguien que sabía, hace dos días, el momento en que Andrónico II iba a nombrar Coemperador a su nieto.

* * *

La investidura del nuevo Coemperador, a Dios gracias, se celebró sin contratiempos. Todos los dignatarios, ciudadanos relevantes y cargos públicos presentes en Constantinopla pasaron delante del trono y le besaron la mano en señal de acatamiento, como homenaje y muestra de respeto a la autoridad imperial. También era costumbre que los Embajadores y Bailíos extranjeros asistieran, en calidad de testigos, para comunicárselo a sus monarcas y repúblicas. Fue un espectáculo fastuoso en el que todos lucieron sus mejores galas, haciendo ostentación de sus ropajes y diferentes tradiciones.

La consagración la realizó el mismo Patriarca Juan XIII Gliquis, en Santa Sofía, se repartieron dones entre los asistentes y, a continuación, se decretó un día festivo para el pueblo, con juegos y festines en los foros y el hipódromo.

Andrónico III obsequió generosamente a todos los presentes. Su desproporcionada afición a dar obsequios, licencias y concesiones a sus partidarios se manifestó por primera vez en aquella ocasión ¡Al que no podía convencer, lo compraba con regalos y prebendas!

VI
AMIGAS Y FORASTEROS

El humo de cocinas y braseros se colaba por las rendijas de las humildes casas de madera del Fanario, ascendía, lentamente, fundiéndose con la niebla del Cuerno de Oro y se extendía por el laberinto de callejuelas de la Magdalena.

En los cruces, las hogueras servían de refugio a vagabundos y borrachos, que a esas horas de la mañana se agolpaban en torno al calor del fuego.

Eran los desheredados, los que no tenían cobijo ni lugar a donde ir, los que ni siquiera disponían del abrigo de una chabola. Hombres y mujeres que pertenecían a una categoría tan ínfima que no les quedaba ni la vergüenza suficiente para ocultarse. Deambulaban por las tabernas, mendigando la caridad de poder evadirse gracias al vino barato.

Con el buen tiempo sobrevivían, pero al llegar el invierno sólo les quedaba esperar la muerte junto al fuego, sobre el mostrador de una taberna o tendidos bajo el atrio de alguna iglesia. Morían a cientos a lo largo de aquellos meses… Ancianos, niños y jóvenes también caían bajo la implacable furia de las plagas, el hambre o el frío.

Aquellas hogueras y el caldo que obtenían en los conventos eran sus únicas armas para la subsistencia.

Todas las mañanas, a primera hora, cuando bajábamos a la universidad, se veían los carros de los enterradores recogiendo los cadáveres de los que no habían conseguido pasar la noche.

Se cruzaban con los bomberos cuando se retiraban a sus cuarteles, después de una noche de vigilancia y de limpieza. Si se abandonaran las calles, las ratas de los muelles invadirían aquella urbe, podrida hasta sus mismas raíces.

Nadie tenía ánimos para pensar a aquellas horas, la juerga había durado hasta el amanecer y sólo teníamos una idea fija: llegar al gimnasio para sumergirnos en los baños y relajarnos en el tepidarium. Cuando Andrónico III se proponía arrastrarnos, no teníamos más remedio que seguirle, carecía de hora y de medida y le daba igual solazarse con las rameras del Fanario que con las cortesanas italianas de Perama. Los días que se sentía más refinado me pedía que le llevara a ver a las amigas de Malik.

Andrónico era un hombre caprichoso y bastante infantil, tenía una increíble fuerza y resistencia y le entusiasmaban las novedades y los desafíos. Si alguna mujer, evidentemente perteneciente a círculos más aristocráticos, se resistía a sus encantos sólo conseguía encelarlo más y darle energías renovadas para volver a la carga. Era como Proteo, cada vez que Hércules lo derribaba, en cuanto caía a tierra se levantaba con nuevas fuerzas.

Un día me llamó aparte y me dijo:

—¡Demetrio!, acércate que tengo que hablar contigo. Hace unos días me crucé con el senador Miguel Tarchaniotes, que iba acompañado por su hija, cuando salía de una audiencia con el Basileos. Al principio Sofía, su hija, se mantuvo apartada, pero luego fue perdiendo la timidez y estuvimos hablando un buen rato. No recuerdo sus palabras, pero quedé tan fascinado por el atractivo de aquel rostro velado, fino y sensual, aquellos ojos penetrantes y aquella risa provocativa, que desde entonces no dejo de pensar en ella. Me persigue su imagen, no sé cómo librarme de la tentación de volver a encontrarla… ¡Dime sinceramente! ¿Crees que podría cortejar a Sofía, la hija del Senador Miguel Tarchaniotes?

—¿Por qué me haces a mí esa pregunta? —le respondí un poco perplejo —. Tienes más experiencia que yo en esas cuestiones; supongo que cualquier insinuación por tu parte sería bien acogida en casa del senador, y en cuanto a la dama siempre has sabido enamorarlas…

—¡Es enormemente atractiva! —insistió—. Cuando te hago esta confidencia es porque la cuestión no es tan fácil como imaginas. Te lo explicaré mejor: no podría casarme con ella, aunque ésa fuera mi voluntad…

—Es una dama de alto linaje, no veo porqué no, es descendiente de los Comneno, por tanto, sería elegible como Emperatriz. ¿Por qué no puedes proponerle matrimonio? Su padre, el senador, es el jefe de la facción aristocrática tras la muerte de Miguel Cantacuceno. Incluso políticamente sería conveniente…

Al ver que estábamos acompañados por otras personas, además de los Geometres y Zinziluces, me indicó con la mano que fuésemos a la piscina y, una vez que estuvimos solos, me dijo:

—¡Demetrio! Te voy a contar un secreto, pero no quiero que lo sepa nadie más… ¡Ni siquiera tu padre! Andrónico II, mi abuelo, para reforzar sus lazos con Occidente, me ha comprometido en matrimonio con Ana de Saboya ¡Ni Metoquita lo sabe! ¿Entiendes ahora?

—Sí… ya veo… me sorprendes de nuevo… ¿Pero, cómo habéis podido mantener en secreto una cosa así…?

—¡Te das cuenta ahora por qué estaba tan nervioso por la desaparición de mi sello! Cualquiera podría perjudicarme y deshacer el compromiso. Se hará público cuando convenga; mi abuelo no se fía de Metoquita en esta cuestión. No me extrañaría que lo supiera tu padre y que lo hubiera sabido León, sin embargo tú no debes comentárselo ¡Quiero tu palabra!

—La tienes.

—Ahora, volvamos al tema de Sofía… ¿Qué se puede hacer?

—La verdad, Andrónico, o renuncias a tus pretensiones o te enfrentas a toda la aristocracia, no veo la forma de proponerle a una dama de la corte que sea tu amante públicamente, así sin más… Si lo llevaras en secreto, podría ser, aunque lo veo difícil, ambos sois muy conocidos, sobre todo tú. Tendrías que ir con gran cuidado para evitar a los espías… ¿Eres capaz de tal discreción?, a ti te encanta llamar la atención y desafiar al que se cruza en tu camino, hombre o mujer…

Además, ¿cómo piensas declararle tu pasión de manera que no se ofenda?, y si decidiera no aceptar, ¿qué salida digna le dejarías?

—Tú me ayudarías… —me contestó sonriendo.

—¿Yo? —exclamé—. ¿Qué puedo hacer yo, si ni siquiera la conozco?

—Tu madre, Teodora —siguió razonando Andrónico— es muy amiga de María Dalasena y de la madre de Sofía…

—¿Y…?

—Tu hermana, Felipa —continuó— acaba de comprometerse en matrimonio con el siciliano Jorge Antiocheno. Me he enterado porque para celebrar esa unión tuvisteis que pedir autorización al Emperador. ¡Naturalmente os la concedió, encaja perfectamente con su política de buscar aliados en Occidente!

—Es cierto —le confirmé, bastante sorprendido por la rapidez con que la noticia había recorrido los pasillos de la corte—. El compromiso de esponsales se firmó hace dos días…

—¡Querido Demetrio!, también conozco tu disgusto por el compromiso de tu prima Ana y Moncénigo. Es una coincidencia desgraciada, pero me temo que ambos compromisos, para tu desdicha, fueron concertados simultáneamente.

—Eso no lo sabía… Ana me envió una carta en la que me comunicaba su futuro matrimonio, pero ignoraba que fuese algo propiciado desde Constantinopla. Mi padre no me dijo nada…

—¡Te lo digo yo, créeme! —dijo, mirándome con condescendencia…

—Bien —suspiré, definitivamente abatido al confirmar la pérdida de Ana —. ¿Pero, qué tiene que ver el matrimonio de Ana con Sofía? No entiendo por dónde vas…

—¡Tienes que despertar de tu letargo, Demetrio! Puedo comprender que el atentado contra Alejo y la muerte de León influyan en tu abatimiento, pero desde que recibiste el recado de Cydonia con el mensaje de tu prima te has estado recreando en tu propia tristeza. Va siendo hora de que te busques una nueva aventura amorosa que disperse las cenizas del amor de Ana…

Sonreí al escuchar las últimas palabras de Andrónico; tenía razón. Llevaba demasiado tiempo pensando únicamente en el pasado, se había convertido en una obsesión que me estaba paralizando. No entendía lo que Andrónico se proponía, pero aquel comentario… se lo agradecí.

—Andrónico —le confesé—. Tienes razón. Acepto tus palabras de corazón, ¿pero qué he de hacer?

—Verás —continuó el Coemperador— como tus intereses y los míos coinciden, seguro que todo se ordena para beneficio de ambos, mi pasión por Sofía y tu necesidad de olvidar a Ana se dan la mano…

—¿Cómo? —le volví a preguntar— cada vez más intrigado.

—Pues… María Dalasena —la amiga de tu madre, Teodora— tiene una hija que es íntima de Sofía. Con los preparativos de la boda de tu hermana te será fácil buscar alguna oportunidad para hablar con ella. Su madre se pasa el día en Branchaion.

—Sí —le interrumpí—, pero creo que es muy niña para servir de mensajera en un asunto como el que propones…

—¡Ahí es donde te equivocas!, a María tú no la has visto por lo menos en dos años; ha estado en un convento, en Selimbria, completando su formación. Acaba de llegar a Constantinopla, la he visto hace dos días en San Salvador… ¡Te garantizo que ya no es una niña!

—Te creo, Andrónico, pero no sabemos cómo responderá María a mi pretensión, y menos aún si aceptará ser cómplice en este enredo.

—Eso ya depende de ti —me dijo convencido—. ¡Te han frustrado tus planes con Ana, no te quedes alumbrando tu tristeza permanentemente! ¡Busca una sustituía y hazme un favor a mí!

—¡Te prometo que no es mi intención comprometerme a los diecinueve! —protesté—. ¿Por qué piensas que a mí no me querrían casar…?

—No seas ingenuo, una mujer así, cuando quiera casarse, buscará a un hombre mayor que tú. Eres demasiado joven, el candidato ideal para una aventura… que se disfruta, se deja y se guarda en el recuerdo como una joya

que se encontró en el camino. ¡No te engañes… será ella la que no quiera casarse!

—¡Bien!, ya que lo tienes todo tan bien pensado, ¿qué tengo que hacer?

Se echó a reír y me dio una palmada cariñosa en la espalda. Había dado por hecho, desde el primer momento, que yo no me negaría. Mi padre me había aconsejado que le siguiese el juego, cuando no entrañase un peligro excesivo, y esto no parecía tener más peligro que cualquier aventura amorosa.

—Antes de seguir tengo que confesarte que mi hermano Manuel me ha dicho que tiene interés por la hija del Senador Tarchaniotes. Te puedo asegurar que Manuel no hará nada nunca, ¡mi hermano es otro enfermo depresivo! Como mi padre. Mi familia padece una vena de locura que les hace pasar de unos estados de euforia a otros de melancolía profunda sin mediar razón alguna. Lo de mi padre ya lo sabías, lo de mi hermano se mantiene oculto, entre otras poderosas razones, por las intrigas de mi madrastra, la Emperatriz Irene, que ha abandonado la corte de Constantinopla para residir en Tesalónica.

Esa mujer es caprichosa, voluptuosa y mercurial, con una habilidad para enredarlo todo, bajo pretexto de ignorancia, que sólo se puede deber a una mente perturbada que posee una finísima inteligencia. Su decisión de irse a Tesalónica, abandonando la corte, escandalizando al Senado y a la Curia y desprestigiando al Trono está claramente relacionada con su voluntad de afianzar a sus hijos en la sucesión del Imperio, manipulando al pobre Andrónico II. Desde allí, además de intentar volverle loco, tiene todo el campo libre para intrigar… ¡Cuidado con ella, es una víbora! A mí me odia y supongo que también a todos los Paleólogos.

El único que la entiende y la controla, porque es la única persona a la que tiene miedo, es Metoquita… Es demasiado hábil y posee la falta de escrúpulos necesaria para tratar con ella.

* * *

No podía sospechar entonces hasta dónde me llevaría el capricho de Andrónico; simplemente, me dejé llevar como el que se entrega a la corriente, de nada servía oponerse a la voluntad del destino. Pensaba en León, en mi padre y en todos los que estábamos envueltos en la trama del poder. ¿Quién puede saber a dónde nos conducen esos hilos invisibles, más fuertes que la voluntad humana? Recordaba las palabras de la vieja pitonisa del Foro del

Buey: «… en los surcos de tu mano hay sendas que habrás de descubrir para llegar a tu destino, rutas que todavía ignoras…».

Nunca sabré si fue el azar o la necesidad la que puso en mi camino a aquellos cuatro extranjeros, envueltos en sus capas, calentándose las manos junto al brasero del atrio… Al llegar a Branchaion aquel día no me extrañó encontrar forasteros entre la informe y estrafalaria humanidad que se reunía en nuestro sótano las noches de frío. Cuando el viento invernal, húmedo y cortante, recorría la ciudad, las gentes se refugiaban tras la lumbre de sus hogares y los vagabundos sin techo buscaban el abrigo de las iglesias o el cobijo de algún poderoso. Acudían al calor de los pucheros para engullir el tasajo y el pan que se repartía entre los pobres.

Constantino, que había ido a guardar los caballos, volvió con el recado de que mi padre quería hablar conmigo. Sabiendo que debía estar inquieto —últimamente vivía en constante desasosiego— acudí enseguida a ver qué era lo que le preocupaba.

Cuando pasé a su despacho, esperando que estuviera solo, me encontré con la sorpresa de que estaba acompañado por aquellos cuatro hombres, que había visto en la entrada al volver de la academia.

—¡Demetrio! —me habló en latín—, quiero presentarte a estos caballeros.

Según iba nombrándolos daban un paso al frente y hacían una leve inclinación de cabeza.

—¡Robert de Guillaume!, Vizconde de Troyes; ¡Arnaud Costau!, su escudero; ¡Marcel D'Aurillac!, Caballero templario, y ¡Phillipe Dechamp!, también Caballero templario… Son francos, pueblo sobre el que nos has oído hablar, aunque nunca has tenido ocasión de conocer a ninguno. Te intentaré explicar brevemente la razón de su visita.

A sus manos llegó un antiguo crisóbulo en el que uno de nuestros antepasados de la familia Angel, que a la sazón ocupaba el trono de Bizancio, otorgó unos beneficios al Gran Maestre de la orden del Templo. Más que beneficios materiales, se trataba de una alianza espiritual, una promesa de ayuda mutua en agradecimiento a la protección recibida por nuestra familia durante aquellos terribles días de ocupación.

Han pasado muchos años, y hoy ni los Angel tienen el poder ni éstos son los caballeros en cuestión, sino sus nietos espirituales. Pero en mi opinión, y tú como hijo mío debes respetarla, tenemos una deuda moral con ellos: los compromisos de nuestros mayores nos vinculan.

—¿Pero qué ocurre? —le pregunté, también en latín—, siempre había oído que El Temple era una orden enormemente poderosa —sobre todo rica—

cuya autoridad era comparable a la de un reino, y que el Gran Maestre era como un Rey que se atrevía a enfrentarse con naciones, reyes y sultanes.

—¡Déjame que te siga explicando! —me interrumpió—. Los caballeros del Temple tienen una misión que cumplir y necesitan nuestra ayuda…

—Permitidme que intervenga —dijo cortésmente el que se llamaba Robert —. Si no te importa Alejo, quisiera responder a la pregunta de Demetrio antes de continuar.

—Adelante Robert —asintió mi padre— tenéis razón, lo podréis explicar mejor que yo…

—Demetrio… lo que habéis dicho sobre la orden fue cierto, pero las circunstancias han cambiado totalmente. Felipe IV, llamado el Hermoso, el Rey de los francos, no pudiendo encontrar dinero para pagar sus inmensas deudas —ya había devaluado la moneda hasta el punto de ser acusado de falsificador— decidió asestarle un golpe mortal al tesoro de nuestra orden.

El Temple —además del servicio de las armas— actuaba como banquero en la mayoría de las transacciones comerciales entre el Oriente cercano y Occidente; tenía negocios seculares con todas las casas de cambio y comerciantes del Mediterráneo. Teníamos una posición ventajosa en Tierra Santa, útiles contactos con los selyúcidas, los fatimitas y los bizantinos. Eran conocidas nuestras alianzas con genoveses y venecianos, por un lado, y con la Hansa, Flandes, Inglaterra y la propia Francia, por otro.

A lo largo de los años habían ido acumulando una considerable fortuna que administraban los grandes Maestres.

Cuando el Rey solicitó crédito a la Orden, ésta se negó por estar convencidos de que se trataba de una donación a fondo perdido. ¡Quizá nos perdiera nuestra propia arrogancia! Después de todo lo que pasó deberíamos reflexionar, una vez más, sobre la humildad y de cómo la soberbia ciega al hombre. ¿Quién sabe?, a lo mejor hubiera sido posible un compromiso. El mismo Santo Padre fue una de las víctimas engañadas por Felipe, teniendo que abandonar Roma para establecerse en Avignon, cautivo bajo su tutela. Había pasado mucho tiempo desde que la iglesia triunfante hiciera humillarse a Enrique IV en Canosa. Los tiempos habían cambiado y la encíclica «Unam Sanctam» fue la gota que colmó el vaso…

Para doblegarnos, nos acusaron de los crímenes más abominables, desde la herejía hasta el satanismo, desde la usura hasta las peores perversiones sexuales. Todo parecía poco cuando se trataba de juzgarnos. Al principio seguimos cegados por el orgullo, pero en cuanto empezaron los prendimientos y los juicios empezamos a alarmarnos. Fuimos torturados, muchos confesaron

pecados que jamás se les habían pasado ni por la imaginación —el hombre en esas condiciones pierde el dominio de sí mismo—. No les acusamos… los que quedamos seguimos rezando por ellos.

Quemaron en la hoguera, en París, al Gran Maestre, junto a otros muchos compañeros; y así fue como, finalmente, nuestro tesoro pasó al Rey. Al principio otros reyes nos apoyaron, y muchos de nosotros pudimos huir o escondernos en Inglaterra, Castilla, Italia… Hasta que el débil y manipulado Papa Clemente V sancionó el fin de nuestra orden. A partir de entonces, los pocos que quedamos somos unos proscritos en Occidente y sólo nos queda venir a nuestros lugares de origen en busca de viejos amigos…

—¿Cómo pudo llevarse a cabo tal atropello? —exclamé sorprendido—. ¿La iglesia de Roma contra sí misma…?, quizá la visión que tenemos de Occidente no es demasiado fiable…

—Lo que ocurrió hubiera sido impensable en otro tiempo —me respondió el que se hacía llamar Marcel D’Aurillac—, pero el hambre, las pestes, las guerras entre los señores y el Rey, el abandono de los campos, el fin de la autoridad y las rencillas dinásticas acabaron con todo, y lo malo es que ¡se avecinan tiempos peores aún…!

Recuerdo que siendo yo todavía un niño, para que os deis idea de los desastres padecidos, tuvo lugar una rebelión de pastores que, acuciados por el hambre, acaudillados por un monje loco y visionario se convirtió en un ejército de más de cuarenta mil hombres. Proclamaron que su meta era llegar a Jerusalén, pero a su paso fueron saqueando ciudades, quemando sembrados, liberando a todos los presos y persiguiendo a los judíos. Consiguieron vencer a un ejército real —¡hasta Felipe IV se tuvo que refugiar en el Louvre!—. Eran unos locos desesperados que no tenían nada que perder y a los que se les iban uniendo todos aquellos otros locos que encontraban a su paso. Era espeluznante ver la masa en movimiento, manadas de infelices buscando la salvación en el otro mundo, nada esperaban ya de esta vida, su meta estaba en la Jerusalén Celestial. Encontraron su destino frente al mar… Fueron rodeados y aniquilados por las tropas del Senescal de Carcassonne. La mayoría murió de hambre, a un paso de la playa, escuchando un lejano sueño entre las olas. Otros murieron de la peste, y los que quedaron fueron ahorcados, para escarmiento de otros campesinos y pastores.

—¡Unos años antes de la persecución al Temple, Felipe se atrevió a encerrar al Papa Bonifacio VIII en Agnani! —dijo el caballero llamado Phillipe Dechamp—. ¡Cómo extrañarnos de que luego encerraran a los Papas en Avignon! La iglesia está inerme… el mundo se ha vuelto insensato, toda

clase de creencias se extienden por la cristiandad y toda suerte de supersticiones campean hasta en las esferas más altas… Felipe V sucedió al cuarto y todo continúa igual…

Al Mariscal de Marigny le han quemado por brujería, y hace tan sólo tres años, el Papa Juan XXII mandó quemar a varios de sus colaboradores por estar acusados de tener tratos con el demonio…

—¡En Cahors!, ciudad antes ilustrada —interrumpió el escudero Arnaud Costau—, Juan XXII mandó a la hoguera al Obispo, acusándole de haber quemado una efigie suya en cera…

—Para colmo de locura y falta de sentido cristiano —intervino de nuevo Robert— Felipe V, para librarse de las iras provocadas por el hambre y sus recaudadores, ha echado la culpa de todo lo que ocurre a los judíos y a los leprosos… A partir de esa declaración, gentes sin principios, facinerosos y turbas fanatizadas recorren pueblos y aldeas persiguiendo a los leprosos y matándoles a palos; y a los hebreos, de paso, les torturan para quitarles el dinero.

Las historias que os podríamos contar son infinitas, pero estamos dispuestos a expiar nuestras culpas por haber incurrido en el pecado de soberbia.

—Como ves, Demetrio —intervino mi padre, viendo que aquellos hombres, curtidos en mil combates, estaban a punto de derrumbarse llorando ante nosotros—, desde hoy, estos hombres quedan bajo el amparo de esta casa.

—Podéis contar con nuestra más absoluta lealtad —prometió Robert—. Espero tener la oportunidad de corresponder a vuestra generosidad.

—Has de saber, Demetrio —me dijo mi padre—, que Robert es vizconde de Troyes y que sus propiedades han sido confiscadas por la corona.

Todo lo que hemos hablado hasta ahora no es ningún secreto, pero lo que ahora te vamos a contar debe quedar entre nosotros.

Una de las razones por las cuales debemos infinito agradecimiento a esta orden —además de haber protegido la vida de nuestros antepasados durante el saqueo de Constantinopla— es que, gracias a ellos, pudimos conservar en territorio bizantino una de las reliquias más preciosas de la cristiandad. La pérdida de aquella reliquia hubiera supuesto un golpe moral, más allá de toda comprensión para ti en estos momentos; pero has de saber que el conocimiento de la existencia de esa joya fue uno de los mayores acicates para la recuperación de nuestro pueblo a lo largo del exilio de Nicea.

Los Lascaris, los Ducas y todos los héroes que tantas veces has oído mencionar en esta casa tenían tal devoción por ella que antes de cualquier batalla acudían a meditar en su presencia.

—¿Puedo saber cuál es? —pregunté.

—La Sábana Santa…

—¡Entonces, no fue robada por los latinos y llevada luego a Occidente!

—No… La auténtica no… gracias a los templarios. La que se exhibe en Troyes no es la verdadera.

—¿Por qué entonces no se proclama públicamente para que el pueblo venga a venerarla? Una reliquia tan preciosa atraería multitud de peregrinos, incluso de Occidente… podría ser un escudo para buscar apoyo frente al musulmán…

—En cierta ocasión te conté que uno de mis mayores remordimientos viene de familia…

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien, uno de los secretos mejor guardados de esta familia es precisamente ese sudario. Gracias a él obtuvimos el perdón de los Lascaris, con la condición de no revelar nunca la verdad… Una vez de vuelta en Constantinopla, no podía divulgarse una noticia como ésa sin despertar la ira del pueblo por haberlo tenido engañado durante tantos años. Nunca nos hubieran perdonado el haberles privado, durante tanto tiempo, de una fuente de ingresos tan sustanciosa.

Sin duda hubieran maquinado una conjura y hubieran derribado a los Paleólogos ¡Ya te habrás dado cuenta de que las cuestiones teológicas en esta ciudad son asuntos de estado!

Con la animadversión que se había ganado Miguel VIII, tras el concilio de Lyon para la unión de las iglesias, los arsenitas no hubieran necesitado otra disculpa. Si Miguel hubiera sido derribado, hubiera sido el fin de todo el sueño del Imperio restaurado de Nicea. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —asentí, aunque seguía confundido—. El Caballero y Vizconde de Troyes sabe que su sudario no es el verdadero, porque siempre tuvo conocimiento de ese secreto gracias a ser un miembro del Temple. Ahora su deseo es que la auténtica Sábana Santa no caiga nunca en manos enemigas, ¿me equivoco?

—No Alejo —intervino el mismo Robert—. Desde el día que el Temple decidió que la Sábana verdadera pertenecía a Bizancio sabía que corría un riesgo, que cayera en manos de los infieles. Por ello creó una hermandad secreta que se remonta hasta un antepasado mío, del cual yo he heredado

todas las obligaciones y derechos. Nuestra misión es proteger esa reliquia, entregando nuestras vidas si fuera preciso…

—La Sábana está todavía en Nicea —interrumpió mi padre—, necesitamos que vuelva a Constantinopla. Estos caballeros nos ayudarán a traerla y protegerla. Ha sido verdaderamente providencial su llegada.

VII
AL OTRO LADO DEL ESPEJO

Habíamos convertido a Branchaion en una fortaleza desde los asesinatos de Teodoro y de León; se habían reclutado tres ballesteros trentinos, cortesía de los Morani, dos infantes turcos que nos recomendó Malik, y tres serbios mercenarios, hijos de antiguos amigos de mi padre de Skopje. Hasta el propio Andrónico III se sentía más tranquilo en nuestra compañía que con su guardia personal…

Esta vigilancia dificultaba los planes de Andrónico para cortejar a Sofía. Una noche, estando en el «El reposo del león», que era uno de sus lugares favoritos —recomendación de Malik—, me dijo:

—Demetrio, hay problemas en Tesalónica, anoche decidieron en el consejo que debíamos enviar un Legado con plenos poderes para presionar a la aristocracia local a que aporte fondos para reclutar mercenarios. La persona idónea para llevar a cabo el mandato es tu padre, Alejo. Te quería adelantar la noticia —aunque no estemos en el momento ni en el lugar apropiados— para que escojas qué miembros de la guardia deben acompañar a tu padre en su misión y cuáles quedarse en Branchaion.

Andrónico estaba completamente relajado aquella noche, llevábamos dos horas bebiendo y disfrutando del espectáculo de unas bailarinas que habían venido del lejano Punjab. Nunca habíamos visto movimientos tan sensuales, expresivos y excitantes. Malik ya nos había adelantado el encanto de aquellas mujeres y su increíble dominio del baile erótico, pero cualquier descripción palidecía ante la realidad.

Simón y Miguel estaban completamente enajenados, Juan Zinziluces y yo, aunque plenamente inmersos en el ritmo, conservábamos el sentido. Andrónico ese día, curiosamente, estaba completamente sereno… era un hombre imprevisible. Lo último que se me hubiera ocurrido es que en un momento como aquél desease tener una conversación seria, pero como era el Coemperador no tuve más remedio que aclarar mis ideas y escucharle…

—¿En Tesalónica, problemas…? —le pregunté, haciéndome el ingenuo, mientras me acomodaba en los almohadones y me servía otro vaso de vino chipriota…

—Irene, la Emperatriz, mi madrastra, según ciertos informes que nos han llegado, está de nuevo intrigando en Occidente.

—¿Qué pretende ahora?

—Lo mismo de siempre —me confió—. La novedad es que esta vez ha involucrado a los serbios, y eso es muy peligroso.

—¿Pretendes que vaya mi padre a Skopje para averiguar hasta dónde llegan sus maquinaciones?

—Sí…

No podía imaginarme entonces el peligro que entrañaba aquella mujer. Irene nunca daba la cara, siempre atacaba por la espalda, y en ocasiones sin mediar razones.

La segunda razón por la cual Andrónico deseaba que mi padre se alejase de la corte era porque así se libraba de la vigilancia en Branchaion, y podría organizar desde palacio su plan para cortejar a Sofía Tarchaniotes sin llamar la atención.

Poco a poco fui conociendo al Coemperador, aunque nunca llegué a fiarme de él; siempre había una segunda intención en todo lo que planteaba y nunca se sabía cuál de las dos era realmente la que le interesaba.

—En cuanto se marche tu padre —siguió Andrónico con su razonamiento — enviaré un refuerzo de hombres de mi confianza para proteger tu casa. Celebraremos luego una fiesta en honor de tu hermana Felipa en el palacio de Blaquerna…

¡Lo tenía todo pensado! Alejaba a mi padre y con él a la guardia, sustituyéndola por hombres directamente a sus órdenes. Controlaría mi casa y desde ella, de paso, emprendería el asedio de su próxima amante… Y yo estaría en sus manos por dos razones, la fidelidad debida y el control de Branchaion.

Cuando terminó de explicarme su plan, mejor debería decir ordenarme cortésmente, cambió completamente de actitud y volvió a ser el irresponsable de siempre…

—¡Vamos, que no le estamos haciendo los honores a estas hermosas danzantes del Indo! —se rió, mientras brindaba por primera vez aquella noche…

No había amanecido todavía cuando emprendimos la vuelta. Yo tenía los miembros embotados y estaba exhausto, jamás había visto a mujeres más hábiles que aquellas hindúes, eran una sorpresa permanente que alcanzaba cada vez mayores cotas de provocación, una tormenta de sensaciones y una precisión matemática en el ritual amoroso, porque eso es lo que era… una

liturgia. Se entregaban en parejas al amor, entrelazando sus miembros como sogas alrededor de todo el cuerpo, inmersos unos en otros. Era como sumergirse en el agua y salir a respirar al ritmo que marcaban sus movimientos. Recitaban canciones que las excitaban cada vez más y más hasta que todo concluía en una explosión triangular, que, se suponía, era la exaltación y expresión física de las tres grandes fuerzas del cosmos: la creación, la conservación y la destrucción… la sagrada trilogía. Sus creencias religioso-eróticas me parecieron fascinantes. Percibía en ellas una lejana relación con muchas de las creencias de los primitivos griegos, según nos había explicado León… los cultos dionisíacos, las bacanales de los romanos, los ritos de la fertilidad, el culto antiguo a Venus, los burdeles sagrados de Fenicia… no se podía afirmar que fueran tan diferentes.

En esta ocasión, sólo los francos me acompañaron de vuelta, a los demás les ordené que escoltaran a Andrónico…

Íbamos caminando, llevando los caballos por las bridas, y al llegar al Foro Teodosio el paseo y la helada habían acabado de despejar mi cabeza y comenzamos a hablar…

En aquel desierto humano que era Constantinopla en un amanecer de invierno, hablando en latín con unos extranjeros surgió uno de esos instantes mágicos en que el mundo se detiene y nos convertimos en espectadores de nuestro propio escenario.

—¡Robert! —le confesé—, cuando llegué a esta ciudad por primera vez, hace cuatro años, todo me resultaba extraño, hoy, sin embargo, me siento cautivado por la crudeza de su miseria y la poesía de una soledad grandiosa. ¡Es única entre todas las ciudades! ¿Sabéis que los turcos le llaman «La ciudad»?, así sin más, el sueño de un Imperio permanece latente en medio de su universalidad. ¿Qué os parece ahora que la vais conociendo? ¿Qué se piensa en occidente de nosotros?

—Es una ciudad diferente a todas las que hemos conocido —contestó Robert—. La primera impresión cautiva y sorprende, como habéis dicho, pero entristece ver, por otra parte, el abandono de tantos magníficos edificios y monumentos. ¡No podemos compararla o valorarla, pues desconocemos el modelo que la inspira!

—Os diré —interrumpió Marcel— que la mayor ciudad que hemos conocido, París, la mayor ciudad de nuestro reino, es sólo la décima parte de esta urbe…

—Cierto —añadió Robert—, de Roma hoy sólo quedan los restos. No hay ningún lugar en Occidente como éste. El ideal de la antigüedad en Occidente

desapareció hace muchos siglos y se fue construyendo sobre sus ruinas. Aquí, al menos, la idea persiste, aunque la realidad es que también estáis muy lejos de ese sueño.

—Las disputas que nos separan nos condenan a no poder abrir los ojos a la verdad —continué sintiéndome inspirado—. Las ambiciones y la soberbia ciega de todos enterrarán los restos de un sueño milenario… y el oriente cristiano sucumbirá por el peso de los siglos, será talado como un árbol, ya seco, por las hachas de nuevos leñadores.

—Si Dios así lo dispone, ¿qué podemos hacer los hombres? —comentó Phillipe.

—¡Me sorprende una idea tan islámica en boca de un templario! —comenté—. ¿Acaso en Occidente, ahora, os habéis vuelto fatalistas?

—Hemos recibido muchos golpes, no sólo en nuestra orden —aclaró Phillipe—. El optimismo del pasado se ha disipado y estamos siendo arrastrados por el vendaval del destino, el refugio que nos queda es la confianza en Dios.

—¡Tenemos eso en común…! Los jóvenes sólo buscan amparo en los monasterios y los cenobios florecen por doquier, su poder cada día es mayor y su riqueza alarmante. Nadie desea enfrentarse con la realidad de labrar los campos, la defensa de las fronteras, construir nuevos caminos, criar familias y educar a sus hijos; todos estos místicos abandonan sus responsabilidades buscando un refugio en el otro mundo…

Al llegar a San Teófanes nos salieron al encuentro cuatro miserables que estaban pasando la noche en el atrio del templo.

Arnaud fue a apartarles del camino y yo le detuve.

—¿Queréis ver la otra cara de esta ciudad? —les invité—. La desgracia se manifiesta de tantas formas como aspectos tiene Bizancio… ¡Venid conmigo!

Yo sabía lo que les quería mostrar en San Teófanes; el primero que me había traído aquí había sido León, cuando le hablé de mi encuentro con los refugiados. En aquella época yo era ingenuo, joven e impulsivo. Me dejaba arrastrar por confusos sentimientos de culpabilidad.

Seguimos caminando hasta llegar al atrio y los cobertizos del monasterio de Pentecostés. Por el suelo estaban tumbados multitud de vagabundos, pero eso no era lo que me interesaba esa mañana; no paramos hasta llegar a la zona de las mujeres. Aquellas infelices se agolpaban en torno a los restos del fuego, y a pesar de estar mugrientas y desfiguradas, se podía ver que eran muy jóvenes. Todas aquellas desgraciadas llevaban niños de pecho pegados a sus escuálidos cuerpos.

—¿Qué es esto? —preguntó Robert con señales visibles de disgusto.

A nuestro alrededor el hedor era irrespirable, cada una hacia sus necesidades donde podía, las había completamente borrachas, mientras otras serenas iban apilando en el patio, con absoluto descuido, los cadáveres de las que habían muerto esa misma noche. Las enterrarían junto a sus propios hijos muertos en un campo que había enfrente del templo. Caritativamente, colocaban unas pequeñas cruces de palo sobre los montículos, parecía un campo de cereal por la cantidad que había. Cuando ya no cabían más, revolvían la tierra y volvían a comenzar.

—¡Santo Dios! ¿Qué pasa aquí? —exclamó D'Aurillac.

—Cuando estas infelices quedan preñadas —les expliqué— no tienen más alternativa que la prostitución para sacar adelante a sus hijos; deambulan buscando clientes desde el puente de Platea hasta el de Perama, se refocilan con cuanto veneciano, genovés, bizantino o turco encuentran por esos muelles. No tienen a dónde ir, ni nadie que las eche en falta; se aferran a sus escuálidos hijos como lo único que han podido realizar en su vida. Durante el día, mientras trabajan, los abandonan por estos campos, como animales salvajes, y por la noche acuden a buscarlos para traerlos a sus refugios en San Teófanes, San Teodoro, Santa Marta y, sobre todo, aquí, al Monasterio de Pentecostés.

Nos acercamos a una agonizante, no tendría más de trece años y de sus pechos colgaba una criatura muerta; una anciana intentaba quitarle al niño de los brazos, pero era incapaz, aquella niña se aferraba a su criatura con una tenacidad histérica, estaba fuera de sí, sus ojos eran dos cuévanos oscuros, su rostro era una contracción informe, abría la boca suplicante y era incapaz de articular sonido alguno, no hacía más que temblar. No era preciso ser médico para garantizar que no duraría ni una hora más. Era una piltrafa humana que reclamaba su último derecho, que no le quitasen el cadáver de su hijo para poder ser enterrada junto a él por toda la eternidad.

Marcel se acercó, apartó con delicadeza a la anciana y envolviendo a la niña en su propia capa, la ayudó a incorporarse sujetándole la cabeza. Phillipe se arrodilló a su lado y con un pañuelo le fue secando el rostro lleno de lágrimas; Robert, Arnaud y yo nos acercamos a una compañera que yacía a su lado y que ya disfrutaba de mejor vida, la envolvimos en una capa de lana también junto a su hijo. La infeliz nos sonrió y en sus ojos había una súplica… su última duda… Robert le cogió la mano y con una leve caricia le confirmó que su última voluntad sería cumplida, sonrió de nuevo y su cabeza, ya inerte, se desplomó sobre el pecho.

Enterramos a las dos infelices en el campo santo de San Teófanes, mirando hacia el Cuerno de Oro, y mientras el sol se elevaba por encima de Gálata entonamos el «Non nobis» como último homenaje a dos bienaventuradas.

No es mucho lo que pueda decirse de la tragedia de las infelices que tienen la desgracia de encontrarse solas con un niño a cuestas, eran abandonadas a su suerte hasta que morían en el ejercicio de la prostitución. Algunas sobrevivían, sobre todo si tenían la suerte de encontrar algún marino o campesino dispuesto a cargar con ellas, otras seguían a las tropas hasta la frontera, y allí, en medio de desiertos o riscos intransitables, conseguían arrejuntarse a un infeliz como ellas dispuesto a tomar mujer en aquella soledad agreste.

Algunas, incluso, ascendían en la escala social y montaban una taberna, una posada para viajeros o un colmado, eran las más afortunadas por ser madres del desliz de un hombre cuyo nombre no podía estar en boca de cualquier cantor de arrabal. Pero la mayoría, si permanecían en la ciudad, terminaban sus días como aquellas dos Magdalenas.

—Lo que habéis visto es patético —les dije a los caballeros—, aunque imagino que en vuestra existencia, después de oír lo que nos habéis contado en casa de mi padre, habréis sido testigos de infinidad de dramas similares.

—Podéis estar seguro —asintió Robert—, pero no por ello deja de causarnos un profundo sentimiento de dolor, es una de las razones por las que buscamos la paz y el perdón.

—¿Creéis que tenemos salvación en Bizancio? —le pregunté—. ¿Habrá algo capaz de mover a los hombres? ¿Quién pondrá los recursos? Sin la fe y los hombres, ¿qué nos queda?… Si nos ayudaran desde Occidente…

—¿Deseáis que os responda de verdad a eso? —preguntó Robert.

—Sí.

—No creo que podáis —por más promesas y dones que hagáis— sembrar en Occidente la voluntad de ayudaros… Primero, porque creo que no os entendéis entre vosotros mismos y, segundo, porque las ambiciones y rencillas entre nosotros son más profundas que nuestro deseo de acabar con el musulmán… ¡Es más fuerte el odio en el Canal de la Mancha que la devoción al Bósforo!

¡Hacedme caso!… Cualquier promesa de ayuda será mentira o encubrirá el deseo de arrebataros un trozo de las ruinas del Imperio.

Me hablaron como solía hacerlo León. Si Juan Cantacuceno les hubiera oído me habría dicho: ¡Ves cómo tengo razón!, de Occidente nada podemos

esperar… Pero yo seguía sin creérmelo.

VIII
AMANTES

¡Hagamos el esfuerzo necesario para que cada uno de nosotros pueda considerarse artífice de la victoria…! —leía en Jenofonte, mientras las cigüeñas ocupaban un año más sus nidos en el torreón de San Salvador.

Mi padre había partido hacia Tesalónica, y en Branchaion, después del luto, de nuevo se volvieron a escuchar las risas de mis pequeñas hermanas, Irene y Ana, jugando en el patio. Mi madre acosaba a Felipa, abrumándola con consejos ante sus inminentes nupcias. Teodoro, mi hermano, ya formaba parte de nuestro grupo de acompañantes oficiales del heredero y comenzaba a hacer sus pequeños escarceos. Continuaba la rutina familiar mientras en la ciudad la tensión política crecía por momentos…

Había llegado una carta de Juan Cantacuceno desde Tracia que no presagiaba nada bueno: la nobleza sublevada, el pueblo, en las ciudades más importantes, muy agitado; de Occidente nos llegaban noticias de una gran hambruna, y el Papa Juan seguía en su exilio de Avignon. Cuando se lo mencioné a Andrónico III no se detuvo ni un momento a considerar mi alarma, se limitó a decirme que cada cosa a su tiempo y pasó a preguntarme cómo iba al asunto de Sofía… Le sugerí entonces que no veía razón para no invitarla a la fiesta en honor de Felipa —entre tanta gente nadie sospecharía de sus intenciones…

El palacio de Blaquerna cautivaba por su elegancia y su extraño equilibrio. Sus proporciones reflejaban la visión dispar del espacio y el orden que tuvieron los Emperadores que habitaron entre sus muros: desde el segundo Justiniano y los Comneno, hasta los Paleólogos. Combinaba el sentido grandioso de las construcciones del Imperio —intentando emular la magnificencia del pasado— con la delicadeza festiva de los arcos multicolores. Los ambulatorios entorno a los jardines reflejaban un estilo emancipado del pasado romano en un flirteo con las redondas, opulentas y fantasiosas formas del Oriente. Para el banquete lo habían engalanado como una novia: largas guirnaldas cubrían los espacios entre las columnas, mientras cintas multicolores rodeaban las pértigas que sostenían las enormes carpas que se habían colocado en medio de los jardines; el juego del agua en las

fuentes se realzaba mediante tintes de colores que brillaban a la luz de las antorchas. En el interior y bajo las arcadas, se habían colocado mesas cubiertas por manteles de hilo y brocados, los bancos, a su alrededor, rebosaban almohadones de las más lujosas telas de Damasco y Basora. Los criados se vistieron de mil y una formas diferentes ¡Hasta había niños, representando cupidos, pintados de purpurina para escanciar los vinos! Unos vestían de faunos en el jardín, otras de ninfas en torno al estanque; en el interior, cazadores y pastores se ocupaban de dar la nota bucólica de austeridad. Eché en falta a nuestros amigos francos, me hubiera gustado que asistieran a uno de los últimos alientos del lujo y exhibicionismo romano. ¡Que hubieran visto lo que era verdaderamente una cubertería imperial, ellos que prácticamente sólo comían con las manos!

Tenía razón León, los venecianos no hicieron más que copiarnos tales extravagancias.

Muchos años más tarde, estando en Milán, les mostraba a los enriquecidos burgueses grabados y dibujos de antiguas fiestas, y muertos de envidia y curiosidad, se asombraban del ingenio y la escenificación mitológica. No entendían que aquello ya no reflejaba ni el ser y ni el sentir del pueblo bizantino, que aquello no eran más que recuerdos y alegorías de otros tiempos… Pero se empeñaron en copiarlas, al principio de forma tosca y al final ya de manera más elaborada. Me pedían argumentos y consejos para excitar la imaginación de los convidados… En un primer momento me resultó un poco molesto —¡Acaso me tomaban por un tramoyista!—, pero luego me acabó divirtiendo y me servía de distracción en medio de las brumas lombardas.

La noche se llenó de risas cálidas y de música, del canto festivo al ritmo de las tamburas, las guitarras y el fandouros, interrumpido por las refinadas notas del psalterio, la suave melodía de las liras y las kemanes capadocias.

* * *

¿Acaso no acabó Dido en la hoguera por fiarse de Eneas…? Las dulces palabras son como el aliento de un dragón —me respondió provocativamente María Dalasena— ante el cumplido que le dediqué cuando ocupamos nuestro lugar en la mesa.

—¡No cuando surgen de la fantasía! —le repliqué—. Cuando el humo de la imaginación envuelve y embota los sentidos, las convierte en inofensivas…

—¿Qué clase de sueño es el que puede enajenar tanto la voluntad como para que el ansia de conquista quede en la sombra? —me respondió María con ingenio y no disimulada coquetería.

—El sueño que provoca el recuerdo de una niña jugando en un patio hace años, a la que ahora veo cristalizar ante mí…

María Dalasena acomodó su falda para acercarse en el banco y poder así hablar con mayor intimidad.

—¡Aquel joven ensimismado se ha vuelto de pronto galán! —me censuró, esbozando una sonrisa que encerraba todos los secretos del encanto cortesano.

—Que sólo aguarda una palabra: el simple consentimiento para rendirse por admiración a los pies de una aparición que se ha vuelto realidad…

No pudiendo contenerse más se echó a reír, y abandonando la pose de gran dama me dijo:

—¡Demetrio, me alegra verte de nuevo!, hacía tanto tiempo que no nos veíamos…

—Pues casi dos años —le contesté, abandonando el aire de conquistador. Desde que te fuiste a Selimbria no has vuelto por Branchaion. No te pregunto cómo te ha ido, pues a la vista está…

—He estado varias veces estos últimos días, lo que ocurre es que no hemos coincidido…

—¡Cómo lo siento! —exclamé, con expresión compungida.

—¡Siempre fuiste amable y encantador! —me halagó con cierta ironía—, pero no creas que no hemos tenido problemas en la familia durante este tiempo…

—¿Qué ha pasado?

—¡No, nada grave!, mi madre estuvo, digamos, indispuesta, y la tuve que acompañar en su retiro. Mi padre se tuvo que esconder en una casa que tenemos en el Ponto porque le llegaron rumores sobre un atentado. Como él es de la facción aristocrática le entró miedo. Ya sabes que es muy amigo de Miguel Tarchaniotes, y lo era también de Miguel Cantacuceno.

—Lo sé, y tú de Sofía…

—Sí, ella también nos acompañó algún tiempo. Cuando todo pasó volvimos juntas a Constantinopla.

—No había oído nada —reconocí sinceramente—. Vivimos una situación delicada donde los rumores y las intrigas, a la par que los atentados, se suceden… ¿Sabes que mi padre está ahora en Tesalónica?

—Sí, me lo ha contado Felipa. ¡Imagino que volverá para la boda!

—Eso esperamos todos —añadí— pero en estos tiempos, de nada se puede estar seguro. Salvo de una cosa…

—¿Cuál?, me miró curiosa.

—De que tu belleza ha florecido en Selimbria… Te has convertido en una de las damas más hermosas de la corte.

—¡No seas hipócrita! —protestó—. ¡No te aproveches de una admiradora de la infancia!

Mientras hablaba, sin embargo, sus ojos me hablaban de distinta manera, me provocaba con una mirada de frivolidad que invitaba a seguirle el juego.

Riéndose me dijo:

—También tú has madurado, Demetrio, se ve que desde que dejaste de pensar en tu amiga de Candía han pasado muchas cosas…

—¿Cómo sabes tú lo que pasó en Creta? Además… fue hace cuatro años…

—¿Ignoras que lo sé todo sobre ti…? —se rió de nuevo.

—¡Supongo que te lo habrá contado mi hermana!, igual que todo lo demás…

—¡No te ofendas! ¿No te extraña que tenga tanto interés por tu vida…?

—¡Me sorprendes!

—¡Pues escucha! —continuó—. Desde que era niña y jugábamos tu hermana y yo en el patio, me gustaba tu arrogancia cada vez que entrabas o salías… ¡Eras un ideal infantil! ¿Te extraña que te confíe una fantasía de la infancia…? No debería, pero me resulta fascinante poder hablar de ello ahora contigo mismo…

—En vista de la sinceridad con que me hablas… —admití— desde que volviste hace dos meses y te vi en casa, te he estado siguiendo… ¡Ya no eres aquella niña del jardín! El que hayamos coincidido no es fruto del azar, le pedí a Andrónico que así lo dispusiera…

—Lo sé —me contestó riendo—, te olvidas que es difícil que se me escape una cosa así…

—¿Quieres decir que sabías que esta noche íbamos a estar juntos…?

—¡Sí!, eso mismo he querido decir, y volvió a reírse con más ironía todavía… ¡Es fácil!

—No entiendo de qué manera has podido averiguar eso…

—¡Escucha! —me interrumpió—, eres encantador, pero sigues siendo un poco provinciano «Cydonio». Cuando una dama acude a una fiesta, le interesa saber, de antemano, con quién va estar por muchos motivos ¡entre otros, para cambiar el orden del protocolo si no nos convienen las compañías! Cualquier

mujer en esta corte sabe quiénes se encargan de esos asuntos, con cuatro halagos al eunuco de turno y algunas monedas se hacen milagros.

—¿Tú sabías entonces que yo iba a estar a tu lado, y que así lo había arreglado Andrónico porque teníamos interés… y te limitaste a seguir el juego?

—¡Claro! —repitió, y cogiéndome discretamente del brazo me dijo: ¿No deseabas conocerme mejor? Tuve una gran alegría al conocer vuestro interés… fue como si una ilusión temprana que no parecía posible se hiciera realidad.

Estaba radiante, con un corpiño ajustado, un escote abierto, bajo el cual —velado por una transparente camisa de seda— se insinuaban unos tersos y firmes senos, el pelo trenzado con perlas caía suavemente sobre sus hombros y, bajo una diadema de piedras preciosas, destacaban unos ojos profundos, oscuros e insinuantes. Sus labios gruesos esbozaban una sonrisa, cómplice del secreto que íbamos a ir descubriendo.

Nada quedaba de la ingenuidad infantil de los primeros años ni de la frivolidad juguetona del primer momento. No era el compromiso lo que nos uniría, sino el comienzo de una aventura apasionada. ¡Qué razón tenía Andrónico, no somos nosotros quienes escogemos, no nos queda más remedio que arrojarnos en brazos del destino y rendirnos ante los misterios de Venus!

Felipa, sentada a la derecha de Andrónico, no hacía más que reír y hablar con él al oído, de vez en cuando miraban en nuestra dirección y ambos sonreían. Tenía la sensación de estar vigilado… ¿Sería posible que mi propia hermana tuviera que ver con el diseño de aquel plan?

Queriendo alejarme de tantas miradas indiscretas invité a María a dar un paseo. Se alisó la falda y, con el pretexto de respirar un poco de aire fresco, nos retiramos en dirección a los jardines.

Desde las terrazas de Blaquerna se domina el Cuerno de Oro y Pegae. Los reflejos de la luna delataban las siluetas de las barcas de los pescadores, que, con sus pequeños fanales, se confundían con las débiles luces de la otra orilla.

Los cabos del Fanario y Diofanario, con sus faros, cerraban el fondo de la bahía y, a lo lejos, cerca de la entrada, se dibujaban contra el horizonte los pontones de Platea y del Drungario. Al otro lado se veía la gran torre de los genoveses, sobre la colina, señalando, como si fuera un mástil erguido, la fortaleza de Gálata.

El encanto del jardín y la magia de la noche terminaron de derribar cualquier cautela. Sentía que tenía otra experiencia entre las manos, deliciosamente voluptuosa y prohibida.

El atractivo de deshojar el secreto que yacía escondido entre los sentimientos de aquella niña —transformada repentinamente en un objeto de deseo— que se ofrecía a compartir sus fantasías conmigo, me arrebataba el sentido.

Al cabo de un instante, que me pareció interminable, comentando anécdotas sin interés —como simple preámbulo de lo que ambos sabíamos que, irremediablemente, habría de suceder— la tomé en mis brazos y comencé a besarla, primero la frente, luego las sienes, la nariz, los ojos y, en el momento que sentí en mi espalda la presión de sus manos, abriéndole los labios, me sumergí en su boca hasta casi perder el sentido.

Era tarde, el banquete se había prolongado hasta casi la medianoche y nosotros ya nos habíamos ausentado durante el tiempo suficiente como para dar lugar a comentarios.

—¡María, escucha! —le supliqué, apartando ligeramente mi cara de la suya, mientras relajaba el abrazo para poder hablar. Me miraba absorta a los labios según le iba susurrando mi deseo, entre halago y halago… ¡Mañana tengo que verte!, necesito que nos veamos en algún lugar menos público que éste… se hace tarde y debemos volver ahora, pero prométeme que harás lo posible para arreglar un encuentro lo antes posible.

Echando la cabeza atrás se aliso el pelo, se puso de nuevo la diadema y, mientras se abrochaba la camisa, ajustaba el corpiño y ponía el vestido en orden con toda la calma, me miró a la cara y, sonriendo con ironía, me dijo en una voz casi inaudible:

—¿Piensas que eres el único que quiere promesas?, mañana nos veremos y te prometo que también al día siguiente y al siguiente, hasta que ni te acuerdes que existe otra mujer más que yo… y no pienses en otra cosa que no sea estar conmigo… ¡Prepárate, Demetrio!, tengo que resarcir los sueños y el deseo de ti acumulado durante años.

No había ni un ápice de sentimentalismo, idealismo o fantasía en aquella expresión, esa época había pasado… Lo que ahora se me venía encima era una mujer absolutamente apasionada que sabía lo que quería y se precipitaba para obtener el objeto de su deseo… y ese deseo ¡Era, precisamente, yo!

—Si te parece —le sugerí— podemos vernos en el palacio de Bucoleón, que es discreto. Quedamos, si quieres, en el diakonikon de Santa Sofía, el sacristán es buen amigo mío… ¡Viene de Creta! Hay siempre tanta gente que te será fácil despistar al acompañamiento en el templo.

—No me preocupa el acompañamiento —me contestó riendo— como debías haber supuesto, eso, está arreglado de antemano. Tú tienes tu

experiencia y yo la mía, como comprenderás también me he divertido un poco en esta ciudad ¡No sólo os vais a divertir vosotros! Mis escoltas son personas discretas que me deben favores y jamás dirán nada. Son las apariencias las que debemos cuidar, no sería recomendable que nos vieran solos; mi padre es muy estricto.

¡Vi la oportunidad de dar entrada al plan de Andrónico! —si es que no estaba ya previsto después de lo de mi hermana… ¡Ya no sabía si estaba jugando yo o estaban jugando conmigo!

—¿Te parece que hable con Andrónico para que esté presente también en Bucoleón?, eso eliminaría cualquier sospecha. Al tratarse del Coemperador nadie se atreverá a insinuar nada, al menos públicamente.

—¿Qué sugieres entonces?

—Pues… si tú vinieses acompañada por alguna amiga y alrededor hubiera un par de personas más se podría entender como el pequeño grupo de amigos del Coemperador…

—¿Porqué iba a querer Andrónico prestarse a ese juego? —me preguntó pausadamente, mirándome con una expresión que no sabría decir si era de recelo o de estar enterada de todo. Apreciaba una ligera ironía en sus palabras.

—Porque Andrónico es nuestro acompañante habitual, no tendría nada de extraño…

—¡Eso ya lo sé! —me respondió con cierto tono de enfado y celos—. Pero las compañías que frecuentáis no son recomendables para una dama como yo… ¡Eso supongo que lo entenderás!

—¡No, por Dios, no…! No me malinterpretes, no estaba insinuando que te unieras a nuestras reuniones particulares… Se trataría de algo diferente…

—No sé si creeros —replicó mientras continuaba sonriendo…

¡Es posible, pensé por un momento, que no esté al tanto de todos los detalles!

—¿En quién habías pensado como acompañante? —me interrumpió.

—Por razones evidentes —descartada mi hermana— creo que tu mejor amiga es Sofía Tarchaniotes… ¡Que por cierto, Andrónico siente una gran simpatía por ella…!

—Me parece bien —asintió con gran naturalidad—. ¡Vámonos! —me urgió— que ya se están marchando los invitados, no querría ser la última en salir. Mañana te mandaré un recado.

* * *

Andrónico se puso eufórico, cuando al día siguiente le dije que ya estaba todo arreglado. A partir de ahí, la conquista de Sofía era de su exclusiva responsabilidad; yo me encontraba en las nubes, poseído por una pasión que me impedía pensar en otra cosa, como me había profetizado María.

A partir del primer encuentro en Bucoleón, no hubo para mí ni conspiraciones, ni guerras, ni paces, ni más intrigas que las de Eros. Se habían esfumado los turcos, los serbios, el Oriente y el Occidente… sólo vivía para calmar aquel fervor que me impulsaba una y otra vez a poseer a María. Cuando no estaba con ella estaba pensando en cómo sería el siguiente encuentro; éramos una pareja insaciable recuperando los años perdidos.

¡Qué razón tuvo Andrónico!, sólo una experiencia así podía borrar el recuerdo de Ana…

No tardó Andrónico en conseguir su propósito, a medida que le iba conociendo iba teniendo un mayor respeto por su instinto y su capacidad de intriga. Nos reuníamos al terminar la jornada junto a la muralla, en los jardines del palacio. Gracias a que mi madre, aprovechando la ausencia de mi padre, se había trasladado a la villa de su única hermana, María, en Damalis, pudimos montar una cobertura perfecta. Con la disculpa de la boda de Felipa, oficialmente, sus dos amigas pasaban las noches en Branchaion para hacerle compañía. ¡Mi querida hermana se destapaba como una colaboradora perfecta! La verdad es que tampoco quise averiguar lo que ella personalmente perseguía… pero no era difícil suponer que la misma discreción que nos proporcionaba también le servía a ella en Branchaion. No me escandalizaba que desease disfrutar de un poco de amor antes de contraer matrimonio con un hombre mucho mayor que ella, y al que, por el sagrado honor de la familia y la descendencia, tendría que serle absolutamente fiel. Nunca llegué a enterarme de quién fue su amante, pero tengo que agradecerle su total discreción, a la vez que un cambio en su carácter hacia una mayor dulzura y serenidad.

Al principio manteníamos una cierta distancia en la intimidad; en los jardines, después de los protocolarios saludos de cortesía, cada uno se perdía en su propio mundo. Pero, poco a poco, se fue estrechando nuestro contacto en los paseos y en las cenas, las conversaciones iban perdiendo formalidad y se alargaban. A medida que íbamos ganando intimidad, éramos testigos de lo que nos reunía en Bucoleón. Fui conociendo a María a través de los recodos del cuerpo y del alma, y a Sofía y Andrónico bajo un aspecto hasta entonces desconocido; nos fuimos acostumbrando de tal forma a esa presencia compartida que creamos un vínculo, o círculo mágico, en el que nos

movíamos de espaldas al resto del mundo. Hasta que un día, mientras contemplábamos la puesta de sol y los reflejos dorados de la tarde sobre el mar de Mármara, reclinados sobre los almohadones de aquella espléndida terraza, se rasgó de pronto el último velo que se interponía entre nosotros.

—¡María! —preguntó Sofía—. ¿Estarías dispuesta a complacerme si te pidiera un favor muy especial?

Andrónico y yo, que estábamos a su lado, nos miramos intrigados.

—Siempre que esté en mi mano, puedes contar con ello, junto con Felipa eres la amiga que más estimo… —le contesto María.

—¡Demetrio! Y ¿si te pidiera lo mismo a ti?

—Supongo que estaría dispuesto… ¿Qué os agradaría?

—Es muy simple —nos confesó— completamente seria y serena: Quisiera que aquí mismo, delante de Andrónico y de mí, os abracéis y beséis como la primera noche.

Nos quedamos un poco sorprendidos, por lo repentino de la petición y su sentido… Andrónico me miró y yo le contesté afirmativamente con un leve gesto. Llamó al criado que había detrás nuestro, junto a las columnas, y le dijo algo al oído. Al punto vimos cómo se retiraba.

—¿Puedo preguntarte, Sofía —intervino Andrónico— qué es lo que te impulsa a solicitar ese favor?

—¡Claro que os lo permito! —repuso, esbozando la sonrisa más sugerente que hasta entonces le había visto—, la curiosidad que mostráis forma parte del juego… María es una gran amiga y siempre he tenido curiosidad por ver cómo se divierte…

Nos miramos Andrónico y yo, y ambos nos percatamos de la puerta que se estaba abriendo, y aunque no era desconocida para nosotros nunca hubiéramos soñado con poder entablar tales juegos con semejantes señoras…

—¡Demetrio!, nunca dejarás de sorprenderte… —comentó Andrónico—. Creo que la petición también se dirigía a tu dama: ¿María, qué opinas?

—Que no puede ser más fácil ni más grato satisfacer tales deseos, pero ¡con una condición! —les contestó riendo María.

—Dime —repuso Andrónico.

—Que cuando hayamos terminado pueda experimentar el placer de veros hacer lo mismo, aquí y ahora…

—¡Conforme!, adelante, respondió…

Tomé entre mis manos la cabeza de María hasta que sus labios se cruzaron con mi boca, su lengua me penetró como un puñal de fuego y mis dedos se perdieron entre su pelo negro, soltando la cinta que lo apresaba,

mientras la espléndida melena se esparcía por sus hombros llegando hasta su talle.

¡La oía respirar con tal intensidad!, mientras sus manos recorrían mi espalda, arañando el terciopelo del chaleco, que no escuchaba ni mis propios latidos. La camisa se abrió mostrando dos senos firmes y turgentes, que acariciaban mi pecho con la suavidad del plumón del cisne…

Después de la pasión y empuje de aquel encuentro, nos dejamos caer sobre los almohadones, casi desnudos, lánguidos, sin vergüenza alguna ante ellos, y curiosos a la vez, provocándoles con la mirada a que cumplieran su parte del trato… se había roto toda frialdad entre nosotros…

Vimos cómo apenas habían podido contenerse, Sofía se había quitado el corpiño y la camisa, mostrándose ante nosotros cual una estatua espléndida y temblorosa en toda la abundancia de sus formas. Andrónico buscaba entre aquellos pechos el dulzor del cuerpo de la amante mientras se iba irguiendo hasta su rostro; ambos se contrajeron en un profundo beso, a la vez que las ropas de él se deslizaron sobre el piso de mármol y se perdieron sobre una alfombra multicolor. Quedaron abrazados sobre el diván en actitud displicente en una atmósfera cargada de sensualidad.

Nos quedamos observando nuestros cuerpos desnudos durante largo rato con una curiosidad llena de amor; en el aire se respiraba el gozo de la contemplación inocente, de esos secretos que guardamos desde nuestra infancia sólo para los elegidos. Sofía tenía razón, nada había más hermoso que desvelar esa vergüenza arcana. Fueron unos instantes que parecían eternos, habíamos dado el paso y no había retorno.

Andrónico empezó riéndose en una explosión de júbilo contenido, y tomando a Sofía por el brazo me indicó con un gesto que no necesitaba explicaciones lo que todos estábamos aguardando; nos levantamos y, sin mediar más palabras, ante nosotros se abrió la cámara secreta nupcial de Bucoleón…

Fue una noche infinita, sin límites, sin testigos, los cuatro solos frente a nuestra desnudez, la pasión y el mundo. Desde esa noche todo fue diferente. El secreto que poseímos había que cuidarlo con la mayor delicadeza, no todos podían entender una situación así, en el futuro cada uno seguiría por el camino que le hubiere tocado en la vida, pero aquella amistad, aquel secreto sería solo de los cuatro…

Después de aquella noche hubo muchas más, nos habíamos hecho adictos a compartir la visión del amor ajeno como fuente del propio, nunca confundimos el exquisito placer del segundo paso del amor udrí con la vulgar

promiscuidad. La influencia oriental se hacía patente en Bizancio incluso en la intimidad de las alcobas. Llegamos al límite, un día Andrónico conoció a María y yo a Sofía, y, a partir de entonces, ya fue imposible no añadir al juego la sensación límite de entrega: compartir el éxtasis de contemplar a nuestras amantes disfrutar en nuestra presencia mientras nos entregábamos a la posesión del amor ajeno. No había palabras para describir lo que supuso aquel verano en Bucoleón, fue como conducir una cuadriga por el cielo, en la que todos éramos conductores y pura sangres a la vez, viajando a mundos de fantasía, fuera de las cartas… hasta que, desgraciadamente, como ocurre con casi todo lo ideal, hubo algo que nos vino a despertar de aquel sueño y nos hizo volver a la realidad.

IX
EXTRAÑAS ALIANZAS

¡La situación en Tesalia es crítica! —nos anunció Andrónico—: Ha muerto el Sebastocrátor Juan II, y el Emperador ha reclamado la herencia de ese territorio, al ser un feudo imperial. Mi padre, el Coemperador Miguel IX, se dirige a Tesalónica… ¡Demetrio!, tu padre ya está allí…

He recibido carta de Juan Catacuceno con noticias poco halagüeñas: el poderoso clan de los Melisenos no acata la autoridad imperial y están dispuestos a ir a la guerra para sostener sus derechos. Me asegura que Tracia y el norte, gracias a la intervención de Sirgiano y suya, están bajo control, pero teme por el sur y Tesalónica.

Los albaneses están ocupando y asentándose en grandes zonas del territorio, Neopatria ha caído en poder de los catalanes del Ducado de Atenas y los venecianos, aprovechando el revuelo, se han apoderado del puerto de Pteleon.

—¿Entonces, estamos condenados a perder Tesalia? —interrumpió Juan Zinziluces…

—Todavía controlamos Tesalónica y el norte. La situación es casi desesperada. Juan necesita urgentemente refuerzos, por eso os he convocado… El Hipersebastos Alejo debe estar atado de pies y manos, sin dinero y sin tropas para imponer la autoridad imperial. La marcha de mi padre, el Coemperador Miguel, sólo complicará las cosas, no tengo por qué fingir ante vosotros: ¡No tiene cabeza…!

Todos deben reunirse bajo el estandarte imperial, dada la gravedad de la amenaza; hay que respaldar al Logoteta, aunque no me fíe de sus intenciones.

Si los aristócratas desconfían de nuestros motivos no me importa que le den el mando sobre los mercenarios a Cantacuceno. ¡No se puede perder Tesalónica!

—¿Qué haría falta? —preguntó Nicéforo Grégoras.

—¡Oro! —repitió Andrónico— se necesita oro para contratar a mercenarios. No podemos enviar soldados bizantinos, desguarneciendo nuestra frontera del este que está en peores condiciones todavía.

Hay que reclutar unos mil hombres y diez galeras en el sur de Anatolia, en Iconium. ¿Tenéis alguna otra sugerencia?

—Lo primero —añadí yo— es pedirle a Miguel Tarchaniotes que convoque a los suyos y les solicite, en nombre del Emperador, una contribución para la campaña de Grecia…

Al decirlo miré a Andrónico y vi que estaba pensando lo mismo que yo… suponía meter la mano en la boca del lobo, ya que si llegaban a sospechar algo era la oportunidad que necesitaban para eliminarnos.

—¡Será una contribución voluntaria, no un tributo! —apuntó Andrónico—. ¡Un impuesto les soliviantaría!

—Del reclutamiento de los mercenarios me encargaré yo —dije—. Hablaré con Malik y con un viejo amigo de mi padre en Candía que se llama Beyazid y tiene relaciones en Atalia.

El pago lo haremos a través de los Morani. Juan tendrá su pequeño ejército…

—¿Alguien tiene algo que añadir? —preguntó Andrónico, antes de continuar… Hoy hablaré con Miguel Tarchaniotes para que convoque al consejo. Quiero que estén presentes todos los aristócratas que estén en Constantinopla, Argiros, Focas, Curcúas, Lascaris, Ducas, Botaniatés, Cantacucenos… en fin, todos. Si mi abuelo Andrónico II pone algún reparo por considerar que nos ponemos en manos de la facción aristocrática, le convenceré de que no tenemos otro remedio, salvo que esté dispuesto a perder todo el norte de Grecia.

Andrónico siempre me sorprendía, daba la impresión de que siempre iba una jugada por delante, ya me lo habían avisado mi padre y León: «… Los Paleólogos son unos hábiles jugadores, lo llevan en la sangre, lo heredan de su bisabuelo Miguel».

* * *

Atravesando el foro de Augusto, camino del bazar de Malik, y viendo Santa Sofía al frente, sentí como un destello la grandeza que tuvo este pueblo que ahora se veía reducido a polvo. Era humillante tener que pedirle prestado a tus propios senadores y contratar mercenarios turcos para proteger la segunda ciudad del Imperio contra un grupo de terratenientes bizantinos renegados.

Cuando llegué a la tienda me encontré a Malik sentado al fondo, sobre una preciosa alfombra que, según él, se la había regalado el heredero del Sha Ismail. Delante había una gran mesa de bronce repujado sobre la que se

apilaban infinidad de papeles, albaranes y facturas entre las que buceaba con sus pequeños y redondos dedos y, milagrosamente, parecía encontrar siempre lo que buscaba.

—¡Querido Demetrio!, qué agradable sorpresa…

—Tengo que hablar contigo Malik. ¿Podemos hacerlo aquí?

—¡Hijo, nunca aprenderás!, el mejor lugar para hablar de algo de lo que quieres que se entere todo el mundo es una habitación cerrada. Aquí, sin embargo, nadie sospecharía nada, basta con hablar bajo y discretamente. ¡Además te vigilan! No hay que dar motivos para que piensen que me tienes que decir algo tan importante…

—¿Cómo sabes tú que me vigilan?

—Porque yo mismo te he hecho vigilar, por tu propia seguridad… —me contestó sin inmutarse.

—¡Malik, eres asombroso! —le espeté, haciendo todos los aspavientos que reclama la sorpresa oriental—. No sé si darte las gracias o enfadarme contigo…

—¡Habla más bajo querido Demetrio!, mis informes apuntan a varias conjuras y casi todas, sin tenerte por blanco, te pasan muy cerca… ¡Además, desde que os dedicáis a cortejar damas de alta alcurnia! ¡Cuántas veces te habré dicho que eso es peligroso!, que lo menos que te puede ocurrir es despertar la envidia o el resentimiento de alguien poderoso… y los poderosos son peligrosos —mortales, te diría—. ¿Es que no te bastaba con la habilidad y el cariño de unas amigas tan recomendables como con las que te divertías hasta ahora? ¡Una locura, eso es lo que es, una locura! No entiendo a los cristianos, lo confundís todo…

—¿También sabes eso? —le volví a interrumpir, asombrado por su red de información.

—¡Pues claro, mal espía sería si no descubriera una cosa tan sencilla como ésa! —me miró con suficiencia.

—¿Entonces eres espía? —le dije riéndome.

—¡Tú comprendes a este pobre servidor, no juegues con palabras que colocas en su boca…! —protestó.

—¡Malik, basta ya de rodeos, dime lo que sabes! —le ordené.

—Afortunadamente más que aquellos cuyos dineros necesitáis en este momento…

—¿También espías a Andrónico?

—¡Pues claro, hijo!, ¿crees que los trabajos se hacen a medias? Llevo tiempo intentando encontrar la pista del asesinato de Teodoro y de León. Hay

muchos sospechosos, pero cada vez que parece que estoy llegando a algo interesante los hechos se difuminan y sólo queda una pista falsa…

—¿Has sospechado de Andrónico para hacerlo vigilar? —le pregunté alarmado.

—Dentro de la trama aparecen todos, pero creo que puedes estar tranquilo —me tranquilizó—. Aunque es necesario vigilarle, por su propio interés, y más ahora que os habéis convertido en íntimos compañeros de alcoba… ¡Compartir amantes aristócratas! ¡A quién se le ocurre, sólo os traerá problemas!

Aquellas palabras del genial Malik habrían de convertirse en proféticas… Pero qué podíamos saber nosotros entonces, unos jóvenes ambos, arrastrados por la pasión. Nos acomodamos mejor mientras los criados nos trajeron una jarra de vino fresco.

—¡Dime lo que sabes!

—He de contarte primero lo que a mis curiosos oídos ha llegado sobre el atentado de Alejo, tu padre, y la desgraciada muerte de León… Son muchas las coincidencias como para rechazar la idea de que Irene, la Emperatriz, ha mantenido conversaciones con el Logoteta… ¿Por qué, te preguntarás? El uno incondicional del «Nobilisimus», guardián inconmovible de su sucesión, y la otra deseando arrebatar la púrpura para dividir Bizancio entre sus hijos…

—¡También lo habíamos pensado! —le interrumpí— pero descartamos la idea.

—¿No habéis considerado que —aunque no coincidan en lo que a la voluntad del Basileos se refiera— podrían intercambiarse favores? —me sugirió con mucho misterio.

—¡Explícate! —le rogué—. ¿Qué insinúas?

—¡Demetrio! Tengo pruebas de que agentes del Logoteta han visitado Tesalónica con correo para la Emperatriz… También las tengo de la Emperatriz a Metoquita. ¡No me preguntes cómo las he obtenido!, pero créeme, son fidedignas. ¿Nunca te has preguntado cómo pudieron envenenar a Miguel Cantacuceno en Grecia? ¿De quién era enemigo Miguel…?

—De Metoquita —repuse sin dudarlo—, como jefe de la facción aristocrática era su mayor adversario en la lucha por el control de la voluntad del Basileos…

—Sin embargo, a Irene le era indiferente —continuó Malik con su razonamiento—. Pero… ¿Quién tiene amistades en Corón o Modon para contratar a unos esbirros que se infiltren en Mystra, asesinen a Miguel y

luego, para no ser descubiertos, vuelvan a refugiarse en las colonias de la Serenísima, en Morea?

—¿Qué servicio le pediría a cambio Irene a Metoquita? —detuve a Malik en su razonamiento.

—¡Neutralizar la influencia del entonces, todavía no designado, Coemperador Andrónico III!, dejar vía libre a un acuerdo que favoreciera a sus hijos…

—¿Y Alejo, por qué mi padre, Alejo? —le pregunté.

—Era el hombre del Basileos que en Venecia y Génova podía poner freno a sus ambiciones —continuó sin titubear—. Su influencia hubiera sido suficiente para que los italianos le retiraran el apoyo y respetaran el orden sucesorio de Andrónico II.

—Interesante deducción —pensé en voz alta—, pero no creo que eso pudiera probarse; además ¿quién odia tanto en Constantinopla a Andrónico III y a mi padre como para arriesgar su vida? Porque lo que es obvio es que a la Emperatriz desde Tesalónica le resultaba difícil.

—¡Te equivocas! ¡Su propio hermano Manuel…! —me repuso todo ufano por su conclusión.

—¿Tienes de verdad confianza en esos testimonios? ¿No habrán querido desorientarte? —le pregunté todavía incrédulo—. De confirmarse, es muy grave lo que afirmas… podría ser la guerra.

—Sí —me contestó sin asomo de duda— tengo escritos y la palabra de personas que intervinieron los correos… No puedo revelarlo porque sus vidas no durarían ni una hora… Hay personas muy encumbradas en esta conjura.

—¡Lo que significa que no podemos hacer nada! —añadí decepcionado— debemos continuar disimulando… ¡Ahora ocupémonos de Grecia! Necesitamos que nos ayudes. ¿Qué sabes de los problemas en Tesalia?

—Sé que la situación en Grecia es delicada, que las facciones partidarias de los Melisenos se oponen abiertamente al Emperador y que el Ducado de Atenas y Venecia os han conseguido arrebatar algunas plazas…

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—Los comerciantes lo sabemos todo… Para ser más concreto, fue mi buen amigo Jacob quien me informó.

—¿Cómo se enteró él? Se suponía que eran noticias confidenciales y resulta que las dos primeras personas con quien habló están enteradas.

—Sus hermanos le informan. Demetrio, los que carecemos de poder utilizamos las relaciones y la astucia para protegernos. Son muchos siglos ejerciendo el mismo oficio, de padres a hijos; se llega a desarrollar un instinto

especial que nos señala hacia dónde hay que mirar y, a partir de ahí, tirar del ovillo es fácil… casi siempre.

—¿Lo saben todos los mercaderes? —continué preguntándole, queriendo averiguar hasta dónde llegaba la noticia…

—¡No… con exactitud, muy pocos!, pero los suficientes como para poder haceros llegar una opinión, si es eso lo que queréis…

—¡Adelante… cuéntame tu versión!

—A nadie le interesa un régimen aristocrático en Tesalónica. Sería funesto para el comercio…, por tanto, podéis contar con toda la ayuda económica que necesitéis. A cambio, cuando todo acabe, sólo esperamos que os acordéis de aquellos que sacrificaron por vuestra causa su tranquilidad y su oro…

—¿Conoces a un correligionario tuyo que se llama Beyazid y que vive en Candía? —le interrumpí.

—He oído hablar de él, me sería fácil contactarle, si es lo que me preguntáis.

—Es conocido de mi padre, confiamos en él. Queremos que negociéis un precio para reclutar a unos mil hombres y unas galeras…

—No es difícil. ¿Quién garantiza el pago?

—De cara a ellos serían los Dragas, a éstos les tendríamos que abonar en sus cuentas de Candía, Constantinopla o Venecia.

Andrónico III intentará conseguir dinero entre los terratenientes de la capital… Si los mercaderes decidís contribuir. ¡Podéis contar con nuestro agradecimiento, os lo prometo! Conoces la generosidad de Andrónico.

—Contad con ello, iré a negociar personalmente con Beyazid, luego iremos a Italia. Reclutaremos montañeses, como tropa de a pie, y hombres de la costa para llevar las galeras.

—No hagas nada todavía, necesitamos el consentimiento del Senado que se reúne hoy, no creo que Andrónico III aceptase ir adelante sólo con la contribución de vuestros gremios, por un problema de deferencia a las familias.

* * *

Todo salió como estaba previsto, en cuanto llegaron los refuerzos al continente Cantacuceno pudo desplazar sus tropas desde Tracia y liberar Tesalónica. Los Melisenos no ofrecieron resistencia, se limitaron a retirarse a sus dominios, aunque no fue posible reducirlos completamente, puesto que

los mercenarios tenían que volver. Juan no disponía de suficientes tropas para mandarlas en su persecución al interior de Tesalia, dejando desguarnecida Tracia frente a los búlgaros.

Con los catalanes llegamos a un acuerdo, por el cual nos comprometíamos a respetar las fronteras que, a fin de cuentas, no era más que la consagración de su conquista y la anexión al Ducado de Atenas de una parte del sur de la Tesaba. Venecia ya se había atrincherado en Pteleon con la excusa de que tenían que proteger sus rutas marítimas entre Negroponte y el continente…

Las mejores noticias fueron la vuelta de mi padre y la próxima boda de Felipa. Después de tanta agitación volvió a reinar la tranquilidad, tras aquella crisis en que pareció que un conflicto fratricida iba a devastar el viejo solar de Bizancio.

Mi padre, sin embargo, seguía inquieto, sabía que la sublevación de los Melisenos, tras la muerte del Sebastocrátor Juan, no era más que el comienzo de un problema más grave que seguía sin resolverse… Con esa opinión coincidía Malik, que estaba boyante tras su «heroica» intervención para salvar Tesalónica. Decía:

—¡Demetrio, finge que estás contento y tranquilo!, que piensen que te conformas y das por buenas todas las apariencias ¡No bajes nunca la guardia!

Ciertamente Malik tenía razón, no transcurría una estación sin que tuviéramos noticias de algún hecho desgraciado.

Las conspiraciones eran cada vez más osadas y más próximas. Una mañana, mi padre entró precipitadamente en la sala y exclamó:

—¡Escuchad!, acabo de recibir una nota de mis agentes en Tesalónica…

Todos nos sobresaltamos, pensando que las cosas habían vuelto a complicarse.

—No, no es sobre Tesalónica… ¡Tranquilizaos…! Me informan de que en el Epiro, el Déspota Tomás ha sido asesinado. El ejecutor parece que fue su propio sobrino, Nicolás Orsini de Cefalonia. Para asegurarse el poder se ha casado con la mujer de su víctima, Ana, que es hija de Miguel IX y hermana de Andrónico III. Creo que se ha convertido a la Ortodoxia, pero sólo por el odio que siente hacia los angevinos. No ha dudado en emplear el asesinato para llegar al poder y, como remate, se atreve a querer legitimar la situación ¡Casándose con la viuda!

Ha solicitado el amparo del Emperador, lo que supone, al menos en teoría, que el Epiro y gran parte del Peloponeso vuelven a nuestra soberanía…

Tanto Andrónico III como Niceforo Grégoras no excluían que la mano del Gran Logoteta pudiera estar detrás de aquel asesinato.

De lo que estábamos seguros es de que a Juan Cantacuceno no le iba a gustar… Aunque en bandos contrarios, el hecho le recordaría demasiado la muerte de su padre, Miguel, en Mystra, y no dejaría de atar cabos sobre el inductor de ambas.

* * *

Me había acostumbrado a que las aves me marcaran las estaciones. Una tarde, contemplando el mar desde Kinegion, vi cómo una bandada de ánades bajaban por el Bósforo y se dirigían hacia el Mármara, y le dije a Constantino:

—Mira, ya se nos echa encima el otoño, antes de nada, otra Pascua. Cuando no queden hojas en los árboles del jardín, tendremos que ir pensando en el nuevo año…

Transcurrió el invierno sin mayores sobresaltos; en nuestra familia era el año de la boda, y todos no hacían más que ir de un lado para otro haciendo los preparativos.

María se pasaba el día con su madre, en Selimbria. Desde la amenaza de movilización, la madre se había vuelto muy temerosa recordando los levantamientos y horrores del pasado.

Pero a pesar de la falta de tiempo, conseguíamos reunimos con bastante frecuencia. Utilizábamos lugares diferentes para citarnos.

Andrónico III iba acumulando un poder de hecho que empezaba a resultar peligroso por los recelos que despertaba entre algunos senadores. Nos dimos cuenta de que se estaban formando facciones en torno a los distintos coemperadores, y no podíamos confiar en la burocracia de palacio, ya que con Metoquita nunca se estaba del todo seguro. La mayoría de los que apoyábamos a Andrónico III pertenecíamos a la nueva generación, lo que provocaba entre los veteranos un gran recelo y hacía que la tensión se hiciera cada día más evidente.

* * *

Hay personas que, a pesar de convivir con ellas muchos años, siguen siendo unos extraños, mientras que otras, que nos eran totalmente desconocidas, se apoderan de nuestra confianza y conquistan nuestro afecto desde el primer día.

Una de esas personas fue Jorge Antiocheno, futuro consorte de mi querida hermana Felipa. Llegó como un rayo de luz en medio de un aguacero

primaveral, cargado de equipaje y regalos para todos. Recuerdo su llegada a Branchaion, los porteros nos avisaron de que había un grupo de extranjeros que preguntaban por el noble Alejo. Bajé yo primero, nunca se me podrá olvidar aquel hombre enorme, completamente empapado, riéndose de su propio aspecto con sus acompañantes.

En cuanto me vio, echó el cuerpo atrás y dijo: ¡Por lo que me describieron tus primos, tú debes ser Demetrio… el gran cazador! Tenía una sonrisa franca que ocupaba todo el portal.

¡Era él —pensé— no le esperábamos tan pronto y no teníamos nada preparado! Mi madre iba a llevarse un tremendo sofoco, aunque presentía que no íbamos a tener ningún problema de protocolo con aquel hombre…

—¿Jorge Antiocheno? —pregunté para cerciorarme.

—¡El mismo! —me contestó—. Me he adelantado un poco ¡Los vientos han sido muy favorables! No tuvimos que hacer escala en Quios. ¡Es un magnífico augurio!

—¡Sé bienvenido! —le dije—, y sin saber exactamente por qué, me uní a sus risas al verle en aquel estado…

¡Venid conmigo!, ordenaré que os preparen un baño caliente. Cuando os hayáis repuesto, iremos a ver a mi padre. ¿Cuántos acompañantes vienen con vos?

—Veinte… Hemos venido en una de nuestras galeras, conmigo sólo se quedarán dos parientes, que os presentaré, y mis guardias personales, el resto permanecerá en el puerto.

—¡Alfonso, Pedro, acercaos! —llamó a sus acompañantes—. ¡Os presento a Demetrio, el hermano de Felipa!

Alfonso Zacearía venía en representación del resto de la familia siciliana de Jorge. Pedro Enríquez era un joven apuesto, perteneciente a la familia del Virrey aragonés de Palermo y primo del famoso Berenguer de Entenza.

Jorge, a los dos días de estar en Constantinopla, se había ganado la simpatía de todo el mundo, Andrónico incluido.

Era difícil resistirse al atractivo de aquel hombre, tan grande, siempre bromeando, que se portaba como un niño grande. A Malik, a cuyo almacén le llevé para que completara su vestuario, lo conquistó el primer día. Estaba encantado con esta nueva amistad que iba a ganar gracias a nosotros. Inmediatamente simpatizó con Zacearía, y así fue como comenzó el que habría de ser su emporio en Palermo.

Mi hermana era muy feliz, siempre había tenido mucho miedo a las bodas concertadas por la familia, pero Jorge la conquistó inmediatamente, como al

resto de nosotros.

La boda fue todo un acontecimiento, la presentación en el monasterio de San Jorge, la ceremonia en Santa Sofía y el banquete en el mismísimo palacio de Mangana. El ágape público se prolongó por espacio de dos días, y mientras duró la fiesta, para no faltar a la caridad —o para hacernos perdonar el pecado de exceso—, mi padre ordenó que se repartiera comida y bebida en todos los orfanatos y hospicios de la ciudad. Hacía muchos años que no se veía en Constantinopla un acontecimiento tan festivo.

Hubo algo que me emocionó, y fue descubrir, al igual que mi futuro cuñado, que en medio de todas las miserias de aquella urbe el apellido de mi padre seguía siendo respetado y querido…

X
EL AÑO NUEVO

—¡Deteneos! —grité— mientras corría desesperadamente hacía la escalinatas…

Dos hombres yacían muertos a los pies de María… Veía con rabia e impotencia cómo intentaba apartarse de las estocadas de unos encapuchados, protegida por su fiel Ambrosio…

—¡Aguantad, por Dios, resistid…! —les gritaba desesperadamente—. ¡Ambrosio! ¡María…!

El viejo criado conseguía parar algunos golpes con su espada, pero la mayoría los desviaba con su propio cuerpo. María empuñaba una daga con la que intentaba, apoyada en una de las columnas, evitar que les atacasen por detrás… Era inútil, eran más de diez hombres armados.

Entonces vi que por el callejón acudía Andrónico con su escolta…

—¡Id por detrás…! —les grité, mientras seguía corriendo—. El tiempo que tardé desde San Lázaro al Salvador me pareció una eternidad…

—¡No, no, no, no puede ser!, esto es una pesadilla… —me repetía a mí mismo—. ¿Quién, Dios mío? ¿Por qué…? Las preguntas me golpeaban la frente sin el consuelo de conseguir despertarme…

Llegué a tiempo de recogerla en brazos… pero ya era demasiado tarde, se había sostenido en pie gracias a la columna…

—¡María, háblame, di algo!, te quiero… aguanta… te juro… ¡Espera!, no, ahora no… no te vayas…

Quiero pensar que me dedicó su última sonrisa cuando su cabeza se deslizó entre mis brazos.

Estaba completamente enajenado —ebrio de venganza—. Empuñé la espada y me lancé en persecución de aquellos asesinos que encarnaban para mí a los de Teodoro, León e, incluso, a los de Miguel… y a todos los asesinos del mundo ¡Porque eran cobardes y rastreros!

La huida no la tenían fácil, al cerrarles la escolta de Andrónico el paso en dirección a la muralla y al mar, no tuvieron más alternativa que pasar por el foro de Augusto y la plaza de Santa Sofía.

—¡Pronto! —ordené a mis hombres—. ¡Los ballesteros a las escalinatas del hipódromo! ¡Constantino, Miguel, enseguida, cerradles la entrada a Santa Sofía! Quiero evitar que se refugien en el templo. ¡No pienso respetar el lugar sagrado! Lo digo ahora para que luego no haya dudas, si consiguiesen entrar… ¡Los degüello dentro!

¡Íbamos, por fin, a vernos las caras! Después de tantas intrigas desde Creta hasta aquí… Sin embargo, seguía sin explicármelo. ¿Por qué María?

—¡Marcel, Phillipe!, tomad a los akrites y cubrid el área del antiguo muro a nuestra izquierda. ¡Robert, Arnaud!, venid con los turcos y acompañadme.

La ira me dominaba, quería que fuesen los extranjeros los que viniesen conmigo por si alguien vacilaba ante la personalidad de los asaltantes… Era posible que nos encontrásemos con cualquier alto personaje. Al llegar al foro ya les habíamos acorralado, les teníamos muy cerca; su primer error fue dirigirse al hipódromo.

Los trentinos no suelen fallar a esas distancias: sonaron dos ballestas y los dardos encontraron su blanco. Dos hombres, que intentaban huir por las escaleras, se vieron frenados de golpe, cayeron de bruces, con la garganta atravesada; a otros dos no les dieron ni la oportunidad de volverse, las flechas les entraron por debajo del brazo y quedaron tendidos, muertos en el acto.

Los restantes, aterrorizados, intentaron huir hacia la muralla sólo para encontrarse con las romfayas de los akrites, que les segaron la cabeza en cuanto entraron en la sombra. Otros dos intentaron entrar en Santa Sofía, pero las jabalinas de Constantino y Miguel los dejaron pegados a las puertas… quedaron de pie, rígidos como estatuas.

Los que teníamos al frente, dándose cuenta que no había huida posible, retrocedieron para encontrarse directamente conmigo. Se jugaron el todo por el todo y perdieron.

Debieron pensar, como acertadamente había previsto, que nadie se atrevería a matar a un nieto del Emperador Andrónico II, hijo del Coemperador Miguel IX y hermano del otro Coemperador Andrónico III. El «Nobilisimus» Manuel… Cometió un error más: mirarnos con arrogancia y disgusto.

Robert dio un paso al frente y yo ordené a los turcos que les cerraran el paso… En cuanto se dieron cuenta de quiénes les tenían rodeados se pusieron pálidos. Creo que por primera vez se dieron cuenta de que se habían jugado la vida… ¡Ni lo sospechaban! Eran tan despreciables que debieron pensar que tenían el privilegio de hacer lo que les viniera en gana y que nada les podría ocurrir. Esa idea terminó de perderles…

Manuel, como recurso final, intentó defenderse. ¡Era ridículo!, le asesté una estocada entre el pecho y el cuello como concesión graciosa, para que no sufriese. Hubiera podido hacer lo mismo que los turcos, primero segarles los brazos y, luego, los pies para poder decapitarles después cómodamente.

Cuando llegó Andrónico se quedó contemplando el cadáver de su hermano, mientras yo, discretamente, me mantuve apartado…

—¡Tapadlos con unas capas! —ordenó a sus hombres—. ¡Vosotros! —dijo dirigiéndose a los akrites—. ¡Id al cuartel del Eparca! y decidle que envíen unos carromatos para recoger todos los cadáveres. A Manuel llevadle a palacio, que preparen un entierro discreto… A sus amigos, enterradlos con el resto de los mercenarios, fuera de las murallas ¡Hacedles desaparecer! ¡Demetrio, vámonos de aquí! —me dijo nervioso.

Sofía, que estaba entre los acompañantes de Andrónico, no pudo evitar presenciarlo todo, estaba conmocionada, apenas se podía sostener apoyada en el brazo de su criado…

—He mandado que lleven el cadáver de María y los de su gente a Selimbria… —nos dijo—. Nadie debe saber que fue asesinada mientras nos esperaba, todos deben pensar que la asaltaron unos ladrones a la salida de San Lázaro.

La copa se había quebrado, los que tuvimos la dicha de conocer la paz descubríamos de pronto, en el horizonte, las señales de una estación desconocida que no venía precedida por cigüeñas ni golondrinas. Las señales presagiaban la venida de los buitres y de los negros cuervos, las estrellas no nos marcaban ya la senda y los arúspices resucitaban, anunciando el fin de una era, mientras nosotros seguíamos jugando entre los muros de aquella ciudad.

—¡Escuchad! —nos empezó a decir Andrónico en cuanto estuvimos a solas en una de las dependencias de Mangana—. La muerte de María ha sido una equivocación, estoy seguro de que el golpe iba dirigido contra Sofía y contra mí, indirectamente.

—¿Quieres decir que confundieron a María con Sofía?

—Sí —continuó Andrónico—. Lo sorprendente es que un pusilánime como Manuel se haya atrevido a ir tan lejos. Pensaría que eliminando a Sofía me hacía daño a mí. Era su desquite por privarle de una mujer que, en su fantasía, creía suya. ¡Todo el mundo sabe que él hubiera sido incapaz de dar un paso por conquistarla!

—Al llegar antes María —añadí—, en la oscuridad del soportal, la confundieron con Sofía, y cuando se dieron cuenta de su error ya era

demasiado tarde…

—¡Así es, Demetrio!, todo encaja, pero lo que yo no creo es que ese paso lo diera mi hermano solo. ¡Alguien le tuvo que empujar!, alguien con interés en destruirme a mí y, de paso, a mi familia.

Mi hermano no fue más que el pobre ejecutor de un plan muy bien tramado. Es, sin duda, una conjura de mayor alcance… María, desgraciadamente, ha pagado con su vida.

—¡No podré borrarlo jamás de mi mente! —se lamentó Sofía sin poder contener el llanto…

—Tranquila, querida Sofía… Debemos estar muy unidos en estos momentos —la intenté consolar—, tú no tienes culpa alguna.

¡Cuánta razón tenía Malik cuando decía que tener relaciones con gente poderosa es peligroso!

—El plan les ha fallado —continuó Andrónico—, pero a pesar de ello van a conseguir lo que no podrían ni haber soñado hace un año… Mañana toda la ciudad sabrá que mi hermano ha muerto a manos de una partida de hombres a mis órdenes al haberse cruzado en mi camino por culpa de una aventura amorosa. Lo de menos es con quién, mis enemigos insistirán en que esto es una prueba más de mi vida desordenada. A mi hermano le ensalzarán como si hubiera sido un hombre prudente, víctima del monstruo lascivo de su hermano…

—¡Pero eso no es cierto! —le interrumpí—. ¡Fueron mis hombres y no los tuyos! ¡Fui yo, no tú quien dio la orden y la ejecutó!

—Gracias, Demetrio —me calmó Andrónico—, pero dará igual lo que digas, a quien quieren destruir es a mí… Sofía, María, o tú no les interesáis. No les resultaría difícil argumentar que en una partida en la que va un Coemperador el responsable de todo lo que ocurra es él mismo. No te olvides que hace un tiempo me robaron la caja de los sellos, con lo que les resultará muy fácil falsificar cualquier documento para justificarse ante un magistrado corrupto… ¡Ahora encaja aquel robo, no estaba tan equivocado…!

Tú, Demetrio, serías juzgado y condenado sin remedio y tu muerte habría sido inútil… ¡Hay que actuar con inteligencia!, el mal está hecho y los acontecimientos que siguen, irremediablemente, nos arrastrarán.

No se atreverán a eliminarme, y lo peor va a ser la reacción de mi abuelo, con el que, por desgracia, últimamente, no me llevo bien. Metoquita intentará enredar la herencia. Mi padre, Miguel, puede ser temible si se lo propone, es capaz de las mayores traiciones en su locura, pero ahora está en Tesalónica.

Entonces, Andrónico se volvió hacia Sofía, que no dejaba de llorar, y le suplicó con lágrimas en los ojos:

—¡Por tu bien, Sofía, vete de Constantinopla! Habla con tu padre y concierta definitivamente esa alianza con Argyros en el Peloponeso, lo mejor es que te vayas a Mystra o Monemvasia ¡Te querré toda mi vida, pero te quiero viva! No te lo pienses dos veces, te lo ruego. Si sospechan lo más mínimo, incluidos los esbirros de Metoquita, aquí, en la capital, eres mujer muerta.

¡Demetrio, tú también!, habla con tu padre ¡aléjate de Constantinopla!, te creerá, es un hombre justo, cuento con él para encontrar una solución a esta nueva desgracia que se nos viene encima. Si te quedaras le comprometerías y arriesgarías tu vida inútilmente. ¡Alguien intentará, aprovechando el desorden, privarme de mis derechos!, y eso supondría la guerra civil…

—¡Pero tú, Andrónico, también corres peligro! ¿Por qué no abandonas la ciudad con nosotros…? —le supliqué.

—Sería tanto como renunciar a mis aspiraciones y darle la razón a mis enemigos —me respondió con determinación—, yo no me juego la vida, os lo prometo… Hace dos días tomé la precaución de redactar una carta —que va ya camino de su destino— cerrando el compromiso matrimonial con Ana de Saboya. ¡Que es tanto como estar casados! Nadie se atrevería a desafiar a los latinos en estos momentos…

—¡Debí imaginarme que algo estabas tramando!, no es que seas un buen jugador de ajedrez, es que pareces adivino… —exclamé en medio de la desgracia.

Antes de partir le rogué a Andrónico, con un pie ya en el estribo, que me aclarase una duda terrible que me torturaba:

—¿Insistes en que este asesinato se relaciona con la muerte de León?

—Eso dije, es verdad. León no era su víctima, su muerte fue tan accidental como la de Teodoro. La desgracia de León fue que, en su búsqueda, llegó demasiado lejos. ¡La víctima era tu padre, Demetrio!, el Hipersebastos Alejo, el hombre que podía convencer a los latinos para que no apoyaran una maniobra para desmembrar Bizancio.

Creo que detrás de todo se esconde la misma persona, y esa persona no era Manuel, él no fue más que un peón. La mano que teje el tapiz está muy alta y dispone de colaboradores…

—¿Quién?, pregunté desesperado…

—Tu padre debe intuirlo, al igual que yo, pero sería arriesgado incluso insinuarlo.

—¡Dímelo, por favor, antes de irme! —le supliqué.

—¿No lo has adivinado todavía?

—¡Lo supongo, pero necesito que tú me lo confirmes!

—Irene… con el apoyo del Logoteta… A cambio de la vida de Miguel Cantacuceno para derrocarme a mí.

Una vez más, Malik tenía razón, el astuto y voluntarioso mercader conocía los entresijos del poder con la perfección del propio Emperador de Bizancio.

—¡Gracias, Andrónico! —me despedí con un abrazo—. No tardaremos en vernos de nuevo…

* * *

Al llegar a Branchaion encontré a mi padre despierto, solía quedarse en vela muchas noches, escudriñando viejos manuscritos pertenecientes a la familia Angel por los que sentía una gran afición. No tardé en ponerle al corriente de lo que había sucedido. Se quedó pensativo, respiró profundamente, como tomando fuerzas, y me dijo con voz grave:

—Creo que Andrónico tiene razón… debes alejarte de Constantinopla cuanto antes. Irás a Nicea durante unos meses, te instalarás en la casa que tenemos allí con la disculpa de poner en orden cuestiones relativas a la herencia de tu madre. Nicea está lo suficientemente lejos para tu seguridad y, a la vez, cerca, por si tuvieras que volver de prisa. Te acompañarán Miguel Geometres, Constantino, Miguel, Robert y sus hombres. Simón y Juan se quedarán aquí.

El resto de la familia irá a Tesalónica, escoltada por Teodoro, tu hermano. Avisaremos a los Dragas de Puerto Teodosio para que aparejen una nave.

—¿No crees que sería mejor que fuese a Adrianópolis, bajo la protección de Juan?

—¡No!, podría dar la impresión de que Andrónico está tramando algo con sus viejos amigos… además debes ocuparte de un encargo muy especial…

—¿Cuál?

—La principal razón por la que vinieron Robert y los caballeros francos… acuérdate de la conversación que tuvimos el día que llegaron… ¡Ahora es el momento! Debemos recuperar la sagrada reliquia y traerla a Occidente. Si ocurriese lo peor en Constantinopla, es preciso que no caiga en manos islámicas. Anatolia está prácticamente perdida, como comprobarás al cruzar el Bósforo.

—¿Quién más sabe esto?

—No te inquietes —me tranquilizó— lo saben los Lascaris y están de acuerdo. No debéis hacer nada hasta que os llegue mi aviso. Aprovecha este corto exilio para recorrer Bitinia y Nicomedia, no creo que los otomanos os lo impidan. Ahora estamos en paz con los turcos o, mejor debiera decir, ellos con nosotros.

Te daré una carta que no quiero que abras hasta que estés allí y la sábana esté en tu poder… Hay alguien a quien quiero que visites.

—Quisiera redactarle un mensaje a Malik, encárgate, por favor, de que Simón se lo lleve cuanto antes.

—¡Salid ya!, mañana se sabrá todo lo ocurrido. Cuando la noticia se extienda, debéis estar ya embarcados, camino de Nicomedia. Lo que necesitéis os lo haré llegar dentro de unos días. ¡Coged sólo lo imprescindible y partid!

* * *

¡Cuánto temor había tras el silencio aquella noche! Por las calles sólo se oía el crepitar de las hogueras y el murmullo distante de las alcantarillas… No había más luz que la que proyectaba el fuego, esbozando fantásticas figuras sobre tapias y soportales… Nos deslizamos con sigilo ante el apagado rumor de las tabernas, buscando unos pontones casi olvidados junto a la Torre Caligaria.

Había que partir sin dejar rastro, nuestra única oración de despedida fue la fugaz visión de la cúpula de la Pammakaristo: ¡Ayúdanos, Santísima Virgen!

Sin problemas llegamos a Pegae, y, desde allí, no había más que subir a lo largo de la costa hasta el embarcadero, enfrente de Crisópolis. Constantino consiguió que nos aparejaran una nave con la que partimos al punto. Una brisa matutina, suave como una caricia, nos llevó a través del Bósforo, mientras nos relajábamos disfrutando del maravilloso amanecer, viendo cómo el sol, tímidamente, asomaba tras los montes de Bitinia.

Nicomedia era una de las pocas ciudades que quedaban bajo dominio bizantino en Anatolia. Tenía la llave de la orilla asiática, siempre había sido un activo centro mercantil y marinero. Se veían gentes de todos los lugares, armenios, búlgaros, turcos, persas…

—¡Mira, Demetrio! —me indicó Miguel cuando atravesábamos el mercado—. ¿Ves aquel grupo de hombres que hay allí, al lado de aquel camello tan raro?

—Sí —asentí—, los que parecen estar negociando con los armenios…

—Son rusos… ¿No ves cómo van vestidos? Con esos ropajes tan largos, cargados de pieles y esos cascos enjoyados, de aspecto entre rústico y extravagante.

—Sí…

Era la primera vez que veía eslavos de tan al norte ¡tenían rostros tan dispares!; unos parecían tártaros y otros eran rubios como el trigo…

—Tu amigo Manuel Phyles —comentó Constantino—, el que acompaña al poeta Holóbolos, tiene gran interés por ellos. Hace un mes me dijo que en cuanto terminara el estudio en Constantinopla tenía intención de solicitarle al Emperador permiso para llevar de nuevo una embajada a ese país del norte.

—He oído hablar de ellos a mi maestro León y en la academia, pero no les había visto antes. ¿Son cristianos?

—Desde luego, y lo tienen en gran estima. Durante muchos años sufrieron el azote de los tártaros y de los turcos más salvajes de las estepas. Su ortodoxia fue, prácticamente, lo que impidió que fueran exterminados. Hoy son ducados de una gran pujanza comercial: Vladimir, Moscú, Novgorod, y, más al oeste, Kiev… Sienten gran respeto por el Emperador, pero sobre todo por el Patriarca, de hecho, no hacen más que solicitar que se les permita tener una sede patriarcal propia.

—¡Interesante! —comenté—, quizás el amigo Phyles no esté demasiado equivocado… ya sabes la clave de la vieja política bizantina: ¡Los vecinos de mis enemigos son mis amigos! Veo que se dedican al tráfico de pieles…

—También a la madera, las piedras preciosas, a la plata…

En Constantinopla algunos llevan viviendo generaciones. Fueron los que al principio formaron la Guardia Varangia, antes que los normandos o los sajones, venían del norte más lejano como mercenarios al servicio del Emperador.

—¡Ahora recuerdo… León me explicó todo eso hace muchos años, cuando vivíamos en Cydonia!

—¡Bueno, vámonos ya!, que quiero estar en nuestra residencia del lago antes de que anochezca.

A medida que nos adentrábamos en Anatolia, fuimos viendo cómo los sembrados estaban abandonados y los campesinos vagaban, como perdidos, por los caminos; no vimos ni una sola patrulla desde que salimos de Nicomedia. Por las colinas, a lo lejos, se veían los campamentos otomanos ¡Era como vivir en estado de sitio, rodeados y embotellados en las ciudades!

El lago de Nicea llegaba hasta las puertas de la misma casa; lo primero que hice al despertarme, al día siguiente, fue ir hasta un pequeño espigón para

darme un baño. El agua estaba fría en aquella época del año, pero no había nada mejor que un chapuzón para despejar mis ideas y sacudir el cansancio después del viaje.

—¿En qué estás pensando? —oí la voz de Miguel detrás mía, mientras me estaba secando—. ¿Vamos a ir a Nicea?

—Sí… tenemos que ir a casa de los Lascaris, mi padre me ha dado una carta para el viejo Patriarca.

* * *

Nicea se encontraba en una llanura, rodeada de colinas bajas junto al lago; sus antiguas murallas, reparadas en tantas ocasiones, eran una ruina. La decadencia de los últimos tiempos había hecho mella en sus calles y monumentos.

Por todas partes se veían casas abandonadas, iglesias desatendidas, calzadas, que en su día habían sido anchas y bien pavimentadas, llenas de baches en estado lastimoso. La actividad ciudadana se había reducido al mínimo… cuatro tiendas pobres, un mercado destartalado, los foros casi vacíos, todo perdido en aquel cuadrilátero de diseño magistral que, en su día, había sido la admiración de todo visitante… ¡Nicea, tú que fuiste cabeza de la Iglesia de Cristo, madre del credo, capital de la cristiandad, Reina del último sueño de Bizancio!

No tardamos en encontrar la residencia de los Lascaris. Nos salió a recibir un mayordomo que, con mucha parsimonia, llamó a unos criados para que se hicieran cargo de nuestros caballos, mientras nos hacía pasar al atrio del palacio.

—Aguarden aquí, por favor —nos rogó—. Acudo a anunciar su visita al príncipe Juan.

—¡Entréguele esta carta de parte de Alejo Angel! —le dije antes de que subiera a anunciar nuestra llegada.

Juan Lascaris era el último miembro de la familia que quedaba en Nicea; si las estatuas hablasen sería el perfecto ejemplo, era una institución. ¡Un monumento viviente! Pertenecía a otra época. ¡Era tan anciano que resultaba prácticamente imposible comunicarse con él! Antes se podría razonar con una criatura de tres años que con aquel busto impertérrito de casi cien años.

Algo debió entender en la carta de mi padre, que le leyó con devoción su mayordomo, pues al entrar hizo un amago de sonrisa, lo que en el contexto inexpresivo de su rostro constituía una enorme muestra de simpatía.

Me di cuenta que estaba casi ciego cuando le indicó a su criado con un gesto —que para él debía ser familiar— que me acercara y pusiera mi mano en la suya, con la otra me acarició el rostro y, sorprendentemente, sentí que aquel anciano era capaz de transmitir una increíble fuerza y confianza. Descubrí que tras aquel cuerpo castigado por los años y aquella expresión hierática quizá se escondiera el misterio que mueve a hombres y a pueblos a realizar grandes gestas o grandes sacrificios…

—¡Demetrio, hijo de Alejo y Teodora! —se dirigió a mí, pronunciando las palabras con gran dificultad—. Aguardo con impaciencia la hora de despedirme de esta vida… A vosotros os corresponde ahora cuidar este legado que tu padre me pide que os entregue… El reino que he amado pertenece a la historia y me alegra extinguirme con él… Lo que buscas se encuentra en la basílica de la Santísima Trinidad, en una arcisolía bajo la cual hay una pequeña cámara secreta, en el mausoleo.

—Noble Juan, ¿cómo se puede llegar hasta la cripta? —le pregunté.

—Llegar hasta la iglesia no tiene problemas —me contestó el mayordomo—, es una de las basílicas más antiguas de Nicea. Fue construida para conmemorar el concilio y dedicada a San Atanasio. Aunque fue destruida en varias ocasiones, siempre se reconstruyó siguiendo los mismos planos, por eso es inconfundible. Está en la plaza de la antigua lonja, al final de esta misma calle.

Una vez dentro, cruzáis el atrio y el exonártex, cuando lleguéis al final de la nave central, en el crucero, dobláis a la izquierda, enfrente justo, entre el ciborio y la prótesis, está el nicho. Es semicircular y está completamente pintado con alegorías bíblicas: el ángel y San José, una Anunciación, la huida a Egipto…

—¿Cómo accederemos a la cámara…?

—¡Iré yo mismo con vosotros! —balbuceó el anciano Lascaris, irguiéndose en la jamuga y haciendo un enorme esfuerzo por hacerse oír… ¡Yo os acompañaré!

—Si va el señor —continuó el mayordomo— no tendrán ningún problema. La llave la tenemos en esta casa, cuando sea el momento avisadme, iremos a la caída de la tarde para luego salir de noche sin ser vistos.

Me despedí de Juan Lascaris con la sensación de haber estado en presencia de un resucitado… Sabía que no le volvería a ver hasta que el sudario estuviera en nuestras manos.

XI
LOS CABALLEROS DEL ESTE

Nuestra vista no alcanza más allá del horizonte, pero al elevarnos hasta las almenas de una torre podemos ver lo que hasta ese momento se nos ocultaba. Si hacemos el esfuerzo de dejar la comodidad del hogar y viajar hasta la cumbre de una gran montaña, el mundo habrá adquirido, entonces, otras dimensiones al descubrir nuevos sentidos más allá de cada frontera.

A medida que se fueron abriendo ventanas en mi horizonte las cosas y las personas fueron adquiriendo aspectos cada vez más sorprendentes. Cada umbral que penetraba daba paso a nuevas experiencias, y también, a la vez, redibujaba las pasadas para encajarlas en el rompecabezas del devenir. ¡Qué fácil le resulta al hombre creer que lo conoce todo cuando permanece en un solo lugar y escucha siempre a las mismas personas, empeñándose en no ver más que en una dirección! Como los árboles se desprenden de las hojas en otoño, así cayeron las escamas de mis ojos ante la realidad que descubrí en el transcurso del segundo encargo de mi padre en Nicea.

Llevaba una segunda carta para entregar, de su parte, a Osmán, Sultán de los turcos del norte de Anatolia. No había transcurrido ni una semana desde que cursamos nuestra petición de pasar por su territorio cuando una mañana, muy temprano, se presentaron dos jinetes ante nuestra puerta con un mensaje y unas credenciales para nosotros. Ambos documentos llevaban la tugra de la cancillería del sultán, uno de ellos estaba en griego y el otro en turco.

Las noticias que llegaban de Constantinopla eran confusas: la muerte de Manuel había causado un gran revuelo entre la nobleza, pero parecía que Andrónico se había impuesto a los más agresivos con el anuncio de su próxima boda con una Saboya.

Andrónico II permanecía impasible ante la situación, apoyado en Metoquita y en sus más fíeles seguidores. Su silencio era preocupante, y nada aconsejaba volver, de momento. Resultaba sorprendente y enormemente halagador que habiendo pedido únicamente un derecho de paso por sus tierras, nos hiciera una invitación formal para visitarle en su propia corte.

Tuvimos que recurrir a un conocido de Malik y de Ben Amaniel en Nicomedia para que nos enviase unos regalos —que dejábamos a su elección

— en consonancia con la categoría de nuestros anfitriones.

¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos llegar a cuatro escuderos cumanos portando cuatro espléndidos halcones!

—¿Es esto lo que Malik considera un regalo digno del Sultán? —pregunté un poco sorprendido…

En Constantinopla, e incluso en Creta, se practicaba la caza de la altanería, pero no me hacía a la idea de la importancia que este arte tenía entre turcos y latinos…

—Su Señoría quedará sumamente satisfecho —me respondió el maestro halconero que venía con ellos.

Éstas son magníficas remeras de alto vuelo —continuó—. Dos hembras peregrino y dos gerifaltes de la mejor crianza.

Se trata de adultas perfectamente afeitadas que harían las delicias de cualquier monarca. Su valor es inestimable, no podemos hablar de precio; quien os las ofrece lo hace por amistad hacia vuestro amigo Malik, y es nuestra misión acompañaros hasta entregárselas a los halconeros que de ellas se ocuparán.

—¿Entiendo que los turcos tienen un gran aprecio por estas aves? —le volví a insistir…

—Es el mejor regalo que le podéis hacer…

Robert, Marcel, Phillipe y Arnaud se acercaron con una expresión de agrado, como raras veces descubría en ellos…

—¡Soberbios, qué envergadura, qué alas, qué cuchillas y tijeras! —exclamó Marcel, en el escaso griego que iba aprendiendo…

—¡Gracias, Señor! —le contestó el cumano— los francos entendéis este arte…

—¡Dejadme un guantelete! —intervino Robert— quiero sentir su peso en el brazo.

El segundo cumano le dio el guante mientras la desataba de la pihuela y se lo pasó, por precaución, sujeto por la lonja.

La sonrisa que iluminó su cara me llamó la atención. ¡Nunca hubiera imaginado que ese arte le proporcionara tal placer! En ello comenzaba a ver que tenía una gran suerte, pues hasta que llegáramos a la corte de Osmán, me irían ilustrando sobre los secretos de la cetrería.

Salimos el día de los Arcángeles, implorando su protección en tierras musulmanas. ¡Miguel, Rafael, Gabriel… tened piedad de nosotros! Quizá porque las advocaciones angélicas son también muy apreciadas en tierras del Islam, llegamos sin problemas hasta la corte de Yeni-Sheir.

En cada pueblo que nos deteníamos nos estaban esperando y nos atendieron como si de embajadores se tratara. Era preocupante descubrir cómo, a medida que nos internábamos en su territorio, los campos estaban cultivados, las viñas llenas de frutos, los árboles podados, las calzadas y caminos limpios, las aldeas cuidadas… en todo se apreciaba un profundo sentido del orden.

Nos recibió el Visir con gran deferencia y nos acomodó en un pabellón adyacente a las casas reales y próximo al serrallo. Al día siguiente, sin más dilación, nos confirmó que teníamos audiencia con el Sultán. Nos rogó que estuviéramos preparados a primera hora, ya que vendrían a escoltarnos a su presencia.

* * *

Al entrar en el gran salón la luz matutina se reflejaba en el estanque, esbozando luces y sombras entre las arcadas y sobre las paredes blancas. Estábamos rodeados por una atmósfera transparente, donde la propia claridad del espacio marcaba la distancia. Al fondo, bajo una cúpula que imitaba un cielo estrellado, envuelto en la penumbra, se sentaba un hombre de edad avanzada. Tenía una larga barba blanca y sobre la cabeza llevaba un gran turbante, también blanco, con un rubí en medio rodeado de perlas que le caían como pendientes. Estaba discutiendo relajadamente con otros dos hombres que se sentaban a su lado. A su alrededor, y a lo largo de todo el pasillo, estaban apostados unos guardias de aspecto imponente, que debían ser su escolta personal. El Visir nos precedió, caminando ceremoniosamente hasta llegar a unos diez pasos del monarca, entonces se detuvo y, llevándose una mano al pecho, hizo el gesto de la paz y sentenció:

—¡Magnífico y poderoso príncipe Osmán, Gazzí de Rum, hijo de Ortoghrul, Sultán legítimo de los descendientes de Solimán, de la tribu de los Orguz de Kai, Señor de Soyud. La paz de Alá te acompañe…!

—¡Buen Masud! —repuso el anciano—, agradezco tus deseos, procede a presentarme a estos hijos de Roma…

Mientras hablaban, un traductor, discretamente, nos iba informando de la conversación en aquella endiablada lengua…

—Poderoso Sultán Osmán, os presento a Demetrio Angel, hijo de Alejo y Teodora, descendiente de Angel, Botaniates, Ducas y Lascaris, noble e ilustrado, compañero de Andrónico III y del Panhipersabastos Cantacuceno…

Y a continuación añadió:

—El segundo, poderoso Señor, es Robert Guillaume, Vizconde de Troyes, antiguo Maestre de la Orden del Templo. Los que le acompañan son igualmente caballeros templarios. El más joven es Miguel Geometres, noble aristócrata griego, compadre e inseparable de Demetrio, al igual que su padre lo fue del suyo… Traen unos obsequios para alegrar vuestros paseos que, creo, serán de vuestro agrado…

No salía de mi asombro, y hasta tal punto se dieron cuenta de mi sorpresa, que Masud se volvió hacia mí y sonriendo me dijo:

—¡Demetrio, hay muchas cosas de nosotros que te irán sorprendiendo…!

En cuanto Masud dio por terminada la presentación, di orden de que entrarán los escuderos cumanos con los halcones. Al entrar en la sala, a nuestro alrededor se oyeron exclamaciones veladas de admiración, habíamos acertado plenamente, viendo la importancia que estos persas concedían a los halcones… —¡Malik, viejo zorro, nunca me fallas! —pensé.

Detrás de Osmán apareció otro caballero, que hasta ese momento se había mantenido discretamente en la sombra. Dio un paso al frente y se puso a examinar primero los gerifaltes y luego los peregrinos. Con sólo observar cómo las estudiaba se adivinaba el profundo conocimiento que tenía de esas aves. Mientras las admiraba, les pasaba una pluma de paloma que llevaba en la mano por el plumaje… Se detuvo y, volviéndose hacía mí, comentó en un griego impecable:

—¡Espléndidos…!

Así fue como conocí a Orján, hijo de Osmán…

Masud estaba visiblemente satisfecho por el comienzo de aquel primer encuentro, ya que como diplomático y político avisado conocía la importancia de las impresiones iniciales en toda relación, y por motivos que entonces a mí se me escapaban tenía mucho deseo en llevarse bien conmigo.

—¡Acercaos Demetrio, sentaos a mi lado! —me invitó el mismo Sultán —. Los demás acomodaos entre mis caballeros. ¡Orján traducirá mejor que nadie nuestra conversación!

Sabía por Malik la enorme importancia que le daban a compartir la mesa ¡Y si la invitación provenía del mismo Sultán no había mayor honor! Estaba abrumado por tanta hospitalidad, lejos de las zalamerías típicas de los comerciantes orientales. La dignidad de aquella pareja sobrecogía y a la vez resultaba cálida.

—¿Cuéntanos, qué novedades traes? —preguntó Osmán—. ¿Qué se dice en La Ciudad?

—El Emperador goza de buena salud, últimamente está muy ocupado con la reforma judicial… Tenía que ser lo más discreto posible sin ser descortés, no deseaba entrar en intimidades palatinas…

Ambos sonrieron, y entonces Orján me interrumpió de una forma tan directa e indiscreta que casi me desconcertó:

—¿No creéis que los venecianos y los genoveses están deseando ocupar más islas del Egeo para controlar mejor su negocio con Oriente?

—No puedo adivinar las intenciones de los latinos —le respondí con la misma indiferencia aparente—. Sólo sé, porque es de dominio público, que estamos en paz con ambas repúblicas. Tenemos incluso pactos para reprimir la piratería…

—A eso precisamente me refiero —dijo Orján disimulando—. Nos gustaría que llevarais un mensaje de nuestra parte al Basileos: Todos deseamos acabar con la piratería. Vosotros, que sois un Imperio maduro, porque no favorece al comercio del que dependéis, y nosotros porque deseamos que prevalezca el orden necesario para que florezca.

Si los genoveses y venecianos dominan el Egeo no habrá lugar para nosotros, tendríamos que llegar a un equilibrio justo: una alianza contra la piratería, pero sin colonizaciones…

—Creo —le respondí midiendo mucho mis palabras— que el Emperador podría estar de acuerdo con ese planteamiento…

—La mayor amenaza —continuó Orján— son nuestros vecinos del sur, los Emires selyúcidas…

—¿Queréis decir que los Emiratos del sur suponen una amenaza para vos? —le interrogué viendo un posible filón en aquella confesión.

Se sonrió y siguió con su razonamiento:

—El antiguo Sultanato de Ikonium ha desaparecido, los Emires de Aydin y de Mentese se han apoderado de numerosos puntos en la costa. Desde ellos hostigan a la navegación ejerciendo la piratería, y eso no nos conviene a ninguno. Además de dificultar el comercio, provoca la reacción hostil de ciertos «caballeros»… —miró en la dirección de Robert y sus hombres— que no nos interesa atraer.

Intuía que con Orján cualquier intento de esquivar la pregunta o reservarme la opinión resultaría inútil.

—¿Me equivoco si deduzco de vuestras palabras que todos nos beneficiaríamos si tuvierais el control de «toda» Anatolia?

—No, no os equivocáis. Los Emires del sur son incapaces de mantener el orden. Respetan, porque siguen la tradición, las costumbres de nuestros

antepasados, pero han perdido el sentir común…

—¡Que vosotros deseáis recuperar! —interrumpí cortésmente… Se sonrió y continuó con su discurso:

—¡Ciertamente!, sólo es cuestión de tiempo, el destino de la descendencia de Ortoghrul es unificar a los pueblos de esta península, y quién sabe…

—¿Debo entender que vuestra propuesta es que la flota bizantina os ayude a subyugar los Emiratos de Aydin y Mentesse a cambio de vuestro apoyo ante cualquier intento de usurpación genovesa o veneciana…?

—Podría entenderse así —asintió Orján—. Nosotros no somos una potencia marítima… ¿Qué pensáis de ello?

Osmán se rió al escuchar la traducción de las palabras de Orján e hizo un comentario a uno de sus secretarios.

—En primer lugar —les aclaré—, lo que yo pueda pensar no es más que una opinión personal, de ninguna manera podéis asumir que es la del Emperador o la del Senado de Bizancio.

—¡Hemos comprendido! —me tradujo al punto el intérprete.

—Los Emires del sur —continué con mi exposición— llevan tiempo sin molestar a los navíos comerciales del Imperio ni tampoco, por lo que a mis oídos ha llegado, a los de Venecia o Génova, de hecho, están comerciando con las diversas colonias mercantiles de estas Repúblicas… Con quienes tienen, o prevén tener, problemas es con los Caballeros de Malta, en Chipre; temen la posibilidad de alguna nueva cruzada. Eso dificultaría el comercio con Siria, Palestina y Egipto. Comprendo que a vos os interese controlarlos, pero con toda sinceridad os digo: no creo que a Bizancio, en este momento, le convenga un acuerdo así…

—¿No teméis que los latinos intenten de nuevo conquistar Constantinopla, como ya hicieron en el pasado? —me preguntó Orján de parte de su padre.

—No puedo contestar esa pregunta en nombre de todos los griegos —me defendí—, algunos lo pensarán y otros no. Los cristianos, a pesar; de nuestras diferencias, deberíamos formar parte de una cultura y un destino comunes. Sería moralmente muy arriesgado defender la conveniencia de una alianza que ignorara las cuestiones que atañen a la fe de nuestros pueblos.

—Al venir hasta aquí habéis pasado por ciudades, pueblos y aldeas rodeadas de campos labrados. ¿Cuántas iglesias y mezquitas habéis visto por el camino? —me preguntó Orján.

—He visto ciertamente numerosas iglesias, más que mezquitas, he de reconocerlo…

—Si os hubierais detenido en algunos de esos pueblos, o en cualquiera de los del interior, en Capadocia o Bitinia, encontraríais que los pleitos y disputas entre los hombres que practican el cristianismo se rigen por vuestros códigos y costumbres… Sólo cuando afecta a los superiores intereses del reino o el conflicto es mixto interviene el cadí y se aplica la sharía, y aún en esos casos con muchas limitaciones. Nosotros, como sabéis, estamos profundamente influidos por vuestro derecho, al igual que por las costumbres de los persas.

—Eso, como vos mismo decís, no he podido comprobarlo… —le contesté escapando a su cerco dialéctico…

—Habrá visto personas de varias razas entre nosotros, ¿no es verdad?

—Cierto…

—Nosotros tomamos mujeres de los países en que vivimos, y nuestros descendientes tienen los mismos derechos cualquiera que sea su origen, armenios, cumanos, griegos, eslavos… codos son súbditos del Sultán. ¿Habrá observado a los soldados que están haciendo la guardia en palacio?

—Sí —le respondí.

—Todos son de origen cristiano o kurdo, ¡Yeni-Cheri, la nueva infantería! Nos fiamos de aquellos a quienes tomamos a nuestro servicio más, incluso, que de nuestros propios compatriotas.

La mayoría de la población que vive bajo nuestro dominio no es turca. El pueblo quiere paz y orden y nosotros se lo damos, aliviamos sus impuestos, respetamos sus creencias —más que a nuestras propias herejías—, garantizamos sus fronteras, ampliamos sus mercados, les libramos de bandidos… sólo pedimos sumisión a la voluntad política del Sultán. Somos un pueblo nómada, de pastores, que al asentarse no ha hecho más que seguir el modo de vida que la experiencia nos había demostrado que era el más eficaz… ¡Ése es, y será, el gran acierto de mi padre! Algo que no se le había ocurrido, ni se les ocurrirá, a ninguno de nuestros propios hermanos selyúcidas.

Los pueblos son rebaños y nosotros sus pastores, estos soldados y funcionarios que veis son nuestros perros. No nos importa el origen o la raza, lo que les eleva en la vida es el mérito y el valor. Nadie tiene más interés por el rebaño que el propio pastor si es el dueño. ¡Mirad a vuestro alrededor y ved con qué facilidad se han adaptado!

No hemos hecho más que reproducir el modelo del principado del antiguo Imperio de Roma. ¡Puedes ver que he estudiado a vuestros clásicos!

Empezaba a darme cuenta de que aquél no era un simple pueblo bárbaro que deambulaba por la tierra con más o menos dignidad. ¡Tenían un real y grandioso proyecto de estado!

Era algo diferente a lo que habíamos visto hasta entonces.

Nosotros, los bizantinos, vivíamos sin más horizonte que la tapia del vecino, soñando con un pasado que había desaparecido, y, de pronto, me encuentro con alguien que tiene un concepto dinámico del presente, se forja sueños de futuro y lo que no tiene, precisamente, es pasado.

—Tienes razón —le respondí—, las alianzas las determina, en gran parte, el destino y la conveniencia. Cuando me refería a la moral de la cristiandad, apelaba a algo más profundo e intemporal, no a la concurrencia de personas e intereses en un momento determinado.

Contestando a tu primera pregunta, no creo que tengamos interés en que desaparezcan los Emiratos del sur de Anatolia, tampoco nos inquietan los occidentales, incluso, hay personas que son partidarias de la unión con Roma a cualquier precio.

Cuando terminé de hablar se miraron padre e hijo, intercambiaron gestos aprobatorios con Masud y, entonces, Orján, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¡Habéis hablado con sinceridad! Podremos estar en desacuerdo, pero agradecemos tu honestidad. Es algo que apreciamos en un Embajador, siempre serás bienvenido entre nosotros.

—¡Bien, vayamos a los jardines! —dijo Osmán—. Disfrutemos de la luz, del agua y las flores para disipar la embriaguez de la política. En el pabellón tenemos preparado un almuerzo que no se podrá comparar con vuestros espléndidos banquetes, pero que, seguro, os dejará un buen recuerdo para cuando alguien os pregunte por nuestra hospitalidad.

Desde el primer momento me cautivó la diversidad y belleza de sus flores; Osmán sentía un gran amor por la jardinería y era evidente que estaba muy orgulloso de sus últimos hallazgos, los tulipanes, las lilas, las mimosas, el laurel del cerezo…

Nos sentamos en el centro del jardín, en un mirador rodeado por delicados almendros y cerezos. Como decía Masud: «… En el corazón de la flor, la quietud de la contemplación». Nos acomodamos en torno a varias mesas bajas, de plata repujada, increíbles por la finura del diseño y la profusión de los motivos florales. Los reclinatorios eran de palo santo, tallado con una perfección increíble. Las alfombras eran rústicas, pero hermosas, los almohadones de Damasco, rellenos de plumas de ganso, estaban totalmente bordados y reproducían escenas de caza, como las delicadísimas miniaturas

de marfil egipcias. A un lado se situaban los criados, todos vestidos de blanco; unos portaban las jofainas, otros los aguamaniles, mientras unas deliciosas muchachas, envueltas en gasas de seda, nos perfumaban las manos con esencias de Arabia y Ceilán. Otras doncellas esparcían por el agua pétalos de rosas, y nos secaban las manos con toallas de suave lino de Alejandría.

Por lo que había leído sobre su religión y costumbres, el ambiente intentaba reproducir la antesala del jardín de su paraíso. Los músicos se sentaron detrás nuestro, preparados para amenizarnos a la orden del anfitrión.

En cuanto llegaron los escanciadores y coperos, me di cuenta que la prohibición coránica se interpretaba con gran laxitud. Después de unas exquisitas codornices, trajeron el cordero en fuentes de plata, rodeado de toda suerte de especias para aderezarlo. A los postres nos trajeron sus famosos dulces, de harina frita y miel. Al final, nos sirvieron un brebaje, absolutamente novedoso para mí… al que llamaban café.

Me explicaron, animados por la comida y el vino, que al principio sólo se tomaba para no quedarse dormidos durante las oraciones, pero que luego la gente se fue acostumbrando a tomarlo a todas horas.

Tenía un sabor amargo y se endulzaba con unos trozos de azúcar, como el que había en Candía, para luego bebérselo sorbiendo. Había que tener mucho cuidado para no tragarse los posos, cosa que resultaba bastante desagradable. Producía una pequeña excitación y euforia, parecida al vino, pero en menor grado; lo que conseguía era acelerar los nervios, impidiendo conciliar el sueño… Me llegué a acostumbrar a él mientras permanecí entre ellos, y luego, en muchas ocasiones de mi vida, lo eché en falta.

Esa tarde Orján nos acompañó a recorrer los alrededores para que nos familiarizáramos un poco, y viéramos algo más que la corte. Al día siguiente estábamos convidados a una cacería de altanería y galgos, como agradecimiento por nuestro regalo.

* * *

Debíamos encontrarnos con los pajes y los escuderos en el caravanserai del palacio. Todavía no se había secado el rocío con los primeros rayos de sol, cuando ya estaban preparadas todas las partidas. Nuestros cumanos nos estaban esperando junto a los caballos; y cuál no sería mi sorpresa cuando, de pronto, se nos acercó un jinete de la guardia del Sultán trayendo por las bridas un magnífico caballo árabe, espléndidamente enjaezado, que me preguntó:

—¿Demetrio Angel?

—Soy yo, qué se os ofrece…

—Este caballo es para vos… regalo del príncipe Orján. Desea que estéis cerca de él durante la caza; luego estáis convidados, los caballeros y vos, a compartir su mesa esta noche, en sus habitaciones privadas.

—Transmitidle mi más sincero agradecimiento por un don tan precioso…

El animal era soberbio, Robert y Miguel se acercaron para acariciarle, en Constantinopla jamás había visto un animal tan perfecto…

—Parece potente y muy nervioso —comentó Robert— es un árabe puro, fijaos que grupa tan corta, su resistencia debe ser extraordinaria… Creo que podría correr dos leguas a galope sin detenerse… un animal perfecto para la caballería ligera. ¿Cuántos deben tener como éste? —pensé— no me gustaría tener que enfrentarme a un escuadrón de spahís montando estas bestias…

Nos enviaron dos gerifaltes, cuatro neblíes, seis baharíes, tres azores, un borní, un gavilán y un esmerejón… con lo cual, cualquiera que fuese la clase de ralea con que tropezáramos, teníamos al ave adecuada para su captura. Las nobles de vuelo alto para zancudas, garzas, palomas, y patos; las veleras plebeyas, de vuelo bajo, para codornices, perdices o conejos.

En cuanto estuvimos preparados, nos unimos a los grupos de cabeza, colocándonos a la vera del séquito de Orján, que cabalgaba rodeado por un pequeño ejército de escuderos.

Robert me indicó que uno de sus pajes llevaba sobre un cabestrillo un espléndido ejemplar de águila real con su capirote emplumado. Aquello era toda una promesa, si las circunstancias eran propicias tendríamos oportunidad de ver algo que muy pocas veces se puede contemplar. Sólo los grandes maestros de Asia Central, o los hindúes, son capaces de entrenar a tales aves y saben cómo utilizarlas, era la cumbre de la altanería, un águila abatiendo una presa de caza mayor…

Era un día perfecto para una cacería: un cielo azul profundo de otoño, un aire limpio y transparente, un sol cálido, pero no abrasante, la paz de la campiña en torno a Dorylaeum… Los árboles, con sus copas multicolores, parecían alfombras extendidas sobre las colinas, sólo se veían algunas nubes dispersas en el horizonte, y al fondo las crestas nevadas del Taurus.

No tardamos en localizar las primeras presas, no parecía una ralea importante, pero según Robert debíamos probar los halcones. Cuando tuvimos las perdices a la vista, tomando uno de los gerifaltes sobre su antebrazo, le quitó el capirote y con un gesto, suave y brusco a la vez, lo lanzó al aire. El animal, acostumbrado a la oscuridad, primero se elevó al cielo, como

buscando su liberación, pero al instante comenzó a dar vueltas por encima de nuestras cabezas hasta que divisó la presa.

Las perdices, al descubrir el peligro que se avecinaba, se dividieron volando rápidamente en varias direcciones… De poco le sirvió a la que había escogido el halcón. Tras un rápido giro se precipitó como una exhalación, con sus plumas puntiagudas hacia atrás, y de un solo golpe certero inmovilizó a la pobre perdiz con sus cuchillas.

—¡Pronto, librad la presa!, no vaya a comer… dadle la cortesía —gritó Robert.

Los pajes rápidamente cumplieron su cometido, retiraron al ave muerta y volvieron a colocar el capirote sobre la cabeza del halcón después de darle la gorga.

—Bien hecho… —comentó, y después de recuperar al gerifalte le estuvo acariciando con la pluma de paloma que llevaba en la otra mano. Bien, bien, repetía una y otra vez, mientras le acariciaba con la pluma.

Ensayamos con los azores y el gavilán, que, en vuelo rasante, nos proporcionaron cuatro conejos. La partida se iba animando a medida que transcurría la mañana, y los cazadores nos íbamos integrando cada vez más en el espíritu de la caza…

—¡Robert! —gritó Marcel—. ¡Demetrio! ¡Allí! —señaló—, junto a aquel regato, al lado de la arboleda. ¿Las veis?

Nos volvimos y allí estaban… junto al agua, con toda la parsimonia de una señora caprichosa, altivas y confiadas…

—¡Una bandada de garzas reales! ¡Quietos! —gritó Robert—. ¡Miguel, estrénate!, ya has visto cómo se hace ¡Marcel, Phillipe!, tomad dos escuderos y preparad cuatro neblíes y un gerifalte… ¡Demetrio, toma el otro gerifalte!, yo no quiero intervenir ahora. Me limitaré a dirigir la operación ¡Atentos, cuando os lo diga soltáis los halcones…! Yo desataré a los galgos para que levanten las presas, no os precipitéis, yo mismo daré la orden de quitar los capirotes… No olvidéis que son más rápidos que las garzas, aunque éstas sean aves pesadas y poderosas, con unos picos capaces de infringirle a los neblíes heridas mortales.

La emoción vibraba en nuestros pechos, parecíamos principiantes, nosotros, que nos habíamos enfrentado a la muerte, estábamos nerviosos ante aquel lance…

—¡Soltad los galgos! —ordenó Robert—. Atentos… ¡Ya!…

A la voz de mando, los halcones se elevaron con elegancia sobre nosotros, las garzas, espantadas por los perros, alzaron el vuelo precipitadamente… Ese

ruido fue lo único que necesitaron nuestros cazadores para emprender el ataque… Cayeron sobre ellas con tal velocidad que las que intentaban tomar tierra, para defenderse desde el suelo, eran derribadas con más fuerza todavía por las pasadas mortales de los halcones.

En medio de aquella carnicería me llamaba enormemente la atención ver cómo aquellas aves obedecían ciegamente la orden de soltar las presas para volver con sus escuderos en cuanto oían los silbidos… Pensaba en las palabras de Orján y su forma de entender el estado: más que pastores a mí me parecían halconeros.

Al acercarnos a la partida principal llegué hasta donde estaba Orján para agradecerle el caballo. Cuando me vio, apuró el paso para ponerse a mi lado.

—¡Querido Demetrio, cómo te ha ido!, he visto que habéis dado con una bandada de garzas…

—¡Magnífico!, pero antes de nada quisiera darte las gracias por el caballo…

—¡No tiene importancia… es bastante común entre nosotros!

Yo me quedé pensando en el comentario de Robert y en la caballería ligera.

—Las garzas —continuó— son una magnífica presa, veo que tu amigo franco sabe escoger las aves y dirigir la captura…

—Sí, es muy hábil, parece que en su tierra también practican mucho la altanería…

—Tendré que hablar con él por si puedo aprender algo de ellos… ¡Dile que venga con nosotros, lo que os mostraré ahora hay muy pocos sitios en la tierra donde lo podáis ver!

Llamé a Robert, que enseguida se puso a nuestro lado imaginándose lo que nos tenían preparado. Cabalgamos todavía un buen trecho hasta llegar a unos barrancos que me recordaron Cydonia. Orján mandó a sus hombres que se internaran por las quebrantas, con objeto de levantar las piezas que pudiera haber entre la maleza, aunque no era ralea común lo que perseguía.

—¡Demetrio! —me señaló—, en esos montes que hay a tu derecha, entre los riscos, a veces incluso más abajo, se esconden cabras montesas y algunos muflones… no es fácil creer lo que vas a ver.

El águila es un animal poderoso y cazador, pero tiene sus limitaciones, la que vas a ver no es normal porque está entrenada para ser un arma de caza por los mejores halconeros de Asia… ¡Atiende!

Mientras estábamos hablando, una cabra salió corriendo y saltando por un lado del barranco, buscando la altura para protegerse del acoso de los

perros… Orján dio una orden y vimos como el águila real, libre de la mano del hombre, parecía adivinar su voluntad. Se dirigió, sin dudarlo, hacia la presa elegida, primero se elevó por encima y luego, como un relámpago, en un picado mortal, le asestó dos tremendas tajadas sobre el lomo con sus cuchillas. Aquellas heridas no bastaron para rendir al animal, que seguía encaramándose y dando cabezadas al aire con su cuerna. El águila volvió una y otra vez a darle pasadas y en cada una le producía una herida mayor. Hasta que la cabra, exhausta, se detuvo en un rellano y, doblando sus patas, cayó agotada por el esfuerzo. Eso le bastó al águila para asestar el golpe mortal. Se le aferró al cuello con sus garras y con el pico y le hendió el cráneo. La caza había terminado.

Ante la llamada del dueño, el águila volvió con absoluta sumisión al lado de su halconero. Orján me miró y me preguntó:

—¿Qué te ha parecido, habías visto algo igual en tu vida?

—Impresionante, parece increíble… y para mis adentros no hacía más que repetirme: ¿Pastores…?

* * *

¿Quién conoce la verdad? —preguntó Orján, dirigiéndose a todos los comensales, mientras los criados sacaban los postres…—. Demetrio, hace unos días, argumentaba que no sería posible una alianza entre nosotros, los turcos musulmanes, y los cristianos bizantinos o los católicos latinos porque nuestros diferentes credos imposibilitarían esa unión… Yo, sin embargo, me pregunto y os pregunto a vosotros: ¿No pensáis que todas las religiones experimentan transformaciones, tienen aspectos comunes y después aparecen tendencias discrepantes en su propio seno que coinciden entre sí?

¿Qué tendría de extraño que una alianza política y una religiosa no coincidieran?, si fuerais musulmanes ortodoxos todavía podría entender que os opusierais a ella… ¡Incluso os comprendería a vosotros, bizantinos, con vuestra profunda unión entre el Emperador y la Iglesia! —dijo dirigiéndose a Miguel y a mí— ¡pero vosotros, los latinos! —añadió, dirigiéndose a Robert —, que defendéis el principio de los dos poderes…

—No siempre ha sido así —intervino Robert, en un griego improvisado al sentirse aludido…—. Bonifacio VIII, uno de los últimos Papas, intentó someter la autoridad real a la religiosa. Fracasó estrepitosamente donde su antecesor, Gregorio, había tenido éxito. En otras ocasiones es al revés, la distinción está presente, pero se confunde con frecuencia…

—En Bizancio tampoco está tan claro —quise aclarar—. Cuando me estaba refiriendo a la dificultad de una alianza de conveniencia entre nosotros, los turcos y los griegos, no lo hacía desde el punto de vista político, sino desde el religioso.

—¿Hasta qué punto conocéis el Islam? —preguntó Orján.

—Conozco el Corán y la tradición musulmana a través de varios de vuestros filósofos —le contesté—. Además de estar familiarizado con bastantes de vuestras costumbres…

—Durante muchos años nuestra orden ha combatido en tierras del Islam —añadió Robert—. Como sabéis, el contacto induce al conocimiento y, aunque en bandos opuestos, al respeto mutuo…

—Os supongo, entonces, familiarizados con nuestras creencias básicas —continuó Orján—, pero no es eso en lo que estaba pensando, sino en aquellos otros aspectos, menos conocidos para vosotros, con los que, quizá, tuvierais más en común.

—¿Os referís a la mística? —pregunté—. Algo he leído al respecto…

—Sí —me respondió Orján—, no creo que desde ese punto de vista hubiera tantas discrepancias… Por eso no comparto tu idea de que sea imposible establecer una alianza por razones de fondo. ¿Conocéis el pensamiento sufí?

—De nombre, solamente…

—No pretendo haceros una exposición de toda la teoría, ni tampoco engañaros haciéndoos creer que se trata de una visión ortodoxa y, por tanto, representativa de todo el Islam. ¡Como tampoco lo sería la Shía, aunque sea mayoritaria en Persia!

Lo que sí os puedo decir es que está muy extendida, y que tiene numerosos seguidores entre los turcos y los persas…

En la vida diaria los Derviches tienen, entre mi pueblo, una influencia casi tan grande como los Ulemas.

—Tengo entendido —intervino Robert— que se asemejan a nuestras órdenes religioso-militares, como era el Temple…

—Es cierto —afirmó Orján—, pero ése es su aspecto militante, más relacionado con el carácter de Gazzís que ostentaban los jefes de cada tribu. Pero la idea es muy antigua, anterior a la presencia de los latinos en Palestina.

Me refiero a los sufíes, que, elevándose por encima de la humanidad, siguen la senda para unirse con Dios por la voluntad y la fe buscando el sublime éxtasis… Aquellos para los cuales ni jeque, ni ulemas, ni cadíes, ni

normas, ni leyes de clase alguna les desvían de su objetivo, alcanzar la única e integradora verdad suprema…

—Tampoco el cristianismo es ajeno a tales ideas —dijo Robert—. Bastantes años antes de venir a Oriente estuve en París escuchando a un franciscano escocés, llamado Duns, que defendía la primacía de la voluntad y el amor sobre la razón. Una metafísica del infinito en que amor y fe equivalen a la unión con Dios. A otro franciscano, inglés en este caso, le oí unos discursos en Pisa defendiendo la supremacía de la teología y de la fe sobre la razón… El más célebre de los últimos tiempos, condenado por hereje, fue un dominico alemán, Meister Eckhart, que defendía la unión mística instantánea como un «Don de Dios», colocando en un segundo plano la ascesis individual, las mediaciones eclesiásticas e, incluso, los sacramentos… Siempre decía: «Dios es el Dios del presente».

—¡Mucho ha variado entonces la visión del mundo de Tomás de Aquino! —interrumpí yo…

—Ciertamente —apostilló Orján que también estaba muy bien informado del pensamiento de Occidente…

—Es verdad —continuó Robert—, las desgracias sobrevenidas durante los últimos años han producido una gran desconfianza; el hombre, de nuevo, busca la seguridad o el escape en la fe y la mística como refugio a su desesperación…

—En Bizancio —añadí—, exceptuando a un grupo de clasicistas, entre los cuales me incluyo, la mayoría se refugia en conventos, fomentando el abandono de la realidad, a la busca de visiones místicas… Incluso se ha vuelto a poner de moda la teoría olvidada de Gregorio el Sinaíta, gracias a la labor de Palamas. Según estos místicos a través de ejercicios y prácticas meditativas se puede alcanzar la visión de la luz divina, hecha patente, durante la transfiguración, en el monte Tabor…

—Es interesante —comentó Orján—. Los sufíes también creen en las prácticas gimnosofistas hindúes para alcanzar estados de éxtasis. Además de someter sus cuerpos a privaciones y castigos sin límite, adoptan todo suerte de posturas, o danzan, frenéticamente, sin parar hasta caer rendidos por un rapto contemplativo…

—En Bizancio los hesicastas —que así se hacen llamar— creen que tumbándose desnudos, en posición fetal, con la barbilla contra el pecho, conteniendo todo lo que pueden la respiración y, simultáneamente, recitando el Padre Nuestro, al desmayarse caen en trance y consiguen ver la naturaleza divina en esa luz mística…

—¡Veis! —exclamó encantado Orján— en todas partes los hombres buscan ese lazo común… no veo la imposibilidad de alcanzar alguna fórmula que nos permita aliarnos, a pesar de nuestras distintas religiones.

—Creo que a una mayoría no le serviría tu razonamiento y, además, a nivel individual, tampoco creo que poseamos un concepto tan instrumental de la religión como tenéis los descendientes de Osmán… le contesté bromeando.

Orján se rió, reclinándose en su diván, y dijo:

—¡Disfrutemos de los placeres que nos brinda la noche!

Dio unas palmadas e inmediatamente salieron unas jóvenes circasianas para bailar ante nosotros, mientras nos deleitábamos con el café.

Nos retiramos antes del amanecer, para descansar antes de volver a Nicea. Nos aguardaba una misión que cada vez veía más urgente. Una cosa había quedado clara para mí tras aquel encuentro, los otomanos no tenían la más ligera intención de conformarse y permanecer en su territorio frigio durante mucho tiempo. Intentarían expandirse a costa de sus vecinos musulmanes del sur o de los cristianos del norte, con tratados o sin ellos.

XII
EL REENCUENTRO

Dos cartas nos estaban esperando a la vuelta. Al ver que la primera llevaba el sello de los Cantacuceno, lo primero que pensé fue que la situación en Tracia se había agravado. El mensajero, todavía atemorizado, permanecía junto a la puerta esperando instrucciones.

—Puedes irte —le dije—, que te busquen acomodo por esta noche, pero no te alejes por si tuviera que darte una contestación para el Panhipersebasto Cantacuceno…

El estilo directo e incisivo de Juan era inconfundible:

«Demetrio… Miguel IX ha fallecido el pasado doce de octubre, la muerte de Manuel le afectó de tal manera que, en un momento de depresión, su débil carácter no ha podido resistirlo. En Tesalónica, el partido de Irene de Monferrato, la Emperatriz, está adquiriendo mayor importancia.

Mientras el mando de las tropas en el norte dependa de Sirgiano, Apocauco y de mí Andrónico debe saber que dispone de nuestro apoyo incondicional, si alguien intentara privarle de su legítimo derecho a la sucesión… venga de los Monferrato o de Metoquita… sería la guerra civil.

¡Para ti, amigo mío, un abrazo y ánimo! En cuanto te sea posible, reúnete conmigo en Adrianópolis»

La segunda carta había sido traída por un emisario de Ben Amaniel, el judío amigo de Malik, que aguardaba instrucciones en el barrio hebreo de Nicea. Era de mi padre y en ella no hacía más que confirmarme lo que Cantacuceno apuntaba en su carta: Andrónico II había desheredado a Andrónico III, su nieto, por presiones de su camarilla y de la Emperatriz Irene. La excusa fue su conducta irresponsable y su participación en la muerte de su hermano Manuel. De momento, Andrónico III se había limitado a acatar la orden sin oponer resistencia. Todos sabíamos que se trataba de una táctica dilatoria que le permitiría descubrir a los que estaban en contra suya, dándole tiempo a reforzar sus alianzas de cara a un eventual golpe de fuerza. Ya no me quedaba la menor duda, la guerra civil era inevitable…

¡Robert, ha llegado vuestra hora! —le anuncié— vamos a recuperar la reliquia… ¡Cruzaremos el Bósforo de nuevo! Luego nos reuniremos con Juan

Cantacuceno en Adrianópolis.

* * *

Lascaris debía estar reposando cuando irrumpimos cual vendaval en su casa. El mayordomo le comunicó la urgencia que nos traía. El anciano, haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban en aquel cuerpo centenario, se aprestó a acompañarnos. Descendió las escaleras, perfectamente equipado, con su vieja coraza, las grebas y su espada al cinto, cubierto por una veterana capa militar, dispuesto a enfrentarse con el que se interpusiera en su camino. El mayordomo nos dijo que había deseado ponerse su antigua armadura por última vez, aunque no fuera con ocasión de un combate…

La distancia que nos separaba de la iglesia de la Santísima Trinidad no era larga. Mientras Lascaris entró a hablar con el pope encargado de las llaves, aposté a los ballesteros en los extremos del patio exterior, a los akrites en el mismo pórtico y, en cuanto nos facilitaran la entrada, Constantino y Miguel se esconderían en el nártex, tras las columnas.

Entramos sin hacer el menor ruido, Lascaris y el pope abrían el paso, los demás les seguíamos pisándoles los talones. Al llegar a la arcisolía nos detuvimos a orar emocionados… Las manos le temblaban al viejo Juan al introducir la llave en la abertura secreta, mientras la giraba lentamente, para abrir la entrada del pasadizo. Nos acercamos Miguel y yo a sostenerle, estaba extenuado por el esfuerzo, pero se le veía radiante de felicidad. ¡El último acto heroico de su vida, se moriría satisfecho tras entregar la reliquia más apreciada de Bizancio a una nueva generación! Cuando al fin oímos el chirriante y oxidado ruido de los cerrojos deslizándose tras la tapa del nicho, empujamos ligeramente el borde hasta que hubo un pequeño hueco, a través del cual pudimos introducir el cabo de una vela y ver el interior.

Robert, que estaba mi lado junto a Marcel y Phillipe, no cabía en sí de emoción. Todos nos encontrábamos transportados a una realidad mágica en la cual estábamos a punto de tocar con nuestras manos el mismísimo sudario de Nuestro Señor.

—¡Robert, Marcel empujad por la derecha para deslizar esa losa! —les ordené—. Miguel y yo lo haremos por el centro. Los demás estad atentos por si se parte o hubiera que sujetarla.

Juan y el pope se retiraron para dejarnos pasar…

—Fuerte… ¡Ya! ¡Todos a una!… Cuidado ahora… ya se mueve… ya está abierta.

A través del hueco se veía perfectamente, gracias a la luz de la bujía, un pequeño tramo de escaleras de piedra, muy estrechas, que terminaban en un rellano debajo del piso del templo…

—¡Por Dios, permitidme ser el primero! —dijo Juan Lascaris…

—Por supuesto —accedí—, pero habréis de consentir que os acompañe y sujete Miguel, no deseamos que tropecéis bajando esos escalones.

En el interior reinaba el más absoluto silencio, sólo se oía el rozar de las espuelas sobre el mármol; el aire era fétido, debido a la humedad de aquel sótano. Varias ratas escaparon entre nuestras piernas en cuanto se vieron iluminadas por la antorcha, Robert y yo nos miramos con expresión de angustia al pensar en el posible destrozo que aquellas infectas ratas podrían haber hecho. En el centro del cuarto, cubierto por el moho y lleno de telarañas, sobre un pequeño podium, estaba un arcón de cobre, grapado a un tablón corroído y cinchado por tiras de hierro oxidadas.

—¡Ése es! —indicó con voz apagada Juan—. Está igual que la última vez que lo vi, hace más de ochenta años, cuando mi padre y tu bisabuelo, Demetrio, decidieron sellarlo contra las inclemencias y ocultarlo aquí. Fui el único testigo, y como tal lo vuelvo a ser ahora…

Rodeamos el cofre, Marcel y Phillipe se preparaban a desprenderlo de la base haciendo palanca con sus espadas. La madera podrida cedió enseguida, quedando Ubre el arcón para colocarlo sobre el suelo.

—¿Tendremos que abrir? —preguntó Phillipe…

—¡No! —respondimos a la vez Robert y yo… con el testigo es suficiente —. Además ¿cómo sabríamos que se trata de una falsa? La tradición, el testimonio de Juan Lascaris y la historia de mi padre son las únicas pruebas que tenemos.

—¡Milagros serán realizados invocando su protección! —suspiró Juan, que se había arrodillado junto a la caja.

Se unieron a él Robert y Marcel que comenzaron a rezar en latín unas letanías, aquellas oraciones me recordaron las celebraciones religiosas en el convento franciscano de Cydonia…

En cuanto terminaron las oraciones, envolvimos el arcón con un paño grueso de estameña, cosido por los extremos para ocultarlo de las miradas indiscretas, y emprendimos el camino de regreso a Constantinopla. Dos akrites iban en vanguardia, en la retaguardia cabalgaban Constantino y Miguel, y en el centro los templarios, los ballesteros y yo, montado en el caballo que me había regalado Orján. Debíamos atravesar Nicomedia para llegar a Crisópolis antes de que finalizase el día. Era noche cerrada, por los

caminos no se veía un alma, y sólo el desapacible viento de finales de otoño nos golpeaba la cara mientras atravesábamos llanos y quebradas a matacaballo. Por las aldeas pasábamos como una exhalación, con los nervios a flor de piel, sujetando fuerte las riendas y sin volver la vista atrás. ¡Pobre del que se hubiera cruzado en nuestro camino!

* * *

Llegamos hasta un lugar próximo a la ciudad, sin atrevernos a entrar para no llamar la atención, pero lo suficientemente cerca como para reunirnos discretamente con mi padre y Andrónico. El mar del norte, en noviembre, es triste y nostálgico, el cielo se llena de grandes nubes grises que recorren el espacio empujadas por el frío Bóreas y todo queda cubierto por un manto plomizo veteado de solitarios rayos de sol. Al llegar a aquel refugio de las afueras nos acomodamos en una cabaña entre las dunas y los pinos de la orilla. Mientras esperábamos, las olas nos marcaban el paso del tiempo con su monótono compás al quebrarse sobre la arena de la playa.

Andrónico había decidido esperar hasta la primavera para huir y unirse a nosotros en Tracia. La orden de mi padre, sin embargo, era tajante: debíamos reunirnos con Juan Cantacuceno en Adrianópolis cuanto antes. Era muy peligroso permanecer cerca de Constantinopla… de momento no había señales de sublevación.

Al final, decidimos seguir el consejo de mi padre y marchar hasta Adrianópolis con la aprobación del propio Andrónico, que nos empujó a ello convenciéndonos de que nada podíamos hacer allí hasta que la facción del Logoteta cayese en desgracia.

No podíamos estar seguros de la fidelidad de los pueblos por los que tendríamos que pasar, por lo que acordamos no hacer noche en las posadas habituales a lo largo de la ruta. Era preferible, a pesar del frío, dormir al aire libre manteniendo una buena guardia que exponernos a delatar nuestra presencia.

Cuando por fin llegamos a los cuarteles de Cantacuceno habían transcurrido cuatro días desde que salimos de Constantinopla, y como ignorábamos en qué situación se encontraban Juan y los suyos, decidimos jugar seguro y acercarnos con prudencia a la ciudad… Adrianópolis era una ciudad muy bien protegida, rodeada de agua por tres lados y una poderosa acrópolis en la parte alta. Disfrutaba de una posición estratégica privilegiada:

todas las rutas comerciales, fuesen de este a oeste o de norte a sur pasaban por ella. Era un lugar apetecido por todos.

Rodeamos el río para entrar por el puente de San Miguel, en donde encontramos a varios soldados vigilando la entrada.

—¡Quién está al mando! —pregunté al primer hombre que vi junto a la puerta.

—¡Yo, señor! —contestó todo nervioso un veterano de mediana edad que salió corriendo del cuerpo de guardia.

—¿Está el Strategos Cantacuceno en la plaza?

—Desde luego, señoría, en el castillo de la ciudadela tiene su cuartel general…

—¡Llevadnos hasta él, soy Demetrio Angel!

—Como ordenéis Señor —obedeció, y mandó a su ayudante que se quedara a cargo del puesto mientras él y dos soldados nos acompañaron hasta la residencia del Gobernador.

Llegamos a un salón espacioso que daba a una terraza sobre las murallas; el suelo estaba cubierto de alfombras, y al fondo, había una gran chimenea. Sobre las mesas se apilaban gran cantidad de legajos, alrededor de los cuales se afanaban tres personas con aspecto de secretarios, y, al fondo del todo, sentado tras un escritorio de oscuro roble macedónico pude distinguir al enérgico Juan Cantacuceno…

En cuanto nos vio entrar se levantó y vino a nuestro encuentro con evidentes muestras de alegría…

—¡Demetrio… Miguel…! Algo me figuraba por una carta de Andrónico a raíz de la muerte de Manuel. Sabía que te ibas a Nicea, en una misión confidencial, a ver a los otomanos…

—¡Juan! —le salude, mientras nos dábamos un abrazo.

—¡Sentémonos en un lugar más tranquilo! —me urgió— tengo cosas que hablar contigo y no es conveniente que nos escuchen…

Nos acomodamos en un extremo de la sala, al calor del fuego, en donde le puse al corriente de todos nuestros planes y de la opinión de mi padre. Se quedó pensativo un rato y luego me dijo:

—Estoy de acuerdo, pero me sigue preocupando lo que le pueda ocurrir a Andrónico en una corte dominada por sus enemigos.

También es verdad que no tendré un ejército preparado hasta primavera… Hemos conseguido más partidarios con las prebendas que con las espadas…

La situación en Tesalónica está revuelta, intentan levantar al pueblo contra su gobernador. No es una conjura contra el poder por parte de un grupo de

revoltosos, sino un levantamiento popular…

—¿Entonces, no se trata de una nueva estratagema de los terratenientes para derrocar al Eparca?

—No —repuso Juan—. Es el pueblo contra los terratenientes, enfrentados al propio Gobernador…

* * *

Preocupado por las noticias que me había dado Juan y siguiendo el plan de mi padre, en cuanto acabó la reunión, me fui a Tesalónica. Allí estaba el resto de mi familia, que se había exilado de Constantinopla cuando empezaron los disturbios. Mi padre había sido el único entre todos nosotros que se había quedado atrás; a pesar del cansancio y de los años, conservaba la determinación necesaria para seguir fiel a sus obligaciones hasta en aquellos momentos de peligro en que apoyar a cualquiera de los dos Andrónicos podía costarle la vida.

La tensión era agobiante, todo el que ha estado complicado en una conspiración conoce la angustia y la ansiedad que producen la incertidumbre, el miedo y, sobre todo, las dudas respecto al éxito de la misma… Al Emperador Andrónico II no le quedaba más remedio que doblegarse ante nuestra rebelión, tenía que darse por enterado de la postura de los jóvenes aristócratas. —¡Ha proscrito a los rebeldes! —se podía leer en un comunicado que nos llegó en una galera genovesa—. ¡No habrá perdón para los que se opongan a la voluntad del consejo! —fue el contenido de un escrito, difundido por los agentes de Metoquita por las calles de Tesalónica—. Y la más inquietante de todas: ¡Ni el propio Andrónico el joven, apoya a los amotinados!… Pudimos comprobar, afortunadamente, la falsedad de la mayoría de esos comunicados.

Malik me había hecho llegar una larga carta describiéndome la situación en la capital como caótica. Reinaba el más absoluto desorden, corrían constantes rumores de que el aspirante Andrónico había abandonado el palacio de Blaquerna…, pero eso, de momento, tampoco se pudo confirmar.

La situación de mi padre era muy delicada. Intentaba conseguir, como era su costumbre, una solución pactada, pero según Malik esa tarea era punto menos que imposible dada la irracionalidad, ambiciones y delirios de grandeza de la mayoría de los interlocutores. Malik me hacía llegar, junto con su carta, otra de Niceforo Grégoras… ¡Cuánto agradecí a aquel buen amigo y gran hombre el apoyo que nos prestó en aquellos momentos!

—¡Juan, Nicéforo nos anima a seguir la baza de la moderación! —le dije a Cantacuceno, que había venido hasta Tesalónica—. Opina que en la capital el simple paso del tiempo será suficiente para rendirlos… Mateo, Philes, Jorge y Miguel Glabas están con nosotros ¡Incluso Chumnos y Magistro!, aunque no se atrevan a hablar.

—De acuerdo —me respondía sereno Juan—, pero antes debemos seguir reforzando las posiciones militares en Tracia, podrían buscar la alianza de los búlgaros con tal de librarse de nosotros y atacarnos por la retaguardia. Tampoco te olvides de que Andrónico sigue prisionero.

Con la Pascua llegaron las lluvias y las tormentas de primavera, después de la calma del invierno nos vimos conmocionados por una sucesión de acontecimientos que modificarían dramáticamente mi vida y la historia…

Una mañana de viernes santo llamaron a la puerta dos hombres encapuchados preguntando por Demetrio Angel. Traían un mensaje urgente de Constantinopla… Venían de parte del propio Andrónico III. Los criados les hicieron pasar al atrio, mientras Teodoro y yo salimos a recibirlos medio adormilados, todavía cansados de los oficios del día anterior.

Cuando vimos que se trataba del Protospatario de la druzina, acompañado por un guardia sajón de la escolta de Andrónico, el corazón nos dio un vuelco.

—¿Buscáis a Demetrio Angel…?

—Sí, excelencia —contestó el oficial, saludándome a la usanza militar…

—Yo soy, y este mi hermano Teodoro, para quien no tengo secretos. ¿Decidme, qué os trae por aquí en un día como hoy a tales horas?

—Sentimos molestaros, pero el motivo es de la máxima importancia y urgencia…

Dando un paso al frente me extendió una carta con el sello de Andrónico III… Pensé por un momento en el robo de aquel sello hace varios años…, pero no le di más vueltas y tomé el pergamino.

Antes de comenzar a abrirlo, el oficial volvió a dirigirse hacia mí y me dijo:

—Tengo instrucciones de adelantaros el contenido, si es ésa vuestra voluntad…

—¡Adelante! —dije, no queriendo interferir con el orden establecido por el emisario.

—Señor, ante todo, quisiera expresaros la alegría que nos embarga por la libertad del «Nobilisimus» Andrónico III. El pasado Domingo de Ramos, aprovechando una distracción y ayudado por algunos fieles colaboradores, consiguió burlar la guardia y huir por Bucoleón. Está camino de Adrianópolis

para reunirse con Juan Cantacuceno. Nos hemos adelantado a avisaros para que en cuanto podáis os unáis a él en esa ciudad para emprender la marcha sobre Constantinopla.

—¡Me alegra mucho la libertad del «Nobilisimus»! Pero adivino por vuestra expresión que hay otra noticia no tan grata… ¿Me equivoco?

—No señor, no os equivocáis —me contestó, adoptando un aire mucho más grave—. La carta que os he entregado también incluye el pésame del Emperador…

—¡Os ruego que me digáis cuanto antes lo que tengáis que decirme!

—Andrónico, en su huida —continuó el oficial—, tuvo que recurrir a todos sus amigos. Habíamos conseguido burlar la guardia de Metoquita, pero al llegar al embarcadero nos sorprendió una partida de facinerosos, mercenarios de la Monferrato…

—¡Seguid, os lo ruego…!

—Nos hostigaron hasta la misma orilla, y vuestro padre, que nos acompañó en la huida, se portó como un auténtico Senador Romano. Repelió el ataque ayudado por sus guardias…, pero justo antes de que Andrónico subiera abordo le atacaron dos por la espalda… Su padre falleció al instante, sin sufrir…, os lo juro.

LIBRO SEGUNDO

«… Nunca ha existido ni existirá un hombre que al nacer no cargue con una medida de infortunio… y cuanto más grande el hombre, mayor será su desgracia.»

HERÓDOTO

I
SIRGIANO PALEÓLOGO

Al lector de estas confesiones le pediría que intentase comprender la agonía que supuso para mí tener que regresar al hogar tras unas guerras fratricidas y verme obligado a condenar a alguien que había sido amigo y que era un traidor a la vez.

Antes de que las campanas del Salvador llamasen a la primera oración, cuando todavía el rocío cubría el jardín de rosas y adelfas, me despertó el reconfortante olor del horno de pan y de los pucheros de la gran cocina de Branchaion. Alrededor de las barbacanas y entre los almendros revoloteaban las golondrinas, sorteando columnas y gárgolas, con sus agudos chillidos, fundiéndose con el gorjeo de los gorriones que se posaban en el brocal del pozo.

Fue a finales de junio, y desde muy temprano el día presagiaba calor. Aquella mañana tuve que bajar hasta las mazmorras para hablar con un hombre que había sido un amigo inseparable y que ahora se había convertido en un proscrito. Me acuerdo que al atravesar el barrio genovés casi pierdo el sentido, cada calle, rincón, plaza, taberna, aula… Me recordaban a Sirgiano. ¡Cuántos días habíamos compartido, cuántas alegrías y desgracias, cuántas esperanzas y fracasos! ¡Cómo había podido llegar a esta situación! ¿Es que los hombres somos simples instrumentos, víctimas del instinto, dóciles en manos de impulsos y ambiciones irracionales?

Hacía mucho tiempo que no lo veía, y ahora lo hacía por encargo del propio Juan Cantacuceno. Nadie deseaba que un hombre al que nos unían tantas cosas terminase su vida como un apestado entre las paredes de una cárcel.

—¡Demetrio! —me saludó levantando la vista de unos papeles al verme entrar en la celda.

—¡Sirgiano! He venido a ver cómo te encontrabas y a hablar contigo, por encargo de Juan…

Al mencionar el nombre de Cantacuceno le noté un gesto de disgusto, aunque era evidente que estaba intentando reprimirlo…

—Pasemos al patio —le invité—, estaremos mejor.

—Bien… —me contestó con frialdad.

Salimos a un patio que, aunque muy reducido, entre las murallas y el muro de la prisión, proporcionaba esa ventana al exterior que hacía más tolerable el encierro en aquella celda.

—¿Qué te ha dicho Juan sobre la petición de indulto que le mandé a Andrónico?

—Tú sabes, Sirgiano, que Juan es partidario de aceptar tu promesa de no conspirar más contra el estado y concederte la libertad.

—¡Entonces!, ¿cuál es el problema? —insistió lleno de ansiedad…

—El propio Andrónico III… Él no está seguro de que nos podamos fiar de ti.

—¿No entiendo por qué no puede fiarse de mí y sí de otros? Reconozco haber intrigado, pero no más que ciertas personas que están libres…

—Mira, Sirgiano, en primer lugar, porque le traicionaste por simple orgullo… tienes que reconocer que fue una envidia pueril la que te llevó a aliarte con su abuelo, y, en segundo lugar, porque luego intentaste asesinar al propio Andrónico II…

—¡Pero si todo lo hice para defenderle, precisamente a él! Puedo entender que Cantacuceno desconfíe de mí, pero él no.

—¡Sirgiano!, cálmate y razona… ¡Después de haber vencido al partido de Andrónico II y al de la Emperatriz… lo echaste todo a perder por tus intrigas con Metoquita, pasándote al enemigo…! ¡No tengo que recordarte el precio que yo mismo y mi familia tuvimos que pagar por ello!

—¡Lo hice para proteger a Andrónico III del partido aristocrático!

—Lo hiciste —le interrumpí— porque te pareció poco el título de Megaduque. Te enfrentaste primero con Juan porque le había nombrado Gran Doméstico, y, luego, no pudiste soportar que lo prefiriera a ti como su mano derecha…

—Eso es discutible —replicó Sirgiano—, yo nunca fui partidario de la facción aristocrática…

—Tú sabías en aquel momento, igual que ahora, que lo que estaba en juego era la supervivencia de Bizancio.

Juan es la cabeza de la facción aristocrática y fue el principal apoyo de Andrónico III. ¡Tú mismo, a pesar de que eres medio cumano, llevas la sangre de los Paleólogos! y apoyaste la reforma… Todos hemos apoyado a Andrónico III por lo que representa, por el futuro de Bizancio… ¡No me hables ahora de facciones!

—¡Lo aceptéis o no!, la aristocracia no tolerará las reformas necesarias, si no al tiempo… esto no ha terminado todavía. El pueblo de las ciudades no aguanta más…

—Te recuerdo, Sirgiano, que el padre de Juan fue asesinado por orden de Metoquita… Que mi padre fue asesinado por hombres que estaban a las órdenes de Irene, la Emperatriz, en connivencia, o por lo menos, con la falta de oposición de los partidarios de Andrónico II… Que antes de él, habían asesinado a mi querido maestro León… Tuve que matar a Manuel, cuando forzado por su irracional actitud se precipitó hacia su propia muerte, impulsado por Irene… Te recuerdo que mi padre era amigo de Metoquita y de Andrónico II y que no dudó en dar su vida por Andrónico III.

—No quiero entrar en tus intenciones, sólo me limito a señalarte que hay problemas graves a los que no os atrevéis a enfrentaros. Esa pasividad se debe, habrás de reconocérmelo, a la posición que ocupa Juan, y que le obliga a contemporizar con los autócratas. Además, ya que estamos hablando con toda sinceridad, creo que debes hacerte algunas preguntas: ¿Qué sabes de Alejo Apocauco, nunca se te ha ocurrido pensar que el antiguo secretario de Metoquita era un protegido de los Cantacuceno? ¿Crees que desconocía los planes de Irene contra los Andrónicos o que estuvo al margen de los que asesinaron a tu padre aprovechando el tumulto?

—Conozco su relación con los Cantacuceno —le respondí—. No me descubres nada nuevo…

—¿No te acuerdas, cuando encontramos el cadáver de León, de quién nos informó…? —me preguntó sonriendo irónicamente—. ¿Quién estaba siempre enterado?… Todo lo que pasaba por manos de Metoquita, pasaba también por sus manos; de lo que no estoy seguro, sin embargo, es de que Metoquita conociera todo el montaje de Apocauco.

—¡Sí lo conocía! —le interrumpí—, me lo confesó hace años.

—Apocauco —continuó Sirgiano— no es amigo de nadie. Ni lo fue de Metoquita ni de Irene ni de Juan: es un intrigante nato, muy ambicioso, que sigue en su puesto, nada menos que administrando el tesoro, esperando su oportunidad.

—Todos hemos perdido esta guerra y el mayor perjudicado ha sido Bizancio… Los campos sin labrar, las ciudades al borde de la desesperación, el erario vacío, las familias de provincias liberadas de sus obligaciones por la magnanimidad exagerada de Andrónico III… Esta guerra no la decidieron las armas, sino la prodigalidad de los Emperadores. El Imperio fue repartido

entre sus súbditos, mientras nuestros enemigos acechan desde Serbia, Bulgaria y Occidente, sin olvidar el mayor peligro de todos: los osmanlíes.

Tú, Sirgiano, fuiste perdonado una vez, cuando traicionaste a Andrónico III. Pero luego se descubrió que estabas tramando un nuevo complot, esta vez para asesinar al viejo Emperador cuando prácticamente se estaba rindiendo. ¡Andrónico III ya había sido coronado Emperador en Santa Sofía!

—¿No te parece que la corte en torno al viejo Emperador, como tú le llamas, seguía siendo peligrosa? —me cortó Sirgiano.

—Hoy —continué— Metoquita ha sido exilado, sus hijos desposeídos, Andrónico II ha abdicado y probablemente ingrese en un convento, incluso ha escogido ya su nombre monástico, Antonio… La corte, como tú la llamas ahora, está formada por todos aquellos que, en su día, fueron tus amigos y aliados. Synadeno controla la capital. Debemos emprender la reconstrucción de la marina, reformar la judicatura, volver a darle cohesión a las provincias… No hay lugar para personas con tu ambición personal en el nuevo estado de cosas.

—¿Te ha mandado Juan para anunciarme la sentencia de muerte? —me preguntó sin pestañear—. ¿Si no, a que has venido entonces…?

—Vengo en nombre de la amistad que hemos compartido a ofrecerte un exilio honroso… Pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Que no vuelvas a intervenir en política. Que te limites a vivir pacíficamente, primero en Gálata, luego serás llevado a Eubea, bajo control veneciano, donde sé que tu familia tiene algunas propiedades.

—¿Tengo alternativa? —me preguntó dudando de la veracidad de mis palabras…

¡No podía imaginarse que habría de salir tan bien librado!

—No, y debes entender que hemos sido Juan, Synadeno y yo quienes más hemos insistido en que se respetara tu vida…

—¿Sin rencor…? —me dijo bajando la voz.

—¡Sin rencor! —le respondí.

* * *

Malik cada día estaba más gordo, y se le veía feliz por su reciente prosperidad. Durante la guerra se había enriquecido considerablemente a base de mantener contactos con ambas partes, aunque cuidando siempre un poco

más el lado vencedor, donde, según él, militábamos sus mejores amigos. A raíz de mi visita a Osmán y Orján había estrechado lazos con los otomanos.

Al morir su padre, Orján se había convertido en el nuevo Sultán, tras la ocupación de Brusa, hacía dos años. A esta ciudad habían trasladado su corte y en ella enterraron al viejo Sultán. Según me informó Malik, en aquella ciudad, tras su conquista, habían establecido un importante centro político y administrativo, creando el embrión de su Imperio, tras las paredes de un nuevo palacio al que, con su peculiar sentido de la predestinación, llamaban «La Sublime Puerta».

Todo el norte de Anatolia estaba cayendo bajo su dominio. En varias ocasiones, Andrónico, Juan y yo habíamos hablado de intentar alguna contraofensiva, pero siempre quedaba la discusión pospuesta a que consiguiéramos poner un poco de orden en Constantinopla y el norte de Grecia.

Malik, al verme entrar, se levantó de su habitual rincón almohadillado, y vino a darme un abrazo y los besos de rigor…

—¡Querido Demetrio!, qué placer para mis ojos el poder verte de nuevo… Le decía a mi colega Ben Amaniel, aquí presente, cómo echaba de menos tus visitas… Desde que ocupas un cargo tan elevado ya no tienes tiempo para estos modestos amigos que tanto te estiman…

Lo decía sinceramente, además, estaba convencido de que yo había sido el origen de su buenaventura y fortuna…

—Haznos el honor de acompañarnos a Jacob y a mi a tomar un poco de café —me dijo— haciendo sitio en la mesa y llamando a su fiel eunuco… ¡Mejor que nos atienda la bella y encantadora hija de Jacob! Siempre es más grata la atención de una hermosa doncella que la rutina de un viejo criado refunfuñón…

—¡Raquel! —dijo Jacob, que estaba a mi derecha, llamando a una joven que se hallaba detrás nuestra, cerca de la mesa…—. Prepara, por favor, el café y atiende a nuestros amigos…

La muchacha se levantó del suelo con una gracia exquisita y se dirigió caminando, con una maravillosa y delicada elegancia, hacia el interior de la casa, tímida y recatada, para cumplir las instrucciones de su padre.

—Dinos, joven Demetrio —prosiguió Malik—, ¿hay alguna novedad en Blaquerna o en Mangana que merezca la pena conocerse…?

Sabía lo que quería decir con esa clase de preguntas. Seguramente estaba enterado de algo que yo ignoraba y fingía sorprenderse de lo que yo le comunicaba, para luego contarme a mí lo que él tenía interés que yo supiera.

Poco a poco iba captando la manera de pensar de los orientales, una vez que se conoce no resulta difícil, y tiene la ventaja de que a pesar de las vueltas que dan para explicar algo normalmente te informan con bastante veracidad.

—Vengo de comunicarle a Sirgiano —le dije— la sentencia del consejo… convencido de que esta vez le sorprendería.

—¿Puede saberse que han decidido? —preguntó.

—Sirgiano ha sido condenado al exilio, primero a Gálata, bajo vigilancia, y luego irá a Eubea…

—¡Alá sea loado! —exclamó. Luego, bajando la voz, me preguntó: ¿Creéis prudente dejar libre a un enemigo tan peligroso?, no hay peor adversario que el soberbio resentido… ¡Aunque yo soy un pobre ignorante que no entiende estas cuestiones de Estado…! ¿Qué opinas, Jacob?

—Si el consejo así lo ha decidido —repuso obediente Jacob— será porque pensarán que preso es más peligroso todavía…

—Excluyendo la muerte —comentó Malik—, que sería lo más seguro… ¡Pero claro, inculto de mí! ¿Cómo puede ejecutarse a un hombre de su estirpe? ¡Un Paleólogo, al fin y al cabo…!, eso sí, con sangre de traidores cumanos.

—Si interpreto tus palabras correctamente, querido Malik, no apruebas que se le haya perdonado la vida… ¿No es así?

—Noble Demetrio, vosotros sois jóvenes, fogosos e idealistas, estáis muy seguros de vosotros mismos, ¿cómo pueden dos ancianos indefensos juzgar la estrategia de alguien cuyas energías todavía le defienden? Nosotros, al ser débiles e ignorantes, no nos queda otro recurso que la astucia, no podemos ser tan generosos con aquellos que se declaran nuestros enemigos. Lo comprendes, ¿verdad?

—Creo que sí… —le dije—. Aunque me preocupó descubrir que le había sorprendido con una noticia ¡Peor aún!, con algo que ni siquiera había previsto…

Si Malik consideraba esa decisión tan disparatada, como para, ni siquiera, habérsela planteado, me preguntaba si no habríamos obrado con imprudencia dejando a Sirgiano suelto.

II
PELÉCANO

Todas las mañanas, a primera hora, solía acompañar a mi madre y a mi hermana Irene hasta Cora. Recuerdo con placer aquellos momentos de intimidad y recogimiento. La basílica encarnaba, con una perfección exquisita, ese espacio que todo hombre necesita para la veneración y la meditación.

Al entrar nos recibe la Virgen Blaquernitisa con los brazos abiertos, como madre de Dios y morada de lo incontenible. Enfrente está su hijo, el Cristo Pantocrator, recordándonos que nos encontramos en el umbral del misterio, donde todo invita a la reflexión y la serenidad. El silencio sobrecoge mientras contemplamos la imponente majestad de Cristo triunfante, liberando a jueces y profetas, y, a la vez, vemos también al padre que nos llama: «Tú que estás lleno de trabajo y fuertemente agobiado ven a mí y te daré reposo».

Los mosaicos, mármoles y ladrillos de esa basílica encierran una exaltación de los misterios del cristianismo, junto a una entrañable parte de la historia de nuestro pueblo. Sobre sus paredes se suceden los retratos de sus protectores, que van desde los ilustres Comnenos y la Señora de los mongoles, ¡Melania la monja!, hasta nuestro Gran Logoteta exiliado, Metoquita… ofreciéndole devotamente la propia iglesia al Señor entronizado…

Qué bella encuadernación para el misterio. ¡Las genealogías de Cristo, el poder taumatúrgico del Akataleptos entremezclado con santos, obispos y emperadores!

Cuando salí camino del Senado apenas se podía circular por el Foro Teodosio. Algunos venían a comprar, otros se entretenían con el espectáculo de los artistas ambulantes y los animales danzarines.

Me detuve un rato contemplando a un tártaro que había conseguido que su oso no sólo bailara, sino que se comportase en todo como un ser humano. El animal se sentaba a la mesa, tomaba un plato y se servía un potaje, que luego engullía con fruición, valiéndose de una larga cuchara de palo. Los niños no paraban de reírse y hacerle gestos, intentando enfadarle para que lanzase

algún trozo de berza al público, cosa que a veces hacía, usando su cuchara a modo de catapulta, lo que provocaba aún mayores carcajadas.

Al llegar al consejo, estaban Juan y Synadeno enzarzados en una discusión mientras Andrónico, sentado en su trono, se limitaba a observar sin intervenir.

—¡Silencio! —ordenó Andrónico—. ¡Llega Demetrio!, que es quien mejor conoce la situación. ¡Oigamos primero lo que opina y luego ya decidiremos! —y volviéndose hacia mí me dijo:

—¡Demetrio, acércate! Tú eres la persona que más cerca ha estado del actual Sultán Orján, Señor de los osmanlíes. ¿Cuáles crees que son sus verdaderas intenciones?

—Apoderarse de toda Anatolia —le respondí sin tener que pensarlo demasiado…

—¡Juan, estoy de acuerdo!… —le dijo Andrónico a Cantacuceno—. El que pactemos con los sultanes de Saruján, Aydin o Mentese para frenar a los osmanlíes no puede hacernos olvidar que ya han tomado Brusa y que, en breve, llegarán al Bósforo y al Helesponto.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Juan.

—Debemos, aprovechando esta paz con Occidente, recuperar Brusa —apuntó Andrónico—, de lo contrario caerán Nicea y Nicomedia en muy poco tiempo.

—Estoy de acuerdo —intervine—, pero haría falta, primero, saber con qué efectivos terrestres y navales contamos… He visto sus campamentos militares y la calidad de sus tropas. Glabas conoce bien sus tácticas. Su punto débil es el mar. Si conseguimos aislarlos del sur y apoyar una fuerza terrestre desde la costa, podremos forzarles a retirarse al interior de Anatolia.

—De acuerdo —dijo Andrónico—, haremos una leva y daré órdenes para que se inicie la construcción de los navíos. ¡En primavera estaremos en marcha!

En cuanto acabamos la audiencia, nos dirigimos a la residencia del Drungario, en el puerto Prosforiano. Era necesario conocer su opinión sobre la flota. Juan conocía bien a Alejandro Crysoberges, quien, cuando llegamos, estaba en compañía de otros oficiales.

En un salón, rodeados de mapas, expusimos nuestra idea ante aquella reunión de veteranos. El que llevaba la iniciativa era Juan, yo me limitaba a contar anécdotas de mi experiencia con los otomanos.

—Controlar la costa y establecer unas bases —comenzó diciendo Alejandro— se puede hacer no con las naves de que disponemos ahora, pero

en tres meses, con dinero, y algunos refuerzos de Morea y Artá, se podría llevar a cabo. De lo que no estoy tan seguro es de que, según la manera en que los otomanos hacen la guerra, pueda sostenerse en tierra un ejército con los recursos actuales.

—¡Debemos recuperar Brusa y proteger Bitinia a toda costa! —dijo Juan…

—¡Bien!, eso es un deseo —continuó Alejandro—. No estoy afirmando lo contrario, sino pensando en voz alta y tratando de ver la realidad. ¿Qué podríamos hacer?…

Habría que traer, desde Monemvasia, cinco galeras, aunque dejemos desprotegida la ruta de Creta, y desde el Jónico nos podrían enviar otras cinco. Con esos refuerzos tendríamos cubiertos los flancos contra un ataque por sorpresa de los piratas de Aydín o de los genoveses de Quios. Hay que construir y aparejar al menos diez galeras más. Eso no es un problema para nuestras atarazanas, que, si disponen de dinero, podrían terminarlas en dos meses.

Las nuevas, junto a las que hay, os garantizan el paso hasta Pylae o Chrisópolis, mientras que el contingente principal seguiría la ruta Nicomedia-Nicea.

—¿Qué os parece? —les preguntó a los demás oficiales.

—Es arriesgado, pero posible —contestaron a coro.

—¿Cómo se financiará la construcción de las nuevas? —pregunté—. Ayer mismo estuve hablando con Apocauco y me dijo que las arcas estaban vacías…

—Estas galeras —contestó Juan— serán costeadas por nosotros mismos.

—¿Cuándo se darán las órdenes? —preguntó Alejandro.

—En cuanto Andrónico lo disponga —contestó Juan.

Al salir de la reunión ambos coincidimos en que el entusiasmo se había ido apoderando de los asistentes a medida que la idea había ido tomando cuerpo.

—Debemos lograr un acuerdo entre nosotros y sellar una alianza con Occidente… —comenté con Cantacuceno, dejando caer una idea que hacía mucho tiempo me tenía obsesionado. No entendía cómo no se buscaba la colaboración de los latinos para frenar el avance turco.

—¿No te referirás a las cruzadas, verdad? —me replicó con una gran ironía Juan.

—Yo también he leído la historia, no soy tan ingenuo —le dije—. Debemos superar esos odios ancestrales… He vivido entre latinos y te

aseguro que no somos ajenos a su manera de sentir. Entre los turcos me sentí halagado y respetado, pero en ningún momento tuve la sensación de que pertenecía a ese mundo…

—Se nota que durante la mayor parte de tu infancia y adolescencia has estado fuera de Constantinopla, más en contacto con Occidente que con Oriente —me aleccionó Cantacuceno—. Puedo entenderte, Demetrio, pero debes comprender que en Constantinopla, en los antiguos themas orientales o en el norte de Grecia, el contacto con los pueblos de más allá del estrecho se remonta al tiempo de los persas. La mezcla surgida de esa convivencia, aunque a veces hostil, ha hecho que las diferencias a las que te refieres no sean tan acusadas. ¡Casi me atrevería a decir lo contrario!, a quienes más odian, especialmente después de la última cruzada, es a los latinos. Tú mismo fuiste testigo de la integración pacífica de esa población en la Capadocia y en Bitinia.

—Es difícil que nos pongamos de acuerdo…

—¡Amén! —me contestó con gran parsimonia Juan, mientras me daba una palmada en la espalda.

* * *

El heraldo del Meltemi, templado y constante, había comenzado a soplar desde el Bósforo; se acercaba el día en el que, tras años de repliegue, íbamos a iniciar una acción de guerra en Anatolia. Nubes cargadas de lluvias avanzaban desde Damalis sobre la ciudad, la luz vespertina se filtraba a través de los claros iluminando las murallas de Kinegion y la punta de Santa Bárbara, creando un contraste fantástico de claros y oscuros a la vuelta de cada recoveco. Caminaba ensimismado cuando, al cruzar por delante de la fortaleza de Mangana, me asaltaron los recuerdos de un hombre con quien habíamos compartido tantos proyectos: Sirgiano… y sentí un vacío en el alma. ¿Por qué razones, además de la muerte, se pierden los hombres?

El calor se había adelantado aquel año, los viejos sacerdotes del monasterio de Mireleo nos habían pronosticado los mejores augurios. En Blaquerna iban diciendo que el Antifoneto de la vieja ramera Zoé había cambiado de color. ¡La reliquia había clareado!, el cobre se había tornado amarillento en vez de violáceo, lo que, en opinión de los más ancianos, presagiaba buenas noticias… Algunos, incluso, decían haberla visto sonreír en el mosaico de Santa Sofía… ¡Pobre Romano!, pensaba yo. ¡Qué ironía!

Las pitonisas de la cisterna de Mucio, que desde tiempos inmemoriales ejercían su profesión a falta de arúspices sacros, también nos prometieron buena ventura. Nadie se atrevía a dar un paso en la ciudad, ni el patriarca siquiera, sin consultar a aquellas viejas brujas.

Andrónico recurrió a todas las artimañas y conjuros de Constantinopla para aplacar y sobornar a aquel necio tumulto que se arremolinaba en torno al trono, dispensando dones a manos llenas.

Desde su último triunfo, al quedarse solo en el poder, se había producido en él una transformación, la púrpura había comenzado a trastornarle; era la eterna maldición que recae sobre nuestros gobernantes…

Por fortuna no había perdido sus habilidades militares ni su increíble capacidad de convicción a la hora de arrastrar a los hombres. Juan, en calidad de Gran Doméstico, desde «La Secreta», y los Glabas en los destacamentos se estaban ocupando de la organización del ejército. La escuadra y los astilleros estaban bajo el control de Crysoberges, la hacienda era responsabilidad del ya Megaduque, Apocauco, mientras el Eparca Synadeno controlaba la capital.

¡Por fin llegó el día! ¡Cuánta ilusión y optimismo derrochaban aquellos soldados! Se habían alistado gran cantidad de voluntarios que venían de todos los rincones: Macedonia, Tracia, Tesalia, Morea y la propia Constantinopla… Nosotros mismos nos vimos sorprendidos por el éxito de aquella llamada al honor; acudieron también todos los veteranos akrites, que se encargaron de instruir a los novatos.

Estábamos exultantes, pero a la vez temerosos de las consecuencias de aquel despliegue… Tras largas deliberaciones, aconsejados por el Proedros, y él por el propio cuerpo senatorial, decidimos dejar una tagma en Constantinopla, reforzando las guarniciones y los estrechos. Ya habían llegado las naves de Artá y de Monemvasia.

Al norte, las barcazas amarradas en Gálata transportarían el grueso del ejército hasta Crisópolis. Andrónico ostentaba el mando supremo y Cantacuceno era el Protostrator.

Los catafractarios, apoyados por las máquinas de guerra, componían la fuerza principal, y serían los que tendrían que lanzar el ataque frontal a Brusa. La fuerza expedicionaria del sur, más ágil, mantendría el flanco meridional y la costa.

Los vientos del norte eran favorables, desembarcamos en Crisópolis y emprendimos la marcha hacia Nicomedia. Bitinia en primavera era una tierra hermosa, llena de vida. Los campos florecidos y las laderas verdes, los álamos y las amapolas al borde de los caminos, la cordillera del Turmanji al frente,

desprendiéndose de las nieves invernales, los ríos que bajaban caudalosos prometiendo abundancia… Nunca debiera la tierra teñirse de sangre y menos aún en esta época, en que todo lo que nos rodea es un canto a la vida.

En los pueblos y aldeas fuimos acogidos de muy diversas maneras, hubo lugares donde, al pasar, no cesaron las manifestaciones de entusiasmo, mientras que en otros nos topamos con la más glacial indiferencia…

Llegamos a Nicea sin problemas, pero era a partir de ahí donde esperábamos encontrar la verdadera resistencia.

Visitamos la casa de los Lascaris, y el mayordomo nos comunicó que el pobre anciano había fallecido, y lo había hecho sin haber podido ver cumplido uno de sus últimos deseos, que me confesó cuando partimos: «No quisiera morirme sin volver a ver un ejército bizantino junto a estas murallas…»

Aquéllas serían nuestras últimas noches de tranquilidad… Estábamos cenando en la tienda de Andrónico cuando entró corriendo un mensajero…

—¡Nobilisimus!, os pido licencia —dijo— dirigiéndose a Andrónico mientras hincaba su rodilla en el suelo…

—¡Alzaos y hablad! —le autorizó Andrónico mientras los demás pusimos atención temiendo lo peor…

—¡Nobles señores! Un ejército otomano está avanzando por el norte, entre Nicomedia y Nicea… Fue descubierto ayer a última hora. Según la información de que disponemos, no sabemos si se trata del cuerpo principal o si es una mera avanzadilla.

—¡Maldición! —grito Juan—, no contábamos con que abandonarían Brusa para atacarnos por el norte…

—No tenemos ninguna certeza de que hayan abandonado Brusa —intervine yo—, pueden estar poniéndonos el señuelo al norte para luego asestar el golpe en el sur; o tal vez lo que pretendan sea desviarnos de nuestro objetivo. Además, ¿quién nos puede decir que no disponen de suficientes tropas como para enfrentarse a nuestro ejército en Nicomedia y dejar atrás otro contingente para detener a nuestras fuerzas ligeras en el sur…? En mi opinión es la maniobra más probable.

—¿Por qué no dijiste eso en Constantinopla? —me preguntó Andrónico…

—Porque nosotros tenemos un solo ejército… no tenemos más. Habrá que aceptar batalla en donde nuestros enemigos quieran, no hay elección posible. ¿De qué hubiera servido saberlo antes? ¿Hubiéramos podido cambiar los planes…?

Este tema ya salió en la primera conversación con Crysoberges, de la cual Juan, aquí presente, es testigo…

—¡Tiene razón Demetrio! —dijo Juan—. Mientras estábamos en Constantinopla, tras las murallas, todo era entusiasmo; la única voz discordante, que atribuimos a la edad, fue la del viejo Glabas…

¡Es necesario tener otro cuerpo de ejército en Heraclea, en el Ponto… decía! No disponemos de hombres ni de recursos… le respondíamos un tanto enojados con él. Y él seguía insistiendo: ¡Esperad entonces, conozco las tácticas de los otomanos…!

—¡No nos queda más solución que luchar, pedir protección al Altísimo e invocar a San Jorge! —declaró Juan—. No adelantaremos nada recordando las palabras de Glabas… ¡Tendremos que volver sobre nuestros pasos y esperarles en Nicomedia… Intuyo que ése es el grueso de su ejército! ¡Por San Jorge y San Demetrio!

* * *

La noche, creada para el placer y el sueño, no vino acompañada aquel día de su habitual consuelo. La discreta oscuridad, sólo rasgada por la luz de las hogueras delante de las tiendas, nos sumergía en el insomnio que provocan los pensamientos sombríos.

No eran los cuervos el mal augurio que temía, ni la ausencia de señales fantásticas que sólo sirven para consolar a los ignorantes, en realidad nada en la naturaleza había cambiado. El polvo y el viento del mediodía tórrido de Anatolia seguían lacerando a los hombres y a las bestias. Al amanecer, junto al campamento, la humedad del rocío primaveral lo cubría todo, y su frescor nos devolvía a la vida.

Los hombres éramos quienes habíamos cambiado. El alegre canto rítmico de la tropa al avanzar se había vuelto monótono y suplicante, las guitarras y flautas que los akrites tocaban alrededor de las hogueras, sonaban lánguidas y añorantes en lugar de confiadas y eufóricas, como los primeros días.

Los soldados murmuraban entre sí desde que vimos los primeros cadáveres esparcidos por el campo o empalados a la vera de los caminos. Comenzaba el asedio y no veíamos a los sitiadores. Ocasionalmente, se veían algunos jinetes cruzar a lo lejos como una exhalación, los ágiles spahis, montados en aquellas espléndidas cabalgaduras, recorrían nuestra vanguardia reconociendo y midiendo la capacidad de nuestras fuerzas.

Aquella noche era diferente, sabíamos que no tendríamos más remedio que entrar en combate; hasta aquel momento sólo habíamos jugado al ratón y el gato. Recorríamos el campamento comprobando el ánimo de la tropa antes

de la batalla: el lugar no nos era del todo desfavorable, y un buena era aquella ocasión como cualquier otra, Urde o temprano debíamos forzar el paso, ya que seguir dando vueltas y rodeos favorecía más al enemigo que a nosotros.

—Acaba de llegar un emisario del ejército del sur —comentó Juan— no han encontrado resistencia en la costa, avanzan hacia Brusa con mucha cautela, ya que no quieren alejarse mucho de los barcos por si algún contingente enemigo les sorprendiese.

—Estoy convencido —añadí— de que si avanzan se encontrarán con un ejército completo. Lo que ocurre es que no quieren enseñar esa carta antes de lo necesario; les dejaran avanzar. Si yo estuviera en su lugar esperaría a ver el resultado de esta batalla, y sólo si me fuera favorable daría las órdenes para que avanzara el otro contingente. Siempre mantendría un ejército en la reserva por si las cosas en Nicomedia se torciesen.

—¡Las perspectivas son difíciles en cualquier caso! —comentó Andrónico: Si salimos victoriosos, nos quedaría un segundo enfrentamiento, a vida o muerte, con otro ejército…

—¡Debemos abandonar cualquier idea de derrota! —exclamó Juan elevando el tono… Luchamos por Anatolia en nombre de toda nuestra tradición… No podemos perder. Los hombres deben ver en nuestro ejemplo, el valor cantado por las canciones de gesta… ¡Son sus hogares, sus campos, sus aldeas, sus templos…!

Si hoy caemos ¿qué le dirán a sus hijos cuando vean asomar la escuadra del turco por el Cuerno de Oro? Lo que aquí perdemos, si perdemos, es el alma de dos mil años, el recuerdo de los diez mil, el sueño de Alejandro, la gran Roma, el triunfo del cristianismo, la misma razón de ser de Bizancio…

Nos detuvimos junto a una de las hogueras donde varios soldados velaban, preparando sus armas para el día siguiente mientras se consolaban entre sí. El decarca se acercó a nuestro oficial para ofrecernos un poco de vino y un lugar junto al fuego… Estaban impresionados por nuestra presencia y apenas se atrevían a hablar, hasta que uno de ellos preguntó:

—«Nobilisimus». Vos debéis saber más que nosotros sobre la disposición de los otomanos. Hemos oído decir que no dan cuartel ni al moribundo ni al fugitivo… que son como perros rabiosos que no sueltan la presa y que no cejan hasta el exterminio…

—¡Soldados!, pensad más en la causa que nos mueve que en el ánimo del turco —les arengó Andrónico—. Si la aurora de mañana ha de traernos el honor, o si, por el contrario, habremos de lamentar perder esta tierra regada por la sangre de nuestros antepasados y madre de las más sublimes ideas; todo

dependerá de que los que aquí nos reunimos no les demos tregua ni bajemos las armas hasta haber conseguido una victoria.

¡Que nuestros enemigos puedan decir!: «Mil brazos a cada uno nos envolvieron, ni los leones del Tauro, heridos, mostraron más valor, cedimos ante el empuje de su ánimo, abatidos por la fuerza de su espada».

—Señor… —le dijo el decarca a Andrónico cuando terminó su discurso —. Los hombres temen a la muerte, no pueden evitar pensar en su penosa existencia, somos incapaces de elevarnos hasta las razones que os asisten, pero nos basta obedecer y creer que vuestras razones son dignas para poder superar el miedo que nos invade cuando nos rodea la sombra de la oscuridad, que todo lo envuelve. Algunos, veteranos akrites, persiguen la gloria y la revancha porque en sus almas llevan entretejidas las historias de sus viejas canciones, de sus alquerías y pequeñas estancias perdidas… Ésta es su patria. Los que vienen de Occidente sueñan con contarle a sus nietos que en el día del resurgir de Bizancio ellos estuvieron presentes, y los más obedecemos, mantenemos la fe en la causa y lucharemos hasta el último aliento, aunque el miedo atenace nuestras entrañas.

—Has hablado bien, decarca —le animó el propio Andrónico—. Si la desgracia se abatiera sobre nosotros, que sepa todo hombre, ¡que no se olvide jamás! que el día de hoy será igualmente recordado por el tesón, el coraje y el valor que mostraron los nuevos héroes, ¡porque todos sois héroes…! Que los siglos venideros puedan recordarnos como aquellos que supimos luchar como Aquiles y morir como Héctor.

Continuamos la ronda hasta la medianoche, en que cada uno fue a ocupar el sitio que le correspondía en el orden de batalla.

Estábamos seguros de enfrentarnos al cuerpo principal del ejército otomano; nuestros espías nos habían informado que habían visto, plantados ante una de las principales tiendas, la bandera con la tugra, el timbal y la cola de caballo lo que era prueba de que el propio Orján dirigía el ejército. Probablemente, su hermano Alaeddin estaría al mando del segundo.

Desde la colina podían verse los fuegos del campamento enemigo. Conociendo su forma de pensar, no quería sacar conclusiones sobre su distribución de fuerzas hasta que no amaneciera y pudiéramos distinguir con claridad sus principales tropas.

Dos mensajeros me asistían en la comunicación con Andrónico y el Protostrator Cantacuceno. Simón y Miguel Geometres, al frente de dos turmas, se habían apostado tras una quebrada en el terreno a mi retaguardia.

En el centro estaba situado el grueso de mis tropas, los catafractarios poderosamente armados con las picas; mientras que la caballería estaba colocada, en principio, por las alas, al mando de Miguel y Constantino.

Sólo un osado se atrevería a creer que en momentos como aquél el destino está en nuestras manos, ya que pueden surgir mil contratiempos que desbaraten el plan mejor concebido: la herradura de un caballo que se desprende en una carga, el brillo del sol en los escudos, la ráfaga de viento que confunde a la primera línea, la lluvia que, de forma imprevista, inunda las trincheras o inutiliza la pólvora…

Son tantas las sorpresas que pueden sembrar el terror o despertar el entusiasmo ciego en el corazón de los hombres, que no cabe más que rogar a Dios por la victoria.

Sin embargo, como en toda aventura humana, hay arte, y como sucede con cualquier obra, la destreza y la previsión son normas que no debemos olvidar y que sólo un insensato se atrevería a ignorar. Por ello, además de rezar no dejamos de reforzar nuestras defensas y preparar las armas para el combate; electivamente nos ponemos en manos del destino, pero ni ciegos, ni sordos, ni mudos, y si el miedo nos corroe las entrañas procuramos pensar que la última morada le espera a todo ser humano, aunque no se arriesgue.

Un frío húmedo se colaba bajo las capas y se adhería pegajosamente a las escamas y mallas de las armaduras. Los soldados se animaban con el vino caliente alrededor de las hogueras. La ansiedad y el temor habían impuesto su silencio en todo el campamento, donde no se oían más que los relinchos de los caballos y el parte de novedades que transmitían los centinelas.

No soplaba la más leve brisa que, al mover las hojas, aliviara el ancestral pánico que asalta a los hombres la víspera del combate. Una niebla baja cubría todo el valle, formando entre los árboles y la maleza figuras caprichosas que aparecían y se esfumaban, como el preludio de la muerte que se avecinaba.

Apenas el sol comenzó a despuntar, empezamos a escuchar los tambores tras el horizonte ¡Ya nos lo había avisado el viejo Glabas! A los tambores se unieron los timbales, las tubas y cornetas, creando un ruido ensordecedor que contribuía a aumentar nuestra inquietud.

Di orden a los portaestandartes de que pasaran al frente, que se desplegaran todas las enseñas y que comenzara el redoble de nuestros timbales. Los oficiales empezaron a entonar el canto de guerra de los mardaites para levantar el ánimo a los más temerosos.

No sabíamos dónde habían colocado sus terribles bombardas. Los otomanos, según nuestra experiencia, eran temibles en el uso de estos nuevos ingenios de pólvora, conseguían moverlos con suficiente rapidez como para usarlos desde varios puntos; nosotros sólo disponíamos de algunas piezas, que habíamos colocado en torno al real de Andrónico con carácter defensivo. Nunca habíamos conseguido utilizarlas más que en asedios o como defensa estacionaria.

Pronto pudimos ver, desde nuestra posición de ventaja, cómo sus tropas iban ocupando el valle; el sonido de sus tambores se oía cada vez más cercano y los gritos de su vanguardia llegaban a nuestros oídos con mayor claridad. En primer lugar, venían los regimientos de infantería, con sus escudos apretados y sus picas asomando por encima de los pequeños turbantes rojos. Marchaban marcando el paso, formando una masa compacta que se extendía a lo largo de todo el frente; avanzaban a una endiablada velocidad, siguiendo el compás de los timbales.

Detrás de la infantería asomaban los tocados característicos de los yenicheri, sus tropas de élite, que a pie, armados hasta los dientes y perfectamente uniformados, por el momento, se mantenían apartados del avance de la línea principal. Según se fueron situando, a lo lejos y por los extremos, pudimos por fin localizar su caballería. Los spahís se fueron desplegando por los flancos para cubrir sus primeras líneas de infantería.

Cuando estaban apenas a un cuarto de legua de nuestras primeras líneas de defensa y para nuestra desdicha, descubrimos su juego. Entre la masa de infantes, camuflados tras los parapetos móviles, los escudos y las banderas habían transportado sobre unas angarillas sus temibles armas de fuego.

Mientras su infantería seguía cubriéndoles, se detuvieron y comenzaron con gran rapidez a instalar las piezas. Sin pensarlo dos veces, ordené que, inmediatamente, abrieran filas en la vanguardia, que se agruparan los catafractarios en pequeños grupos compactos de cuatro en fondo, pero que no se concatenaran… La mortandad que causarían las boleas de metralla o las piedras catapultadas por sus bombardas, se reduciría si el impacto se diluía de alguna forma. El riesgo era terrible, comenzaron a sudarme las manos y la frente, a la vez que una extraña opresión se instalaba en mi pecho. Las primeras filas estaban condenadas a soportar una carga mayor de la que habíamos previsto; los parapetos que habíamos instalado eran provisionales, simples terreros en que hincar las picas para detener su caballería. ¡Tendrían que aguantar la fuerza de su fuego unida a la carga de su infantería! Mandé reforzar las alas y que la caballería estuviera dispuesta a intervenir… ¡Si

mediante un rápido golpe de mano consiguiéramos colar una turma de caballería entre sus piezas y destruirlas antes de que los spahís pudieran intervenir, habríamos conseguido romper su táctica!

¡Pero habría que aguantar, a pie firme, su primer golpe! Observaba cómo, para nuestra mayor tribulación, los yeni-cheri empezaban a avanzar igualmente. Aquéllas eran tropas con las que había que tener siempre gran respeto ¡Eran los elegidos, fanáticos del mérito, del arrojo y de la entrega absoluta!, profesionales de las armas en su sentido más estricto, entrenados para vencer o morir en el combate.

La primera andanada de la pedrera cayó sobre uno de los grupos avanzados y la mortandad fue espantosa. La ola de destrucción segaba de cuajo los miembros, sin distinción entre los que llevaban coraza o escudo. Se sucedían, una tras otra, las oleadas de pedrisco y escoria, barriendo la defensa de picas, que se interponía entre las huestes otomanas y nuestra vanguardia. A lo largo de la línea del frente se estaban produciendo estragos parecidos. Los turcos habían conseguido, al amparo del avance de la infantería, colocar sus piezas a muy corta distancia de nuestros débiles parapetos. Nuestra línea resistía, más allá de lo concebible, sostenida por el ardor y la rabia de verse atrapados en aquella cortina de fuego, piedras y pólvora quemada. Convoqué a los oficiales porque, tras recibir una nota urgente de Cantacuceno, decidimos que no quedaba más remedio que intentar una salida para procurar desbaratar aquel fuego mortífero.

Al tenerlos delante, recobré la confianza y les ordené:

—¡Constantino, toma una turma de catafractarios y por el ala derecha rompe su infantería, llega hasta las bombardas que están delante del grupo de árboles enfrente nuestra! ¡Miguel, desde la izquierda distrae a sus infantes, procura impedir que reciban auxilio de su retaguardia! La maniobra se repetirá a lo largo del frente; después intentaremos lanzar una carga para desalojarles de sus posiciones antes de que lleguen los yeni-cheri. Confiemos que nuestra caballería les haga retroceder, los spahís maniobran mal en campo cerrado si conseguimos anular sus baterías, tendrán que replegarse. ¡Estad preparados para un ataque de su caballería en retaguardia!

¡Con Dios, por San Jorge y San Demetrio a luchar y morir si fuera preciso…!

* * *

Al cabo de cinco horas de extenuante lucha, no quedaba ni rastro de nuestras líneas. Hombres y bestias se habían destrozado. Entre el fuego, las ráfagas de los arqueros, la carnicería de las picas, las cimitarras y las romfayas habíamos sido barridos por la corriente de un río tumultuoso.

El cielo se había ocultado tras un manto de nubes negras para no contemplar nuestra vergüenza ni tener que soportar el hedor a carroña que llenaba el aire de muerte y podredumbre. Los miembros cortados y dispersos por campos y vaguadas y mezclados con el barro en los arroyos eran la cruda y real manifestación de la matanza llevada a cabo aquella infausta mañana en los campos de Pelecano… ¡Maldito recuerdo!

Una y mil veces malditos sean campos de Pelecano por haber sido el escenario del final de nuestra historia, por permanecer impasibles cuando hasta las piedras de los sembrados tenían que haberse levantado de los surcos para defender nuestra causa. Los muertos, desde Halicarnaso hasta Heraclea, se debían estar revolviendo en sus tumbas para rescatar la herencia de dos mil años de helenismo que perecieron aquel día sobre tus prados y colinas.

¡Pelecano de infausta memoria!, donde vi perecer a varios de mis mejores amigos: Miguel Geometres, amigo amado de la infancia feliz junto al dulce Egeo, en la isla de Creta. Constantino, fiel compañero que te consumiste esforzándote por mantener aquel paso a la cabeza de tus valientes frente a fuerzas superiores. ¡Cuántos amigos queridos caídos ante el filo de los alfanjes jenízaros…! ¡Nunca os olvidaré! ¡Luchamos como los inmortales en las Termopilas, y también aquí pasaron los persas!, herido, maltrecho y con el alma destrozada, vi morir y padecer a muchos aquel día.

Eran una fuerza del infierno, crujían sus huesos al quebrarse y volvían a erguirse, como monstruos del averno. Jamás pude imaginar soldados capaces de luchar de aquella manera, no eran uno ni dos, sino una hidra furiosa de mil cabezas que echaba fuego por sus bocas infinitas, mientras los jinetes, harpías voladoras, segaban las cabezas de nuestros valientes como espigas en el campo. No eran humanos, sino bestias en celo; bien saben nuestros santos Cirilo, Jorge y Demetrio que, aquel día, sus fieles más no pudieron hacer. Dios así lo había decidido ¡Hágase su voluntad! Las huestes del profeta se habían tomado su revancha.

No nos quedaba más que luchar por la vida y replegarnos al abrigo de la costa, donde nos aguardaban dos tagmas y la flota, dispuesta a recoger los restos del último aliento de gloria de Bizancio en Anatolia.

Andrónico, herido, estuvo a punto de perder su vida y la libertad; se salvó gracias a Juan, que en una hábil y desesperada maniobra le libró de caer en

manos de un grupo de jenízaros. Yo, sin embargo, me libré por la generosidad de mis propios enemigos, que, como compensación a mi humillación, me dejaron partir con elegancia. Desde lo alto de una colina pude divisar al capitán, que dio la orden de abrirme la retirada, también pude distinguir, por las colas de caballo de sus estandartes, quién se lo había ordenado: Orján.

Según me alejaba, un heraldo me trajo una nota con el emblema de la tugra, que decía: ¡Estimado amigo, espero que en otra ocasión podamos vernos en circunstancias más afortunadas! ¡Sabes que siempre serás bienvenido en «La Sublime Puerta»!, firmado… Tu amigo Orján, Sultán de los Creyentes.

* * *

Decidimos retirarnos para hacernos fuertes en la costa. Cantacuceno había conseguido ganar tiempo, negociando con los sultanes de Aydin y Mentese. En un alarde diplomático de última hora, había conseguido que Orján tuviera que cejar en su persecución y distraer tropas en el sur.

Nicea seguía sitiada, y nosotros teníamos pocas esperanzas de aguantar si carecíamos de refuerzos importantes. No se podían retirar tropas de Europa, con las noticias que nos llegaban de Bulgaria y Serbia sólo podíamos aguantar y rezar.

En esas penosas condiciones nos atrincheramos durante todo aquel año y parte del siguiente. Ni los otomanos daban un paso ni nosotros abandonábamos nuestra franja. La flota seguía siendo nuestra mejor baza, junto a los nuevos aliados del sur. Llegamos a acostumbrarnos a aquella calma, que además nos ayudó a recuperar algo de moral. Pero todo tiene su límite, y al llegar una nueva primavera, los ejércitos que teníamos enfrente se pusieron en marcha… No teníamos más remedio que enfrentarnos a un nuevo asalto.

Nos retiramos hasta Filocrene, donde se nos unieron las tropas de Cyzicus. No teníamos ya más esperanza que la de salir vivos de aquel atolladero. Dos ejércitos otomanos confluían sobre nuestras maltrechas huestes: del cuerpo principal sólo quedaban los restos, y las tropas de refuerzo eran caballería e infantería ligera, lo que no constituía una fuerza ni medianamente suficiente para enfrentarse a la poderosa máquina de guerra otomana.

A matacaballo alcanzamos Filocrene, y, una vez allí, intentamos reunir y coordinar a todas las fuerzas que quedaban ¡Gracias a Dios que habíamos

dejado tropas en retaguardia reforzando las guarniciones de la capital, y que la flota estaba intacta!

La única buena noticia que recibimos en aquellos trágicos momentos fue que la población de Quios, cansada de la arrogancia genovesa, se había sublevado contra sus opresores, los Zacearía, y con la ayuda de nuestra flota había conseguido recuperar la isla para la soberanía de Bizancio.

No teníamos tiempo que perder, la ola turca se iba cerrando sobre nuestras fuerzas. Nicea, bastión histórico del cristianismo, tras el largo asedio, cayó en sus manos el dos de marzo de aquel terrible año de 1331.

¡Pero estaba escrito que no se nos libraría de cáliz alguno en aquella expedición!, la desgracia se cebaba en los débiles huesos de un ejército derrotado. Mientras ultimábamos los detalles para una retirada organizada, nos llegó la noticia de que por el sur se acercaba un ejército otomano, completamente fresco, para librar la batalla al mando del hermano de Orján, el Visir Alaeddin.

¡Era la maniobra que yo había imaginado y que más temía! Vernos atrapados, entre dos fuerzas superiores, sin más alternativa que la ruta del mar… ¡Tener que abandonar todo el equipaje y el armamento pesado, subir a bordo y huir de la muerte!

Cantacuceno ordenó un ataque inmediato contra este nuevo ejército ¡Había que detenerlo como fuese! Era una medida desesperada, lanzar peltastas y caballería ligera para hostigar a un enemigo mucho más fuerte en una maniobra de retirada. ¡Pero, milagrosamente, dio resultado!, les cogió totalmente por sorpresa y, temiendo un ataque más violento, se retiraron momentáneamente. Era sólo un respiro, ninguno nos engañábamos; pronto descubrirían nuestro ardid y se darían cuenta de que sólo eran unos quinientos hombres los que se interponían entre ellos y el grueso de nuestras fuerzas en Filocrene.

Volverían a atacar y, esta vez, lo harían con el apoyo del propio Orján, que nos venía pisando los talones.

Como el infortunio se había desposado con nosotros aquella primavera de 1331, lo que más temíamos ocurrió, y así el nombre de Filocrene se unió al de Pelecano para desgracia de los romanos.

No es fácil que alguien ajeno al espíritu que animaba nuestras esperanzas pueda entender bien lo que sentimos los pocos supervivientes de aquel desastre. Me gustaría poder expresar con palabras la sensación de vacío y vértigo que se apoderó del ejército aquellos días. Defendiéndose en campo abierto perecieron la mitad de los que habían conseguido sobrevivir a

Pelecano, y las tropas de refresco fueron diezmadas. A medida que nos retirábamos éramos sistemáticamente acosados por la caballería otomana. Sabíamos que aquélla era la última campaña en Anatolia, todo se había perdido, incluso, el deseo de seguir luchando.

No nos quedaba ni capacidad ni deseos de soñar con un nuevo amanecer del Imperio en Asia. La historia y los errores pasados pesaban más de lo que resistían los viejos huesos del pueblo, que mantuvo erguido este ideal durante tantos años.

Andrónico decidió solicitar el armisticio y Cantacuceno estaba de acuerdo. Había que salvar lo que se pudiera para defender la capital y las demás provincias. Teníamos que embarcar en Pylae, y Orján se nos había atravesado en el camino, no podíamos bajar a Cyzicus cargados con los heridos, y tampoco queríamos arriesgar la flota a un ataque traicionero del sultán de Aydin, que estaba muy cerca en Esmirna, aprovechando nuestra indefensión.

Andrónico envió un heraldo expresando su deseo de terminar las hostilidades, a cambio reconocería oficialmente la soberanía otomana en Bitinia, incluidas Brusa y Nicea, comprometiéndose a firmar un tratado de paz y pagarle tributo… ¡La última humillación!

Era un recurso para salvar la vida más que el honor. Si Orján lo aceptaba no sería por presión ni conveniencia, ya que nos tenía completamente a su merced. Pero al igual que era implacable en la guerra, era sumamente considerado en cuanto alguien efectuaba el más leve gesto de aquiescencia a sus deseos. Por pura generosidad y gallardía, nos concedió una paz honrosa y nos permitió salir con vida. ¡Hasta se permitió desearle buena salud y un largo y próspero gobierno al Emperador!

Los que estuvimos a bordo aquel día, al contemplar cómo íbamos dejando atrás la costa de Bitinia, fuimos poseídos por una sensación de desolación. No se oía más que la algarabía de las gaviotas que volaban sobre las estelas de las naves, no se escuchaba ningún canto que animase a la tripulación, ni una conversación ni una orden siquiera.

No tuvimos ni que sacar los remos, el viento nos empujaba lejos, la propia naturaleza nos arrastraba marcando el rumbo, éramos como fantasmas rumbo a una ciudad condenada, no podíamos concebir que, mientras todo se derrumbaba en torno nuestro, la vida continuase a nuestro alrededor como si nada hubiese ocurrido. El delfín por la proa, el albatros o la tijereta continuaban con su eterna rutina, el sol se ponía tras los montes de Bitinia, el mar y la corriente indomables se reían de la arrogancia de unos espectros…

III
LA BODA

La ciudad, tras tan larga ausencia, me produjo una sensación de familiaridad que me alivió de la tensión padecida. Recordaba las calles adoquinadas, las plazas espaciosas llenas de gente, cada columna y arquitrabe de los antiguos templos, las grandes fuentes de seres mitológicos y el continuo sonido del agua…

Me di cuenta entonces de cuánto había añorado el bullicio y la animación de aquellos mercados, el alboroto de las tabernas, la agitación del puerto, la paz de los campos abiertos y los jardines. ¡Qué hermosa es la vista del Cuerno de Oro desde Blaquerna!, ese resplandor del sol matutino sobre sus tranquilas y azules aguas. Cómo disfrutaba dejando perderse la mirada entre cúpulas y campanarios, por encima de los barrios genovés y veneciano ¡Cómo me gustaba pasear por esos callejones y travesías donde se mezclaba el olor de los fogones populares, con sus frituras de pescado y las salazones de carne rancia, con el aroma de las floristerías y bazares de perfumes!

Constantinopla era única entre las naciones, genio y alma del matrimonio entre Oriente y Occidente a la orilla de un mar que fue unión, más que separación, de dos mundos.

Paseando, de vuelta a Branchaion, iba lentamente acariciando la antigua idea de mi padre: había que encontrar aliados en Occidente, era urgente y necesario quebrar la resistencia de la ortodoxia a una unión con Roma. Teníamos que hacer ver a los latinos la inminencia del peligro otomano, convencerles de que ayudándonos sus reinos se protegerían de una implacable invasión.

Estaba agotado física y mentalmente, había tenido que aguantar el ritmo de una campaña durante casi dos años y, para colmo, tuvimos que sufrir la humillación y la desesperación de una derrota histórica, no podía más…

Me quedé dormido hasta que los criados, temerosos de que me hubiera ocurrido algo, me vinieron a despertar. Aquel sueño fue una bendición para mi cuerpo cansado; tenía aún la maravillosa sensación que me había proporcionado el baño de vapor y el masaje de aceite, que había servido,

además, para quitarme todo el polvo incrustado después de tantos días a la intemperie.

Al llegar al patio para saludar a mi madre, vi que a su lado estaba una dama de edad con la que estaba charlando.

—¡Demetrio, acércate! —me llamó— quiero que conozcas a una pariente nuestra que ha venido de Nicea, se llama Irene Lascaris.

—Tuve el privilegio de conocer al anciano Lascaris en Nicea, poco antes de su muerte —comenté— nos prestó un inestimable servicio.

—¡Irene! —dijo mi madre— volviéndose hacia la dama, quiero que conozcas a mi hijo mayor, Demetrio, del que tanto te he hablado…

Me acerqué a saludarla sin excesivo protocolo al ver la familiaridad que reinaba entre ambas. Ella, cortésmente, contestó a mi saludo y me rogó que me quedara un rato a hacerles compañía y que les contara mis impresiones de la expedición a Anatolia.

—Poco puedo añadir —dije— a lo que ya se conoce. Después de no poder levantar el sitio de Nicea ni recuperar Brusa, sólo conseguimos proteger el remanente del ejército y solicitar la paz, aunque fuera en los términos impuestos por el vencedor. El maltrecho cuerpo expedicionario imperial no estaba en condiciones de intentar más aventuras en Bitinia.

—¿Quiere eso decir que no nos queda ni la esperanza de volver a intentarlo? —me preguntó Irene con una mirada suplicante.

Era una mujer hermosa a pesar de sus años. Sus ojos vivos, su nariz recta y el mentón erguido la retrataban como un perfecto ejemplar de la aristocracia romana. Sus canas no hacían más que resaltar el aire de dignidad venerable que le rodeaba.

Me dolía tener que ser yo quien acabase de desengañar a aquella noble criatura…

—Me temo —empecé a decirle lentamente— que quedan muy pocas esperanzas de que el ejército bizantino esté en condiciones de volver a intentar reconquistar esas ciudades. Tendremos problemas, incluso, para conservar Nicomedia si no recibimos ayuda de Occidente. Creo —continué, a pesar de la tristeza profunda que se reflejaba en su rostro al oír mis palabras— que el poder de los otomanos no va a limitarse a la orilla asiática, su objetivo último es Europa… Pero hay muchos entre nosotros que no lo ven así en su ceguera, me refiero a los búlgaros, los serbios e, incluso, a los latinos…

Irene se emocionó y me dijo:

—Haces una apasionada defensa de viejos ideales. No debes olvidar que tu madre, Teodora, y yo misma nos educamos en el seno de una de las

familias imperiales. Reunir de nuevo a las naciones cristianas es una idea que a quien primero se la oí fue a mi bisabuela, cuando nos contaba que Miguel VIII había marchado a una ciudad en Occidente llamada Lyon para firmar la unión de las Iglesias. Imagino que conocerás el resultado: aquello sólo le trajo disgustos y estuvo a punto de costarle la púrpura. ¡Se revolvieron todos los monjes en sus tumbas, se le cayó encima el monte Athos, toda la Iglesia ortodoxa, desde el Patriarca hasta el más humilde lego se le opusieron, todos los funcionarios públicos y casi todo el pueblo! Sólo le apoyaron el consejo, los académicos y el ejército…

La verdad, por lo que te he oído contar, es que no hay esperanzas de volver a Bitinia…

Continuamos charlando animadamente hasta la hora de cenar. Tras la cena, cuando nuestra invitada se retiró a sus aposentos, mi madre me dijo que quería hablar conmigo.

* * *

—Demetrio, ¿has pensado en la conveniencia de contraer matrimonio? —me preguntó mi madre en cuanto estuve a solas con ella—. Ya tienes edad y posición como para plantearte un futuro…

—No, no lo había pensado —le contesté, un poco sorprendido por lo repentino de la pregunta.

—Pues sería conveniente que empezaras a tomártelo en serio, y como no siempre coinciden las circunstancias más favorables creo muy oportuno que consideres seriamente la propuesta que te voy a hacer.

—Di madre, te escucho…

—Pues verás… Hoy has conocido a nuestra prima Irene, ha venido a residir a Constantinopla, donde su familia tiene un palacio y una propiedad en Selimbria. Irene tiene una hija, Elena, que reúne las condiciones que, en mi opinión, deben adornar a la que sea tu futura esposa. Deseo que os conozcáis y que, tras conoceros, nos indiquéis vuestra disposición a contraer matrimonio. Debes pensarlo bien, lo que un día nos parece maravilloso, mañana deja de serlo. Por ello te ruego que mañana nos acompañes, a la prima Irene y a mí, hasta Selimbria para conocer a Elena.

Y así fue cómo, sin más preámbulos, al día siguiente fuimos todos hasta Selimbria, tal y como habían concertado las dos matronas, para conocer a mi futura esposa. La tradición me obligaba a respetar la voluntad de la familia, aunque hubiera preferido retrasar aquel encuentro cierto tiempo.

Elena era una mujer esbelta, de cabellos claros, tenía el porte de su madre, y unos miembros exquisitamente proporcionados. Su rostro era un óvalo

delicado, fino, tenía los ojos azules, la nariz recta y pronunciada y una boca amplia de labios sensuales; sus pómulos, ligeramente salientes, le daban un aire de nobleza que resaltaba la finura de una piel blanca e inmaculada. Llevaba el pelo recogido en un moño, con unos pequeños tirabuzones por la frente y otros más largos que le caían desde las sienes, dándole un toque de coquetería femenina que contrastaba con la seriedad y elegancia de sus facciones. Fue una inmensa y agradable sorpresa…

¡Por Dios que era hermosa, más hermosa de lo que hubiera podido soñar…! Me quedé paralizado ante ella sin saber qué decir.

* * *

Al día siguiente no pude resistir la tentación de volver a verla, y al siguiente y siguiente hasta que, sin vivir en mí, tomé la decisión que todos parecían esperar con ansiedad.

La tarde estaba llegando a su fin, los rayos de sol se reflejaban en la superficie lisa del agua en calma, la rada parecía un espejo sobre el que hervían miles de cintas doradas y plateadas, las gaviotas sobrevolaban las estelas de las traineras y los pequeños veleros que salían a pescar de noche con sus minúsculas farolas.

Todo inducía a la confidencia, la quietud del jardín, el olor de las flores y los setos, el arrullo del agua contra el espigón… Lentamente nos fue invadiendo una sensación plácida, de evasión, y el universo se detuvo para que pudiéramos admirar el mar, el cielo, la ciudad y los hombres a la luz de una paz ajena e irreal. Éramos espíritus de otro mundo, asomándonos a la ventana de un atardecer sobre el Bósforo.

Tomé a Elena entre mis brazos, ella, por primera vez, se acercó sin miedo y se desprendió de la estola que le cubría los hombros, dejando al descubierto sus torneados brazos y un espléndido e inmaculado seno de marfil.

Nunca, hasta ese momento, habíamos estado tan solos, y, de pronto, como una revelación furtiva, hallamos lo que hasta ese día nos había faltado. Fuimos bebiendo gota a gota, beso a beso, caricia a caricia, el ansia retenida durante tanto tiempo. Cuando la luz del sol no era ya más que una débil raya en el horizonte y se podían contar las estrellas sobre el azul profundo e infinito del cielo invernal entre las columnas iluminadas por las antorchas, sellamos el compromiso que habría de unir nuestros destinos.

¡Qué extraño se me hacía el ligar mi vida a otro ser!, las palabras justas me producían escalofríos y emociones encontradas, de temor y de placer. A

partir del día en que nuestro vínculo fuera sagrado, habría siempre una persona que, para bien o para mal, me tendría presente. Desde ese momento tendría que acostumbrarme a pensar en las consecuencias de mis actos y a responder de ellos ante alguien además de Dios. El compromiso de mi madre había dejado de ser un asunto de familia para convertirse en algo personal e íntimo. La frialdad del pergamino se había transformado en pasión de amantes, y tuve la certeza de que a partir de aquella tarde no podría prescindir de Elena.

En aquella finca estábamos de nuevo escenificando el eterno drama del hombre y la mujer. Subimos al salón en cuanto el sol desapareció del horizonte. La chimenea y los braseros estaban encendidos, y a través de las ventanas, a lo lejos, se podían ver las débiles luces de Damalis, parpadeando entre las vidrieras de colores. Los leños ardiendo en el fuego, la paz y el calor del ambiente, unidos a unos vasos de Malvasía, nos abrieron el apetito para seguir descubriendo esos secretos que hasta entonces nos habían estado vedados…

—¡Abrázame! —me respiro en el oído mientras su mano llevaba a la mía hasta su seno—. El aliento húmedo en la sien, su mano acariciándome lentamente y el calor de su pecho, me hicieron cerrar los ojos para sumergirme en un éxtasis. No pudiendo más la tomé por el busto, le abrí la boca, lentamente, con mis labios y fui buscando su lengua, con la avaricia de un buscador de oro, enroscándola, una y otra vez, hasta sentir que el alma se estaba volcando por entero en su seno.

Las manos hallaron el delicioso latir de su corazón tras la seda de la camisa. Primero file el corpiño, luego los cordones del camisón, hasta que, por fin, se abrió aquella exhalación blanca y pura, recta y tensa, que se clavó en mi ya desnudo torso. La quietud, el silencio y el sonido del agua acariciando las escalinatas del embarcadero, me iban recordando el discreto arremeter de las olas, en un día de calma, sobre la arena de la playa. Así, nuestros cuerpos se fueron buscando como náufragos al arrullo de la orilla generosa. Nos fuimos quitando las escasas ropas que quedaban sobre nuestros anhelantes cuerpos y quedamos enteros, uno frente al otro… El vértigo del espacio entre ambos se apoderó del deseo y nos juntamos en un virginal y a la vez lujurioso abrazo.

Fue un instante eterno, permanecimos inmersos en aquel mar apacible hasta que el puro cansancio nos rindió y caímos extenuados sobre los almohadones…

* * *

Una luminosa mañana de invierno, en vísperas de la Natividad de Nuestro Señor, la iglesia del monasterio de San Diomedes se convirtió en el centro de Constantinopla. Los invitados que venían del este llegaron en procesión desde la columna de Marciano con toda la magnificencia de un cortejo real. Los de Baquerna, incluido el propio Emperador, me escoltaron hasta la misma puerta, que había sido engalanada con guirnaldas y tapizada de alfombras para el paso de la comitiva.

Por la puerta Aurea llegó la novia, rodeada de deudos y la mitad de la familia Lascaris.

No se había celebrado una ceremonia con este esplendor desde la boda de Andrónico con Ana de Saboya. El pueblo se agolpaba en las esquinas y las plazas; la multitud, expectante, coreaba el espectáculo a la espera del generoso banquete que se instalaría en la explanada de Poternas. Se había dado la orden de liberar a treinta presos de San Diomedes para contar con la misericordia divina en un día tan señalado. En agradecimiento, los infelices se habían apostado junto a los mendigos en las escalinatas y vitoreaban sin cesar al cortejo.

Se repartió oro entre los leprosos y los tullidos y plata entre los pobres para que rezarán y rogaran a Dios que colmara de gracias a la nueva familia.

La pequeña basílica estaba rebosante de prohombres de Bizancio vestidos con sus mejores galas: senadores con sus largas túnicas bordadas con perlas y oro trenzado, el Patriarca y los Obispos con sus mitras, crucifijos enjoyados y dalmáticas blancas y negras. Se podían admirar las diademas y coronas de las más egregias damas del Imperio. Los abrigos de pieles y los cuellos y chalecos de armiño ruso daban un toque exótico y cálido, a la vez, al frío de la mañana.

Entré el primero y avancé lentamente por mitad del templo hasta detenerme al pie del iconostasis. ¡La puerta del templo de Dios, la piedra de la tumba de Cristo, que separa a lo humano de lo divino! Qué hermosos me parecieron aquel día los mosaicos del crucero y de los techos, la Anunciación, la Natividad, el Bautismo, la Transfiguración, la Crucifixión… La Theotokos y el Pantocrator, con sus colores brillantes y sus sinuosas representaciones, eran la síntesis de la fe de este pueblo, que reza en silencio, desde hace siglos, por su redención y le da la espalda al mundo.

La novia entró acompañada por toda su familia, con la cara tapada con un velo banco y flores en la corona. Las perlas caían sobre una túnica de

terciopelo con encajes blancos. Era un ángel desprendido de la cúpula, tocado por una de las lenguas de fuego del propio Espíritu Santo.

Los coros comenzaron entonando la melodía de la estación, así comenzaba el drama de la pasión de Cristo, con sus letanías y procesiones; ante nosotros se fueron abriendo y cerrando todas las puertas, inmersos en el olor del incienso y la cera de las velas, hasta que, al fin, las espinas del camino fueron holladas por el delicado pie de Elena.

Más de mil personas disfrutaron de la belleza del palacio Lascaris y se pasearon, a pesar del frío, por el parque y los jardines de aquella histórica finca.

Se sirvieron seis platos, con toda suerte de viandas y delicadezas: Caza, lechones y lechazos, codornices y faisanes, lubinas y rodaballos del Bósforo, lampreas y huevas del Caspio… Toda clase de vegetales, arroces, frutas dulces, agrias, amargas, y especias de Egipto y la India… Los vinos, helénicos, de Macedonia y Acaya. Y, como remate, los dulces postres de Anatolia y Siria, pestiños y almendrados de Damalis, miel de Cydonia menta de Tracia… La esplendidez y la alegría de otros tiempos volvió encarnarse entre las paredes y columnas de la que fue, en su día, residencia imperial de la Constantinopla recuperada tras el interregno de Nicea.

IV
EL SUEÑO DE DUSAN

El año nuevo trajo la dicha a Branchaion. Pasados los primeros fríos, se asentaron nuestras vidas en la rutina del hogar, los paseos, la academia y las veladas junto a la familia Lascaris en sus propiedades del antiguo camino de Selimbria.

La noticia de que esperábamos un hijo me sorprendió como a un ingenuo. Mi madre se reía de nuevo y a nuestro alrededor todo parecía confabularse para adormecernos en la tranquilidad de un vivir pacífico, tras las tempestades de las guerras y la muerte de tantos seres queridos. La naturaleza se renovaba, a pesar de la destrucción.

Habíamos alcanzado, tras las guerras civiles y el ascenso de Andrónico III al trono, la cúpula del poder. El fracaso militar de Bitinia disipó cualquier intento de recuperar Anatolia, con lo cual vivíamos recluidos en Constantinopla, soñando con recuperar la soberanía sobre lo que restaba del antiguo Imperio…

En el gran consejo estábamos presentes todos los que constituimos el círculo más íntimo del Emperador, Cantacuceno el Gran Doméstico, Glabas el Strategos, Synadeno el Protostrator, Gobernador de Tracia, Grégoras el Curopalata, el Megaduque Apocauco, Crysoberges, Drungario de la flota, Mateo el Nomofylax… El gran ausente era Sirgiano.

Una equívoca quietud envolvía los asuntos del poder hasta que un viento del oeste trajo las noticias que habrían de despertarnos de nuestro breve sueño de paz.

Una tarde, Andrónico nos avisó para que acudiéramos a Blaquerna y nos dijo:

—De nuevo se ciernen peligros sobre el solar de Bizancio…

El tratado con los búlgaros ha puesto en pie de guerra a los serbios… Su nuevo rey, Esteban Dusan, tiene unas ambiciones desmedidas, amenaza toda la frontera norte de Macedonia, así como al Despotado del Epiro…

La amenaza se ve agravada por la nueva traición de nuestro antiguo camarada Sirgiano… ¡Teníamos que haberle eliminado en su día!, ahora ya es tarde.

El acuerdo de paz con Bulgaria, por fortuna, en estos momentos nos deja las manos libres para rechazar las pretensiones de los Serbios y mantener nuestras posiciones en Grecia.

También corren rumores de una alianza entre los latinos y los cruzados de Rodas…

—Ese pacto entre italianos y caballeros —añadió Crysoberges— me inquieta, si tuviesen dificultades con los piratas de Aydín y Mentese les veo muy capaces de dirigir sus fuerzas contra nosotros… Ya lo han hecho en otras ocasiones. Quios y Lesbos pueden resultarles muy apetecibles. No podemos olvidarnos de que nuestro tratado con Venecia no está vigente, y que con Génova las relaciones son muy tensas…

—Tienes razón, Alejandro —dijo Andrónico— ya hemos pensado en eso… ¡Juan, continúa tú!

—No queremos la guerra con Serbia, salvo que fuéramos atacados, aunque eso no nos impide esgrimir la amenaza para disuadirlos…

Como ha dicho Alejandro, no podemos distraer naves en el Adriático, teniendo un conflicto en el Egeo que se podría volver contra nosotros en cualquier momento… intentaremos una solución diplomática.

No podemos confiar en que los catalanes del Ducado de Atenas no intenten alguna jugada para infiltrarse en Morea o Tesalia, y eso nos obliga a mantener tropas en reserva. Por eso creo que un acuerdo con Dusan es nuestra mejor baza… ¿Qué pensáis vosotros…?

—Creo —intervine— que lo que dices es sensato. Lo que me preocupa es que Dusan, a lo mejor, no piensa igual… En cuanto a Sirgiano, ¿estáis completamente seguros?

—Totalmente —me respondió Cantacuceno—. Sabemos que todavía no está en Skoplje, pero si se iniciaran las hostilidades se uniría a ellos…

—¿Cómo creéis que se puede convencer a Dusan? —pregunté.

—Ésa será tu misión, Demetrio —me señaló Juan—. Tienes que hablar con él, descubrir sus verdaderas intenciones e intentar convencerle para que renueve el tratado de paz. Si no consiguieras nada, al menos sabremos cómo piensa.

—Siempre estaré a disposición del Emperador —repuse— aunque me gustaría plantear otra posible solución para mantener a los serbios y los turcos tras sus fronteras. ¿Habéis intentado llegar hasta el Papa Juan XXII para proponerle que desvíe la cruzada que está organizando de Chipre a Anatolia? Los serbios no se atreverían a moverse en cuanto viesen la determinación del Papa apoyando a Bizancio contra el turco.

—¡No, Demetrio! —me contestó Juan— eso no es posible. Nos veríamos envueltos en un problema religioso con el Patriarca, toda la jerarquía ortodoxa se nos echaría encima… y el pueblo detrás.

—Acataré las órdenes del Emperador. ¿Cuándo deseas que parta hacia Skoplje?

Andrónico se volvió y me dijo:

—¡Cuanto antes!

* * *

Partimos por mar, ya que después de las lluvias la Vía Egnatia estaba intransitable. Dejé a Elena en Angeliades, nuestra villa en Tesalónica, y, luego, emprendimos la marcha hacia Skoplje. A última hora se unieron a la embajada unos monjes del monasterio de Gran Lavra. Me resistí a su presencia todo lo que pude —no quería testigos que pudieran ir contándole a la jerarquía de Athos pormenores de nuestras conversaciones con los serbios —, pero al fin todo fue inútil. Teophanos, el Archimandrita, era un hombre obstinado que tenía la inteligencia y la determinación de un asno, además del salvoconducto de Cantacuceno.

Juan mantenía una extraña relación afectiva con los Hesicastas, sobre todo con su maestro, Palamas, y tanto debieron presionarle para que Teophanos nos acompañara que pensé que si continuaba negándome a aceptar a los monjes, además de crearme un enemigo, podría llegar a disgustar al Gran Doméstico.

Mientras íbamos bordeando el curso del río hacia el norte, camino de Skoplje, el rugido y la fuerza del agua tras los primeros deshielos encubría todo sonido, invitando a la meditación. Intentaba imaginarme ¿cómo sería aquel Rey Dusan, semi-bárbaro, de ambiciones tan desmesuradas?

Aquellos eslavos, que hacía siete siglos se habían ido instalando al norte de Macedonia, tenían por capital nada menos que la ciudad cuna del gran Justiniano… Ciertamente el tiempo había ido cambiando las fronteras, y a nosotros nos tocaba representar, lo que me temía era, el último acto.

Ésa fue la primera ocasión en que me acompañó Manuel Calecas, un brillante discípulo con el que hice muy buena amistad en la academia y que al enterarse del viaje me suplicó que le dejáramos formar parte de la comitiva. Manuel era un decidido defensor de la unión con Occidente, y ambos nos habíamos propuesto intentar llevar la idea adelante. Juan Cantacuceno no es que fuera contrario, simplemente la creía imposible por el empecinamiento de

la mayoría de la población ortodoxa de una parte, y por la actitud arrogante de los latinos por otra. Cantacuceno opinaba que era más realista el compromiso con el turco para mantener un delicado equilibrio que le diera la oportunidad al Imperio de reorganizarse…

Por las noches acampábamos en los claros de los valles, junco a las aldeas que había cerca de la antigua calzada romana. El paisaje era muy hermoso por el gran contraste entre las montañas, todavía cubiertas de nieve, y los valles, que empezaban a reverdecer tras las lluvias. Aquélla era la agreste Macedonia, cuna de conquistadores y soñadores, místicos y fanáticos, montañeses y trashumantes…

Junto a las hogueras de los campamentos, por las que me gustaba pasear a la caída de la tarde, se oían toda clase de historias. Unos comentaban que aquella embajada era un aviso al Rey serbio para que no se atreviera a desafiar al Emperador, mientras que otros añadían que, en secreto, se le ofrecería la mano de alguna de las princesas Paleólogo para sellar un nuevo tratado como el de Milutín. Todos tenían una gran fe en mi persona ¡Ojalá yo estuviera tan seguro! A los más veteranos les atemorizaba la expedición… Decían, en voz muy en baja, que todo aquello sólo serviría para provocar a Dusan, que al ver nuestra debilidad se envalentonaría aún más.

Los campesinos se quejaban del abandono de los campos, protestaban porque todos aquellos servicios y guerras arruinaban a los pobres, provocaban emigraciones y eran la causa de pestes y hambrunas. Por los pueblos que pasábamos se notaba la despoblación, el temor y la desconfianza. Los aldeanos se refugiaban en sí mismos, escondían a sus mujeres y a los jóvenes, temiendo las levas del ejército —o la conscripción forzosa de algún poderoso — que les arrancara de su tierra y les alejara de la firme y cálida madera de sus bosques milenarios.

Los monjes se mantenían apartados, como personas que no deseaban contacto con nadie; durante las largas marchas viajaban en retaguardia, formando un pequeño pelotón que, como único acompañamiento, recitaba interminables letanías…

Llegamos sin problemas a Prosee, pero a partir de ahí, al entrar en territorio controlado por los serbios, habría que ir con más cuidado, ya que la población probablemente fuera hostil. Desde hacía siglos aquellos montes habían sido repoblados por tribus eslavas y errantes albaneses, y la presencia romana era un recuerdo del pasado remoto.

Íbamos charlando, Manuel y yo, cuando, de pronto, uno de los jinetes de vanguardia se acercó galopando hasta nuestro escuadrón…

—¡Señor, un grupo de caballeros serbios están acampados a la vuelta del río…!

—¿Estás seguro de que son serbios? —le pregunté.

—Sin duda, Señor —afirmó con gran seguridad— portan el estandarte de los Detchansky y sus armaduras son inconfundibles, he vivido en Vodena toda mi vida…

—Bien… les dije a todos, lo más probable es que se trate de una delegación de Dusan ¡Pero estad alerta, nunca se puede estar seguro!

Muy pronto avistamos a los serbios, era una pequeña partida de unos veinte jinetes. Al frente avanzaba el que parecía el jefe, junto al estandarte; todos cubrían sus armaduras con unas capas azules, lo que les daba un aspecto llamativo, avanzando en mitad de la niebla. No tenían aspecto de buscar combate.

El que venía al frente llevaba en el casco unas cintas de colores que debían indicar el rango, por lo demás sus armaduras eran iguales a los de nuestros catafractarios, con el frente y la espalda protegidos por escamas metálicas entrelazadas y largas grebas hasta la rodilla. Los cascos eran en punta, y bajo las capas llevaban una cota de malla que les cubría el cuello. Portaban escudos redondos y largas espadas parecidas a la romfaya colgando de las monturas, además de una lanza en el estribo. Como algo distintivo, de las sillas colgaban hachas de combate, como los occidentales…

Su aspecto era noble y arrogante, montaban con destreza y soltura, aunque se les notaba, con sólo verlos, la ausencia de clase en la doma que tenemos los romanos por el ejercicio del arte de la equitación o el dominio de los turcos y los hombres de la estepa.

—¿El Senador Angel…? —me preguntó el oficial en un correcto griego.

—Yo soy —respondí.

—Tengo orden de acompañaros a vos y a vuestra escolta, hasta la corte del Rey Esteban Dusan.

—Gracias por vuestra amabilidad —le contesté.

El caballero se alejó en cuanto hubo terminado su parlamento. Dio una serie de instrucciones y algunos de sus oficiales se adelantaron a nuestro encuentro. Mandé a Simón y a Marcel que se encargaran de hablar con ellos y me di media vuelta para reunirme con Robert y Manuel.

—La escolta que nos han enviado no sé si tomarla como una cortesía o como un motivo más de prevención —pensé en voz alta.

—Yo me inclinaría por lo segundo —dijo Manuel— mientras Robert, asintiendo, comentó a continuación:

—El que hayan acudido a nuestro encuentro es lógico, lo que no entiendo es: ¿cómo sabían que vendríamos por la ruta de Prosee cuando todavía nuestros correos no han llegado a Skoplje? ¿Acaso lo sabían antes de que saliéramos de Tesalónica? ¿Quién se lo dijo…? ¿Hay delatores entre nosotros?

Le resté importancia a las palabras de Robert en aquel momento —no deseaba atizar la sensación de inseguridad entre los hombres—, pero la sospecha no dejaba de rondarme la cabeza. ¡Alguien había hecho llegar a Dusan el itinerario de nuestra embajada antes del anuncio oficial!

Tardamos dos días todavía en llegar a Skoplje, la corte de los serbios… No pude evitar acordarme de mi padre, tratando de imaginarme sus impresiones hace más de treinta años, cuando vino con Metoquita a la corte de Milutín por primera vez.

* * *

Skoplje era una ciudad próspera que, situada a orillas del Axeios —que los serbios llamaban Vardar—, ocupaba una posición privilegiada en la ruta que va desde el Egeo hasta el Adriático. En sus edificios se podía apreciar la variedad de pueblos que lo habían habitado, aunque la influencia romana era la más clara. Sus iglesias y monasterios llamaban la atención por la policromía de sus paredes exteriores, en las que se podían leer, pictóricamente, pasajes enteros de las sagradas escrituras.

A la mañana siguiente, me engalané con los ropajes más llamativos que llevaba, sabía por mi padre que la humildad y el recato no eran virtudes apreciadas por estos pueblos. Quien se tenga por rico o poderoso ha de demostrarlo hasta la exageración en su aspecto externo, como el turco, pero con menos fantasía oriental.

Me coloqué sobre el hombro izquierdo el maravilloso broche de oro del abuelo, sujetando la capa de terciopelo, de manera que se viera el arte de la filigrana de los cazadores y las fieras… Si Dusan se encaprichaba —sabía que era un fanático de la caza— se lo pensaba regalar.

Nos aguardaban junto a la puerta el ujier y el Metropolitano de Skoplje. El protocolo era idéntico al de Constantinopla, habían copiado hasta los más insignificantes detalles.

El Rey, en un extremo del gran salón, sentado sobre un trono de mármol blanco encima de un escalón de pórfido rojo, apoyaba los pies sobre un taburete de madera. A su lado había otro trono vacío, el de la reina, y a su

alrededor se situaban los consejeros y la guardia personal; unos pasos más atrás, una fila de soldados los separaban del resto de la corte.

Al aproximarme, hice la reverencia y le besé la mano, como era la costumbre; Dusan, tras el saludo, me habló con naturalidad, nos dio efusivamente las gracias por los obsequios y nos rogó que le transmitiéramos a Andrónico III sus más fervientes deseos de salud y larga vida.

Eran unos hombres rústicos, que a pesar del aspecto y del idioma eran bizantinos en sus formas.

Aquel día no hablamos de ninguno de los temas que nos habían llevado hasta allí, quedando aplazada esa discusión hasta la audiencia privada del día siguiente.

El paseo de vuelta resultó reconfortante, después del agobio y el calor de la sala del banquete. Fuimos caminando por una preciosa alameda a la orilla del río, los gansos y los patos jugueteaban entre las pequeñas isletas, y en los recodos se podían ver las casetas de los cisnes que, aunque salvajes, en aquella época del año anidaban junto a las murallas y los arroyos.

Al llegar nos estaban esperando, y con satisfacción comprobamos que, al igual que en otras muchas cosas, aquellos hombres estaban perfectamente adaptados a las costumbres de los romanos. La pileta y el tepidarium no tenían nada que envidiar a los de Constantinopla.

* * *

El primer encuentro fue como ir tanteando la temperatura del baño: primero un dedo, luego un pie y, así, poco a poco, hasta sumergir todo el cuerpo. Dusan era un hombre astuto y sinuoso, mucho menos bruto de lo que se empeñaba en aparentar. En un primer momento me quiso llevar al terreno emocional, evocando recuerdos de mi padre y del viejo Rey Milutín, de sus primas y sobrinas bizantinas, diciendo que él llevaba también sangre romana —lo cual era absolutamente cierto— y que su único deseo era engrandecer el Imperio, tan alicaído en los últimos tiempos…

—¡Qué puedo decir que no hayan demostrado mis acciones amistosas y relaciones cordiales con Constantinopla! —insistía.

—¡Es conocida en Constantinopla vuestra fidelidad y devoción! —le respondí…

Sabía que llevaban años solicitando a los Patriarcas, a Gerásimo, primero, y a Isaías, después, que les permitieran establecer una sede patriarcal independiente en Serbia… sin resultados.

—Ser coronado Zar en Skoplje es una de mis grandes aspiraciones —se lamentó—. Reconozco la supremacía de Constantinopla, pero aquí estamos lejos de Bizancio. Entre estos montes también hay hombres que rezan, y que se sentirían muy halagados por un voto de confianza; nuestra hermandad se vería reforzada, os lo aseguro…

—No dudéis —le dije con intención de animarle— que cuando vuelva presentaré ante el Patriarca, una vez más, vuestra petición. Informaré, personalmente, al docto Isaías sobre la piedad y la riqueza de los templos que hemos encontrado en vuestro reino…

—Os lo agradecería… ¡Quizá a vos os hagan más caso que a mí! Después de nuestro pacto con Bulgaria, nuestro único deseo es llevar la paz a toda la península…

Empezaba a descubrir sus intenciones; era evidente que sólo estaba pendiente de consolidar su posición y coronarse Zar para luego proseguir en su afán de conquista. Le quise tirar un poco más de la lengua y le pregunté:

—¿Toda la península? ¿A qué os referís…? Al sur no tenéis enemigos…

—¡Qué difícil resulta haceros comprender mi auténtica vocación a los bizantinos! —protestó, elevando los brazos en un gesto casi dramático—. ¡Nunca atentaré contra el Imperio!, del cual me siento un devoto admirador, al igual que de la fe ortodoxa. Precisamente lo que quiero es protegerlo de sí mismo y de las malas influencias de camarillas que sólo persiguen su división.

En eso tenía algo de razón, no se podía hablar sólo de enemigos externos cuando en nuestro propio seno había víboras suficientes para envenenar todo el mar Egeo.

—¡No veo cómo podéis compaginar esa protección sin renunciar a algunas de vuestras aspiraciones! —le insinué.

—Durante siglos habéis luchado contra los búlgaros y contra nosotros, que somos en su mayoría personas romanizadas que comulgan con cultura y creencias. Más al norte, en Moscú, se utiliza vuestro alfabeto desde hace cientos de años, se reza siguiendo vuestra liturgia y se defiende la causa ortodoxa frente a los verdaderos bárbaros de las estepas… ¿A quién os podéis volver en busca de apoyo? ¿A los latinos, que ya han saqueado dos veces vuestros campos y vuestros templos? ¿A sus clérigos, armados con espadas, que no respetan ni la paz de los monasterios ni las reliquias sacrosantas de nuestra fe milenaria…?

Se detuvo un momento para recuperar el aliento en medio de su entusiasmo:

—¿No pensáis que si consigo poner un heredero en el trono de Tirnovo podría haber un Zar de los serbios y de los búlgaros?

Luego concertaríamos una afianza con los despotados griegos y las provincias imperiales para contener al turco por un lado y a los latinos por otro. Recrearíamos sobre unas bases más fuertes las fronteras del oriente romano.

—¡Hasta vuestro Abad Teophanos lo ve claro! —se le escapó comentar…

Aquella referencia al monje me produjo una extraña sensación de indiscreción que confirmó mis sospechas iniciales: la Iglesia estaba haciendo arreglos por su cuenta con Serbia…

—¿Sugerís la creación de un nuevo Imperio en que el poder emanara de Serbia…? —le pregunté.

—En un primer momento, sí —me respondió con total franqueza—, luego, los acontecimientos ya irán delimitando la hegemonía… Un nuevo Imperio formado por serbios, griegos, búlgaros y todos los pobres exilados de Anatolia…

—Dudo que fuera posible —comenté—, existen demasiados odios ancestrales entre los pueblos. Algún soñador, como yo, aceptaría esa propuesta… Incluso la haría extensiva a los latinos. Pero también creo que aunque hoy seáis militarmente poderosos y, por tanto, podáis llevar a cabo las conquistas, no tendríais los recursos y la capacidad de mantenerlo unido… Se os desintegraría en las manos. Sois un pequeño territorio, fuerte, es verdad, pero cercado, sin salidas al mar y, lo que es peor, sin vocación marinera. No olvidéis que nuestra fuerza viene del mar, el comercio es lo que nos proporciona la existencia, ya no somos una nación de guerreros. Los serbios lo sois, pero carecéis, ¡perdón que os lo diga!, de la capacidad para llevar semejante proyecto adelante… No me malinterpretéis, estoy seguro de que podéis triunfar en una serie de batallas e incluso ganar una guerra, pero eso no os dará la supremacía.

—¿Estaríais dispuestos en Constantinopla a poner lo que a nosotros, en vuestra opinión, nos falta? —me preguntó de improviso, fijando sus inquisitivos ojos en mí y casi taladrándome con su nariz aguileña.

—¿Proponéis una alianza? —le pregunté, intentando desviar el sentido de su proposición.

—¡Me habéis entendido perfectamente! —repitió, sin apartar su mirada —. No pretendo que me digáis nada por escrito… Os pido, simplemente, una opinión personal.

—En su día podría ser, pero no ahora…

—Os prometo —prosiguió su discurso, adoptando un aire de superioridad, que no es algo que se propondrá mientras viva Andrónico. Es mi pariente y no deseo perjudicarlo…

Firmaré un tratado de paz, como el que Metoquita y tu padre sellaron en su día con el viejo Rey Milutín; a cambio, os pido que expongáis en Constantinopla mi punto de vista al Emperador. Quiero que presionéis a Isaías para que nos conceda una Sede Patriarcal, esto último es muy importante.

Me daba perfecta cuenta de que aquello no era más que una tregua, que sus intenciones eran claramente agresivas y que la única garantía que nos daba era su respeto personal por Andrónico. ¡Tiempo, ganar tiempo era lo único que conseguíamos!

—El tratado estará redactado mañana, no hay motivo para prolongar más esta audiencia.

Me despedí, agradeciéndole su magnanimidad al facilitar la amistad entre nuestros reinos con tanta sabiduría y presteza. Le prometí ser embajador de su petición ante el Patriarca.

¿Sería Dusan tan ingenuo para pensar que nos mantendríamos de brazos cruzados confiando en el tratado?

No voy a negar que mi urgencia por volver estaba también condicionada por otro acontecimiento que me producía una gran satisfacción y emoción. Acababa de llegar una carta desde Tesalónica de mi mujer, Elena, en la que escuetamente me comunicaba el nacimiento de nuestro primer hijo y que, en mi ausencia, le habían puesto por nombre Teodoro, como el tatarabuelo común y mi hermano.

* * *

A volver a Tesalónica, durante varios meses pude disfrutar viendo cómo nuestro hijo iba creciendo y cómo Elena cada día estaba más hermosa. Parecía como si a nuestro alrededor el mundo se hubiera detenido y las preocupaciones que nos impedían el sueño se hubieran desvanecido con el nacimiento de aquella vida. Aproveché aquel período de calma para ir sembrando la idea de una alianza con Occidente. Inicié así mi correspondencia con los latinos, ayudado por Robert y Marcel. En Constantinopla contaba con Grégoras que, aunque no fuera un firme convencido, estaba dispuesto a prestarme su ayuda. Manuel Calecas, con sus

contactos en la academia y el mundo eclesiástico, iba a ser un colaborador inestimable.

Iba a resultar difícil conseguir ayuda entre el clero, considerando que las jerarquías ortodoxas, aunque Cantacuceno estuviese ciego para verlo, estaban buscando su salvación al margen del Imperio. La visita de Teophanos al Metropolitano serbio, su entrevista con Dusan y la petición de una Sede Patriarcal independiente de Constantinopla eran pruebas palmarias de ese acuerdo secreto. ¿Hasta dónde estaban dispuestos a llegar con tal de no ceder ni un ápice ante Roma…? ¿Serían capaces de plantear un cisma dentro del propio Bizancio, entre el Patriarca y el Emperador, como ocurrió en tiempos de Arsenio y Miguel VIII? Si era así estábamos condenados sin remisión, Constantinopla no resistiría…

En medio de la ilusión del nuevo año, recibí una carta de Cantacuceno en la que me comunicaba que, al fin, se había firmado el tratado con los otomanos. Conociendo su orgullo pude imaginarme la humillación y el sufrimiento que tuvo que suponer para él firmar aquellas condiciones ¡Hasta tributo le debíamos…! Juan se había entregado completamente a su vieja idea de buscar apoyos en Oriente, y por si quedara alguna duda quedó despejada por el hecho, tan insólito, de comprometer en matrimonio a su propia hija con el musulmán…

No podía explicarme cómo un hombre de piedad tan profunda como él era capaz de rendirse, en política, a un pragmatismo tan radical. Le ayudaría sin reservas, porque le quería, y entendía lo que estaba sacrificando para conseguir la salvación de Bizancio, pero yo, por mi parte, seguiría intentando abrir las puertas de Roma. ¡Si al Papa le quedaba un mínimo de sensibilidad cristiana no podía abandonar a Bizancio!

V
LOS MELISENOS

No todo habían de ser desgracias, también se cosecharon éxitos en el reinado de Andrónico III. Cuando alguien pregunte, al cabo de los años, ¿para qué sirvieron triunfos que al final hubo que abandonar…? Le responderé que fue sólo aquella ilusión por sobrevivir lo que nos hizo permanecer en pie ante tanta adversidad, fue ese tesón lo que nos ha permitido dejar una huella en la historia. Igual que nosotros tuvimos que rendirnos, muchos de los que vengan detrás nuestra tendrán que hocicar también ante fuerzas superiores… lo que queda es la historia, la voluntad de unos hombres luchando por subsistir cuyo recuerdo jamás borrarán los siglos…

No nos habían abandonado los fríos del invierno cuando empezaron a circular por la ciudad rumores sobre desórdenes en Tesalia. Al principio fueron sólo algunos comerciantes que, desafiando los peligros, se habían aventurado a vender trigo en Larisa. Luego comenzaron a llegar campesinos que buscaban alojo en los monasterios, hasta que, por último, aparecieron varios pronoiarios que acudieron ante el Gobernador Monómaco en demanda de amparo, solicitando la ayuda del Emperador. Yo, como legado del Basileos, no podía negarme a recibirles.

—¡Caballeros! —les dije—. Hemos tenido noticias de una revuelta en Tesalia. Como sabéis, Tesalia es un territorio sujeto a la soberanía imperial, la cual yo represento en Tesalónica.

El que parecía tener más autoridad entre ellos se adelantó y tomó la palabra:

—Nobles señores, en primer lugar, quiero daros las gracias por vuestra amable acogida… Desgraciadamente la anarquía se ha desatado en Tesalia, se ha desbocado como un caballo salvaje. Esteban Gabrielopoulos Meliseno —del que habéis oído sin duda hablar— ha muerto en circunstancias extrañas… Ahora todos los miembros de la familia son como lobos disputándose la presa del poder.

Larisa, Berrea y Servia tienen la revuelta en las calles, mientras en los fértiles campos los labriegos y ganaderos huyen despavoridos ante el empuje

de bandas armadas que siembran el terror, saqueando, violando y matando a los que encuentran a su paso.

—¿Decís entonces, que al morir el Patriarca de la familia no hay una sucesión clara, y ése es el motivo de los desórdenes?

No podía imaginarme una situación más propicia para restaurar el control imperial en Tesalia de un plumazo, y, de paso, vengar a mi padre de todos los males que esa despiadada familia le había ocasionado a lo largo de su vida.

—Sí Señor, así es…

—¿Vosotros deseáis pedir amparo al Emperador y que restauremos la paz en la región?

—Sí…

—Antes quiero que me deis vuestra sincera opinión sobre si hay muchos terratenientes que estén dispuestos a aceptar la autoridad del Emperador a cambio de orden.

—¡La mayoría! —me respondieron a coro— no hay nada que la nobleza no os ofreciera a cambio de librarnos de la anarquía y las cuadrillas de desalmados que recorren Tesalia…

—Me molestaría que ahora en la necesidad prometan, y que cuando pase el peligro vuelvan a su tradicional recalcitrancia…

—Estaríamos dispuestos a aceptar cualquier condición, incluida la de poner a disposición del tesoro los recursos necesarios para acabar con esta situación.

—Veo —continué— que os habéis aprendido bien la lección. ¿Habéis llegado a un acuerdo entre vosotros antes de venir, o es algo que queda por negociar?

—No queremos engañaros —me respondió directamente su representante — la cuestión ha sido planteada y discutida. Hemos venido formalmente a solicitar la ayuda de Constantinopla y las condiciones han sido aprobadas por la mayoría de los miembros de la nobleza y propietarios de Tesalia.

—Bien pues —dije, y mirando a Monómaco le pregunté: ¿Juan, con cuantos hombres contamos para ocupar Tesalia…?

—La escuadra puede proteger la ciudad, Tesalia no está lejos, creo que podemos enviar una tagma de catafractarios y un cuerpo de peltastas para protección de las máquinas de asalto si fueran precisas…

—¿Sabéis cuantos son los sublevados y con qué medios cuentan?

—La mayoría son bandas indisciplinadas de mercenarios albaneses, en cuanto vean que se les viene encima un ejército regular huirán a refugiarse en

los montes. Sólo hay un grupo, mandado por un sobrino del viejo Meliseno, que merece alguna consideración…

—¡Quiero los nombres de los que respaldan a los traidores!

—¡Los tendréis…! Hay también lugares donde se está resistiendo con la esperanza de que llegue ayuda de Constantinopla…

¡Lo que hubiera deseado Dusan disponer de aquella información —pensé— para invadir el norte de Grecia!

Teníamos que actuar inmediatamente, primero movilizaríamos las tropas de Tesalónica, luego habría que pedirle a Andrónico que enviara refuerzos lo antes posible.

Al fin iba a desquitarme de aquellos arrogantes aristócratas de Tesalia que tanto daño nos habían hecho. ¡Íbamos a poder cargarlos de cadenas y juzgarlos por traidores…!

Y así fue cómo, de nuevo, me vi vistiendo armadura camino del corazón de Grecia para recuperar unas tierras y doblegar la voluntad de unos señores de la guerra a quien guardaba rencor desde mi más tierna infancia. Marchamos por la costa, apoyados por la flota, aislando a todos los revoltosos. En cuanto se rendían, íbamos ocupando las ciudades del interior, primero Berrea, luego Servia y, al fin, Larisa. Apenas encontramos resistencia, como nos habían pronosticado, sólo en un par de ocasiones, tuvimos que hacer frente a pequeñas partidas de salteadores. Una fue al cruzar el río, antes de Berrea, y otra a las puertas de Larisa, donde se había hecho fuerte el Meliseno superviviente.

Conociendo mi odio por su familia, tuvo el coraje de salir al frente y desafiarme en combate singular. Debía pensar, en su desesperación, que si conseguía derrotarme se desmoralizaría la tropa y así podría reorganizar a sus mercenarios.

Robert y Manuel, con argumentos muy sensatos, me aconsejaron que no aceptara, pero la fuerza de la sangre en ocasiones es incontenible. Mi odio y desprecio por aquel traidor no conocía límites… Muertos el resto de sus parientes, sólo me quedaba él para ejecutar la venganza de los Angel.

Estaba convencido de que aquel insensato bravucón no resultaba un oponente peligroso para mí y acepté el duelo.

Se alinearon nuestras tropas frente a la ciudad, yo salí al frente, protegido por la coraza, montando un caballo negro y con la enseña imperial en mis armas para que a nadie le cupiera duda a quien se enfrentaba el último de los Melisenos. De la ciudad salieron varios jinetes, y en el centro se destacaba el que parecía ser mi contrincante. Era un hombre relativamente joven, con una

armadura clásica, con la lanza y la espada apoyadas en la montura. Cuando le vi ante mí me dio pena… se le veía solo y desesperado, inexperto y abandonado por sus mercenarios. Intentaba defender el ridículo orgullo centenario de una familia aristocrática descabezada y a punto de extinguirse con su sangre.

¡Que dos bizantinos se enfrentaran en esas circunstancias resultaba un escándalo para la razón!

Decidí darle la última oportunidad, perdonándole de corazón las ofensas y daños que su familia nos había inferido. En realidad, nada tenían que ver con él todas aquellas cuestiones del pasado.

—¡Rendid vuestras armas y seréis respetado! —le grité.

—¡Nunca, maldito Angel! —vociferó— agitando su brazo armado ¡Antes muerto que soportar los caprichos de unos degenerados eunucos…!

Aquello colmó mi paciencia, le di su oportunidad y no la supo aprovechar… fue su propia condena. Por la manera de reaccionar y desenvolverse a caballo, se le veía torpe, no había más que esperar a que en uno de sus arrebatos cargara contra mí, lo abatiría como a un manzano tierno. No iba a necesitar ni la jabalina, era tan zafío que no sabía ni siquiera enristrar la pica…

Se acercó a galope tendido, y sólo tuve que dar un quiebro con el caballo para, según pasó por mi lado y con un rápido movimiento, seccionarle el brazo. De nuevo me volví y le dije:

—¡Por amor de Dios, rendíos!

—¡Nunca! —volvió a responder con una rabia para mí incomprensible—. ¿Qué pueblo de locos habitaba esta tierra, capaces de morir por un prurito y luego dejar extinguirse el fuego de su cultura en una marea de extraños?

Vino de nuevo hacia mí, con una extremidad colgando y sangrando por el muñón, con su escudo abandonado sobre el campo y una triste espada en la única mano que le quedaba. La sangría le debilitaba, su cara era una pálida máscara de muerte y sus labios, contraídos, no podían ni gritar; cuando estuvo a dos pasos, me limité a desviar su carga tirando de las riendas del caballo, éste se encabritó tirándole por el aire… era un truco que había aprendido de los turcos.

Quedó tumbado en el suelo como una columna de mármol inerte, estaba muerto. La pérdida de sangre y el golpe al caerse habían acabado con su vida… en el rostro, sin embargo, pude apreciar una leve sonrisa. ¡Ojalá Dios le acoja en su seno, pobre iluso, los tiempos que se avecinan no son para

hombres como tú! Ante aquel triste e inútil espectáculo no pude evitar el llanto…

Ocupamos Larisa y toda Tesalia sin perder más que tres hombres, hacía mucho tiempo que las tropas imperiales no podían celebrar una victoria tan rotunda. Lo triste es que fue una victoria frente a primos díscolos, no frente a los verdaderos enemigos de Bizancio.

Estábamos reunidos con Monómaco, en le residencia del Eparca de Larisa, celebrando el fin del conflicto y redactando los despachos para Andrónico y Juan, cuando, de pronto, entró con gran estrépito un mensajero en el despacho.

—¡Señor! —dijo dirigiéndose a mí sin apenas haber recobrado el aliento.

—¡Tranquilízate! Habla con calma…

—Nuestros puestos destacados en la cabecera del Pinios —continuó— nos han informado que tropas epirotas están entrando por el occidente de Tesalia al mando del propio Juan Orsini.

Lo primero que se me ocurrió al escuchar aquella noticia fue ver de qué manera podíamos aprovechar aquella desafortunada intervención del Déspota del Epiro para obtener una nueva victoria…

—¡Monómaco —le dije al gobernador de Tesalónica— acércame un mapa, veamos cómo podemos trasladar algunas tropas al oeste!…

—La ruta más rápida sería por la antigua calzada de Artá —me dijo el gobernador todo nervioso.

—Creo que debemos ir cuanto antes para despejar cualquier duda sobre nuestras intenciones y afirmar nuestra soberanía en el Epiro al igual que en Tesalia. Es necesario darle una lección al Déspota Orsini.

—¡Es una pretensión insensata! ¡Ni siquiera controla el Epiro y quiere ocupar Tesalia! —exclamó Monómaco.

Enviaré a Constantinopla un mensaje urgente para comunicarles mi decisión de frenar a Orsini. Creo que tenemos la oportunidad, con un poco de decisión, de recuperar dos regiones vitales para la soberanía del Imperio.

Resultó fácil derrotar al ejército que Orsini había enviado para anexionarse el sur de Tesalia y aprovecharse de la situación de anarquía a la muerte de Meliseno. Si le hubieran avisado de la presencia de tropas imperiales, estoy seguro de que no se hubiera atrevido a moverse. Con esa maniobra lo que consiguió fue provocar su propia caída.

Lo primero que hice fue ponerme en contacto con la Despina Ana y ofrecerle el apoyo de Andrónico. Ana odiaba a los Orsini, que habían usurpado el poder del Epiro con malas artes y luego Tomás se había casado

con ella por la fuerza. Sólo fue preciso ese revés militar para que se encendiera la mecha de rebeldía en su pecho.

Nuestro pequeño ejército iba avanzando sin encontrar resistencia, parecía que nuestros deseos se iban, al fin, a ver cumplidos cuando, de pronto, recibimos un mensaje que alteró todos nuestros planes…

El Déspota había muerto, envenenado por la Despina… el que lo asesinaran era previsible, con lo que no contábamos es con que fuera ella misma, la Despina, la que asumiera la regencia en nombre de su hijo Nicéforo II. No podíamos negarle el apoyo prometido, era la facción probizantina la que había ganado la partida, pero lo único que conseguimos fue cambiar a un Déspota por otro. Los serbios al norte, los angevinos al oeste y los albaneses al lado, convertían al Despotado en un trofeo muy apetecido.

Estaba convencido de que debíamos preparar la defensa de las fronteras para un ataque inminente.

* * *

Después del calor agobiante y seco del interior de Tesalia, todos sentimos un gran alivio al contemplar de nuevo las azules aguas del Egeo y la rica vegetación de la planicie. Nuestros rostros se relajaron al contacto, suave y húmedo, de la brisa marina, el optimismo se apoderó de los hombres y, sin darnos cuenta, sin mediar orden alguna, todos aceleramos el paso. Las filas se fueron abriendo, al relajarse la tensión, la felicidad de regresar victoriosos al hogar llenaba de gozo los corazones.

A lo lejos ya se podían distinguir las murallas de Tesalónica, que rodeaban la ciudad hasta el puerto, a medida que nos acercábamos todos los campesinos con quienes nos cruzábamos nos vitoreaban sin parar ¡Hasta allí había llegado la noticia de nuestra victoria!

Al entrar en la ciudad fuimos recibidos por una multitud de ciudadanos enfervorizados que nos aclamaban y nos arrojaban flores al paso. Correspondíamos a su entusiasmo, entonando viejas canciones y golpeando los escudos para acompañar el ritmo de la marcha. Los caballos se contagiaron de la alegría general, marcando un trote lento, que resaltaba el redoblar de los tambores. ¡Fue emocionante! Al final de la cuesta, junto a la puerta de la fortaleza, nos esperaba el Gobernador, y grande fue mi sorpresa cuando vi, junto a él, a Juan Cantacuceno. ¡El Gran Doméstico había adivinado mis pensamientos!

Aquella noche nos reunimos en Angeliades, nuestra finca en las afueras de la ciudad, para pensar en lo que podíamos hacer si la amenaza serbia se convertía en realidad.

—¿Qué sabes de Sirgiano?, le pregunté a Juan…

—Escapó hace más de un mes… Estamos enterados por nuestros confidentes de que salió de Negroponte y se dirige a Serbia. Después de leer tu carta desde Tesalia, tras tu embajada a Skoplje, Andrónico pensó que era urgente hablar contigo, por eso he venido personalmente a Tesalónica…

—Cada vez estoy más convencido de que están preparando una gran ofensiva… La propuesta de paz y la petición de que Skoplje obtenga la categoría de Sede Patriarcal no son más que gestos para distraer nuestra atención. En realidad, aspira a formar un imperio en el que se incluyan todos los eslavos ortodoxos y Bizancio. No tengo la menor duda… Me lo dijo a la cara, sin reservas de ningún tipo; se cree con el derecho y la autoridad necesaria para hacerse coronar en Serbia.

—¡Es un visionario o está loco! —exclamó Juan, llevándose las manos a la cabeza.

—El problema, Juan, ¡es que se lo cree!… y lo alarmante es que tiene un ejército capaz de llevar a cabo sus amenazas… No lo intentará todo al mismo tiempo, primero ocupará Grecia, empezando por el norte, y luego, aprovechando nuestras debilidades, intentará conquistar el resto.

También os debo decir algo que ni siquiera me he atrevido a insinuar en la carta por lo espinoso y delicado que puede ser: Dusan mantiene estrechos contactos con la Iglesia, y muy especialmente con la teocracia de Athos. Sus halagos a la jerarquía, regalos y concesiones son constantes, desea por encima de todo que las autoridades religiosas vean en él a un salvador de la Ortodoxia y no a un enemigo, como les ocurre a los latinos. Es una política muy peligrosa y muy efectiva entre los círculos eclesiásticos, que andan muy revueltos desde tiempos del viejo Miguel. No dejan de apreciar en él, en su rusticidad y religiosidad primitiva, un sostén para sus intereses frente a la autoridad imperial.

—¡Lo que insinúas es muy grave, Demetrio! Me cuesta mucho imaginarme al Patriarca contemporizando con Dusan. El que se dejen querer, incluso el que les permitan tener un Metropolitano con categoría patriarcal, no me asusta. Si lo que insinúas es que podrían inhibirse en un conflicto y ante la población civil asumir una postura de colaboración con los serbios no lo creo posible…

—Lo que te estoy diciendo no es una opinión, es un hecho. He oído suficientes comentarios, incluido el del obispo de Skoplje. Teophanos, tu recomendado estuvo hablando con todos, Dusan incluido… ¿Te dijo algo?

—No…

—Pues es cierto, y hay algo más grave aún, un día encontré mi puerta abierta y la correspondencia revuelta… ¡Alguien tenía mucho interés en conocer las instrucciones de Andrónico!

—Pudo ser cualquiera —objetó Juan.

—¡No…! —le aseguré— estábamos alojados en el mismo pabellón, nadie de mi guardia ha podido ser, todos conocen el contenido… Sólo podía tratarse de uno de los frailes menores, aprovechando mi ausencia.

Creen que si desapareciese el Imperio, la Iglesia sobreviviría. Aunque hablen del Imperio Eterno y del fin del mundo… estarían dispuestos a aliarse con los serbios o los búlgaros contra nosotros si lo considerasen necesario para sus intereses. ¡Pregúntaselo a los Jerarcas de Gran Lavra o Vatopedi…!

—Transmitiré tus temores a Andrónico, él decidirá…

—Te lo ruego Juan, mi vida puede peligrar, conocen mi forma de pensar, de momento me respetan por mi amistad contigo, pero empiezo a sentirme acosado.

—Lo mejor será que reforcemos las defensas de Tesalónica —prosiguió Juan, como si no hubiera escuchado mis últimas palabras…

* * *

Tal como temíamos se cumplieron nuestros peores augurios: el traidor Sirgiano, al frente de tropas serbias, asistido por el mismo Dusan, invadió Macedonia. Una tras otra, nuestras principales ciudades tuvieron que irse rindiendo Ochrida, Prilep, Strumitsa, Kastoria y hasta la misma Vodena. Cada día recibíamos la triste noticia de que otra ciudad había caído en su poder. La resistencia que encontraron fue insignificante. Nuestras tropas tenían orden de retroceder y replegarse sobre Tesalónica. Los Eparcas debían negociar las capitulaciones desde una situación lo más ventajosa posible, sin pérdidas irreparables en vidas humanas o materiales.

Nuestra táctica fue proteger el sur y conseguir que la ocupación fuera lo más pacífica posible para, en el momento oportuno —cuando acabara la marea serbia—, recuperar esos territorios.

No era absurdo pensar que aquellos casi montañeses, al cabo de un tiempo, perdieran su fuerza y que las poblaciones, al ser mayoritariamente

griegas, les forzasen a abandonar sus conquistas. Para ello era esencial que no se destruyeran ni las ciudades ni los sembrados. Afortunadamente la idea de Dusan de construir ese imperio común nos ayudaba, ya que en ningún momento violentó a la población; deseaba ganársela para su causa.

Tesalónica resistió el embate con bastante facilidad tras sus fortificaciones y con el dominio del mar. No tardaron mucho los serbios en darse cuenta de que carecían de medios para tomar por asalto una ciudad de esas dimensiones y bien protegida. Se retiraron ordenadamente antes de la llegada de los fríos del invierno. No querían exponerse a una vuelta a través de territorio enemigo en las duras condiciones del invierno.

Quedaba el problema de Sirgiano… Algo había que hacer para impedir que ayudase al enemigo, «… lo que sea», me dijo Andrónico y eso fue lo que hicimos…

A Robert, que había conseguido infiltrarse hasta Skoplje, le resultó muy fácil contratar a unos mercenarios albaneses para dar el golpe… Los albaneses, que habían sido expulsados de sus tierras, odiaban con toda su alma a los serbios y con más rabia todavía a todos aquellos que habían colaborado con ellos. Eran los sicarios perfectos; si matar en frío no les producía demasiados escrúpulos, menos aún les inquietaba eliminar a un amigo de sus enemigos, y para mayor satisfacción recompensados por el oro bizantino.

Siempre es triste pensar en la muerte de alguien con quien hemos compartido el entusiasmo de la juventud y las confidencias de la adolescencia, pero más penoso aún es tener que ordenar su muerte. Sirgiano, me contaron, cayó abatido por dos jabalinas al detenerse a orinar al borde de un camino perdido a la orilla del lago de Prilep. Indigna y vergonzosa forma de morir para un Caballero, Senador y Paleólogo…

A principios del invierno recibí un mensaje de Dusan: nos invitaba a reconsiderar la paz y firmar el tratado acordado conmigo hacía un año, pero respetando las nuevas fronteras… Quien engaña será engañado, y como la tinta poco valía firmamos la paz.

Tenía que volver a Constantinopla, era hora de volver a Branchaion y dejar Tesalónica. Gran alegría nos produjo, a Elena y a mí, la llegada de nuestro segundo hijo, a quien pusimos por nombre Juan, por Cantacuceno, y le bautizamos en San Demetrio.

VII
LA LUZ DIVINA

Las inclemencias del otoño fueron presagio del duro invierno que habríamos de padecer. A finales de noviembre nuestra madre pasó a mejor vida. Los primeros fríos marchitaron las rosas del jardín, y con su ausencia se fue a disfrutar de la paz en compañía de los santos y de su adorada Virgen. Tuvo la dicha de no tener que asistir a la agonía de nuestro mundo. Acudieron personas de todos los rincones de la ciudad para escoltar sus restos mortales hasta San Salvador. A un lado de la basílica estaban los nobles vestidos de negro, junto al séquito imperial, de púrpura y oro, al otro, las plañideras desgarrándose los vestidos y los mendigos llorando la pérdida de su protectora.

Las nubes de incienso nos protegían del hedor de la miseria y del olor penetrante de los perfumes. La basílica estaba rebosante de humanidad, bajo las doradas y multicolores cúpulas el público se perdía entre las columnas del atrio, y en los ambulatorios todos querían rezar, monótona y fervientemente, por el eterno descanso del alma de Teodora. Andrónico, pálido y ojeroso, nos observaba a todos como a extraños, con la mirada perdida en el vacío, sus movimientos eran lentos y se apoyaba discretamente en un bastón, alegando que padecía la resaca de un fuerte resfriado… Le conocía con demasiada intimidad para que me pudiera engañar con aquella ridícula disculpa, estaba enfermo… muy enfermo.

* * *

Hacía tres días que no dejaba de llover y barrios enteros estaban incomunicados. Las palomas buscaban el abrigo de los aleros y las terrazas, y en las calles sólo se veía a solitarios vendedores cargando su mercancía de puerta en puerta, afanándose por no empaparse en medio de aquel diluvio. Tan absorto iba en mis pensamientos, camino de palacio, que no sentía ni el frío intenso, ni el viento ni la humedad. Un fuego interior me consumía, la preocupación por la vida de Andrónico, el Emperador y el amigo.

Lo encontré al calor de un brasero en su cámara privada, acompañado por Ana de Saboya, la Emperatriz, y Juan Cantacuceno, el Gran Doméstico; estaba reclinado en su largo jergón, cubierto de pieles y con una expresión ausente. Mi presencia debió interrumpir algún argumento que se estaba esforzando por hacer comprender a su mujer y a Juan, en cuanto estuve junto a él continuó:

—Os he mandado llamar porque cada día que pasa me siento más agotado. He consultado a todos los cirujanos y médicos de la ciudad, incluso he mandado venir a algunos de Persia. ¡Hasta los curanderos y adivinos han pasado por mi lado! Y ninguno me ha sabido explicar el mal que me aqueja… Aunque no me lo digan, sé que es grave. No puedo evitar morir, pero sí puedo intentar dejarlo todo de forma que no se produzca el caos a mi muerte. Es mi voluntad, y a los tres pongo por testigos, de que mi único heredero es Juan, aunque por su edad le resulte imposible gobernar. He decidido que existiendo desde antiguo la institución del Coemperador, es mi deseo que Juan Cantacuceno, aquí presente, lo sea mientras mi hijo no alcance el sentido necesario para gobernar.

—¡Lo que decidas será respetado! —le prometimos Juan y yo.

En aquella reunión íntima el silencio de Ana era inquietante. Ignoro cuáles fueron entonces las verdaderas intenciones de la Emperatriz, pero la actitud era claramente desafiante, y por lo que ocurrió después tengo que suponer que incluso en aquel momento, junto al lecho de muerte de su marido, ya estaba pensando en cómo hacerse con el poder… Al terminar se retiró sin decir ni una palabra.

Al quedarnos solos Juan y yo, Andrónico empezó a recordar anécdotas de nuestra juventud:

—¡Demetrio te acuerdas…!, lo pasamos bien verdad…

—Sí Andrónico…

—¿Sofía sigue en Monemvasia?, qué bella era…

—Hermosa como la luna llena en época de cosecha… Tampoco yo me puedo olvidar de María…

—Pobre María, murió por equivocación… Demetrio, a tu padre nunca le podré agradecer bastante lo que hizo por mí, fiel hasta la muerte… Por eso quiero que Juan y tú os ocupéis de proteger a mi hijo.

En el funeral de tu madre me acordé de Metoquita… Allí estaba, mirándonos a todos desde los mosaicos con su gran turbante, ofreciendo la iglesia a Cristo, como el alma más cándida y generosa de la creación.

—Fue un gran maestro, pocos le igualaban en el conocimiento de las ciencias —comentó Juan—, pero era un hijo de perra en política… Siempre jugaba con dados trucados, jamás sabías lo que de verdad estaba pensando. ¿Os acordáis cómo durante la campaña de Tracia fingió estar con nosotros hasta que firmó la paz, y luego tentó a Sirgiano para que nos traicionara…?

Así seguimos charlando hasta que empezó a ponerse el sol. Aún en el frío de diciembre, el Cuerno de Oro refulgía como un maravilloso espejo…

¡Constantinopla… Constantinopla…! —se lamentó Andrónico, incorporándose y asomándose por encima de la terraza de Blaquerna—. ¡Cómo te he querido y cuánto me cuesta abandonarte!

* * *

¿Cómo puedo convencer a los críticos de que mi fidelidad a Cantacuceno y a Andrónico III permaneció inconmovible durante aquellos años? Es cierto que nos separaba un abismo, pero, a pesar de ello, jamás vaciló nuestra amistad.

Al salir de Blaquerna, no habíamos recorrido treinta pasos, cuando Miguel me llamó la atención sobre dos individuos que parecían seguirnos. Cada vez que doblábamos una esquina, los teníamos detrás, y cuando nos volvíamos aceleraban el paso. Iban cubiertos y encapuchados a la manera de los clérigos, y cuando nos deteníamos en algún soportal se esfumaban como sombras. Cuando llegamos al portón de Branchaion le dije a Miguel que, tomando dos hombres, intentara seguirlos para averiguar a dónde iban. Desde el viaje a Serbia tenía la extraña sensación de estar siendo vigilado: en Skoplje forzaron mi dormitorio y en Tesalia vivía bajo la impresión de que alguien me seguía, aunque nunca conseguí descubrir al culpable. Cuando hablaba de ello con Juan me hacía desechar la idea. Sin embargo, cada día estaba más seguro de que alguien intentaba controlar todos mis pasos.

Miguel no tardó en volver y me dijo que, después de seguirlos a lo largo de La Mese hasta el Foro del Buey, se refugiaron en el monasterio de Mireleo. No eran unos impostores, sino monjes de verdad… Todo encajaba, mi esfuerzo por buscar una alianza con los latinos frente al turco, aunque fuera al precio de la unión de las Iglesias, era anatema entre los partidarios hesicastas de Palamas.

El último acto público que presidió Andrónico fue, precisamente, un concilio en el que se pretendió zanjar, de una vez por todas, aquella envenenada disputa religiosa. Los hesicastas fueron declarados ortodoxos y

Palamas exonerado de toda acusación de herejía. El día 15 del mismo mes de junio fallecía Andrónico en Blaquerna.

Hasta el final estuvimos presentes todos los que le queríamos, murió en paz, encomendándonos a su hijo que, a partir de ese momento, se llamaría Juan V Paleólogo, convirtiéndose en el heredero del trono con nueve años… Juan Cantacuceno asumió la regencia, cumpliendo así el testamento y la voluntad expresa de Andrónico.

A pesar del duelo de aquellos días, en que la ciudad guardó luto y todos los mendigos recibieron alojamiento y comida —como expiación por los pecados del Emperador—, varios miembros del Senado mostraron desvergonzadamente su descontento por el nombramiento de Cantacuceno. En Santa Sofía, el Megaduque Apocauco, nuestro colega, Nicetas el Protovestiario y el Proedros del Senado se hicieron notar por su ausencia en los oficios fúnebres, pero nada pudo hacerse, todos se habían excusado con gran corrección alegando razones de peso.

La situación en Constantinopla era desesperada: la frontera amenazada, la crisis había hecho mella en todas las clases sociales, los campesinos y los habitantes de las pequeñas aldeas acudían a la urbe en busca de grano confiando en las galeras de Tracia, y los barcos no llegaban. El descontento se palpaba en el ambiente y, para colmo, los cofres del tesoro estaban vacíos.

El caudillo de los populistas era el implacable Alejo Apocauco, que se había revuelto abiertamente contra la autoridad de Cantacuceno mientras que los zelotas religiosos le apoyaban.

No parecía posible tender un puente entre ambos bandos, el espectro de una nueva guerra civil amenazaba con desmembrar los restos del Imperio. Lo que impidió un enfrentamiento aquel verano fue la propia naturaleza, a través de un calor sofocante que envolvió la ciudad en un sopor letárgico y que no invitaba a manifestaciones violentas. Teníamos al enemigo dentro además de fuera, la paciencia del pueblo podía desbordarse en cualquier momento, mientras Apocauco seguía azuzando a la masa contra los terratenientes. Una de esas noches cálidas de julio tomé una decisión que habría de resultar providencial. Llamé a Elena y le dije:

—Estoy muy preocupado… El riesgo que yo deba asumir por mi caigo no debéis compartirlo vosotros. He decidido que os trasladéis a Cydonia, donde, como sabes, poseemos una villa. El lugar es muy seguro, estaréis bajo la protección deVenecia y de nuestros parientes los Dragas.

—¿Tan mal ves las cosas?

—Desgraciadamente sí. Estamos al borde de una guerra civil más grave que las anteriores, porque la plebe puede saltar a la calle después de años de miseria…

Le escribiré a Constantino Lychudes, que debe ser ya un anciano, a los Morani y a Girolamo, mi antiguo camarada de correrías en Candía. Les diré que embarcáis en uno de los barcos de los Savelli hacia Candía.

—¿Quiénes nos acompañarán?

—Irán contigo Miguel, Juan Zinziluces y Simón Geometres, que conocen muy bien la isla. ¡Como en los viejos tiempos, la segunda generación! En Branchaion sólo quedará un retén.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Permanecer en mi puesto mientras pueda. Cantacuceno necesita a alguien que le cubra las espaldas mientras él se ocupa de reclutar un ejército. Si las cosas se ponen muy feas, Dios quiera que nada de esto sea necesario, tendré lista una embarcación para unirme a vosotros tras recoger a los templarios en Tesalónica.

Conmigo se quedarán Manuel y dos normandos de la guardia de palacio.

De todo esto no hables más que con las personas imprescindibles, los preparativos no deben llamar la atención. ¿Lo entiendes, verdad?

—Perfectamente, mañana mismo empiezo a prepararlo todo. Mi madre no está aquí, pero está en un lugar seguro, no quiero alarmarla.

—Creo que los niños y tú vais a disfrutar mucho en Cydonia…

Y así fue como envié a mi familia al exilio, a mediados de agosto, aprovechando el Meltemi, a mis tres hijos y Elena, embarazada del cuarto. Comenzaba una odisea para ellos, como para mí hace muchos años, que no habría de tener su Ithaca hasta el fin de nuestros días.

* * *

Habían transcurrido ya quince días desde que Juan salió de Constantinopla para reclutar en Aydín las tropas mercenarias que reclamaban las guarniciones de Tracia. Yo seguía intranquilo, me sentía vigilado por los zelotas y, ahora, también por los demagogos a las órdenes de Apocauco y la Emperatriz.

Cansado de vivir con tanta incertidumbre, decidí recurrir al viejo Malik para escapar de las miradas indiscretas y pedirle ayuda en un tema delicado…

—¿Que te vigilan y no sabes por qué? —se sorprendió Malik—. ¡Parece mentira que con los años que llevas en esta ciudad no te hayas dado cuenta

del poder de tu Iglesia…! ¡Naturalmente que te espían, te has declarado defensor de un nuevo acuerdo con Occidente! ¡Lo has proclamado a los cuatro vientos!, te has distanciado, incluso, de tu amigo Cantacuceno… ¿Todavía quieres saber por qué te vigilan…?

—No me cuentes lo que ya sé —le repliqué—, quiero que me ayudes a averiguar quién tiene interés en seguir mis pasos y por qué… No me preocupa que me consideren un adversario, con ello cuento…

—¡Comprendo! —exclamó—. ¡Sólo quieres saber si es el Patriarca o el Archimandrita de Gran Lavra el que amenaza tu vida…! ¿Me equivoco?

—Dicho de otra manera…

—Confieso que desconozco los entresijos de la Iglesia, ¡soy musulmán y no quiero problemas con las autoridades!, pero por lo que he oído, Calecas, el Patriarca, no es precisamente un zelota, más bien odia a los hesicastas y a su maestro sobre todo.

—Tengo que saber si corro peligro —insistí—, debo penetrar en el monasterio de Mireleo y consultar sus archivos secretos…

—¡Por el Profeta…! —protestó Malik—. ¿No pretenderás que yo, musulmán, sea cogido curioseando indebidamente en un convento cristiano?

—¡No, claro que no…! ¡Pero tú sí conoces a personas que me pueden ayudar a entrar y salir sin ser descubierto!

—¿Quieres conocer a un par de profesionales del gremio de los ladrones? —me preguntó con cierta ironía…

—No exactamente, necesito a alguien que teniendo acceso al convento también sea un buen espía… No sería posible entrar sin ser descubierto, a no ser que me acompañe una persona que conozca perfectamente el interior del convento con todos sus escondrijos…

—Entiendo… Necesitas que me entere de si algún piadoso monje, ¡astuto y avaricioso!, estaría dispuesto por unos hyperpiron a facilitarte la entrada y llevarte hasta el despacho del Archimandrita…

—¡Correcto!, ¿ves cómo lo entiendes…?

—¿Te acuerdas de Jacob Ben Amaniel? —me preguntó Malik.

—Sí, es tu amigo y colega hebreo, el que nos ayudó a reclutar tropas cuando Tesalónica estuvo sitiada, hace años…

—Bien, veo que lo recuerdas, pues Jacob vive en Vlanga, al lado del monasterio de Mireleo, no sólo habita junto al convento, sino que tiene el contrato de abastecimiento para las cocinas y los establos del Archimandrita… Tiene muy buenas relaciones con varios monjes de la comunidad. Podría pedirle, si me lo autorizas, que haga averiguaciones, sin

revelar el interés que le mueve, y si la respuesta es afirmativa podéis ya entenderos directamente… Un hebreo tampoco debe ser sorprendido en una intriga de esta naturaleza.

—¡Perfecto! —le dije, sin pensarlo dos veces—. Arregla el encuentro, de lo demás me ocupo yo…

* * *

Chalintzes era un monje obeso, de mediana edad, con aspecto de disfrutar más de los placeres de este mundo que del misticismo de Palamas. Por una de esas jugadas del destino había caído en aquel convento como castigo por cualquier veleidad; venía de Vatopedi, en Athos, donde anteriormente había ostentado un cargo de mayor importancia.

No parecía dispuesto a arrepentirse de sus instintos, con lo que no fue difícil convencerle: bastó con ofrecerle una suma lo suficientemente sustanciosa como para que pudiera abandonar el convento y retirarse a alguna pequeña ciudad de provincias. Sus ojos eran vivos y saltones, lo que denotaba la clase de sagacidad que me interesaba para llevar a cabo mi plan, pero le perdía su falta de agilidad.

A los dos días me vi disfrazado de monje con el negro tocado en la cabeza, me teñí de oscuro la barba, pintándome algunas canas para camuflar la edad y adoptando el aspecto de un venerable y piadoso cenobita. El mejor día para colarme en el convento sería un domingo, festividad en que se sucedían los oficios religiosos y en la que a nadie le extrañaría la presencia de un monje más entre tantos.

Chalintzes me había aleccionado bien sobre el lugar donde el Archimandrita guardaba los archivos y los diarios secretos. Le expliqué que no tenía deseo de sustraer nada, sólo quería curiosear la correspondencia. Si desaparecieran documentos del convento, podría levantarse un revuelo que a nadie interesaba.

No tuvimos problemas para entrar, Chalintzes les explicó a los porteros que yo era un monje que venía de Anatolia escapando de los turcos, y que estaba en Constantinopla de paso, camino del monasterio de Elona, en el Peloponeso. Según íbamos camino de la celda se oía la música de los ritos vespertinos: los cánticos monocordes y profundos acompañados por las entradas brillantes y metálicas de los simandros y las percusiones rítmicas de las maderas. El monasterio tenía un gran patio central y dos ambulatorios, en el centro los monjes habían plantado manzanos y almendros, y unas escaleras,

al fondo, ascendían al piso superior. Las entradas y salidas estaban repartidas de tal manera que hacían imposible la huida para cualquiera que viniera sin engaño. No quise detenerme hasta estar seguro tras los muros de la celda de Chalintzes, allí tendríamos que esperar a que las campanas anunciaran el fin de la jornada monástica. Nos movíamos sigilosamente por aquellos interminables pasillos, curioseando las costumbres de aquella peculiar comunidad mística. Los monjes, en mitad de sus habitaciones, estaban completamente desnudos, tumbados en el suelo, encogidos, con las rodillas tocando la barbilla, murmurando una oración. Chalintzes me susurró al oído que lo que pretendían era alcanzar la beatitud a través de la visión de la luz eterna…

Cuando se hizo el más profundo silencio, guiado de nuevo por Chalintzes, nos encaminamos a la biblioteca. Nuestras sandalias apenas rozaban el suelo de mármol para no hacer ruido, y nos deslizábamos pegados a las paredes para ocultarnos entre las sombras por si apareciera algún asceta rezagado. Afortunadamente, la celda estaba cerca del patio al que se abría la entrada de la biblioteca. La puerta no estaba cerrada, fue fácil entrar, lo difícil sería abrir el arcón donde se guardaba el diario y la correspondencia.

El mueble, no muy grande, disponía de varios resortes para abrir las gavetas, teníamos que descubrir el mecanismo secreto para no violentar las cerraduras si queríamos ver el interior. Había que actuar con gran cautela y en silencio absoluto, ya que, al más leve ruido, se nos vendría encima una legión de clérigos en mitad de la noche. Chalintzes estaba muy nervioso, daba vueltas alrededor del arcón mientras yo intentaba dar con la clave. Notaba que había algo que quería decirme, pero no se atrevía…

—Si tienes algo que contar, adelante —le urgí en voz muy baja.

—No me malinterpretes —dijo balbuceando— soy un pobre religioso sin futuro… he visto abrir el bargueño en una ocasión y me parece que recuerdo cómo se hacía…

—¿Estás intentando decirme que quieres más dinero…?

—El suficiente para pagarme el viaje a Grecia…

—¿No te pareció suficiente el que te dieron ya…?

—Siempre se necesita más cuando hay que abandonarlo todo —me suplicó—. ¡Nunca podré volver a la Iglesia…!

—De acuerdo —le prometí.

—Junto a esas pequeñas columnas jónicas que sobresalen enmarcando las asas hay un pequeño dintel, si lo presionas activarás el cerrojo…

Hice exactamente lo que me indicaba, se oyó un ligero ruido a ambos lados del arcón y, moviendo la palanca que había quedado a la vista, se abrió la tapa. ¡Lo había conseguido!

Le di una palmada en la espalda a Chalintzes para tranquilizarle y le dije: tendrás lo que me has solicitado…

En el interior había muchos documentos y cartas; con la tenue luz de una vela fui rápidamente repasando, sin desordenarlos, los que creía que, por el tema, podrían ser los más interesantes.

Casi todo era correspondencia con los monasterios de Athos sobre temas de disciplina religiosa. También había correspondencia con el Patriarca y con el Obispo de Brontoquion, en Mystra. No pude encontrar ninguna carta que comprometiera a los seguidores de Palamas en una conjura. En todo momento, por el contrario, se encarecía la fidelidad a Juan Cantacuceno… El obispo de Vatopedi le escribía una carta a mi viejo conocido Teophanos rogándole que no permitiera que las disensiones en el seno de la ortodoxia pudieran debilitar la posición del actual Coemperador. El Archimandrita de Gran Lavra insistía en apoyar a Cantacuceno con la condición de que estuvieran garantizados los derechos de la Iglesia… Lo que sí se deducía de las cartas era un tremendo rechazo a la idea de volver a buscar la unión de las Iglesias, cosa que, por otra parte, no me sorprendía. En los más de veinte documentos que examiné, no encontré nada. Una tardía alusión a la labor de mi padre, Alejo, pero en sentido laudatorio sin la más leve alusión a su misión en Occidente.

En cuanto sonó la campana llamando a la oración, antes de que despuntara el sol, tuvimos que abandonar la biblioteca. No tardamos en llegar a la celda, donde, según acordamos, permanecería escondido hasta la noche siguiente, en que saldría del convento sin llamar la atención.

Estaba frustrado, mis deducciones me habían llevado por el camino equivocado, si tan fieles eran a Juan no era previsible que se enfrentaran a causa mía. Parecían unos visionarios inofensivos obsesionados por la teología…

* * *

La Emperatriz Ana y Apocauco, aprovechando la ausencia de Juan, en septiembre, convocaron al Senado. Aquel mismo día íbamos Manuel Calecas y yo en dirección a palacio cuando notamos una gran agitación en Chalcoprateia. Alrededor de la columna miliaria se había reunido un gentío

que reclamaba, en medio de un tremendo griterío, la presencia del Emperador. La multitud se iba arremolinando en la plaza y parecía dirigirse hacia el edificio del Senado.

Aceleramos el paso para no tropezamos con toda la plebe que iba en la misma dirección. Al frente del populacho se veían algunos popes y prelados que solicitaban ver al Patriarca Calecas. Aquella manifestación había sido organizada, no había nada de espontáneo en su factura y el coincidir, precisamente, con un consejo urgente me hacía pensar que alguien estaba intentando manipular al populacho.

El calor otoñal se hacía notar más que de ordinario, no corría ni una gota de aire y la humedad lo impregnaba todo. Había llovido mucho la noche anterior, los charcos, desagües y regatos de drenaje, que todavía no se habían secado con el calor del sol, desprendían un vaho que formaba una leve niebla rastrera que contribuía a la sensación de agobio que se respiraba en el ambiente.

Los claustros del Senado estaban sorprendentemente desiertos, sin los guardias armados que solían alinearse a lo largo de los pasillos. También era normal ver a miembros de los distintos colegios pasearse por su umbría en las cálidas mañanas de verano y, precisamente hoy, con este tiempo pegajoso, no se veía ni un alma. Le dije a Manuel:

—Presiento que ocurre algo, la manifestación en la calle demandando la presencia del Patriarca y la ausencia de personas en el edificio no son una coincidencia. Debemos estar preparados para huir…

Al entrar en la sala, además de los Senadores, estaban presentes nada menos que la Emperatriz Ana y el Patriarca. Al fondo estaba Juan V, protegido, casi cubierto, por tres guardias armados. Se estaba preparando algo, ya no me cabía la menor duda, y lo peor es que las decisiones ya se habían tomado…

Los presentes habían dado por bueno el quorum antes de que estuviéramos presentes los fieles a Cantacuceno. El truco había sido muy sencillo: a nosotros nos convocaron con una hora de retraso.

Era demasiado tarde para desenmascararlos, además las tropas que eran fieles a Juan habían sido retiradas de sus puestos. ¡No había manera de controlar la situación!, todo estaba calculado. Afortunadamente, no les había dado tiempo de colocar a sus hombres para cerrar la salida, con lo que la retirada no sería difícil. Quería escuchar las conclusiones antes de escapar.

Apocauco se levantó y tomó la palabra:

—¡Senadores!, os hemos convocado con urgencia para restablecer el orden legal y, con ello, el público en la ciudad.

Como Megaduque y Secretario del Tesoro la Emperatriz me ha solicitado que tome las medidas oportunas para poner fin a esta anarquía. El regente Cantacuceno se ha ausentado de la ciudad con la disculpa de reclutar un ejército para defender la frontera norte de Grecia… La verdadera razón es consolidar su usurpación y, con su propio dinero, traer un ejército extranjero a Constantinopla para proclamarse único Emperador.

Sus partidarios han intentado apoderarse del control de nuestra Santa Iglesia, los hesicastas han sido exaltados a los más altos honores y propagan una teoría de dudosa ortodoxia, con el consiguiente deterioro de la Iglesia y del poder del Patriarca…

Iban encajando todas las piezas: la Emperatriz presenta a Juan V como el heredero —cosa que Cantacuceno no ha negado jamás— y le da la oportunidad a Apocauco de tomar la regencia, con lo que el verdadero poder permanece en sus manos. ¿Dónde encaja y cuáles son los intereses de la Iglesia…? Está muy claro, el Patriarca es enemigo radical de los hesicastas, partidarios de Cantacuceno, porque representan el poder de Athos y no la jerarquía de Constantinopla. El Patriarca recupera la hegemonía, desterrando y condenando la teoría de Palamas como herética.

¡Eran sinceras las manifestaciones de fidelidad que contenían las cartas del monasterio de Mireleo!, los hesicastas no eran los traidores, me vigilaban y temían por mis contactos en Occidente, pero los traidores eran la Basilisa, el Megaduque y el Patriarca… La trama estaba perfectamente urdida, Alejo Apocauco nunca había sido un aficionado, era un hombre de instinto retorcido, ruin, vulgar, pero perversamente inteligente. Había preparado el golpe desde palacio, ahora sólo le faltaba conseguir en la calle el apoyo de la masa descontenta… no tenía más que exacerbarla con arengas demagógicas y lanzarla contra los aristócratas, los ricos y los terratenientes partidarios de Cantacuceno. ¡El Espíritu Santo me iluminó cuando se me ocurrió la idea de alejar a la familia!

Antes de que Apocauco terminara su discurso, le hice una seña a Manuel que entendió perfectamente. Poco a poco nos fuimos acercando a la puerta del fondo hasta que, con un rápido movimiento y aprovechando el descuido del guardia, nos escabullimos por el pasillo.

Salimos del Senado tan rápido como nos llevaron los caballos, pero antes de partir tenía que ver a Malik. Al mismo tiempo envié a uno de los soldados

al muelle Teodosio para que le dijera al capitán de la pequeña goleta Arbal que reuniera inmediatamente a la tripulación y se preparara para salir.

La puerta estaba abierta, el eunuco Amal me llevó inmediatamente a la trastienda, donde le encontré recontando unos albaranes y comprobando la mercancía que acababa de recibir.

—¡Malik! —le llamé nervioso—. No tengo tiempo de explicártelo todo, necesito que me ayudes…

—Sabes que puedes contar conmigo, noble Demetrio, dime: ¿qué te pasa?

—¡Apocauco, la Emperatriz Ana y el Patriarca acaban de declarar usurpador a Cantacuceno!, estoy en peligro, han soliviantado a las masas, nos acusan de querer destronar al joven Juan V… Es una vieja historia que arranca del testamento de Andrónico —lo sé bien porque estuve presente—. Ana nunca aceptó la regencia de Juan, y Apocauco se ha aprovechado de ello para eliminar a su antiguo benefactor y hacerse con el control del Imperio…

—¡Entonces nada tenían que ver los monjes de los que tú sospechabas…!

—No… Todo lo contrario. ¡Tengo que salir de Constantinopla enseguida! Si me cogieran mi vida no valdría nada, creo que están dispuestos a todo. La plebe se ha echado a la calle, en Chalcoprateia, a lo largo de La Mese, en el Foro de Constantino… vienen quemando y asaltando las casas de los aristócratas partidarios de Juan. Necesito que protejas mis bienes en la capital y que envíes, por medio de los Savelli, fondos a Cydonia con un mensaje que diga que tengo intención de reunirme con ellos. Pero antes tengo que ir a Tesalónica, reunirme con Robert y recoger la Sábana Santa en San Nicolás, para luego intentar reunirme con Cantacuceno en Didymotheicos.

—¿Qué hará Cantacuceno? Si no acude pronto con tropas para recuperar el control, la guerra será inevitable, Constantinopla por un lado y las provincias por otro…

—¡La guerra es ya inevitable, Malik! —le corregí—. Los contendientes son demasiado poderosos y han llegado tan lejos que sólo las armas podrán resolver sus diferencias…

—¿No dispone Cantacuceno de un ejército mercenario a sus órdenes? —preguntó Malik un poco perplejo.

—Recibí una carta desde Didymotheicos hace tres días, desgraciadamente ese ejército ha sido licenciado. Apenas habían comenzado a pacificar la frontera de Tracia cuando fueron llamados de vuelta por el mismo Umur. Parece que los sultanes temen un ataque de los caballeros de Rodas contra Aydín. Juan se encuentra sin más tropas que la guardia de frontera. Tiene que hacer una leva y conseguir fondos para tomar la iniciativa…

—¡Eso llevará tiempo! —exclamó Malik alarmado…

—¡Claro!, por eso esta guerra va a durar más que las anteriores y será nefasta para Bizancio. Vamos a enfrentarnos entre nosotros, derrochando los escasos recursos que nos quedan, mientras nuestros enemigos se sientan a esperar para recoger los restos. ¡Si es que no deciden intervenir para liquidarnos más de prisa!

—¡Debes huir!, Demetrio —me interrumpió Malik—. Es peligroso que permanezcas en la ciudad. Por la memoria del Profeta, ¡cuyo nombre sea loado!, deben estar buscándote. Tú puedes hablar en nombre de Juan en Occidente y en Serbia, si te atrapan te asesinarán con toda certeza… ¡Vete inmediatamente!

VII
LA DIÁSPORA

Navegamos sin detenernos. Tras años de carreras desenfrenadas intentando atajar los problemas que aquejaban al achacoso cuerpo de Bizancio, ya nos habíamos habituado a la premura y la precipitación.

La juventud nos daba fuerzas, y la costumbre había suavizado la incomodidad de una vida en la que nos acostábamos con el riesgo de un puñal o la cárcel y nos despertábamos con la incertidumbre de los elementos en mitad del mar.

La planicie marina, con su vocación de eternidad, llegó a ser el consuelo más apetecido. La soledad y el silencio de las noches, navegando con la hechicera luz de la luna y las estrellas, me sumergía en un espacio intemporal donde daba igual un día que una semana, donde el viento y la ola marcaban nuestro destino y la voluntad del hombre se veía a merced del devenir y los elementos. El amanecer lejos de una orilla familiar, las horas pasadas en el puente observando a las gaviotas revolotear alrededor del mástil y la línea pura del horizonte me hacían olvidar el desorden tumultuoso de Constantinopla. Pensar en la infinita pequeñez de nuestra existencia ante la magnificencia y grandeza de aquella realidad restaba importancia a las preocupaciones cotidianas, situando nuestros sueños y querencias en una dimensión cósmica. ¡Qué significaba un gobierno o alcanzar las más altas dignidades ante la conquista de la paz y la felicidad del alma!

El mar me transmitía la quietud que mi alma añoraba, y aún en la mayor tormenta no era el temor lo que me dominaba, sino el respeto por su fuerza y el saber que lo que ante mí se mostraba era noble y podía superarse. Que si la muerte me alcanzase, sería digna ante un adversario, no un enemigo.

¡Cuán distinto era en la política y en la guerra, donde no sólo encuentras la muerte sino también la desgracia, la humillación y el desprecio!

Fue una larga y dura travesía, no era frecuente que en esa estación hiciera mal tiempo, pero realmente pocas veces he visto un viento más violento e irregular. Nos costó doblar los cabos y farallones de la península de Athos, atrás quedaron los monasterios, en su olímpico aislamiento, y nos dirigimos costeando hasta Tesalónica.

Al llegar nos encontramos con que el antiguo puerto imperial de Constantino estaba repleto de embarcaciones. Unos habían atracado debido al mal tiempo, otros porque al enterarse de la situación en Constantinopla habían decidido aguardar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Fondeamos el Arbal, dejando a bordo a la tripulación con órdenes de no abandonar el barco. No quisimos detenernos en la ciudad, y nos dirigimos directamente a Angeliades, donde nos estarían esperando los templarios.

Marcel estaba de guardia y, al vernos, salió a nuestro encuentro.

—¡Demetrio! —me saludó afectuosamente mientras me sujetaba las riendas del caballo—. ¡Robert ha estado a punto de enviarte un mensaje a través de Arnaud!, la situación en Tesalónica se está agravando…

—¡Salud, Marcel! —le dije en latín—. Llama a los criados para que se lleven los caballos y avisa a los demás de que he llegado.

No parecía que la naturaleza compartiera nuestras preocupaciones: la noche era templada, la luna estaba en cuarto creciente sobre un cielo diáfano y los robles, las encinas y los olivos de la explanada brillaban como ramilletes de plata azul.

Entró Robert, interrumpiendo mis pensamientos, seguido de Marcel, Phillipe y Arnaud.

—Me alegra verte —me saludó Robert, al que no había visto todavía—. Iba a enviarte un mensaje por Arnaud, pero por suerte te has adelantado…

—¡Por desgracia, querido Robert…! —le interrumpí—. ¡He tenido que huir de Constantinopla como alma que lleva el diablo! ¡Hoy soy un proscrito en la ciudad! La propia Emperatriz viuda, Alejo Apocauco, el Patriarca Calecas y varios senadores se han rebelado contra Juan… Aprovechando que estaba en Tracia han nombrado Emperador al niño Juan V.

—Habíamos oído rumores —dijo Robert—. En Tesalónica el gobernador no puede frenar al pueblo. Los zelotas cada día tienen más poder y no se recatan, criticando abiertamente la soberanía de Constantinopla…

—¿Zelotas… También aquí? —le pregunté sorprendido—. No pensaba que la influencia de los hesicastas llegase tan lejos… ¡No lo entiendo, en Constantinopla son partidarios de Juan…!

—No son los mismos… —me aclaró Robert—. Los zelotas de aquí son visionarios políticos, los cabecillas son miembros de la familia Paleólogo resentidos contra Cantacuceno. Las masas que les siguen sueñan con alguna forma de república divina que les libere del yugo de los nobles…

—En Constantinopla también hay grupos populistas. Son los más temibles, Apocauco los encabeza…

Robert era un hombre frío, pero ecuánime y sincero, pude leer en su cara la expresión de preocupación. Llevaba muchos años entre nosotros, no podía disimular ante mí sus sentimientos. Nos unía ya una profunda y sincera amistad, era un miembro más de la familia.

—¿Tienes noticias de Occidente? —le pregunté cambiando de tema.

—Sí —me respondió—. El primo de Phillipe nos ha escrito… El Papa Benedicto, el santo, está muy grave, fallecerá muy pronto. Parece que le sustituirá alguien muy grato al Rey de Francia, un noble del Limousin. Se llama Pierre Roger, y es un auténtico gran señor de enormes ambiciones e infinita apetencia de poder, es un político. Podría resultar más fácil hablar con él sobre una nueva cruzada para salvar Bizancio que con su antecesor; el tal Roger es un hombre muy pragmático… Aunque tendrás que enfrentarte a un ambicioso e implacable manipulador sin escrúpulos.

—Bien. Ahora lo urgente es hablar con Juan Cantacuceno. En cuanto a la Sábana Santa, creo que lo más prudente es llevarla a un lugar más seguro.

—¿Habéis pensado en alguno? —me pregunto Marcel.

—En Morea tenemos buenos amigos, tanto en Monemvasia como en Mystra…

Se avecinaba una lucha a muerte en la que no habría tregua ni cuartel. Tesalónica estaba al borde de declararse en abierta rebeldía, y el Eparca nos aconsejó alejarnos lo antes posible. El Gobernador se había retirado y carecía de autoridad. Synadeno nos aconsejó que nos fuésemos a Didymotheicos, donde estaba Juan, él permanecería en su puesto. Había que ponerse a salvo, no se podía correr el riesgo de caer en manos de los zelotas.

* * *

Fuimos hasta San Nicolás, donde habíamos escondido la Sábana Santa. Mientras Manuel y dos guardias, camuflados en la entrada, nos protegían las espaldas, Robert, Marcel y yo penetramos en la cripta. Toda precaución era poca, Phillipe y Arnaud nos esperaban con los caballos en una calle adyacente.

La emoción de volver a poner las manos sobre la sagrada reliquia nos dio ánimos para seguir adelante. Robert envolvió el cofre en una manta de viaje, dentro de una saca de cuero. La capilla estaba vacía, en su interior se respiraba un aire húmedo y viciado, nadie se cuidaba de aquella pequeña joya construida por el capricho de la hermana de Andrónico II. Habría pinturas más grandiosas o de una calidad infinitamente superior, pero el encanto y

delicadeza que exteriorizaba la piedad interior del artista no tenía igual en todo Bizancio…

En cuanto recogimos la reliquia nos dirigimos al puerto, el Arbal seguía fondeado a una corta distancia. Les hicimos las señales convenidas y mandaron la falúa a recogernos.

—¿Ha venido alguien a preguntaros por la tripulación o la mercancía? —le pregunté al capitán.

—Nadie Señor, sólo algunos curiosos, pero con la cantidad de barcos que hay en el puerto no debieron pensar que valiese la pena tomarse la molestia de revisar nuestra carga o de comprobar quiénes éramos… ¿Puedo preguntaros si habéis averiguado algo más en tierra…?

—La situación en Tesalónica es más peligrosa todavía que la que dejamos en Constantinopla. Los partidos populistas, con un Paleólogo al frente, están a punto de apoderarse de la ciudad. El desconcierto lo habéis podido comprobar. ¡Ni siquiera han venido a comprobar quiénes somos!…

—¡Reunid a la tripulación, debemos partir enseguida! No es prudente permanecer en este puerto… Estaremos más seguros en una bahía protegida, donde pasaremos desapercibidos. Vamos a Methoni, no creo que nadie nos busque en esa minúscula cala.

La travesía no pudo ser más bonancible, el tiempo, en sólo dos días, había cambiado completamente. Por la mañana, con el sol a nuestras espaldas y un nordeste constante, atravesamos el golfo de Thermai, pero al atardecer amainó y nos quedamos al pairo; no era aconsejable aproximarse a aquella costa de noche.

Al amanecer la silueta coronada de blanco del imponente Olimpo apareció clara y nítida contra el cielo. Era fácil imaginar que éramos los nuevos argonautas portando el nuevo vellocino de oro: ni una nube en el cielo, claridad cristalina, el sonido del agua quebrándose en la quilla, el misterio de los antiguos navegantes…

Encontramos una pequeña cala dentro de la bahía, entre la playa y un promontorio, que era perfecta para disimular la nave. Alrededor nuestro, los pinos y los cipreses llegaban casi al borde del agua. Era el fondeadero perfecto, sería muy difícil para cualquier embarcación de paso descubrir que al abrigo de aquellas rocas se escondía nuestra nave. Debíamos esperar dos días a que llegaran los caballos. Synadeno había contratado a unos mercaderes armenios, que se movían sin levantar sospechas y que se habían comprometido a hacernos llegar las caballerías a Methoni. En el Arbal quedarían Robert y Arnaud con el resto de la tripulación. Debían aguardar

hasta que volviéramos, y si a nosotros nos ocurría una desgracia debían entregar el Sudario a Elena, en Cydonia. Los demás, en cuanto llegaron los caballos, nos aprestamos para un largo viaje, Didymotheicos estaba a mitad de camino entre Constantinopla y Tesalónica y debíamos partir enseguida.

Evitamos las rutas habituales y los caminos transitados, ascendimos a través de tupidos bosques que nos proporcionaban el abrigo necesario y nos mantenían a salvo de miradas indiscretas. No nos detuvimos en ningún pueblo ni descansamos hasta llegar a Didymotheicos. Los serbios, que habían conquistado gran parte de Macedonia, no habían llegado hasta aquella zona. El paisaje era agreste y hermoso, las montañas, cubiertas de toda clase de árboles, contrastaban con el verdor más suave de los valles y las llanuras de la costa.

A principios de octubre llegamos por fin al campamento de Juan.

* * *

Ésta va a ser una guerra que se resolverá más con habilidad diplomática, que con las armas… —me explicaba Juan—. Apocauco lo sabía y por eso quería atraparte. Tú te adelantaste enviando a tu familia a Cydonia fuera de su alcance, con ello les privaste de un arma decisiva, y cuando te escurriste entre sus manos tuvieron su primera derrota…

—Puede ser, pero no comparto tu idea de que ésta vaya a ser una guerra corta ni incruenta… ¡No te engañes…! Estamos al borde de un levantamiento popular, mientras en las fronteras nuestros enemigos acechan su oportunidad para darnos el golpe de gracia. Apocauco es de una astucia consumada, empleará todas sus habilidades para atraerse a la masa y lanzarla sobre nosotros.

En Tesalónica, y a lo largo de toda Macedonia, hemos visto que todo está a punto de estallar, hemos tenido que venir escondidos por el monte para no llamar la atención…

—¡En Constantinopla, los antihesicastas se han identificado con la Emperatriz y Juan V! —continuó Cantacuceno, como si estuviera sordo a mis advertencias—. A Gregorio Palamas lo han encarcelado. ¡Están perdidos, el pueblo venera a los ascetas y se sublevará contra los usurpadores…! Es cierto que Apocauco ha conseguido atraerse algún partidario entre personas de prestigio… pero la mayoría le detesta.

Te diré lo que pienso, creo que hay que llegar a un acuerdo con Dusan, tú le conoces y puedes negociar con él las condiciones de una alianza. Es

ambicioso y aceptará a cambio de algunas cesiones territoriales. Cuando termine esta guerra, ya nos ocuparemos de los serbios. A los búlgaros hay que mantenerlos dentro de sus fronteras, si jugamos bien la amenaza serbia creo que no se moverán. Los latinos están demasiado ocupados con sus propias guerras en este momento… No tenemos más que apoyarnos en los turcos para encerrar a los conspiradores en Constantinopla.

—¡Te digo que estamos a punto de que estalle una revolución! —le repetí una vez más—. Poco importan tus maniobras si la anarquía se apodera de las ciudades. Si el campo vuelve a ser abandonado, el hambre se apoderará de la población y la violencia generará más violencia. Es una espiral sin fin, donde nada significan ya las fronteras ni que los ejércitos sean bizantinos, serbios, búlgaros o turcos…

—¿Estás convencido de que es inevitable? —me preguntó, ya más pausadamente, sopesando mis palabras…

—Sí, lo creo —le respondí con rotundidad—; para evitarlo habría que llegar a un acuerdo con Apocauco —por mucho que nos duela— en un doble sentido: obtener garantías de que no utilizará la agitación popular como arma y que recurra al tesoro para importar grano con urgencia. También debe conceder la libertad a los hesicastas y permitirles el acceso a los sacramentos, si no Athos entero, con toda su influencia, le hundirá.

A cambio accederíamos a que Juan V sea Emperador en solitario, volviendo tú a la posición de Gran Doméstico, lo que taparía la boca a la Emperatriz. El poder real seguiría siendo tuyo… compartido en hacienda y en la capital con Apocauco. No me fío en absoluto de él, pero creo que es la única solución; de lo contrario, sólo nos quedará un país destrozado a merced de nuestros enemigos.

—¿Y tus amigos los latinos? ¿No querrán aprovecharse del hecho de que la Emperatriz sea una Saboya para intentar apoderarse otra vez de Constantinopla…?

—Por lo que sé parece que nuestros enemigos más enconados son los Anjou… pero en estos momentos están enzarzados en una guerra entre los Plantagenet y los Valois, en Francia. Venecia y Génova están en guerra por el control del comercio mediterráneo. A cualquiera de las dos repúblicas se la podría comprar con alguna isla… En todo caso, esos arreglos déjamelos a mí, sé cómo abordarles.

—¡Antes me tildabas de optimista! —me dijo Juan riendo—, lo que tú propones es todavía más descabellado. ¡Negociar con Apocauco! Nunca aceptará ese trato… Entre otras cosas, porque me favorece a mí, que es justo

lo que no quieren ni él ni la Emperatriz… ¡Demetrio! Lo que quieren es acabar conmigo, aunque sea a costa de Bizancio… ¡Están ciegos de ira y de ambición!, ellos, aristócratas de la peor especie, se aliarán con los demagogos con tal de evitar que un Cantacuceno sea Emperador…

Sabes tan bien como yo que fue la voluntad de Andrónico la que me colocó en este puesto y que prometimos proteger a su hijo… El próximo día 26 las tropas acantonadas en Didymotheicos me proclamarán Emperador, para que en Constantinopla vean que voy en serio, pero yo respetaré la legitimidad dinástica, reconociendo a Juan V como único Emperador en el futuro, aunque bajo mi tutela mientras sea un niño; así pienso desarmar el argumento de los que me acusan de querer derrocarle.

En cuanto las tropas estén preparadas, concertaré una tregua con Dusan y marcharé sobre Constantinopla…

—Creo que te equivocas, te ayudaré, asistiré a tu investidura, pero luego volveré a Tesalónica… Después me reuniré con mi familia en Cydonia.

Regresé a la ciudad apesadumbrado con la apremiante tentación de abandonar la política. Estaba seguro del desastre que se avecinaba y no entendía la obstinación de Juan de no intentar llegar a un acuerdo con la Emperatriz a través de Grégoras… ¡Al menos intentarlo!

Nos detuvimos a cenar por el camino en una taberna de las que suelen frecuentar soldados, buhoneros y mercachifles.

El aire estaba cargado de humo, impregnado de humanidad, sudorosa y polvorienta. Las cocinas despedían una mezcla de olores que contribuía, junto al infecto vino que servían, a provocar en la concurrencia una total pérdida de los sentidos.

Nos sentamos en el extremo de una larga mesa de madera, junto a la chimenea, rodeados por mercenarios y conscriptos macedonios, soldados reclutados a última hora… No hacía falta ser muy observador para notar la falta de ánimo de aquellos infelices, empujados por el hambre a empuñar una espada.

—¡Escuchemos a estos valientes voluntarios…! —le dije por lo bajo a Marcel—. Por el aspecto que tienen, no les contrataría ni para una cacería…

—«… ¡Esteban, hijo de perra, pasa esa jarra, que todos hemos soltado el cobre para comprarla!» —vociferó un tipo alto y fornido que, con aspecto de agricultor, se sentaba en el otro extremo de la mesa. La imprecación iba dirigida a otro individuo, enjuto y demacrado, que sujetaba con fuerza una jarra entre las manos, como si se tratara de un miembro más de su cuerpo.

Entre los dos se sentaban un par de individuos que pertenecían al grupo, pero que no parecían estar demasiado interesados en la conversación.

—«… ¡He dicho que la pases, desgraciado…!» —volvió a gritarle el del extremo al enjuto de la esquina, que, por lo visto, se llamaba Esteban…

—¡Por mis muertos que si me levanto te acuerdas…!

—¡Cállate, Andrés…! Siempre estás molestando. ¡Por qué no te emborrachas solo o te pierdes de una vez, ahogándote en el río! —increpó al campesino uno de los individuos que estaba en medio, algo más sereno…

—Por mí, si te cargas a Esteban le haces un favor al gobernador, así que si quieres: ¡adelante!, pero no me grites en la oreja o quien te raja soy yo…

Esteban paso la jarra de la discordia con evidente disgusto…

—¡Toma, que eres un puerco…! —murmuró el tal Esteban—. Si tu madre te hubiera parido en año bisiesto, lo hubiera hecho el veintinueve de febrero… que las brujas te arrastren, maldito labrador de miseria…

—¡Lo soy! —gritó el tal Andrés—. ¡Mierda, qué he dicho…! ¡Lo fui!, y ¡con orgullo mantenía a mi familia hasta que la guerra y la rapiña me dejaron sin tierra y sin familia…!

Aquel hombre, entre el aguardiente y los recuerdos, estalló en un llanto compulsivo. Uno de sus compañeros, que también estaba borracho, le abrazó y le dijo:

—¡Tranquilízate, que aquí el que más o el que menos tiene penas que ahogar! ¿No creerás que eres el único que ha arado la tierra y perseguido a un buey tras el surco, verdad?

—¡Recuerdo la siembra, la vendimia y las fiestas! —exclamó el que se llamaba Esteban, mientras se le iluminaban los ojos—. No todo eran desgracias hasta que llegaron los condenados señores de la guerra, los recaudadores y los usureros… Mi mujer muerta, mis hijas haciendo la ronda de carretas o la calle en Didymotheicos… ¡Quién decretó que termináramos en este inmundo destierro! Nuestros inútiles brazos alquilados para combatir a otro desgraciado. ¡Sabéis lo que os digo, que luchen ellos!, yo preferiría cortar alguna que otra cabeza de pronoiario…

Marcel, Manuel y yo, al oír aquellas palabras nos tapamos más todavía con las capas, ocultando el ropaje y las insignias, no fuera que nos descubrieran y, por nuestro rango, se vieran obligados a intentar matarnos por haber oído lo que habían dicho. A mí nunca se me ocurriría denunciar a aquel pobre atacado por la desesperación, pero eso ellos no lo sabían.

—¿Os acordáis que cuando la aceituna estaba madura salíamos en grupos con las mantas y las varas a recoger la oliva y ¡cómo después de recoger los

frutos nos reuníamos a bailar en torno a las hogueras!?

—¡Los carnavales y la sagrada Pascua!, primero a reventar y luego a rezar para, después, celebrar la resurrección… —corearon varios.

—¡Qué tiempos…! ¿Creéis que algún día volverán? —preguntó uno…

—¡Sin duda que volverán…! —protestó el que se llamaba Esteban—, pero no para ti ni para mí… A nosotros nos tocó pagar la ambición de los señores y los recaudadores del César… Los lobos apacentando ovejas. ¿Qué nos queda salvo esperar la muerte?

Aquéllos eran sólo unos pocos, pero si se escuchaba con cuidado, se podían oír las mismas conversaciones en toda la taberna… Estos pobres labriegos y aventureros no eran soldados, ni siquiera habían cogido un arma, salvo para ahuyentar a un lobo o matar un jabalí. No era culpa suya…

No se podía confiar en esa improvisada milicia para evitar un desastre, las tropas profesionales estaban con Cantacuceno en su campamento y eran insuficientes para sostener un solo frente, cuanto más dos… ¡Desde luego, Juan, o confiaba en un milagro o tenía la idea de volver a traer turcos a Grecia!, y a mí esa idea siempre me ponía nervioso… ¡Enséñales el camino y algún día vendrán sin invitación!

VIII
TESALÓNICA

Las cartas de Synadeno eran cada vez más alarmantes. Como último recurso intentaba negociar con los zelotas, pero era imposible hablar con Miguel Paleólogo. No soportaba ni la pretensión de Juan Cantacuceno de considerarse regente ni la de la Emperatriz. ¡Una indeseable latina!

Practicaba la demagogia descaradamente, sublevando a todo el que tuviera agravios contra el poder: vagabundos, esclavos, mendigos, campesinos desterrados, comerciantes arruinados… Sus partidarios habían conseguido cercar la ciudad después de requisar todo lo que pudieron por los alrededores.

Juan ordenó a Synadeno que transigiese y que, ante todo, salvara su vida. ¡Que fingiese estar con ellos si fuera preciso, pero que no se dejara matar ni les provocara!

Yo tuve que visitar una vez más a Dusan, haciendo verdaderos esfuerzos por no romper el tratado. Podíamos, al menos, confiar en que no nos atacaría mientras estuviéramos en desventaja…

Malik me mantenía informado de todo lo que ocurría en la capital, me relataba hasta las últimas habladurías… ¡El insensible, tosco y prosaico Alejo Apocauco tenía un romance…! ¡Quién lo habría pensado!, su nueva posición debió producir en su acomplejada y cínica naturaleza una transformación milagrosa… ¿Sería un síntoma de debilidad? ¿Podríamos aprovecharnos de esa repentina alteración de sus costumbres? Esas y otras muchas consideraciones me las hacía el bueno de Malik en sus interminables cartas. También es cierto que, gracias a su versatilidad y astucia, había conseguido salvarse de la represalia de los nuevos jerarcas… ¡A punto estuvo de ser arrestado!, y tratándose de un musulmán al que todos relacionaban conmigo y con Juan, difícilmente se hubiera salvado de la espada del verdugo. No me extrañaría que para salvarse hubiera recurrido al chantaje sentimental, conociendo como conocía a todas las bailarinas de la ciudad y a sus amantes senadores. Al que no se rindiera, ¡oro había en el mundo para comprarlo! ¡No me sorprendería que la nueva amante del huraño Apocauco se la hubiera proporcionado él mismo!

El Patriarca había excomulgado a Cantacuceno en noviembre y coronado a Juan V como Emperador.

En cuanto mejoró el tiempo, Cantacuceno, con el triste ejército de que disponía, cometió la torpeza de intentar reducir algunas ciudades que se habían sublevado. Tras varias semanas perdidas, fue derrotado ante las murallas de la misma Adrianópolis.

La situación era desesperada: en Tesalónica se había instalado una dictadura en la que el propio hijo de Apocauco era el cabecilla. En Constantinopla se había desatado la tan temida revolución. Muchas casas de nobles y senadores fueron asaltadas por la plebe, alentada por los discursos incendiarios de Apocauco. Macedonia había caído en poder de los serbios… Cuando ya no quedaba otra salida, Juan pidió asilo y ayuda a Dusan. El Rey serbio le recibió con todos los honores, adelantándose hasta Prichtina para acompañarlo el resto del trayecto hasta su capital para que griegos y serbios vieran las buenas relaciones que había entre sus dirigentes.

No soportando aquella humillación ni un día más, me despedí de Cantacuceno, prometiéndole buscar ayuda en Occidente y dispuesto a llegar cuanto antes a Cydonia.

Nunca se me olvidará la orgía de crueldad y dolor que habría de ver hasta llegar a Creta; no había sentido una sensación de desolación tan grande desde Filocrene. La tragedia se cernía sobre nuestras cabezas, y ahora no eran turcos los que infligían el castigo sino nuestros propios ciudadanos, desbocados en una desenfrenada carrera de venganza.

Por los pueblos que íbamos pasando se podían ver los estragos de la guerra: casas incendiadas, edificios abandonados, los animales muertos o dispersos que rondaban las calles sin dueño. Partidas de forajidos, que se habían apoderado de la autoridad, gobernaban a los atemorizados ciudadanos con mano de hierro. Vimos varias ejecuciones sin juicio alguno. Los establos y almacenes de las principales propiedades habían sido saqueados, sus dueños, en muchos casos, arrastrados hasta la horca o degollados sin más ante sus propias familias. A los mendigos y tullidos de las iglesias se sumaban ahora todos los huérfanos abandonados de aquella matanza. El hedor y la brutalidad que se respiraba en las villas y pueblos, más que en el campo, nos hizo, siempre que nos fue posible, evitar las poblaciones. Nos manteníamos ocultos de día y viajamos de noche por caminos poco o nada frecuentados. Llegamos a Tesalónica y nos escondimos al sudoeste de las murallas, lejos del llano, en una zona boscosa que nos permitía ocultarnos y, a la vez, vigilar los movimientos alrededor de la ciudad.

La decisión que tomé fue arriesgada, pero yo conocía bien la ciudad y no me sería difícil ocultarme. Marcel, Phillipe y yo nos haríamos pasar por mercenarios francos en busca de una paga; una vez en el interior, iríamos a la basílica de los Santos Apóstoles y allí, el Obispo, que era un antiguo amigo, nos acogería. También enviamos aviso a Robert, a Methoni, para que estuviera todo preparado en el Arbal por si había que salir precipitadamente.

A pesar de la hora, las calles estaban casi desiertas y se veían restos de incendios en algunos edificios importantes y milicias armadas en algunos lugares. Las tiendas estaban vacías, los mercados abandonados y sólo algunos campesinos se arriesgaban a vender sus pobres productos en los callejones, eran cuatro osados que, acuciados por la avaricia, habían acudido bajo riesgo de muerte a vender a precio de oro su mercancía. Tras las puertas y ventanas de las tabernas se adivinaba algo de vida, pero nadie acudía a reclamar a los clientes a la calle, como era la costumbre. El silencio y el miedo parecían dominar todos los corazones.

El Obispo Alejo había sido un protegido de mi padre, y estaba seguro de que nos acogería. Al llegar a la basílica de los Apóstoles nos encontramos con una gran multitud en la plaza, y, en lo alto de la escalinata, vimos a un energúmeno dando voces a unos ciudadanos maniatados al pie de las escaleras. A la distancia que estábamos no podíamos entender lo que decía aquel medio loco, pero, a medida que nos fuimos acercando, nos dimos cuenta de que aquellos infelices ciudadanos esposados estaban siendo grotescamente juzgados por un delito de traición al pueblo y al Emperador. ¡Aquél era el mismísimo comité popular en funciones, con Miguel y Juan Apocauco a la cabeza!

Los acusados, unos pronoiarios bastante conocidos, los pude distinguir perfectamente a pesar de las magulladuras y las ropas hechas jirones. Dos de ellos eran unos individuos avaros y explotadores como pocos, pero los otros cuatro eran unos infelices que se limitaban a explotar sus fincas sin meterse con nadie. A medida que el orador elevaba el tono de la condena, el gentío se iba arremolinando a su alrededor. Los soldados mantenían la plebe a distancia, pero también contribuían a la tortura, golpeándoles con el extremo de las lanzas cada vez que alguno se caía al suelo o se ponía de rodillas, forzándolos así a permanecer de pie.

Entre la multitud se destacaron tres individuos fornidos, que fueron muy jaleados por la muchedumbre; colocaron a los presos una sogas en torno al cuello y se quedaron mirando a la tribuna, como esperando alguna

aprobación… Se adelantó uno de los dirigentes, que parecía Juan Apocauco, levantó la mano y les grito: «¡Adelante, esclavos, tomad vuestro desquite!».

Los tres esbirros comenzaron a darles patadas a los viejos, que se arrastraban por el suelo agarrándose a las cuerdas que los atenazaban. Los esclavos no hacían más que increparles para que imitaran a diversos animales… ¡Imita al cerdo, a la vaca…! ¡Muge, vejestorio…! ¡Enes una cabra, arrástrate que te voy a ordeñar…! Cuando se cansaron del espectáculo, los pasearon como a perros, atados por el cuello, y se los llevaron nadie sabe a dónde.

Me di cuenta, sin embargo, que los que yo recordaba como los amos más despóticos eran, curiosamente, los más respetados… ¡Los muy ladinos, seguro que habían sobornado al comité para sólo ser molestados y librarles de la acusación de colaboración!

El espectáculo era deprimente: el sufrimiento, el hambre y la miseria acumulada durante tantos años estallaba de golpe y se extendía por las ciudades como un incendio en verano. Una ráfaga de viento era suficiente para provocar un fuego cuyas llamaradas nublarían el sol… ¡Lo terrible era que todo aquel dolor y espanto no servirían para nada! Todo se calmaría para luego volver a su cauce, como el río después de las crecidas, y no nos quedaría ni el lodo de la experiencia.

Asqueados de tanta barbarie, aprovechando un descuido de la guardia, nos colamos por fin en el templo; al entrar nos detuvimos a respirar profundamente para que el incienso librara nuestros sentidos del horror que acabábamos de ver. Atravesamos la nave hasta escondernos detrás del iconostasio, el Señor sabría perdonar nuestra irreverencia.

Un viejo pope, medio ciego, se asustó al oír el ruido y llamó en voz alta: «¡Quién está ahí!»… Marcel se precipitó, como un gato a la caza del ratón y, sin dañarle, le tapó la boca con un pañuelo sujetándolo para que no se moviera…

—¡Padre! —le susurré al oído—, somos hombres de bien, amigos del Obispo Alejo, no os haremos daño… ¿Podéis informarnos dónde se encuentra? Él hizo unos gestos, indicando que le soltaran… Marcel lo dejó libre. Entonces, alisándose la ropa y carraspeando nos dijo:

—¡Vaya forma tenéis de tratar a un anciano dedicado a Dios…!

Lo primero que os tengo que decir es que no veo casi nada… podéis estar seguros de que no os puedo delatar. Tenía miedo de que una vez obtenida la información tuviéramos la tentación de eliminarle para mayor seguridad…

—No os haremos nada, os lo prometemos, para que veáis la buena intención de mis palabras os confesaré que soy Demetrio Angel…

—¡Callaos, por Dios, no quiero saberlo…!, en estos días que corren, todos estamos en peligro. No temo morir, soy viejo y he pasado toda mi vida rezando para ese momento… Lo que no querría es incurrir en el pecado de la ira y condenarme… Son tales las felonías y sufrimientos a nuestro alrededor, que temo que mi corazón se vuelva duro y no sepa perdonar a los verdugos, como hizo nuestro Señor. Por tanto, no quiero saber quiénes sois, aunque os diré, ya que me lo habéis dicho, que apreciaba mucho a vuestro padre…

—Buen hombre —insistí, antes de que nos narrara toda su vida—. ¿Sabéis dónde está el Obispo?

—Sí, lo sé —me contestó un poco malhumorado—. Los jóvenes siempre tenéis prisa… El Obispo Alejo ya no viene por este templo. Se ha trasladado a la Basílica de San Jorge, la Rotonda, que, como sabéis, ya que conocéis Tesalónica, es más fácil de defender en caso de que algún grupo de facinerosos no tuvieran en cuenta su misión sagrada y decidieran privarle de alguno de sus bienes.

—Gracias —le dije, y le deslicé unos hyperpiron en el bolso para que se alegrara un poco la vida.

—¡Poco informado estáis de lo que aquí ocurre! —comentó después de comprobar las monedas—. Últimamente la moneda que aquí corre es la veneciana…

Aquel comentario me llamó la atención. ¿Qué querría decir? La influencia de la República siempre había sido grande, pero no hasta ese punto… Nuestra moneda llevaba años depreciándose hasta el punto de que la mayoría de las operaciones comerciales se realizaban en ducados, pero a nivel local siempre había sido aceptada…

Nos despedimos del viejo pope y nos encaminamos a San Jorge.

Era un edificio singular, completamente redondo, una verdadera curiosidad entre los templos bizantinos. Probablemente su origen sería algún templo anterior al cristianismo y a la matanza de Teodosio. El devoto Emperador, en un ataque de furia arrasó la ciudad y mató a miles de ciudadanos, en represalia por un atentado contra uno de sus Strategas. El edificio tenía, como nos había dicho el anciano, un acceso difícil, estaba bien protegido, con una sola entrada al frente y ningún otro acceso en todo el perímetro. Dos guardias custodiaban al Obispo Metropolitano.

—¡Tenemos que ver al Obispo! —le ordené al guardián en un tono autoritario que tenía bien ensayado por mi trato con la tropa…

—Señor, ¿quién diré que quiere verlo?, me preguntó con cierto temor.

—¡Es confidencial…! Le garantizo, soldado, que me recibirá y que no hay peligro alguno —insistí mostrándole la insignia de mi rango que llevaba bajo la armadura.

—Señor…

Al cabo de un rato entró Alejo, cauteloso ante la inesperada visita.

—¡Hijo, qué alegría verte de nuevo! ¡Desconocemos el paradero de tantos buenos amigos que es una gran satisfacción ver que estáis bien! ¿Qué os trae por aquí en esta hora de dolor?

—Voy de camino a Monemvasia y Cydonia, donde está mi familia. Acabamos de despedirnos de Cantacuceno, que, de momento, se ha refugiado en la corte serbia. En Constantinopla, como imagino que sabéis ya, la Emperatriz y Apocauco se han hecho con el poder…

—¡No sabía nada de Constantinopla! Pensaba que los disturbios eran sólo en Tesalónica ¡Es mucho peor entonces de lo que me había imaginado! ¡Qué desgracia! A mis años sólo me queda rezar por vosotros y pedirle a Dios que no os falte ánimo para cargar con este mundo enfermo.

—No pretendemos tanto, querido Alejo, la razón de esta visita, aparte de saludaros, es intentar obtener toda la información posible sobre la situación aquí para luego hacérsela llegar a Cantacuceno.

—Intentaré resumiros lo que he visto y oído durante estos días, ¡pero antes… qué clase de anfitrión soy, acompañadme al salón! Aunque modesto, algo habrá para sentarnos en torno a una mesa y saciar la sed que debéis tener después de tanto viaje. Nos sentamos y los criados nos trajeron unas jarras de vino de Ochrida, pan fresco de tahona aromatizado con sésamo y unas frituras de pescado con verduras tiernas que me hicieron olvidar por un momento la angustia que me embargaba.

Alejo nos contó, mientras comíamos, lo ocurrido en Tesalónica: «Después de una leve resistencia por parte de algunos a dejarse controlar por Miguel Paleólogo, todos fueron cayendo bajo su control ¡Hasta el propio Synadeno! Una vez que Miguel tuvo todo el poder, se desató el odio contenido durante años y se sucedieron las venganzas. Las autoridades no hicieron nada para evitarlo, de hecho les convenía, ya que de una manera aparentemente involuntaria se libraban de sus adversarios con la excusa de que era el pueblo. Las persecuciones se prolongaron durante días, hasta que no encontraron más víctimas a su alcance… Por supuesto, vuestro Angeliades ha sido saqueado y la finca arrasada… Menos mal que los criados habían conseguido huir a tiempo gracias al aviso de amigos infiltrados en el comité.

El poder lo detenta el consejo, la milicia se ha disuelto, los regulares fueron sustituidos por menestrales, siervos liberados y campesinos sin tierra que vagaban por las calles, a los que se armó y obligó a jurar fidelidad al Emperador Juan V.

Todo se hace bajo una aparente legalidad, se proclama la sumisión al Emperador en Constantinopla. Ése es el plan que trazó Juan Apocauco, hijo del Megaduque, pero la realidad es que son unos desalmados que se están labrando un reino independiente, apoyándose en los infelices a los que luego degollarán. A mí no me hace caso nadie por más que predico la paz y la concordia…

No atienden ni los unos ni los otros; están cegados por la euforia del poder y el diabólico atractivo de la crueldad indiscriminada… ¡Los poderosos no quieren ni oír hablar de justicia ni de caridad! ¡Los demagogos y las masas se niegan a escuchar palabras de paz y perdón! Es la anarquía en su forma más perversa.»

Lo que nos fue describiendo coincidía con la impresión que teníamos de nuestro viaje desde Didymotheicos y, sobre todo, con la manifestación de barbarie a la que asistimos ante la propia basílica metropolitana.

—¡Alejo!, mantón la calma que todo se resolverá —le quise tranquilizar —, sabes por tus años, más que por tu ciencia, que esto no puede durar… Se cansarán de perseguir y, entonces, se volverán como perros hambrientos contra sí mismos, ése será el principio de su fin.

—Dios te oiga, Demetrio —me dijo con voz temblorosa—, yo no lo veré, pero confío en que así sea. Antes de iros, quisiera encomendaros a un sobrino para que lo llevéis con vosotros y le procuréis una ocupación lejos de esta matanza. Es un buen muchacho, hijo de mi hermano, que me lo confió antes de morir.

—Con gusto lo llevaremos —le dije— y vi cómo se quedaba más tranquilo…

Dio dos palmadas y entró un joven de unos dieciséis años, de aspecto fuerte, pelo castaño encrespado y ojos del mismo color, vestido con modestia y con una mirada temerosa…

—¡Andrés! —le llamó Alejo—, quiero que conozcas a estos caballeros, que de ahora en adelante has tenido la enorme fortuna de que se vayan a ocupar de ti…

El muchacho se acercó y con signos de evidente alegría nos dio las gracias, sorprendido por el giro que tomaba su vida. Quizá el mismo día anterior se estaría preguntado: ¿Qué va a ser de mí el día que el tío muera? Se

estaría imaginando, como el mejor de los destinos posibles, retirarse a un cenobio en Athos para hacer de recadero, y eso… ¡Siempre y cuando de algo le valiera una carta de recomendación de su tío! En lo peor, se veía de siervo mercenario en algún triste regimiento, muerto en cualquier barbecho a manos de un turco, un serbio o un albanés…

No tenía mal aspecto, le encargué a Manuel que se hiciera cargo de completar su formación… su tío, como iríamos comprobando, le había dado una educación bastante buena para un muchacho de su edad y sus orígenes. Marcel se ocuparía de su entrenamiento.

En agradecimiento, Alejo nos llevó hasta la cripta de San Jorge, y con gran solemnidad consagró exclusivamente para nosotros y nos dio la comunión además de su bendición.

Nos regaló unas maravillosas cruces esmaltadas de San Andrés, que le habían obsequiado unos monjes georgianos en peregrinación a Patrás. Nos rogó que nunca nos desprendiéramos de ellas, y nos aseguró que nos proporcionarían la protección del cielo en este mundo de Satanás en el que estábamos inmersos.

Al anochecer salimos de la ciudad, como el profeta, sacudiendo el polvo de nuestras sandalias, con sensación de alivio al dejar atrás tanta miseria.

Robert, en el Arbal, había recibido nuestro mensaje y nos estaba esperando. No podíamos llevarnos los caballos con lo que decidimos ponerlos en libertad. Al principio se quedaron inmóviles, pero en cuanto Phillipe les espantó, dos corrieron libres y los demás les siguieron… Así, pensaba yo, también reaccionan los hombres: todos temen la libertad, pero en cuanto alguien les muestra el camino le siguen sin saber a dónde.

IX
REGRESO A CYDONIA

De vuelta, camino de Monemvasia, quería detenerme en Atenas, que más que ciudad era una leyenda; en su más absoluta decadencia seguía ejerciendo una atracción irresistible sobre aquellos que, como yo, se habían educado al calor de las grandes gestas del pensamiento humano.

Desde hacía cuarenta años, aquellos aventureros catalanes que vinieron de la mano del viejo Miguel Paleólogo se habían instalado en el Ducado tras expulsar a los francos de Gualterio de Brienne. Eran los nuevos amos y señores del Atica y Beocia, y, de alguna forma, tendríamos que entendernos…

Llevaba conmigo unos visados que, hacía ya años, me había dado mi cuñado Jorge Antiocheno, y que me permitían moverme libremente por los territorios de la Casa de Aragón. Los guardaba con mucho cuidado, pues no podían ser vistos por los genoveses, que estaban en guerra con Aragón, ya que hubiera sido tomado por espía y ejecutado en el acto, y tampoco se podían airear en territorios de Nápoles o cualquier feudo papal, porque el Papa les había excomulgado.

En otoño los días eran más cortos y tuvimos que navegar mucho tiempo de noche, guiándonos por las estrellas. El capitán era un experimentado piloto que, además de conocerse las costas como las líneas de su mano, conocía el arte de la orientación estelar. Llevábamos un maravilloso artilugio que descubrimos en los barcos árabes, se trataba de una pequeña flecha que no importaba la posición en que se colocara porque siempre señalaba al norte; con lo cual, aun de noche y con nubes, nos podíamos orientar y no perder el rumbo. La ruta de Atenas era muy fácil, en cuanto viráramos al sudoeste, al sur de Negroponte, había que buscar Sounion, con su templo legendario en el promontorio, y luego fijar el rumbo al noroeste hasta divisar la acrópolis.

Llegamos a mediodía, con el sol en el cénit y un fuerte viento del norte castigándonos por proa, fue como una aparición: elevamos la vista y ¡ahí estaba!… tal como la describieron los poetas… la silueta blanca y elegante del templo más hermoso del mundo…

A pesar del fuerte viento que había en la bahía, dentro de la rada reinaba una calma que confundía al más avisado. Fondeamos en mitad del puerto a la espera de que alguien de tierra viniera a indicarnos donde atracar. Antes de que nos diera tiempo de ordenar la cubierta, abarloaron un bote y nos pidieron permiso para subir a bordo. Aquellos hombres se expresaban en un griego bastante arcaico, pero que dominaban con soltura. El capitán pareció muy impresionado por mis cartas de presentación, lo noté en que desde que se las enseñé me trató con gran respeto…

El entonces Duque de Atenas, Juan II, Marqués de Randazzo, no había ni pisado tierra griega, como tampoco lo había hecho su antecesor Guillermo. El Vicario General de la orden de la «Compañía» —que es como se hacían llamar aquellos catalanes—, Pedro Fadrique, era la máxima autoridad, y tampoco estaba en Atenas sino en Tebas, donde tenían su capital, o bien rondando los mares en busca de alguna presa… El que ostentaba el mando en Atenas era el Mariscal del Ducado, un tal Ot de Novelles.

La ciudad estaba alejada del Pireo. No pude atender al capitán mientras él iba hablando, ya que estaba absorto en el espectáculo que ofrecía la acrópolis a la caída de la tarde, con el sol tiñendo de oro aquella magnífica colina: aquel mármol blanco, exquisita y proporcionadamente tallado, ordenado por el divino Fidias y el genio de Pericles, luciendo sus galas a través de los siglos sin perder un solo soplo de grandeza. Toda esa gloria, coronando lo que hoy no era más que una ciudad abandonada, rodeada de casas de pueblo llenas de rústicos…

Así es la historia, así es el hombre, sublime y rastrero, eterno y mortal… ¡Qué lección para las generaciones venideras…!

La residencia del llamado Mariscal estaba situada a las faldas de la acrópolis, al lado de la famosa linterna de los vientos. La fachada estaba tallada en piedra, aprovechando restos que se veían esparcidos por los alrededores. La entrada era un ancho portón por el que pasaban los carros que se comunicaba a través de un amplio pasillo con un gran patio.

Dos soldados nos acompañaron hasta el gabinete del Mariscal; había una larga mesa junto a la ventana y sentado en una butaca, al lado de la chimenea, estaba el que debía ser Ot de Novelles.

—¿Demetrio Cydonio? —me preguntó, mientras observaba también a los demás…

—Sí… ¿Ot de Novelles, Mariscal del Ducado…?

—El mismo —respondió, mientras extendiendo el brazo nos invitaba a tomar asiento—. Presumo que vos sois Robert de Guillaume, y vos Manuel

Calecas…

—Sí —respondieron ambos.

—Los demás han quedado a bordo hasta tener vuestro permiso para desembarcar —añadí.

—Veo por vuestras credenciales que tenéis buenos amigos en Aragón y Sicilia —comentó mientras tomaba asiento en una preciosa jamuga italiana de madera tallada—. En esta parte del mundo rendimos el debido vasallaje a nuestros reyes, pero su influencia no es muy grande. Al estar ausentes, la responsabilidad de todo lo que ocurre recae sobre los Vicarios Generales de la Compañía y de sus Mariscales. Aragón y Sicilia están lejos, aquí nos tenemos que defender solos de los turcos, de los venecianos, de los franceses y de algunas incursiones de vuestros paisanos… Nadie parece apreciarnos, y, al estar excomulgados, somos presa legítima para cualquier Rey cristiano. Con ello os quiero decir que sois bienvenido por ser un hombre de bien, pero que no nos fiamos demasiado de recomendaciones.

He sido siempre de la opinión de que el Ducado debería estrechar relaciones con los bizantinos, yo siempre he sostenido que Cantacuceno es un hombre con el que podemos dialogar, por tanto, creo que no debemos desaprovechar esta ocasión. Esta noche cenaremos, si tenéis a bien aceptar mi invitación…

—Con mucho gusto…

—Os presentaré a una persona que os interesará conocer: Enrique de Asti, es el Patriarca Latino y Obispo de Neopatria. Está aquí de incógnito con una misión del Papa de Avignon.

—Vamos camino de Cydonia —le expliqué—, hemos tenido que abandonar Tesalónica…

Entonces me interrumpió y preguntó:

—¿En Constantinopla se ha proclamado Emperador Juan V? ¿Es cierto que vuestro Patriarca ha excomulgado a Cantacuceno…?

No tenía posibilidad de mentirle ni de intentar ocultar la verdad, así que le contesté afirmativamente…

—¡Tranquilizaos —me sonrió—, para nosotros la excomunión es algo muy familiar! En realidad, la razón por la que Enrique de Asti está en el Ducado es para intentar convencernos para que nos unamos a la última cruzada del Papa y, como recompensa, su Santidad ha prometido levantarnos la excomunión… Es un arma política que emplean con frecuencia… ¡Atajo de hipócritas!

Tras respirar profundamente continuó:

—He oído hablar de vuestro interés por conseguir el apoyo de Occidente… Esta noche podréis exponer vuestra opinión a Messer Enrique, que con toda seguridad estará interesado en llevar a Avignon noticias en ese sentido…

Se nos había echado encima la noche y se estaba haciendo tarde, estábamos agotados y teníamos ganas de descansar. Novelles se dio cuenta, y con mucha discreción dijo:

—Si me perdonáis tengo varios asuntos urgentes que despachar, os espero esta noche en la fortaleza, los criados os escoltarán a vuestros aposentos; he cursado ya las órdenes para que al resto de vuestros hombres se les deje circular libremente.

* * *

Enrique de Asti estaba empeñado en lograr la colaboración de los catalanes en la cruzada para ayudar al Rey francés de Chipre, un protegido de los Valois, y yo en convencerles de que sería mejor ayudar a los bizantinos a liberar las costas de Anatolia de la amenaza turca. Cada uno abogaba por su causa. Lo único que conseguí fue la promesa de que intercedería con el Papa para que admitiera la posibilidad de celebrar un nuevo concilio que uniera las dos cristiandades. Me comprometí a ir personalmente a hablar con el Papa, a Avignon, para explicarle nuestro punto de vista e intentar limar las asperezas del pasado.

Nuestra intención no era permanecer largo tiempo en Atenas, con lo cual ordené a los hombres que repostaran lo más rápidamente posible para continuar el viaje. Manuel, Robert y yo nos ocupamos mientras tanto de recorrer las ruinas de la antigua acrópolis. Al ir ascendiendo las escaleras de mármol del Propileos, sentíamos casi un respeto reverencial por la majestad de aquellos templos. Estaban abandonados, no quedaba más que una pequeña capilla, adyacente al Erecteion, recordatorio del paso de San Pablo por esta ciudad. Pudimos contemplar la maravilla de los frisos, con sus caballeros y doncellas en piadosa procesión triunfal, las legendarias batallas entre centauros y lapitas, el frontispicio con los dioses exultantes contemplando la urbe desde lo alto y el mar azul en la lejanía.

No es descriptible la emoción que produce el equilibrado sentido de la belleza reflejado en aquellos monumentos: las elegantes cariátides, las columnas estriadas y majestuosas del Partenón, las escalinatas y templetes con sus elegantes proporciones, el teatro…

Desde las terrazas, a vista de pájaro, se podían divisar los restos de otras épocas ciñendo las murallas de la colina y esparcidos por todo el valle: los foros romanos, los antiguos acueductos y jardines, los colosales templos recuerdo de la gloria de Roma, homenaje y reflejo de la admiración que sintió el altivo pueblo latino por la perfección de una raza apolínea y festiva, tan próxima y tan lejana a la nuestra…

Aquel lugar había sido el Olimpo del arte, de las letras y del pensamiento humano durante cientos de años… Ahora, después de tanto tiempo, nosotros estábamos allí, en medio de los restos de lo que ellos habían creído inmortal, el triunfo de la inteligencia… Quedaban ruinas y piedras, sólo aquella pequeña capilla en el extremo del jardín, donde unas ancianas piadosas, triste imagen de las panateneas, encendían velas a Dionisio el Areopagita… El único ateniense que se tomó en serio la predicación de aquel judío de Tarso que se atrevió a predicar en aquel santuario de la ciencia y la filosofía.

Como se hacía tarde y los días eran cortos, decidimos volver a nuestros alojamientos. Nos despedimos de Novelles durante la cena y le dimos las gracias por su hospitalidad.

* * *

La brisa del amanecer se convirtió en vendaval al mediodía, el fuerte viento del norte nos volvió a sacudir en cuanto salimos del Pireo. El mar se había encrespado y los rociones regaban la cubierta cada vez que la proa hendía aquella pequeña y áspera ola corta. Atrás quedó Egina, la guardiana del golfo, las escarpadas y verdes laderas del volcán de Mediana, con sus negros desfiladeros de lava petrificada incrustados entre apreses, robles, encinas y jara y desembocando en la misma orilla del agua. Al frente estaban las calmadas aguas del estrecho, pronto estaríamos frente a la Argólida, tierra mágica de héroes y leyendas.

Navegamos día y noche hasta que el viento se calmó, y entonces pudimos comprobar hasta qué punto, como afirmaba el capitán, la paciencia era una virtud de marinos. El Peloponeso marcaba nuestro horizonte al oeste, con sus agrestes montañas y sus bahías recogidas, escarpados y angostos valles que descendían al mar, con sus arroyos y verdes vaguadas, protegidas del viento por imponentes laderas de montes poblados de bosques. A lo lejos se distinguían, envueltas en el paisaje, destacando por el colorido de sus casas, las aldeas de los pescadores.

—¿Tras esos montes está la Arcadia? —me preguntó Manuel.

—Sí, así es, nunca he estado allí, pero mi viejo maestro León me hablaba de ella con frecuencia…

—¿Cómo es que siempre se la representa como un fértil, idílico y suave paraíso? Es una región dura y montañosa en donde vivir no constituye un regalo…

—¡Manuel! ¿Todavía no has aprendido a diferenciar lo poético de lo material? Para el sabio, la ladera más agreste, el arroyo más minúsculo o la higuera más pobre pueden convertirse en las colinas del cielo, la fuente de la vida o el árbol de la felicidad.

—Eso lo sé —me replicó—, lo que no entiendo es que también, aunque fuera en sentido figurado, se la haya puesto como ejemplo de naturaleza feraz y benévola…

—Es posible que los que en ella habitaron, o quienes buscaron refugio entre la soledad de estas montañas, descubrieran una paz que les compensara de la austeridad del lugar. Idealizando lo bucólico, al extremo de convertir a los poetas en cabreros o a los cabreros en poetas…

—Tendréis razón, sin duda —admitió, no muy convencido, Manuel…

—Hay muchos ejemplos en los que el deseo es el motor de la ilusión, y la vida se apoya en ella para seguir tirando del carro. Ese pasado de oro de los poetas y moralistas no ha existido nunca, es un ideal… válido, pero un ideal. El hombre siempre se ha comportado de la misma manera…

Unas ráfagas repentinas interrumpieron nuestra conversación, y pronto tuvieron los hombres que ponerse a bregar con cabos y velas para recuperar el tiempo que perdimos en la encalmada.

Al final del día siempre tenía un recuerdo para Elena, me la imaginaba en el jardín de Cydonia, en el atrio, contándole a Teodoro y a Juan las mismas historias que mi madre me contó a mí hace tantos años… Me imaginaba a la pequeña Ana buscando su lugar entre las flores de la pérgola, temerosa del gran Poseidón que le amenazaba desde los mosaicos y jugando con los peces en el estanque.

Después de dormir toda la noche, subí al puente para respirar aire fresco y contemplar otro maravilloso amanecer en el mar. El capitán estaba dando unas órdenes en el momento que llegué a la barandilla del castillo.

—¡Señor! —me saludó desde la cubierta—, no creo que tardemos mucho en divisar el promontorio de Monemvasia. ¡Estad atento y podréis contemplar uno de los lugares más hermosos e impresionantes que hayáis visto en vuestra vida!

Al oírle pensé que era una de las clásicas exageraciones de marinos…

A lo lejos vimos una columna de humo que nos alarmó, no podíamos distinguir de dónde venía, pero partía de un lugar en la misma dirección en la que íbamos. Nos fuimos acercando y a medida que avanzábamos nuestra inquietud aumentaba, pues el humo parecía provenir de la inmensa mole que, según el capitán, era el peñón de Monemvasia.

¿Habría una revuelta en la ciudad, o los piratas turcos estarían asediando la plaza…? Estábamos en paz con Venecia y Génova y los angevinos no estaban en condiciones de emprender una provocación tan flagrante…

Todos respiramos aliviados al ver que se trataba de un incendio en la pared acantilada en la que no había más que matojos y arbustos… Tras un verano seco, ardían como la yesca. Al quemarse producían una humareda negra que causaba más alarma que daño. En la pared norte, inaccesible, de aquella gigantesca montaña plantada en mitad del mar, no había ni una casa. Sólo podíamos ver, coronando la cumbre, muy lejos de las llamas, una espléndida basílica, que a todos nos sorprendió por su increíble situación.

—¡La Teothokos! —nos indicó el capitán señalando la iglesia—. Faro de navegantes, centro de devoción y salvación para todo el que navegue por estas aguas.

Ya más serenos, fuimos dando la vuelta al promontorio y a nuestro alrededor empezaron a rodearnos pequeñas lanchas de pescadores que volvían, al final de la jornada, y nos saludaban con alegría al ver que ondeábamos la enseña imperial.

Al doblar el cabo, de improviso, como si hubiera saltado sobre nosotros, apareció Monemvasia. Tan bien camuflada entre las rocas y la montaña, que no es de extrañar que muchos pasaran de largo sin hallarla.

Las murallas cubrían todo el frente de los muelles, y detrás asomaban las torres de vigilancia y las fortalezas, estratégicamente situadas en los extremos, aprovechando los desniveles de la falda de la montaña. La ciudad estaba construida sobre terrazas escalonadas que, a medida que ascendían, se iban pegando a la pared de la roca. Las edificaciones, en piedra gris y ocre, eran de noble porte, las iglesias se distribuían por barrios alrededor de las plazas y en las calles reinaba una gran animación. Por las paredes rocosas, ermitas y miradores colgaban de los riscos. Arriba del todo, en la explanada de la cumbre, aparecía una segunda ciudad, más rica por su aspecto, donde estaban las mansiones de los comerciantes y el castillo del gobernador, y, como remate, dominándolo todo: la basílica de la Teothokos.

* * *

A la mañana siguiente recorrimos la ciudad, que era más rica de lo que aparentaba desde el exterior. La Helkomenos era una elegante iglesia que mandó construir Andrónico II y cuya riqueza pictórica no hubiera desmerecido al lado de San Jorge, en Constantinopla. En la parte alta pudimos admirar la exquisita ingenuidad de las pinturas de Santa Ana, un panegírico a la vida de la madre de nuestro Señor realizado en un estilo rústico, pero maravilloso, por los pinceles de los propios monjes. San Esteban, sobre el acantilado, daba la impresión de que en cualquier momento iba a precipitarse sobre las cabezas de los comerciantes en la plaza del santo.

La actividad comercial se respiraba en todos los rincones, las plazas estaban invadidas por puestos de telas y productos exóticos; en las calles, los vendedores ambulantes no dejaban de pregonar sus mercancías. En las tabernas el bullicio no permitía mantener una conversación tranquila en medio del griterío y el jolgorio.

Por la única puerta de acceso circulaban las caravanas de mercaderías bajo la atenta mirada de la guardia. El capitán me explicó que toda aquella metrópolis provincial se comunicaba con el continente sólo por aquel minúsculo puente. Monemvasia era una isla. No me sorprenden ahora las historias que de niño le escuché a mi padre sobre Miguel Cantacuceno, cuando era gobernador en Mystra. Era evidente que si hubiera conseguido evitar a sus enemigos y refugiarse en Monemvasia, hubiera estado a salvo… La ciudad era inexpugnable.

Dejamos Monemvasia con pesar, pero aún nos quedaba una dura etapa hasta Creta, el cabo Malea, de tan triste recuerdo en la memoria del divino Homero, nos aguardaba con sus traicioneras corrientes y vientos cambiantes. Nos apartaríamos de sus rompientes, buscando el abrigo de Citera.

En aquellos últimos días de navegación aproveché la soledad del camarote para redactar algunas cartas que pensaba enviar, primero a Stefano Colonna, en Roma, como representante de la antigua nobleza latina, y al Obispo Eduard Dechamp, el primo de Phillipe, para el Papa, en Avignon. Estaba decidido a marchar a Avignon, tenía que transmitir al Papa y a la cristiandad entera la agonía que estábamos sufriendo en Oriente.

En sólo dos días, gracias a un fuerte viento por popa, avistamos la silueta familiar de la Montaña Blanca ¡Ya estábamos en casa! A pesar de que habían transcurrido tantos años nada parecía haber cambiado: los almacenes, las casas de los comerciantes, las tabernas, los caiques pesqueros amarrados delante de las casas multicolores… La fortaleza y la ciudadela, las atarazanas, los mercantes fondeados, el ajetreo de las falúas en la rada.

Al pisar tierra fui directamente a la «Casa de los Embajadores», tomé el primer caballo que encontré y, sin dar explicaciones, me lancé a galope, poseído por esa enervante ansiedad que produce ese último trecho del camino antes de llegar a casa.

Los árboles de la explanada habían crecido, los pinos y los cipreses se alzaban majestuosos al lado de los chaparros y los olivos… ¡Habían pasado treinta y ocho años! El patio del abrevadero me pareció más pequeño; las caballerizas, la residencia de aparceros, la vieja capilla… todo seguía igual. En cuanto llegué al portón le di las riendas al primer criado que vi, el infeliz se quedó sorprendido…

—¡No os inquietéis, soy el Señor! —le dije mientras le sonreía, era joven, probablemente su padre me hubiera reconocido… ¿Dónde está la Señora?

—A estas horas —me contestó más tranquilo— suele estar en el jardín…

Mientras atravesaba el portal escuché una voz tras de mí:

—¡Alto, deteneos, quién va…!

Me di la vuelta y vi que Simón, alertado por el ruido, salía a toda prisa del cuerpo de guardia poniéndose una pechera y empuñando una espada…

—¡Siempre el mismo… Simón! ¿Es que ha pasado tanto tiempo que no me reconoces?

—¡Demetrio!, me has cogido por sorpresa…

—¿Pensabas que me habían degollado en Tesalónica o me había tragado el mar…?

—¡No, no…! Recibimos tus mensajes por los mercantes de Morani, lo que no sabíamos era cuándo volverías… Pasa, Elena está en el patio con los niños…

Elena estaba leyendo un libro mientras un niño, ya crecido, a su lado, le estaba señalando algo entre las hojas.

En cuanto aparecí en el atrio levantó la cabeza y, al verme, no pudo contener un grito de sorpresa: «¡Demetrio!…», se levantó y vino corriendo a mi encuentro. Estuvimos abrazados durante un largo rato y, al separarnos, me miró fijamente a los ojos y me preguntó:

—Demetrio… ¿Esta vez te quedarás tiempo con nosotros, verdad? ¿No te irás a marchar pronto…?

—No, Elena, de momento no…

LIBRO TERCERO

«Si no puedo mover a los dioses que están en los cielos, conmoveré al infierno…»

VIRGILIO

I
LA CÁTEDRA DE PEDRO

Stefano Colonna estaba sentado enfrente de una ventana contemplando desde su palacio del capitolino las ruinas que yacían a sus pies. En cuanto entré, se levantó inmediatamente, apartó al ujier que iba a anunciarme y, sin guardar el más elemental protocolo, me dio un abrazo, y señalándome con el dedo los foros, me dijo: «¡Mira los restos de la gloria, el poder y la inmortalidad que buscabas…!».

Así era Stefano. A medida que le fui conociendo ya no me sorprendería, como aquella primera vez, la espontaneidad y la fuerza vital de aquel aristócrata mimado por siglos de poder. Arrogante, caprichoso, despótico en ocasiones, pero con una energía y un alma que no le cabían en todos los palacios que su familia tenía en Roma.

Me acerqué a ver lo que con tanto interés quería mostrarme y el corazón me dio un vuelco. No había tenido ocasión todavía de ver la ciudad desde lo alto de una de las legendarias colinas. Ante mí, asomado a una atalaya del antiguo capitolio, se extendían los restos de la urbe más grandiosa de la historia.

—¡Qué te parece, Angel! —me espetó Stefano—, tenía o no razón cuando en mis cartas te describía Roma…

Siguiendo su ejemplo prescindí de todo formalismo y sin apartar los ojos del espectáculo, le dije:

—No tengo palabras para expresar lo que siento… No sabría decirte si es porque todo esto forma parte de nuestra vida o es la sensación de nuestra propia insignificancia ante tal grandeza convertida en ruinas.

—¡Bien visto Angel! —siempre me llamaba Angel, el nombre debía resultarle más fácil o atractivo que Demetrio…—, ¿dónde habéis aprendido a hablar tan bien nuestro idioma?

—Pasé los primeros años de mi vida en Creta, como sabes Cydonia y Candía son colonias venecianas, parte de mi familia es veneciana…

—Ya suponía que algo así debía ser —dijo satisfecho de haber descubierto el secreto de mi italiano—. Te interesará conocer a mi amigo

Petrarca… es un gran poeta y, además, puede serte muy útil para hablar con el hijo de perra de Clemente.

—¿No aprecias al Papa, verdad? —le pregunté muerto de curiosidad por conocer su opinión.

—¡Cómo puedo sentir respeto por una casta de desarraigados que se trasladaron a Avignon, secuestrados por el ambicioso Valois!… ¡Éste, para colmo, es un político ambicioso!, más simoníaco que Juan XXII, ¡que ya es decir! Todo se vende, sólo que ahora de una forma mucho más organizada. Es una máquina de recaudar, ha creado una cancillería regentada por una colección de cardenales que deben su puesto más al oro que a la santidad. Se venden las dispensas, los interdictos, los divorcios. ¡Hasta las excomuniones son objeto de negociación!

Felipe VI le sangra y él nos despluma a todos… ¡Sabes lo que le dijo Eduardo de Inglaterra cuando le pidió más fondos…!

—No puedo saberlo —respondí, fascinado por la rapidez y expresividad con la que hablaba…

—Pues le dijo, y se lo puso por escrito para que toda la cristiandad lo supiera, que «el sucesor de los Apóstoles está encargado de conducir el rebaño a los pastos, no a trasquilarlo…». Lo que le valió una nueva excomunión…, cosa que tampoco le inquieta. Desde que le hace la guerra a los Valois, el Papa, sirviendo a éstos, tiene una excomunión permanente sobre el inglés.

—Pero a ti no te duele tanto su corrupción como que se haya atrevido a trasladar su sede a Avignon… ¿No es verdad?

—¡Por supuesto!… Son franceses, y por mí pueden hacer lo que les plazca, pero atreverse a dejar Roma… ¡Es intolerable! ¡El Papa debe estar en Roma!

—Es cierto —continué, intentando tirarle de la lengua—, este exilio ha conseguido que enemigos tan encendidos como sois los Colonna y los Orsini os hayáis aliado por una vez…

—Sabéis mucho para ser extranjero y no haber estado nunca en Italia… Será vuestra intrigante sangre veneciana.

—Mi familia es veneciana por matrimonio, mis relaciones son políticas, no sanguíneas —le interrumpí sonriendo…

—¡Pues griega o bizantina… qué más da, lleváis cientos de años juntos!

Es verdad lo que dices… El Cardenal Napoleone Orsini y yo hemos mantenido contactos, y mi hermano Giovanni ha tenido reuniones con ellos.

Roma se arruina sin la presencia de la corte pontificia, ya estaba bastante degradada antes, pero ahora… Lo puedes ver tú mismo.

—Me han contado que Roma la habíais convertido en un feudo y que vuestras rencillas habían llevado la muerte a muchos pobres ciudadanos que no se sometían al capricho de vuestros mercenarios… ¿Es eso verdad también…?

—Lo es, pero nada tiene que ver, siempre ha habido luchas entre güelfos y gibelinos, lo que arruina a la ciudad es la falta de vida, ya casi no acuden los peregrinos, los grandes prelados ya no tienen aquí su residencia; sin el flujo de dinero de las bulas, las dispensas, las donaciones, sin comercio, sin tiendas…, no hay vida.

De pronto interrumpió su discurso y me preguntó:

—¿Ha sido Roberto de Nápoles quien os ha contado estas cosas o ha sido el de Sicilia?

—Está en boca de todos… Tú lo sabes.

—Cierto…, no sé cómo me sorprendo todavía… ¡Hablemos de tu tema… del nuestro estoy harto…! ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Roma?

—El imprescindible para hablar con algunas personas como tú que me faciliten la entrada con el nuevo Papa. Aunque tengo importantes valedores franceses, me gustaría contar con algún italiano…

Personalmente me gustaría permanecer más tiempo, pero he de llevar una respuesta a Cantacuceno cuanto antes. Sobre todo ahora que la suerte nos está favoreciendo.

—El momento es bueno —añadió Stefano—, se está preparando una expedición para auxiliar al Rey de Chipre. Benedicto era partidario de emprender una cruzada y Clemente, según me han contado, continúa totalmente dispuesto a llevarla a cabo. Si le convences para que unan fuerzas en una causa común, podrías recuperar los territorios bizantinos de Asia Menor, según me explicabas en tus cartas.

—Eso sería magnífico —dije entusiasmado—. ¡Volver a correr las fronteras hasta el Cáucaso y Siria! ¡Por eso es vital que llegue a Avignon cuanto antes! Necesito la promesa del Papa de que se celebrará un nuevo Concilio para que se desvanezcan todos los temores y desconfianzas de Lyon. El Concilio es necesario para poder convencer a la jerarquía ortodoxa, a la aristocracia y al pueblo griego de que las intenciones de Roma son sinceras y honestas…

—Sobre las verdaderas intenciones del Papa me temo que debes ser muy desconfiado. ¡Con Clemente VI nunca se sabe lo que pretende!, de lo único

que puedes estar seguro es de que intentará sacar el mayor beneficio posible… Hasta mi tradicional adversario, Napoleón Orsini, fue sincero conmigo al hablarme de Clemente cuando le pedí un favor para un pariente en la curia. Me aseguró que en la corte de Avignon todos los puestos se negocian y se venden.

Yo en tu lugar no confiaría demasiado, y menos aún estando por medio los venecianos…

—Es una oportunidad —continué— y no podemos dejarla pasar, tengo la simpatía de Sicilia y Nápoles, si el papado da su apoyo… los demás reinos cristianos se alinearán tras nuestra causa.

—¡Eres un optimista…! —me interrumpió de nuevo Stefano, echándose a reír—. No olvides que Inglaterra está en guerra con los Valois, que el Papa, para derrocar a Luis de Baviera, liberó a todos sus feudatarios de la obligación de obediencia, y que el alemán, en correspondencia, se dedica a erosionar la autoridad del Papa en Italia apoyando a los gibelinos…

Avignon, en contubernio con la casa de Anjou, ha excomulgado a los aragoneses, a los sicilianos y a los catalanes. Los propios estados independientes y las repúblicas de Italia están en guerra entre sí, vosotros conocéis, porque os afecta directamente, la guerra cruenta entre Génova y Venecia, pero ignoráis las luchas entre Milán y todos sus vecinos, Florencia con Siena, Venecia con Padua, Verona, Bolonia, Parma… ¡Para qué aburriros!

Tienes que hablar con Petrarca, es un hombre muy relacionado, él os introducirá en los círculos donde se debaten las ideas modernas. Tendrás mejor acogida entre aquellos que simpatizan con el antiguo mundo griego y romano, aquellos cuyas ideas están transformando la forma de ver el mundo… Si quieres movilizar la conciencia de Occidente debes estar familiarizado con lo nuevo, no con lo antiguo.

* * *

Roma estaba en ruinas, apenas se podía circular por las cuatro calles que seguían siendo transitables. Los edificios, en su mayoría abandonados, eran habitados por vagabundos, los mendigos atestaban las plazas ante las iglesias, la basura inundaba los foros, la maleza invadía los sagrados lugares del Imperio y de la Iglesia… Mientras estuve en la ciudad me alojé en una mansión, cerca de la Porta de San Sebastiano, donde la tradición situaba la tumba de los Escipiones, al pie de la mítica Vía Apia. Pero aún en ruinas, el

mito persistía: el esplendor de la vieja ciudad se intuía en sus enormes monumentos, sus avenidas, por las que hoy pacían las ovejas, en los restos de teatros y circos, termas y templos, cuyas piedras yacían por el suelo y daban abrigo a los nuevos habitantes.

Cierto día, saliendo del palacio de Letrán, un fraile lego me entregó una nota… Era del Cardenal Orsini:

«A Demetrio Angel, llamado Cydonio… si deseáis verme seguid al fraile portador de este mensaje, él os llevará hasta Santa María en Trastévere, donde, al finalizar la Santa Misa, tendré sumo placer en hablar con vos…».

¡Por fin había conseguido una audiencia con la máxima jerarquía güelfa en Roma! Era un éxito, podría llevar a Avignon cartas de recomendación para miembros de ambas facciones…

Le dije al fraile ¡vamos hermano, conducidme hasta Santa María en Trastévere!

No había estado nunca en esa parte de la ciudad, cruzamos por el erial de lo que debió ser el antiguo hipódromo y después de pasar el Tíber por la isla llegamos a una pequeña plaza a las faldas del Janículo. La iglesia me llamó la atención por los vivos colores de los mosaicos de la portada y una torre cuadrada, típicamente latina, que coronaba el conjunto.

Estaba distraído admirando el techo cuando me sorprendió un venerable anciano que me invitó a seguirle. Llegamos a una habitación privada en la sacristía, donde debía estar el Cardenal…

—¿Demetrio Angel? —me preguntó aquel príncipe de la Iglesia que, por la magnificencia de sus ropajes y el orgullo de su mirada, no podía ser otro que el propio Napoleone Orsini.

—¿Eminencia? —respondí, amagando una ligera inclinación de cabeza. No había que llevar la humildad más allá de cierto punto con esta clase de personajes…

—Me han hablado muy bien de vos. Desearía que me expusierais vuestras ideas para poder valorarlas y, si lo estimamos pertinente, apoyaros en todo lo que esté en nuestras manos…

Durante más de dos horas le estuve explicando cuál era nuestro punto de vista, intentando convencerle de la necesidad de convocar un Concilio para acabar con el actual cisma. No quise entrar en la cuestión de la ayuda militar, ya que no me parecía prudente abordar esos temas con un Cardenal…

Escuchó con gran atención, puntualizando algunas cuestiones que no veía claras, y cuando terminé de hablar me dijo con una rotundidad que hubiera sido igualmente típica de Stefano:

—¡Estoy de acuerdo…!, os apoyaré. El mayor obstáculo que tenéis en vuestras pretensiones es el propio Papa Clemente. Sus ambiciones políticas y la sumisión a la corona de Francia lo convierten en un diplomático poco objetivo, excesivamente ocupado por los problemas del norte… tanto que, en ocasiones, pierde sensibilidad hacia el Mediterráneo, si el Papa fuera italiano hubiera sido más fácil que os prestara todo el apoyo. ¡Pero, en fin, ya sabéis que está propiciando una cruzada para salvar al Rey de Chipre!

Seguimos hablando largo rato y luego me invitó a cenar en su palacio. Había sido un largo pero fructífero día, había conseguido convencer al segundo hombre más poderoso de Roma, y ahora no me quedaba más que convencer a Clemente, en Avignon. Pero eso habría de ser más difícil de lo que mi ilusión se imaginaba en aquel momento, como tuve ocasión de comprobar muy poco tiempo después…

II
AVIGNON

El esplendor de Avignon, una triste ciudad de provincias convertida en el eje de la cristiandad occidental, contrastaba con la gloria de Roma arrastrada por el barro. Entre sus muros se vendían todas las prebendas y se compraban todos los favores… ¡Impía Babilonia, la llamaba Francesco!

Manuel y yo llegamos un frío y lluvioso día de finales de noviembre a la residencia del Cardenal Bernard de la Grave. Era el alojamiento que, afortunadamente, nos había conseguido Eduard Dechamp, el primo de Phillipe. La ciudad entera estaba invadida por legaciones, peticionarios, letrados, comerciantes, comisionistas y un sinfín de aspirantes que habían invadido todas las hospederías y residencias. La ciudad estaba rebosante de humanidad y no cabía ni un solo alfiler.

El Cardenal De la Grave era un hombre mundano que disponía de infinidad de habitaciones para sus invitados, y al enterarse por Dechamp que íbamos a ir a Avignon no quiso renunciar a la originalidad de alojar en su palacio a un noble bizantino. Yo desconocía las normas de etiqueta en aquella nueva sede imperial, por lo que le dije a Manuel: «Mantengamos un prudente silencio y seamos discretos hasta que venga Eduard y nos dé instrucciones». Nada más llegar fuimos recibidos por el chambelán, que, muy amablemente, nos escoltó hasta las habitaciones que habíafi reservado para nosotros.

—Monseñor Dechamp —nos dijo— vendrá muy pronto a daros la bienvenida, y su Eminencia el Cardenal os invita a acompañarle esta noche al banquete que da en honor del Cardenal de Reims.

—Os doy las gracias por vuestra amabilidad. Transmitidle a su Eminencia que será un honor para nosotros asistir…

—Así lo haré, ahora os debo dejar. Si necesitarais alguna cosa, tenéis dos criados a vuestra disposición…

Andrés se encargó de desembalar el equipaje mientras Manuel y yo fuimos a darnos un baño caliente para quitarnos el barro que traíamos encima después de los chaparrones que tuvimos que soportar durante el viaje.

Los criados, que tan amablemente habían puesto a nuestra disposición, se quedaron sumamente extrañados cuando les preguntamos dónde estaban las

salas de baño. En vez de ello, nos trajeron unas grandes tinas de madera hasta nuestros aposentos. Desde que salimos de Nápoles ¡Ni en la corte del Sumo Pontífice estaban familiarizados con el baño! Pero, en fin, gracias a aquel artilugio y a la procesión de cubos de agua caliente que nos trajeron, pudimos asearnos un poco antes de vestirnos para el banquete.

Cuando llegó Eduard ya habíamos acabado de arreglarnos y le estábamos aguardando para acudir al banquete.

—¡Demetrio Angel! Al fin tengo la oportunidad de conocerte personalmente… Tantas cartas y referencias del primo Phillipe y del Conde de Troyes… ¿Os han atendido, verdad?, perdonad mi retraso, pero tuve que recibir a unos peticionarios de Cahors que se van mañana.

—También para mí es un placer, somos nosotros los que estamos agradecidos por vuestra amabilidad… Nos ha recibido muy cortésmente el chambelán del Cardenal De la Grave, que nos ha invitado a una cena esta misma noche…

—¡Espléndido! —exclamó, frotándose las manos mientras hablaba. ¿Hace un poco de frío aquí, verdad?, estamos teniendo un tiempo muy malo este año… ¡Otros años en esta época todavía se podía andar sin capa! Quería hablar con vosotros antes de que dieseis un paso en esta corte, es importante que tengáis algunas ideas muy claras…

—Lo mismo pensaba yo —asentí—. No conocemos el protocolo ni las costumbres…

—Mis temores no iban tanto por ese lado —dijo sonriendo—. Las formas en Occidente no tienen la complejidad de las vuestras, por lo que he oído, con que os inclinéis discretamente ante los Cardenales y humildemente ante su Santidad, siguiendo vuestro propio instinto, no tendréis problemas… No se espera de vosotros que conozcáis los títulos de cada uno. Me preocupa más la postura que adoptéis, o que las ideas que expreséis rocen el actual conflicto de la Iglesia.

Se quedó pensando y continuó:

—De los ciento treinta y cuatro Cardenales que componen el Sacro Colegio, ciento trece son franceses… Hay poderosas fuerzas políticas que quieren que el Papa vuelva a Roma… Presumo que de esto estáis perfectamente enterado por Orsini y Colonna…

—Perfectamente…

—Pues la sensibilidad en Francia respecto a este tema es extrema… Piensa que el país está en guerra con Inglaterra y la baza del Papa es esencial en su lucha por la supervivencia.

Cualquier alusión que hagas, hazla con sumo cuidado, nadie en principio se niega a que el Papa vuelva a Roma… Nadie podría oponerse abiertamente, ¡sería casi herética tal afirmación! ¡Sigue siendo el Obispo de Roma!, pero ningún francés la desea… Cuando te veas forzado a hablar del tema, hay que referirse siempre a «la terrible desgracia del exilio… Las bandas de facinerosos por las calles que hacen imposible la vida en aquella ciudad… el despotismo de los gibelinos… La amenaza de los Colonna…», cualquier subterfugio para justificar la permanencia en Avignon… ¡Todo menos la verdadera razón!

Os sorprenderá que yo, siendo francés, os hable así… Debéis saber que no todos estamos de acuerdo, somos muchos los que tenemos en alta estima la misión encomendada por Dios a sus pastores y sentimos la terrible responsabilidad que ello supone.

Veréis muchas cosas en Avignon que os escandalizarán, pero pensad que detrás de todo sigue habiendo hombres buenos, incluso santos, que darían gustosamente su vida para salvar a la Iglesia de sus secuestradores…

—Te agradezco una vez más tu sinceridad al expresarte con tanta claridad —le dije—, pero ten en cuenta que de donde vengo estamos acostumbrados a toda suerte de corruptelas, abusos y miserias, fruto de la naturaleza humana. Me temo que la historia de Bizancio no es un ejemplo de santidad, aunque también, como dices, hay hombres que merecerían no padecer tantos infortunios.

—Referente a tu misión —prosiguió—, no la menciones esta noche. Mañana tenemos una audiencia privada con Clemente. No conviene que pueda llegar a sus oídos ningún argumento antes de la primera reunión con él. Es extremadamente celoso, si piensa que es el segundo en enterarse de algo cuyo último destinatario es él, no te prestará atención alguna.

—De nuevo tengo que agradecerte los consejos, sin tu ayuda, con seguridad, hubiera cometido una indiscreción.

—¡Venga, vayamos al banquete, que estarán llegando los primeros invitados!

* * *

Al entrar en el gran comedor, Eduard y yo nos sentamos al lado de varios nobles y prelados que nos acogieron con curiosidad al enterarse de que venía de Constantinopla. Querían conocer mi opinión sobre el Oriente y el peligro turco. Cuando terminaron de hacer todas las preguntas, obligadas a un

extranjero tan llamativo, se sentó a mi lado un prelado castellano, Avaro Pelado, con quien tuve el placer de conversar durante toda la cena. Se sintió enormemente halagado al descubrir que yo sostenía correspondencia con su monarca y que estaba al tanto de sus guerras con los musulmanes. Era un hombre honesto, de apariencia austera, que estaba literalmente horrorizado de lo que había encontrado en aquella corte. Me confesó que no quería mentir, pero tampoco crear un incidente con el Papa desaconsejando futuras contribuciones a la Iglesia mientras no se produjera una profunda reforma en las costumbres de la curia. Me dijo que los alemanes habían reducido sus contribuciones a una cantidad simbólica y que los ingleses las habían interrumpido del todo, hasta que Clemente dejara de favorecer a la casa de Valois.

Estábamos charlando cuando apareció nuestro anfitrión, el Cardenal De la Grave, y su principal invitado, el Cardenal Arzobispo de Reims. La entrada bajo palio de aquellos Príncipes de la Iglesia, vestidos de terciopelo rojo y armiño, con sus báculos dorados y cruces enjoyadas, cubiertos por aquellas largas capas sostenidas por jóvenes efebos, fue espectacular. El cortejo de lacayos, escuderos y criados llevando sus perros, junto los bufones haciendo piruetas y carantoñas componían una escena digna de los mejores tiempos del boato bizantino…

Toda la sala se puso en pie y con un ruidoso ¡viva! dieron la bienvenida a uno de los hombres más poderosos de la Iglesia.

La cena fue amenizada por músicos y juglares, encargados de entretener a los comensales mientras los servidores no hacían más que traer, uno tras otro, platos de las más suculentas viandas. Predominaba la caza, cosa que ya había observado en otros banquetes en Occidente, y, desde luego, ignoraban el uso correcto de las especias… Todo era grandioso en cuanto presentación, pero le faltaba el refinamiento de la cocina de Oriente o de Venecia, sin ir más lejos. Engullían cantidades ingentes y consumían el vino por barriles.

Solicité permiso para retirarme, ya que estaba muy cansado y quería estar despejado al día siguiente. Según me dirigía a la salida me entregaron dos notas, una provenía del propio De la Grave, invitándome al día siguiente a ir su despacho después de la audiencia con Clemente, y la otra era de un caballero que, a lo largo de toda la cena, no había dejado de observarme…

Era una nota muy breve: «Demetrio Angel, no me conocéis, pero tengo referencias de vos por Stefano, creo que a ambos nos resultará provechoso intercambiar ideas. En cuanto tengáis un momento, avisad a Eduard, él os dirá dónde podéis encontrarme… Firmado: Francesco Petrarca…».

* * *

El palacio de Clemente VI no tenía nada que envidiar a las residencias de los Emperadores… era una impresionante edificación rodeada de murallas y protegida por un ejército de guardias, que se paseaban por patios y almenas. Me recibió el Canciller, acompañado del Vicecanciller encargado de la correspondencia. La complejidad de aquella colmena de administradores no desmerecía de la ciclópea administración de la Secreta del Gran Doméstico.

Me fueron explicando, según nos dirigíamos a las cámaras privadas del pontífice, la complejísima organización de la administración papal: siete cancillerías, la judicatura, el colegio eclesiástico y la penitenciaría para atender a todos aquellos que buscaban favores especiales del Pontífice, tales como dispensas, interdictos, levantamiento de excomuniones… todo con su tarifa. No cabía la menor duda, ¡Clemente se había instalado en el poder y estaba dispuesto a retenerlo por todos los medios!

Yo mantenía silencio y tomaba nota mentalmente de las palabras de Eduard, había que tener mucho cuidado con todo lo que se dijera entre aquellos muros. Manuel me seguía a una corta distancia, en calidad de secretario y amanuense, por si en el transcurso de la reunión, hubiera que redactar algún escrito que requiriese un copista que dominase el griego.

La espera se hizo interminable, me estrujaba el cerebro pensando en la manera de ganarme la voluntad de Clemente, de cuya decisión pendía la salvación de Bizancio. Me repetía una y otra vez: ¡si conseguimos que levante la excomunión a la Iglesia Ortodoxa, habremos abierto la puerta para proponer una cruzada contra el turco…!

Cuando así estaba razonando, de improviso, se abrió una gran puerta en la antesala por la que apareció el Canciller.

—¡Senador Angel, podéis pasar a ver a su Santidad!

Clemente era un hombre de mundo, vestía con la elegancia de un gran señor, si no fuera porque llevaba las vestiduras blancas del Pontífice y el solideo no le hubiera relacionado con un hombre de Iglesia… Se sentaba erguido, con orgullo de cuna, en un pequeño trono instalado al lado de la mesa de su despacho.

Tenía una mirada dura y escrutadora, transparente… Su personalidad asomaba al exterior sin disimulo, no había piedad en su expresión, era un hombre acostumbrado a ejercer el poder y a discutir con muy pocos sus puntos de vista. No iba a ser fácil cazar con ese halcón, pensé para mí acordándome de mi primer encuentro con Otmán y Orján en Anatolia.

—¡Acercaos, Demetrio Angel! —me ordenó—. Muchas personas me han hablado de vos. Vuestra correspondencia con mis antecesores es conocida en mi cancillería… Pero antes de continuar, quisiera aclarar algunos extremos: ¿En calidad de qué y en nombre de quién habláis al venir aquí?

No era un recibimiento muy cordial, la contestación a ambas preguntas la conocía con toda seguridad. Si me las hacía era para hacerme perder el equilibrio argumentad consciente de la posición de debilidad en que me encontraba. Pero yo no estaba dispuesto a dejarme patear por aquel arrogante noble del Limousin. Gracias a los consejos de Robert, estaba al unto del carácter de los señores francos… Aseguraba que detrás de aquella soberbia se escondía una gran timidez y una gran desconfianza. ¡Rogué a Dios que aquella interpretación friera cierta y me lancé a la arena!

—Santidad —le respondí sin retirar la mirada—, soy Senador y Legado plenipotenciario del regente Juan Cantacuceno, Coemperador por la voluntad del fallecido Andrónico III, al que también tuve el honor de servir. Hablo en nombre del Senado y del pueblo de Bizancio. Mi máxima aspiración es interesaros en volver a establecer relaciones fraternales entre ambas Iglesias para que vuelva a reinar la concordia en la familia cristiana. Para mayor gloria de Dios y defensa del Imperio…

—Habláis con sinceridad y convicción —repuso mientras comenzaba a sonreír—, pero hasta mí han llegado noticias de que, en este momento, no existe demasiada concordia entre vosotros mismos… ¿Me equivoco…?

—No, no os equivocáis, vuestra información es correcta, desde la ausencia del Gran Doméstico y regente Cantacuceno, en Constantinopla ha surgido un partido que cuestiona la legitimidad sucesoria. Pero mi Señor en ningún momento ha puesto en duda la legitimidad de Juan V… simplemente no aceptamos el nuevo Consejo de Regencia. Ahora bien, creo que ésa es una cuestión circunstancial; el objeto de mi misión tiene un sentido más profundo que el que intermediéis en una disputa dinástica típicamente bizantina. Estoy hablando de la unión de las Iglesias… ésa es una cuestión trascendental.

—¿Conocéis a Santo Tomás?, parece que utilizáis argumentos con la habilidad del Santo de Aquino…

—Conozco a Santo Tomás, pero no olvidéis que él se apoya en Aristóteles. No es extraño, pues, que alguien que ha leído y analizado el pensamiento de El Estagirita os parezca Tomista… Diría más bien, para dejar las cosas, al menos, en su orden cronológico, que Tomás se parece a Aristóteles y no al revés…

El Chambelán y el Canciller se quedaron atónitos al ver que me atrevía a corregirle ante testigos, pero yo no tenía más remedio que mostrarme duro con las palabras para hacerme respetar.

—¡Bien dicho! —exclamó, mientras se reía mirando de reojo a sus secretarios—. ¡Tenéis carácter! Y, por lo que veo, unos amplios conocimientos… No como la mayoría de mis cortesanos, que no piensan ni entienden, y lo único que saben hacer es adularme para obtener favores.

—Si se pudiera convocar un Concilio —proseguí— al que asistiesen, por nuestra parte, el Emperador, el Patriarca, representantes del clero secular y de la jerarquía de los monasterios y, por la vuestra, vos, representantes de la curia y los colegios apostólicos, además de algunas personalidades de las monarquías occidentales, lograríamos dar forma a una de las aspiraciones más queridas de la cristiandad…

—¿Qué os hace suponer que ese Concilio servirá para restañar viejas heridas? —me interrumpió—. ¿Y que no terminará como el de Lyon? Vuestro Emperador, Miguel Paleólogo, firmó y rubricó, en nombre de las autoridades de Constantinopla, un acuerdo que no llegó a materializarse jamás.

—En aquella ocasión —le rebatí— el Emperador estaba presionado por la urgencia. Recordad que los angevinos amenazaban directamente al corazón de Grecia y aspiraban a la corona imperial en nombre de sus derechos hereditarios… La situación era desesperada, necesitaba que el Papa le restara legitimidad a la aspiración de los Anjou. Por eso aceptó unas condiciones que eran inadmisibles para su pueblo. Juan Cantacuceno, con el apoyo del sector mayoritario de la aristocracia, me ha autorizado a hablar en su nombre para intentar llegar a un acuerdo que tome en consideración todos los puntos de vista.

—¿No creéis que sería mejor un simple reconocimiento de la autoridad de la Cátedra de Pedro y su conversión a la Iglesia de Roma…? —me espetó, escrutándome con aquellos ojos de viejo lince—. Tendríais el apoyo de Occidente en vuestra lucha contra el turco y nuestro prestigio se vería reforzado.

—La jerarquía ortodoxa —le aclaré una vez más— tiene gran poder e influencia sobre el pueblo. Las discrepancias teológicas son accidentales, la levadura en el pan de la comunión o si los frailes deben afeitarse o no, la procedencia del Espíritu Santo en el orden litúrgico… Todos sabemos que el verdadero motivo del cisma es histórico y político. Cualquier acuerdo que ponga en entredicho la rectitud y honestidad religiosa de las instituciones eclesiásticas ortodoxas o que no se apoye en un Concilio Ecuménico, sería

rechazado. Que se respeten las jurisdicciones y todos aceptaremos gustosos la primacía de Roma. ¡No podéis pedir, si tenéis un mínimo de delicadeza y voluntad de concordia, que se olviden las barbaridades cometidas durante la cuarta cruzada!

—Entiendo lo que me proponéis —admitió—, hasta lo comprendo, pero me temo que con las actuales desavenencias en la propia Iglesia no sería fácil aceptar un acuerdo de esa naturaleza… Se interpretaría como una debilidad por mi parte. ¡Si se produjera una conversión del Emperador!, como gesto de buena voluntad, reforzaría nuestra autoridad… Sólo entonces se podrían dar los pasos necesarios para convocar un Concilio.

—Lo que solicitáis sería muy impopular —insistí—. Desgraciadamente, los hombres no ven el peligro hasta que lo tienen encima. El peligro real de que la antigua frontera del Imperio de Oriente sea restablecida, pero esta vez bajo la égida musulmana, no es una idea que Occidente deba descartar. En un arranque de orgullo, reconozco que suicida, en circunstancias como las actuales, es probable que el pueblo bizantino prefiera al turco antes que al latino. Si los otomanos consiguen llevar adelante sus proyectos expansivos no debéis olvidar que la siguiente frontera es Italia y el corazón de Europa. Los reinos de los Balcanes, cada uno por su lado, y Bizancio, hecho jirones, no son un freno para una potencia en plena efervescencia invasora.

—¿Creéis que el turco es tan poderoso? —me preguntó intrigado.

—No lo creo, lo sé. He hablado con varios de sus Sultanes y conozco su poder. Los territorios que han caído en sus manos gozan de la protección del Sultán, y en nada ha cambiado su forma de vida. Respetan sus derechos, incluso, la estructura de la Iglesia ortodoxa apenas se ha visto alterada. Cada uno sigue acudiendo a la iglesia sin ser molestado. En cuanto a su poderío militar he tenido la desgracia de haberlo padecido en Pelecano y Filocrene… Lo que les detiene es que, entre ellos, todavía no han constituido una unidad política… Pero no tardarán, en cuanto controlen todo el norte de Anatolia, en muy poco tiempo, dominarán al resto de sultanatos del sur. ¡No lo dudéis, vendrán a Occidente!

Aquello pareció preocuparle un poco más, se quedó pensando y me dijo:

—Prometo discutir con mis consejeros la celebración de un Concilio. Pero usando vuestras propias palabras os diré que el peligro o el interés inmediato es el que atrae la atención de los hombres… Desde aquí, lo que afirmáis lo vemos muy lejano. Nos puede afectar un acto de piratería o una transgresión flagrante de nuestra frontera… pero, desgraciadamente, la organización

necesaria y el espíritu que se necesita para llevar a cabo un proyecto como el que proponéis no se puede improvisar.

No podéis olvidar que varias naciones cristianas están disputándose a muerte territorios que están a su alrededor… Si se les conminara a emprender una campaña para salvar a los herejes ortodoxos, que muchos consideran la antesala del anticristo, no creo que la llamada a las armas tuviera mucha aceptación.

De todos modos, os garantizo que vuestra propuesta no es desestimada, dedicaremos el tiempo necesario a estudiar la oferta de Cantacuceno.

—Os agradezco, una vez más, el tiempo que me habéis dedicado y deseo, de todo corazón, que la inspiración divina ilumine la decisión de su Santidad…

—¡Amén! —repitió—, mientras con la mano me hacía un gesto señalando el fin de la audiencia.

* * *

A la mañana siguiente, Andrés me despertó lleno de curiosidad, ansioso por conocer el resultado de la audiencia, y no tuve más remedio que explicarle hasta los detalles más insignificantes para que se quedara satisfecho.

No deseaba ver a nadie ese día, la tensión contenida durante tantas semanas acabó por abrirse paso y necesitaba estar a solas con mi conciencia y meditar sobre todo lo ocurrido. Llamé a los criados del Cardenal y les pedí que tuvieran preparados un par de caballos. Había dejado de llover y tenía deseos de relajarme recorriendo los alrededores de aquella ciudad sin pensar en política, al menos durante las próximas veinticuatro horas.

Cabalgamos sin parar hasta el Ródano, luego fuimos recorriendo sus orillas, disfrutando de la paz de aquellas pequeñas aldeas que se alineaban por el valle rodeadas de exuberantes viñedos. Me gustaba contemplar a los labriegos camino de la faena, limpiando los campos después de la cosecha, apacentando sus ovejas para aprovechar los restos de hojarasca y cargando los fardos de heno esparcidos por las fincas de cereal… Era algo que me recordaba mi hogar, a pesar de estar tan lejos… ¡Cómo se parecía la vida de un campesino a la de otro!, no saben de política, pero la padecen, generación tras generación sobreviven al orgullo de los monarcas, al esplendor de los reinos, a la ambición de los poderosos. Mueren, pero en sus hijos y nietos vuelven a resurgir de la tierra como la viña o el grano…

En cuanto se salía del castillo y la ciudad se notaba una expresión de cansancio en el rostro de los hombres. El hambre y los abusos habían hecho estragos entre aquella pobre gente. Se apartaban respetuosos a nuestro paso al confundirnos con los señores del palacio, pero en sus caras se leía un resentimiento que me trajo a la memoria imágenes de rostros parecidos en Tracia y Macedonia. Robert me lo había descrito con exactitud, tarde o temprano, cuando la paciencia de aquellas bestias de carga llegara a su límite, el odio y la venganza se apoderarían del país, como en Tesalónica.

Paramos en una hospedería para reponer fuerzas. El ambiente era deprimente, el aire que se respiraba, infecto y maloliente, el humo de las chimeneas y los hogares formaban una nube espesa que casi se podía cortar con cuchillo. En aquella pequeña antesala del infierno los viajantes jugaban a los naipes y a los dados con los parroquianos, los soldados y algunos campesinos vaciaban sus jarras cantando y narrándose sus desdichas, ahogando su desesperación en vino. Las prostitutas servían las mesas, a la vez que hacían su ronda entre los forasteros y los cuatro miserables lugareños que tenían unos cobres que les sobraban.

De pronto se produjo un profundo silencio cuando entraron tres hombres corpulentos con cara de rufianes, envueltos en unas pesadas capas pardas, que no necesitaban presentación. El más alto entre ellos pidió una mesa a gritos, y las cuatro infelices mozas se precipitaron a cumplir sus órdenes con expresión de pánico. Me llamó la atención el que ninguno de los soldados hiciera un solo gesto para detener a aquellos bravucones. Habían entrado apartando a todo el mundo, tumbando mesas a su paso y demandando, de malos modos, que les atendieran. No le di mayor importancia. ¡Que cada cual se ocupe de sus asuntos!, y más en tierra extranjera.

Al acercarse la camarera le pregunté, sólo por curiosidad, quiénes eran aquellos individuos tan mal encarados. La pobre me miro atemorizada y me dijo en voz baja:

—Son tres mercenarios de la escolta del Cardenal de Reims… y en voz más baja todavía me aconsejó que nos mantuviéramos apartados de ellos… Eran unos matones que, según las malas lenguas, apresaban a los pobres viajeros para luego robarles y matarlos si se resistían.

—¿Nadie hace nada para detenerlos? —le pregunté más intrigado todavía…

—No Señor, son protegidos del Cardenal…

Curioso, pensé, no sólo abusan de estos infelices, sino que permiten que sus perros de presa anden sueltos cometiendo toda suerte de tropelías… ¡En

fin, no iba a ser yo quien saliera a su paso! Poco podía imaginarme lo que acabaría sucediendo.

Al salir de aquella infecta fonda para regresar al castillo, observé unos movimientos extraños al lado del establo. No le di mayor importancia, pero por si acaso —la experiencia y las lecciones de mis maestros me hicieron ser precavido— aflojé la cincha que sujetaba la espada y me coloqué la capa de manera que me sirviera de protección por si tenía que esquivar una estocada. Como Manuel carecía de mi experiencia, le avisé para que estuviera preparado.

Efectivamente, en cuanto nos acercamos, de la oscuridad salieron tres hombres, los tres matones que habíamos visto entrar tan intempestivamente en la taberna. Por un momento pensé si no sería mejor aclararles quiénes éramos y evitar la lucha, pero no me dieron oportunidad. El mayor se vino hacia mí empuñando muy torpemente su espada, gritándome para que me rindiera… Debía pensar aquel oso que se estaba enfrentando a unos comerciantes que no se atreverían a hacerles frente. ¡Infeliz! No tuve más que apartarme un poco y, cegándole con la capa, le asesté una estocada en pleno pecho. Aquella bestia abrió los ojos como una lechuza, asombrado por lo que ocurría, y cayó de bruces con los brazos extendidos, escupiendo sangre hasta caer tendido a mis pies. Los otros dos, al verlo caído, se abalanzaron a socorrerle, pero antes de que pudieran acercarse, al primero, le seccioné la mano de la espada de un tajo y cuando, desesperado, echó la otra para sujetarse el muñón le atravesé la clavícula… Se derrumbó como un saco. El tercero, viéndose solo ante dos hombres y a Manuel a punto de alcanzarle por detrás, dejó caer el arma y echó a correr…

Manuel estaba sudando, nunca se había visto en un peligro semejante. Luego me confesó que las rodillas no habían dejado de temblarle.

* * *

Al día siguiente, acabábamos de desayunar cuando entró en la cámara Eduard Dechamp, que venía revestido con todas sus galas episcopales…

—¡Vaya jaleo armasteis ayer! —nos amonestó en tono jocoso…

—¿Cómo os habéis enterado tan pronto? —le pregunté sorprendido.

—Veréis —nos comentó—. Los dos individuos que despachaste visitan con frecuencia este palacio, eran escoltas del Arzobispo de Reims y el percance de ayer está en boca de todo el cuerpo de guardia. En cuanto llegaban a la ciudad tenían la mala costumbre de atemorizar a todo pobre

ciudadano que tenía la desgracia de toparse con ellos. Muchos afirmaban que asesinaban y robaban a sus víctimas, pero eso nunca se pudo probar… Hasta ayer. Con vuestro aspecto pacífico nadie os hubiera imaginado tan diestro con las armas como para eliminar en segundos a dos mercenarios de esa catadura.

—Exageran… —me disculpé—, no hice más que aprovecharme de su ingenuidad, no pensaban encontrarse con alguien capaz de defenderse y ése fue su error. Espero que el incidente no os haya causado problemas…

—No, no, en absoluto, todo el mundo estaba deseando que alguien acabase con esos rufianes, lo que ocurre es que no se atrevían, y los que se hubieran atrevido nunca tuvieron ocasión…

Pero a partir de hoy, además de docto diplomático, tenéis fama en la corte de magnífico espadachín e implacable adversario. Esto en nada os perjudica… Todo lo contrario, os beneficia.

Cambiando de tema, traigo para ti una carta de Petrarca —el amigo de Stefano Colonna—, creo que desea hablar contigo.

—Gracias —le contesté recogiendo el pliego que me entregaba—. Iremos hoy mismo. Tenemos cierta prisa por volver a Cydonia y contarle a Juan, en Tracia, el resultado de mi conversación con Clemente.

—Pues ahora he de despedirme —dijo dándome una palmada en la espalda—, hoy tenemos un día muy agitado… Clemente va a solicitar la autorización de la curia para conceder un nuevo préstamo a Felipe VI.

—¿Tan eminente es el conflicto con Inglaterra? Llevo oyendo hablar del enfrentamiento entre los Valois y Eduardo III desde que llegué a Roma.

—El enfrentamiento entre ambas monarquías ha sido casi permanente, pero la situación se ha agravado con el problema sucesorio de la corona de Francia. Los prelados y nobles francos, al negarle los derechos sucesorios a la línea femenina de su familia apoyándose en la antigua ley sálica, han privado a Eduardo de la corona de Francia. La primera vez que ocurrió Eduardo pactó, pero la segunda se negó a aceptar como rey a Felipe VI. No sería de extrañar que el conflicto volviese a desencadenar la guerra entre ambas monarquías. Clemente, como francés, apoya a Felipe y excomulga a los ingleses, pero éstos y los alemanes, se niegan a subvencionar sus aventuras… Con lo cual anda muy escaso de dinero para financiar la administración que posee en Avignon.

—Ahora empiezo a comprender lo que me contaba el Cardenal Orsini cuando estuve en Roma: «Toda vuelta a la verdadera capital espiritual de la cristiandad… pasa por la devolución de la soberanía de los estados, llamados pontificios, a la Santa Sede para proveer a los gastos del papado».

—Ciertamente, pero ahora lo urgente es discutir el apoyo a Felipe. Es un tema muy espinoso, si se aprueba, como creo que se hará por la mayoría absoluta de prelados franceses, significa la ruptura definitiva con Inglaterra…

—Os deseo suerte —le animé—, pero veo que no he venido en buen momento solicitando auxilio a Occidente…

Se despidió y nosotros nos fuimos a ver al gran Petrarca, un hombre ilustre y famoso, cuyo nombre estaba en boca de todos en Roma y Avignon y no era ni Cardenal ni Obispo.

Francesco tenía una casa en el casco interior de las murallas, al lado de una tahona y un asador, que disponía de un establo para las caballerías, dos plantas y varios criados. Pasamos a una estancia amplia que daba a un patio trasero en el que se veían plantados varios frutales.

Al llegar, un criado nos hizo pasar y nos acomodamos delante de una gran chimenea, pues aunque había dejado de llover nos dolían los huesos por la humedad y el frío. Petrarca no tardó mucho en bajar a recibirnos y, según descendía las escaleras, ordenó a los criados que nos trajeran algo caliente para beber.

—¡Demetrio Angel! —me saludó efusivamente— y Manuel Calecas… Tenía grandes deseos de conoceros personalmente. Son muchas las cosas que quiero preguntaros, e imagino que vos tendréis curiosidad en conocer la razón por la cual Stefano Colonna os ha dirigido a un poeta para ser vuestro guía en este infierno.

—Francesco Petrarca, os doy las gracias por vuestra amable invitación y os confieso que también tenía interés en conoceros… Le halagué.

—¡Sentémonos junto al fuego!, que ahora nos traen un caldo. No soporto la humedad de este lugar ni la tristeza de sus inviernos. Las primaveras son diferentes, todo es más luminoso, hace calor, corren unas brisas que vienen del mar y que ascienden por el río invitando a solazarse en los campos, a gozar del resurgir de la naturaleza. Los veranos son extenuantes de calor y húmedos… ¡Pero, en fin, aquí tenemos nuestra canonjía, y mientras la Santa Madre Iglesia nos dé refugio, estaremos dispuestos a soportarlo…! Como podéis comprender ¡las letras y el arte dan fama, pero no riqueza…!

—¿Qué mayor riqueza que la amistad y la admiración de tantos? —le volví a halagar siguiendo su vena poética…

—Habéis venido en mal momento. Sin embargo, ¡he aquí una gran contradicción!, el alma de Occidente nunca ha estado más despierta ni dispuesta a escuchar vuestras ideas que ahora.

El amor por los clásicos se extiende como el fuego a través del monte seco en verano, desde Sicilia hasta Avignon…

Los textos antiguos se buscan y coleccionan en las casas más nobles, el estilo del arte se inclina cada vez más por sus cánones de belleza y proporciones… El hombre vuelve a ser el centro del universo y la medida de todas las cosas; la naturaleza, nuestro modelo, y la sabiduría de los antiguos filósofos asombra hasta los más altos miembros de la Curia…

¡Somos de nuevo niños asomándonos a un mundo que se había mantenido oculto y que resurge ahora con toda la fuerza de una cultura sublime!

—Me temo que el mundo del que vengo no es tan excelso como lo habéis descrito… Si os referís a la tradición antigua, también lo es para nosotros… La única diferencia es que, a pesar del peregrinaje por el desierto, conservamos los documentos y los monumentos. Los lazos que nos unen a ese pasado, la conciencia de que existe un origen común nunca se ha olvidado.

—¡Con una simple frase me habéis ahorrado la lectura de innumerables tomos! —me interrumpió entusiasmado—. No sería difícil que despertarais simpatías en las universidades, en las nuevas ciudades e incluso entre los mismos reyes. ¿Cuándo estuvisteis en Nápoles, tuvisteis ocasión de ver la devoción del Rey Roberto por lo antiguo?

—Sí…

—¡Pues no es el único…! Los grandes señores de Italia escucharían con atención vuestro mensaje… Pero hay también que reconocer, desgraciadamente, que media un abismo entre la simpatía y la decisión de tomar las armas.

—Si se celebra un Concilio y desaparece el tradicional encono entre ambas Iglesias, no sería tan difícil interesar a esos señores por la defensa de esa cultura común…

Pensad que nosotros poseemos los originales de la mayoría de esos clásicos que vosotros admiráis. Yo mismo, en la biblioteca de mi padre y de mi maestro, he leído y consultado numerosos textos de los que vosotros coleccionáis, ¡por no mencionar las bibliotecas de Constantinopla! Muchos libros fueron salvados como joyas. Igual que se conservan reliquias, que el pueblo va a adorar en las iglesias, los académicos, durante generaciones, han conservado esa herencia a salvo del paso de los años.

—¿Tenéis textos antiguos de *La Odisea* y *La litada*? —me preguntó fascinado…—. ¿Virgilio, Ovidio…?

—Sí, y de Lucano, Jenofonte, Píndaro, Esquilo…

—¡No sigáis! —exclamó emocionado—. De historia y filosofía me imagino que igual…

—Sí, Platón, Aristóteles, éste no muy completo, los presocráticos, los estoicos, incluidas las memorias del Emperador Marco Aurelio…

—¡Basta, me habéis convencido…! ¿Existe el peligro de que todo eso caiga en manos de los turcos?

—Sin duda —afirmé—. Pero eso no me preocupa, en cuanto a la conservación de los grandes maestros… No olvidéis que ya los árabes tuvieron acceso a una gran parte de ese legado, en Antioquía, Alejandría, Efeso… y no corrieron peligro. De hecho, a Occidente llegó Aristóteles de la mano de Averroes antes que de la mano de Tomás de Aquino…

—¡A mí me preocupa que no llegue a Occidente! —protestó Petrarca—. Me gustaría que los escolares y profesores, los eruditos y los pensadores, pudieran beber de esas fuentes…

Vos ignoráis las nuevas teorías del arte y la política, lo cual es lógico, pero esos libros que mencionáis podrían fortalecer el vínculo con el pasado y dar alas a este impulso…

—¡Os olvidáis de los maestros! —continué—. En oriente no sólo guardamos la letra, sino también el espíritu, matizado y madurado después de largos años…

—Os ayudaré en todo lo que pueda…

—He oído decir —le comenté— que vuestro «Cancionero» ha pasado por las manos de todo el que sabe leer…

—Exageran —me contestó riendo—, pero me haríais un gran honor si lo leyerais. He intentado reflejar un sentimiento tan antiguo como el hombre, pero de una forma distinta. Lo he hecho prescindiendo del latín, que es la lengua culta, para que lo entienda todo el mundo… Debemos predicar esta nueva sensibilidad en todo lugar, hablar de corazón a corazón sin perder la universalidad de las ideas eternas… ¿Vos conocéis la obra del florentino Dante Alhigieri?

—Sí, cuando estuve en Roma adquirí su *Divina Comedia*…

—¿Entendéis el toscano? —me preguntó asombrado.

—Bastante, lo aprendí de niño, en los muelles de Cydonia y con mi maestro León, que había estudiado y vivido en Bolonia…

—Entonces comprenderéis que se trata de un poema titánico que consagra nuestra lengua vulgar…

En cuanto volváis a Roma, conseguid las obras prohibidas del sajón Ockham y de Marsilio de Padua. No las busquéis en esta ciudad, porque si

por un azar dierais con ellas y os las descubrieran encima, tendrías problemas con Clemente.

Mientras charlábamos, apareció un amigo de Francesco, se llamaba Simone Martini; se trataba de un artista de Siena que Clemente había llamado para pintar unos frescos en la iglesia de palacio. El tal Simone era un hombre sorprendente y entusiasta, brillante, que participaba de las ideas de Petrarca, en su nueva visión de la realidad. Intentó convencerme de la superioridad del ideal del artista. Defendía ardientemente toda representación natural…: «¡Había que romper las formas del pasado, recuperar la visión del hombre en su medio, libre de las ataduras y el envaramiento monástico de las figuras…!».

¡No quiero ni imaginarme lo que hubiera pasado si en Vatopedi o Gran Lavra, o ante el propio Patriarca, se hubiera atrevido a expresar semejantes opiniones!

Consideraba a dos pintores, también italianos, como sus grandes maestros. A uno le designaba como el tímido rompedor, Cimabúe, y al otro, casi se santiguaba cuando lo nombraba, le consideraba como el genio que descendió del cielo: Giotto di Bondone. Muy generoso se ofreció a acompañarme y mostrarme obras de sus maestros… Decliné entonces su invitación, pero le prometí que si en otra ocasión tenía la oportunidad no me olvidaría.

* * *

Nada quedaba por hacer en Avignon, los sedales estaban colocados. Aunque el invierno se nos echaba encima, el tiempo había despejado, ya no llovía desde hacía quince días, con lo cual los caminos estarían más practicables. Nos despedimos del Cardenal De la Grave y le hicimos un obsequio que difícilmente olvidaría, una ajorca de María Magdalena para su capilla particular. Viniendo de Constantinopla nadie dudó de su autenticidad, las reliquias tenían un gran valor y nos agradeció efusivamente el regalo.

Sin duda la pondría en un relicario y la exhibiría a los peregrinos, a quienes les cobraría unos cobres por tener la fortuna de contemplar y rezarle a aquella íntima frivolidad de la gran pecadora arrepentida… ¡Ya veía las procesiones de rameras camino de su capilla!

Con seis buenos caballos recorrimos el camino hasta Roma. Debíamos llegar a Brindisi a tiempo de coger alguna nave comercial que nos llevara a Creta antes de la Navidad. Afortunadamente, no tuvimos que esperar demasiado, porque a los cuatro días de llegar, una coca veneciana se dirigía a

Corón, en donde los Savelli tenían una base; desde allí nos sería fácil dar el salto hasta Candía…

III
LA PAZ DEL EXILIO

¡Dichoso el hombre al que su destino le permite gozar de momentos de paz! La cosecha aquel año había sido abundante: la generosidad de la tierra fue el mejor regalo de Epifanía para aquellos sufridos seres, pegados al surco, cuya mayor aspiración era que nunca faltara pan para sus hijos ni vino para alegrarles el corazón.

De Grecia llegaban noticias alentadoras, las ciudades de Tesalia y Macedonia apoyaban a Cantacuceno, en Tesalia, incluso, se le reconoció como Emperador. Dusan, sin embargo, en cuanto vio que estaba tomando fuerza la causa de Cantacuceno le retiró su apoyo. Juan recurrió, entonces, a uno de sus viejos aliados turcos, Umur de Aydín, y con su ayuda recuperó toda Tracia, entrando de nuevo como triunfador en Didymotheicos.

Las conversaciones que tuve en Atenas con Novelles empezaron a dar su fruto, recuperando varias ciudades que permanecían bajo control de los catalanes. ¡Éramos aliados, nos unía la excomunión!

En primavera volvimos a tener noticias. Recibimos una carta de Malik en la que nos decía que el fin de la regencia de Ana estaba cerca, el desorden reinaba en las calles de Constantinopla, la mitad del Senado había sido encarcelado y habían perdido toda esperanza de recibir ayuda de los latinos. En su opinión, no les quedaba otra salida que pactar la rendición de la capital.

También sufrí una gran decepción en aquellas fechas… después de tantos esfuerzos, desvelos y ofrecimientos recibí la desconsoladora noticia de que la cruzada de Clemente estaba en marcha… Todos mis esfuerzos por desviar el rumbo de la campaña a territorio otomano habían resultado inútiles; habían atacado Aydín para proteger al Rey francés. De nada habían servido mis consejos y súplicas en Avignon. Umur, que además era nuestro aliado, se vio forzado a abandonar a Cantacuceno en medio de lucha para defender su ciudad. ¡La famosa cruzada, de que tanto habían hablado en Avignon, se limitó a una incursión desorganizada contra el Sultán de Aydín!

La tragedia fue que Cantacuceno, abandonado en plena refriega con la Emperatriz, llamó a los otomanos. Al firmar con Orján un tratado y ofrecerle su hija Teodora en matrimonio, les proporcionó la puerta de entrada a

Europa… que era lo que siempre habían deseado. Suponía un paso atrás, los otomanos representaban un peligro mayor que el resto de los sultanatos juntos, y Cantacuceno se había echado en sus brazos forzado por el absurdo ataque latino. ¡En su ceguera egoísta, el Rey de Chipre, queriendo desquitarse, había abierto la caja de Pandora!

Aquel día anduve como sonámbulo por toda la casa, me resistía a aceptar que la mayoría de mis esfuerzos hubieran sido barridos como briznas de paja por un vendaval: ¡Orján en Tracia!

Cantacuceno, en su afán por acogotar a sus rivales, se estaba deslizando por una peligrosa pendiente, aunque él se negara a verlo… ¡Estaba eufórico por las recientes victorias conseguidas con tropas otomanas…! Me aseguraba que pronto estaríamos en Constantinopla… ¡Claro que entraríamos de nuevo en Mangana —yo le contestaba—, pero rodeados por turcos a ambos lados del Bósforo!

Los acontecimientos nos envolvían como una segunda piel, se imponían tercamente a nuestra voluntad y carecíamos de la fuerza necesaria para controlarlos. Cada vez era más consciente de que no podía ni dominarme yo mismo, si la razón me ordenaba permanecer sereno los sentimientos afloraban y la pasión ponía las palabras en mi boca. ¡Éramos como marionetas, actores sobre un escenario donde sólo el guionista parecía conocer el argumento! Quería encontrar un escondrijo para escaparme de todo lo que me rodeaba, un rincón donde, protegido por la estrechez de un pequeño espacio, pudiese soñar, ignorando todo lo que ocurre alrededor. Quería moverme entre objetos familiares, palpables, físicos, entrañables… Sólo me apetecía contemplar paisajes conocidos y sentir la agradable sensación de seguridad que proporciona lo próximo.

Las estaciones se iban sucediendo, brindándonos el placer de contemplar la naturaleza, siempre cambiante y siempre la misma. Quizá, pensaba, los éxitos o fracasos con los que vamos tropezando se deban más a esa alternancia cósmica que a un acto de redención o condenación voluntario… Los vaivenes del espíritu rebelde repiten la tragedia en cada generación, la ilusión de representar el papel de héroe a todos nos fascina, pero Bizancio ya no era más que una reproducción grotesca, de formas y modales, de una Roma decrépita. El escenario no había cambiado y los nuevos actores repetían una y otra vez el mismo guión: mitos, creencias e ilusiones del pasado vacías ya de contenido…

Me había propuesto no volver a verme envuelto en las intrigas de la guerra, la política o la corte. Pero ¿quién puede resistirse a leer una carta que

le manda un viejo amigo? Hacía tanto tiempo que no sabía nada de Grégoras…

Una tórrida mañana del mes de agosto, mientras estaba trabajando en unos textos de Tomás de Aquino, me interrumpió un mensajero.

—¿Demetrio Angel…?, traigo para vos una carta de Nicéforo Grégoras…

Tuve la tentación de decirle que no era a mi a quien buscaba. Que el nombre era correcto, pero la persona a quien iba dirigida la carta había fallecido… Pero era inútil intentar huir del pasado.

—Yo soy…

—Esto es para vos —me dijo entregándome la carta.

—Gracias oficial, ¡decidle a los criados, que os den alojamiento! ¿En qué habéis venido?

—En una galera imperial —repuso— a las órdenes del Drungario Crysoberges, que me ha transmitido un saludo para vos y me ha dicho que vendrá a veros.

—¿Han venido también los Senadores Simón y Juan…?

—Sí señor…

Me alegré de que mis viejos amigos estuvieran de vuelta de su embajada a Didymotheicos.

Sabía que aquella carta volvería a despertar en mí sentimientos que alterarían la paz de que disfrutaba. Pero mi curiosidad fue más fuerte que mi prudencia, así que rasgué los lacres y me dispuse a leerla…

«Hace mucho tiempo, Demetrio, que no he tenido más que vagas noticias sobre ti… Sé que estuviste en Serbia y en Tracia con Juan y que viajaste luego a Occidente. El motivo de esta carta es animarte a que no pierdas contacto con lo que sucede en esta capital, que está pasando por tal grado de descomposición que haría que el pasado, el que tú y yo hemos conocido, nos pareciera un período de gloria.

Mi posición en la secretaría no es buena. Me opuse a las absurdas teorías del calabrés Barlaam, pero tampoco estuve de acuerdo con los hesicastas. La regencia, en un primer momento, quiso utilizarme como un azote contra los seguidores de Palamas, pero yo me resistí… A medida que se fue deteriorando la autoridad de Apocauco, el pueblo, enfervorizado por las predicaciones de algunos monjes, se ha ido atreviendo a desafiar, cada vez más, la autoridad imperial. Me gustaría ser el primero en narrarte los trágicos acontecimientos, tal y como sucedieron, para que tú mismo juzgues el grado de anarquía al que hemos llegado.

Alejo Apocauco ha muerto asesinado… dejando tras de sí un gran vacío de poder; aunque sé que nunca fue hombre de tu simpatía y reconozco el daño que ha hecho con su demagogia, creo que lo que ha ocurrido es una señal para que volváis a Constantinopla y, entre todos, busquemos restablecer el orden en esta ciudad… Te contaré cómo sucedió:

Había ido a visitar las cárceles, como solía hacer todos los días, para cerciorarse de que los presos, que él personalmente había mandado encerrar, seguían en su sitio. Cuando paseaba delante de las mazmorras, junto a las verjas, la escolta que llevaba lo abandonó, porque alguien, con la oportuna premeditación, había dejado las puertas de las celdas abiertas…

No tengo que explicarte lo que ocurrió… Al principio sólo se atrevieron a enfrentarse con él un par de reclusos, los de mayor alcurnia, pero, al cabo de un minuto, la masa se había precipitado al pasillo y lo mataron a golpes allí mismo.

Escaparon muchos, hasta que la guardia, de nuevo, se hizo cargo de la situación, pero nadie se atrevió a preguntar quién ni por qué había ordenado abrir las celdas y abandonar al Megaduque entre los presos. Su cadáver destrozado fue arrojado desde una de las torres, y sólo al cabo de varias horas algunos fieles se atrevieron a recogerlo para darle sepultura.

No tengo que explicarte la necesidad que tenemos de acabar con esta ridícula guerra que ha causado más estragos que todas las anteriores…

Te deseo el mayor bien, la paz y la felicidad para ti y los tuyos. ¡Por favor, convence a Juan para que acabe de una vez con esta espera!, acordaos de los viejos tiempos y de las grandes ilusiones que nos hacíamos… En nombre de ese pasado y esa amistad os lo suplico…»

¡Pobre Nicéforo, lo que debe de estar sufriendo! —pensé—, es un buen hombre y un magnífico estadista…

* * *

Estaba paseando con Elena y Teodoro aprovechando la semisombra vespertina que teñía de cobre y bronce las paredes blancas de la villa, cuando por el camino aparecieron Simón, Juan y Alejandro.

—¡En la capital reina el desorden, bastaría con que Cantacuceno se presentara para volver a instalarse en Blaquerna! —afirmó Simón.

—Estoy enterado por Grégoras de la situación —le dije—. Pero si entráramos en Constantinopla dejando atrás regiones insumisas podríamos encontrarnos en la misma situación que la Emperatriz ahora…

Crysoberges tenía una expresión triste y pensativa, me volví y le pregunté:

—Alejandro… ¿Qué noticias hay sobre Tesalónica?

—Las peores, nos aproximamos por mar al viejo puerto de Constantino y tuvimos que retirarnos. Fondeamos en una pequeña bahía al sur…

—La conozco —le interrumpí—, nosotros también tuvimos que refugiarnos lejos de la ciudad…

—Pues… Luego, de incógnito, nos dirigimos por tierra hasta la ciudad. ¡No os podéis imaginar lo que allí ha ocurrido…! Las cosas han ido de mal en peor. Nos contaron que en cuanto se conoció la noticia de la muerte de Alejo Apocauco, su hijo se hizo cargo del poder en el Conseja ¡No para apoyar la causa de su padre, sino para derrocar al régimen establecido por los zelotas y ponerse al lado de Cantacuceno! Mandó ajusticiar a varios de los cabecillas del gobierno local y entre ellos a su jefe. Miguel Paleólogo. Pero se equivocó… Andrés Paleólogo se rebeló contra el nuevo Consejo sublevando a todos los fanáticos y desheredados de la ciudad, tomaron la ciudadela por asalto y pasaron a cuchillo a toda la guarnición… Lo que ocurrió a continuación no se puede ni describir, venganzas, raptos, saqueos, incendios…

—¿Pero no se puede acabar con esa matanza reconquistando la ciudad con un par de turmas de catafractarios que traigamos temporalmente de la frontera…?

—No es tan sencillo —continuó Alejandro—. Andrés Paleólogo tiene ahora muchos seguidores. Piensa que la ciudad está tomada por toda esa masa de campesinos desheredados que han quedado a su suerte después de todas estas guerras. Son muchos y están muy descontentos, por no decir desesperados… No tienen nada que perder. Además, los serbios han tomado Serres; toda Macedonia, con la excepción de Tesalónica, está en sus manos.

—Es como un incendio —comentó Juan Zinziluces—. Cuando no quede más leña que arder, el fuego se extinguirá sólo. El cansancio y la propia desesperación harán que la mayoría de los rebeldes abandonen la ciudad y se echen a los campos. Acabarán muertos de hambre en alguna cuneta, víctimas de bandidos o cazados por los mercenarios turcos de Cantacuceno. Dispersos no ofrecen peligro, pero tras los muros de una ciudad como Tesalónica, con un caudillo al frente, pueden llegar a ser invencibles…

Las noticias que me traían eran desoladoras y lo único alentador era que Constantinopla estaba a punto de caer.

* * *

Había transcurrido un mes desde el encuentro con Crysoberges y yo seguía, recalcitrante, en mi decisión de no volver a participar en la política del Imperio. Los sinsabores del viaje a Occidente, la descomposición del efímero reinado de Juan V, la guerra en Tracia y la camaradería con los otomanos me habían hundido de tal modo que deseaba permanecer solo.

Sin embargo, una cosa son nuestros propósitos y otra muy distinta lo que el destino nos tiene reservado… Al recibir el recado de que en la antesala me estaba esperando un enviado de Cantacuceno, un calambre me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. ¡Por fin! —pensé—. ¡La victoria está cercana…! En Constantinopla la regencia debe estar a punto de derrumbarse, y cuando eso suceda yo seré uno de los nuevos protagonistas del poder, aun en contra de mi voluntad. Entonces fue cuando, como por arte de magia, se disiparon mis dudas, me olvidé de pasados disgustos y de nuevo volví a sentir ganas de entrar en la lucha…

—¿Demetrio Angel?

—Yo soy…

—Traigo un despacho urgente del «Nobilisimus» Cantacuceno para vos —dijo extendiéndome la carta que traía envuelta en cuero y sellada con lacre imperial.

—No os marchéis sin avisarme…

Mientras una carta no esté abierta caben toda clase de especulaciones, lo que nos permite alargar algo más la fabulación dejando que nuestra imaginación especule con infinitas posibilidades. La carta era de puño y letra de Juan, no se hubiera atrevido a confiar un tema tan delicado a ningún secretario. ¡Los escritos hablan igual para todos! —solía decir—. Llegan a los oídos de quienes menos conviene… ¡No te olvides que el oro abre todas las puertas menos las del cielo…!

«Hubiera querido comunicarte personalmente lo que he de decirte por escrito, pero los hechos se precipitan de tal manera que he decidido exponerte lo que pienso para que vayas haciéndote a la idea.

En Constantinopla, tras la merecida e indigna muerte de Apocauco, la descomposición del poder ha llegado a un estado que hubiera resultado impensable hace tan sólo dos años; sus secuaces, en venganza por el asesinato de su amo y corruptor, llenos de odio contra aquellos que se atrevieron a desafiar la autoridad del Megaduque, han emprendido una matanza no sólo contra los culpables —que estaban recluidos en el palacio— sino contra todos los aristócratas.

La Emperatriz Ana ha solicitado apoyo a Serbia, a los búlgaros y, lo que puede ser más peligroso aún, a Génova y Venecia… De momento no ha recibido más que buenas palabras, ya que, por fortuna para nosotros, nadie apuesta por su trono. Venecia, que no pierde ocasión de sacar algún provecho de los males que nos aquejan, con o sin razón, le ha prestado treinta mil ducados a cambio de dejar en prenda las joyas de la corona imperial. Ana debió pensar que una vez coronado su hijo Juan V no habría demasiadas ocasiones para tener que usarlas y que, para entonces, ya estaría en condiciones de rescatarlas…

No sólo es el patrimonio del César el que ha sufrido su expolio, sino que también numerosas iglesias y basílicas han sido saqueadas y privadas de sus ornamentos para obtener fondos con los que pagar a los mercenarios… El emir de Saruján, que aceptó el ofrecimiento, le envió seis mil hombres que, después de abrirse paso por Tracia a sangre y fuego, afortunadamente la han abandonado y se han desviado hacia Bulgaria.

Grégoras me ha enviado varias cartas en las que me ruega que no retrase mi entrada en la ciudad, que el grado de miseria y desconcierto es total, que lo que ocurre es el castigo de Dios por nuestros pecados y culpa de ello a mi indecisión. El único partidario importante que le queda a Ana es el Patriarca Calecas.

Estas razones, además de las amenazas del Zar Dusan, me obligan a dar un paso que hasta ahora he querido evitar… ¡Siempre he respetado la legitimidad del heredero por encima de mis intereses! —tal como le prometí a Andrónico en su lecho de muerte…—. ¡Tú, Demetrio, eres testigo!, pero mis tropas y mi pueblo me piden que me declare formalmente Emperador.

Para colmo, el megalómano de Dusan, en mayo, piensa coronarse Emperador de griegos y serbios en Skoplje. ¡Es más de lo que puede soportar este pueblo… Tres Emperadores ortodoxos: uno en Serbia, otro en Constantinopla y otro en Adrianópolis…!

Después de mi coronación, que oficiará el Patriarca de Jerusalén el 21 de mayo, día de San Constantino, marcharemos sobre Constantinopla. Quiero que me acompañes, ha llegado la hora de que salgas de tu reclusión provinciana y me apoyes, tanto en Constantinopla como en Occidente… Serás mi Gran Doméstico. ¡Podrás hablar con el Papa, pero, ahora, con toda la autoridad del Senado de Roma…!»

Y así fue como volví a quedar atrapado por las mallas de la política: ¡Gran Doméstico…! ¡Qué poco tarda un hombre en cambiar de parecer cuando está espoleado por la ambición del poder y la gloria…!

IV
LA EXALTACIÓN

Para llegar a Dydimotheicos teníamos que atravesar Tracia siguiendo la orilla del Hebros; a lo largo del camino fuimos viendo cómo sus habitantes, sufridos labriegos y tozudos ganaderos, levantaban de nuevo sus tristes aldeas destruidas por la horda militar. El río bajaba violento, preñado de troncos, maleza y barros del deshielo, su ruido ensordecedor nos fue acompañando todo el camino hasta Adrianópolis.

Al llegar nos instalamos en la acrópolis, desde cuya altura se dominaba todo el horizonte mientras a nuestros pies estaba el abigarrado barrio comercial con sus tiendas y casas multicolores pegadas a las faldas de la colina.

¡Adrianópolis…! en cuyas almenas y cúpulas se podía leer un pasado rico, cargado de historia… aquel puesto fronterizo milenario, entre la civilización y la barbarie, nos daba la bienvenida a nosotros, los nuevos romanos, tan alejados de pasadas glorias.

A la coronación de Cantacuceno asistieron las más altas jerarquías eclesiásticas. El pueblo vitoreaba al nuevo Emperador, pero Juan no podía olvidarse de que en Constantinopla permanecía secuestrado otro Emperador y que Esteban Dusan acababa de consagrarse en Skoplje…

No teníamos todavía motivos para celebraciones, y en cuanto pasó la euforia de la coronación nos reunimos para estudiar la manera de derrocar a Ana sin provocar una matanza dentro de Constantinopla. No se podía contar con los genoveses de Gálata, ya que, siguiendo su costumbre, se mantendrían al margen o intentarían sacar partido. En el barrio veneciano yo tenía varios amigos, pero de poco me podrían servir sin el beneplácito del Bailío, pero nunca se pronunciaría sin instrucciones del Consiglio o de Andrea Dándolo personalmente.

Nos quedaba el ofrecimiento de un evadido llamado Fakeolatos, que nos aseguraba que si acudíamos a la Puerta Aurea él conseguiría que, desde dentro, nos franquearan la entrada. Era muy aventurado fiarse de un desconocido, pero tampoco estábamos en condiciones de rechazar la ayuda que se nos prestaba, viniera de donde viniera. Procederíamos con cautela,

estableciendo otros enlaces en la ciudad para que aquellos que nos eran fieles pudiesen actuar en colaboración con el grupo exterior.

No era fácil entrar en Constantinopla, muchos generales al frente de ejércitos victoriosos se estrellaron contra sus murallas, y otros muchos se tuvieron que contentar con contemplar desde fuera las maravillas de la capital del Imperio.

Era prácticamente inexpugnable, entre el Mármara, el Cuerno de Oro y el perímetro de las murallas nadie que no dispusiera de una gran fuerza naval o de un formidable ejército de asalto podría vencer aquellas fortificaciones. ¡Cuanto menos nosotros con un puñado de hombres!

La tradición aseguraba que era una ciudad eterna, y que sólo al fin de los tiempos Dios permitiría que cayera rendida. Protegida por la Virgen y nuestro Señor desde tiempos de Constantino, estaba garantizada su supervivencia. Aunque las circunstancias fueran adversas no había que perder la esperanza jamás… Al final, tendría que prevalecer la morada santa del único Emperador cristiano legítimo sobre la tierra…

Ésa era la maravillosa leyenda que se contaba a los niños en las escuelas, la que los devotos no olvidaban en sus plegarias, la que se repetía en todas las iglesias y basílicas de aquella sagrada península, la que los místicos y profetas, monjes y Obispos predicaban desde los púlpitos de generación en generación. Constantinopla era el centro del mundo, la Jerusalén celeste en la tierra, el gran relicario de la fe ortodoxa y era inmortal… ¡Cuánto habríamos de sufrir recordando esos discursos! Para castigar nuestros grandes pecados, Dios podía permitir que los perros infieles o los latinos violentasen nuestra intimidad violando el Sancta Sanctorum de nuestros cuerpos, pero el alma debía permanecer incólume. ¡Cuánta ensoñación!

Nos pusimos en marcha con unos mil hombres, mientras Mateo Cantacuceno, el hijo de Juan, permanecería en Tracia con el grueso de las fuerzas. Las tropas de Orján, se quedarían en Anatolia. ¡Nuestro mayor aliado era, nada menos, que el Sultán de los otomanos!, lo que no dejaba de producirme un gran recelo.

Cuando le pregunté a Juan cómo había consentido que su hija se casara con Orján:

—¿Te sorprende? —me replicó—. Pues te lo contaré: en cierta ocasión en que me reuní con él en Tracia nos atendieron la mesa mis hijas. Teodora, la mayor, le entusiasmó de tal manera que perdió la cabeza. Como tú le conoces, no tengo que decirte lo frío y comedido que suele ser. ¡Imagínate la sorpresa que me llevé cuando se acercó a pedirme la mano de mi hija, descompuesto

por la emoción y balbuceando como un niño! Me lo ofreció todo, incluso, se ofreció a rendirme vasallaje y servirme en las campañas militares que emprendiera…

—¡Un turco musulmán…!

—Orján es un hombre profundamente civilizado y cortés. Me fío de su palabra más que la de nuestros hermanos en Cristo. Teodora tiene libertad para moverse por ambos reinos a su antojo, y no fue obligada a renunciar a su religión. Se ocupa de atender y ayudar a los cristianos que se quedaron atrás después de la pérdida de Bitinia y Opsikion.

—Entiendo —murmuré resignado—, pero no deja de sorprenderme…

—¡Demetrio! El Emperador Miguel VIII, héroe de Constantinopla, casó a hijas suyas con mongoles. Andrónico II casó a una hija suya con Toktu, Kan de la Horda de Oro, y a la otra, Simónida, con el serbio Milutín cuando no tenía más que cinco años… Nuestros primos de Trebisonda han convertido el matrimonio en su principal defensa. Alejo II tuvo tres mujeres musulmanas, y Basilio le entregó dos hijas en matrimonio a los emires locales. Nuestro aliado Juan Vatatzés, pariente tuyo, le ha entregado en matrimonio una hija al Emir de Karasi… ¡No sé de qué te sorprendes…!

—No te quito razón —admití—. Lo que no puedo evitar es, como ya te he dicho hace años, una sensación de incomodidad por tu familiaridad con los turcos… ¡No me interpretes mal!, les respeto, pero no puedo dejar de pensar que su ascenso es nuestro final, su religión nos separa, su cultura y la nuestra no son tan compatibles como piensa Orján. Alguien, al final, tendrá que imponer su voluntad, y me temo que a nosotros nos va a resultar difícil.

—¿Crees que tus amigos latinos nos tratarían mejor? —me preguntó por centésima vez—. ¿Puedes asegurarme que respetarán la ortodoxia y no intentarán imponer su autoridad hasta el último extremo…?

—Juegas con la ventaja de que en el pasado así ha sido. Pero no es el recuerdo del pasado lo que me anima a fomentar una unión de las Iglesias. El pasado no apoya mis argumentos, sólo la fe en un futuro más sensato puede hacernos olvidar y tratar de salvar un Oriente cristiano y romano…

* * *

A finales de enero, con gran sigilo, Juan me llamó a su tienda y me dijo:

—¡Demetrio, el momento es ahora o nunca! Tengo mil hombres entrenados para abrir una brecha en la muralla si Fakeolatos nos traicionara… ¿Qué opinas?

—¡Adelante!, Teodoro, mi hermano, Juan y Simón, a quienes ya conoces, ayer mismo me estaban presionando para que hablase contigo. Les han enviado una nota en la que les dicen que en la ciudad te acogerían con los brazos abiertos…

—¡Pues adelante!, prepara tus cosas. El 2 de febrero me han asegurado que nos franquearán la puerta…

Era noche cerrada cuando llegamos a la Puerta Aurea. Nos apostamos con sigilo, a un tiro de piedra de la entrada. Los dos exploradores que habíamos enviado por delante habían vuelto para advertirnos que la puerta estaba tapiada, pero que, desde el interior, derribarían un trozo de mampostería lo suficientemente grande como para que pasaran los hombres…

Primero salieron diez hombres, que se apostaron junto a las torres de la entrada, escondidos entre los matorrales y las sombras. Diez zapadores más acudieron a colocarse justo debajo del arquitrabe. Al cabo de quince minutos hicieron la señal convenida para avisarnos de que escuchaban el ruido de las piquetas desde el otro lado y que se disponían a emprender su labor desde el exterior. No había pasado ni una hora cuando nos advirtieron, moviendo tres veces una farola de picador, que la vía estaba franca. Rápidamente se colaron por el agujero cincuenta hombres para tomar posiciones y, por último, entramos Juan a la cabeza y yo. Los guardias de la torre, en cuanto vieron que Cantacuceno, acompañado por una partida de hombres armados, había entrado en la ciudad se rindieron. Teníamos que llegar a Blaquerna antes que saliera el sol, tomar el palacio, y capturar a la Emperatriz.

Si conseguíamos ocupar el barrio y luego, desde el Fanario, aislar Blaquerna, habríamos realizado la parte más difícil del plan. ¡Mil hombres, aun en silencio, atravesando prácticamente media ciudad sin ser detectados por las rondas era imposible…! Las cuadrillas de vigilancia con las que nos cruzamos no se atrevieron a dar la alarma, la población estaba harta de sufrimientos. La autoridad no era más que un castillo de barro, el poder estaba en la calle a disposición del primero que tuviera coraje para recogerlo.

El sol había empezado a asomar por encima del Cuerno de Oro, perfilando la colina de Gálata y dorando la mansedumbre del amanecer sobre la bahía, cuando terminamos de rodear el palacio. La guardia, sorprendida a horas tan tempranas, no supo cómo reaccionar. El oficial a cargo de la torre descendió parsimoniosamente las escaleras acompañado por algunos soldados, medio somnolientos, que venían ajustándose los ceñidores y las espadas.

—¡Mandad a vuestros hombres que, inmediatamente, se pongan a las Ordenes de nuestros oficiales…! —le rugió Simón al pobre hombre aturdido.

—¡Noble señor!, ¿puedo saber de quién se trata?, por lo menos, informadme antes de mandarme preso… —preguntó el infeliz.

—El «Nobilisimus» Juan Cantacuceno, Emperador Romano —le aclaró en un tono más suave Simón…—. No es nuestra intención encarcelar a nadie, sino todo lo contrario, liberar a los que están presos, traer la paz de nuevo a Constantinopla y al Imperio…

—En ese caso, os damos la bienvenida, no podéis imaginaros lo que hemos tenido que sufrir a manos de los mercenarios, sin contar las ofensas que hemos soportado al ver a ilustres ciudadanos arrastrados y humillados por los rufianes serviles del maldito Megaduque Apocauco.

—¿La Emperatriz? —continuó preguntando Simón.

—En el palacio —le contestó el oficial, ya más tranquilo— es tenaz y obstinada…

—¡Reunid a vuestros hombres y estad pendientes por si hubiera instrucciones…!

Juan, camuflado bajo una capa que le tapaba completamente, se volvió hacia Simón y le dijo:

—He oído la opinión de ese oficial, creo que tiene razón. Quiero que Zinziluces lleve una embajada hasta la Emperatriz…

Pero Zinziluces no tardó mucho en volver, con una respuesta negativa:

—«No tengo intención de ceder a las presiones de Cantacuceno…» —fueron sus palabras textuales—. Se niega a conceder otra audiencia a un embajador bizantino. Solicita que busquemos la intermediación de los genoveses y, si no, amenaza con levantar al pueblo en nombre de Juan V contra nosotros.

—¡No me extraña! —comentó Teodoro, que acababa de volver de Pera de apoderarse de los muelles—. Acabamos de apresar una galera genovesa que, según varios marineros, tenía órdenes de rescatar a la Emperatriz y llevarla a Génova.

Transcurrieron las horas sin que en el interior del palacio se viera actividad alguna. Se habían parapetado en la fortaleza interior y se negaban a abrir las puertas…

Para no perder tiempo decidimos trasladarnos a Mangana para organizar la administración de la ciudad hasta que Ana quisiera ceder en sus pretensiones.

La ciudad se echó a la calle para ver al Emperador Juan VI, como si se tratase de un viejo amigo al que hubieran perdido y vuelto a encontrar. Juan les correspondía exultante de felicidad, a pesar de ver tristeza en sus rostros

por los sufrimientos pasados. El populacho le siguió a lo largo del recorrido hasta la acrópolis, clamando y exigiendo la sangre de todas aquellas bestias salvajes que, por temor a la venganza, se habían refugiado tras sus muros. Pero él se mantuvo firme en su decisión: no habría más venganzas, si queríamos la paz había que perdonar. Salvó la vida de todos aquellos que le habían traicionado, a pesar de tenerlos a su merced por derecho de conquista…

En el discurso al Senado dijo: «Todos vosotros que, de una u otra forma, habéis sido agraviados y abatidos por el peso de tanto sufrimiento ¡hoy volvéis a la vida! Tenéis un Emperador que os ha devuelto la paz… ¡Alegraos como los egipcios cuando vieron volar al Ave Fénix! ¡Que de ahora en adelante éste sea el símbolo de la nueva fortuna que guíe al Imperio!».

No nos sorprendió el estado en que se encontraba la ciudad: los almacenes vacíos, los graneros de alivio para los menesterosos y los albergues no tenían pan, ni agua, ni leña para calentar a los refugiados; la judicatura había dejado de funcionar y la policía había desaparecido. El hambre se palpaba en las calles, todas las miradas se dirigían hacia nosotros cuando, a caballo, nos afanábamos intentando poner algún remedio, aunque fuera provisional, a tanta miseria y abandono.

Hasta las familias aristócratas, antiguos terratenientes emigrados, habían tenido que empeñar sus joyas para obtener una alcuza de aceite o un trozo de pan negro…

Los monasterios se habían convertido en pequeñas fortalezas, para protegerse de los bandidos y de los hambrientos que pululaban desde los muelles hasta las murallas. Los venecianos se habían protegido, reuniéndose todos sin excepción en Perama, y los genoveses se habían atrincherado en Gálata, esperando una oportunidad para asestarle un golpe a sus correligionarios.

Cantacuceno se había propuesto, y así se lo hizo saber a todos, que daría un perdón general. No se podía seguir lacerando el cuerpo de aquel pueblo con más venganzas y humillaciones. Había que impedir que continuaran las luchas fratricidas. Paz significaba paz para todos y una paz digna que no generara más resentimientos… Al menos era nuestro deseo y nuestra esperanza.

Me puse en contacto con los genoveses y los venecianos para conseguir una tregua. Era necesario que sus barcos salieran a traer grano de Crimea, la ocasión para hacerse de oro estaba en sus manos… Caffa y Tana volverían, con permiso del Kan, a proporcionar el alimento que necesitaba esta urbe

desesperada. Nos gastaríamos lo que fuera necesario, lo que no quedase en el tesoro lo tendríamos que conseguir de los ciudadanos y, si no, Dios comprendería que tomásemos prestado algo de la riqueza acumulada en los monasterios.

Nuestra entrada también supuso el triunfo de los hesicastas; Gregorio Palamas fue liberado, en olor de santidad y de multitudes. Calecas, el Patriarca, había sido depuesto en un pequeño concilio que convocó la propia Emperatriz el día anterior a nuestra entrada. Lo había hecho como un último intento desesperado para congraciarse con la población. El nuevo Patriarca, Isidoro, propugnaba igualmente la paz y la concordia.

Muchos, años más tarde, habrían de criticar la tolerancia y generosidad que Juan mostró en aquellos momentos. Pero yo siempre he pensado que cualquiera que hubieran sido sus virtudes anteriores, o posteriores, ése fue su mejor momento. La generosidad de aquella decisión le redimió del lodo de la miseria humana y demostró su verdadera grandeza: ser misericordioso y generoso en la victoria.

No pudiendo tolerar más tiempo el enclaustramiento absurdo de la Emperatriz, un grupo de oficiales, en contra de las instrucciones de Juan, prendieron fuego a la puerta de entrada del palacio y se aprestaron a un asalto por la fuerza. Hasta ese extremo no llegaba el heroísmo de Ana, en cuanto llegó el olor del humo a sus delicados sentidos y oyó los gritos y el estrépito del asalto se rindió y mandó un mensajero a Juan para pactar…

Lo que una vez más demuestra lo absurdo del comportamiento humano cuando está obnubilado por la embriaguez del poder. El acuerdo al que se llegó podía haberse concluido seis años antes, evitando la desgracia y la mortandad de una guerra civil.

Juan VI y Juan V gobernarían juntos, como Coemperadores, reconociéndose la supremacía de Juan VI durante diez años ¡Juan V tenía sólo quince años! Después la paridad sería absoluta, y el pacto se sellaría con el matrimonio de la hija de Juan VI, Elena, con el joven Emperador. ¡Se mantenía hasta la prioridad en la numeración de la sucesión para Juan Paleólogo!, él sería el V y Cantacuceno el VI. Así mantuvo Juan Cantacuceno la promesa hecha a su padre en el lecho de muerte…

* * *

La revisión de los archivos me fue revelando las miserias de aquellos años. Ana había acudido, de espaldas al pueblo y al Senado, al Papa y a sus

parientes latinos en demanda de auxilio. Ni siquiera ella, ¡una Saboya!, había conseguido penetrar la maraña de Avignon. Me alegré de no haber sido partícipe en aquellos tratos a mis espaldas que me hubieran herido profundamente.

Elena y el resto de mi familia llegaron al poco tiempo y volvimos a instalarnos en Branchaion. Habían fallecido algunos de los criados más ancianos, parte de hambre y parte, creo, de tristeza, pero todo como por milagro volvió a encauzarse… el ritmo de la ciudad fue recuperando su pulso.

La coronación de Juan VI Cantacuceno y la boda de Juan V tuvieron que celebrarse en la basílica de la Pammakaristo de Blaquerna… En Santa Sofía, como consecuencia de un temblor de tierra hacía más de un año, se habían derrumbado parte de los muros. Algunas de sus paredes interiores, a pesar del esfuerzo de los devotos, no se habían reparado y no se podían celebrar oficios en su interior.

La ceremonia fue hermosa por lo que tenía de símbolo de paz y renovación, pero patética para cualquiera que hubiera conocido el boato y el esplendor de anteriores coronaciones…

Las joyas, empeñadas en Venecia, fueron sustituidas por vulgares cristales ¡El Patriarca Isidoro puso sobre las sienes del César una vulgar corona de latón y vidrio! ¡Irene lució una diadema de cobre dorado y perlas pintadas!, en el banquete, las vajillas eran de peltre y loza en lugar de oro y plata…

Me figuro con qué ironía contemplaría el Bailío de Venecia, desde su escaño de preferencia, aquella pobre muestra de la decadencia imperial mientras iba acariciando en su mente los réditos del préstamo y los favores que obtendría.

Orján, acompañando a Teodora como yerno del nuevo Emperador, estaba situado en un extremo del crucero, henchido de orgullo se le podía ver disfrutar contemplando el espectáculo…

* * *

Los barcos comenzaron a arribar de nuevo a los puertos de Constantinopla repletos de grano, aceite y vino. Después de las carestías y el hambre pasadas, era como el maná que bajaba del cielo. Los que habían conseguido salvar, aunque sólo fueran unos pocos hyperpiron, pudieron disfrutar del lujo de volver a comer todos los días. La mayoría seguía careciendo de casi todo, hubo que organizar repartos de alimentos y habilitar conventos y monasterios

como hospitales para atender a las multitudes desposeídas por las últimas calamidades.

Juan tuvo que abandonar Constantinopla una vez más por la nueva ofensiva de Dusan en Macedonia; en esta ocasión no sólo amenazaba Tesalónica, que seguía en poder de los zelotas, sino que se acercaba peligrosamente al Epiro y a Tesalia… ¡Todos los triunfos de Andrónico III y Cantacuceno!

Pero como estábamos destinados a sufrir, el destino todavía nos reservaba una nueva desgracia. Desde el norte nos golpeó la peor de las plagas, incomparable a nada de lo que habíamos conocido. Aquel azote que nos cayó encima se cebó en nuestras escuálidas carnes, como queriendo borrar nuestra simiente hasta el día del juicio final…

Todavía recuerdo, y cada vez que lo hago un escalofrío recorre mi cuerpo, la aparición de los primeros casos de peste… Fue a finales del verano, yo estaba intentando descabezar un sueño cuando me despertaron los bruscos pasos de unos hombres en el patio…

—¡Señor! —me llamó el secretario, que había entrado precipitadamente —. El Jefe de Puerto os pide audiencia con gran urgencia… Por eso me he permitido la licencia de molestaros.

—¡Que pase! —le dije—. ¡Pensándolo mejor! —añadí—, conducidle a la sala oeste, la que tiene la terraza que da a Santa Irene…

—Ahora mismo —me respondió mientras hacía una reverencia y se retiraba.

Estaba confuso e irritado por aquella visita tan intempestiva y tan urgente. ¿Qué podría ocurrir que requiriese mi atención con tanta urgencia…?

—¿Demetrio Angel…? —preguntó un fornido marino que se cuadró ante mí…

—Yo soy, podéis hablar, espero que el motivo que os trae sea importante, pues me habéis preocupado con vuestra prisa…

—Señor, lo es, por desgracia… Han aparecido en el puerto Prosforiano y en el barrio genovés algunos marineros enfermos de peste. Es de una gran virulencia por lo que hemos observado, nadie recuerda una fiebres semejantes… No hemos querido que cundiera el pánico, los médicos y cirujanos del puerto han estado intentando atajar la enfermedad antes de que la noticia se extendiera más allá del barrio.

—¿Hace cuánto tiempo sabéis esto? —le pregunté alarmado.

—Con total seguridad desde esta mañana, el primer caso lo descubrimos hace una semana, pero al no estar seguros no quisimos que se supiera hasta no

examinar los fallecimientos…

—Hay que reunir al Consejo —le ordené—. Convocad a todos los físicos y cirujanos, así como a todo aquel que tenga alguna experiencia en plagas o enfermedades similares.

Que acudan, sin llamar la atención, al antiguo palacio de Botaniates, junto a la muralla antigua de Bizancio. Yo llamaré a mis secretarios para que preparen una sala y convoquen a los senadores. No nos pueden ver juntos ni en la Secreta ni en Mangana, habéis hecho bien en no llamar la atención todavía…

—¡Enseguida!

Había que actuar con toda rapidez, era esencial atajar de raíz la plaga. Si se extendía por la ciudad, las consecuencias podrían ser funestas. Si la peste es fatídica e implacable en cualquier circunstancia, todavía puede ser más mortífera cuando se abate sobre una ciudad que acaba de padecer, y aún padece, enormes carencias.

Llamé a los secretarios y a los oficiales de la guardia para que alertaran a los servicios de incendios, hospitales y principales conventos. ¡Había que impedir que la plaga saliera del barrio de los latinos! Si fuera necesario —a pesar del enorme desconcierto y las protestas que provocaría— evacuaríamos todo el perímetro, desde el barrio de Strategion hasta el de Platea, incluyendo Narsou.

A media tarde conseguimos reunimos; todos querían intervenir y dar su opinión, unos recordando las medidas que se tomaron en la anterior, otros criticando las decisiones que entonces se tomaron, y, la mayoría, hablando entre sí, sin escuchar lo que decía el orador de turno. Pero todos, absolutamente todos, poseídos por un estado de excitación, combinación de nervios y temor que podía respirarse en el aire.

—¡Silencio! —grité, intentando poner un poco de orden en aquella asamblea…—. Lo primero que debemos hacer es escuchar a los que llevan luchando con los brotes de la plaga desde hace una semana. Hay muchas preguntas que hacer antes de dar soluciones: ¿Desde cuándo y cómo la han descubierto? ¿Cuál puede ser el origen? ¿Cuántas víctimas hay? ¿Qué síntomas presentan…?

Cuando terminé de hablar se levantaron y ocuparon el estrado dos oficiales de aduanas y un físico, que tenía todo el aspecto de ser cirujano de la armada.

—Me llamo Manuel Files —dijo el que tenía aspecto de médico—. Soy, desde hace treinta años, médico adscrito al servicio de muelles, y también he

estado embarcado en muchas ocasiones… Hace una semana los oficiales del puerto me llamaron la atención sobre el aspecto de algunos marinos que acababan de desembarcar de una nave genovesa proveniente de Caffa… Cuando los examiné a las pocas horas ya estaban temblando de frío y pidiendo un catre para poderse tumbar. Los síntomas eran familiares y, desgraciadamente, alarmantes… Ya había llegado a mis oídos que en Crimea, cuando los mongoles estuvieron sitiando, precisamente la ciudad de Caffa, se había desatado una plaga que causó más mortandad que las armas de los tártaros. Se decía que allá, en el interior de las estepas, habían padecido unas fiebres malignas que habían causado estragos entre las poblaciones de los tártaros de la zona del Don… ¡Dios no lo quiera —pensé— que semejante peste nos haya llegado junto con los cargamentos de trigo!

Sólo cabía esperar, ver cómo se desarrollaba y estar atentos por si se detectaban más casos. En aquel momento decidí no comentarlo hasta ver cómo se presentaba y no provocar el pánico. Pero en cuanto vi que aparecieron tres casos más, idénticos, y las primeras víctimas habían fallecido entre convulsiones y altas fiebres, cubiertos de bubones, no me pareció prudente esperar más.

—Senadores —volví a intervenir yo—. Files nos ha contestado a muchas de nuestras preguntas. ¡No hay duda, es la peste! y las medidas que debemos tomar habrán de ser drásticas. Todo navío que se acerque a la ciudad deberá desembarcar más al sur, en Selymbria o Heraclea… Ninguna nave entrará o saldrá de puerto. Los barrios afectados serán aislados y los circundantes evacuados. Se habilitarán espacios en las iglesias de las zonas evacuadas para instalar a los enfermos. Los servicios de aguadores, incendios y alcantarillado se pondrán a disposición de los Decarcas de la druzina. La operación la coordinará el jefe de la guardia imperial. Los cadáveres serán llevados a las explanadas exteriores, al lado de la torre de Eugenio, junto a la iglesia de San Demetrio, y serán incinerados y enterrados en fosas comunes, sin contemplaciones ni excepciones. Si hubiera que habilitar otros lugares de enterramiento lo iremos viendo… ¡No debemos dejar que se nos vaya de las manos!

Ahora quiero que cada uno se haga responsable de un área de la ciudad. Organizaos por barrios, asumid el mando en nombre del Emperador. Desde aquí y ahora os doy autoridad para tomar las decisiones que estiméis oportunas sin necesidad de consultar…

* * *

¡Cuánto optimismo en aquellos primeros momentos!, cuánta arrogancia y deseo de mando se derrocharon intentando parar lo imparable… Hicimos lo que pudimos, todos se comportaron heroicamente. ¡Ni un solo reproche puede hacerse a aquel primer grupo de hombres que nos reunimos en el palacio de Botaniates! Muchos entregaron su vida y, probablemente, jamás ninguno hubiera soñado con tener la mitad de valor e integridad que derrocharon, empujados por la necesidad. Nadie se aprovechó de su autoridad indiscutida, nadie les reprochó un abuso.

Personas que sólo unos días antes hubieran robado o mentido para apoderarse de la propiedad de su vecino, se entregaban generosamente a la tarea de salvarle la vida. Las mismas personas que no hubieran vacilado en engañar a sus propios hermanos por una medida de trigo… senadores, funcionarios, comerciantes, políticos, oficiales, cirujanos, monjes… todos transformados por la presencia de la muerte, espoleados por la necesidad última de la supervivencia.

Era voluntad de Dios que nuestros sufrimientos no terminaran, debíamos beber el cáliz de la amargura hasta el final. Cuando una generación había apurado la copa de la desesperación, surgía otra para reemplazarla con nuevas ilusiones… Ahora nos tocaba a nosotros.

A las dos semanas, toda la ciudad en un inmenso cementerio, tras los muros y las paredes de las casas, por las esquinas, en el atrio de los templos, junto a los viaductos, a la orilla del Lyctus, junto a la cisterna de Mucio, en Perama o en Condoscalio, no se oían más que los lamentos agonizantes de los moribundos. Desde los palacios hasta las chabolas, desde las iglesias a los burdeles, en todos los lados la misma música, en todos había muertos que enterrar…

Cantacuceno, retorcido de dolor por sus grandes remordimientos, debatía consigo mismo el motivo de la maldición que le había caído encima nada más comenzar su gobierno. Estaba desesperado al no entender la razón de aquel castigo, se sentía impotente para solucionar la desgracia de aquel pueblo que le acababa de caer en el regazo. Llegué a dudar de su salud mental, sobre todo a raíz de la muerte de su hijo Andrónico. No hacía más que rezar y sumergirse en la más pura mística ortodoxa, cayendo cada día más en las redes de los hesicastas, que sostenían que aquella fatalidad era un aviso de Dios por haber abandonado la rectitud de la verdadera fe…

Fueron las primeras veces que le oí mencionar, estando sereno, que estaba considerando la posibilidad de dejar el poder y retirarse a un monasterio.

El humo de las hogueras y el olor a cal invadía los rincones de las plazuelas. El espacio abierto de los toros, lugares que en otro tiempo rebosaban de vitalidad, repletos de gente, ahora no eran más que desiertos llenos de vagabundos y perros en busca de los pocos restos de comida entre la basura, y, las más de las veces, cebándose de cadáveres, si conseguían alcanzarlos antes que la ronda. Los equipos de voluntarios recogían los cuerpos, ya consumidos por la descomposición, y los apilaban en los carros para llevarlos lejos, a los crematorios y cementerios fuera de las murallas. Las personas parecían fantasmas que esquivaban todo contacto, intentando conseguir comida o el agua en garrafas que vendían los atrevidos campesinos tracios. Los infelices se jugaban la vida al penetrar en aquella ciudad de muerte para ganarse unos hyperpiron. Monjes y popes, en iglesias, monasterios y conventos no descansaban, ni de día ni de noche, en su labor de consuelo a todos los desgraciados que acudían en busca de auxilio. Las madres llevaban a sus hijos, sanos y enfermos, para ofrecer las pequeñas o grandes riquezas que poseían a los iconos sagrados a cambio de b salvación de sus familias. Vi llorar a cientos de mujeres, abrazadas por maridos delirantes, portando cuerpos sin vida hasta la puerta de los Santos Apóstoles, a Cora o a San Jorge… en busca del remedio divino.

Elena no se atrevía a salir ni a los oficios, permanecía rodeada por todos, hijos y criados, rezando letanía tras letanía en el interior del recinto de Branchaion. Consumíamos sólo los víveres que teníamos almacenados en la bodega y el almacén, además de lo poco que nos mandaban desde la finca de sus padres, en las afueras.

Pero todo pasa, hasta la peste. Un día notamos, con la misma rapidez con que sobrevino, que las personas dejaron de morirse, y el olor a muerte fue desapareciendo. La lluvia lavó los restos de agua sucia en las alcantarillas y cuando salió el sol, una mañana, notamos que los pájaros volvieron a cantar…

Se tardaron semanas en despejar toda la basura y los restos de los incendios, se limpiaron de nuevo los adoquines y los bancos de las plazas, por las puertas Aurea y del Carisio una riada de carros con mercancías fue de nuevo llenando los foros: Teodosio, Constantino, Arcadlo… y el bullicio propio de la vida volvió a reinar en Constantinopla. El ángel exterminador había pasado… Perdí a muchos antiguos y buenos amigos, pero a los que más sentí y que nunca podría sustituir fueron Robert, que se había venido a Constantinopla con el sudario, Malik, a quien lloramos y enterramos en tierra sagrada musulmana como a un miembro de la familia y al viejo Chumnos, mi querido primer maestro en la ciudad. Los secretarios del censo me dijeron,

varios meses después, que había perecido la mitad de la población… La mortandad entre los refugiados, itinerantes y extranjeros probablemente fue mayor.

* * *

Mas la vitalidad del hombre no conoce límites. A las pocas semanas todo había recuperado su ritmo habitual, los problemas que padecía el Imperio y los enemigos que nos acosaban no habían desaparecido, los vivos exigían, con denodada y terca insistencia, su lugar sobre la tierra, cayendo de nuevo en todos sus vicios habituales una vez olvidado el horror de la muerte.

Cantacuceno decidió que había llegado la hora de poner manos a la obra y, para ello, era imprescindible recaudar fondos. Había que reconstruir la flota, reorganizar la justicia, la administración y el ejército. Como primer paso, convocó una asamblea de ciudadanos prominentes para solicitar una aportación y reforzar el tesoro. Algunos jerarcas habían conseguido salvar importantes cantidades de dinero llevando sus áureos y ducados lejos de la ciudad, otros se llevaron sus tesoros consigo al refugiarse en sus propiedades del campo. Bastantes eclesiásticos escondieron y almacenaron joyas en sus monasterios, algunos nobles, incluso, se habían lucrado enormemente con las escaseces pasadas haciendo negocios y guardando su dinero con los genoveses, en Gálata.

Cuando llegamos al Senado ya se habían formado grupos que debatían entre sí lo que les tocaría pagar. Era un público graciosamente heterogéneo, además de los clásicos terratenientes aristócratas, miembros permanentes de la asamblea, se podían ver mercaderes, navieros, artesanos, marinos, prestamistas, banqueros… Toda una representación de los estamentos de Bizancio reunidos en aquella gran sala.

Juan VI, acompañado por el joven Juan V, iba vestido como corresponde a un Emperador, portando todos los atributos del poder para que no hubiera confusiones. Subió al trono, que estaba en mitad del hemiciclo, y haciendo un gesto con el cetro impuso silencio general y tomó la palabra:

—En primer lugar, quisiera pedir perdón si a alguien he ofendido con mi política en el pasado, y, en segundo, exponer las razones que me llevan, no a ordenar, si no a suplicar a los habitantes de Bizancio, representados por vosotros, que prestéis vuestro apoyo al tesoro imperial…

¡Era inaudito!, no recuerdo ningún antecedente en los textos antiguos de que un Emperador se haya dirigido con tanta humildad a una asamblea de

simples ciudadanos. A raíz de la cruzada, hubo retirada, pero nunca cesión ni súplica, era una guerra y como tal lo entendieron los Lascaris o los Ducas…

Se escucharon murmullos en toda la sala, nadie se acababa de creer lo que estaba oyendo, aquel Emperador estaba ante ellos para solicitar su dinero.

—En el pasado —continuó Juan VI— he tenido que recurrir a toda suerte de alianzas. Sé que muchos no me perdonan el haber utilizado mercenarios turcos para conseguir mis propósitos. Soy consciente de los saqueos y la destrucción que sus razzias llevaron a las poblaciones de Tracia… Por ello os tengo que pedir perdón. Pero también quiero que escuchéis mis razones… Mis enemigos utilizaron todos los medios a su alcance, no entregaron Constantinopla de nuevo a los latinos porque no hubo ningún Rey que quisiera venir a ocupar el trono para hacerse cargo de su defensa… Los turcos resultan más fiables, lo sé por experiencia. He sido amigo personal de Umur y hoy soy amigo y suegro de Orján… Nunca me han defraudado estando vinculados por un pacto.

Pero ésta no es la razón que me trae aquí hoy. Todos hemos visto cómo la ciudad aislada carece de víveres para sostenerse… Estamos a merced del capricho de nuestros enemigos, que se lucran a nuestra costa o nos dejan perecer como si fuéramos alimañas. Esto no es sólo culpa suya, sino nuestra. Necesitamos reconstruir una flota que nos abra el camino del mar para no depender de sus naves, para comer o defendernos… Tenemos que conseguir que los barcos dejen sus cargamentos en nuestros muelles y no en los suyos… Aduanas me ha informado de que el puerto de Gálata, sólo en derechos de atraque, ingresa en sus arcas ¡siete veces lo que todos los puertos y muelles de Constantinopla!

Muchos de los asistentes daban abiertas muestras de aprobación a las palabras del Emperador, pero otros empezaban a inquietarse y a murmurar que aquel hombre había arruinado las provincias y ahora pretendía hacer lo mismo con la capital… Un buen número de senadores tenía intereses tan ligados a los de nuestros enemigos que no se atrevían a dar ningún paso que pudiera molestarles para no poner en peligro sus lucrativos negocios.

—¡Entiendo el temor de algunos! —prosiguió Juan VI, elevando la voz—. Sé que la decisión encierra riesgos… No me olvido de cuando en un acto heroico, casi desesperado, Fakeolatos consiguió rechazar una nave genovesa en el puerto y, en represalia, interrumpieron los suministros de grano… ¡Lo que quiero es que nunca más tengamos que depender de ellos hasta ese punto…!

Necesitamos dinero para reforzar las defensas de la ciudad. La decisión que hemos tomado para aumentar nuestros ingresos será duramente contestada por los genoveses de Gálata, pero estoy decidido a imponerla y, para ello, necesito vuestro apoyo… ¡Vamos a reducir nuestros derechos de aduana a la mitad!, así muchos navieros y mercaderes descargarán sus mercancías en nuestros puertos… la misma mercancía que luego nos venden. Así el beneficio quedará en Constantinopla…

Se produjo un gran silencio en la sala. Un decreto así favorecería a comerciantes y marinos… Pero entre banqueros y prestamistas no iba a tener la misma acogida; muchos de ellos tenían cuentas en Gálata y no querían poner en peligro los réditos de sus ducados. Fue una asamblea tumultuosa, y sólo la autoridad de la druzina consiguió aplacar los ánimos de los más exaltados.

Se discutió durante horas y, al final, no fue posible convencerles para que contribuyesen siquiera con una cantidad simbólica para la reconstrucción de la flota; aunque muchos estaban de acuerdo, prevaleció la postura de los cambistas, que eran quienes más podían aportar, ya que el resto del comercio estaba prácticamente arruinado. Pero el decreto de aduanas sí salió adelante…

¡Mucho habrían de lamentarse poco tiempo después por no haber atendido el ruego del Emperador!

* * *

Los barcos que venían de Venecia traían terribles noticias sobre el ensañamiento con el que la peste había azotado a Occidente, los muertos se contaban por millares, las ciudades se habían quedado vacías; aquella maldición, tan padecida por nosotros, parecía no tener fin, su paso por las naciones era devastador, no se libraban de la agonía ni ricos ni pobres, ni campesinos ni villanos, todos caían diezmados por aquella plaga… ¡No podía ni soñarse con cruzadas en medio de aquel infierno apocalíptico de dolor y muerte…! ¡Al menos durante un tiempo, parecía que sus desgracias nos aseguraban la paz en ese frente…!

¡Qué lejos estaba yo entonces de sospechar lo que se nos vendría encima…!

Me encontraba solo en Constantinopla a caigo del gobierno, porque Juan se había ido a Tracia para contener la avalancha serbia. Recuerdo perfectamente, todavía, que aquel día estaba yo muy alterado porque había tenido una tumultuosa reunión con el Bailío veneciano Querini… ¡La Señoría

nunca cejaba de presentar demandas por agravios a sus ciudadanos!, aunque su principal reclamación era la devolución de los treinta mil ducados que la Emperatriz les había arrancado contra el depósito de las joyas de la corona… El propio Dogo, Andrea Dándolo, amenazaba con venderlas si no se devolvía el empréstito… nosotros, entonces, no teníamos dinero ni para reparar Santa Sofía… ¡El dinero que nos había enviado generosamente el Zar de los rusos para su restauración, se había tenido que emplear en contratar mercenarios turcos… Que Dios y el Zar nos perdonen! Volvía a Branchaion, acompañado por Simón y la escolta, cuando de repente nos abordó un jinete de parte del Strategos Tarchaniotes; aquel hombre había venido sin parar desde la torre de Kinegion con un recado de la máxima urgencia… Al verlo ante mí, congestionado y nervioso, el corazón me dio un vuelco…

—¿El Protostrator Demetrio? —preguntó jadeando el oficial.

—¡Sí!… ¿Qué ocurre?

—¡Galeras genovesas están incendiando todas las embarcaciones del puerto Prosforiano…! —balbuceó precipitadamente, mientras intentaba recuperar el aliento.

Nos quedamos anonadados, como si a nuestro lado hubiera caído un rayo. ¡Cómo se atrevían a provocarnos sin mediar motivo alguno! Lo primero que pensé es que querían sembrar el desconcierto aprovechando la ausencia del Emperador para imponernos unas condiciones que, de otro modo, no serían aceptadas… Se jugaban el todo por el todo contando con que no disponíamos de flota ni de ejército para rechazar su ataque.

—Volveré a palacio ahora mismo. ¡Simón, ven conmigo!, la Emperatriz Irene estará con Manuel. Avisad de lo ocurrido a mi mujer en Branchaion, llevadme la armadura y que os acompañen todos los hombres que podáis reunir.

Atravesamos el Foro de Teodosio como almas perseguidas por los perros del averno, la gente asustada se apartaba a nuestro paso, nada sospechaban los infelices de lo que se les venía encima… Debían pensar que se trataba de un grupo de nobles borrachos apostando a quién llegaba antes a las murallas.

Al llegar ya estaban Manuel Cantacuceno, su cuñado Nicéforas y algunos oficiales.

—¡Demetrio! —me saludó con expresión ansiosa—, me alegro de que hayas venido enseguida. Tarchaniotes y Fakeolatos están defendiendo el muelle Prosforiano. He ordenado, siguiendo instrucciones de mi madre la Emperatriz, que se trasladen al puerto las tropas del destacamento de

Chalcoprateia. Aunque sea a costa de dejar al palacio y el monasterio de San Jorge totalmente desprotegidos. ¿Qué opinas…?

—¡Bien!, no tenemos más solución que tapar la primera brecha e impedir por todos los medios que alcancen el centro de la ciudad y provoquen a los venecianos en Perama. Si lo hicieran, se enzarzarían en una disputa que podría arrasar los muelles más importantes del Cuerno de Oro. Tu madre es valerosa, Manuel, ¡no temas!, ya se puso al frente de las tropas en Dydimotheicos y lo volverá a hacer ahora. Hay que darle al pueblo la impresión de que, aunque el Emperador esté ausente, el poder sigue estando en manos firmes…

Que Tarchaniotes defienda la muralla en el Cuerno de Oro, enviad a Glabas al norte con un destacamento para proteger el Fanario. ¡Tú, Nicéforo!, ordena a todo noble en la ciudad que ponga a disposición del Strategos un par de hombres armados como mínimo. Que los agrupen y los pongan al mando de los oficiales de la guardia imperial. En cuanto se organicen, colocadlos a lo largo de las murallas, reforzando los destacamentos del Mármara. No creo que se atrevan a atacar los puertos del sur… Todos los barcos que tengamos, llevadlos a Bucoleón, Condoscalio o a la rada de San Eleuterio…

—¡Ha llegado la hora de defender el sagrado suelo de Constantinopla! —nos interrumpió la Emperatriz, que acababa de entrar en la sala—. Acabo de recibir una propuesta de los genoveses, si no la aceptamos debemos enfrentarnos a un asedio de la ciudad… La alternativa es luchar o ceder a los latinos los derechos de aduanas…

Todos los que estábamos en la sala del consejo escuchamos en respetuoso silencio las palabras de la Emperatriz, pero en cuanto acabó de hablar empezó a escucharse un leve murmullo que, paulatinamente, fue subiendo de tono hasta convertirse en un grito general: ¡No, no nos rendiremos, lucharemos hasta el final…!

Nunca había visto una explosión de ira tan violenta entre las paredes de aquella sala, nunca una asamblea de próceres había manifestado con tal rotundidad su oposición a dejarse zarandear por los latinos… Era inaudito, ¡quizá Bizancio pueda de nuevo erguirse en árbitro de su destino…! —pensé esperanzado.

Y así comenzó aquella guerra, en la cual hasta los veteranos tuvimos que coger las armas y lanzarnos al combate a pesar de los años y la fatiga.

* * *

Nos acercamos sigilosamente a la orilla de la vieja Sycae para cruzar sus defensas y colarnos hasta los muelles de Gálata. Hacía tanto tiempo que no me ponía una coraza, que me dolían todos los músculos, se me adormecían las articulaciones y apenas podía levantar los brazos. Pero, a pesar del dolor, seguí adelante.

Constantinopla había resistido valientemente el asalto de la flota genovesa y de sus máquinas de asedio. Tarchaniotes, reforzado por el veterano Crysoberges, no eran enemigos despreciables. El fervor patriótico movió a que se alistaran como voluntarios toda clase de personas: carpinteros, zapateros, aguadores, sastres… ¡Hasta esclavos armados por sus señores defendieron codo a codo la orilla de Pera!

Era una noche cálida, sin luna, y el poco viento que había desapareció con los últimos rayos de luz, la oscuridad nos protegía de las miradas de los centinelas. Los genoveses tenían los almacenes y las naves de repuestos al pie de sus defensas, y nosotros queríamos incendiarles los graneros para crearles el desconcierto en su retaguardia y huir después.

Simón con sus zapadores tenía que colocar unas vasijas llenas de pez y fósforo inflamable debajo de los galpones, preparar y prender las mechas de manera que nos diera tiempo a escapar antes de que estallasen. Si todo salía bien, el fuego, el ruido y la sorpresa harían lo demás.

Muy cerca había dos barcos atracados, cuyos tripulantes debían estar entretenidos en el asedio, que nos servirían para huir. Los genoveses no contaban, ni siquiera se imaginaban, que pudiéramos tener la osadía de atacar sus bases, por ello se me ocurrió, aprovechando su descuido, apoderarme de su propia nave antes del asalto. Simón se adelantó con cuatro hombres a colocar las cargas. Aquellos galpones estaban llenos de trigo y aceite, si conseguíamos prenderles fuego ardería todo el muelle. Tendrían que apagar el incendio a toda prisa si no querían que se extendiera al resto de la colonia.

—¡Pronto! —comencé a dar las ordenes—. ¡Seis de vosotros, armad los arcos, colocaros entre las embarcaciones y los almacenes! ¡Vosotros! ¡Aprestad las jabalinas y poneos detrás de los que vayan a prender las mechas! Si fuésemos sorprendidos, debéis abatir enseguida a los primeros que lleguen. ¡Es imprescindible que el fuego alcance al grano y al aceite! Los demás, esperaremos a que las llamas alcancen la empalizada, luego prenderemos fuego a las casuchas y al resto de las naves que hay en el embarcadero para huir lo más rápidamente posible…

Tal y como se planeó, así se hizo… En mitad de la noche vimos cómo se elevaban dos lenguas de fuego en la oscuridad, iluminando los portones y las

torres de madera del muelle, luego se vieron otras dos en el lado opuesto. El fuego se extendía por todo el muelle como una riada de llamas, el grano ardía con una rapidez diabólica, pronto estarían ardiendo todas las empalizadas. Las mismas vigas, al caer, sembraban de ascuas la hierba seca en torno al embarcadero. Los vigilantes de las torres, sorprendidos, llamaban a sus compañeros que estaban en medio de la bahía para que volvieran cuanto antes a atajar aquel incendio. Los que se aventuraron a salir al exterior de la empalizada, fueron abatidos por las jabalinas y las flechas de nuestras partidas.

No debíamos forzar la suerte, había que marcharse enseguida, pues no tardarían en llegar tropas de refuerzo de la ciudad y de la flota y nos atraparían sin remedio.

—¡Pronto —les grité con todas mis fuerzas—, corred al barco que está atracado en el extremo del embarcadero…! ¡No os quedéis atontados viendo el fuego, no tardarán en llegar…!

Camino de la nave íbamos destruyendo todo lo que se ponía al alcance de nuestras teas. Algunos vigilantes, despistados, sorprendidos en mitad del sueño, ciegos por el brillo de la luz que producía aquella inmensa hoguera, se atrevían a venir a nuestro encuentro para caer sin remisión bajo el filo de nuestras espadas…

¡Escapamos justo a tiempo!… Los genoveses reaccionaron con una asombrosa rapidez, ya estaban apagando los principales focos del incendio y sus patrullas empezaban a llegar a la orilla en el momento en que nos escabullíamos hacia la oscuridad del Cuerno de Oro. Algunas galeras, al ver lo que ocurría, habían dado la vuelta y fondeado a una distancia prudente por miedo a que las ascuas o las cenizas les alcanzaran en caso de levantarse aire. Gracias a aquel desorden general, nadie se dio cuenta de que una de las embarcaciones, con el pendón de Génova, estaba escapando en dirección a la ciudad…

La operación había sido un éxito, nos recibieron como a héroes… ¡Cómo debieron alegrarse los defensores al ver que en Gálata, en el mismo corazón del campo enemigo, se elevaban las llamaradas de un incendio! Pero la lucha no había hecho más que comenzar… Íbamos a tener que movilizar a todos aquellos que pudieran sostener un arma, colocarlos en las murallas e invocar la protección de todos nuestros santos patrones. Los genoveses no habían contado con una resistencia tan encarnizada, lo que significaba que tendrían que prepararse mejor y utilizar más medios para llevar a cabo el asalto.

Tras el incendio nos dieron un pequeño respiro, pero ese pequeño descanso no se debía a una tregua, sino a que estaban aguardando naves y tropas de refresco que venían desde Quios. Antes de que nos diéramos cuenta, habían alineado todos sus buques, para evitar nuevas sorpresas, y reforzado sus defensas en tierra. Construyeron una enorme torre de madera y la colocaron sobre varias galeras desarboladas, unidas entre sí, formando una gran plataforma flotante. En las otras embarcaciones instalaron catapultas para intentar con grandes piedras abrir algún hueco en la muralla o sembrar el pánico entre la población con las boleas incendiarias.

Estábamos seguros de que preparaban un nuevo asalto por mar de proporciones mucho mayores que el anterior. Esta vez venían totalmente dispuestos a tomar la ciudad y saquearla si fuera preciso… ¡Pero cometieron una gran equivocación! No tomaron en cuenta el ánimo, la resolución y el coraje de los bizantinos. Muchos habían oído contar a sus padres, que a su vez se lo habían oído a sus abuelos, las atrocidades y vejaciones sufridas durante la ocupación de la ciudad por los cruzados en el 1204. Aquel recuerdo colectivo dio a la población un espíritu de combate rayano en el suicidio. ¡Antes morir a las puertas de nuestras casas e iglesias, que rendirnos a los bárbaros! Era el grito que podía escucharse en todos los foros y plazas, en todas las cisternas y fuentes, en todos los mercados, en las casas de los humildes y en las de los poderosos… Era una ciudad en armas contra el invasor… Era más de lo que cualquier ejército podía superar.

Por fin llegó el día del ataque. Sobre las murallas estábamos los caballeros con armaduras, codo con codo, junto a los carniceros con sus temibles machetes; los catafractarios se alineaban junto a los sastres, las mujeres llevaban agua y manojos de flechas para abastecer a los arqueros, todos esforzándose para no dejar entrar ni a un solo soldado en la ciudad. Nosotros también instalamos catapultas detrás de las murallas, y en las puertas colocamos las ballestas, el aceite y la pez hirviendo; el temible fuego griego estaba preparado para incendiar su torre de asalto.

Cuando oímos los tambores y el redoble de los comitres, supimos que la lucha iba a comenzar. Avanzaban en línea, con las galeras más ligeras protegiendo sus flancos, y, en el centro, la terrible torre rodeada por los buques más pesados, en retaguardia las embarcaciones de carga, atestadas de infantes para introducirse por las brechas, que daban por seguro iban a abrir en nuestras defensas. La espera nos pareció eterna. A pesar de que era una mañana fresca de otoño, sudaba por todos los poros de la tensión que se respiraba. Se oía jadear entre las filas de los menestrales, menos

acostumbrados a la angustia de esos minutos antes de entrar en combate. Nadie se movía de su puesto, aunque la mayoría hubiera deseado salir corriendo ante la visión de aquella terrible máquina de guerra. Si lloraban lo hacían en silencio, y si temblaban lo guardaban para sí. Ante el desafío la ciudad se había convertido en un gigantesco erizo.

Tras el primer choque, se produjo un estallido de gritos desgarradores y frenéticas carreras. Las nubes de flechas, dardos, jabalinas y toda cuanta arma arrojadiza se había inventado cruzaron el aire en ambas direcciones. Las piedras lanzadas por las catapultas sobrevolaban la muralla y se iban a estrellar contra las casas de los barrios de Strategion y el Prosforiano; algunas chocaban contra los muros, haciendo retumbar toda la estructura, pero la mampostería aguantaba… ¡No en vano se decía que eran inexpugnables! Al fondo de la bahía, enfrente del Fanario, también veíamos duros combates, varias teas ardiendo cayeron sobre las iglesias del Salvador y la Virgen…

—¡Sacrilegio…! —gritaron los defensores, y reanudaron la lucha con mayor ardor y saña todavía…

Los genoveses no conseguían avanzar, pero a pesar de la mortandad, seguían adelante. Sus hombres se arrimaban a los muros en busca de protección y morían abrasados por el aceite hirviendo. Nuestras catapultas hicieron algunos blancos con las boleas incendiarias, aunque los mayores estragos entre la flota los creaban las ballestas, bien tensadas, con los arpones ardiendo.

No conseguían arrimar su enorme torre flotante lo suficiente como para que sus hombres pudieran escalar los muros y crear una cabeza de puente. La resistencia era tenaz, temían al fuego griego que estábamos guardando para el final. ¡Pero al fin se atrevieron! Desde las galeras pesadas lanzaron anclas y ganchos de sujeción a tierra y a los muros… Era lo que estábamos esperando, en cuanto estuvo cerca, entró en acción el fuego de azufre que abrasó a los primeros insensatos que se atrevieron a salir por las rampas, y cayeron sobre las rocas envueltos en llamas. Los que venían tras ellos no tuvieron más remedio que retroceder. Aprovechando sus propias escalas, protegidos por una nube de flechas, tres de nuestros hombres consiguieron llegar al interior de la torre de madera y arrojar vasijas incendiarias por el hueco de las escaleras. El pánico y el desconcierto que se produjo tras aquella osadía, que no esperaban, fue general, los hombres que venían subiendo retrocedieron o se lanzaron al vacío, librándose de morir abrasados. Desde la muralla, con unas largas pértigas montadas como arietes, les tumbamos la parte superior de la torre. Aquel invento, descabezado y ardiendo, no tardó en venirse abajo,

aplastando a los infelices que se habían refugiado bajo su mole, junto con las galeras que le servían de soporte.

Los hombres de la muralla, rebosantes de euforia, entonaron un canto de victoria para celebrar aquel triunfo, la batalla continuaba, pero ya era sólo cuestión de tiempo el que los genoveses se vieran obligados a retirarse. Habían sufrido ingentes pérdidas en hombres y en barcos. No habían sido derrotados, pero, desde luego, no estaban en condiciones de tomar la ciudad.

Al poco tiempo vimos ondear, desde su nave capitana, una bandera blanca: querían parlamentar. Dimos orden de cesar el combate y nos aprestamos a recibir a sus heraldos…

Querían recoger a sus muertos y pedían una tregua para dialogar. La Emperatriz concedió la primera petición, ante la segunda se reservó el derecho de aguardar a la vuelta del Emperador…

¡Habíamos vencido…! Al menos, ésa fue la ilusión que todos nos hicimos en aquel día memorable…

V
LA GRAN DERROTA

En octubre, con los fríos, volvió Juan de Tracia, pálido y ojeroso hasta el punto de parecer otra persona; su ánimo se había mantenido firme gracias a la fe inquebrantable que tenía en su propio destino. Cuando se vio abatido por las fiebres, debatiéndose entre la vida y la muerte, lo que le dio fuerzas para seguir en pie fue la pura rabia de volver a Constantinopla para tomarse el desquite con los genoveses.

Mas a pesar de su energía sobrehumana, aquélla fue la primera vez que le vi destrozado en lo hondo de su alma…

—¡Supongo —me dijo con tristeza— que después de lo ocurrido, nadie se opondrá ahora a contribuir a la reconstrucción de una flota!

—La mayoría estaban, y están dispuestos, aunque siempre encontrarás quien se niegue…

—Lo sé… son los mismos que negocian a nuestras espaldas las compras de grano, de vino o de aceite…

Hablaba con él como con una persona ausente, sus ojos se perdían en la lejanía, tenía el aura de los enfermos y no dejaba de tamborilear con sus dedos en la mesa de despacho, como solía hacerlo en su juventud cuando estaba nervioso. Sonreía a veces, sin que pudiera entender la razón, quería razonar con él y se perdía en argumentos que poco o nada tenían que ver con la realidad a nuestro alrededor. Estaba transformado, las visiones de la fiebre debían haber alcanzado su mente convirtiéndole de nuevo en niño…

—¿Y los venecianos? —me preguntó de pronto. ¿Qué es lo que quieren ahora…?

—Siguen reclamando los treinta mil ducados que le prestaron a la Emperatriz… quieren la deuda y los intereses atrasados. El asunto de las tabernas está resuelto, pero continúan reclamando los impuestos que recaudamos a los hebreos venecianos…

—Entiendo —dijo Juan, asintiendo con la cabeza—. ¡Siempre buscan el último resquicio para no dejarnos ni un ducado…!

Se quedó pensativo y continuó:

—¿Y Génova…? ¿Crees que firmarán un armisticio?…

—Saben que estamos reconstruyendo una flota y buscando aliados, ellos están fortificando Gálata, y creo que en cuanto los venecianos o los aragoneses les den un respiro, volverán a atacarnos…

—Entonces ¿qué hemos de hacer…? ¿Atacar nosotros primero?

—Sí, eso opina la mayoría, en cuanto tengamos naves suficientes… Las atarazanas están trabajando día y noche, pronto tendremos suficientes barcos como para bloquearles, y por tierra ya están en camino tropas de Tracia…

* * *

Nueve grandes galeras de combate se alineaban frente a Bucoleón. Otras cincuenta goletas, aprestadas a la lucha, estaban en Condoscalio, además de las que esperaban en el Cuerno de Oro. La fuerza naval estaba preparada para el gran combate.

No había salido el sol cuando la armada imperial hizo su aparición frente a Gálata. La bruma cubría las tranquilas aguas del Bósforo y en el mar de Mármara comenzaba a levantarse un ligero viento.

El Senado estaba ansioso por atacar, pero los mandos se resistían a dar la orden… la preparación de la marinería era muy pobre y el tiempo, en opinión de Crysoberges, no era propicio: aquellas brumas matutinas presagiaban vientos fuertes y racheados cuando el sol estuviera más alto. Las naves no habían sido navegadas ni las tripulaciones entrenadas… Pero fue el Megaduque Tzamplakon quien asumió el mando y la iniciativa. Fakeolatos seguía oponiéndose, pero de nada sirvieron sus protestas, él sabía que intentar entrar en el Cuerno de Oro, doblando Santa Bárbara y San Demetrio, con la fuerte corriente que allí se producía si el viento era intenso, resultaba arriesgado para una tripulación sin mucha experiencia.

Pero no hubo manera de frenar al Megaduque. El Emperador le había ordenado atacar y eso es lo que se proponía. La paciencia de la población había llegado al límite de aquel asedio, donde los verdaderamente aislados éramos nosotros, que no recibíamos ni trigo, ni grano, ni aceite. El hambre empezaba a extenderse por todos los barrios de la ciudad.

No encuentro, a pesar de todas las razones que se han esgrimido, disculpas para el desastre que sobrevino… Tuve la desgracia de presenciarlo, al igual que el resto de la población, desde las murallas. Los barcos no habían hecho más que doblar el cabo de San Demetrio cuando se levantó el temido viento, las galeras, en lugar de abrirse en abanico y salir al mar, se ciñeron a la costa, que es lo último que debían haber hecho… La corriente y el viento

las fueron empujando hacia las rompientes, y cuando los hombres vieron que podían terminar en las rocas, poseídos por el pánico, lo abandonaron todo, lanzándose unos al agua y otros en las falúas, intentando alcanzar el muelle más cercano. Los pocos que quedaron a bordo fueron incapaces de evitar el descalabro… A medida que la histeria fue apoderándose de las tripulaciones, más y más hombres se lanzaban a la bahía, hundiéndose y ahogándose bajo el peso de las propias armaduras.

Los genoveses no podían creer lo que estaban viendo, pensaban que debía ser alguna estratagema. ¡No era posible en su mente tanto desatino! No tuvieron más que ir rematando a los fugitivos o cogiendo prisioneros a todos aquellos que tuvieron la desgracia de acercarse a su orilla. Los cazaban como a alimañas, en mitad de la bahía, o en la misma playa… El espectáculo provocaba llanto y gritos de desesperación entre los que contemplábamos la tragedia desde las murallas.

El comandante genovés no tuvo más trabajo que amarrar a sus galeras los barcos abandonados y llevárselos a Gálata. Los remolcó sin oposición alguna, a la vista de los pocos que quedaban al fondo de la bahía, tan desconcertados que no supieron que hacer. Los hombres que estaban preparados para asaltar Gálata desde tierra, quedaron tan aterrorizados que arrojaron sus armas y emprendieron la carrera de vuelta a la ciudad…

¡Qué maldición cayó sobre nuestro pueblo aquel funesto seis de marzo! ¿Cómo es posible que el espíritu combativo, que había florecido entre nosotros tan sólo hacía unos meses, fuera abatido con tal facilidad?

Estábamos a merced de los genoveses. Al día siguiente se pasearon por delante del palacio de Blaquerna, arrastrando por mitad del Cuerno de Oro todas las banderas y estandartes capturados. No nos quedaba más remedio que firmar una paz vergonzosa… Ni el tiempo ni la tormenta, ni los vientos ni las corrientes, ni la impericia de los hombres, ni la precipitación de los jefes podían justificar una derrota tan completa… Me acordé de Robert y del peán de los templarios: «Non nobis Domine…», desde luego, Señor, no fuimos nosotros sino la voluntad del cielo la que humilló nuestro orgullo resucitado.

Por fortuna para nosotros llegaron galeras de Génova con nuevos Embajadores. Sin pasión reconocieron que, a pesar de aquella victoria, no estaban en condiciones de infligirnos una humillación que pudiera desembocar en otra guerra. Génova estaba enzarzada en una lucha a muerte en varias partes del Mediterráneo y no podía permitirse el lujo de dejar enemigos atrás. Ése fue, y no otro, el motivo que nos permitió alcanzar un acuerdo, que si hubiera que valorar en sí, sin contar el descalabro militar que

sufrimos, hubiera podido considerarse como muy favorable… ¡Hasta se nos pagó una indemnización y obtuvimos el compromiso de que nunca volverían a atacar la ciudad!

Todos sabíamos que se había roto algo en la fibra de nuestra causa que, hasta entonces, a pesar de todas las desgracias, había sido la llama que mantenía la esperanza de una regeneración del Imperio… ¡Seguía viva la ilusión en el pueblo!… Aquel día descubrimos que un sentimiento diferente se había abatido sobre la población: la resignación había clavado sus férreas garras en el alma de los bizantinos, sólo quedaba aguantar y esperar… La suerte parecía estar echada y no nos era favorable.

A Cantacuceno, sin embargo, aquel desastre le devolvió la vida y la energía, debatía consigo mismo, por primera vez en mucho tiempo, las razones de tal infortunio, y de esa lucha interior surgió uno de sus más preciados dogmas…

—¡No volveré a caer en la ingenuidad de pedir fondos a los ciudadanos, se los exigiré… sin reservas ni pactos…! —aseveró con toda energía—. Mi debilidad fue pensar que esa colaboración serviría para recuperar una flota en condiciones… ¡No era suficiente!, se necesitan barcos, pero también hombres, profesionales, a los que se les paga…

—¿En qué nos equivocamos entonces…? —pregunto Grégoras.

—Se necesitaban más fondos —nos contestó, recorriendo con la mirada a todos los presentes—. ¡Dinero para reclutar y aparejar una armada en condiciones…! ¡Una armada de mercenarios…!

De nuevo volvía al viejo tema del ejército profesional a sus órdenes… pero al no disponer de voluntarios en Bizancio o Grecia, nos llevaba a la paradoja de que ese ejército tenía que ser turco…

—¿De dónde podemos sacar más, si prácticamente nos gastamos todas las contribuciones y los ingresos por aduana…? —le preguntó Teodoro.

—¡Impuestos! —gritó—, no contribuciones voluntarias. Hay que establecer, aunque sean impopulares, unas tasas especiales y obligatorias, suficientes para sostener una fuerza naval capaz de defender el abastecimiento de Constantinopla y nuestras rutas comerciales. ¡No tenemos más remedio…!

—¡El pueblo no aguanta más impuestos! —le contradijo Grégoras.

—No tengo intención de que sea el pueblo quien los pague, sino los poderosos, los comerciantes y el clero —le interrumpió Juan…

—¿Te vas a enfrentar a la Iglesia y a la aristocracia a la vez…? —exclamó sorprendido Grégoras.

—Sí, y vosotros me apoyaréis…

—Te apoyaremos, pero le estás poniendo el trono en bandeja al insatisfecho Juan V. Sus partidarios sólo necesitan una excusa como ésa para atraerse a la aristocracia y ofrecerle el poder. ¿Sabes que los venecianos andan detrás de él haciéndole propuestas nada tranquilizadoras?

—Afortunadamente estoy bien informado sobre sus ambiciones y apetencias… Demetrio mantiene buenas relaciones con Juan V. Hace muchos años prometió a su padre, en el lecho de muerte, que le protegería.

—Eso no me tranquiliza —insistió Grégoras.

—Juan V es joven y ambicioso —repuso Juan—. Está resentido por mi preeminencia…

* * *

No siempre nos despertábamos encogidos por el temor y la desgracia, también tuvimos buenas noticias por aquel entonces; recuerdo el día en que Teodoro, mi hermano, entró corriendo en el salón radiante de alegría y nos dijo: ¡Traigo buenas noticias de Tesalónica!… ¡La querida ciudad de mi padre, donde yo había nacido, había sido por fin liberada de la ocupación de los zelotas…!

Los serbios de Dusan se habían retirado, dejándonos el campo libre; bastaron entonces la presencia de dos turmas y la ayuda de unos piratas de Aydín, para que la ciudad volviera al redil; Berres y Edessa también cayeron, parecía que la ola serbia estaba remitiendo…

Palamas, el Patriarca de los hesicastas, fue nombrado Obispo de Tesalónica, pero las disputas no cejaban y mi situación era muy comprometida: cada día eran más públicas mis relaciones con Avignon y Roma… Por un lado, los latinos eran claramente contrarios a la teoría de los hesicastas, pero, por otra parte, entre los partidarios de Juan se contaban a miles los defensores de Palamas.

Los seguidores de Palamas se convirtieron en el último baluarte de la ortodoxia, enemigos acérrimos de una reconciliación ¡que era justamente mi mayor empeño! Esta contradicción fue la causa de que me fuera apartando de las labores de gobierno cada vez más, y, sobre todo, a medida que Juan optaba por la colaboración con el turco y se apoyaba personalmente en los hesicastas.

A los pocos días de la marcha de Palamas, dos guardias de la drusina vinieron a despertarme de madrugada para que acudiera a Blaquerna… ¿Qué podría querer Juan a aquellas horas y con tanta urgencia? El día anterior habíamos estado discutiendo la sucesión. Mateo Cantacuceno no quería

renunciar a sus derechos, y Juan V no le reconocía derecho alguno. Ambos coincidíamos en que la paz debía estar por encima de toda ambición personal… Era suicida seguir alistando turcos, búlgaros o serbios para luchar a favor de un aspirante al trono de Bizancio. Habían sido dos largos días de discusiones, intrigas y súplicas de Juan con sus hijos, pero, al final, parecía que el acuerdo era posible. ¿Qué sucedería ahora…?

Cuando llegué a palacio estaban reunidos Juan e Irene con algunos fieles, protegidos por la guardia catalana.

—¿Qué ocurre? —pregunté…

—Juan Paleólogo ha abandonado la isla de Ténedos y con la ayuda de su amigo, el aventurero genovés Gattilusio, ha desembarcado en el Heptascalon, donde, escoltado por sus partidarios, está recorriendo la ciudad exigiendo el trono.

—¿Son muchos, es una rebelión o estamos ante una simple algarada?

—Es una sublevación —precisó Juan Cantacuceno.

—¿Qué opináis vosotros…? —le pregunté a Crysoberges, que estaba junto a Fakeolatos, Glabas y Tarchaniotes.

—Podemos resistir fácilmente —respondió Crysoberges— y si nos llegan refuerzos de Tracia o de los turcos, les aplastaremos sin problemas…

—¡No quiero más derramamiento de sangre! —cortó Juan.

Estoy harto de tanto sufrimiento. Cuando accedí al trono, ¿os acordáis verdad?, perdoné a todos para evitar las venganzas… Ahora me veo de nuevo obligado a teñir la espada de sangre bizantina para aplacar la sed de un dios vengativo… ¡No sé qué hacer!

—¡No os rindáis! —le pidieron a coro los militares—, quizá no sea necesaria una represalia… Quizá sea suficiente con que aparezca el ejército ante las murallas…

—¡Resistiremos! —dijo Juan—, pero para pactar luego… No quiero ser tratado como un ladrón ¡No pueden destronarme si yo no quiero! La solución a la que lleguemos habrá de ser con mi consentimiento…

Nos interrumpió un mensajero con un recado urgente:

—¡Señores…! —dijo, sin perder tiempo en cortesías—. Los amotinados han alcanzado el arsenal del Puerto Teodosio, se han armado, y avanzan por la ciudad saqueando y asaltando las casas de aquellos que sospechan que son vuestros colaboradores…

Juan Paleólogo se ha instalado en el palacio del Porfirogenito y proclama su legítima aspiración a gobernar el Imperio en solitario.

—¡Oficial! —le interrumpí nervioso—. ¿Creéis que debo ordenar a mi familia dejar Branchaion?

—No —me respondió—. No se atreverán a asaltar un palacio de esa importancia… Se limitan a saquear los comercios y mansiones de los pequeños aristócratas… Tienen miedo a las represalias cuando todo termine… Las calles son mucho más inseguras.

Todo dependía de Juan. No deseaba iniciar otra guerra civil, no quería que la historia le hiciera responsable de dos conflictos fratricidas…

A las dos horas, una plebe descontrolada había llegado hasta las puertas de Blaquerna pidiendo a gritos la abdicación de Cantacuceno. Nada podían aquellos locos contra un cuerpo disciplinado de mercenarios catalanes, dispuestos a ganarse la soldada y a demostrar que eran fieles hasta la muerte. Hubo un intento de asalto, pero tuvieron que retirarse en desbandada. No conformándose con un simple aviso, los mercenarios hicieron una carnicería entre los rebeldes y prendieron fuego a todas las casas de los alrededores.

Habíamos ganado el primer combate con la tranquilidad de saber que el acceso principal a la ciudad, la Puerta Aurea, estaba bien guardada por los catalanes.

Fue una noche triste y larga, Irene se retiró a dormir, los asesores militares se marcharon cada uno a sus puestos. Nos quedamos solos, como tantas otras veces, Juan y yo…

—¡Quédate Demetrio, por favor! —me suplicó—, necesito alguien con quien desahogar mis penas esta noche… Tu familia está bien, ya he ordenado que refuercen la guardia.

—Me quedaré… ¿Te acuerdas cuando recibimos la noticia del asesinato de tu padre y me fui a decírtelo a tu finca de Selimbria?… Tú te emborrachaste, mientras planificabas la conquista del Imperio.

—¡Claro que me acuerdo…! Han pasado muchas cosas desde entonces, hemos cambiado bastante, ¿no crees Demetrio…?

—Sí…

—¿Crees, de verdad, que alguien tiene el talismán que pueda poner remedio al mal que nos aqueja? ¿Qué harías tú si te vieras en mi lugar? ¿Vale la pena sembrar el país de cadáveres con la excusa de querer salvarlos de sí mismos…? Si quieren a Juan V Paleólogo: ¡Que lo tengan!, yo estoy harto… Deseo terminar mis días en paz con Dios y con los hombres.

—No comprendo cómo puedes poner tus esperanzas en los turcos… ¿Por qué no me has ayudado más a buscar una solución en Occidente?

—No es fácil de entender —sonrió—. Me he hecho esa pregunta un millar de veces y he llegado a una conclusión, que podrá ser cierta o falsa, pero es la mía: ¡Nunca encontraremos apoyo en Occidente porque para ellos nosotros no existimos!, somos el resto de una pesadilla que pertenece a su pasado, un hermano decrépito al que se ha dejado en el camino hace muchos años. Un hermano que sólo viene a complicarles la vida. Tienen problemas más urgentes, no tienen tiempo para detenerse a discutir con un pueblo orgulloso que no cede ante lo evidente. Para los turcos somos el presente. Nos quieren conquistar. ¡Cierto!, pero nos valoran… por eso nos quieren conquistar. Igual que los serbios, los búlgaros o, incluso, los rusos… Somos sus padres espirituales. Los venecianos y los genoveses son otra cosa, nos conocemos desde hace muchos años, para bien y para mal. Cuando se den cuenta del verdadero peligro y quieran venir a rescatarnos, será demasiado tarde… Nuestro fin será también el suyo…

—Pues yo seguiré creyendo en un sueño. No pienso abandonar la idea de que Roma y Constantinopla recompongan sus diferencias y juntas rechacen al musulmán.

—¡Eres tenaz!, te ayudaré en lo que pueda, pero no puedo creer, salvo que se demuestre con hechos, que esa afianza es posible…

Amanecía cuando salía de Blaquerna. Mi cuerpo flotaba en la duermevela del cansancio; necesitaba dormir, aunque fuera un poco, para poder plantarle cara al día siguiente… Juan se había rendido, extenuado sobre la mesa, amodorrado, tras vaciar, siguiendo nuestra antigua costumbre, unas botellas de malvasía. No encontré a nadie por la calle, el barrio estaba desierto, toda la agitación de la noche anterior se había esfumado en medio de las llamas y la carga de los catalanes. En Branchaion la tranquilidad era total, Elena había mandado atrancar todas las entradas menos una, en el patio se calentaban junto al fuego los hombres de Peralta que Juan nos había enviado para protección de la casa.

El puro cansancio me consumía y, sin embargo, era incapaz de conciliar el sueño, las ideas me soliviantaban la imaginación y los nervios me impedían tranquilizarme… ¿Cómo acabaría aquella revuelta…? ¿El exilio de nuevo…? Hasta que, al fin, caí rendido, dejándome arrastrar por imágenes de un mundo lejano en el cual por un tiempo fui feliz… Cydonia.

* * *

Al día siguiente recibimos un mensaje de Juan V Paleólogo, tarde, porque nadie se lo había aconsejado antes, y débil, porque nadie pacta si tiene un triunfo en sus manos. Proponía un acuerdo por el que Cantacuceno y él seguirían gobernando juntos, respetaría la autoridad del mayor, pero tendría acceso al tesoro. ¡No debía tener mucha confianza en sus partidarios para hacer tales ofertas! Se decretaría una amnistía, y Mateo Cantacuceno seguiría como Emperador independiente en Adrianópolis, Manuel retendría su Despotado de Morea y Cantacuceno le entregaría la nueva fortaleza de la Puerta Aurea.

Por evitar la lucha, Juan hubiera aceptado cualquier propuesta, cuanto más aquella que era bastante favorable para sus intereses. Podía haber dominado la situación, pero huyó de la guerra con sus terribles secuelas de venganza.

Lo que más trabajo le dio a Cantacuceno fue convencer a Juan de Peralta para que rindiera el fuerte de la Puerta Aurea; el aragonés se resistió como una fiera, a punto estuvo de declararse independiente en mitad de la ciudad… Hubo que apelar al Rey de Aragón, amenazando con denunciarlo por no cumplir las órdenes, para que se calmara y entregara la fortaleza.

Juan estaba cansado de luchas, el hombre de Estado estaba dando paso al teólogo. Hacía años ya había tenido la tentación de retirarse a un monasterio, incluso había adquirido una propiedad en Vatopedi, en Athos. Irene, la Emperatriz, compartía sus mismos sentimientos… Había sufrido el drama del poder tantas veces en Adrianópolis, en Didymotheicos, en Constantinopla… No era difícil imaginarse que ansiaba una vida en paz.

Nos reunimos en el antiguo palacio de Metoquita. La atmósfera era tensa, pues los jóvenes, como en su día nosotros, eran más intransigentes y no entendían, ni le perdonaban a Cantacuceno, que hubiera traído tropas turcas o catalanas para ayudarle. Presionaban para que se expulsara a los otomanos de las tierras de Grecia. La caída de Gallípoli en manos de Solimán, tras el terremoto, sólo había venido a complicar más todavía esa extraña mezcla de amor odio que había entre Cantacuceno y los descendientes de Orján…

Era la primera vez que ponían el pie en la orilla europea, aunque ya controlaban el paso a ambos lados del Helesponto. La alarma se había extendido y todos culpaban a Juan de habérselo permitido. Cuando entré en la sala, Juan estaba dirigiéndose a los senadores:

—¡No estoy pidiendo que nos sometamos a todos los caprichos de los turcos, pero tampoco tendría sentido mostrar el valor de los locos! Hasta que no dispongamos de una fuerza, al menos igual a la suya, y una flota que impida que reciban ayuda por mar, no podemos desafiarles. Si consiguen

dominar el mar, no solamente tendremos que enfrentarnos a Orján y a sus tropas de Tracia… sino que, además, ¡todos los bárbaros de Asia acudirían en su ayuda! ¡No os olvidéis que su Profeta les ha prometido la inmortalidad y la dicha eterna si mueren luchando contra nosotros…! Sería más prudente enviarles embajadores y pedirles que renueven los tratados, rogándoles que hagan honor a sus promesas y se retiren de Tracia.

Me di cuenta que sus palabras no eran bien acogidas, los jóvenes querían lucha… ¡Lucha tendrían —pensaba yo— hasta que gritaran basta, y les darían más de la que podrían digerir!

Constantinopla estaba revuelta y la población inquieta, debatiéndose entre el temor, la rabia y el descontento. La mayoría seguía pasando penurias, que se habían convertido en crónicas desde que faltaba el grano de Tracia o Crimea. El invierno era más crudo de lo habitual. La falta de víveres y madera acentuaban el sufrimiento de una legión de desheredados que recorrían las calles en busca de la caridad y el refugio de los monasterios.

* * *

Estaba absorto en mi traducción de Tomás de Aquino, inclinado sobre la antigua mesa de mi padre, cuando el ruido de unos cascos de caballo en el patio me devolvió al presente. ¿Quién sería a esas horas…? —pensé— y no le di mayor importancia. Al minuto se abría la puerta y uno de mis criados hacía pasar a Juan Cantacuceno, envuelto en una capa de nutria y armiño, soplándose las manos mientras tomaba asiento frente a mí, en el despacho.

—Demetrio, tengo que hablar contigo —me dijo mirándome directamente a los ojos… Lo que voy a decirte, está decidido. No intentes convencerme de lo contrario, llevo mucho tiempo pensándolo y hoy por la mañana, saliendo del palacio de Aetos, donde está alojado Juan Paleólogo, me di cuenta de que el pueblo no me quiere… Si es así, ya no tengo ninguna razón que me obligue en conciencia a seguir luchando por él… ¡Me retiro, abdico, le dejo lo que queda del Imperio a Juan V!

—Desde que empezó todo esto —le confesé— he temido que fueras a dar ese paso… No voy a disuadirte, puesto que lo habrás meditado suficientemente…

—Mañana, diez de diciembre, abdicaré formalmente en Blaquerna, le entregaré el cetro a Juan V y tomaré los hábitos de monje… A partir de ese momento me llamaré Joasaph, Emperador y monje.

Irene seguirá mi ejemplo e ingresará en Santa Marta. De momento iré a San Jorge, en Mangana, luego me instalaré en el monasterio fundado por mi buen amigo Charsianites, el de la Virgen, llamado Nea Peribleptos. Mis hijos quedan en situación de decidir por sí mismos…

—¿Será mañana, entonces?

—Mañana será, pero no quiero que vayas… No quiero que estés allí para ver ese final. ¡Créeme, soy feliz al dar este paso!, pero te conozco y te aprecio demasiado para ignorar que sufrirías y no quiero que sea así. Me recordarás siempre como Emperador, y cuando vayas a Occidente, porque irás, te vendrán a la memoria imágenes de nuestra vida en común y podrás decirle a todos: Yo, Demetrio Angel, el Cydonio, he sido amigo de un Emperador de Roma, te acordarás de este momento y comprenderás que tú fuiste el único testigo de mi muerte, no los que mañana se reúnan en Blaquerna a celebrar el triunfo de su protegido… Cuando llegue la hora volveremos a vernos, pero entonces estarás hablando con Joasaph… Humilde siervo de Dios.

No supe qué responder, sobraban las palabras, nos dimos un largo abrazo, lloramos juntos, le besé la mano, el pie, el rostro y, de esa manera tan repentina, igual que había entrado en mi vida, salió de ella Juan VI Cantacuceno…

* * *

Me paseaba por cubierta intentando poner en orden mis ideas después de todo lo ocurrido. Teníamos un largo viaje por delante, atrás quedaba Constantinopla y, con ella, la ambición del poder y la gloria. Con nostalgia veía desaparecer la familiar silueta de Santa Sofía, esbozada por los primeros rayos del sol de la mañana, que, envuelta en la neblina, iba desapareciendo poco a poco tras el horizonte.

Nadie nos había acusado tras la abdicación de Cantacuceno, y, sin embargo, nos sentíamos amenazados. Juan V se había mostrado afable, pero distante… En el Senado, por razones que todos ignoraban, se había hecho desaparecer mi puesto. La escolta oficial, a la que teníamos derecho desde tiempos de Andrónico II, nos fue retirada sin una sola explicación. Los criados nos contaban que en el mercado se señalaba a los antiguos partidarios de Cantacuceno como a los responsables de las miserias padecidas. No podíamos seguir ignorando que, en cuanto se consolidase la nueva camarilla, nuestras vidas correrían peligro…

Para no llamar la atención, el hermano de Manuel Calecas compró, a través de un agente veneciano de los Morani, una goleta, rápida y marinera, como las que tantas veces nos habían sacado de apuros. La tripulación no fue ningún problema. Llamé a Juan de Peralta, que estuvo más que contento de poner mar por medio, los aragoneses y catalanes no deseaban permanecer en la ciudad ni un día más, y no disponían más que de dos naves pequeñas para huir. Algunos salieron por tierra, pero el viaje era largo y peligroso, así que cuando les ofrecí volver por mar aceptaron con muestras de júbilo… como el náufrago se aferra a su tabla de salvación.

Antes de que nadie se diera cuenta, las tres naves estaban surcando el mar de Mármara hacia Atenas, luego iríamos a Morea para llegar hasta Palermo. Allí, en el viaje anterior, había adquirido unas propiedades, y los Dragas-Morani me habían depositado fondos con algunos socios banqueros de su confianza.

Cuando la bruma se hubo disipado, pudimos decirle adiós a las islas del Príncipe, la antesala de Constantinopla. ¡Cuánto ilustre exiliado terminó sus días sobre esos pequeños islotes! ¡Cuántas lamentaciones debieron oír esas rocas en boca de los infelices, tan cerca y tan lejos de la gran urbe…!

A partir del mediodía arredò d viento y las olas empezaron a caer sobre la borda con fuerza, la nave era muy marinera, pero acusaba el castigo de los elementos. Era la primera vez que emprendía un viaje en pleno invierno; por la noche las estrellas parecían multiplicarse hasta el infinito, y el viento era mucho más consunte. Al no tener encima un sol abrasador sino un benévolo amparo contra el frío, se disfrutaba más de las horas sobre cubierta con el buen tiempo.

Como peregrinos sobre las aguas, llevábamos la ilusión y la condena de encontrar un puerto que nos acogiera. Hay aves que recorren el cielo en cada estación buscando el abrigo del sol o el frescor de la montaña, otras, como las golondrinas y las cigüeñas, vuelven a sus mismos nidos cada año, pero nosotros éramos como las gaviotas, siempre errantes, en busca de barcos y puertos sin hallar una raíz a la que aferramos.

Vagando por lejanas tierras, como los alcatraces sin nido o los delfines sobre el mar, rogando a Dios que en este Occidente, al cual nos dirigimos, haya algún poder humano que nos saque de la tumba y nos diga: ¡Levántate y anda!

VI
MILÁN

Cada vez que los tratantes de ganado llegaban a la plaza de la catedral no había reposo en todo el barrio. Por más que se cerrasen las ventanas de cuero de aquella casa —que pomposamente los lombardos me habían arrendado como un «palazzo»— la algarabía se oía hasta en las alcobas más recónditas. Los payeses y pastores entraban arreando sus ovejas por mitad de la calle haciendo un ruido infernal; entre sus gritos y los metálicos esquilones de los animales, no había quien durmiera desde la salida del sol.

No estaba de humor aquella mañana. No podía comprender por qué hombres tan hábiles e ingeniosos eran tan desorganizados y escandalosos en su vida cotidiana. En aquella ciudad la riqueza andaba revuelta con la suciedad y la miseria. Era una república, en la que todos sus habitantes, cualesquiera que fuera su posición o título, se reunían en mitad de la calle para discutir sus problemas sin consideración a la más elemental cortesía. Pero esa Arcadia democrática contrastaba con la crueldad de los poderosos. ¡Ay del infeliz que se cruzara en su camino!, caía abatido sin consideración alguna por el capricho de cualquier magnate.

Discutían de negocios en las plazas, en las tabernas, en los callejones y los tugurios, eran comerciantes natos y carecían de la vergüenza propia de un caballero. Sorprendía, sin embargo, su energía y pujanza, la pasión y el ardor que ponían en todos sus empeños. Eran un pueblo «Bárbaro y joven» que contrastaba con la apatía elegante de una vieja matrona en decadencia.

No solía tardar demasiado en reconciliarme mentalmente con mis vecinos; en el fondo me resultaban atractivos y simpáticos… En cierto sentido me gustaba su franqueza y su falta de formalidad. Aquellos años que vivimos en Milán los recordaré como de los más vitales y felices de mi vida.

Nos mudamos a un palazzo en la vía Tecla cuando llegué a la conclusión de que hacer de Embajador, entre Palermo y Avignon, era poco menos que imposible. En el centro de Italia reinaba la anarquía desde la marcha del Papa a Francia, y ésta se vio agravada tras la frustrada revolución idealista del amigo de Francesco, el visionario Cola di Rienzo.

Inocencio VI, el Papa, se había propuesto eliminar algunos de los vicios de sus antecesores, y se notó una mejoría desde que se hizo cargo de la disciplina y el orden de la iglesia el castellano Carrillo de Albornoz. Al morir Dechamp, mi gran amigo en la Curia, perdí un importante valedor ante el Papa, aunque, sin embargo, mi antigua relación con Aragón y Castilla me proporcionó una audiencia con el nuevo Cardenal Albornoz, hombre poderosísimo dentro del nuevo orden.

Tanto me había acostumbrado a aquella vida, centrada en el estudio y la diplomacia, que las noticias que me llegaban de Oriente me sonaban como murmullos lejanos de un mundo extraño.

Después de varios viajes a Avignon, me di cuenta de que nadie tenía interés por Bizancio. Había que esperar, pacientemente, hasta que todos despertaran del sueño que les envolvía y reconociesen el peligro que a la cristiandad se le venía encima. Ese día se acercaba; las noticias iban llegando con una regularidad premonitoria: «Los turcos se establecen en Gallípoli… conquistan Dydimotheicos, Adrianópolis… sitian Constantinopla…». A la muerte de Dusan, el tan denostado Imperio greco-serbio se desvanece y son los otomanos los que van ocupando el vacío. Muere mi amigo Orján y su hijo Solimán, los lazos afectivos con el pasado desaparecen… El nuevo Sultán, Murad, pertenece a otra clase de hombres…

La primera carta de Juan V al Papa, que por cortesía del propio Albornoz llegó a mis manos, resultaba patética e ingenua. ¡Si se hubiera dignado consultarme, no habríamos hecho un ridículo tan grande! Primero se humilla ante Venecia, enviándole una embajada a Andrea Dándolo, ¡nada menos!, indicándole su disposición a convertir a Constantinopla en un protectorado de la Señoría… A lo cual, Marino Faliero, responde sugiriendo que lo mejor que podía hacer Venecia era anexionarse el Imperio entero. Juan, al verse rechazado, se echa en brazos de Inocencio y le solicita mil quinientos hombres y veinte barcos, a cambio, promete convertirse a la fe romana… ¡Como garantía ofrece a su propio hijo, Manuel! El mismo Inocencio, años después, en una reunión que tuvimos en el palacio del Cardenal Albornoz, me confesaba su sorpresa ante aquella carta. No sabía si considerarla una propuesta seria o un truco para enredar más todavía la situación. Me confesó que había respondido cortésmente al Emperador, agradeciéndole su voluntad de abrazar la verdadera fe, pero sin hacer mención a la ayuda solicitada.

—¡Cómo puede asegurar la conversión con tal facilidad cuando hemos visto en el pasado la enconada y violenta resistencia por parte de la población! —me comentaba Inocencio.

Yo intentaba disculpar su ingenuidad, alegando que se refería a una conversión particular… Cosa tampoco sorprendente, si Su Santidad consideraba que su madre era Ana de Saboya, lo que hacía muy probable que, en su infancia, hubiera sido instruido en la fe católica… Pero él insistía:

—¡Demetrio! Prefiero la postura de tu amigo Cantacuceno, es sincero y la entiendo. No renuncia a sus creencias, sino que desea contrastar la ortodoxia y, desde ahí, llegar a un acuerdo. No acepta la autoridad de Roma como la única intérprete de la voluntad cristiana… ¡Y eso lo entiendo, es el eterno problema…! Respeta la primacía de la Sede de San Pedro, pero mantiene la autoridad del Concilio como fuente para la interpretación de las escrituras y árbitro de la Iglesia.

A mí no me quedaba otra alternativa que darle la razón a Inocencio y rogarle que aguardase a una ocasión más propicia para ahondar seriamente en aquellas propuestas… Le supliqué que enviara representantes de Roma a Constantinopla a discutir los detalles, y que se le consagrase, nunca mejor dicho, el tiempo necesario para resolver el cisma… ¡Que bien valía la pena, considerando la amenaza musulmana que se cernía sobre toda Europa!

Él me daba la razón, pero seguía insistiendo en que antes de prestar cualquier ayuda a Bizancio, el Emperador debía someterse a la autoridad de Roma… Siempre llegábamos al mismo callejón sin salida.

Iba pensando en todas estas cosas mientras me dirigía al palacio de Bernabó Visconti, con quien desde que llegué trabé una buena amistad. Fue providencial mi antigua amistad con Stefano Colonna, en cuanto Bernabó se enteró de que había llegado a la ciudad me llamó a su palacio para ofrecerme, con inequívoca generosidad, su ayuda y protección.

Estos Visconti eran los Señores, o Príncipes, que gobernaban Milán y la Lombardía. Les habían arrebatado el poder a los Torriani y a una serie de pequeños señores feudales de los alrededores. También habían conseguido dominar a las revoltosas y pujantes villas comerciales que intentaban librarse de la hegemonía de la capital. No les gustaba denominarse reyes, evitaban esa palabra, pero en todo lo concerniente a su forma de actuar se comportaban como tales.

Siempre estaban a caballo entre el Emperador germano, que constantemente amenazaba su independencia, y la presión del Papado, intentando imponer su ley. Se defendían con vigor y determinación; en cierta ocasión, cuando los legados papales les entregaron una bula de excomunión, se la hicieron comer en su presencia, con los lacres incluidos, como contestación a las pretensiones del Pontífice. Era una familia muy poderosa

en el juego de la política italiana desde los tiempos del legendario Odonne, a mí me resultaba muy útil contar con su apoyo.

Venecia me había nombrado ciudadano adoptivo gracias a mis servicios a la República y la amistad con los Dándolo y Gradénigo. Mis relaciones en Italia se habían extendido hacia Roma, Venecia, Milán… En Florencia contaba con la inestimable hermandad de los amigos de Petrarca.

Para evitar la aglomeración de buhoneros, chalanes, ovejeros, comerciantes y plebe de la más variada procedencia, atajé por la Iglesia de San Gotardo para entrar al palacio de gobierno a través de la capilla. Los Visconti se habían instalado en la residencia de los anteriores dueños, pero Azzone se había encargado de reconstruir y embellecer el antiguo palacio y la iglesia del Duque.

En todo se podía ver la mano de esa nueva forma de ir transformando el arte en algo más humano, más vivo: desde los frescos de Giotto, hasta la estilizada y espléndida torre de Pecorari. Bernabó no era persona a la que le gustara esperar, por lo que en lugar de quedarme admirando el gusto de su antepasado por el arte me dirigí inmediatamente al segundo piso, donde sabía que estaban sus despachos privados y la sala de audiencias.

Los guardias, que estaban jugando a los dados, ni siquiera se molestaron en preguntarme a dónde iba. ¡Eran tantas las veces que al Señor le daba por llamar a aquel excéntrico hereje griego —debían pensar—, que no les sorprendía que a primera hora de la mañana estuviera de nuevo por allí! A mí me halagaba y me entretenía aquella vida de estudio en la que intercambiábamos ideas y discutíamos sobre lo divino y lo humano.

Al fondo del gran salón estaba sentado Bernabó, y tras él podía verse una de esas raras muestras de excentricidad y megalomanía típica de los Príncipes italianos: sobre un fondo azul, con estridentes dorados, estaba representada una alegoría del templo de la gloria, y a su alrededor una serie de figuras legendarias, toscamente pintadas, representaban a los héroes de la antigüedad: Héctor, Eneas, Hércules, Atila, Carlomagno y… ¡Azzone Visconti!

—¡No te quedes ahí parado! —me gritó con cierta sorna Bernabó—. ¡Ya sé lo que opinas de ese fresco!, pero no lo puedo mandar tapar… Era uno de los caprichos de Azzone, Galeazzo se enfadaría. Acércate, quiero hablar contigo, estoy muy preocupado desde que ayer recibí noticias de mis agentes en Venecia…

—¿De qué se trata?

—Conoces el origen de nuestra fortuna y la naturaleza[1] de nuestra industria, somos artesanos y mercaderes… En este oficio la guerra no tiene

más sentido que la defensa de nuestros intereses, por ello la evitamos siempre que es posible… En el comercio el transporte es vital y las vías por mar representan las venas del negocio, por eso es tan importante que estén controladas por amigos y aliados. Siempre hemos procurado estar en paz, tanto con Venecia como con Génova y Pisa, a pesar de las rencillas entre ellos.

—Entiendo, pero ¿por qué me contáis esto…?

—Quizá porque seas la persona que mejor conozca en Milán las rutas comerciales con Oriente y que, además, conozca bien Creta.

Te veo ir con frecuencia a la iglesia de San Marcos, al barrio veneciano…

—Es cierto, tengo buenas relaciones con la Señoría ¿a qué viene esa pregunta…?

—Cada vez que algún veneciano importante, comerciante, o banquero llega a Milán, se aloja en tu casa…

—Por ellos estoy enterado de lo que ocurre en Grecia y Constantinopla… ¿Pero, qué pasa con Creta?

—Ése es el problema —me dijo bajando la voz—. ¿De verdad no sabes nada, no te han dicho nada los venecianos…?

—No, Bernabé, créeme, no me han dicho nada…

—Pues te lo dirán —añadió muy serio—. Cuando te lo cuenten… ¡No les digas que ya lo sabías por mí!… :

«Ha estallado una sangrienta revuelta en Creta… La isla y sus puertos son vitales para el comercio con Oriente, si se extendiese la rebelión al resto de las islas, con los turcos en la costa y los bizantinos postrados, Génova se quedaría sola. Los turcos podrían intentar cortar nuestras comunicaciones con Asia y Egipto…»

—¿Creta? —exclamé extrañado—. No recuerdo que hubiera problemas con los venecianos… Tengo familia en Cydonia y en Candía, unos son bizantinos, otros mezcla, y otros ya venecianos…

—La información que me ha llegado no se puede poner en duda, te aseguro que es cierta…

—Por supuesto —asentí, sin estar del todo recuperado de la impresión, pero… ¿qué puedo hacer yo?

—No han sido los griegos los que se han sublevado contra la autoridad del Duque veneciano… Ha sido parte de la burguesía local, venecianos e italianos la mayoría, apoyándose en los descontentos de la población… Venecia debía estar imponiendo unas cargas tributarias que no dejaban otra salida. La rebelión se ha extendido por toda la isla. Los fíeles al Duque permanecen

encerrados tras las fortificaciones de Candía y Cydonia, a la espera de ayuda de Venecia o de Naxos.

—Si la sublevación ha estallado por esa causa no querrán dejar sin protección ninguna de sus otras colonias… Podrían producirse más levantamientos, aprovechando la falta de guarnición…

—Con Venecia mantenemos un intenso comercio, ellos transportan muchas de nuestras mercancías por el Mediterráneo. Si los turcos, aprovechando el desconcierto, interviniesen, peligrarían las rutas comerciales y con ellas nuestros mercados…

—Los turcos de Aydín y Saruján son los que más se han volcado al mar —le aclaré—. No creo que ellos vayan más allá de sus tradicionales actos de piratería. Los peligrosos son los otomanos, pero su punto débil es que carecen de naves y de tripulaciones. No se atreverían a enfrentarse a Venecia o a Génova en el mar, de momento…

—¡Bien! —concluyó—. He querido informarte… ¡Si te enteras de algo por tu familia, dímelo enseguida! También quería decirte que veo claro, por primera vez, tu punto de vista sobre el peligro turco. ¡Tienes toda la razón!, si abandonamos Bizancio y los Balcanes a los otomanos, pronto los tendremos a las puertas de Italia… He enviado una carta a las principales ciudades italianas y al Papa —a través de terceros, ya que en este momento estamos excomulgados— para que se considere una nueva cruzada…

—La palabra cruzada provoca terror y rechazo en Bizancio —le interrumpí—. Para tranquilizar a los ortodoxos, habrá que encontrar otra palabra…

—¡Para eso te necesito! —me gritó—. Quiero que hagas llegar este mensaje a tu Emperador, Juan Paleólogo, de la manera que creas más oportuna. Me has dicho que, en el pasado, tus relaciones con él fueron cordiales… Tienes que convencerle para que vuelva a hablar con el Papa, por lo que ha llegado hasta mis oídos Urbano V parece más inclinado a escucharte, y esta vez, además, tendrá nuestro apoyo…

El Papa Urbano era un hombre enérgico, pero comprensivo, cuyas ideas, en lo que se refería a Oriente, estaban muy claras. Era intransigente en cuanto a la sumisión formal del Patriarcado, pero defendía con ardor la teoría de que una vez conseguida la unión era imprescindible contar con Bizancio. ¡Incluso con el Emperador al frente de la cruzada para expulsar al infiel…!

La primera vez que nos vimos, había sido hace varios años, en el palacio de Albornoz, yo estaba entonces intentando convencer a Inocencio VI. Dos noches enteras y parte de un día nos las pasamos discutiendo. Él deseaba

conocer la postura de la Ortodoxia en ciertos temas teológicos espinosos… Estaba muy interesado en la disputa de los hesicastas, aunque reconocía que en Occidente carecían de esa sutileza teológica…

Aquellas palabras en boca de Bernabó me produjeron tal alegría que por un momento me hicieron olvidar la preocupación que sentía por tantos y tan buenos amigos de la familia que se encontraban en Candía y en Cydonia.

—¡Lo haré! —le prometí a Bernabó—. Enviaré una carta al Basileos —os dejaré una copia—. Se la enviaré personalmente a través de Manuel Calecas, mi secretario…

—¡Bien, Demetrio! Veo que estamos de acuerdo… Quedaos a almorzar. Hoy es día de feria, como habéis podido ver, y en estas ocasiones me suelen obsequiar unos lechones tiernos y unos capones cebados de Legnano que os harán olvidar todas las preocupaciones, sobre todo, si los acompañamos con un buen tinto de Bellusco…

El comedor estaba en una de las logias junto al patio. A Bernabó le encantaba contemplar sus frutales mientras degustaba el copioso menú que siempre le servían sus escuderos.

La hospitalidad de este pueblo es notable. Nunca en mis frecuentes viajes pude alojarme en una posada. Si al entrar en una ciudad veían que eras extranjero, los notables se disputaban el honor de darte albergue. Sentían tal curiosidad por conocer e intercambiar ideas, que no había cosa que más les gustara que invitar a un forastero a su mesa para, luego, asaetearle a preguntas. La competencia entre ellos había llegado a tal extremo que en Florencia, por ejemplo, habían establecido un sistema para evitar las disputas entre los ciudadanos. Un tal Brettinoro, que debía ser además de magistrado uno de los hombres más hospitalarios de la ciudad, mandó instalar una gran columna, de la que colgaban campanillas, junto a la puerta principal de Florencia. Todo forastero que llegaba, al atar su caballo a una de ellas, debía alojarse en casa de aquel cuyo nombre estuviera inscrito en la campanilla. ¡Curiosa costumbre que resolvió las rencillas entre los florentinos!

Al finalizar el almuerzo ya había cesado el bullicio en la plaza, sólo quedaron los trileros y los mendigos de costumbre deambulando por la plaza del Duomo. A los milaneses les entusiasmaba vivir en la calle. En cuanto podían se reunían en las logias y los palacios públicos. Los atrios de las iglesias y los claustros de los conventos se convertían en animados paseos, donde las mujeres lucían sus últimas galas y los hombres iban a cortejar a sus damas. La concurrencia era tan grande que el Podestá tuvo que promulgar un código para que no se estorbaran unos a otros en su callejear. Instaló bancos

para los mayores, cubrió las galerías para darles amplitud cuando hacía mal tiempo, colocó perchas en lugares estratégicos para que los caballeros pudieran dejar sus aves de presa mientras paseaban.

Las casas de la ciudad eran pequeñas, aunque algunos tenían pequeños castillos dentro del recinto de las murallas. La vieja nobleza residía en sus feudos; los comerciantes, mercaderes y maestros artesanos constituían ya la fuerza más influyente en Milán. La aristocracia había quedado relegada por su apoyo a la causa imperial y por la huida de sus siervos.

En la lucha por la vida cada pueblo intenta superar el cúmulo de azotes y desgracias que le caen encima, pero algunos se alzan con rabia tras el desastre, mientras otros ya tienen los huesos tan viejos que el cuerpo no les responde… Aquellas gentes sufrían y morían, pero volvían a levantarse. El dolor y el placer eran dos caras de una misma moneda, y ellos estaban dispuestos a dilapidarla sin consideraciones ni temores, sin la angustia de la reflexión; vivían para vivir, y la muerte les sobrevenía con la misma familiaridad que el hambre o el amor.

* * *

—No, todavía no ha vuelto de Viboldone —me dijo el Chambelán, al preguntar por Bernabé.

—¿Tiene intención de pernoctar en la abadía o volverá en el día? —le pregunté.

—Salió ayer —añadió el Chambelán—, quería visitar también Mirasolé, aunque aseguró que estaría de vuelta hoy. Tenía unos asuntos que discutir con el Abad, pero no quería entretenerse demasiado.

—Cuando vuelva decidle que estaré en mi casa —le dije—. Creo que tardará… a la vuelta, seguramente, querrá ver cómo progresa la construcción de la muralla en Vetera y la nueva puerta que quiere hacer donde están desviando el río…

—¡Perdonadme un momento! —me detuvo el chambelán antes de salir a la calle—. El Conde Amadeo, que ha venido de Saboya, también tenía gran interés en conocerle… Llegó ayer mismo. Si no le importa le avisaré…

—Bien —asentí—. Tendré gran placer en conocerle.

—Esperad en la sala del «Triunfo de la Gloria», iré a avisar al Conde.

No tardó en volver el Chambelán, acompañado por un caballero que debía ser Amadeo. Yo ya había oído hablar de él, pues era primo de los Paleólogo, al ser pariente de la Emperatriz Ana.

—¡Señor, el Conde Amadeo de Saboya…! —nos presentó el Chambelán…—. ¡Conde Amadeo…! ¡Demetrio Angel, Senador de Bizancio…!

Amadeo era un hombre joven, alto, pelo y ojos claros, nariz aguileña, de aspecto muy fuerte. Había algo en él que irradiaba confianza y simpatía, vestía con un cierto refinamiento y no dejaba de mover las manos para exteriorizar sus emociones o acentuar el sentido de alguna frase. Desde el primer momento me pareció que era una de esas personas en las que se podía confiar. Era una sensación empática, creo que yo produje en él una impresión similar.

—¿Conoces a mi tía Ana? —me preguntó—, yo sólo he oído hablar de ella en la familia, comprenderás que, a mis años, no la pude conocer en Turín…

—Sí, bastante bien —le contesté— desde que contrajo matrimonio con Andrónico III; después de su muerte la traté en la época en que fui el Protostrator de Cantacuceno…

—¿No sientes simpatía por ella, verdad…? —me preguntó, con cierta ironía—. ¡No te preocupes!, por lo que he oído contar, creo que yo tampoco podría soportarla. Debe ser una intrigante retorcida…

—Sí…

—A mi padre le oí contar muchas veces cómo intentó complicar a toda la familia para proteger el trono de su hijo. Envió a su guardia de lombardos a meter cizaña en Italia y a Avignon, mientras a los venecianos les hacía promesas que no podía cumplir…

—Son cosas del pasado —le interrumpí—. Cantacuceno no sólo la perdonó, sino que la mantuvo en una posición destacada. Hoy, él es monje y ella continúa en su puesto de Emperatriz madre.

—Cierto —admitió Amadeo—. El tiempo todo lo borra…

—¿Mantienes algún contacto con tu primo, el Emperador?

—Sí…, por carta. Cuando lo que deseo comunicarle es muy confidencial, envío a un mensajero a través de Venecia. Nunca he estado en Constantinopla.

—¿Piensas ir en breve, quizá? —le pregunté.

Se rió, y, acomodándose mejor en la jamuga, me tomó la mano y me dijo:

—Siéntate y escucha, porque lo que voy a decirte es muy delicado, para eso precisamente quería Bernabó que nos viéramos… Urbano V, con la mejor de las intenciones, está predicando una cruzada; él querría que partiese de Constantinopla, como sé que te prometió, y no os mentía. Pero hay otros

intereses: el Rey francés de Chipre quiere que salga de Rodas para proporcionarle seguridad a él y que se dirija a Egipto…

—¡Pero eso es absurdo…! —no pude evitar exclamar.

—¡Lo sé! Por eso estoy aquí hablando contigo. Yo no estoy de acuerdo… ni tampoco Luis de Hungría. Pero no nos podemos oponer, pues se interpretaría como una oposición a los deseos del Papa, ¿lo entiendes?

—Hasta cierto punto —repuse consternado. ¡Otra vez la misma historia de Chipre! Otra oportunidad de oro perdida en escaramuzas alrededor de un enclave insignificante.

—Pues bien, ¡escúchame!, porque estoy de tu lado y del de mi primo Juan Paleólogo. Voy a retrasar mi partida a Oriente el tiempo suficiente como para que tú y Juan acudáis a hablar con Luis de Hungría… Cuando salga de Génova o Marsella con mis hombres, alegando cualquier excusa, me dirigiré a Constantinopla, y allí me estaréis esperando, de vuelta de Hungría, Juan y tú. Con un poco de suerte convenceréis a Luis. Con sus tropas, las nuestras, el apoyo de los genoveses y de los venecianos, ¡que por primera vez, parece que se han puesto de acuerdo en algo!, intentaremos rechazar al turco.

—¡Desde luego estás mejor enterado que yo! —comenté asombrado—. A Juan Paleólogo no le he visto desde hace ocho años. Le he enviado una carta por medio de mi secretario Manuel, como ya os habrá informado Bernabó. Todavía estoy esperando respuesta…

—¡Demetrio, conozco la respuesta! ¡Yo soy la respuesta…! Juan no sabía cómo pedirte perdón, por lo mal que se había portado contigo después de la abdicación de Cantacuceno. Os necesita, no se fía de la mitad de sus consejeros, pronto tendrás una comunicación oficial que te adelanto: volverás a ocupar tu antiguo cargo… Volverás a ser el Gran Doméstico.

Lo que estaba escuchando me alegraba tanto que me faltaban palabras para expresar mi agradecimiento… ¡Recuperar la dirección de los asuntos de Occidente… En un momento como aquél! No sabía qué decir, estaba emocionado. Con la buena voluntad y el apoyo de Urbano, a pesar de las intrigas, una fuerza expedicionaria se dirigiría a Constantinopla…

—Por cierto —le dije—, ¿a ti por qué te llaman el Caballero Verde?

—Ésa es una historia un poco más larga —me contestó riendo. Debes saber también, porque no quiero ocultarte nada, que yo me he comprometido personalmente con el Papa a conseguir la conversión al rito romano de Juan V el Emperador…

—¿No crees que sería mejor después de un Concilio?, para no ofender la sensibilidad del pueblo…

—Podría ser, por eso el Papa ha enviado embajadores a dialogar con vuestros Patriarcas y Metropolitanos. Incluso ha considerado, dado el prestigio de tu viejo amigo el monje Joasaph, alias Cantacuceno el Emperador, que sea él quien presida esas reuniones… Pero no debe haber confusiones: antes de la conversión no podrá haber una colaboración abierta entre el Occidente y Constantinopla…

Me preocuparon aquellas palabras, presentía que podrían tener consecuencias imprevisibles, y temía que no buenas. La incomprensión había sido mucha en el pasado…

—Tengo que dejarte ahora —me dijo—. Nos veremos esta noche. Bernabó quiere dar una fiesta en mi honor y te mandará aviso… He de ir a ver a unos familiares que viven junto a San Eustorgio, luego quiero visitar a Pigello Portinari, en San Pietro Gessate, a ver si consigo convencerle para que los mercaderes florentinos nos ayuden a financiar parte de los gastos de la expedición.

* * *

En cuanto llegó el buen tiempo, me despedí de los amables lombardos y me vi de nuevo navegando, primero en una gabarra por las tranquilas aguas de Po hasta la costa, y luego Venecia. Desde la Señoría embarcamos en una gran coca que nos llevó hasta Constantinopla. La emoción de volver se había apoderado de toda la familia. Nadie se quejó durante la travesía, a pesar del mal tiempo que tuvimos desde Corfú hasta Corón. Un familiar viento del norte, que nos hacía evocar otros días en el Egeo, nos escoltó hasta la misma Naxos, y nos quedamos casi una semana disfrutando de aquella isla que tanto nos recordaba Cydonia. La sublevación en Creta había sido reprimida, aunque a un gran coste humano tras la intervención de una flota completa de la Serenísima. Fueron necesarios meses para desalojar a los rebeldes de sus posiciones, casi inaccesibles, del interior de la isla. ¡Me acordaba de las espectaculares cordilleras del Monte Blanco y del Ida, que tanto me habían impresionado en la niñez! Mi familia, con gran fortuna, se había librado de las persecuciones y matanzas.

No tardamos mucho desde que salimos de Naxos en dejar a Ténedos por estribor y enfilar el Helesponto, desde allí no había más que seguir los familiares estrechos hasta llegar a Constantinopla.

Como un sueño al atardecer, ante nosotros, apareció la silueta de la gran ciudad. Aquella amante esquiva y arrogante, en la encalmada vespertina,

relucía al sol de la tarde luciendo sus mejores galas.

VII
EL CONDE VERDE

En el gran salón del palacio de Blaquerna le di la bienvenida a Amadeo, por un lado sentía la alegría de su triunfo en Gallípoli, pero, por otro, estaba desesperado por la situación de Juan V, retenido miserablemente en Bulgaria…

La congoja detenía mis palabras, pero al ver al Conde, victorioso y ufano, antes de celebrar cualquier éxito me salió del alma terciar en favor de Juan:

—¡El Emperador está cautivo en un miserable pueblo de frontera búlgaro! Sin violencia, sin honor, simplemente olvidado, abandonado. ¿Quién puede imaginarse una situación más humillante?

—¿Cómo se le ocurrió ir a Hungría en pleno invierno…?

—¡No le culpes…! Tú mismo le aconsejaste que fuera a ver a Luis de Hungría. Estaba bajo la impresión de que en Occidente le habían olvidado tras el fracaso de la cruzada a Egipto. Su esperanza estaba en Hungría… Tú le insististe, ¿cómo podía conocer de antemano las intenciones de ese monarca…?

—Fue una temeridad —reconoció Amadeo—, estaba equivocado, no me podía figurar cuáles eran sus verdaderas intenciones… ¿Qué fue lo que os dijo…?

—El viaje fue agotador. Remontar el Danubio hasta Buda en pleno invierno nos dejó exhaustos, las nieblas, el frío, los hielos… Nos acompañaron sus dos hijos menores, Manuel y Miguel. ¡Créeme si te aseguro que el aspecto que debíamos tener al llegar era para ablandar al más duro de corazón…! Éramos la prueba palpable de la desesperación que sentíamos y de la indefensión en que se encontraba el Imperio: muertos de hambre y de frío, mendigando ante el Rey de Hungría.

¡Pues ni eso fue capaz de convencer a Luis para que nos ayudara! Me preguntas: ¿Qué conseguimos?, y te contestaré que buenas palabras. Según Luis, el Papa le había prohibido prestarnos ayuda material hasta que no hubiera una actitud clara de conversión y sumisión del Emperador a Roma…

—¿No había enviado Urbano unos legados a Constantinopla con la misión de ir formando en la fe latina a la familia imperial…? —me preguntó

extrañado Amadeo.

—Sí, estuvieron en Constantinopla hasta que nos marchamos a Hungría…

—Creo que Juan V rehúye una de las condiciones del acuerdo —me dijo Amadeo—. Por una parte, asegura tener deseos de convertirse a la fe romana, pero, por otra, no parece desearlo con el suficiente interés… Quiero creer que ésa es la conclusión a la que llegaron los enviados del Santo Padre. Si no, no se explica la reacción de Luis, escudándose tras el Papa para no prestar ayuda…

—¡No es tan fácil convencer al pueblo! —le interrumpí—. Tú mismo fuiste testigo de cómo se negaban a dejarte entrar en la ciudad, aún después de tu gesta de recuperar Gallípoli para el Imperio… Costó mucho convencer al Senado y al pueblo para que dejasen entrar un ejército latino en la ciudad. El miedo, el resentimiento, los recuerdos de atropellos y humillaciones están todavía a flor de piel… Debemos ir con mucha cautela si queremos que acepten nuestra propuesta.

Luis de Hungría es un hombre sin principios, sólo buscaba una disculpa para invadir Bulgaria, anexionarse algunos territorios y perseguir a los fieles ortodoxos, obligándoles a bautizarse de nuevo…

¡Créeme, Amadeo, la voluntad de Juan sigue siendo la misma, tu primo no está loco, está simplemente desesperado, dispuesto a todo…!

—Te creo —me respondió Amadeo—, sólo quiero que no te olvides de que mi compromiso con Urbano es firme: Juan debe convertirse y yo he de conseguirlo…

—Lo que ahora es más urgente —insistí— es que Juan está retenido en Vidin, es una vergüenza…

Para mayor desgracia, Andrónico, su hijo mayor, ¡casado con una hija del Zar Juan Alejandro!, no desea interceder en favor de su padre y hermanos.

A medida que caía la tarde la habitación se fue quedando sin luz, como el porvenir de Bizancio, pensé para mis adentros… Las palabras cobraban mayor dramatismo entre las sombras, y la intimidad de un claroscuro incitaba a la confesión.

—¡Amadeo…! —le rogué—. Eres la única persona que puede hacer algo por Juan Paleólogo. No acostumbro a hablar en nombre de otros, pero en esta ocasión no tengo más remedio que apelar a tu valor y sentido de lealtad familiar. Sabes que no suplicaría por nadie, y también sabes que mis relaciones con Juan no siempre han sido buenas; no soy sospechoso de ser un cortesano a la caza de privilegios… Por eso te ruego que hagas algo para liberarlo. El fin del cisma, la salvación de Constantinopla y de toda la

cristiandad oriental está en tus manos. Te ofrezco como don, no como pago —porque tu nobleza será la única razón de tus actos—, lo que más valor tiene para mí, para mi familia y para muchos fíeles, tanto griegos como latinos, la reliquia más preciada de la cristiandad: el Santo Sudario…

—¡Estate tranquilo! —repuso—. Haré todo lo que esté a mi alcance para liberar a Juan. No olvides que su madre y mi padre eran medio hermanos y que, por mi madre, tengo derecho al apellido Paleólogo…

En el silencio de la habitación aquellas palabras me devolvieron la esperanza, tras tantos días de incertidumbre, desde que me separé de Juan, en Vidin.

—¿Santo Sudario, creo haberos oído decir…? —preguntó Amadeo—. ¿No fue acaso enviado a Occidente cuando entraron los cruzados en Constantinopla…?

—Así fue, pero un grupo de templarios, hombres devotos y respetuosos con la tradición, escandalizados por lo que entonces vieron, sustrajeron el verdadero y lo guardaron. Lo que se envió a Occidente fue una simple sábana…

—¿Eso cómo lo puedes saber? Entonces… ¿dónde ha estado el verdadero hasta ahora…?

Le conté la historia de los visitantes, de Robert de Troyes, el viaje a Nicea y los lugares en donde lo escondimos hasta volver a Constantinopla. De los antiguos caballeros sólo sobrevivían Phillipe y el escudero Arnaud, ya ancianos, refugiados en Branchaion, aguardando pacientes entregar su alma a Dios con los primeros fríos de cualquier invierno…

—Considero un honor convertirme en el nuevo custodio de tan preciada reliquia —me agradeció emocionado…

—¡Guardadlo en secreto! —le rogué—, nadie debe saber que la Sagrada Sábana sale de nuevo de Constantinopla… Creo que estará más segura con vos, en Turín, que en esta ciudad rodeada de infieles.

* * *

La razón de los ciudadanos se fue eclipsando como el cielo del Bósforo cuando lo cruzan nubarrones de tormenta. La ausencia vergonzante del símbolo de Roma, del Basileos, del representante de Dios en la ciudad terrenal, erosionaba la confianza en el mañana, haciendo renacer en las mentes el temor y la superstición.

Una mañana en que salíamos de Branchaion, vimos cómo en el pobre cauce del Lycus estaban bautizando a unos recién nacidos. Mandé a Manuel para que se enterara del porqué de tan raro proceder. La respuesta que trajo me produjo mayor confusión aún: «… El cauce sagrado proviene del interior de la tierra, de la sagrada fuente cuyas aguas alimentaron la fe de Constantino, y salvará a las criaturas de las perfidias de la corrupción». Teodoro y yo apenas podíamos dar crédito a la reaparición de las viejas supersticiones, mezcla de paganismo y fervor ciego.

En los foros había grupos que se reunían para murmurar o escuchar a los profetas del juicio final: «… Arrepentíos, el fin está cerca, la segunda venidla del Salvador no se hará esperar…». Estábamos acostumbrados a discursos de visionarios y taumaturgos, pero en aquel momento las voces y la actitud de las gentes era diferente. Se podía sentir el temor real, no en la voz de los iluminados sino en el silencio con que eran escuchados. A las puertas de las iglesias se habían multiplicado los mendigos, en los hospitales y orfanatos no había más alojamiento y cientos de refugiados se agolpaban en los almacenes de los muelles.

La gran ciudad se revolvía inquieta, las viejas leyendas se convertían en motivo de conversación, y cualquier signo del cielo se interpretaba en busca de algún significado. El Patriarca Filoteo había mandado celebrar rogativas en todos los templos y monasterios del Imperio rezando por la liberación del Emperador.

La espera se hacía interminable, no llegaban noticias sobre la escuadra de Amadeo, que había partido hacía ya cuatro meses. Varios senadores propusieron enviar una nueva embajada a los búlgaros prometiéndoles un rescate, pero siempre intervenía Andrónico, el hijo, que, a pesar del desastre, se encontraba muy cómodo en su papel de regente. Era un joven ambicioso, resentido por motivos que no llegué nunca a comprender, odiaba a su padre y era un enemigo peligroso. Su aspecto arrogante y provocativo contrastaba con la modestia que intentaba aparentar. A muchos conseguía engañarles, pero sus intenciones eran tan claras que era muy difícil que, al cabo de cierto tiempo, cualquiera descubriese su verdadero juego.

De joven había logrado engañar, incluso, a un hombre tan inteligente como Grégoras, aunque el pobre Nicéforo durante sus últimos años estaba trastornado por la teología. ¡Nunca podré perdonar el espíritu vengativo de los seguidores de Palamas cuando murió…!: arrastrar su cadáver por las calles de la ciudad fue una crueldad vil e innecesaria. Siempre tuve la sospecha de que aquel acto de barbarie encerraba alguna venganza política. Para mí los años

tampoco pasaban en valde, eran ya muchos amigos y enemigos los que me precedían en el más allá, cada vez me sentía más extraño entre los jóvenes, el pasado era como otro mundo, otro camino, otra ciudad de la que salía para enfrentarme con los fantasmas de un presente en soledad.

Las sesiones del Consejo se alargaban hasta muy entrada la noche; la lista de quejas de la aristocracia y los eclesiásticos —por las tasas del ejército y la marina— era interminable. Luego, a última hora, hacían su aparición los venecianos, con sus eternas reclamaciones pecuniarias por supuestos derechos vulnerados. Los genoveses, aprovechando la situación, se habían hecho con el control de varias islas de soberanía imperial. ¡Los turcos, alabado sea Dios, aquellos días nos dieron un respiro…!

* * *

No había tenido tiempo ni de vestirme siquiera cuando un criado me avisó que acababa de llegar el Drungario de la armada y que me estaba esperando en el salón junto al patio.

—¡Crysoberges! —exclamé al ver al veterano y fiel amigo—, creía que habías partido con la flota. ¿Qué ha pasado?

—Buenas noticias, Demetrio… he venido para informarte de la liberación del Emperador y llevarte conmigo hasta Mesembria, donde están Amadeo y Juan.

—¡Gracias sean dadas a nuestro Señor y a la Santísima Virgen! Esta noticia habrá que decírsela cuanto antes al Senado para que lo proclamen por toda la ciudad y podamos así levantar el luto por su ausencia…

Llamé a Manuel Calecas, que entró precipitadamente —temiendo algún infortunio—; tras él venían Teodoro, mi hermano, y mis hijos.

—¡Decidle a todos que el Emperador ha sido liberado…! Avisad al Senado para que se pregone la noticia. ¡Deprisa, marchad ya…!

En cuanto se retiraron me volví hacia Alejandro y le dije:

—Perdón, pero puedes suponer con cuánta ansiedad la ciudad ha estado esperando esa liberación. Celebraremos una misa de acción de gracias en Santa Sofía, avisaré a Filoteo… ¡Cuéntame ahora con calma, cómo ha sido!

—En cuanto fondeamos frente a las costas de Bulgaria, Amadeo ordenó que se hostigase a todas las embarcaciones que navegaban por aquellas aguas. A los dos días, atacamos sus puertos, Mesembria y Sozopolis, cayeron con facilidad, luego pusimos sitio a Varna, dejando guarniciones en los anteriores.

Desde ahí, Amadeo envió una carta al Zar en términos muy duros, invitándole a que soltase al Emperador o que se atuviera a las consecuencias… No hizo falta más, inmediatamente llegó la noticia de que Juan V Paleólogo estaba en camino.

—¡Magnífico! —exclamé—. Estábamos muy preocupados por la falta de noticias… ¿Dime, Alejandro, hallasteis resistencia en algún lugar?

—Poca, creo que la intención del Zar era entretener al Emperador para retrasar la alianza húngara. No debía estar enterado del fracaso de vuestras conversaciones en Buda el pasado invierno. Después del ataque de los húngaros a Vidin, lo último que los búlgaros querrían es verse atrapados en medio…

—¿Sospechas que desde Constantinopla alguien ha estado, digamos, «malinformando» al Zar?

—Con toda seguridad…

—Lo temía… Pero no creo que podamos hacer nada.

—Debo pedirte también —continuó Crysoberges— que es voluntad del Emperador y del Conde Amadeo que me acompañes a Sozopolis. Hay asuntos que requieren tu atención, necesitan tu consejo antes de volver a Constantinopla. Por eso he venido en una galera rápida para llevarte allí cuanto antes.

—Bien…

Pero ¿por qué no regresaban directamente a Constantinopla? —pensaba—. ¿Qué les detiene en Bulgaria…? En fin… Yo ya estaba acostumbrado a esas servidumbres.

Realmente… —soñaba en un delirio de optimismo—, si una partida tan pequeña de caballeros e infantes, con unos efectivos navales tan escasos, unas cuantas naves venecianas y algunas galeras imperiales, habían conseguido recuperar Gallipoli, liberar al Emperador y conquistar tres de los puertos más importantes del Ponto… ¡Qué no podría conseguir una expedición mayor y mejor organizada…! ¿Recuperar Anatolia? La idea era ambiciosa, pero en medio de la euforia de la victoria parecía totalmente posible.

* * *

Una vez más, me vi navegando por el Bósforo, rodeado por las imponentes paredes de Asia y Europa, mientras la galera se esforzaba por remontar la corriente. El colorido de finales de otoño dominaba los bosques en ambas orillas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —le pregunté a Alejandro.

—Un par de días, el nordeste es favorable para navegar con este rumbo.

Llegamos al segundo día; a la caída de la tarde enfilamos la entrada del puerto, sorteando los bancos de arena y buscamos un lugar para fondear en mitad de la rada, junto al resto de la flota. En el embarcadero me estaba esperando el Protospatario y tres soldados de la drusina para llevarme directamente a presencia de Juan y Amadeo. ¡La intervención de Amadeo había sido providencial!, sin ella el Basileos estaría todavía preso en el corazón de Bulgaria… ¡Para satisfacción del traidor de su hijo Andrónico!

Durante la cena Juan me explicó al fin el motivo del retraso de su vuelta a Constantinopla:

—Amadeo necesita garantías de que voy a cumplir el compromiso adquirido con Urbano de convertirme a la fe romana. No sería conveniente que el pueblo se enterase antes de tiempo de este acuerdo, es preferible que las primeras conversaciones sean aquí, en Sozopolis, en lugar de en Constantinopla, donde estaríamos sometidos a más presiones.

—Las garantías que he exigido —intervino Amadeo— no son sólo espirituales… He puesto como condición que se depositen con los banqueros genoveses en Gálata, joyas, o numerario suficiente para que, en caso de no llegar a ningún acuerdo, nos podamos resarcir de los gastos…

—¡Pero Amadeo, eso es un chantaje…! —exclamé desilusionado…

—¡Demetrio! Creo haberte repetido en varias ocasiones que, para mí, cumplir la palabra dada al Papa es lo más importante. Aunque no se convierta la Iglesia bizantina, al menos el Emperador Juan se convertirá a la fe romana, y si para ello tengo que utilizar presiones económicas además de las morales, lo haré…

Hay que tener en cuenta, además, que el mantenimiento de las guarniciones, primero en Gallipoli y ahora en estos puertos, cuesta dinero. No os olvidéis que todavía debemos el flete de los barcos, y no veo otra forma de hacerle frente sin una mayor contribución por vuestra parte.

—¡Es justo! —interrumpió Juan V… Créeme Demetrio, lo he pensado detenidamente, creo que Amadeo tiene razón. Necesita presentar algunas garantías en Occidente si quiere seguir teniendo el apoyo económico necesario para ayudarnos… En cuanto a los enormes gastos de estas campañas, no habrá más remedio que volver a imponer tributos. De eso te encargarás tú mismo, en cuanto vuelvas, provisionalmente, ocúpate de la tesorería… ¡Te nombro Megaduque!

—¡Juan… Amadeo…!, no me comprendéis —les dije a ambos—, no quiero más títulos. Me sobran los de mi familia, no es por eso por lo que me debato día a día. Lo que quiero es que consideréis que el pueblo está acogotado por impuestos, que aumentar los comerciales o los derechos de atraque, perjudicaría al erario de forma grave, que en el tesoro no quedan ya ni joyas ni dinero. El pueblo lo consideraría un chantaje, un nuevo ardid de los occidentales para sangrar a Bizancio…

—He dejado clara mi postura —intervino de nuevo Amadeo—. No puedo continuar si no obtengo esas garantías. No puedo aparecer ante Urbano, después de prometerle la conversión del Emperador a cambio de mi ayuda, sin el Emperador convertido o la firme promesa, avalada por una garantía material.

—Tenéis razón ambos —admitió Juan—. No tengo otra solución que convencer al Patriarca y a la aristocracia de que es necesario hacer un nuevo sacrificio. A mi hijo Andrónico mantenedle al margen de todo esto.

—¿Qué os parecería convocar un Concilio? —sugerí yo—. Eso les aplacaría.

—Eso se lleva diciendo desde hace mucho tiempo, Cantacuceno era su más firme defensor y Roma nunca aceptó… ¡Ésa es la verdadera raíz del problema! No creen que deban debatirse cuestiones de fe y costumbres que hayan sido ya solventadas por el Papa de Roma.

—Me refería —seguí insistiendo— en que aprovechando que está con nosotros Pablo, el Patriarca Latino, podríamos discutir las cuestiones preliminares, aquí entre nosotros, y luego convocar a la jerarquía en Constantinopla… Estoy seguro de que no se resistirían, convocaríamos también a Obispos y Metropolitanos de las provincias… Eso le daría un gran respaldo a nuestra propuesta y al sacrificio que les vamos a exigir, de prestar bienes para asegurar ese pacto.

—Por mí no habría inconveniente —añadió Amadeo—. Yo mismo asistiré…

—Os olvidáis —dijo Juan— que Filoteo, el Patriarca, se negará a asistir. Es un firme y convencido simpatizante de los hesicastas, no se fía de nada ni de nadie que provenga de Roma.

—¿Y si el que presidiera la reunión —les sondeé— en lugar de ser el Patriarca fuera alguien de cuya rectitud ortodoxa nadie tenga dudas, una persona de peso por su prestigio moral y autoridad?

—¿Quién sería esa persona? —preguntaron ambos a coro…

—El monje Joasaph, por otro nombre Juan VI Cantacuceno, Emperador de Bizancio… No se podrían negar a una reunión presidida por él.

—Me parece una brillante idea —apoyó Juan— siempre he pensado que Cantacuceno es una de las mentes más lúcidas del Imperio, por eso le he invitado a permanecer en Constantinopla. De hecho, le pido consejo con cierta frecuencia. Pero, desgraciadamente, no creo que se preste a ello. Yo, al menos, no tengo sobre él el ascendiente o la autoridad necesaria para imponérselo…

—No os preocupéis —les dije—, yo lo haré, no se negará en el nombre sagrado de Bizancio y la Ortodoxia…

* * *

Así fue como Juan Cantacuceno, Joasaph, volvió a entrar en mi vida. En la Pascua de 1367 se reunieron con Pablo, el Patriarca Latino, después de tantos años de incomunicación, la Emperatriz Elena y sus dos hijos, a quienes se sumaron tres Obispos de la Ortodoxia y representantes del clero bizantino.

El entusiasmo fue unánime, después de tantos años se abría el mar de la incomprensión, y en un Concilio Ecuménico las viejas heridas podrían ser restañadas.

La postura de Cantacuceno —no puedo referirme a él de otro modo— seguía siendo la misma que expuso a los legados de Clemente VI en 1350. Para poner fin al cisma era necesario convocar un Concilio en el que estuvieran presentes todos. No sólo el Papa y sus representantes, sino también el Patriarca de Constantinopla y todos sus Arzobispos, los Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén y la cabeza de las Iglesias Ortodoxas serbia, búlgara y de Georgia… No podían justificarse acciones tan desafortunadas como la reciente actuación del Rey de Hungría, considerando herejes a fieles ortodoxos… Una unión por decreto no serviría para nada. Roma debía entender que, en materia de Fe, el Emperador no podía imponer una religión a sus súbditos; si se deseaba una unión verdadera era necesario que todos quedaran perdonados y convencidos de pasados errores.

El Patriarca Latino Pablo quedó tan convencido de la rectitud y razón de los argumentos que dio por zanjada la cuestión, prometiendo un Concilio Ecuménico dentro de los dos años siguientes, en Constantinopla. El Patriarca Filoteo, a pesar de su no asistencia, ya había comenzado a enviar las convocatorias a todos sus colegas; el de Jerusalén y Alejandría dieron su consentimiento, y las autoridades monásticas prometieron su asistencia. El

ambiente era festivo, la ciudad se había engalanado tras las penurias pasadas. ¡Se abría un rayo de esperanza!

El volver a formar parte del mismo redil, con los honores y el respeto debido, era una aspiración muy antigua, más acentuada, si cabe, desde la pérdida de Anatolia y la caída de los reinos cristianos de ultramar.

Habíamos convencido a muchos indecisos, tras años de esfuerzos, de que la salvación, tanto religiosa como material, estaba en Occidente, y eso a mí me producía, tras tantos años de lucha, una sensación de triunfo que me costaba creerme que fuera posible. La noche en que tras largas deliberaciones se decidió que iríamos como embajadores a Roma, no podía contener mi alegría. Hacía más de un siglo que una embajada de esa importancia se trasladaba a Occidente: representantes del Emperador, de los Patriarcas, del clero y hasta de los ciudadanos de Constantinopla… Era el comienzo de un sueño que no sólo yo, sino todos habíamos acariciado durante los largos años de exilio. Aquélla era una de esas ocasiones en las que se pueden sacrificar el orgullo, la riqueza o el poder, era un paso en la historia, la huella del hombre en el devenir, la unión de Oriente y Occidente… Otros lo habían intentado. ¡Nosotros habíamos conseguido escalar los muros de aquel castillo que parecía inexpugnable…!

Había que partir cuanto antes, no podíamos dejar que el invierno se nos echara encima, los días ya eran cortos, y los vientos y el frío comenzaban a sentirse al caer la tarde.

Se aprestaron tres galeras y dos embarcaciones auxiliares, el mando lo asumió el veterano Tarchaniotes, que conocía muy bien la ruta. Muchas de las personas que venían, ni ellos ni sus escoltas y criados, habían viajado por mar, con lo cual era previsible que si las cosas se complicaban tuviéramos que parar en algún punto del Egeo, Sicilia o Nápoles antes de recalar en Ostia.

De niño, en Cydonia, cuando contemplaba los barcos amarrados o fondeados, me preguntaba ¿cómo serían las personas que pasaban su vida en aquellas casas de madera flotante? Poco podía imaginarme entonces que yo mismo, durante muchos años, habría de ser una de ellas.

Conseguí ocupar un espacioso y cómodo camarote de popa, y en dos adyacentes acomodé a Manuel Calecas y a mi hijo Teodoro. En un viaje tan largo, rodeado de tantas y tantas personalidades, no dejaba de ser un lujo tanto espacio ocupado por una sola persona y sus secretarios… Pero para algo Juan V me había designado como cabeza de la legación.

No hubo que lamentar, gracias a Dios, ni enfermedades ni retrasos en la travesía, únicamente dos Senadores se pusieron muy enfermos al cruzar

Messina, pero enseguida se les pasó en cuanto paramos en Nápoles.

Durante dos días nos agasajaron con toda clase de regalos y recepciones, deseándonos el mayor de los éxitos en Roma.

Era reconfortante comprobar, aunque sólo fuera de palabra, la simpatía que despertaba en aquellos pueblos meridionales el recuerdo de una cristiandad unida frente a la amenaza islámica. Las costas italianas tampoco estaban libres de continuos asaltos de piratas del norte de África, e, incluso, del sur de Anatolia, en Otranto y la Calabria.

A los pocos días de salir de Nápoles avistamos la desembocadura del Tíber, de tan evocadoras sugerencias para un grupo de senadores romanos. En cuanto atracamos en Ostia, la primera cosa que nos extrañó fue que el grupo de alabarderos papales que había acudido a nuestro encuentro nos escoltó hasta Viterbo en lugar de a Roma. Parece ser que el Papa Urbano no había llegado todavía de Avignon, y no deseaba que entráramos en la Ciudad Eterna sin su presencia… No puedo imaginarme qué podría ver de peligroso en que le esperáramos en Roma. ¿Tanto se iban a sorprender los romanos, que vivían en medio de una ruina, de la presencia de unos auténticos senadores…? Quizá le preocupasen todavía las secuelas de la República de Cola di Rienzo, cuyas hazañas e ilusiones tan entusiásticamente me había transmitido Francesco en sus cartas.

¡En mala hora se me ocurrió hablar de la República Romana de Rienzo a mis colegas del Senado! Tuve que explicarles, lo mejor que pude, aquel sorprendente acontecimiento político…

—¿Decís que Cola di Rienzo propuso la reconstitución de la República Romana…? —me preguntó Constantino Argyro.

—Al principio no, sólo quiso imponer orden en el caos de la ciudad. Se hizo con el control del Consejo Ciudadano y, a partir de ahí, se fue creciendo. A medida que fue obteniendo más y más apoyo, tanto en Roma como fuera de ella, su posición se fue fortaleciendo, y cuando llegó el momento de darle una forma política a su proyecto su amor por la vieja Roma le llevó a intentar adoptar todas las formas de la antigua República: se vistieron con togas, resucitaron los viejos calendarios y cultos y proclamaron una vuelta al antiguo orden. Hicieron un llamamiento a todas las ciudades de Italia para que se les unieran y se liberaran de las cadenas del Imperio Germánico y del Papa, en nombre de la Roma inmortal…

—¡Asombroso! —comentó Miguel, el nieto del viejo Chumnos—. ¿Cómo es que nadie en Constantinopla estuvo enterado de semejante revolución…?

—Porque esa idea, llevada al límite, era una locura —le contesté— y, además, nosotros en Constantinopla sólo tenemos ojos y oídos para nuestros problemas. Cola se ganó la enemistad y la oposición del Papado, que, en un principio, había visto aquel movimiento con simpatía, como un contrapeso en el centro de la península a las pretensiones de los Emperadores germánicos.

La idea había sido tan hermosa como para inspirar a los poetas y a los artistas, que soñaban con la resurrección de los valores clásicos, pero la forma de llevarla a cabo desembocó en un acto histriónico.

—¡Asombroso! —volvió a repetir Argyros…

Llegamos a Viterbo después de disfrutar de un bucólico y evocador recorrido por el Lacio, escoltados por una compañía de alabarderos pontificios. Nos instalaron en el antiguo palacio que los Papas tenían en las afueras de Roma, antes de su exilio en Avignon.

Durante una semana tuvimos que esperar al Santo Padre, y cuando llegó lo hizo en compañía de un verdadero ejército de mercenarios franceses, criados, auxiliares, artesanos y una corte de Cardenales con sus escoltas y servidores…

No nos recibió el primer día, con la disculpa, hasta cierto punto razonable, de que se hallaba agotado por el viaje. Algunos entre nosotros no lo entendieron, sobre todo los Obispos, que consideraron aquel aplazamiento como la segunda ofensa que nos hacían desde que pisamos suelo latino: ¡Recluirnos en Viterbo, hacernos esperar una semana y aplazar la primera audiencia… a nosotros, que hemos venido desde Constantinopla solamente para verlo!

Yo no quería motivos de conflicto, por lo que procuré calmar los ánimos y la arrogancia de aquellos monjes, en el fondo simples, cuyas ideas sobre las relaciones con el poder no eran demasiado realistas. Lo que no podía evitar era dejar traslucir mi propia inquietud por una ruptura del protocolo tan evidente, aunque debíamos esperar antes de manifestar ningún descontento. ¡Era demasiado lo que nos estábamos jugando después de tantos años…!

Al día siguiente a su llegada, bien entrada la mañana, recibimos la invitación para asistir a un banquete que daba la curia en nuestro honor… Pero ni mención de conversaciones.

No me cabe duda de que el Colegio Cardenalicio, y el propio Papa, quedaron impresionados por la presencia y empaque de la delegación imperial. Hacía mucho tiempo que en Roma no se veían embajadas de la importancia de la nuestra. Cinco Patricios y tres Obispos, luciendo sus mejores galas, acompañados por un cortejo que en nada desmerecía al aspecto

de sus señores: las doradas coronas, salpicadas de piedras preciosas, las diademas cuajadas de perlas, las estolas y capas pluviales bordadas en hilos de seda y oro, las túnicas ribeteadas con hilos de plata, las capas forradas de nutria y visón, el imponente aspecto de los Metropolitanos, de blanco y negro, todos acompasados, como exigía el protocolo imperial, como si nos precediera el maestro de ceremonias en Blaquerna…

Nos sentamos en el lugar de honor, enfrente de los Cardenales de la curia, con el Papa a nuestra izquierda. Las mesas de aquel enorme refectorio habían sido engalanadas para la ocasión con flores y cintas de colores, representando las armas de los nobles eclesiásticos y seglares que nos convidaban. Al sentarnos, observamos que en nuestro lugar habían colocado la enseña imperial del águila bicéfala, lo que interpretamos como una cortesía hacia el representante de Juan V.

La cena transcurrió en medio del bullicio festivo y desordenado al que yo estaba habituado por mis estancias en Occidente, pero al cual la mayoría de mis colegas no estaban acostumbrados. La ausencia de formalidades, la frivolidad al analizar cualquier tema, sagrado o profano, mientras se estaba comiendo resultaba incómoda para los senadores. Saltar de una conversación a otra sin guardar el orden y las preferencias establecidas por un doméstico de protocolo les resultaba imposible, máxime cuando su dominio del latín no era perfecto y carecían del más mínimo conocimiento de francés o italiano.

Los traductores ese día estaban desbordados, y el único idioma que podía entenderse en medio de aquella algarabía general era el lenguaje impreciso de los gestos.

En ningún momento se habló del asunto que nos había traído a Italia, todos parecían asumir que no era necesario hablar de una cuestión ya decidida ¡Nadie me daba una explicación de lo que estaba sucediendo!

El Patriarca Pablo, que se sentó a mi derecha, estuvo intentando distraerme contándome anécdotas de su estancia en Anatolia cuando le nombraron Obispo de Esmirna. No sabía cómo agradarnos, al darse cuenta de la preocupación creciente entre los senadores. ¡Todo era cortés, nos atendían con generosidad, pero nadie mencionaba la palabra Concilio!

Al día siguiente, el Patriarca Pablo vino a vernos y nos comunicó que partíamos para Roma. Entraríamos juntos en la ciudad, seríamos recibidos y agasajados por la nobleza romana, y luego se celebraría en San Pedro una misa de acción de gracias, después de la cual quería hablarnos antes de que el Papa nos recibiera en una audiencia privada.

* * *

Era la primera vez que asistía a un acto solemne en San Pedro, en mi anterior estancia con Stefano Colonna solíamos ir a Letrán. A pesar de ser los invitados de honor, ninguno de nosotros pudo disfrutar del homenaje, tal era la inquietud y la preocupación que nos embargaba. Al salir del templo los romanos se arremolinaron en torno nuestro, curiosos y fascinados, no cesaban de señalar y hacer exclamaciones señalando nuestros ropajes. Éramos como una atracción para los habitantes de la Roma eterna, que se entretenían con cualquier novedad que se cruzara en su camino. Aquellos romanos arrogantes, que en el pasado no se asombraban ante nada, como señores del mundo, hoy se sorprendían de la vestimenta de unos forasteros o se asombraban ante cualquier teatro ambulante. Después del acto sacro, los alabarderos nos acompañaron hasta Letrán, donde el Patriarca Pablo nos estaba esperando.

Subimos al salón de embajadas, al entrar vimos una enorme mesa rodeada de pesadas butacas de cuero, ante las cuales, en cada sitio, habían colocado unos sobres lacrados. En la cabecera el Patriarca Pablo nos estaba esperando de pie. La luz penetraba por las cristaleras de colores, creando una atmósfera de irrealidad al reflejarse en el polvo de siglos que flotaba en el aire. Al fondo, un fresco representando a Cristo, de factura primitiva, presidía la sala. Los desconchados de las paredes y el piso de mármol sin pulir daban al conjunto un aire lúgubre que nos paralizó en la misma entrada, presintiendo que nada bueno podía suceder entre tanto abandono.

—¡Entrad! y sentaos, por favor —nos pidió Pablo—. Ante cada butaca tenéis un sobre, menos tú, Demetrio —me dijo dirigiéndose a mí— que como cabeza de la legación, además del tuyo, estás encargado de llevar los otros seis, a Juan V, al Emperador, a su familia, a Juan Cantacuceno y a Gattilusio… En ellos encontraréis una carta del Papa, en ella, os lo adelanto, no hallaréis lo que habéis venido a buscar…

Un murmullo de desaprobación general se elevó entre aquellas viejas paredes, y tras un profundo silencio se escuchó la voz de Argyros, preguntándose en voz alta: ¡Para qué se había molestado siquiera en escribirla…!

—¡Por favor, tened paciencia y escuchadme! —suplicó Pablo—. El Papa me pidió a mí que os adelantara su voluntad, ya que fui yo, en su nombre, quien habló en Constantinopla, y es a mí a quien corresponde toda la culpa si me he excedido en mis atribuciones… Os ruego que me perdonéis si por mi culpa os he perjudicado…

—¡Pablo! —intervine yo—, no es un problema de perjuicios… La cuestión es: ¿Hay voluntad o no de celebrar un Concilio que, de una vez por todas, termine el cisma que hoy existe dentro de la Iglesia cristiana?

—¡Hay voluntad de que todos formemos de nuevo parte de la misma Iglesia!, os lo aseguro —insistió Pablo— lo que el Santo Padre no ve es la necesidad de celebrar un Concilio.

Si el Emperador y la Jerarquía aceptan de buen grado la fe romana la unión será una realidad…

—Bien… —le respondí yo, como cabeza de la legación y reflejando la opinión de todos—. Lo que proponéis es volver al punto de partida… Ni el Emperador, ni la Iglesia ortodoxa, ni nadie tiene poder para obligar al pueblo a la conversión… Si no se convoca un Concilio en el que las partes discutan sus puntos de vista y del mismo se derive una doctrina común, cualquier cosa que se acuerde sólo tendrá valor a título particular. Como con Miguel Paleólogo en Lyon…

—Me hago responsable de haberos inducido a confusión en cuanto a la voluntad del Santo Padre —nos confesó Pablo—, pero ahora no tengo más remedio, por la salvación de mi alma y la vuestra, que pediros que accedáis al ruego de Urbano…

—Leeremos las cartas y mañana iremos a escuchar al Papa —anuncié—. A nivel individual, cada uno hará lo que crea más conveniente para su alma. Si éste es el mensaje para el Emperador, tal como lo habéis expuesto, se lo transmitiremos, y que luego él haga lo que crea más justo… Lo que os puedo ya asegurar, es que si lo único que nos podemos llevar son esas buenas palabras, ni el clero, ni el pueblo os seguirán. ¡A la conciencia nadie puede dictarle órdenes…!

Al día siguiente el Papa nos concedió la audiencia. Estuvo hablando durante largo rato de su voluntad inquebrantable de acabar con el cisma, de apoyarnos en nuestra lucha contra el turco, de bendecir cualquier iniciativa de un Rey cristiano para arrojar al infiel de nuestras tierras…

Al final, llegué a la conclusión de que salvo Amadeo, nadie en Occidente estaba ni en condiciones ni dispuesto a prestar ayuda a Bizancio. Las ambiciones se confundían con la desconfianza y los resentimientos, convirtiendo en estéril cualquier intento de superar esa ceguera. Sólo nos quedaba entregar la carta y contarle a Juan V Paleólogo las conclusiones de aquella ilusionada embajada, y que él, en uso de su poder y libertad, obrase en conciencia por el interés del Imperio… En realidad, él ya estaba atrapado por

el compromiso con Amadeo; yo sabía que me quedaban todavía copas por apurar, pero no serían con el mismo ánimo…

VIII
LA SUMISION

¡El cielo nos asista…!, exclamaron dos mendigos a la puerta de San Salvador al escuchar a un marinero comentar la aventura de nuestra embajada en Roma… Aquélla era la súplica desesperada de unos simples truhanes, una manifestación de fe en boca de unos desheredados.

La noticia del fracaso de nuestra embajada había llegado a Constantinopla antes que nosotros mismos. Cuando atracamos en Bucoleón, la única persona que nos estaba esperando era Juan V, él, mejor que nadie, sabía el calvario que habíamos pasado y la profunda tristeza que nos embargaba al tener que deshilvanar todas las ilusiones y confesar nuestra frustración.

El Emperador sabía que ya no le quedaba una salida honrosa, tendría que ser él mismo quien se ofreciera como última esperanza, él sería la mano humilde tendida que pide ayuda, como los pobres mendigan el pan.

Mis fuerzas se habían ido con los años, sólo me quedaba la voluntad, a mis hijos legaba la defensa de nuestra herencia, mi lucha estaba llegando a su fin.

Juan Paleólogo quiso crear una línea de defensa en torno a Constantinopla, una barrera humana entre la capital y los Balcanes. ¡No todo estaba perdido!, Gallípoli seguía en nuestras manos… ¡Pero aquellas tierras eran de la Iglesia!, y el Patriarca, sobre todo después de nuestra vuelta de Roma, no quería ni oír hablar de quebrantar el derecho canónico y renunciar a los privilegios y las rentas de sus propiedades.

Fuimos barridos y humillados en el sínodo… Se nos acusó de herejes, infieles, sacrílegos, blasfemos… Juan, como única defensa frente a tanta ofuscación, les aseguró que si no nos poníamos de acuerdo serían las leyes musulmanas, y no las canónicas, las que imperarían en sus diócesis y monasterios.

* * *

Los jardines del palacio de Blaquerna en primavera no sabían de decadencias: las flores y las fuentes, los rayos de luz reflejándose en las fachadas veteadas

y multicolores del palacio de los Comneno movían a pensar en todo, menos en dejarse llevar por la pesadumbre. ¡Qué hermosas se veían las cúpulas de la Virgen y San Demetrio! con sus tintes rojizos al sol de la mañana, la torre de Isaac Angel, dibujada contra la muralla, parecía un índice señalando al cielo, y hasta la siniestra Anemas nos hacía olvidar las mazmorras que se escondían en sus entrañas.

Juan V estaba desayunando cuando entré y me invitó a sentarme junto a él.

—Demetrio, ¿qué ha sido de aquellos amigos tuyos inseparables… Geometres y Zinziluces se llamaban, verdad…?

—Sí, Simón y Juan, están en Creta…

—Eran personas de absoluta confianza, ¿no es verdad?

—Lo siguen siendo, si tuviéramos necesidad no dudarían en prestarnos todo su apoyo, estoy seguro… ¿Has pensado en algo?, le pregunté intrigado.

—¡No, en absoluto!, era simple curiosidad… ¡Son tantos los que vamos perdiendo de vista que ya no nos acordamos de sus caras ni de sus historias…!

Te he mandado llamar para comunicarte mi última decisión y pedirte que me ayudes a llevarla a cabo. No puedo retrasar más mi visita a Roma, tengo que hablar con Urbano, conozco las condiciones y, a pesar de ellas, creo que no tenemos otra salida que la de intentar conseguir ese apoyo, aunque suponga para mí una humillación… Amadeo me tiene atrapado, amenaza incluso con volverse contra nosotros; los venecianos mantienen conversaciones en secreto con Murad para obtener una base en Scutari, ¡enfrente de Constantinopla!, cualquier alianza entre ellos sería funesta para Bizancio… No tengo más remedio que ir a Roma… aunque me falte el apoyo del pueblo y de la jerarquía eclesiástica.

—¿No temes que te depongan? —pregunté.

—No… eso ya lo he discutido con Filoteo, el Patriarca, lo consideran una decisión personal que en nada compromete a la Iglesia ortodoxa… Es una concesión que hacen, que se disculpa por las circunstancias extraordinarias que atraviesa el Imperio…

—¿Qué puedo hacer yo para ayudarte?

—He pensado que, además de tu experiencia, eres el que mejor conoce la lengua latina. Urbano me enviará a través de Pablo, el Patriarca Latino, el documento de sumisión. Quiero que lo leas y redactes la versión griega… Tengo que conocer lo que firmo y, además, esto es personal…, quiero que me acompañes.

—Iré contigo… ¿Alguien más nos acompañará?

—Algunos más que, como tú, no ven otra salida y que son favorables a esta unión, pero todavía no he decidido quiénes. Debo dejar a algunos fieles en Constantinopla por si surgiese algún problema. Mi hijo Andrónico hará las funciones de regente, y Manuel irá a Tesalónica…

—Permíteme que exprese mi desacuerdo con la designación de Andrónico, tu hijo, como regente… Considera su forma de actuar en el pasado, y perdóname si te desagrada mi comentario, pero ¡no es persona de fiar…!

—No eres el único que piensa así —respondió Juan sin alterarse—, pero tampoco tengo más remedio… es mi hijo mayor, no quiero fomentar su rebeldía nombrando a otro, tendría el conflicto asegurado…

—Como tú ordenes…

* * *

El día de nuestra partida flotaba en el aire una sensación de melancolía, a la derecha de Juan V marchaba la Emperatriz junto a sus damas de honor, al frente Francesco Gattilusio y yo, junto al grueso de la drusina.

El sol lucía tenue a través de una leve bruma matutina que ascendía mágicamente desde el Cuerno de Oro, era la niebla familiar que envolvía los barrios del muelle creando la impresión etérea de que Blaquerna estaba suspendida en una nube. El Protospatario, seguido por la tropa, iba abriendo camino, y, atrás, marchaban la servidumbre y los equipajes…

Por temor, o por respeto, hasta los pájaros habían dejado de cantar aquella mañana, sólo se escuchaba el ruido de los cascos de los caballos y el rodar de los carros sobre los adoquines, mientras el redoble del tambor marcaba el paso de los catafractarios…

Nunca se sabe cómo llegan las noticias a oídos del pueblo, pero el hecho fue que nuestra partida era conocida por toda la ciudad. Una multitud emocionada se alineaba a lo largo de calles y plazas: modestos artesanos, comerciantes, recaderos, criados, señores, mendigos… Todos unidos por la morbosidad de ver el cortejo de su Emperador camino de Roma.

Los buhoneros y los comediantes se entremezclaban con el gentío, aprovechando la ocasión para vender su mercancía o entretener con sus mimos a un público cautivo. A lo largo de todo el recorrido, matronas generosas y mozas casaderas se asomaban a ventanas y balcones para ver a su Emperador. Por las galerías correteaban jóvenes nerviosos, curioseando tras

las columnas el espectáculo de aquella procesión solemne. Sobre las tapias de los huertos y encaramados a los árboles, los niños hacían turnos para ver la comitiva, y tras las celosías de los conventos se adivinaban cientos de ojos monásticos deseosos por ver, aunque fuera fugazmente, al Basileos.

Seguimos La Mese hasta el Foro Teodosio, pasamos ante la columna Marciano en el Capitolium y, a medida que avanzábamos, mayor era el número de personas que se agolpaban a nuestro alrededor. Cuando llegamos al Foro de Constantino casi no podíamos seguir. La imponente estampa de Santa Sofía nos traía el recuerdo de un tiempo en que no eran los Emperadores los que acudían a pedir ayuda, sino que el mundo se rendía a sus pies. Alrededor del viejo hipódromo se había reunido una multitud, como en los días de carreras de antaño, no en vano en sus gradas se había forjado la política de un Imperio que hoy asistía, en silencio, al paso de una procesión de mendicantes.

El pueblo nos seguía, sólo el murmullo de las suelas de las sandalias sobre la piedra acompañaban el paso de aquella muda manifestación. Descendimos por San Sergio y San Baco hasta Hormisdas y, al llegar al puerto, de pronto, la multitud comenzó a elevar al cielo una plegaria. Al principio no fue más que una sola voz temerosa, pero, poco a poco, se le fueron uniendo más y más, hasta que aquel canto se convirtió en un grandioso coro de miles de hombres y mujeres pidiéndole a Dios protección para su ciudad y su Emperador.

Juan no pudo contener las lágrimas, y subiéndose al castillo de popa de la galera imperial elevó sus brazos, primero en dirección al claro y penetrante cielo de mediodía y luego hacia la multitud, sobre las escalinatas, como deseando abrazar espiritualmente a aquel su pueblo. Era la liturgia del poder, una despedida y un perdón…

* * *

El verano en Roma es húmedo y caluroso, y llevábamos ya semanas esperando la llegada del Papa. De haber sabido el retraso de Urbano nos hubiéramos quedado más tiempo en Nápoles, donde éramos siempre muy bien acogidos. Nápoles me recordaba los viejos barrios de Constantinopla, el bullicio del puerto y el ajetreo de los marinos y mercaderes le daban un aire cosmopolita y desenfadado que resultaba grato para visitantes como nosotros.

En Roma nos habían buscado un alojamiento que, sin reunir las condiciones de un palacio, viendo el estado en que se encontraban el resto de

los monumentos de la Ciudad Eterna, era un esfuerzo considerable de buena voluntad.

El propio Papa, según nos contó Giovanni Colonna, había tenido ingentes problemas para residir en la ciudad.

—Es difícil para vosotros —nos dijo— daros cuenta de lo que ha costado convencer a los Cardenales franceses para que abandonasen Avignon… ¡No tengo dudas de que influyó en su decisión —además de los rezos y la piedad de Sor Catalina de Siena y la elocuencia de Petrarca— que el ejército inglés estuviera llegando a las puertas de Avignon…!

—¿Qué decís? —le pregunté sorprendido.

—No lo sabíais…

—Que existe un estado de guerra permanente entre el Rey de Francia y el de Inglaterra, lo sé desde hace tiempo… Pero este nuevo giro lo desconocía.

—Pues sí —respondió Giovanni— dirigiéndose a Juan V. El ejército francés ha sido completamente destrozado, hoy los ingleses se pasean por Francia como amos y señores. Urbano, que es francés, no debía de encontrarse muy cómodo.

El Papa también ha conseguido, ¡por fin!, el apoyo del Emperador de los teutones, Carlos IV, desde que vino a Roma y le coronó en el mismo San Pedro. Fue un acto emocionante para los romanos ¡Asistir de nuevo a una consagración imperial en San Pedro! Le llevó las riendas del caballo, humildemente, desde Sant Angelo hasta la catedral y luego le ayudó a oficiar la Misa… Urbano es un anciano y hace un gran esfuerzo por acudir a veros, creedme, no simpatizo con él, pero creo que sus intenciones son sinceras. Otra cosa es que pueda proporcionaros la ayuda que necesitáis… promover una nueva cruzada.

Las ciudades, al igual que los hombres, cumplen sus años y tienen sus momentos de auge y ocaso, la diferencia es que el hombre, cuando alcanza el final de su existencia, desaparece irremisiblemente, sin poderse reconstruir. Paseando por los antiguos foros y los templos derruidos del corazón del Palatino y el Capitolino no dejaban de asaltarme imágenes de mi primera estancia en aquella ciudad.

Recorriendo las ruinas del Coliseo, junto a los escombros floridos de la Domus Aurea, atravesando el erial del Flaminio, con sus gradas esparcidas por campos resecos, calcinados por el tórrido sol del verano meridional, o paseando por las orillas del sagrado Tíber en busca de sombra y frescor, me acordaba de mi pasado y de mi familia.

Me acordé de mi padre y de cómo legó el testigo a los que le seguíamos… Ahora era a mí a quien me correspondía pasar la antorcha a los que venían detrás. Daba gracias al cielo que me había hecho un hombre enérgico y soñador, pero empezaba a sentir la necesidad de descansar y que otros cargaran con la tarea de empujar al vacilante Imperio. Mis hijos, cada uno por su senda, continuaban la tradición de los Angel, mis nietos comenzaban a abrirse al mundo… Había llegado la hora en que Elena y yo buscáramos un refugio al que retirarnos y prepararnos para el último viaje… Ésta sería mi última embajada, cuando volviéramos a Constantinopla terminaría mi vida pública…

Súbitamente, de mi ensoñación me arrancó el alboroto que hicieron tres jinetes que se me echaron encima mientras paseaba. Traían órdenes precisas: debía acudir inmediatamente al palacio lateranense… ¡El Papa había llegado, por fin! y deseaba revisar los documentos que se iban a firmar ante el Colegio de Cardenales. Como redactor de la versión griega, el Santo Padre deseaba leerla conmigo.

Cuando llegué al palacio ya había un gran número de dignatarios y oficiales de la Curia paseando por los largos pasillos y salones de San Juan. No me hicieron esperar, al punto fui escoltado hasta la antecámara del Papa, donde ya estaban Juan V, Manuel Calecas y Francesco Gattilusio.

—¿Lleváis esperando mucho tiempo? —le pregunté a Francesco…

—No, sólo un rato…

—¿Tiene Urbano el documento que firmaste ante los Cardenales?

—Sí, se lo envié a Montefiascone, lo habrá leído ya… Dijo que quería revisar contigo el sentido de algunas palabras de la versión griega antes de poner su sello en ambas.

—¿Has rubricado el escrito ya?

—Desde ayer —me contestó Juan—. Firmado y sellado.

—No creo que introduzca alteración alguna en el texto, querrá discutir el protocolo de mañana…

—Espero que así sea —añadió Juan, un poco inquieto—. Ten en cuenta que tanto el Patriarca Filoteo como mi suegro, Cantacuceno, me han dado su consentimiento para firmar exclusivamente a título personal. Al acto no asistirá ni una sola persona en representación de la Iglesia ortodoxa… Cualquier acto que vaya más allá de lo personal puede suponer mi destronamiento y destierro. ¡Por favor, Demetrio, no lo olvides, repasa el sentido del texto hasta en sus más insignificantes afirmaciones…!

—Quédate tranquilo, el texto griego está redactado de tal forma que resulta imposible inferir más de lo que deseas… ¡Te lo prometo!

Dos ujieres y un chambelán vinieron a avisarnos que el Papa deseaba recibirnos…

* * *

La verdadera grandeza no se define por los ropajes ni por la arrogancia de quien los ostenta. El sacrificio, en aras de la salvación de su gente, arropaba a Juan aquella nublada mañana de octubre ante las escalinatas de San Pedro. A pesar del oro de la corona, de la seda y el terciopelo de la túnica, de las perlas y rubíes de los bordados, la verdadera majestad de aquel hombre estaba en su entrega desesperada en brazos del destino que le había tocado.

El boato del cortejo o la magnificencia del Pontífice, sentado en su trono y rodeado por su Colegio de Cardenales, era un mero escenario para el drama que se estaba representando. Para el hombre de corazón no cegado por las apariencias, aunque Juan V hubiera ascendido desnudo aquellos escalones su grandeza no se hubiera visto degradada ni un ápice… Aunque al final de la escalinata nadie le hubiera estado esperando, el ascenso a aquel templo constituía el intento de hermanar a dos mundos, unidos y separados por una misma fe… Aunque de nada sirviera el sacrificio de renunciar a su orgullo, a su tradición y al amor de su pueblo, el gesto habría tenido sentido como un símbolo ante la historia… Los que le seguimos en aquel peregrinaje pudimos sentir el latido de su alma en cada paso que daba.

El Papa, desde la cátedra, dio la bienvenida al «Emperador de los griegos»… —¡Aquélla fue la última humillación, ni le reconocían como al descendiente de Constantino…!—. Tres veces hincó su rodilla, besando primero los pies, luego la mano y por fin la boca en señal de paz. Sólo entonces se levantó el Pontífice, en toda su gloria, para darle un abrazo y entonar el «Te Deum».

Al finalizar los cánticos, Urbano tomó a Juan de la mano y le condujo al interior de San Pedro, los demás avanzamos a través de la nave para ocupar los lugares junto al altar que habían reservado para nosotros. Las columnas y el suelo de mármol, a la luz del mediodía entrando por las vidrieras, resplandecían como brillantes gemas. A los lados, ocultos por la semioscuridad de las velas, refugiados en capillas y oratorios, los romanos curiosos se escondían para asistir a la ceremonia. Las nubes de incienso ascendían en caprichosas volutas, rasgadas por los rayos del sol, envolviendo

el recinto del altar y los cruceros en el mágico manto de la liturgia. El Papa, solemne y altivo, asistido por dos Cardenales, se disponía a oficiar el sagrado misterio. Enfrente, sentado en un sitial de honor, humilde y cohibido, como perdido en la corriente del rito, se sentaba el Emperador. Los coros elevaban sus voces entonando himnos para celebrar el triunfo de la Iglesia, mientras los fieles se disponían a participar de la gloria del Pontífice, rezando para que se mudara al lugar que le correspondía como sucesor de Pedro, Roma.

* * *

Los beneficios de la sumisión se vieron al poco tiempo. Juan y yo estábamos paseando por el jardín del palacio, discutiendo los pasos a seguir a partir de aquel momento, cuando nos interrumpió un mensajero de parte de Amadeo. A pesar de lo áspero de algunos de nuestros últimos encuentros, siempre era grato ver al hombre que más había hecho por Bizancio desde hacía muchos años.

Avisamos a la escolta de alabarderos y nos encaminamos hasta la residencia que el Conde había habilitado en Roma, cerca del palacio de los Orsini, junto al antiguo teatro. Nos estaba esperando de muy buen humor, las noticias que había recibido de Marsella y Génova le confirmaban el alquiler de las naves por tiempo indefinido, siempre y cuando su misión se limitase a Oriente y los pagos estuvieran al corriente. Venecia todavía no había manifestado su opinión, lo que nos hacía pensar, a Juan y a mí, que sería uno de los temas que querrían discutir cuando, de vuelta a Constantinopla, nos detuviéramos en la Señoría.

—He estado hablando con Urbano —dijo Amadeo— y me ha confirmado que no existen ya razones para dudar de la fidelidad católica de Juan… Esto nos da el apoyo moral que necesitamos para una nueva expedición… ¿Quién sabe?, incluso una cruzada para librar Tracia de la presencia turca…

—Nos complace que el Santo Padre haya reconocido, al fin, la sinceridad de mi intención —le interrumpió Juan.

—Ya no hay razón para retener prenda material alguna como garantía del cumplimiento de vuestra promesa. Podéis disponer de las joyas y el numerario que habéis depositado en los bancos genoveses cuando queráis…

—Bien… —intervine— necesitábamos oro para volver a Constantinopla y no queríamos pedir un nuevo préstamo. Hubiera sido la humillación que hubiera colmado la paciencia del Emperador…

Nos despedimos hasta Constantinopla. Amadeo tenía que volver a Turín y con él se llevó el don más preciado que le entregamos, la Sábana Santa, para guardarla en el santuario de la catedral. Así fue como terminó para nosotros la odisea de una de las reliquias más queridas y veneradas de Oriente, mi custodia había llegado a su fin, y mi responsabilidad pasaba a una nueva generación en un país lejano, bajo un techo cristiano en los umbrales de una nueva era.

Por las calles de Roma nuestro paso despertaba gran curiosidad por los atavíos y ropajes de la escolta, la indumentaria de los palafreneros y el propio esplendor de nuestros vestidos, que resultaban exóticos en medio de la Roma decadente del cisma. No era impertinencia, es que no estaban acostumbrados a ver extranjeros desde hacía muchos años, les parecíamos personas de otro mundo, no podían creerse que, más allá del Lacio, pudiesen vivir gentes tan distintas, con unas vestimentas tan llamativas y una forma de hablar tan original.

Una mañana de primavera emprendimos la marcha de vuelta, había llovido el día anterior y los caminos estaban inundados en muchos lugares, por ello tuvimos que dar un gran rodeo hasta Ostia. Las marismas del Tíber eran un lugar insalubre y peligroso. Aquel día el sol brillaba con toda su fuerza sobre las extensiones plateadas del delta. Nos daba escolta una flamante compañía de alabarderos gascones del Papa para protegernos de las bandas de forajidos que se habían adueñado de la campiña junto al mar, asaltando a todos los viajeros que se atrevían a ir por las viejas calzadas imperiales.

No queríamos retrasar la vuelta a Constantinopla, por ello sólo nos detendríamos en Nápoles y luego, tras una escala en Ancona, iríamos a Venecia. El Patriarca Pablo había venido a despedirnos acompañado por dos Cardenales en representación de Urbano. Una vez más, nos reiteró sus deseos de unión y nos prometió apoyar nuestra demanda de ayuda ante las cortes de Occidente.

* * *

Al amanecer, Venecia revela sus misterios como ninguna otra ciudad. Cruzábamos el Lido y, a medida que la bruma iba despejándose, iban desvelándose las desiguales y pintorescas fachadas de sus casas y palacios. Desde los campanarios de la Giudecca y las cúpulas de San Marcos, y desde Rialto a la ribera Dei Schiavoni las campanas convocaban a los fieles a la

oración. En el aire fresco y limpio de aquella hora, el sonido recorría los canales y la bahía anunciando el comienzo de la jornada.

A nuestro alrededor se movían, ágiles, toda suerte de embarcaciones: traineras, falúas, góndolas… Cada una buscando el hueco o el embarcadero para dejar pasajeros o mercancías. Era una extraña ciudad, combinación de isla y laguna, donde las calles eran canales, donde en lugar de carretas y caballerías había gabarras y remeros.

Juan estaba fascinado por la variedad y colorido de la ciudad, y se maravillaba aún más del ingenio de aquel pueblo que, para salvarse de los bárbaros, se había convertido en tritones y sirenas. Fondeados enfrente de San Marcos había tres imponentes cocas que, por la actividad que se veía a bordo, debían estar a punto de zarpar. Nos colocamos al pairo a la espera de que el oficial de puerto nos indicara un lugar para fondear las galeras.

Yo viajaba junto al Emperador en la nave capitana, que ondeaba la enseña imperial y el gallardete de los Paleólogo. Estábamos seguros de que sabrían distinguir las banderas y acudir a nuestra llamada, estando, como estaban, avisados de nuestra llegada por las cartas que enviamos desde Roma. Al cabo de un largo rato, se abarloó una trainera que, por su empaque, parecía pertenecer a algún personaje principal.

—¡Os doy la bienvenida en nombre del Dogo Andrea Contarini y del Consejo! —nos saludó, marcando las palabras con gran solemnidad el Caballero que subió a bordo—. Soy Lucca Gradénigo, y estoy a vuestra disposición para serviros en lo que mandéis, mis hombres os indicarán dónde fondear los barcos.

—Agradezco vuestra amable hospitalidad —respondió Juan manteniendo la actitud de majestad que correspondía a un Emperador—. Estoy ansioso por poder agradecerle al Dogo la ocasión que me ha proporcionado de visitar vuestra ciudad, sobre la cual mucho he oído hablar y, sin embargo, no conocía…

Volviéndose hacia el drungario le ordenó que los hombres se pusieran a disposición de los prácticos.

—¿Gradénigo, sois hijo de Giovanni? —le pregunté.

—Lo soy —me respondió sonriendo—. Vos sois Demetrio Angel, el amigo de mi padre y de mi suegro Faliero. Está deseando veros; desgraciadamente, Marino murió de las fiebres… Poco después de que os nombraran ciudadano.

—¡Cuánto siento la noticia…! —me lamenté sinceramente—. Lo siento enormemente, éramos muy amigos, en Milán, cada vez que iba, siempre se

alojaba en mi casa.

—No hablemos más —prosiguió Lucca—. El Dogo Contarini tiene mucho interés en recibiros cuanto antes. Mientras los hombres se ocupan de las naves podemos acercarnos en la falúa al palacio, y luego que vuestros criados lleven el equipaje a San Marcos.

Hicimos lo que nos sugería, pero tanto Juan como yo teníamos una rara sensación… No era normal que la primera vez que un Emperador de Bizancio llegaba a Venecia tuviera un recibimiento tan poco solemne. Sin duda Lucca había sido muy amable, pero la actitud del Dogo, ordenando que nos trasladásemos a su residencia, en lugar de venir personalmente a darnos la bienvenida era algo inaudito… Cierto es que los occidentales, a pesar de conocerlos, me sorprendían cada día más.

En Roma habíamos negociado ampliamente la renovación del tratado con los embajadores del Dogo, Sañudo y Giustiniani. Tras arduas y desagradables discusiones económicas, en que nos reclamaban más de veinte mil hyperpyron y nosotros les adelantamos unos cinco mil, pareció que se había llegado a un acuerdo, hasta que volvieron a insistir en los treinta mil ducados de la Emperatriz Ana y sus intereses acumulados… ¡A interés compuesto! Amenazaban con vender las joyas, que estaban depositadas en el tesoro de San Marcos, si no cubríamos el montante.

Juan V les estuvo entreteniendo con promesas, entre otras, venir a Venecia y hacerles una oferta que no podrían rechazar.

Iba pensando en estas cuestiones cuando la falúa que nos transportaba llegó al embarcadero de la plaza de San Marcos. Al descender, fuimos recibidos por las máximas autoridades de la ciudad y dos representantes del consejo… El Dogo nos esperaba en palacio. Escoltados por una simple guardia llegamos a la residencia de quien, en aquel momento, ostentaba la más alta magistratura de la Señoría.

La edad y la experiencia nos dan la capacidad de descubrir el verdadero sentido, o la falta del mismo, de la vida. La juventud impetuosa, con su fe y su energía, mantiene al mundo en movimiento, soñando siempre con la posibilidad de alterar el orden de las cosas. Son las dos fuerzas que controlan el paso del hombre sobre la tierra. En aquel momento hubiera deseado carecer de la intuición que dan los años e ignorar la trama que en torno nuestro se estaba fraguando… ¡Confesad vuestros errores y contaréis con el apoyo de Roma! —nos dijo el Papa— y así, poco a poco, fuimos dejando sobre la mesa la herencia, ya estéril, de nuestros mayores a cambio de un cabo de salvación. Al final sólo obtuvimos buenas palabras y nuevas demandas… ¡Venid ahora

que somos hermanos —nos dijeron—, zanjaremos nuestras diferencias!, y aquí, en el Santa Sanctorum del comercio, nos piden nuevos avales y garantías cuando ya habíamos hipotecado, primero, nuestra ciudad y, por último, nuestra alma…

¡Cómo me gustaría volver a ser joven para no verlo, tener la energía que da la ignorancia para saltar los obstáculos creyendo que, por dejarlos atrás, los hemos superado…!

Como temíamos, en cuanto pasamos a presencia del Dogo, tras los saludos acostumbrados de felicitación y cortesía, lo primero que nos planteó Contarini al sentarnos en torno a la mesa fue la razón por la cual seguíamos ignorando sus reclamaciones para saldar la deuda de las joyas.

—En repetidas ocasiones —nos increpó—, a través de nuestro Bailío en Constantinopla y ahora de nuevo en Roma, os hemos reclamado la cantidad adeudada y siempre rehusáis hablar del tema, ¿por qué?

Haciendo acopio de paciencia y resignación, Juan V intentó defenderse de aquella petición tan impertinente dirigida al Emperador en persona cuando estaba en visita de cortesía.

Se nos estaba tratando como a unos simples deudores, violentamente increpados por no permitir que nos saqueasen los implacables recaudadores, sintiendo que por mucho que argumentáramos estábamos en sus manos.

Se nos trataba con corrección, incluso con deferencia, pero la realidad era que estábamos cautivos. Habíamos caído en la trampa…

Juan alegó que la deuda de la Emperatriz Ana había sido contraída sin el consentimiento del Senado y por razones exclusivamente personales… A lo que contestaba Contarini que esa razón fue alegada, con cierta razón, por Cantacuceno, ya que sirvió para financiar el golpe de estado contra su propia autoridad, pero que Juan V, como hijo y heredero de la Emperatriz, estaba obligado por el compromiso de su madre. Al hacerse cargo de los derechos hereditarios, también se hacía cargo de las obligaciones —argumentaba el Dogo—. Era un tema enojoso al que habría que buscar una solución satisfactoria, puesto que la cifra, debido a los intereses, iba en aumento. La Serenísima sería considerada en su reclamación, teniendo en cuenta el estado de necesidad por el que atravesaba el Imperio, pero lo que no podía hacer, en ningún caso, era condonar la deuda…

Tras dos horas de discusiones, el Dogo debió pensar que para un día era suficiente y que no se podía faltar a la cortesía más allá de lo que conviniera a la economía. A continuación de tan desagradable conversación, fuimos agasajados por los miembros del Consejo con un espléndido banquete.

No estábamos retenidos oficialmente. ¡Eso hubiera resultado escandaloso, contrario a todas las normas de la diplomacia!, pero el hecho es que no nos podíamos mover y mucho menos abandonar Venecia sin el consentimiento de Contarini.

Al quedarnos solos le pregunté a Juan si tenía alguna idea para librarnos de aquel cautiverio como pareció dar a entender en Roma, con Gustiniani, o si aquellas palabras habían sido sólo simples promesas para ganar tiempo.

—Nunca pensé que llegaran a este extremo —me contestó—. Creí que venir a Venecia, tras prestar sumisión al Papa y convertirme al rito romano, nos proporcionaría un apoyo más decidido por parte de una república católica, al menos eso era lo que te había insinuado Bernabé Visconti, tu amigo, que era el más firme aliado de Venecia en el continente…

—Sí, eso me dijo en su carta, pero no lo aseguró… ¡Es triste que después de humillarnos no consigamos nada y que luego, al volver a Constantinopla, nos desprecien por haber renunciado a nuestra religión…! Lo que querría que me dijeses es si de verdad tienes alguna idea para poder salir de Venecia.

—Voy a prometerles la entrega de Ténedos… —me confesó, mientras observaba mi reacción.

—¿Es eso a lo que te referías en Roma, como la oferta que no podrían rechazar…?

—Sí, lo llevo pensando mucho tiempo. He averiguado que intentan llegar a un acuerdo con los turcos para establecerse en Scutari, al lado de Damalis, eso sería mucho peor para nosotros. Los turcos y los venecianos juntos… Por otra parte, debemos intentar quitarle poder a Génova que, desde Gálata, controla el tráfico marítimo de los estrechos.

—¿Qué piensa de esto Francesco, tu cuñado, que es genovés…?

—No se lo he dicho, pero ya sabes que Francesco no intervendrá… tiene demasiados intereses en común con mi familia para oponerse a mi decisión por fidelidad a su república natal.

Lo que no pienso es pagar el interés compuesto sobre el préstamo de las joyas… Tendrán Ténedos, que les da el control del Helesponto, pero tendrán que proporcionarnos barcos y una nueva financiación.

* * *

La primera vez que los venecianos oyeron la propuesta se notó un asombroso cambio de actitud, no se esperaban un premio tan apetecido… A partir de ese momento no tuvimos ni una sola discusión, la indiferencia se trocó en afecto

y no hacían más que recordarnos los lazos tan antiguos y profundos entre la Serenísima y Constantinopla. Lo que más les inspiraba ese repentino cariño era la satisfacción que les producía pisarles a los genoveses un trofeo tan valioso.

Discutieron los intereses hasta el último hyperpyron, no podían negar su vocación mercantil hasta en los más ínfimos detalles; afirmaban que, según sus cuentas, si a cambio de la isla condonaban no sólo los treinta mil ducados, sino también los intereses y ponían encima una nueva cantidad, a estipular, estarían pagando tres veces el precio de la isla. Yo les argumentaba que eso era cierto, pero que el precio de la isla no se podía fijar en una cantidad tan baja. Y así transcurrieron los días hasta que recibimos la contestación de Constantinopla…

—¡Que Andrónico, mi hijo, se niega a entregar Ténedos…! —gritaba Juan—. ¡Quién se ha creído que es para impedir la liberación de su padre, que, además, es el Emperador…!

—No te alteres, Juan —le dije tratando de serenarle—. Me han dicho Lucca y Cario que el Consejo entiende estos problemas familiares… Que estudiaremos otras posibilidades, sin olvidar la primera propuesta que, simplemente, se aplaza hasta un momento más oportuno…

—¡No puedo creer que mi hijo me haga esto…! —decía casi llorando—. Primero mi pueblo, luego Roma, a continuación, Venecia, ahora mi propio hijo… ¡Hasta cuándo este calvario de traiciones!

No quise insistir, comprendiendo su dolor y su decepción, en que antes de salir hacia Roma ya le había advertido de las aviesas intenciones de Andrónico. Gracias a Dios, Manuel Paleólogo, su segundo hijo, estaba en Tesalónica. Había que hacerle llegar la noticia de nuestra dramática detención cuanto antes, el Imperio no debía quedarse en manos de Andrónico ni un día más. En un alarde de cinismo, Andrónico se excusó, alegando que no podía pedir crédito a la Iglesia o empeñar sus bienes para liberar al Emperador, porque estaría cometiendo un sacrilegio…

Nuestro aislamiento se prolongaba y, desgraciadamente, no recibíamos noticias alentadoras sobre nuestra liberación. No éramos prisioneros, de hecho, nos trataron con gran cortesía, incluso después de la decepción del acuerdo de Ténedos, decían que sabían esperar… Pero el tema de la deuda se mantenía y, muy educadamente, nos retenían hasta que llegara el rescate.

Por fin llegó Manuel, el fiel Manuel, con suficientes fondos para rescatar a su padre. Había conseguido, exprimiendo las arcas en Tesalónica y tomando

prestados una serie de tesoros eclesiásticos, reunir una cantidad suficiente para saldar la deuda.

Los venecianos quedaron muy satisfechos, liquidaron todos los atrasos y hasta nos obsequiaron unos miles de ducados para volver a Constantinopla. Lo de Ténedos, por el momento, quedaba a la sombra…, pero no olvidado, siempre defenderían aquella isla como suya, y más de una vez habría de correr la sangre por sus playas. En cuanto a las joyas de la corona ya nunca más volverían a Constantinopla…

Manuel tuvo que quedarse en Venecia, y como Juan todavía no quería partir sin conocer mejor la actitud de Andrónico, me vi, una vez más, a pesar de mis años, haciendo de adelantado para allanar el camino a este Emperador con cuyo padre iba de juerga en mi juventud y que parecía —a pesar de su juventud— tener un siglo sobre sus espaldas.

IX
EL ÚLTIMO ALIENTO

No quise desembarcar en Bucoleón, sino en los muelles comerciales de los venecianos, en Perama. No quería que Andrónico supiera que estaba en la ciudad hasta que me conviniera. La sorpresa que se llevó mi hermano Teodoro al presentarme de pronto, en medio de la noche, fue enorme, ya que nos creían todavía en Venecia o en Tesalónica.

Acudiríamos al Senado al día siguiente, acompañados por una guardia de catalanes, fíeles a Juan, y asumiría todos los poderes en nombre de Juan V. Depuraríamos a los oficiales que, de alguna manera, hubieran colaborado con Andrónico y, sin alboroto, los destinaríamos a Tracia o a la frontera de Macedonia.

En la marina, Crysoberges seguía controlando a la oficialidad, y la marinería siempre le siguió ciegamente. Andrónico no tendría tiempo de reaccionar, y los genoveses no se atreverían a intervenir para no descubrir su juego.

Se hizo tal y como fue planeado: convoqué al Senado con carácter urgente y, a última hora de la mañana, ya les había transmitido a todos la voluntad del Emperador. Mis palabras fueron acogidas con cierta indiferencia, pero sin asomo de rebeldía. Juan no era popular, pero respetaban la autoridad del Basileos. Andrónico no se atrevió a contradecir ninguna de mis instrucciones, sino que, pública y cínicamente, expresó su alegría por la liberación del «Nobilisimus»…

* * *

Branchaion guardaba entre sus muros y jardines la magia de lo permanente; no quise ocupar la residencia del Coemperador en Blaquerna, ya que no hubiera cambiado la familiaridad de mis habitaciones por todo el lujo del palacio imperial. Cada sala, patio, cámara o pasillo estaba ligada a algún momento de mi vida o a la imagen de un ser querido. Al volver a Constantinopla, una vez más, tras untas ausencias, me sentía como un extraño, ajeno al poder con el que me habían investido, ajeno a las personas

que veía caminar por las calles o en el foro. Ya no conocía más que a los cuatro viejos amigos que quedaban… Las calles, piedras y monumentos no habían cambiado, éramos nosotros los que lo habíamos hecho.

Me sorprendía a mí mismo hablando y discutiendo solo, unas veces en el despacho, otras en la cámara y otras, incluso, en la calle. No dormía bien, tenía pesadillas, sufría alucinaciones, todos los fantasmas del pasado se me aparecían para consolarme o torturarme. Los encontraba en casa, en la iglesia, en el gimnasio, en el mercado… Una noche, antes de retirarme a descansar, atravesando el atrio escuché, de pronto, desde el jardín, una voz que me llamaba:

—¡Demetrio, acércate…!

Me quedé paralizado, pero enseguida, intrigado por aquella voz, obedecí y me dirigí al extremo del jardín… ¿Quién podía ser a aquella hora? ¿Quién se ocultaba a la sombra de la escalera? La voz era cálida y familiar, no inspiraba miedo, sino una gran confianza que la hacía irresistible…

—¡Demetrio! —la volví a escuchar—. ¡Ven!

Entonces lo vi, un espectro luminoso, suave, etéreo, se materializó ante mis incrédulos ojos… Su rostro, al principio difuso, a medida que se fue perfilando se transformó en la imagen de…

—¡León! —no lo puede creer… ¡Tú!

—Sí, Demetrio —sonrío el espectro—. Soy León…

—León —balbuceé, todavía incrédulo—. ¿De verdad eres tú?

—¡Créeme…!

—Bien… —titubeé.

—¿Qué sientes ahora que tienes el poder en tus manos? —me preguntó aquella sombra—. ¿Es pesado e ingrato, verdad? Te destruirá sin remisión…

—No soy más que el Protostrator, mientras dure la ausencia de Juan…

—¡Tonterías! —se rió la aparición—. El que ahora manda en Constantinopla eres tú. ¿Qué vas a hacer…?

—Si en el lugar del que vienes todo se sabe, esa pregunta mejor me lo podrás contestar tú… Bizancio ya no es más que una sombra, menos real todavía que un espectro… No queda más que esperar el final… ¡Lo sabes! ¿Por qué te recreas en preguntarme?

—No quería asustarte, Demetrio. Te hemos querido mucho y querríamos ayudarte, pero nada podemos ya…

—¿Podemos, dices? ¿Quién más está contigo?

—¡Hijo! —oí otra voz que salía de la oscuridad y dos imágenes aparecieron entre las adelfas… ¡Sí, somos nosotros…!

—¡Padre… Madre…! —exclamé temblando—. ¡También vosotros…!

—¿Qué esperabas, Demetrio? —respondieron—. Entre estos muros nunca estarás solo…

—¡Aunque sea un sueño!, os confieso que estoy emocionado…

Padre, he procurado seguir tus pasos, ya ves a dónde me han conducido… En cuanto a ti, madre, ¡os he echado tanto en falta!

—Al final todo se aclaró —intervino León—. Desgraciadamente para mí fue tarde…

—Siempre hemos tenido una duda, ¿no es verdad padre? —le interrumpí —. ¿Tú sabías que era la Emperatriz la que estaba conspirando contra Andrónico II?

—Lo supe con certeza el último día de mi vida —interrumpió León—. Lo supe cuando ya era demasiado tarde… Los hombres de Manuel, el ofuscado, ya me habían atrapado… Luego le costó la vida a Miguel Cantacuceno… ¡Tú me vengaste!

—¡Entonces todavía hubiéramos podido salvar Constantinopla! —intervino mi padre, mientras mi madre, paciente, le contemplaba con compasión—. ¡Las guerras civiles que siguieron fueron la ruina! No estuvo bien abandonar a Andrónico II de aquella manera ¡Envenenarlo fue indigno de su hijo!

—No fue su hijo quien dio la orden, padre —le contradije—. Metoquita todavía conservaba mucho poder, Sirgiano tenía miedo de que Andrónico II y el Logoteta uniesen sus fuerzas y nos traicionaran. ¡Caro pagó Sirgiano sus pecados al final de su vida! Una muerte infame a manos de unos ladrones…

—¿Ahora qué vas a hacer? —me preguntó León.

—¿Queda algo por hacer? —le devolví la pregunta—. En Occidente sólo contamos con Amadeo y con las buenas palabras del Papa… Pero ni un solo ejército… ¿Padre, crees que los Serbios podrían ayudarnos…?

—No puedo contestarte —se lamentó mi padre—. Es tu papel en esta obra, yo terminé el mío hace muchos años…

—Debemos marcharnos —oí susurrar a las hojas del almendro—. Nuestra hora ha terminado… ¡No desesperes, todo tendrá sentido, hijo! —escuché la débil voz de mi madre, Teodora, junto a los rosales que tanto había adorado…

Tal como habían aparecido las sombras, desaparecieron difuminándose entre las arcadas y frescos del peristilo… Había perdido la noción del tiempo, me encontré despierto, con la sensación de haberme quedado dormido en mitad del jardín, cubierto por el primer rocío de la mañana…

* * *

En busca de nuevas alianzas acabé por plantearme la única posible… Se trataba de Serbia, que, al menos, todavía era ortodoxa. Dusan, al morir, había dejado su reino sin un sucesor, y tampoco había un pretendiente enérgico que fuera capaz de enfrentarse solo a la amenaza creciente de los osmanlíes. ¡Si conseguía convencer a los príncipes serbios formaríamos una alianza para intimidar a Murad y frenar su expansión en Europa! No era una idea descabellada, serbios y, quizá, búlgaros, unidos a los restos del ejército imperial, podrían detener la marea islámica…

Casi en completo secreto, a través del Patriarca Filoteo, me puse a trabajar. Ugljesha, uno de los herederos, se había establecido en la antigua Serres, en Macedonia, y su hermano Vukashin era el Señor de Prilep y de Skoplje. Fueron días de labor extenuante en que a diario amanecía dormido sobre la mesa del despacho, siendo mi único alivio bajar a los gimnasios del hipódromo, como en mi juventud, y tras un largo baño de agua y vapor, disfrutar de un masaje reparador.

Uno de aquellos días, mientras las manos del masajista recorrían mis músculos entumecidos, entró Chrysolaras, mi ayudante entonces, muy alterado y me dijo:

—¡Demetrio! Tienes que ir cuanto antes al Prosforiano, una delegación del Sultán Murad acaba de llegar a la ciudad.

¿Qué podría querer Murad? —pensé—. Aquella embajada no tenía sentido si antes alguien no les hubiera invitado. Los turcos no se hubieran atrevido a faltar a la cortesía de una forma tan burda… ¿Quién les llamó y por qué…? La contestación a esas preguntas era evidente: ¡Andrónico!, el muy traidor, había estado negociando con Murad mientras estuvimos en Roma y en Venecia… Había que actuar enseguida; aunque iba a ser difícil demostrar nuestras sospechas, de momento, había que recibir cortésmente a los embajadores y obtener toda la información posible.

—¡Manuel! ¿Has encontrado algo que nos lleve a pensar que Andrónico mantenía contactos con el Sultán?

—No hemos encontrado documentos, pero por lo que hemos podido sonsacar, mediante amenazas, a sus antiguos asistentes Andrónico cortejaba al turco… Sospecho que, incluso, llegó a ofrecerles Gallípoli a cambio de ayuda para derrocar a su padre, Juan V.

—¡Entonces, no sólo nos traicionó con los genoveses, sino también con los turcos…! Vamos rápidamente al encuentro de esa delegación, les trataremos con la más exquisita cortesía, pero debemos evitar que el Sultán

piense que Gallípoli pueda ser moneda de cambio. ¡No quiero ni pensar lo que se diría de nosotros en Occidente si Gallípoli, después de haber sido recuperada por Amadeo, cayera en poder de los turcos sin lucha siquiera…!

* * *

Era casi imposible tener al turco en la ciudad, invitado en Blaquerna, y que no se diera cuenta de la presencia de otra embajada serbia. Murad había jugado bien sus cartas, sabía que no estábamos en condiciones de negarles nada. Las victorias y conquistas de sus tropas en los Balcanes y Grecia habían sido tan repentinas, que no nos había dado tiempo de sopesar sus consecuencias.

Hace años que controlaban Dydimotheicos, y Adrianópolis la habían vuelto a conquistar. ¡Sin tropas de refuerzos de Asia!

Podían asediar Constantinopla en cuanto se lo propusieran, y negarles Gallípoli era casi una declaración de guerra.

Me acordaba de Orján, de sus sueños y proyectos… poco a poco iban tomando forma. El esfuerzo otomano ahora se concentraba más en Europa que en el sur de Anatolia. Murad debía pensar, y con buen criterio, que tenía en su mano a sus correligionarios del sur, y que la clave era controlar el Bósforo y el Helesponto. Desgraciadamente en el medio estábamos nosotros…

La Audiencia y el banquete transcurrieron en un clima de cordialidad que resultaba más temible aún que la tensión antes de una batalla. Todo fueron frases amables y corteses, Hairedin, el Embajador de Murad, me aseguró que los deseos del Sultán no eran más que mantener la paz y colaborar al bienestar de nuestros pueblos. Eran frases que me traían a la memoria aquel primer encuentro en Bitinia con el padre y el abuelo de este nuevo conquistador: ¡Él era el protector de los griegos! La fraternidad debía reinar entre nuestros pueblos, y como reflejo de esa buena voluntad nos ofrecían una alianza y su protección… Estuvieron un poco más atrevidos cuando dejaron traslucir su insatisfacción por nuestros intentos de buscar ayuda en Occidente. «¿Es que no nos acordábamos del trato que recibimos de los latinos la última vez…? ¿Tan pronto nos habíamos olvidado de las humillaciones sufridas…?»

En eso —pensaba para mis adentros— algo de razón tenía, y Juan Cantacuceno, al que había arrancado de sus meditaciones en el convento para asistir a la cena como invitado de honor, no hacía más que mirarme de reojo y sonreír.

Las negociaciones fueron delicadas y arduas, lo único que podía pretender era ganar tiempo hasta que se firmara una alianza con los serbios o volviera Amadeo con tropas de refuerzo. Durante horas y horas tuve que hacer gala de la mejor tradición diplomática bizantina y, al final, no me quedó otra solución que mentir y aplazar la contestación, alegando la ausencia del Emperador y nuestros acuerdos con Venecia… No queríamos ofender a la Señoría en aquellos momentos.

Aquel último argumento pareció surtir efecto, pues dejaron de insistir en la firma de un tratado y comenzaron a hablar de otros temas. Parece que todavía no se sentían tan seguros en el mar como para desafiar a Venecia, y debieron pensar que era mejor aguardar a una ocasión más propicia.

La tormenta había pasado, pero ¿cuánto tardaría en formarse la galerna?, nadie podía predecirlo, pero aquella vez paso de largo.

* * *

Juan estaba tardando demasiado en volver a Constantino pía, hasta el punto que llegué a pensar que le daba miedo enfrentarse con su pueblo y que prefería seguir bajo la protección de la Serenísima, aunque no fuera la más digna de las actitudes. Aquel retraso se estaba convirtiendo en el mayor obstáculo para llegar a un acuerdo con los serbios. No se podía concluir una alianza tan importante sin la presencia del Emperador. Podíamos mantener contactos, hacer propuestas, pero no comprometer a los ciudadanos sin el consentimiento del Basileos.

Los serbios estaban inquietos y ansiosos, por primera vez veían la gravedad de la amenaza turca. Después de tantos años de luchar con nosotros y con sus vecinos, al fin comprendían lo que hace tantos años Cantacuceno y yo les repetimos… También nosotros, he de confesar, tuvimos mucha culpa, nunca fuimos del todo sinceros, siempre engañándonos mutuamente, aprovechando nuestras debilidades para destruirnos y ahora…

Las fuerzas me iban abandonando y, para evadirme, a la caída de la tarde, volvía a la vieja taberna del «Laúd». Me gustaba oír a los marineros cantar sobre tiempos y lugares más felices o consolarse lamentando sus penas cotidianas. Era tranquilizador ver cómo las antiguas canciones se mantenían de generación en generación, me sentía joven otra vez mientras escuchaba aquellas historias y vaciaba unas jarras de vino para olvidar durante un par de horas los sinsabores de la miseria diaria.

Uno de aquellos días en que volvía del «Laúd», atajando por el callejón del acueducto, al doblar la esquina camino de Cora, volvieron a asaltarme los espectros familiares: Constantino y Miguel, mis viejos camaradas, venían caminando hacia mí… Eran dos figuras esbeltas, más apolíneas de lo que jamás habían sido en vida y sonreían, posados sobre una leve nube que se confundía con la niebla vespertina del Cuerno de Oro. ¡De nuevo era poseído por los recuerdos! ¡Los viejos amigos acudían a mi llamada! El corazón los convocaba y la razón nada podía hacer para librarme de aquellas alucinaciones…

—¡Demetrio…! —oí la voz familiar de Constantino—. Su rostro, aún en medio de la bruma y desfigurado por las cicatrices de Pelecano, era inconfundible.

—¡Amigos! —les llamé—. ¡Hace tiempo que no me acompañáis al «Laúd»!

—¡Eso no es cierto! —protestó Miguel—. Nunca te hemos abandonado, lo que ocurre es que tú no nos veías, no estabas preparado todavía… ¿A que adivinamos qué calle tomarías para volver a Branchaion?… Siempre hemos estado a tu lado, tu destino y el nuestro se entremezclan, no tendremos reposo hasta que algún día nos acompañes…

—¿Acaso venís a anunciarme el fin…?

—¡No! —dijo Constantino—. Tu hora no ha llegado, tu vaso todavía no ha sido colmado… Sólo queremos que sepas que cuando te bebas una jarra en recuerdo nuestro o tengas que huir como perro con el rabo en llamas… Nosotros estaremos detrás tuya, y aunque hayamos nacido con estiércol entre los pies y tú seas un gran Señor, siempre te hemos considerado como un hermano…

—¡Nunca os olvidaré! —les agradecí sus palabras con lágrimas en los ojos.

Con los años había empezado a descubrir entre las piedras de aquella ciudad misterios que hasta entonces se me ocultaban. ¡Más que nunca creo que el día que Constantinopla deje de latir, con ella desaparecerán los espectros de todos nuestros antepasados! ¡Ya no habrá diálogo entre los vivos y los muertos…! Hablarán otro idioma, llorarán con canciones distintas, Diógenes akrita habrá muerto y ni los vagabundos hablarán de las apariciones milagrosas en San Diomedes.

A medida que hablaba las figuras se disolvían entre las sombras. Unos viandantes se cruzaron de calle al verme hablando con la niebla… ¡Otro

borracho! —debieron pensar—. ¿Y quién puede asegurar que no tuvieran razón…?

* * *

Todo llega, tarde o temprano, para el que sabe esperar, dice el viejo refrán; el Emperador me envió una carta en la que me anunciaba que estaría en Constantinopla en octubre. ¡Por fin Juan V, se decidía a volver! Para mí significaba traspasar el relevo a quien por derecho debía llevarlo. Mis viejos huesos ya no soportaban más tensiones ni conspiraciones. Era el Emperador quien debía asumir la responsabilidad de firmar la alianza con Serbia y enfrentarse a Murad. ¡No quería sobre mi conciencia el peso de cargar en solitario con tales decisiones!

Los días transcurrieron monótonos tras la agitación pasada. Todos esperábamos al Basileos con la ilusión de intentar recomponer el maltrecho Imperio tras la desastrosa administración de Andrónico. Elena estaba nerviosa y a pesar de que yo procuraba no comunicarle los problemas que padecíamos, ella tenía, después de toda una vida a la deriva, un sexto sentido que le hacía presentir las desgracias.

Había llegado a tal extremo de tensión que mis nervios estaban a punto de quebrarse, temía que me fuera a ocurrir lo que a los locos del asilo de Mireleo…

Al entrar en el tepidarium, rodeado por el reconfortante vapor, de nuevo volví a escuchar voces… ¡Debía estar enloqueciendo!

—Te encuentro cansado, Demetrio —me susurró una sombra envuelta en una toalla.

No podía distinguir su cara en medio de la neblina, pero la voz era inolvidable…

—¡Andrónico III! ¡También tú has vuelto…!

Una de dos, o me estaba acostumbrando a aquellas apariciones o mi mente había perdido el juicio.

—¡Sí viejo amigo! Soy yo… Como ves, a pesar de que han pasado tantos años no te olvido… Has sido bueno con mi hijo… Gracias.

—No pude ayudarle al principio —me disculpé—. Pero eso ya lo sabes tú, su madre era temible y él ambicioso.

—Lo sé… Por eso os pedí a Juan Cantacuceno y a ti que le protegierais… Lo tiene más difícil que nosotros, ¿verdad?

—No te lo puedo negar. Tu nieto es despreciable y los otomanos aprietan más que nunca… Estamos rodeados y de Occidente no nos cabe esperar nada…

—¡Siempre te lo dijo Cantacuceno! —me interrumpió como solía—. Tú no le querías escuchar…

—¿Qué otra salida teníamos? —repliqué—, sigue siendo la única… Con los serbios estamos intentando llegar a una alianza, pero es débil…

—No he venido a discutir —continuó con calma—. Quiero que sepas que lo que hagas a partir de ahora, bien hecho estará: te libro del compromiso de cuidar de Juan Paleólogo. Es bueno, pero deberá caminar solo, deberá enfrentarse con sus enemigos, resistir el embate de las olas de la traición y el rencor. No necesita más lazarillos, ése es el peso de la púrpura y si no puede soportarlo más vale que ceda su puesto a Mateo… Sé que estás de acuerdo conmigo.

—Lo estoy —asentí sin saber a qué ni a quién—. ¿Era un sueño, una pesadilla? ¿Se me habían subido a la cabeza los vapores que sin cesar ascendían desde las piedras incandescentes?

—María y Sofía te envían recuerdos —me dijo sonriendo, envuelto en una nube de vaho.

—¡No vivía Sofía en Monemvasia! —exclamé.

—Las fiebres —me aclaró lacónicamente el espectro—. No te alteres, todo pasa… ¡Vive, Demetrio! ¡Escápate, que todavía estás a tiempo! No debería decírtelo, pero quiero que te alejes, que al menos uno entre nosotros abandone la nave para que podamos acompañarle. Donde viven nuestros amigos moramos los recuerdos, no nos dejes solos en este oriente que se hunde… Te acompañaremos.

La aparición seguía sentada sobre el blanco peldaño de mármol, secándose el cuello con parsimonia y me observaba con una mirada inquisitiva y suplicante. Nada de lo que estaba sucediendo debía creerlo, pero era tan real lo que aquellas almas me confiaban desde el profundo rincón de su pasado y del mío, sólo ellas y yo sabíamos que era verdad.

—¡Huye, Demetrio! ¡Toma a tu familia y vete! —Repetía aquella noble cara resplandeciente a medida que su imagen iba difuminándose…

—¡Andrónico, espera…! ¡No me dejes ahora, tengo tanto que contarte! ¡Tenías que haberme acompañado a Roma!, te hubiera gustado… ¡seguro! En Milán Bernabó y tú hubierais sido inseparables, Francesco te habría fascinado… Ven conmigo a Sicilia…

—No me olvido… Iré, tú no me olvides… Iré…

Cada vez la voz se escuchaba más débil, hasta que acabó por confundirse con la corriente de aire y vapor del baño.

* * *

Acababa de levantarme cuando entró el ama y me dijo que en el atrio me estaban esperando tres caballeros serbios. Había quedado en hablarles en cuanto estuviera Juan de vuelta, por eso no me extrañó que se hubieran adelantado.

—¡Señores, os doy la bienvenida en nombre propio y del Emperador! —les saludé con gran deferencia al descubrir por su atuendo que se trataba de un Príncipe y dos nobles del más alto rango—. El «Nobilisimus» estará muy pronto con nosotros… ¿Deseáis ir adelantando la redacción del tratado…?

—¡Os saludo también a vos, noble Demetrio, viejo amigo de mi padre, Dusan…! —dijo el Príncipe, al que se veía completamente abatido—. Tengo el triste deber de tener que deciros que nos hemos visto forzados a firmar la paz con los turcos…

—¡Cómo, ahora que ya está el Emperador en camino me decís que no podemos contar con vuestras fuerzas! —grité encolerizado… Aunque me serené inmediatamente, viendo tal cara de tristeza en los tres que parecía estuvieran a punto de echarse a llorar…

—¿Qué ha pasado?, perdonad mi excitación…

—Lo comprendemos… —prosiguió el Príncipe—. Permitidme que os cuente lo ocurrido. Vos, es evidente, no estáis informado de la trágica noticia, todavía no ha llegado a Constantinopla…

El Señor Ugljesha, Déspota de Senes, no pudo contener más a sus tropas, y viendo la presencia turca cada vez más cercana, levantó el estandarte de guerra y se lanzó contra los otomanos en Tracia. A él se unieron su hermano, el Señor Vukashin, junto a la flor y nata del ejército serbio, y todos se fueron al encuentro del enemigo…

Encontramos a los turcos acampados en Tchernomen, junto al río Maritza, que vosotros llamáis Hebras, y, allí mismo, tuvo lugar la batalla más encarnizada que jamás hayamos combatido.

Los otomanos no estaban al mando de Murad, que se encontraba en Brusa, por eso aprovechamos la ocasión, pero os prometo que sus Begs, Hadji y Lala Shahin cumplieron como hijos del demonio.

—¿Habéis sido derrotados? —le interrumpí totalmente consternado por la noticia.

—Peor, contestaron a trío, hemos sido aniquilados… Ugljesha, muerto, Vukashin, muerto, y junto a ellos más de sesenta mil hombres murieron con bravura… Marko, el hijo de Vukashin, ha tenido que firmar una paz ignominiosa para salvar a nuestro pueblo de la tocad destrucción. Ha sido él quien nos ha dicho que os lo comunicáramos para no levantar falsas esperanzas… Ahora somos vasallos de los turcos. Incluso estamos obligados a prestarles ayuda en sus guerras, si así nos lo demandasen.

Aquella noticia me dejó completamente abatido, no quedaban esperanzas, a Juan, cuando volviera, no le quedaba más remedio que firmar un tratado con Murad… ¿Ofrecerle vasallaje a cambio de que nos dejase sobrevivir como a estos serbios…?

Esa noche le conté lo ocurrido a toda mi familia, y también les aseguré que después de lo ocurrido no deseaba permanecer en Constantinopla, porque ni la edad, ni la situación lo aconsejaban. Fue duro tener que decirlo en público, con la mitad de los nietos llorando a mi alrededor. En cuanto volviese Juan, pondría el cargo a su disposición y me marcharía a Palermo con los que quisieran acompañarme. Tesalónica estaba igualmente amenazada, y en Creta acababan de salir de una rebelión.

Desde hacía mucho tiempo tenía propiedades en Sicilia y deseaba pasar los últimos años de mi vida en paz. Ayudaría con mis consejos a los continuadores de la lucha hasta el final, pero era incapaz de tapar las vías de agua que se abrían en la nave. ¡Vosotros más jóvenes, Teodoro, Manuel, Ana… y vuestros cónyuges e hijos, tomad el testigo!

* * *

A la mañana siguiente de la terrible noticia, no quise acudir al Consejo, la derrota serbia estaría en boca de todos y sólo recibiría censuras por no haber actuado antes del desastre o por haber confiado en un aliado tan endeble…

Busqué refugio entre los muros de San Salvador. No quería ver a nadie ni hablar con nadie, quería estar solo en la reconfortante penumbra de aquella santa basílica. El olor del incienso y el canto lejano de los monjes me transportaron a otra realidad de dulzura, eternidad y comprensión, donde las horas no contaban y la brevedad de la vida empequeñecía todas nuestras ambiciones.

Estaba meditando sin más compañía que mi propia sombra cuando, de pronto, entre las volutas del humo sagrado y los caprichosos rayos del sol, surgió una nueva aparición. La etérea figura fue creciendo hasta desprenderse

de la pared de mosaicos y, antes de que pudiera retroceder, se presentó en todo su esplendor: Teodoro Metoquita. En medio del delirio, posó su basílica a los pies del Pantocrator y se dirigió hacia mí con expresión adusta. Me asustó su rostro, sus labios contraídos, aquella barba rizada y aquellos ojos, tan vivos y brillantes, que despedían inteligencia y desprecio…

—¡Por qué lo hicisteis! —se revolvió contra mí el espectro—. ¡Os creíais tan superiores que no podíais esperar a que terminara mi trabajo…! ¿Acaso pensabais que aquel orden precario, que tanto nos había costado mantener, era substituible por cuatro sueños de adolescentes consentidos…?

—¡No es cierto! —me rebelé contra sus acusaciones—. Tú sólo buscabas permanecer en el poder a cualquier precio… ¡Con tus intrigas empezaste a remover el odio en nuestros corazones!

¡Asesino! ¿Por qué tuviste que ayudar a Irene en su venganza contra el joven Andrónico…? ¡A cambio de la cabeza de Miguel Cantacuceno!

—¡Las cosas no son tan sencillas! —me interrumpió aquel fantasma airado—. Miguel conspiraba contra el Emperador… Lo de Alejo, tu padre, fue un error… Además, ¿fue digno condenarnos a la muerte en vida, reducidos a la impotencia, sufriendo las más terribles humillaciones? ¿Envenenar al pobre anciano Andrónico II?

—No tuve que ver con eso —me defendí—. Eras el hombre más admirado por todos, ¿por qué te dejaste arrastrar por la ambición?

—Eso es lo que vosotros creéis —repuso—. Servía al Imperio como mejor sabía y podía, a la ciencia le rendía culto, la piedad ante ti está, en esta basílica… ¿De qué me podéis acusar? Tú te irás y detrás de d vendrán otros, y ninguno lo podrá hacer mejor que yo. La fortuna escogió en su día a este pueblo y su hora se agota; vuestra soberbia no tenía límites creyendo que podríais alterar el destino. Hoy, Juan Cantacuceno lo sabe…

—¡Nunca pensé que fueras supersticioso! —exclamé—. Siempre criticabas la astrología…

—¡No me comprendes! Sigues sin comprenderme —me sermoneó, ya más tranquilo—. Te marcharás a tierras lejanas, yo me quedaré aquí… ¡No te olvides de eso, Demetrio! Yo formo parte de este mundo y con el seré recordado… Frente a ti, ante cualquier orante, de hoy o de mañana, desde estos mosaicos contemplaré cómo esta ciudad sobrevivirá a pesar de la arrogancia de cualquier conquistador…

—Teodoro ¿quieres hacer las paces? —le pregunté, adivinando que, a pesar de su actitud arisca, deseaba dar el pasado por zanjado.

—Con una condición —puntualizó—, que escribas para la posteridad mi historia, no quisiera ser recordado sólo por un retrato en mosaico… Cuéntale a tus nietos la historia de estos últimos años, cuéntales cómo Constantinopla fue una nueva Atenas, un faro de cultura y sabiduría en medio de un Imperio marchito…

Su voz se alejaba, huía al vacío buscando su lugar tras el muro de piedra…

—¡Adiós Teodoro! —le llamé…

No sé si me oyó, sólo recuerdo, en medio de mi sueño, como tras las frías losas de las tumbas me pareció ver tres sombras sonrientes: Alejo, Teodora y León… al fin los amigos volvían a caminar juntos.

* * *

Al poco tiempo, en octubre, volvió Juan Paleólogo para encontrarse con un triste panorama. Constantinopla ya estaba aislada del resto de Europa por tierra, quien quisiera llegar hasta aquí tendría que conquistar los Balcanes… Los otomanos tenían el camino abierto hacia Macedonia, Tracia y todo el sur.

No tardó Juan en comprender los motivos de mi marcha… le dejaba una ciudad en orden que le era fiel, más ya no podía hacer. Cada día que pasaba mis delirios iban en aumento, por las noches apenas lograba conciliar el sueño, y durante el día andaba como un sonámbulo, buscando cualquier excusa para ausentarme del Consejo. A los dos días de llegar Juan V, vagando por los foros para perderme entre la multitud, me volvió a ocurrir: el sol no había alcanzado el zenit cuando caminando por Filadelfion, junto al arco de Teodosio, volví a escuchar voces…

—¡Demetrio! —repetían con insistencia—. Miré a mi alrededor y nadie parecía escucharlas, todos pasaban de largo mientras yo, lleno de ansiedad, me afané por descubrir de dónde provenía aquella extraña llamada. Tenía la impresión de que las personas se apartaban de mi lado, dejándome por loco, hasta que al fin llegué a la cisterna de Filoxeno y, al fondo de una calle, las reconocí…

Me encontré frente al viejo almacén abandonado de Malik.

—¡Pensábamos que no nos encontrarías! —me saludó el viejo amigo, que estaba sentado en su sitio tras el mostrador—. Le acompañaban Jacob y Amal, todos vestían de blanco y llevaban unas túnicas largas, de seda finísima, y el único adorno que el gran truhán se había colocado era un modesto turbante con una hermosísima esmeralda en medio.

—Malik —le reñí—, no esperaba que tú, tan buen amigo, ¡mi padre adoptivo!, también vinieras a rondarme… ¿Acaso no sabes que me estoy volviendo loco?

—No estás perdiendo el juicio —me dijo—. ¿Quién puede asegurar que está lúcido? El pasado, el presente, forman parte del devenir, has sobrevivido a muchos horrores, has superado muchas pruebas… De joven, cuando venías a verme para lamentarte de tu suerte por tus amores perdidos, también te obsesionabas con que no había futuro para ti… ¿Y yo que te decía?: Serás importante, hombre de suerte… Tú no me creías.

—Me consuelan tus palabras ¡gran embustero! —me reí—. Pero sabes que mi vida no ha sido otra cosa que un constante peregrinar tras una meta inalcanzable. Constantinopla se desvanece entre mis manos, igual que vosotros, que no sois más que apariciones de mi fantasía…

—¿Y si así fuera, no te consuela tener oídos que te escuchen, aunque sean los de este pobre espectro? —me preguntó con ironía.

—¡Es verdad, si permanezco más tiempo en la ciudad, creo que acabaré por hablar sólo con fantasmas!

—¡Viajarán contigo, tú los recreas, imagínatelos como quieras…! —me repetía… mientras su voz se iba perdiendo entre el fondo de sombras.

Estaba agotado, el esfuerzo de figurarme un mundo a mi alrededor era extenuante, deseaba olvidarlo, pero volvía a aparecer, una y otra vez, ansiaba liberarme, pero mi corazón me arrastraba hacia él con mayor fuerza.

Un rayo de luz penetró por la ventana quebrando la magia del antiguo almacén, las voces desaparecieron y las imágenes se esfumaron… La habitación se quedó en silencio. Me encontré solo, en medio de maderas carcomidas y paredes en ruina, intentando buscar un sentido en la maraña de pensamientos que me asediaban. Hasta que al fin comprendí lo que todas aquellas alucinaciones me estaban gritando sin cesar… el mensaje que me enviaban los sueños: ¡Había llegado la hora de abandonar Constantinopla!

X
UN MUNDO CERCANO

La muerte de Juan Cantacuceno me hizo volver a la realidad y me arrancó del mundo interior que me había construido.

En Palermo había conseguido recrear mi infancia. ¡La Cydonia celestial! Vivía en el palacio Zisa, rodeado de naranjas y moreras, contemplando el Pellegrino con el azul del Tirreno enfrente, rememorando los catorce años, las templadas noches de Candía, los paseos con León y el olor a brea salada del puerto. Al intentar reconstruir mi vida me fui tropezando con todos aquellos a los que amé y también con aquellos que, sin llegar a odiarlos, fueron mis enemigos.

La muerte de Juan Cantacuceno no iba a ser la última trágica noticia que habría de recibir. A mi edad, como le había dicho a Juan Paleólogo, lo único que me quedaban eran consejos… Me había hecho la ilusión de poder mantenerme al margen, lo cual no era difícil, bastaba la distancia para alejarme de los peligros. Lo que no había previsto es que, aún en la lejanía, mi alma habría de sufrir con los hechos que sucedieron después de mi ausencia.

¡Si Juan V, aunque hubiera sido por una sola vez, le hubiera hecho caso a Murad!, y no se hubiera dejado ablandar el corazón, se hubiera librado de tres años de prisión en Anemas.

Andrónico IV fue el último azote que le cayó a Bizancio y a los Paleólogo, más hubiera valido que le hubiera cegado, como hizo el propio Sultán con su hijo después de la rebelión.

Su piedad, y la medicina de los genoveses, sólo sirvió para que luego conspirase contra él. ¡Juan, querido Juan, buen Juan…! ¿Por qué nunca te echaste en brazos de Manuel, el hijo fiel y honrado…? ¡Cuántas veces he tenido que escribirle para consolarle de tu indiferencia, cuántas se desahogó conmigo porque le cerrabas los oídos…!

Quiero dejar aquí por escrito en estas memorias, por si algún día caen en tus manos, que Manuel sería el mejor Emperador que hubiera podido tener este pueblo en toda su historia.

Al llegar a este punto en mi vida hasta mi mano se resiste a sostener la pluma. Mis mayores placeres en esta etapa de la vida se limitan a, los lunes y

los jueves, recorrer el huerto de San Martín en busca del padre Rodolfo para discutir con él de teología y jardinería. ¡Estos pretenciosos latinos creen que enrienden el arte de la seda…!, los martes y los miércoles toca ciudad vieja y visitar a la familia, si Antioquenos, en el palazzo Geraso, si Sinesios en el Riso.

A Elena le encantaba pasarse horas con los nietos y biznietos, escuchando tantos idiomas como parientes allí había: sicilianos, griegos, italianos, aragoneses… ¡Hasta los normandos habían dejado su semilla en mi estirpe! Si alguien me lo hubiera insinuado en Constantinopla cuando era joven, nunca le hubiera creído pensando que deliraba. Con los años he descubierto que todas las familias son iguales, y los pueblos y el mundo… Es sólo cuestión de tiempo.

Los domingos eran días solemnes en que todos nos reuníamos para la misa mayor en la iglesia del Almirante, orgullo de la estirpe bizantina en Palermo. Los demás días podía dedicarlos a mi quehacer favorito, que era deambular por el puerto y los mercados, regateando la compra de unas tallas de coral o unas piezas de tela bordadas para regalárselas, luego, a mis nietas favoritas.

La rutina se había apoderado de mis actos, cuando quería escribir recurría a mis nuevos secretarios para dictarles. Calecas se había retirado a un convento de dominicos, creo; Chrysolaras permanecía junto a Manuel Paleólogo y a su tocayo Angel, mi hijo menor… Que era igual que yo a sus años, un soñador.

Quizá también yo debiera retirarme a un convento, en Creta, pero nunca mientras viva Elena… Además, no creo que me gustara. ¡Que Dios me perdone, pero me sigue gustando ver el mundo y sus gentes!, me gusta averiguar lo que piensan y por qué, sea en Palermo, Constantinopla, Avignon o entre los turcos, armenios o tártaros…

Un día, paseando por el jardín, vino a mi encuentro un desconocido, su forma de caminar me resultaba familiar, pero no lo podía distinguir bien porque llevaba la cabeza cubierta por una capucha monacal y los hábitos de un franciscano. Al llegar a la rosaleda nos cruzamos y conseguí ver su rostro.

—¡Robert! —exclamé sorprendido—. ¿Qué has venido a buscar en Palermo? ¿Acaso tú tampoco eres feliz en la quietud del paraíso? ¿Echas en falta la emoción, turbia y agitada, de la triste vida mortal?

Ya no me inquietaban las apariciones, me había habituado a llevar una doble existencia, mi imaginación era incapaz de distinguir entre el recuerdo y lo cotidiano. ¡Tampoco me importaba!

—Demetrio —me habló Robert—, vamos camino de Turín, nuestra obligación es velar siempre la sagrada reliquia.

—¿Crees que hice lo correcto entregándole la sábana a Amadeo?

—No te inquiete tu decisión —dijo—. Está en tierra cristiana, nadie puede ir contra lo que está escrito.

Me quedé inmóvil, viendo cómo aquella larga y esbelta figura desaparecía entre los cipreses y olivos del fondo del huerto.

Durante largo rato lo seguí con la mirada a lo largo de la acequia que corría entre los naranjos, al pie de la colina. Junto a él caminaban otros tres caballeros, y no tenía ni sombra de duda de quiénes eran: los mismos fieles templarios que una noche fría de invierno, hace ya muchos años, pidieron auxilio y abrigo a mi padre, en Branchaion, ¡queridos Marcel, Phillipe y Arnaud! ¡Esperadme en la otra vida, recorramos juntos tantos caminos como en ésta hollaron nuestras sandalias…!

La Iliada o La Odisea tuvieron sus héroes inmortales. Sólo los pueblos que trascienden su pequeñez son capaces de dar el salto mortal de vivir en la mente de los hombres más allá de su tiempo y de su espacio. Sé con toda certeza que, como hombre, he de morir y que como pueblo, a pesar de haber intentado a lo largo de toda mi vida mantener viva la llama, ha llegado nuestra hora. Pero también quiero pensar que los dos mil años de historia que han transcurrido desde las humildes chozas de pescadores y comerciantes, curiosos e irreverentes, a las orillas de este «Mare Nostrum», hasta este triste final, nuestro paso por la tierra no ha sido en balde… Alguien se acordará. Unos se marchan… ¡Juan Cantacuceno… Joasaph! Otros engendrarán hijos que dominarán la tierra: ¡Orján, viejo amigo!, tampoco tú perteneces al futuro…

Me gustaría terminar estas memorias, cúmulo de recuerdos desordenados de una larga y agitada vida, con las palabras de Rumí, aquel poeta místico de Iconium, cuyos versos sonaron en mis oídos jóvenes como algo dulcemente incomprensible, pero que hoy, por fin, creo haber entendido…

«He compartido largas noches con los sacerdotes y he dormido en los mercados entre paganos; soy los ojos verdes de los celos y la fiebre que produce la enfermedad. Soy la nube y la lluvia que fecunda las praderas. Mas nunca el polvo de la mortalidad rozó, siquiera, el borde de mi vestido… Porque he cosechado un tesoro de rosas en el campo de la eternidad.»

EPÍLOGO

En 1389, Bulgaria es definitivamente sometida a vasallaje por Murad. Tras la derrota de Kosovo, serbios y bosnios pierden prácticamente su independencia. Toda la cristiandad ortodoxa eslava de los Balcanes queda bajo el dominio otomano.

El 23 de septiembre de 1396, la mayor coalición occidental desde las cruzadas: Francia, los Caballeros teutónicos y los de San Juan, Génova, Venecia, y los húngaros con Segismundo, su propio Rey, a la cabeza y con todas las bendiciones del Papa, fueron aniquilados en Nicópolis. Europa central quedó así al alcance de los otomanos.

En 1396 Manuel Chrysolaras, discípulo de Demetrio Cydonio, fue contratado para dar clases de griego en Florencia, convirtiéndose en uno de los más activos Embajadores de Constantinopla en Occidente.

En 1399 Manuel II Paleólogo permanece tres años en Occidente, visitando las principales cortes europeas, la de Carlos VI en Francia y la de Enrique IV en Inglaterra.

En 1402, Bayaceto es derrotado por los mongoles de Tamerlán en Ankara, dándole un respiro a Constantinopla y a Occidente.

Por fin, el 6 de julio de 1439 es proclamada oficialmente la unión de las Iglesias por el Cardenal Besarión y el Cardenal Cesarini, tras ímprobas discusiones en Florencia. Las consecuencias políticas de este acuerdo se vieron frustradas por la acción de intransigentes bizantinos, pero la influencia de sus intelectuales, de la talla de Besarión, Isidoro o el mismo Chrysolaras, fue decisiva en el desarrollo de la mentalidad renacentista.

El 12 de diciembre de 1452 se celebró la primera misa concelebrada por católicos y ortodoxos, en Santa Sofía, con los cañones turcos a las puertas; juntos sonaron los nombres del Patriarca Gregorio III y el Papa Nicolás V.

En 1453 cae Constantinopla en poder de Mehmet II, es el fin del Imperio Romano de Oriente. Sólo quedan Morea y algunas plazas aisladas como recuerdo de lo que fue su brillante cultura en aquellos postreros momentos.

Rusia es la única nación eslava ortodoxa que consigue rechazar la ola turca, después de liberarse de lo tártaros. Ivan III, que se autotitulaba «El Constantino de Moscú», contrae matrimonio con Zoé, descendiente del último

Emperador, y se desarrolla la teoría milenarista eslava, que considera a Moscú la tercera Roma. En 1526 Solimán derrota a los húngaros en Mohaczs, Hungría queda sometida al turco; la invasión de Europa Central estaba preparada.

GLOSARIO

Akrites: Soldados, guardianes de las fronteras, que al finalizar el período de servicio obtenían tierras en compensación con el compromiso de mantener caballo y armas para la defensa del distrito en el que residían.

Basileos: Rey, título que se le daba al Emperador.

Caravanserai: Posada turca para alojamiento de hombres y animales, muy utilizada a lo largo de las rutas comerciales.

Catafractario: Soldado fuertemente armado que en ocasiones montaba a caballo. Llevaba una típica coraza a base de escamas metálicas.

Comes: Conde, cargo público.

Curopalata: Literalmente el «Mayordomo de palacio», título honorífico del más alto rango, solían ser miembros de la familia imperial.

Decarca: Suboficial de infantería con mando sobre, aproximadamente, diez hombres.

Déspota: Título y cargo político, equivalente a rey en un territorio, generalmente reservado para miembros de la familia imperial.

Diakonikon: «Cámara del Diácono», habitación situada normalmente al sur del ábside, junto al altar, en una iglesia bizantina.

Drungario: Comandante de un cuerpo de infantería llamado «Drunga», su significado ha variado a lo largo de los siglos. En la marina sin embargo equivalía a un Almirante.

Drusina/Druzhina: Era la guardia personal del Emperador, también se identificaba con la «Guardia Varangia».

Eparca: Equivalente griego del Prefecto de la ciudad de los romanos, era el «Padre de la ciudad», la principal autoridad administrativa de la ciudad de Constantinopla después del Emperador.

Doméstico/Gran Doméstico: Encargados de áreas determinadas de la administración del Imperio, el «Gran» era el Comandante en Jefe.

Hyperpyron: Moneda bizantina de la época de los Paleólogos.

Hodegetria: Advocación de la Virgen, «La que muestra el camino»; se solía representar señalando con el dedo derecho a un Cristo niño, sentado en sus rodillas.

Iconostasis: Separación entre el altar y la nave en una iglesia bizantina. En épocas posteriores se colocan paneles profusamente decorados, de los que se cuelgan iconos, que impiden la visión directa del altar.

Logoteta/Gran Logoteta: Literalmente, «Contable», el Canciller responsable de la administración.

Mardaita: Soldado de la frontera que efectuaba incursiones en tierras musulmanas.

Nobilisimus: Título imperial, equivalente en rango a César.

Nomofilax: «Guardián de la Ley», Director de la facultad de Derecho de Constantinopla.

Panhipersebasto: Título nobiliario y político.

Pammakaristo: Advocación de la Virgen.

Parakoimomeno: Literalmente «El que duerme junto al Emperador», era la mano derecha del Emperador, en la época clásica bizantina, y, normalmente, se trataba de un eunuco.

Peltasta: Era un soldado de infantería ligera.

Porprogenito/neta: «Nacido en la púrpura», se refería a los que habían nacido en el salón de pórfido del antiguo palacio. Heredero o miembro de la familia imperial.

Prefecto: Gobernador de una ciudad o distrito.

Proedros: Alta dignidad senatorial.

Pronoia: Tierras asignadas a nobles que, en un primer momento, revertían al estado a su fallecimiento y que, en la última etapa del Imperio, se

convirtieron en hereditarias. Parecido a los feudos en Occidente.

Prótesis: Habitación junto al altar en las iglesias bizantinas que servía para guardar los objetos del culto.

Protospatario: Comandante de los «Spatarii», «Portadores de las espadas», formaban parte de la guardia imperial o Drusina.

Protostrator: Autoridad militar con mando superior al equivalente de una división.

Protocyncellus: Alta jerarquía religiosa en un distrito, provincia o despotado.

Romfaya: Pesada espada de hierro de un solo filo.

Secreta: Los servicios centrales de la administración del Imperio. Las oficinas utilizadas por los diversos oficiales y funcionarios civiles del estado.

Sebastocrátor: El más alto título nobiliario después de Emperador y Déspota.

Spahis: Caballería turca.

Strategos: Cargo militar, rango de General, aplicado en ciertas épocas a los gobernadores de los «temas» o provincias.

Stratopedarca: Cargo militar equivalente a un Comandante en Jefe.

Tagma: Cuerpo de ejército de unos tres mil hombres al mando de un «Tagmarca».

Tepidarium: Sala de baños y vapor.

Teothokos: Advocación de la Virgen, «Portadora de Dios».

Tugra: Rúbrica o emblema de los sultanes otomanos.

Turma: Cuerpo de ejército, equivalente a una división, al mando de un «Turmarca».

Turmarca: Jefe al mando de una «Turma».

Yeni-Cheri: «Jenízaros», tropas de élite otomanas formadas por jóvenes reclutados en todos los territorios y educados bajo la dirección del Sultán.

RELACIÓN DE PERSONAJES

Alejandro Crysoberges: Drungario de la flota, antiguo amigo y aliado de Demetrio y de Juan Cantacuceno. (Personaje imaginario).

Alejo Angel: Noble diplomático y estadista bizantino, padre de Demetrio Angel, Cydonio. (Personaje imaginario).

Alejandro Sylaion: Patriarca de la familia Dragas en Creta, línea materna de Demetrio. (Personaje imaginario).

Alejo Apocauco: Megaduque bizantino, político y demagogo, compañero primero y enemigo después de Demetrio y Juan Cantacuceno. (Personaje real).

Alfonso XI: Rey de Castilla y León. Continúa la reconquista y vence a los Banu-Marín en el Salado. (Personaje real).

Amadeo de Saboya; Sobrino de la Emperatriz Ana, gran defensor de Bizancio en Occidente, reconquista Gallipoli y libera a Juan V Paleólogo. (Personaje real).

Ana Angel: La menor de las hermanas de Demetrio. Casa con Pedro Enríquez de Utiel, aragonés. (Personaje imaginario).

Ana Fallero: Hija de Mateo Faliero, primer amor de Demetrio Cydonio. (Personaje imaginario).

Ana de Saboya: Emperatriz bizantina de origen italiano, esposa de Andrónico III y madre de Juan V Paleólogo. (Personaje real).

Andrónico II Paleólogo: Emperador bizantino, padre de Miguel IX y abuelo de Andrónico III. (Personaje real).

Andrónico III Paleólogo: Emperador bizantino, hijo de Andrónico II y padre de Andrónico IV. (Personaje real).

Andrónico IV Paleólogo: Emperador bizantino, hijo de Juan V Paleólogo. (Personaje real).

Andrónico Asen: Noble de origen búlgaro y bizantino, emparentado con los Paleólogos, ocupó cargos públicos en el Imperio. (Personaje real).

Arnaud: Caballero templario francés, escudero del Vizconde de Troves Robert Guillaume. (Personaje imaginario).

Basilio: Instructor militar de Demetrio y sus compañeros en Cydonia. (Personaje imaginario).

Benedicto XII: Papa durante el cisma de Occidente en Avignon, 1334-1342. (Personaje real).

Bernard de la Grave: Cardenal francés, hombre de enorme influencia y fortuna durante el papado de Clemente VI en Avignon. (Personaje real).

Carlos de Anjou: Miembro de la familia real francesa que pierde Sicilia por la maniobra conjunta de los aragoneses y Miguel VIII Paleólogo. (Personaje real).

Carlos de Valois: Miembro de la familia real de Francia que casa con Catalina de Courtenay, la teórica heredera del Imperio Latino de Oriente. (Personaje real).

Carrillo de Albornoz: Noble castellano, primero al servicio de Alfonso XI y luego Cardenal de la Iglesia. Uno de los hombres reformadores más importantes de su tiempo. (Personaje real).

Catalina de Valois: Hija de Carlos de Valois y Catalina Courtinay, heredera de los derechos al Imperio Latino de Oriente, casa con Felipe de Tarento. (Personaje real).

Chumnos, Nicéforo: Teólogo, jurista y filósofo bizantino. (Personaje real).

Clemente VI: Pierre Roger, Papa francés de Avignon de 1342 a 1352. (Personaje real).

Juan Apocauco: Hijo de Alejo Apocauco, miembro del comité zelota durante la revolución de Tesalónica. (Personaje real).

Jacob Ben Amaniel: Comerciante hebreo amigo de Malik, cuya hija Raquel fue amante de Demetrio. (Personaje imaginario).

Jorge Antioqueno: Marido de Felipa, la hermana de Demetrio.

León Atico Eugeniano: Pedagogo, amigo de Alejo Angel, que se encargó de la formación de Demetrio, Juan Zinziluces, Simón y Miguel Geometres en Cydonia. (Personaje imaginario).

Magistro, Tomás: Famoso filólogo y retórico bizantino. (Personaje real).

Manuel Calecas: Discípulo de Demetrio. (Personaje real).

Manuel II Paleólogo: Emperador de Bizancio, 1391-1425, hijo de Juan V. (Personaje real).

Malik: Comerciante turco-sirio afincado en Constantinopla que mantiene grandes relaciones comerciales con la familia Dragas y Morani, parientes de Demetrio, que se convierte en su gran amigo y protector. (Personaje imaginario).

Manfredo: Nieto de Alejandro Sylaion, el Patriarca de los Dragas en Cydonia. (Personaje imaginario).

Marcel de Aurillac: Caballero templario, compañero de Robert, Phillipe y Arnaud.

María Dalasena: Hija de Ana Dalasena, amiga de Teodora Dragas, la madre de Demetrio. Amiga de Sofía Tarchaniotes y amante de Demetrio junto a Andrónico III. (Personaje imaginario).

Mateo Blastares: Insigne jurista bizantino, compadre de Demetrio y de Juan Cantacuceno. (Personaje real).

Mateo Cantacuceno: Hijo de Juan VI Cantacuceno. (Personaje real).

Metoquita, Teodoro: Gran Logoteta de Andrónico II, hombre político de una gran erudición y una de las figuras claves para comprender la política bizantina de siglo XIV. (Personaje real).

Miguel Cantacuceno: Padre de Juan VI Cantacuceno, cabeza de la facción aristocrática en Bizancio y gobernador de Morea. (Personaje real).

Miguel Tarchaniotes: Noble Senador, padre de Sofía Tarchaniotes, amante de Andrónico III. (Personaje imaginario).

Murad: Sultán turco, 1362-1451, hijo de Orján. (Personaje real).

Napoleón Orsini: Cardenal romano, de la familia de los Orsini. (Personaje imaginario).

Nicolás Orsini: Déspota del Epiro, de origen italiano. (Personaje real).

Nicoló Querini: Bailío veneciano en Constantinopla. (Personaje real).

Orján: Sultán turco, 1326-1362, hijo de Osmán, amigo-enemigo de Juan Cantacuceno y de Demetrio. Casa con una hija de Cantacuceno. (Personaje real).

Osmán, Otmán: Sultán fundador de la dinastía osmanlí u otomana, 1288-1326, padre de Orján. (Personaje real).

Ot de Novelles: Mariscal del Ducado de Atenas bajo el dominio catalán. (Personaje real).

Pablo: Patriarca latino de Constantinopla, interlocutor entre Juan V Paleólogo y el Papado para la sumisión al rito romano de la Iglesia oriental. (Personaje real).

Pedro IV, el Ceremonioso: Rey de Aragón. (Personaje real).

Pedro Enríquez de Utiel: Noble aragonés que casa con Ana, la hermana pequeña de Demetrio.

Petrarca, Francesco: Poeta italiano de fama universal, uno de los fundadores del «Dolce Stil Nuovo»; su *Cancionero* fue uno de los libros más leídos de la Edad Media. (Personaje real).

Phillipe Dechamp: Caballero templario al servicio de la casa Angel, primo del miembro de la Curia que le da entrada a Demetrio en Avignon. (Personaje imaginario).

Raquel Ben Amaniel: Hebrea, hija de Jacob, el amigo de Malik, amante de Demetrio. (Personaje imaginario).

Robert Guillaume: Vizconde de Troyes, caballero templario, compañero de Marcel, Phillipe y Arnaud al servicio de la casa Angel. (Personaje imaginario).

Romano Argyros: Noble bizantino casado con Sofía Tarchaniotes. (Personaje imaginario).

Romano Morani: Miembro de la familia Dragas, de raíz ítalo-bizantina, que tenía su residencia y negocios en Candía. Casado con Beatriz Caetani y padre de Girolamo. (Personaje imaginario).

Savelli: Gobernador italiano de Candía, casado con una Dándolo y artífice de un acuerdo veneciano-bizantino. (Personaje imaginario).

Simone Martini: Pintor italiano de Siena que trabaja para los Papas y es contemporáneo de Petrarca; seguidor de las nuevas teorías de Giotto es uno de los pintores más importantes de su época. (Personaje real).

Sirgiano Paleólogo: Compadre de Juan Cantacuceno y Demetrio, pariente de la familia imperial. Ocupa numerosos cargos de responsabilidad en la administración bizantina. (Personaje real).

Sofía Tarchaniotes: Hija de Miguel Tarchaniotes, miembro del Senado, amante de Andrónico III y esposa de Romano Argyros. (Personaje imaginario).

Stefano Colonna: Aristócrata romano, miembro de la familia Colonna, de gran influencia histórica en toda la política papal. (Personaje imaginario).

Synadeno, Teodoro: Compadre de Juan Cantacuceno y Demetrio, ocupa numerosos cargos en la administración y el gobierno del Imperio. (Personaje real).

Teodora Dragas: Mujer de Alejo Angel, madre de Demetrio y miembro de la familia Ducas y Lascaris. (Personaje imaginario).

Teodoro Angel: Hermano de Demetrio. Hijo de Demetrio. (Personajes imaginarios).

Uglesha: Príncipe serbio, Déspota de la ciudad de Serres. Muerto en Thcernomen. (Personaje real).

Umur de Aydín: Sultán turco de la ciudad de Aydín. (Personaje real).

Urbano V: Papa de 1362-1370. (Personaje real).

Visconti, Bernabó: Noble milanés, de la familia Visconti, reyes *de facto* de la Lombardía, amigo y protector de Demetrio a raíz de su estancia en Milán. (Personaje real).

Vukashin: Rey de Serbia, 1366-1371.